

# JORGE DEZCALLAR VALIÓ LA PENA

Una vida  
entre  
diplomáticos  
y espías



# ÍNDICE

Portada

Dedicatoria

Prólogo

1. En busca de mi esmeralda

2. Desde el Cono Sur

3. Tan cerca y tan lejos

4. Reflexión sobre Marruecos

5. El fin de una anomalía

6. Muerte en Beirut

7. Cuando la Paz pasó por Madrid

8. Me faltó tiempo

9. Madrugada sangrienta

10. Espaguetis con indulgencias

11. Embajador en el Imperio

A modo de epílogo

Fotografías

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A Pilita y Teresa, que lo vivieron conmigo*

*A Cristina, Juan, Jaime, Francisco y Duarte,  
para que sepan cómo lo viví yo*

## PRÓLOGO

He tenido la inmensa suerte de trabajar en lo que me ha gustado y tengo la esperanza de haberlo hecho bien, aunque sólo sea porque estoy convencido de que únicamente se puede hacer bien aquello que a uno le complace. Mi trabajo me ha permitido servir a mi país en el ámbito de la política exterior en un momento fascinante de su historia contemporánea, cuando España recuperaba el lugar que le correspondía en el concierto de las naciones libres. Pablo Neruda subtítulo sus memorias «Confieso que he vivido», y a mí, salvando todo lo que haya que salvar, me agradaría decir en estos recuerdos que «confieso que me he divertido» porque eso es exactamente lo que he hecho durante los años que he tenido la fortuna de disfrutar de una profesión fascinante. Quiero dejar aquí constancia de mi agradecimiento a todos aquellos que a lo largo de los años depositaron su confianza en mí y me permitieron desarrollar mi carrera.

Mi vocación fue temprana, pues desde los doce años tuve claro que deseaba ser diplomático, profesión que me ha deparado grandes satisfacciones quizá porque, como se dice, un diplomático que se divierte es menos peligroso que uno que trabaja. Lo que no significa que a veces no me haya llevado berrinches al ver lo que no se hacía y se podía hacer o lo mal que se hacían otras cosas. Lo normal. Cuando ingresé en la carrera diplomática, Franco aún vivía y nuestro aislamiento exterior sólo se veía aliviado por la guerra fría, algunos acuerdos con el Vaticano y con Estados Unidos y la «tradicional amistad» con algunos líderes árabes, además de los hermanos iberoamericanos, que nunca fallan. Era un contexto de absoluta anormalidad y había que darle la vuelta de arriba abajo. A los veinticinco años, en Polonia, mi primer destino como diplomático, discutía con mis amigos polacos en torno a una botella de vodka y les decía que sí, que de acuerdo, que todos vivíamos en dictaduras, pero que la de mi país se iba a acabar muy pronto, aunque fuera por razones puramente biológicas, y la de ellos, no. La española finalizó, en efecto, apenas dos años más tarde; sin embargo, ninguno de nosotros sospechaba entonces que la Unión Soviética se iba a volatilizar apenas quince años después y que también mis amigos polacos podrían vivir libres. Soplaban vientos de libertad en Europa y en España y yo creía firmemente en aquel futuro que se nos abría. Participar en lo que luego se conoció como la Transición es lo mejor que he hecho en mi vida: buscar lo que nos unía en lugar de lo que nos separaba y ceder cuando era necesario para lograr consensos sobre los que construir nuestra recuperada democracia. Eso y contribuir a la construcción de la Unión Europea, con lo que demostramos, de paso, a nuestros colegas que España no era distinta, sino otro país europeo más, ni mejor ni peor, si acaso algo mejor, pero en absoluto diferente. Son cometidos que realicé con

convencimiento y mucha ilusión.

He trabajado bien con seis presidentes: Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo-Sotelo, Felipe González, José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero. Hubiera podido colaborar también con Mariano Rajoy, pero él decidió no contar conmigo cuando terminé mi embajada en Washington, y entonces opté por adelantar unos años mi jubilación para no acabar mi carrera en los pasillos del Ministerio. Creo que he sabido retirarme a tiempo sin tratar de prolongar inútilmente la agonía, como hacen, equivocándose, algunos deportistas de élite. Fue una decisión acertada. A lo largo de mi carrera diplomática he sido director general doce años, con González y Aznar; he desempeñado el cargo de secretario de Estado del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) durante tres años, con Aznar, y de embajador en lugares tan destacados para España como Marruecos, la Santa Sede y Estados Unidos durante diez años, con Aznar y Rodríguez Zapatero. También tuve tiempo para pasar un par de años en la empresa privada, en Repsol, lo que creo que puede resultar una experiencia enriquecedora para cualquier funcionario, pues las cosas no se ven exactamente de la misma manera que en la Administración. Durante todos esos años contribuí de forma modesta al diseño de la política exterior española y de manera continua a su ejecución, una política que fue muy ambiciosa en la época de González y de Aznar, cuando llegamos a pelear bastante por encima de nuestras capacidades con un inmenso esfuerzo e ilusión. Pese a las enormes diferencias que había entre un presidente y otro y sus respectivas ideas sobre política exterior, aquella fue una etapa dorada en este ámbito: ambos poseían una idea de España y sabían dónde querían verla. Luego llegó la crisis, el deterioro de nuestra imagen y la prioridad de los temas internos.

Lobo Antunes dice: «escribir es escuchar con fuerza», y eso es lo que yo he tratado de hacer en las páginas que siguen, que casi se han escrito solas, ya que yo me he limitado a recordar algunos momentos que he tenido la suerte de vivir, consciente de que mis mayores méritos han residido en poder estar en el momento adecuado en el sitio oportuno y con la gente indicada. No me coloco, por tanto, en plan protagonista, sino más bien como testigo afortunado, porque creo que he vivido cosas que vale la pena contar, y para ello me fío sobre todo de la memoria, aunque en ocasiones he recurrido a la hemeroteca o a algunas pocas notas personales tomadas sobre la marcha, muchas veces de manera apresurada por la noche, antes de acostarme, pues confieso que mi memoria es frágil y que necesita de apoyos como piezas musicales, olores, caras o paisajes para excitarse: en nada me parezco al Funes de Borges, que por recordarlo absolutamente todo en sus más ínfimos detalles se convirtió en un idiota integral. Porque memorizar no es acordarse de todo, sino saber lo que hay que olvidar, lo que hay que filtrar y lo que conviene dejar de lado.

No trato de contar la historia diplomática de España de estos años ni pretendo escribir un aburrido relato sobre negociaciones diplomáticas para uso de historiadores y expertos, aunque no desdeñe esbozar un análisis de las relaciones bilaterales en los países en los que he servido como embajador, pero siempre sobre la base de mi experiencia personal y de la pequeña historia, esa que Jean Lacouture llama la «historia inmediata», porque si algo no me permito ni excuso en los demás es aburrir al prójimo. Tampoco constituyen unas memorias, porque ni son lineales ni lo narro todo; mi ambición ha sido describir a modo de flashes algunos momentos especiales que he vivido y que me parece que pueden resultar de interés para otras personas. Entre limitarme a

referir vivencias personales o analizar hechos concretos, he preferido combinar ambos enfoques siempre desde mi propia perspectiva y sin rechazar comentarios subjetivos sobre sus protagonistas cuando me ha parecido que podrían tener interés. Las limitaciones de espacio establecidas por los editores también me han obligado a seleccionar, decidiendo por mí y ante mí qué incluir y qué descartar, y me han llevado a dejar fuera mis primeras armas diplomáticas en Varsovia o Nueva York o los tres años que fui director general de Política Exterior (director político) en Exteriores y durante los que viví acontecimientos como las guerras de los Balcanes y participé en la Conferencia de Dayton sobre Bosnia-Herzegovina. De la misma forma, los capítulos sobre mi paso por el CNI contienen algunas omisiones de situaciones que no puedo o no debo mencionar. También soy muy consciente de que los hechos son siempre subjetivos y terminan siendo lo que uno recuerda que fueron. Más aún, como ha escrito Ryszard Kapuściński: «Las personas recuerdan aquello que *quieren* recordar y no lo que de verdad ha sucedido» porque «el pasado no existe. Sólo existen sus infinitas interpretaciones». Lo que ya no es honesto es tratar de acomodar los hechos a los propios deseos y conveniencias, torciendo la realidad sin ninguna base, como algunos hacen hoy en torno a los terribles atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid.

Se trata, pues, de una recolección de recuerdos selectivos, muy selectivos, de una vida de trotamundos dedicada a la diplomacia que he compartido con Pilar y con Teresa, dos mujeres excepcionales y muy inteligentes que me han hecho el inmenso regalo de vivirla conmigo y de ayudarme mucho profesionalmente. En estas páginas no hablo de mi vida privada, pero hago una excepción para facilitar la lectura explicando que mi primera mujer, Pilar López de Chicheri, con la que viví un estupendo matrimonio de treinta y dos años, falleció cuando yo era embajador ante la Santa Sede, y años más tarde me casé de nuevo con Teresa Cunha de Eça, que me acompañó en mi embajada ante Estados Unidos. Talleyrand decía que «*la politique, c'est les femmes*», algo que yo aplicaría también a la diplomacia. Sin ellas, mi vida hubiera sido muy diferente, pues en realidad el diplomático forma equipo profesional con su cónyuge; nadie fuera de la profesión sabe el enorme trabajo que ellas llevan a cabo discretamente, sin sueldo ni agradecimiento oficial alguno, y ya es hora de que los reciban.

Tampoco hay en las páginas que siguen ninguna voluntad de justificarme, pues simplemente he pretendido pasármelo bien y tomarme en serio lo menos posible, al tiempo que he procurado que los protagonistas fueran siempre los hechos, mientras yo me reservaba el papel de afortunado testigo que ha tenido la suerte de poder vivirlos de cerca y, a veces, desde dentro. Confieso que he disfrutado redactando este libro. Espero que divierta e interese a quienes lo lean y que pueda contribuir a esclarecer algún momento especialmente duro de nuestra historia reciente sobre el que se hacen descripciones no siempre inocentes. Porque creo, con Claudio Magris, que es también mi obligación escribir «contra el olvido y contra el tiempo, para salvar algunas cosas».

Y lo hago sin melancolía. Fernando Savater dice que «la melancolía es la vida que vemos consumirse», y yo la veo pasar con mucha tranquilidad e intentando disfrutar de cada uno de sus instantes. Aplico lo de *carpe diem* cuanto puedo y mientras el cuerpo aguante.

*Valldemossa, Lisboa  
Febrero de 2014-mayo de 2015*

## EN BUSCA DE MI ESMERALDA

Cuando miro para atrás, veo dos influencias decisivas y muy diferentes en mi temprana vocación diplomática: mi tío Guillermo Nadal Blanes y Emilio Salgari. Sobre el segundo, poco hace falta decir, sólo que sus aventuras en tierras lejanas excitaron mi imaginación de niño que soñaba con el Tigre de la Malasia y con el Corsario Negro. Mi tío Guillermo merece más explicación. Era diplomático y muy culto. Había traducido a Rilke y a Pushkin al catalán; hablaba ocho idiomas; había presentado sus cartas credenciales en Nueva Delhi en hindi y estaba aprendiendo turco en Ankara cuando sufrió un derrame cerebral que le produjo un hematoma en la cabeza, por lo que durante un tiempo sólo se pudo expresar en inglés. ¡Menos mal que uno se podía entender con él! Le visité en el hospital y me dijo: «La gente debe de pensar que soy un imbécil con pretensiones, pero hay tantos embajadores imbéciles que no se notará». Cuando le disminuyó la inflamación, recobró su dominio del castellano y de las demás lenguas que hablaba.

Tío Guillermo solía venir de visita a casa de mis padres cuando pasaba por Palma, y en esas ocasiones me dejaban estar un rato en el salón. Él, entonces, conmigo allí acurrucado, contaba anécdotas fascinantes como que veía salir el sol montado a caballo a las seis de la mañana porque luego hacía un calor insoportable en Nueva Delhi; que había ido a cazar tigres a lomos de un enorme elefante, o que había asistido a una cena dada por un maharajá en la que cada invitado descubría una esmeralda escondida entre los pliegues de su servilleta. *Si non é vero...* Yo escuchaba con la boca abierta y ojos como platos y pensaba que mi tío vivía en directo las aventuras que yo leía en los libros de Salgari. Decidí a la sazón que yo también quería viajar y conocer ese mundo tan fabuloso y tan diferente de la España somnolienta de aquellos años en los que todo el país tenía legañas. A los doce años veía muy claro que deseaba ser diplomático, y organicé mis estudios y el aprendizaje de idiomas en consonancia con ese objetivo. Nunca tuve la más pequeña duda al respecto, y aunque jamás he cazado tigres a lomos de un elefante ni he encontrado mi esmeralda (confieso que he pasado muchos años desdoblado servilletas con la secreta esperanza de hallarla), he disfrutado de la suerte de divertirme siempre con mi trabajo en una carrera que ha llenado mi vida, me ha permitido conocer gentes interesantes y me ha brindado otras aventuras. Ha sido un privilegio contar con un empleo que me hacía levantarme cada mañana con la ilusión de averiguar lo que el día me iba a deparar. A veces me han fallado las personas; en ocasiones me ha irritado ver lo que veía y otras veces he pensado que podríamos hacer más de lo que hacíamos o que deberíamos proceder de otra manera. Pero mi profesión nunca me ha



decepcionado. Sólo más tarde me he dado cuenta de que era precisamente allí donde estaba mi esmeralda. Y si en el camino he podido contribuir con mi grano de arena a lograr un mundo un poco mejor, pues también me alegro mucho, porque si no creyera que los problemas se pueden arreglar razonando y no a bofetones no habría podido dedicarme a esto.

Más tarde, a partir de los catorce años, también comencé a tratar a otro diplomático que frecuentaba la casa de mis padres, ya en Madrid: Enrique Larroque, más interesado por la política que por el exotismo y fundador del Partido Liberal, en la más honda tradición española que ha dado al mundo este sustantivo junto con otros como guerrilla o siesta. Su error estribó en desconocer que el nuestro no es un país de liberales, sino más bien cainita, donde las cosas son blancas o negras, con izquierdas y derechas bien definidas, que es, como sostenía Ortega y Gasset, otra manera de comportarse como imbéciles. Algo parecido decía Agustín de Foxá cuando afirmaba que los españoles vamos siempre detrás de los curas «o con un cirio o con un palo». Triste destino el nuestro, tan trágicos siempre y tan faltos de matices enriquecedores, cuando el mundo entero es un vasto mosaico de grises. Los italianos lo saben bien. El caso es que Larroque no quiso entrar en la UCD cuando se lo ofrecieron, y ahí se acabaron sus veleidades políticas. En «la carrera» lo llamaban cariñosamente el *Petit Larroque Illustré*. Él amplió mucho mis horizontes intelectuales: me hizo descubrir con Platón la diferencia entre percepción y realidad, así como a gentes tan dispares como a Søren Kierkegaard y su angustia, a Milovan Djilas —el comunista yugoslavo desengañado— o a Pío Baroja y su anarquismo existencial, entre muchos otros. Siempre se lo agradeceré.

Si no ha habido esmeraldas en mi vida, he disfrutado de algunas dosis de exotismo y aventura con las que me gustaría comenzar estos recuerdos selectivos, pues ambos aspectos fueron, en definitiva, los dos motores que me llevaron a la diplomacia.

## EL DURBAR DE MAIDUGURI

En diciembre de 1986, cuando era director general de Política Exterior para África, acompañé a los Reyes al *durbar* de Maiduguri, cerca de Kano, en el norte de Nigeria, la zona que luego ha pasado a estar dominada por Boko Haram. El *durbar* es una ceremonia de raíces medievales, pintoresca por su abigarramiento y espectacular por su brillantez, que sólo se celebra de uvas a peras. De hecho, el último festival de este tipo había tenido lugar en 1972 en presencia del emperador Haile Selassie, y el anterior, en 1956 con la reina Isabel II. Es algo tan singular que las autoridades nigerianas aprovechan para invitar a alguien importante, y ese año el presidente Haruda Babangida pensó en nuestros Reyes, que también querían mostrar su interés por África y sus problemas. En el *durbar*, los señores feudales de las tribus hausas del norte del país, musulmanes, prestan juramento de vasallaje al sultán, conocido como el *Shehu* de Borno; éste es su jefe tradicional, pues allí nadie parecía hacer demasiado caso al gobernador que nos acompañaba en representación del Gobierno central de Lagos. En esto hay algún parecido con lo que ocurre en Marruecos, donde a la realidad oficial de ministros y *walis* se superpone otra, no menos real, de jefes tribales, descendientes del Profeta conocidos como *chorfa*, y cofradías

religiosas con decenas de millares de miembros. No es infrecuente que un problema se solucione antes recurriendo a ellos que a una Administración lenta y poco eficaz, como pude comprobar durante los años que fui embajador allí. Pero si bien nadie prestaba atención al gobernador, en la delegación española estábamos entusiasmados con la ministra de Presidencia, que se desplazó desde Lagos para acompañarnos en Maiduguri. Era una señora guapísima y de nombre imposible que nosotros resolvimos llamándola «La Moscosa» en homenaje a aquel ministro del ramo tan querido por los funcionarios por haber autorizado varios días al año de libre disposición.

El *durbar* se celebraba en una gigantesca explanada, más o menos rectangular, de unos quinientos metros de longitud y no menos de doscientos de anchura; ésta se encontraba rodeada de tiendas, como las jaimas marroquíes, ocupadas por millares de personas, allí congregadas para participar en el acontecimiento o que simplemente acudían a verlo desde remotos lugares. Entre las tiendas, dentro de ellas y detrás de ellas había caballos, vacas, corderos y gallinas; se encendían hogueras para asar pitanzas entre nubes de polvo y se armaba una algarabía de gritos y música en un ambiente muy festivo y muy medieval, que me recuerda a otra fiesta que viví en la fortaleza de Sohar, en el sultanato de Omán, donde peleaban toros y carneros entre los cantos y bailes de una multitud entusiasmada y engalanada. Ambos festejos parecían haber resucitado del fondo de la historia. En Maiduguri, el sultán tomó asiento bajo un baldaquino acompañado por los Reyes y el resto de autoridades presentes. Delante, a unos treinta metros, había una línea de estacas cortas plantadas en la tierra y pintadas de azul, blanco y rojo; hasta ellas se iban acercando a paso lento los nobles con sus heterogéneas comitivas en un desfile que se antojó interminable. Se aproximaban siguiendo un orden que debía marcar grados y preeminencias entre ellos, dado que el protocolo también era aquí muy importante, y lo hacían en grupos separados por espacios vacíos de unos treinta o cuarenta metros, cabalgando magníficas monturas y ataviados con antiguas armaduras que brillaban como la plata y que acompañaban de turbantes multicolores, cascos emplumados, sables al cinto y una gran lanza que integraba el uniforme, pues todos la llevaban, igual que las gafas de sol Ray-Ban y relojes de gran tamaño y doradas refulgencias. Los caballos iban, a su vez, soberbiamente enjaezados, con gualdrapas y ornamentos de tonos vivos, grandes pectorales de plata y borlas de lana de colores brillantes que colgaban de sus costados. Era una visión deslumbrante bajo el implacable sol de Nigeria.

Todos estos señores feudales iban seguidos por una comitiva, y los más importantes se cubrían con un enorme parasol como símbolo de autoridad, igual que el rey de Marruecos en las grandes ceremonias. Estas sombrillas eran, en general, amarillas o blancas, y también estaban ricamente adornadas. El resto de los acompañantes, que podían alcanzar la treintena en el caso de los grupos más numerosos y que nunca bajaban de la decena, avanzaban a pie —salvo algunos pocos que debían de tener mayor jerarquía que los otros y que también montaban a caballo— y tocaban con entusiasmo las músicas más variadas con flautas y trompetillas y mucha percusión a base de tambores de diverso tamaño y diseño. El alboroto resultante era indescriptible tanto por la forma en que interpretaban lo que tocaban como porque cada grupo iba a su aire y su melodía se mezclaba con la que entonaba el grupo que lo precedía y el que venía justo después, hasta llegar a donde nosotros estábamos como una masa apelmazada y discordante en la que sólo en ocasiones se identificaba un sonido limpio. Estos miembros del séquito también vestían lujosamente esas

típicas camisas de colores fuertes que cuelgan hasta las rodillas y cubren unos pantalones tirando a estrechos en los que una de sus perneras podía ser azul y verde o roja la otra, como las que usaban los cortesanos del *Cinquecento* en los cuadros de Benozzo Gozzoli. Aun así, todos los grupos exhibían una cierta uniformidad interna, mejor en unos que en otros, y el conjunto resultaba de lo más colorista y bullanguero.

Cuando el grupo llegaba a las estacas situadas frente al *Shehu* de Borno, el jefe inclinaba su lanza hasta que la punta tocaba el suelo en señal de vasallaje, mientras arreciaban las músicas y los gritos de los enardecidos acompañantes y el sultán agradecía la muestra de sumisión con un leve saludo de cabeza. Me contaron que antes los señores feudales llevaban armas de fuego, pero que se habían prohibido hacía unos años, cuando alguien le quiso pegar un escopetazo al sultán, y es que no hay como ser precavido para evitar disgustos. La multitud animaba y recibía con gritos de entusiasmo a aquellos a quienes conocía o cuya uniformidad y acompañamiento musical resultaban particularmente logrados, en unas preferencias que no resultan fáciles de comprender para el profano. Como es natural, a medida que pasaban las horas aumentaban el calor y el polvo que levantaban cabalgaduras y comitivas en aquella explanada amarilla, y por eso agradecemos, cuando llegó el final, que el sultán nos invitara a un refresco en una lujosa jaima. Fue un privilegio haber podido asistir a una ceremonia tan pintoresca y antigua en el corazón mismo de África.

Al regresar a Lagos nos alojamos en State House Marina, residencia oficial para jefes de Estado extranjeros, desde donde salió al día siguiente la caravana de automóviles encabezada por el que llevaba a los Reyes y al presidente Babangida al aeropuerto. A mí me tocó ir en el último coche de la fila con Chenchó Arias, que era director general de la Oficina de Información Diplomática, con la mala pata de que se cruzó en nuestro camino un camión del ejército conducido por un majadero que nos bloqueó y nos descolgó de la caravana, que vimos alejarse escopetada entre motoristas y el ulular de sirenas por una autopista que debía de haber permanecido un buen rato cerrada al tráfico, a juzgar por los numerosos vehículos que se habían acumulado en todos sus accesos y que la invadieron entre bocinazos tan pronto como pasaron los coches oficiales. Y allí nos quedamos atascados Chenchó y yo, viendo impotentes desaparecer en el horizonte a nuestros compañeros de viaje mientras nos engullía la masa de todos los automóviles que debían de llevar horas esperando y que estaban comprensiblemente nerviosos e irritados.

En ese momento, nuestro conductor nigeriano se volvió hacia nosotros y con aire compungido nos dijo que era imposible salir de aquel monumental atasco y que nos olvidáramos de llegar al aeropuerto a tiempo, máxime teniendo en cuenta que los que nos precedían iban rodeados de motoristas que los hacían volar por el asfalto. «A menos... —añadió guiñando un ojo cómplice en busca, ya perdida toda esperanza, de una propina, como los que entran en el infierno de la *Divina Comedia*—, a menos que —repitió— ustedes me autoricen a atravesar la mediana de la autopista y asuman el riesgo de ir a contramano hasta el aeropuerto.» Chenchó y yo nos miramos y, prueba de nuestra juventud y de nuestra desesperación, es que le dijimos que sí, que adelante y que no perdiera más tiempo hablando.

Dicho y hecho. El tipo cruzó la mediana, encendió los faros, sacó un pañuelo por la ventanilla, tocó la bocina de forma ininterrumpida y allí salimos los tres disparados por el carril contrario, tipo suicida, camino del aeropuerto. El claxon se estropeó en seguida. Los coches que venían de

frente nos iluminaban con los faros y sus conductores nos hacían todo tipo de gestos —entre los que debo reconocer que los abiertamente obscenos eran amplia mayoría—, y luego nos esquivaban como podían, pues nuestro chófer no se movía de su carril: parecía que le habían pegado al volante de tan apretadas que llevaba las manos sobre él. En un intento de distraernos, Chenko y yo recordamos aquella película de James Dean en la que unos jóvenes demostraban lo machos que eran enfrentándose en dos coches que conducían a gran velocidad; el primero que se desviaba para evitar el choque perdía la apuesta. *To play chicken* —ser un gallina, diríamos nosotros—, creo que era como le llamaban al juegucito de marras. Y así logramos llegar a tiempo al aeropuerto. No me acuerdo bien, pero supongo que debimos de darle una buena propina a nuestro intrépido y temerario conductor. Cuando subimos al avión, a los dos nos temblaban las piernas. No sé a Chenko, pero a mí me habría ganado James Dean sin mayor esfuerzo.

## LAS CATARATAS VICTORIA

Estando en Zimbabue con los Reyes, nos llevaron a conocer las espectaculares cataratas Victoria, las más grandes del mundo, en la frontera con Zambia, donde el río Zambeze, de gran anchura, se precipita por un abismo de 108 metros de altura y 1,7 kilómetros, tras lo que continúa luego por un cauce mucho más estrecho que deja muy poco espacio para observar el espectáculo sin ponerse hecho una sopa al mismo tiempo. Las del Niágara son unas cataratas más domesticadas, entre otros por nuestro compatriota Torres Quevedo, que construyó allá por el siglo XIX un funicular metálico; las de Iguazú constituyen, para mí, las más espectaculares, y al verlas, uno no puede evitar pensar en Robert De Niro rebozado en barro y arrastrándose río arriba con una pesada carga. En ellas me envenené con un surubí, un enorme y grasiento pescado fluvial, que, según mi mujer Pilita, debía de ir destinado al general Videla, el cual, en plena época de la dictadura argentina, ocupaba una mesa próxima a la nuestra. En Victoria me ocurrió otra aventura con mi amigo Chenko, esta vez por idiotas. Resulta que no había forma de disfrutar de las vistas sobre las cataratas porque había una marabunta de gente y sobre todo numerosos guardaespaldas y fotógrafos que se atropellaban en su deseo de sacar las mejores fotos de los Reyes con el maravilloso fondo de la cortina de agua. Harto de empujones y sabiendo que la visita estaba programada para un par de horas, le propuse a Chenko visitar las cataratas por nuestra cuenta; así, nos adelantamos a la muchedumbre, adentrándonos por un camino estrecho y serpenteante a lo largo del curso del río que recibe un continuo chaparrón de agua en forma de gotas microscópicas que alcanzan de modo inmisericorde a quienes por allí pasean. Al cabo de un rato, como consecuencia de las permanentes curvas, dejamos de ver a los que nos seguían; ni sospechábamos que la Reina se cansaría pronto de la nube de agua en suspensión y del fuerte calor y humedad y decidiría acortar la visita y regresar a Harare antes de lo previsto, sin que, como es natural, nadie se diera cuenta de que nosotros dos continuábamos alejándonos camino adelante. Fui yo el que tras un buen rato le sugerí a mi compañero detenernos hasta que nos alcanzara el grupo principal, pero Chenko se negó diciendo que teníamos dos horas por delante y que estábamos mucho mejor solos y disfrutando del precioso espectáculo. De manera que proseguimos, hasta que nos paramos

un instante, miramos hacia atrás y vimos que nadie asomaba por la última curva del camino, por lo que optamos por ir nosotros hacia atrás. Dimos la vuelta a una curva y comprobamos que no había nadie, a otra y nadie, y aquello empezó a preocuparnos; cada vez andábamos más deprisa, hasta que comenzamos a correr cuando nos percatamos de que al parecer nadie nos había seguido. El camino que habíamos transitado estaba por completo vacío.

Debo reconocer con cierta vergüenza que Chenchó, un habitual del *jogging*, me dejó pronto atrás pese a ser mayor que yo, con lo que las repetidas curvas pronto impidieron que existiera contacto visual entre nosotros. Cada vez estaba más inquieto y cada vez corría más y sudaba más, a lo que se añadía la humedad del ambiente. Al poco, estaba hecho una auténtica sopa. De repente noté que el pavimento cambiaba bajo mis pies y vi un sendero que se abría a mi izquierda (a la derecha iba el río), que creí reconocer como el que habíamos tomado para llegar. Me metí por él después de pegar un par de gritos a mi compañero de aventura, que no me respondió, y desemboqué en la explanada donde habíamos bajado de los coches, que para mi desmayo estaba totalmente vacía, con excepción de un hombre blanco sentado en un banco; me dirigí jadeante a él y en buen castellano, como si eso fuera la cosa más natural del mundo en Zimbabue, le pregunté dónde estaba todo el mundo. «Se han ido», fue su lacónica respuesta. «¿Y uno que corría?», inquirí yo, con la esperanza de que mi compañero de escapada hubiera alcanzado la caravana y así los demás supieran que yo faltaba. «Aquí todos corrían», me contestó, lo cual es cierto en este tipo de situaciones en las que los Reyes se meten en su automóvil, la caravana arranca de inmediato y el que se descuida se queda atrás. Entonces me explicó que era un misionero que se había acercado a saludar a los Reyes, y yo le pregunté si tenía coche y si me podía llevar al aeropuerto, a lo que me contestó que antes tendría que ir a buscar a un amigo que se había ido a ver las cataratas. Dicho esto desapareció y nunca más volví a verlo.

Allí estaba más solo que la una y con la cara que se me puede suponer cuando vislumbré que por la desierta carretera se aproximaba un camión muy viejo y destartado conducido por un nativo. Me puse en mitad del camino mientras movía paroxísticamente los brazos conminándole a detenerse. Cuando lo hizo, me subí al peldaño de su portezuela y le dije en inglés: «Mire, viaje con los Reyes y le ofrezco veinte dólares si es capaz de llevarme al aeropuerto antes de que se vaya mi avión». Me miró sorprendido, pues imagino que no tenía la menor idea de lo que le estaba diciendo, pero me respondió: «*U.S. dollars?*», porque el dólar norteamericano valía bastante más que el local, y allí mismo nos pusimos de acuerdo y salimos renqueando hacia el aeropuerto mientras me comentaba que no habría más aviones en un par de días y que la única posibilidad que tenía para salir de allí era el tren, pero que no me lo aconsejaba porque los bandidos lo asaltaban con frecuencia y tomaban rehenes.

La verdad es que dos carreras al aeropuerto en el mismo viaje era un poco excesivo, y pensé que, si en Lagos la cosa había salido de milagro, esta vez era imposible que en aquella tartana pudiera llegar a tiempo. Sin embargo, al avistar desde lejos el aeropuerto comprobé con alivio que las colas de nuestros aviones —pues íbamos en dos, uno para los Reyes y otro para los numerosos miembros de los medios de comunicación que les acompañaban— sobresalían por encima del bajo edificio de la terminal de pasajeros. Pagué religiosamente lo convenido y crucé a la carrera el vestíbulo para desembocar en la pista donde estaban los aviones. El más próximo, el

del Rey, tenía la escalera de acceso acoplada y desde arriba me miraba una azafata. A mi izquierda, una banda de música parecía estar deshaciéndose. Seguí corriendo hacia el avión mientras sudaba a rabiar y pensaba en la vergüenza que iba a pasar cuando tuviera que explicar a los Reyes y a todos los demás, que debían de llevar un buen rato esperando, que me había perdido por imbécil. De modo que, con el corazón en la boca y sin aliento, subí de dos en dos los escalones y, todavía preocupado por Chencho, pregunté a la azafata local: «*Anyone missing?*» (¿Falta alguien?), a lo que ella, con una sonrisa, me respondió: «*No, sir. You're the first to arrive*» (No, señor. Usted es el primero que llega). En efecto, comprobé que el avión estaba vacío, y yo, aún sin entender bien lo que pasaba, me senté en el último escalón y, empapado de sudor, pedí una Coca-Cola bien fría.

La banda de música no se deshacía, sino que se estaba formando, y al poco rato empezó a tocar marchas militares mientras aquello se llenaba de gente y los Reyes y el ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, aparecían por la puerta de la terminal y se acercaban al avión; al verme, comenzaron a hacerme señas muy expresivas, como preguntando qué rayos me había pasado. Cuando subieron, les conté mi aventura, que causó muchas risas, y el ministro me dijo que se había dado cuenta de nuestra ausencia y que, para ganar tiempo, «se había llevado a toda la comitiva a hacer pis en un hotel del camino» porque, añadía, no quería que al día siguiente los periódicos españoles abrieran en primera plana con la noticia de que «se van a África y pierden dos directores generales». Fernández Ordóñez siempre pensaba en la prensa. Pregunté por Chencho, pero nadie sabía nada de él. Les conté que no había más aviones y que los trenes eran, al parecer, peligrosos, y el Rey decidió que le esperásemos un cuarto de hora y que, si no llegaba, regresáramos nosotros a Harare y que el avión de los periodistas se quedara aguardándole un rato más.

A punto de transcurrir los quince minutos de gracia, apareció Chencho por la puerta de la terminal corriendo y desencajado, igual que lo había hecho yo media hora antes. Sólo que a él lo acompañaba una joven local, azafata de uno de los aviones, que también se había perdido en las cataratas, lo que aumentó las bromas de los que desde el avión les veíamos acercarse a la carrera y echando el bofe. La Reina pidió entonces que todos aplaudiéramos cuando entrara en el aparato para que no se sintiera mal, cosa que hicimos con gusto mientras él, apartando a todo el mundo, se dirigió hacia mí diciendo: «Pero ¿dónde te habías metido, cabronazo?». Por lo visto, no reconoció el lugar por donde habíamos accedido al río y, en consecuencia, se había adentrado en terreno desconocido, donde se había topado con la azafata, que para colmo llevaba puesta una camiseta del Barça, equipo del que Chencho, madridista acérrimo, no es precisamente partidario. Dice mucho de su hombría de bien que, a pesar de ello, la rescatara. Me contó que había oído mis gritos, pero que no contestó porque pensó que lo seguía; sólo más tarde, al no verme, se preocupó al temer que me hubiera caído al río o que me hubieran secuestrado o qué sé yo qué otras elucubraciones igual de absurdas.

No quiero recordar la de chanzas que ambos tuvimos que aguantar desde aquel momento. El *Diario 16* relató con gracia la historia, que acabaron conociendo incluso quienes no habían viajado a Zimbabue y que se pusieron muy pesados con sus constantes bromitas. Poco después viajé a Túnez y Egipto con Felipe González, y todo el mundo me aconsejó en Luxor que no bajara

del autocar, que me atase un cordel al dedo o que dejara un reguero de migas de pan por el camino...

#### EL SENTIDO MARROQUÍ DE LA HOSPITALIDAD

Esas cosas no podían ocurrir en el Vaticano o en Marruecos, que son los dos lugares donde se presta más atención a los detalles y cuyo protocolo resulta más sofisticado, como demuestra lo que me sucedió en cierta ocasión en que acompañaba al entonces Príncipe de Asturias en su primer viaje oficial a Marruecos. Entre los actos programados estaba una visita al puerto industrial de Jorf Lasfar, construido por Dragados, y el rey Hasán II tuvo la amabilidad de poner el tren real a disposición del Príncipe y su pequeña comitiva de cuatro personas, dirigida entonces por el secretario general de la Casa Real, José Joaquín Puig de la Bellacasa. Un día antes se me acercó un señor circunspecto, vestido de negro de la cabeza a los pies, y me preguntó a qué hora deseábamos salir a la mañana siguiente. No sé por qué se dirigió a mí, porque yo no me ocupaba de esas cosas, pero sin pensarlo mucho ni cortarme un pelo le contesté que a las 8:23 a. m., que fue lo primero que se me ocurrió. Y me quedé tan fresco. Luego, ya en la cena, lo comenté y el Príncipe dijo: «Pues mañana todos a las 8:20 en el andén, que vean que somos puntuales». Y así se hizo. A las 8:20 estábamos los cinco a bordo y a las 8:23 el tren arrancó con la mayor puntualidad. Un poco más tarde, se me acercó el mismo hombre vestido de negro y muy serio me preguntó: «¿Dígame, señor, a qué hora desean llegar?». No me lo esperaba y solté una carcajada porque no supe qué responder. Ésa es la hospitalidad marroquí, que no tiene medida cuando desea agradar.

#### LOS ESCLAVOS DE GORÉE

A veces las cosas no resultaban tan gratas. En el curso de un viaje a Senegal con mi compañero Enrique Viguera, subdirector general en mi dirección, visité un lugar que me impresionó mucho, la isla de Gorée, muy cerca de Dakar, frente al cabo Manuel, donde hoy montones de niños se tiran al mar a recoger las monedas que algunos visitantes les arrojan. La belleza del lugar engaña sobre su siniestro pasado, pues fue uno de los principales puertos de salida de esclavos hacia el continente americano. De pequeña dimensión, con casas bajas encaladas con cubiertas de tejas y persianas verdes, ofrece un cierto aire mediterráneo que no desdice el viejo fuerte que la corona y que se adorna con cañones oxidados. Allí, en Gorée, en el patio de un pequeño edificio pintado de un engañoso color rosa fucsia, se reunía a los cautivos apresados en razias por el continente y se les hacía pasar bajo una escalera doble de curvo diseño hasta que alcanzaban una angosta puerta situada sobre un océano de luz deslumbrante. Por esa puerta embarcaban para no regresar jamás a su mundo y a sus vidas, convertidos ya en mercancía humana, en piezas anónimas de ese motor que ha movido la economía mundial durante milenios y que puso en pie las pirámides, la gran muralla china o las plantaciones de azúcar de Jamaica a un precio terrible de muertes, sufrimiento y vidas

destrozadas. Gorée es, en la costa occidental de África, lo mismo que Zanzíbar en la oriental: los principales puertos de la trata de esclavos. Durante los doscientos años que sirvió como desagüe del vecino campo de concentración, se calcula que entre diez y veinte millones de seres humanos cruzaron aquella pequeña puerta de la fortaleza de Gorée para embarcar rumbo a las Américas, adonde tan sólo una fracción de las personas llegaban con vida después de una travesía llena de penalidades, aherrojadas y estabuladas como animales en condiciones hoy difíciles de imaginar. No es de extrañar que fuera un senegalés, Léopold Sédar Senghor, quien levantó a partir de la década de 1930 la bandera la *négritude*, la bandera de la afirmación del orgullo de la raza humillada durante tantas generaciones, y que lo hiciera precisamente en compañía de Aimé Césaire, un descendiente de esclavos que habían partido de la isla de Gorée para trabajar en las plantaciones de azúcar de Martinica.

## OUALATA

No olvido mi primer aterrizaje en Nuakchot, capital de Mauritania, país durísimo donde años más tarde fue embajador mi hermano Alonso. Era entonces una ciudad de un millón de habitantes que vivían en chabolas edificadas sobre la arena del desierto, sin agua corriente ni alcantarillas, aunque no olía mal pues el sol lo secaba todo; lo malo era cuando llovía... La arena se le metía a uno en la misma alma en cuanto aterrizaba, por no hablar de la maleta o de los bolsillos del pantalón. Con José Corral, autor del libro *Ciudades de las caravanas*, tuve la suerte de hacer una visita a la pintoresca ciudad medieval de Oualata, hoy *in the middle of nowhere*, pero que fue un importante cruce en las rutas que atravesaban el Sahara desde Marruecos hasta Tombuctú y más allá, por donde se transportaba sal, oro y esclavos. En Oualata, nuestra cooperación ha logrado preservar la arquitectura y ornamentación propias del lugar y ha recuperado una importante biblioteca de la Edad Media, por no hablar de otras cuestiones más prosaicas como que ha dotado al pueblo de agua y ha creado una escuela de artesanía para las mujeres. Con estos precedentes no es de extrañar que nos recibieran como en *Bienvenido, Mister Marshall*, con escolta de camellos al galope y banderitas de España engalanando las puntas de las lanzas de los jinetes. Claro que nos lo merecíamos tras dos horas de avión desde Nuakchot y otras cuatro en todoterreno desde Nema, en las que nos hundimos media docena de veces en la arena antes de llegar a nuestro destino. Como signo de hospitalidad me sirvieron un cuenco de leche agria de camella que me bebí sin rechistar y sin que me quedaran parásitos de ningún tipo en el organismo. En otra ocasión, también en Mauritania, siendo yo el invitado de honor en una comida consistente en *mechuí*, mi anfitrión me ofreció ceremonialmente y delante de todo el mundo como bocado exquisito un plato lleno de ojos de cordero. No podía decir que no, así que cogí uno que me pareció que no me miraba y me lo metí en la boca sin pensar demasiado..., y reconozco que no estaba mal. Peor hubiera sido rechazarlo. En Botsuana he comido unas orugas asadas y curruscantes, muy parecidas a nuestra procesionaria, y sopa de leche agria en Yemen, y en México, larvas de hormigas... Y es que estamos llenos de prejuicios. En otra ocasión, también en Mauritania, se estaba acercando una plaga de langosta de la que todo el mundo hablaba, una de esas nubes gigantescas que



ensombrecen el horizonte, hacen que anochezca en pleno día, devastan los cultivos y devoran toda la vegetación que encuentran a su paso. A mi pregunta curiosa de cómo eran las langostas, mi interlocutor mauritano me respondió lacónicamente «*croustillantes*» (curruscantes), pues era habitual comerlas hasta que comenzaron a ser tratadas con DDT y otros insecticidas que dejaron a la población sin vegetación y privada también de esta fuente de proteínas.

## HISTORIAS DE AVIACIÓN

Tanto viaje en avión implica momentos complicados, como cuando aterricé en la base de Andrews, junto a Washington, en un pequeño aparato militar que bailaba como una peonza debido a una fuerte tormenta, o en Windhoek, cuando, tras retirarse los sudafricanos y quedarse la capital sin torre de control, se nos cruzó una avioneta en la pista y el Casa-212 de la misión de la ONU que nos llevaba tuvo que abortar el aterrizaje (acompañaba ese día al vicepresidente Narcís Serra) con una brusca maniobra en el momento en que ya tomábamos tierra. Otro aterrizaje malo fue en São Miguel, en las Azores, cuando acompañé al presidente Aznar a una *cimeira* con los portugueses y el avión se enfrentó a fortísimos vientos, lo que mereció honores de portada en la prensa local. Al lado de esto impresiona menos lo de ir sentado sobre el chaleco antibalas en plena guerra de Bosnia-Herzegovina como medida de protección elemental por si, desde abajo, a alguien se le ocurría disparar contra nuestro helicóptero, que volaba a muy baja cota, o, ya en plan lúdico, la visita que una vez tuve la suerte de hacer a la ciudad nabatea de Petra en un helicóptero del ejército jordano, cuyo piloto se divirtió practicando arriesgadas y bruscas maniobras para embocar los estrechos valles que conducen a la ciudad perdida... y para entretenerse un poco a costa del pasaje, aunque no tuvo éxito conmigo, pues tomé fotos muy bonitas desde ángulos inverosímiles de aquella maravilla que se extendía a mis pies. En ocasiones realizábamos viajes enloquecedores, como una vez con Fernández Ordóñez que cenamos en Damasco, desayunamos en Amán, almorzamos en El Cairo y regresamos a Madrid para dormir, u otro similar —esta vez con Javier Solana— en el que comimos en Berlín (recuerdo que Christo había «empaquetado» el Reichstag), cenamos en Helsinki y al día siguiente almorzamos en Atenas y dormimos en Madrid. Eran palizas que la edad soportaba bien. Pero no todo eran bromas. Cierta vez debí de caerle mal al vicepresidente Alfonso Guerra, a quien fui a esperar a Angola siguiendo las instrucciones de Fernández Ordóñez, cuando visitó el país como alto cargo del PSOE a su regreso de un viaje que le había llevado antes a Iberoamérica. Recuerdo que dejé una corona de flores de plástico con una leyenda del PSOE en la tumba de António Agostinho Neto, que los encargados del mausoleo colocaron junto a otra del club de fútbol Benfica. Cuando pretendí regresar a Madrid en su pequeño avión, en el que había plazas libres, su jefe de gabinete, Fali Delgado, que siempre me pareció que tenía pinta de banderillero, me negó el acceso al avión diciéndome: «¿Pero tú dónde *vah?*», y yo le contesté que a Madrid, con ellos, que tenían un Falcon con muchos asientos vacíos y que había supuesto que me podrían llevar. «Te *equivocah*», me contestó, y luego añadió: «Para que lo *entiendah* bien, que al *visepresidente* le *guhta* viajar *ansho*». Tal y como suena. Creo que es una transcripción literal de la conversación que mantuvimos. Y allí me quedé yo, en el

aeropuerto de Luanda, con la maleta en la mano y la cara de tonto que cabe suponer. Tardé tres días en encontrar un vuelo que me llevara hasta Kinshasa, donde aterricé a las tres de la madrugada con una maleta desventrada a navajazos y vacía.

## UNA EVACUACIÓN ENTRE BOMBARDEOS

Durante mi gestión como director general de África, viví algunos momentos dramáticos, como el que se produjo en Liberia durante la guerra civil de carácter étnico entre guios, manos y krahn, que competían por hacer las mayores barbaridades a las órdenes de gentes como Charles Taylor, que ejecutó al presidente Samuel Kanyon Doe después de cortarle las orejas y filmarlo. En esa crisis aprecié el valor de los hermanos de San Juan de Dios, que se negaron a evacuar su hospital de Monrovia y con cuyo superior en Madrid discutía con frecuencia, pues si yo entendía que ellos aceptaran el martirio por estar con los más necesitados, él también debía comprender que mi obligación era evitar muertos entre los miembros de nuestra colonia. Es el mismo hospital que ha atendido a enfermos de ébola durante la reciente epidemia y cuyo director falleció contagiado por el virus. Tampoco esta vez han querido evacuarlo. Siento por ellos gran admiración. Allí aprecié también el valor de mi compañero Manolo Luna, que era embajador en Liberia, y las dotes de organización y de sacrificio de María Rosa, su mujer. Ambos vivieron escenas que me recordaban a la película *55 días en Pekín* cuando acogieron en su residencia a muchos refugiados aterrorizados y María Rosa montó en el jardín una cocina de campaña y unos medios sanitarios mínimos. Ni Herminio Morales, director general de Asuntos Consulares, ni yo mismo encontrábamos la forma de evacuarles, pues no daba tiempo a enviar un barco desde España y el aeropuerto no era seguro, ya que estaba batido por el fuego cruzado de los contendientes. Al final se nos ocurrió pedir ayuda a una flota estadounidense que regresaba bordeando la costa del continente africano. El Pentágono accedió a recoger a nuestra gente con la condición de que no subiera ningún liberiano a bordo y que abordaran a la flota en la playa de Buchanan, a unos trescientos kilómetros de Monrovia. Manolo Luna estableció un convoy con todos los vehículos que pudo encontrar e invitó a otros diplomáticos y algunos hombres de negocios europeos a unirse a la evacuación. Ésta resultó bastante problemática porque en el momento fijado para la partida comenzaron a caer bombas junto a la embajada, lo que dificultó el arranque de la expedición. Era el domingo 12 de agosto de 1990 y Herminio y yo estábamos agarrados a una radio en el palacio de Santa Cruz, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, desde donde le ordenábamos al embajador que se pusiera en marcha como fuera, pues si no nunca llegaría a tiempo a la cita de Buchanan, y los norteamericanos nos habían advertido que no podrían esperar. Entonces surgió otro conflicto inesperado porque uno de los funcionarios de la embajada se negaba a abandonar el país. Se trataba de Francisco Javier Molins Artola, una persona muy discreta que tenía una familia nativa y de quien se decía que había huido allí debido a las amenazas de muerte de ETA. Todo eran rumores y nada estaba claro, pero misterioso sí que resultaba. Su resistencia retrasaba la salida del convoy, por lo que al final le autorizamos a quedarse a condición de firmar un papel donde asumía los riesgos de su decisión, y que está fechado el mismo 12 de agosto.

Solventado este problema, el convoy se puso en marcha y, tras toda una serie de vicisitudes, incluidos bloqueos de rutas y controles inamistosos que el embajador Luna resolvió con una adecuada mezcla de firmeza y de habilidad, los coches llegaron a su hora a Buchanan, donde los estadounidenses hicieron honor a su compromiso y no tuvimos que esperar. En la playa quedaron tirados un montón de vehículos, con la comprensible desolación de sus propietarios y el regocijo de quienes se apoderaron de ellos acto seguido. Manolo Luna fue nombrado personaje Popular de *Cambio 16* el año siguiente junto con otras personas, entre las que también estaba mi cuñado Juanito López de Chicheri, que, siendo embajador en Bagdad cuando a Sadam Huseín se le ocurrió invadir Kuwait, hizo un estupendo trabajo sin perder nunca el gran sentido del humor que le caracterizaba. En cierta ocasión lo escuché en una entrevista por la radio en la que el periodista, uno de éstos a los que les gusta lo truculento, no paraba de preguntarle qué haría si los iraquíes tomaban a los embajadores como rehenes y los colocaban como escudos humanos en los previsibles objetivos de la aviación aliada y además no les daban agua ni comida y encima los encadenaban, y no sé cuántas memeces más. Rezaría, fue su lacónica respuesta.

Nunca más se volvió a saber de Javier Molins. Envié a un joven diplomático a buscarlo, Bernardino León, con quien me une una gran amistad desde entonces. Berna, como lo llamamos los amigos, se quería meter en los lugares más apartados y peligrosos en busca de Molins: «Pido autorización para bajar en piragua por el río no-sé-cuántos en busca del campamento de Taylor», me decía por radio, y yo le negaba uno tras otro los permisos que me pedía. «Ya hemos perdido un diplomático —le decía—, y no quiero perderte también a ti.» Luego me ha confesado que al final iba a donde él pensaba que debía ir, pero que con mis órdenes lo obligué a veces a dar grandes rodeos. No me arrepiento. Mi opinión es que Molins debió de morir asesinado, pero nunca se sabe, y su propio carácter misterioso dio entonces pábulo a los más diversos rumores. Cuando las tropas rebeldes entraron por fin en Monrovia, la embajada fue asaltada, y fueron asesinadas a bastonazos y machetazos todas las personas que se habían refugiado en ella. Hasta ahorcaron a un perro. Hay un escabroso relato acerca de lo ocurrido escrito con mucha ingenuidad y faltas de ortografía por parte de dos empleados que lograron sobrevivir escondidos en el falso techo de la cocina, desde donde fueron testigos de la cruel masacre. Es difícil imaginar el miedo que los pobres debieron de pasar durante los tres días que permanecieron allí ocultos.

## BLACK AND WHITE IN COLOUR

Uno de los principales productos de la exportación española a África y que mejor imagen nos da en el continente son los misioneros y misioneras. Siempre contentos, no piden vacaciones o aumentos de sueldo y están dispuestos a meterse en los lugares más inaccesibles y remotos, donde no es fácil encontrar otros voluntarios dispuestos a ello. Siento por ellos una enorme admiración. Esos curas y monjas están muy lejos de la imagen que proyecta la divertida película *Black and White in colour* del misionero que trafica con objetos de arte o que demuestra la superioridad de su dios montando en bicicleta mientras los hechiceros locales se pegan unos leñazos terribles. Eduardo Junco, embajador en el Zaire, me llevó un día a conocer el dispensario de Kimbanzeke,

allá por el fin del mundo, dirigido por una monja menorquina llamada Pilar. Por el camino, la gente gritaba en idioma lingala *¡mundele, mundele!* (blancos) al vernos pasar y nos recibía luego con un cordial *mbote* (hola). Tras varias horas de coche, cuando llegué al dispensario, construido en un claro del bosque, había bastante gente, y sor Pilar le estaba metiendo una bronca considerable a un acoquinado grandullón que había hecho mal unos caballones en un sembrado. Era una mujer bajita; yo creo que la estatura media de nuestras misioneras no debe de andar más allá del metro cincuenta, pero ¡hay que ver lo que cunden tan pocos centímetros! Todo lo había levantado ella sola. Cuando entré, había una mujer pariendo y un joven al que entablillaban un brazo. También contaba con una tienda donde hacían análisis de sida. ¡Aquella mujer no había regresado a Menorca ni había visto a su familia en veinticinco años! Pero se le llenaron los ojos de lágrimas cuando le dije unas palabras en mallorquín. En un lugar cercano, comí cocodrilo por vez primera, y su carne me recordó a la del pollo, aunque quizá resultaba algo más blanda y fibrosa, un poco como la iguana de Centroamérica. Los locales la tomaban con pili-pili, una salsa picante muy fuerte.

Otras monjas españolas dirigen el ala infantil del hospital de Al-Hoceima, en Marruecos, y un centro para invidentes en Taroudant, el único que existe al sur del Atlas y que estaba en la más absoluta miseria cuando lo visité por vez primera. Pilita, mi mujer, lo tomó bajo su protección e hizo poner electricidad y amueblarlo, además de hacer cuartos de baño con la ayuda económica de otras embajadas en Rabat, mientras yo conseguía que empresarios españoles ubicados en Agadir les enviaran comida. En cambio, fracasé con la ONCE, que hizo oídos sordos a mis peticiones. Sin querer ofender, he de decir que el contraste entre la suciedad general y la limpieza de los locales que regentaban nuestras monjas era enorme, y podría dar muchos más ejemplos repartidos por todo África, en particular en Guinea Ecuatorial, cuyos sistemas educativo y sanitario recaen casi con exclusividad sobre los hombros de religiosos y religiosas españoles con la generosa ayuda de la Agencia Española de Cooperación Internacional. No son gente inmune al entorno en el que viven, cuyas desgracias e ilusiones comparten, como el sacerdote vasco en Angola que sólo comía una vez al día porque eso era lo que hacían sus convecinos. Como tampoco comían los niños desnutridos que sor Julia Gómez atendía bajo una acacia en Nuakhot mientras les curaba la conjuntivitis provocada por la arena del desierto y enseñaba a sus madres cómo alimentarles. A veces el mimetismo alcanzaba a las supersticiones, como le ocurría a un obispo español que llevaba veinticinco años en Zimbabue y que me decía muy serio que no dudaba de que moriría en menos de veinticuatro horas si el «pájaro amarillo» se posaba en el alféizar de su ventana. Al ponerlo yo en cuestión, aunque comprendía que un nativo que viese este pájaro y que creyera en la magia podría sufrir un infarto del susto, me contestó muy serio que lo había visto tantas veces que estaba convencido de que también habría llegado su última hora si la dichosa ave lo visitaba.

## LA INDEPENDENCIA DE NAMIBIA

La independencia de Namibia fue muy alegre y emotiva. Windhoek es como una ciudad de provincias sudafricana, aunque también puede recordar al Medio Oeste norteamericano, sólo que

lo que allí sería Main Street aquí se llamaba Kaiser Avenue. Viviendas unifamiliares llenas de buganvillas y jacarandás en calles cuajadas de flores de color lila. La influencia alemana es todavía muy visible: así, en uno de los lugares más céntricos de la ciudad, se encuentra la gran estatua ecuestre de *Alte Feste*, que está dedicada a las tropas alemanas que entre 1904 y 1908 ocuparon el territorio. La gran ceremonia para celebrar la independencia tuvo lugar el día 21 de marzo de 1990 en el estadio de fútbol, después de un chaparrón que en ningún momento apagó el entusiasmo de la ciudadanía, congregada allí desde hacía horas. Hubo los discursos de rigor a cargo del secretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar; el presidente de Sudáfrica, Frederik De Klerk, y el presidente de Namibia, Sam Nujoma, en tono conciliador y festivo. La tribuna estaba a rebosar, como uno de esos transbordadores que de vez en cuando se hunden en las Filipinas, llena de un eufórico público local que había ocupado, sin cortarse un pelo, los asientos reservados a las autoridades. El instante culminante llegó cuando se arrió la bandera sudafricana y en su lugar se izaron los colores de Namibia, verde, azul y rojo. Confieso que también yo me emocioné. La gente aplaudió, rio, gritó, cantó y se besó enloquecida, mientras algunos aún tenían tiempo para levantar el puño cerrado hacia el cielo en recuerdo de la ideología del SWAPO en su momento de mayor gloria. Pero todo se desarrolló sin excesos; todo fue muy contenido y poco latino, como si se notara el pesado paso de los alemanes por la zona. Al finalizar los festejos, ya transcurrida la medianoche, me fui a cenar cecina de avestruz y filete de *springbok* con un grupo de amigos, entre los que estaban Pepe Loira, Santiago Salas, Juan Leña y el futuro seleccionador nacional de fútbol, José Antonio Camacho, que había ido para jugar un partido de fútbol contra la nueva selección de Namibia. El combinado internacional lo capitaneaba el legendario Franz Beckenbauer, y el salón del restaurante Kaiserkroner estaba presidido por una fotografía gigantesca en blanco y negro del káiser Guillermo II con casco de pincho y plumas. Me encantó esa pacífica y algo estrambótica convivencia con el pasado en medio de los fastos de la independencia.

## PAZ CON LOS INDIOS ÁCOMA

En los libros de Emilio Salgari también había tribus extrañas, tesoros y barcos hundidos, y de todo eso tuve también un poco de contacto: el 26 de mayo de 2009, siendo embajador en Estados Unidos, hice con toda modestia un poco de Historia, con mayúscula, y desde luego la viví. Cuando los conquistadores españoles alcanzaron el Río Grande en 1598 celebraron en lo que hoy es El Paso, Texas, el primer *Thanksgiving* de Norteamérica, bastante antes que el de los *pilgrims* y Jamestown, pero está claro que en los Estados Unidos anglosajones se tiende a pensar que la historia comenzó con ellos y que no quieren saber nada de esa gran parte del país cuya peripecia histórica empezó con la llegada de los españoles. Desde El Paso, los conquistadores siguieron hacia el norte bajo el mando de don Juan de Oñate por lo que hoy es el estado de Nuevo México, donde fundaron Santa Fe en 1610 mientras buscaban, en vano, las fabulosas riquezas de las míticas Siete Ciudades de Cíbola. Todo eso lo cuenta muy bien John L. Kessell en su libro *Spain in the Southwest*. He sobrevolado su ruta a muy baja altura y no quiero ni imaginar lo penoso que

debió de resultar aquel avance hacia el desconocido norte a través de aquellos secarrales. En su progresión, Oñate utilizó con habilidad las disensiones entre las tribus de indios pueblos con las que se fue topando por el camino, que en su mayoría le recibieron bien. Con una notable excepción, la tribu ácoma.

Los ácomas eran en especial belicosos y vivían y siguen viviendo sobre un impresionante peñol, como esos que aparecen en las películas de John Wayne, que hoy llaman Sky City, desde donde dominaban impresionantes vistas y que nunca había sido conquistado por nadie. Eran la potencia local y tenían subyugadas a las poblaciones vecinas. Algunos espías suyos contemplaron los festejos de los conquistadores para celebrar su llegada al Río Grande, en los que, con gran gasto de pólvora de fogeo, representaron las fiestas de moros y cristianos. Los espías fueron inducidos a error al ver que, tras los disparos, «los muertos» se levantaban riendo para volver a la fiesta, y sacaron la conclusión de que las armas de fuego de los conquistadores eran ruidosas pero inofensivas, y así informaron a sus caciques, que se animaron a tender una emboscada a una partida de españoles en la que mataron a varios de ellos. Al enterarse, Oñate envió una expedición de castigo que tomó su ciudadela e hizo prisioneros; como escarmiento para todos, ordenó cortar el pie derecho a un par de docenas de indios, además de condenarlos a veinte años de esclavitud, lo que no parece muy lógico desde un punto de vista empresarial. El imperio español era muy burocrático, todo quedaba escrito, y las fuentes recogen el incidente con los ácomas, la toma de su ciudadela y la brutal condena, pero curiosamente no mencionan que se ejecutara la sentencia, lo que comporta que algunos historiadores las hayan puesto en duda. Yo pienso que se debió cortar el pie a aquellos indios, pues los ácoma no han olvidado la humillación, y a pesar de haber firmado la paz con México en 1821 y con el mismísimo presidente Lincoln en 1863, se han negado siempre a hacerlo con España. Y no sólo eso, sino que siempre que en Albuquerque, El Paso, Santa Fe u otros lugares cercanos se celebraba alguna actividad relacionada con España, los ácomas se presentaban con pancartas e insultos de «españoles genocidas». Era una situación absurda, que nos perjudicaba y con la que había que acabar. Pero los indios no quisieron escuchar los intentos hechos por mis predecesores, y sólo gracias a nuestro cónsul honorario en Santa Fe, Albert Gallegos, descendiente directo de los primeros colonizadores, al final aceptaron firmar la paz con España y recibir la visita de su embajador.

Cuando se enteró mi amigo Bill Richardson, gobernador de Nuevo México, me dijo que se alegraba de que se pusiera término a ese viejo contencioso, pero que de ninguna manera me dejaría acudir sin protección policial al territorio ácoma. Yo no quería ir así, pues mostraba desconfianza hacia mis anfitriones, pero el gobernador fue inflexible porque no deseaba correr riesgos con mi seguridad. Me acompañaban el cónsul general en Houston, Texas, Miguel Ángel Fernández Mazarambroz, y el cónsul honorario en Santa Fe, Albert Gallegos, que no ocultaba la felicidad que sentía al ver llegar el momento de la reconciliación por el que tanto había luchado. Cuando accedimos al poblado, tras pasar por la carretera junto a varios casinos de cuyos beneficios hoy malviven los indios, me recibió el jefe, un fornido indígena llamado Chandler Sánchez, que me acompañó a una habitación grande, donde estaban sentados con gran solemnidad los ancianos que constituían el Consejo de la tribu. Cada uno se presentó muy formalmente y luego me pidieron que yo lo hiciera a mi vez y les explicara la razón de mi visita. Les dije que venía en

nombre del rey de España a firmar una paz que llevaba ya más de cuatrocientos años de retraso.

La ceremonia fue sencilla y emotiva. Se celebró en la impresionante iglesia española de adobe situada en lo alto del peñol de Ácoma, que me dijeron que es hoy el asentamiento humano más antiguo de Estados Unidos. El edificio está desacralizado y la adustez de su exterior no deja adivinar la grandiosidad de las enormes dimensiones de su interior, desnudo con la excepción de un retablo, donde hay varios santos pintados con ingenuidad, entre los que destaca san Esteban, patrón del pueblo. Allí, junto a lo que fue su altar mayor y en presencia de varias docenas de miembros de la comunidad ácoma, leí un breve discurso para recordar el enfrentamiento de hace cuatrocientos años y el dolor que causó; en él afirmé que la historia no tiene vuelta atrás y que de aquel encuentro/desencuentro surgió un mundo nuevo, y abogué por superar viejas enemistades y mirar juntos al futuro. Acto seguido entregué con mucha formalidad al Primer Cacique de la tribu, una especie de chamán o máxima autoridad religiosa, un bastón de madera (ellos lo llaman *sacred cane of authority*, en inglés) con puño y cantero de plata, donde están grabadas las armas de España y el nombre del rey Juan Carlos, y una cinta con los colores rojo y gualda lo adorna. Junto al Primer Cacique estaban el Segundo Cacique y el gobernador Sánchez, que eran los tres máximos dirigentes tribales. Al tomar el bastón de mis manos, el cacique se puso a recitar una larguísima plegaria en su lengua mientras lo movía en las cuatro direcciones cardinales y también hacia arriba y abajo, como queriendo que a todo el mundo le alcanzaran los beneficios de poner fin a una enemistad de cuatro siglos. La oración me pareció muy larga; creo que podría haber durado cerca de quince minutos, y no entendí ni una palabra de cuanto decía, pero vi que algunos de los presentes no podían contener la emoción y lloraban en silencio. No se hizo ninguna foto en el interior del templo para no quitar solemnidad al momento.

Luego salimos a la puerta de la iglesia y allí reproducimos la entrega del bastón para los fotógrafos; fue muy cerca, por cierto, del lugar donde fueron asaeteados dos frailes franciscanos en las revueltas de 1680. A continuación dimos un rápido paseo por el pueblo y almorzamos todos juntos una comida típica a base de conejo, maíz y chiles picantes, servida sobre hojas grandes de higuera. Durante la comida, que tomamos sin cubiertos y con los dedos, entró un energúmeno llamándome asesino y diciendo que era una vergüenza que me recibieran, que la reconciliación con España era imposible y que los ácomas nunca olvidarían el genocidio cometido contra su gente. Mis anfitriones se quedaron helados y en voz baja se disculparon mientras yo pedía en voz alta que dejaran que el intruso dijera lo que quisiera. Pero éste se iba excitando cada vez más, y al final un grupo de hombres del poblado se lo llevó a empujones. Fue un pequeño incidente que no logró enturbiar una ceremonia sobre la que hubiera podido soñar de pequeño, cuando leía a Salgari y quería ser diplomático.

## LOS CAZADORES DE BALLENAS

Y ya que va de indios, en el cabo Flattery, situado en el extremo del Canal de Juan de Fuca, junto a Seattle, viven los indios makah. Si la frontera entre Canadá y Estados Unidos está donde está hoy, es porque los españoles construyeron allí un fuerte de madera en 1791, tras un acuerdo con el jefe

Tetaku para frenar a los tramperos rusos que descendían desde Alaska, entonces integrado en el imperio zarista. El clima es muy duro y supongo que sería un destino forzoso con dietas extraordinarias, pues los makah vivían entonces en plena Edad de Piedra, dedicados exclusivamente a la caza de la ballena. Se alimentaban con su carne, se cubrían con su piel y construían sus casas con las vértebras del enorme animal, como muestra un pequeño museo donde también hay esqueletos del cetáceo, kayaks utilizados en su caza y tótems de seis metros de altura con figuras humanas y de animales. La ballena sigue dominando hoy su folclore. Yo visité a los makah en mayo de 2010, mientras era embajador en Estados Unidos. En el poblado fui recibido por los líderes tribales, a los que acompañaba un senador que les representa en el parlamento de Olympia, capital del estado de Washington. Realicé el viaje en hidroavión con Fernando Esteban, nuestro activo cónsul honorario en Seattle, con objeto de poner en pie una cooperación educativa triangular entre España, los makah y Microsoft, que tiene su sede en Seattle, y me satisface constatar que a día de hoy esa colaboración se ha desarrollado mucho, para beneficio de aquella lejana comunidad indígena que atrajo nuestra atención por el hecho de que en su territorio hubo un fuerte español. Los makah han reconstruido una réplica de ese fuerte en el mismo lugar de su emplazamiento original, y en él luce a diario la bandera de España. Se llama Fort Núñez Gaona en honor de un ilustre marino de aquella época. Allí, la viuda del último jefe tribal me regaló un bolo, que es una especie de corbata de cuero con unos colgantes de plata en forma de plumas de águila. Me emociona pensar que soy, de alguna manera, heredero de una larga historia que llevó a mis compatriotas a las cuatro esquinas del mundo, así como que mi país aún levantaba fuertes en regiones ignotas hace tan sólo doscientos años.

## LA CUEVA DE ALÍ BABÁ

Si faltaba mencionar los tesoros, he de decir que tampoco me puedo quejar porque tuve dos. El primero fue en Teherán, durante la visita del ministro Fernández Ordóñez en octubre de 1991. Los iraníes nos ofrecieron visitar la cámara acorazada del Banco Central, donde guardan el tesoro de los emperadores persas. Las joyas se extendían en largos estantes, entre los que se podía caminar. Allí estaba el Trono del Pavo Real, una especie de plataforma elevada de madera pintada y con respaldo, cuajada de piedras preciosas, sobre la que el emperador se sentaba con las piernas cruzadas. Una pieza realmente espectacular, nada que ver con el trono similar que vi en Adís Abeba y que había pertenecido al emperador Haile Selassie, el León de Judá, descendiente del mítico Preste Juan de las leyendas medievales, que era mucho más cutre. Las perlas se amontonaban en cajas y más cajas de cartón: unas con perlas blancas, otras con perlas grises o negras; unas perlas eran redondas, otras ovaladas, en forma de pera o disformes. Había arcos, flechas y carcajes con diamantes incrustados, igual que brazaletes y copas con sus fustes atravesados por piedras preciosas. Collares, coronas, diademas y adornos para turbantes. Un diamante descomunal que creo que se llamaba Dario-i-Noor y que podría competir con el que Richard Burton regaló a Liz Taylor, hoy en un museo de Washington, con el Koh-i-Noor, que decora la corona británica, o con ese otro, enorme, que se exhibe en el museo de Topkapi y



perteneció a los sultanes otomanos. Aquello era una barbaridad. Condecoraciones tachonadas de rubíes, brillantes y esmeraldas que arreglaban la vida de quien las recibía cuando no la tenía ya solucionada de antemano, como solía ser el caso. Objetos de oro y plata. Cajas y pitilleras con diamantes y otras con esmeraldas. Había un enorme globo terráqueo cuyos océanos eran esmeraldas, los continentes estaban hechos con brillantes y Persia con rubíes. En aquella cueva de Alí Babá todo era exagerado, un poco como ocurre en las ruinas de Palmira, donde el exceso de Oriente desborda los límites de la contención que marca el buen gusto.

## EL PECIO DE LAS MERCEDES

Una de las últimas cosas que hice como embajador en Estados Unidos fue contribuir a recuperar para España un trozo de nuestra historia que se sitúa en Cádiz: la fragata *Nuestra Señora de las Mercedes*, un buque de treinta y seis cañones que había salido del Callao, había hecho escala en Montevideo y ya avistaba las costas españolas en la mañana del día 5 de octubre de 1805 cuando sufrió la emboscada —en tiempo de paz— de cinco navíos ingleses. Quiso su mala suerte que una bomba se colara en la santabárbara y explotara, y el buque se hundió con su dotación de 249 marinos a bordo. Hubo muy pocos sobrevivientes. Una empresa norteamericana, Odyssey Marine Exploration, que actuaba desde Gibraltar sin permisos y escondía lo que hacía, descubrió los restos de *Nuestra Señora de las Mercedes* a 3.600 pies de profundidad y a 110 millas al oeste del Estrecho; ocultó su hallazgo, que bautizó como *The Black Swan* (el cisne negro), recogió cuanto de valor pudo encontrar, sin respetar los vestigios arqueológicos de aquel cementerio marino, y se lo llevó todo a Estados Unidos. El 27 de mayo de 2007, cuando se supo lo sucedido, en España se inició una larga batalla legal para recuperar los objetos. A esa tarea dediqué mucho tiempo y energía secundado por mi agregado de Defensa, el almirante Javier Romero; el agregado Naval, Juan Nieto, y el consejero cultural Guillermo Corral. Contamos, además, con la inestimable ayuda del abogado norteamericano Jim Gould, que hizo un estupendo trabajo. Era importante lograr el apoyo de los departamentos de Estado y de Defensa de Estados Unidos, y desde la embajada conseguimos que se personaran en el juicio como *amici curiae* para testimoniar en favor de España. Esto fue crucial, pues Odyssey pretendía que, al llevar el buque español un cargamento de monedas, se encontraba en misión comercial y no militar y, en consecuencia, era propiedad de su descubridor. Nuestra posición era la contraria: se trataba de un buque de guerra, y esta cuestión no cambiaba por el hecho, muy frecuente en la época, de que llevara a bordo un cargamento privado. El corolario era que la propiedad del Estado del pabellón, en este caso España, no caducaba con el paso del tiempo. Así lo afirma, además, la Convención de Derecho del Mar de 1980, de la que Estados Unidos no forma parte. Por eso realicé personalmente repetidas gestiones con la Administración estadounidense, y recuerdo haberle preguntado al jefe de la Asesoría Jurídica del Departamento de Estado, Steve Choo, si pensaba que cualquiera podía apoderarse de los restos de un buque de guerra americano que se hubiera hundido, por ejemplo un submarino nuclear. Era evidente que la respuesta sería negativa. La abogada de Odyssey, Melinda MacConnell, reconoció que «el Gobierno de Estados Unidos apoyó a España todo el tiempo». Ése era mi trabajo. El

pleito se dilucidó ante el tribunal de Primera Instancia de Tampa, Florida, y Odyssey apeló hasta en tres ocasiones sin éxito. El veredicto final del juez Mark Pizzo (del 7 de febrero de 2012) nos fue favorable y el puso fin a cinco años de pelea legal en los que los ministerios de Exteriores, Defensa y Cultura lucharon codo con codo hasta obtener la victoria.

*Las Mercedes* es el mayor pecio rescatado hasta la fecha, y contiene 595.000 monedas de plata y algunas de oro, con un peso de 17 toneladas y un valor de mercado aproximado de 500 millones de euros. Una vez dictada la sentencia, Odyssey entregó las monedas, y dos aviones Hércules de nuestra Fuerza Aérea las recogieron en mi presencia en la base aérea de MacDill, en Florida. Tras doscientos años bajo las aguas, muchas de las monedas estaban pegadas unas a otras e incluso habían adoptado la forma de los sacos que las contenían. El peso final del transporte era de 25 toneladas. Verlas le hacía a uno sentirse como el tío Gilito del Pato Donald. En una breve comparecencia ante la prensa junto a los mismos aviones que iban a trasladar este hallazgo a España y en presencia del director del Museo Naval de Madrid, dije: «Hoy finaliza un viaje que se inició hace doscientos años. Hoy se completa la misión de *Las Mercedes*. Si ellos no pudieron llegar a su destino, al menos lo va a poder hacer la carga». Y añadí: «Hoy recuperamos un legado histórico, y no un tesoro. Esto no es dinero, es nuestra historia».

Un par de meses más tarde terminaba mi misión como embajador de España en los Estados Unidos de América. No podría haberlo hecho de mejor manera, y es que ésa fue, a fin de cuentas, mi esmeralda: haber tenido la suerte de vivir momentos como los que he relatado en estas líneas.

## DESDE EL CONO SUR

## UN PAÍS TRISTE E IMPROBABLE

Aprobé la oposición a la carrera diplomática a los veinticinco años, y tras un tiempo de rodaje en Varsovia, donde continué viviendo en una dictadura, y en Nueva York, donde descubrí lo excitante que era vivir en libertad, el Ministerio me envió a Montevideo.

En 1978 no había jóvenes en Uruguay, o no se les veía; todo el mundo parecía mayor y serio, y el país sufría una dura represión desde que los militares habían dado un golpe de Estado en 1973 que acabó con la revuelta de los tupamaros. Allí mandaba el general Goyo Álvarez, y muchos jóvenes estaban en la cárcel o se habían ido del país por razones políticas o económicas, mientras que la Universidad del Trabajo dictaba normas de vestimenta que proscribían los pantalones vaqueros, el pelo afro, las barbas, las patillas por debajo del lóbulo de la oreja y los bigotes largos. Después de pasar los últimos cuatro años en Nueva York, el contraste no podía ser mayor.

El país estaba triste o era triste, yo creo que ambas cosas a la vez. Lo cierto es que la dictadura militar no ayudaba a alegrar los ánimos, pero el problema iba más allá hasta enlazar con el frustrante recuerdo de tiempos mejores que se perdían en un pasado en el que Josephine Baker actuaba en Punta del Este y que acabaron cuando Australia y África del Sur comenzaron a producir más carne por hectárea y los tejidos sintéticos sucedieron al cuero y la lana. La guerra de Corea dio un último respiro a Uruguay, y desde entonces sus ciudadanos se habían refugiado en los recuerdos y en vivir por encima de sus posibilidades. La decadencia económica trajo a los tupamaros, y éstos, a los militares. Mario Benedetti ha creado el mejor retrato de Uruguay que yo conozco en *El país de la cola de paja* y en su magistral *La tregua*, donde describe la falta de esperanza e ilusión de un jubilado en un país sin ambiciones, pero lo hace sin la dureza desengañada de Juan Carlos Onetti, cuyo pesimismo visceral siempre me pareció deprimente. El propio carácter nacional favorece la discreción y el pasar desapercibido. Un anticuario de Montevideo me decía que, para saber en Uruguay lo que uno tenía, había que esperar a que se muriera y a que salieran sus propiedades a remate público.

Uruguay existe un poco por casualidad. Con los españoles, Montevideo nunca pasó de ser un pequeño apostadero naval en los confines del imperio. Su independencia no se hizo solo contra España, sino también contra la República Argentina, que lo había convertido en la provincia. El «padre de la patria», José Gervasio Artigas, cuyo mausoleo en mármol negro y un tanto

fascistoide se halla en el centro de Montevideo, decía cosas muy bonitas como «con libertad ni ofendo ni temo» y «no venderé el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad». Artigas defendió siempre la tesis de la confederación, oponiéndose a los que desde Buenos Aires querían la pura fusión. Si la Banda Oriental se independizó un día fue porque los ingleses no querían que Argentina dominase las dos riberas del Río de la Plata o que ese control se lo repartiera con Brasil, y así nació el Uruguay independiente, aprisionado entre dos gigantes de cuya influencia política y económica no se puede sustraer por grandes esfuerzos que haga.

Si descomunales bovinos destacan en la ondulada tierra uruguaya, la costa es de los leones y de los lobos marinos, tan numerosos que en ocasiones apenas dejan ver las rocas sobre las que se desprecizan, y la costa entera da la sensación de moverse con ellos. Así ocurre en la Isla de Lobos, separada de Punta del Este por el canal por el que huyó renqueando el acorazado *Graf Spee* tras su duro enfrentamiento con los cruceros británicos *Ajax*, *Exeter* y *Achilles* para buscar refugio en el puerto neutral de Montevideo. Un día fui a Isla de Lobos en el barco de Gonzalo Canessa, padre de uno de los chicos que quedaron atrapados en las nieves de los Andes al capotar su avión, una odisea que recoge la película *¡Viven!* Fue la fe en que su hijo continuaba vivo, compartida por otro padre, Jorge Páez Vilaró, propietario de la peculiar casa de Punta Ballena, la que mantuvo la búsqueda hasta dar con ellos. Gonzalo me contaba que una vidente le aseguró que su hijo estaba vivo..., y acertó. Al llegar a la isla había lobos marinos por doquier, tanto dentro del agua como tomando el sol con indolencia sobre las rocas. Eran tan numerosos que cubrían de forma literal la isla, mientras que las piedras adoptaban el color leonado de su piel. El aire apestaba, pero Gonzalo decidió que había que meterse en el agua, y yo me tiré tras él con cierta aprensión. Tengo una película rodada en Súper-8 donde se me ve nadando en un mar de mierda, rodeado de lobos marinos que tan pronto emergen delante de mis narices con sus grandes bigotes como a mi espalda. Luego me dijeron que bañarse allí había sido arriesgado, pues suele haber tiburones que devoran las crías de lobo que aún no saben nadar y que las olas arrancan de las rocas, y, sobre todo, porque los machos, que son enormes, delimitan los espacios marinos y atacan a los que penetran en ellos para defender a sus hembras de posibles rivales sexuales. Sin embargo, no debieron de tomarme en serio como rival sexual (lo que me deprime un poco), aunque hoy no repetiría la experiencia: estuve frotándome el cuerpo con jabón durante varios días. No hay como la ignorancia para ser atrevido.

## VASCOS Y MALLORQUINES

Siempre he tenido la impresión de que los países del Río de la Plata padecen una crisis de identidad muy profunda. Quieren ser tan europeos que se olvidan de que son americanos y acaban no sabiendo lo que son. Pretenden erigirse en la Suiza de América o en el París del Nuevo Mundo, o sueltan otras cursiladas parecidas, pero olvidan que Suiza hay una, que está en Europa y que en ella funciona el teléfono, cosa que desde luego entonces no ocurría en Uruguay. Tampoco iba bien en Buenos Aires, pero al menos allí no querían ser suizos, sino que se conformaban con ser franceses. Nuestra embajada y consulado ocupaban edificios adyacentes, y hubo que abrir una

puerta en el muro medianero para comunicarnos ante la imposibilidad de hacerlo por el teléfono. Me ponía a cien que gentes con apellidos como Alcorta o Echevarría (allí no había llegado aún la versión con tx) me dijeran con un mohín que eran vasco-franceses. En cierta ocasión, participaba en una tertulia televisiva cuando la presentadora, que se llamaba María Luisa Torrens, dijo que era vasco-francesa. No pude evitarlo: fue superior a mí, la corté como un rayo y le dije: «Mira, María Luisa, llamándote Torrens..., de Gerona y con suerte». Lo vio medio país, que se rió con mi exabrupto, y ella no me volvió a invitar a su programa. En general, la imagen que allí predominaba de España era todavía la de un país pobre y cainita que había obligado a sus hijos a emigrar para huir del hambre o de la cárcel, imagen que proyectan los innumerables chistes de gallegos y el personaje de Manolito, uno de mis favoritos en mi admirada serie de Mafalda. Brutos, trabajadores y de buen corazón. Pero no todos eran gallegos. Cuando al llegar a Uruguay me presentaba como mallorquín, se solía acoger mi afirmación con una sonrisa de amable complicidad que tardé algún tiempo en comprender, hasta que alguien me hizo saber que todos los propietarios de los más afamados *meublés* de Montevideo eran emprendedores mallorquines procedentes del pueblo de Valldemossa, cuyos familiares contaban que sus parientes tenían un *for* (una panadería) en Uruguay. Aún hoy es un tema tabú en Valldemossa. En cierta ocasión me contaba el jesuita valldemosino Norberto Alcover que habían hecho una colecta para comprar una nueva custodia que se llevó en procesión por las calles del pueblo de camino a la parroquia de Sant Bertomeu cuando un vecino le comentó, socarrón, que le gustaría saber cuántos polvos habría costado.

#### UN EMBAJADOR Y UNA GUITARRA

En aquellos años, las relaciones con España estaban bajo mínimos. El embajador Román Oyarzun había estado a punto de ser declarado persona *non grata* unos meses antes por haber organizado un almuerzo en el que mezcló a los milicos con gentes de los partidos políticos entonces proscritos. A raíz de aquello, se había prohibido a los militares poner los pies en la embajada, lo que suponía un problema, porque los diplomáticos están para solucionar conflictos, y mal podía uno hacerlo si los que mandaban en el país se negaban a verte. La situación empeoró con la proyección de la película de Berlanga *La escopeta nacional*, en una velada celebrada en beneficio del Hogar Español de Ancianos de Montevideo. Yo me había incorporado justo unos días antes a mi destino en Montevideo y le advertí al embajador que no me parecía una película apropiada para la ocasión. Pero ya era tarde, todo estaba preparado y no había posibilidad de cambio por falta tanto de tiempo como de alternativa. Cuando el film se exhibió en un cine de postín y en presencia de «todo Montevideo» y de los más altos jefes castrenses del país como el Goyo Álvarez y el almirante Márquez, nuestros viejitos reían a mandíbula batiente, mientras que los militares se sintieron directamente aludidos en las críticas que se hacían al régimen de Franco. Los dictadores nunca tienen sentido del humor. Fue lo que le faltaba al pobre Oyarzun, que pronto fue relevado por Rafael Gómez-Jordana, una de las personas más simpáticas que he conocido nunca. Sé que no le habría molestado nada que afirme en estas páginas que tenía un

envidiable éxito con las mujeres y que lo explotaba a conciencia. En cuanto llegó a Montevideo se dio cuenta de la situación en la que se encontraban las relaciones bilaterales y sacó a relucir su origen como hijo del conde de Jordana, un general que había sido alto comisario en Marruecos y luego ministro de Asuntos Exteriores con Franco. Años más tarde, a petición de Rafael, presenté el libro *Milicia y diplomacia* en el Casino de Madrid junto con el presidente del Casino, Manolo García-Miranda, el profesor Carlos Seco y el almirante Ángel Liberal; dicha obra recoge los diarios del conde de Jordana entre los años 1936 y 1944 e incluye interesantes comentarios sobre la batalla del wolframio y otros divertidos sobre los amores de Ramón Serrano Suñer con la marquesa de Llanzol. Años más tarde conocí a don Ramón en el antedespacho del ministro de Asuntos Exteriores; era entonces un señor muy mayor, con buena pinta y bastante parlanchín. Pasé con él un rato muy agradable mientras ambos esperábamos a que nos recibiera el ministro, y él me contó que el Salón Verde en el que nos encontrábamos le traía muchos recuerdos, pues cuando era ministro de Exteriores recibía en él a los embajadores de la Alemania nazi, del Reino Unido y de Estados Unidos. El primero necesitaba wolframio para su industria de armamento —se usaba en el blindaje de los carros de combate— y nos amenazaba si no se lo vendíamos, pero los segundos también nos amenazaban si se lo proporcionábamos. Era, decía mientras miraba el techo con cierta melancolía, una situación imposible.

Esto de tener un embajador de España que era hijo de un general de Franco gustó a los militares uruguayos, que decidieron darle una oportunidad, lo que Rafael aprovechó con mucha habilidad. Por medio del escribano Filiberto Ginzo Gil, subsecretario de Exteriores, buen amigo mío y muy pro español (tanto que alguna vez pasó en persona por mi despacho de la embajada para traerme telegramas de su Ministerio que podían interesarnos), logramos que el nuevo comandante en jefe del Ejército, el general Luis Vicente Queirolo, aceptara cenar en privado en la residencia del embajador. Sólo asistimos al acontecimiento Queirolo y su mujer, Ginzo y la suya y Pilar y yo, junto con el embajador que nos recibía. El ambiente era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo: Queirolo era muy serio y desconfiado, y su mujer, muy provinciana, de esas que se sientan y se colocan el bolso delante de las rodillas para taparse las piernas. Rafael comenzó sirviendo las copas bien colmadas, lo que siempre ayuda, y luego cogió la guitarra, que tocaba de forma divina, y se puso a cantar milongas uruguayas y chilenas (eran los años de Pinochet), que halagaron el nacionalismo del militar y contribuyeron a mejorar la atmósfera de la velada. A continuación pasamos a cenar, y en la sobremesa Rafa puso unos discos que había comprado en Miami de un humorista cubano que contaba chistes contra Castro y el comunismo, cosa que no le costaba nada porque también él era muy de derechas. Los Queirolo reían a mandíbula batiente, y yo creo que ella hasta olvidó colocarse debidamente el bolso. De esta manera rompió el hielo, acabó con la proscripción de visitas de militares a la embajada y se metió en el bolsillo a quien mandaba de verdad en el país. Aquella noche aprendí una buena lección: tendía a pensar que Gómez-Jordana era muy frívolo, pero me di cuenta de que yo no hubiera sido capaz de hacer lo que él acababa de lograr a base de derrochar esa simpatía que le sobraba y de atacar por el punto débil al adversario.

Desde ese día, la situación cambió, y Gómez-Jordana y yo formamos una buena pareja. Como él decía con su gracejo característico, «yo les toco la guitarra y tú les tocas los cojones». Él se

dedicaba a cuidar a los militares y yo me centraba en los contactos con la oposición y también de los presos españoles (comunistas y tupamaros) encarcelados en el penal de Libertad, que los detenidos llamaban «el infierno» con bastante más exactitud. El hecho de tener que tratar con los presos, algo que no entraba en mis obligaciones, pues era competencia consular, tiene una explicación: mientras ejerció esta función el cónsul general Miguel Jabala, no hubo ningún problema, ya que se preocupaba de ellos con cariño y eficacia, como sabía hacer las cosas. Todo cambió cuando le sustituyó Rafael Ferrer, que era un señor encantador: había sido embajador en Uruguay años antes y su nombramiento fue, por ello, algo anómalo entonces, aunque esto no habría sido relevante si se hubiera dedicado a su trabajo consular, cosa que no hizo. Había querido volver a Uruguay por una razón tan comprensible como es una mujer (*cherchez la femme!*), y eso y cazar patos era lo único que de verdad le importaba en vísperas de su jubilación. No abría las cartas que se le dirigían al consulado —cuando dejó su cargo, nos encontramos con sacos enteros de sobres sin abrir— ni se quiso ocupar de nuestros detenidos porque presumía de su pasado como alférez provisional (creo que también había estado en la División Azul) y pensaba que donde mejor estaban los comunistas y los tupamaros era en la cárcel. Así me lo dijo alguna vez. Lo lógico hubiera sido que el Ministerio le destituyera de manera fulminante, pero Madrid se inhibió, le dejó seguir cazando patos y me encomendó a mí que me encargara de los presos porque alguien tenía que hacerlo. A ellos dediqué mucho esfuerzo, y ellos me lo agradecieron. A poco de regresar a Madrid, nos robaron el Seat 600 en la puerta de la clínica de San Francisco de Asís justo el mismo día que nació mi hijo Jaime, el 29 de septiembre de 1981. Me fui a poner la denuncia, y cuando regresé me encontré con un gran ramo de flores en la habitación de mi mujer y una pipa de madera para mí, tallada a mano en prisión, que conservo con afecto. Pilita no recordaba los nombres de sus tres visitantes, sólo me contó que eran simpáticos, que soltaban muchos tacos, que le dijeron que me habían conocido en el penal de Libertad y que habían querido acompañarnos en un día tan bonito para nosotros. Si me leen, que sepan que les estoy muy agradecido. Sospecho que dos de ellos pudieron ser Francisco Javier Peralta y Severino Carballal, navarro uno y gallego el otro, que habían sido puestos en libertad un año antes y que hicieron unas declaraciones al diario *El País* de Madrid, el 17 de abril de 1980, donde relataban su amarga peripecia en las cárceles uruguayas y afirmaban que «el encargado de Negocios de España, señor Dezcallar, se ha portado magníficamente con nosotros y con nuestras familias». Lo que no me explico es cómo supieron «en tiempo real» que habíamos tenido un hijo y la clínica donde estaba mi mujer.

## EL PENAL DE LIBERTAD

El establecimiento militar de reclusión n.º 1 de Libertad, cerca de Montevideo, era un lugar siniestro que la ironía del nombre convertía en aún más horrible. Las mujeres eran recluidas en la cárcel de Punta Rieles. A diferencia de la dictadura argentina de Videla, que causó centenares de muertos y desaparecidos, en Uruguay los fallecidos fueron pocos, aunque en ocasiones los militares uruguayos realizaban algún trabajo sucio para retribuir favores que les hacían sus

colegas del otro lado del Río de la Plata, como la desaparición en Buenos Aires del conocido opositor Zelmar Michelini. Pero si bien en Uruguay hubo menos muertos que en Argentina, las torturas y las detenciones fueron masivas, y el lugar elegido para ello fue el presidio de Libertad, sito en el pueblo del mismo nombre, donde en mi época había 1.150 presos. Teníamos un problema porque casi todos los españoles allí recluidos poseían doble nacionalidad, y los uruguayos, con impecable lógica jurídica, aplicaban el criterio de efectividad para señalar que la nacionalidad predominante era la uruguaya y que, por lo tanto, los diplomáticos españoles carecíamos de competencias sobre estos ciudadanos «orientales». Cada visita a la cárcel representaba un calvario de gestiones previas en el Ministerio de Asuntos Exteriores (en cuya sala de espera había un precioso cuadro de Sa Foradada, del pintor mallorquín-uruguayo Blanes Viale), en los cuarteles y en los juzgados militares para hablar con los defensores de oficio, unos oficiales que con frecuencia ni se habían molestado en conocer a sus defendidos y menos aún en leer sus alegatos o preparar sus defensas. Era un trabajo muy lento y en muchas ocasiones muy frustrante. Había un coronel, Egaña, que me ayudó en alguna ocasión y al que estoy agradecido. No resultaba fácil: el abogado de la embajada Omar Torres Collazo pasó cuatro meses en prisión por poner demasiado ardor en la defensa de nuestros compatriotas, y eso da una idea de los límites en los que nos movíamos también los propios diplomáticos; una noche, al consejero político de la embajada de Estados Unidos, particularmente activo en la denuncia de las violaciones de derechos humanos, unos desconocidos le dieron una soberana paliza que le dejó con la cabeza torcida para los restos.

Los detenidos sobre los que pesaban las más graves acusaciones llevaban un triángulo rojo sobre el pecho y eran considerados de máxima peligrosidad. Yo veía a los reclusos en un locutorio bastante siniestro, con vigilancia física permanente y separación de rejas y cristales, y me esforzaba en darles ánimo y describía mis últimas gestiones, aunque en muchos casos no había nada que contar, así que les hablaba de cine, de deportes o de lo que sucedía en España y en el mundo. Pero yo sabía y ellos sabían y los milicos también sabían que el simple hecho de que fuera a verlos un funcionario de la embajada extendía sobre ellos el velo de la protección de España, lejana pero presente en aquel triste locutorio. Recuerdo en especial a José Ramón Serrano Piedecabras, que había llegado muy joven a Uruguay y había sido condenado a treinta años de prisión acusado de asesinato y de vínculos con los tupamaros. Era uno de los que llevaban el triángulo rojo sobre el pecho. José Ramón siempre me impresionó por su sangre fría y el dominio que tenía sobre sí mismo. Establecimos una buena relación personal; él sabía muy bien que nada podía yo hacer por él, y cuando le contaba alguna gestión que había realizado con abogados o con milicos, José Ramón me cortaba y me preguntaba por la marcha de la Liga u otras noticias de España. Años más tarde, ya finalizada la dictadura militar uruguaya, tuve la satisfacción de encontrarle en Salamanca en compañía de su hermano Poli y de su madre, y juntos tomamos un excelente martini en un lugar que ellos llamaban Floridita, y que según afirmaban los hacía mejor que el Plaza de Nueva York.

En cierta ocasión y de manera muy excepcional, un pequeño grupo de diplomáticos de embajadas particularmente activas en la defensa de los presos logramos que nos permitieran entrar en el interior de la prisión, más allá de los locutorios. Hice la visita en compañía de Jimmy



Chick, el número dos de la embajada de Estados Unidos y un buen amigo. Era época de Carter, y Estados Unidos estaba entonces muy comprometido en la lucha por los derechos humanos. Juntos visitamos en su celda a Antoni Mas, mallorquín acusado de haber matado a Dan Mitrione, un agente de la CIA que asesoraba a los militares uruguayos en la lucha antiterrorista, con todo lo que ello implicaba. Mas estaba condenado a treinta años de reclusión, lucía el consabido triángulo rojo en el pecho y se decía que había perdido la razón como consecuencia de las torturas recibidas, aunque sus guardianes afirmaban que ello se debía a que él mismo se golpeaba la cabeza contra las paredes de la celda. Cabría entonces preguntarse por qué se golpeaba la cabeza, que es algo que la gente no suele hacer de manera voluntaria. Mas nos miraba sin vernos, con una expresión del todo apática, y ni siquiera parecía darse cuenta de que había alguien en su celda, hasta que le dije una frase en mallorquín y creí ver un pequeño relámpago de luz iluminar sus ojos por un brevísimo instante, antes de regresar a su habitual inexpresividad, pues no nos prestó la menor atención ni abrió la boca para denunciar o pedir algo. Supe que su situación mejoró a raíz de aquella visita y que le sacaron de la siniestra «isla», lugar de confinamiento en solitario dentro del penal. En el curso de la misma visita nos llevaron a un barracón de madera con literas y una estufa encendida, donde los detenidos nos recibieron formados y en posición de firmes. La escena recordaba esos campos de prisioneros de la Segunda Guerra Mundial que aparecen en las películas. Al entrar, saludé con un inocente «buenas tardes, señores», y sólo mucho más tarde me contó uno de los allí detenidos cómo aquel breve saludo les había dado algo de moral al devolverles a la condición de seres humanos y a una dignidad que habían olvidado en las abyectas condiciones del penal. A veces hacemos espontáneamente cosas que pueden tener gran trascendencia para otros y de las que no somos conscientes.

Con frecuencia, visitaba también a los presos que estaban internados en el Hospital Militar, como era el caso del español Julio Fernández Costas, enfermo de hepatitis. No estaba en mi mano curarle, pero confío en que se sintiera mejor sabiendo que no se le había olvidado, y el mismo hecho de que la embajada se ocupara de alguien comportaba que los «carceleros» le trataran con mayor deferencia, que ya era bastante. El abogado Helios Sarthou contó años más tarde a *Cambio 16* (13 de abril de 1992) que «yo asistía legalmente a Rubens Porteiro, un preso de nacionalidad española enfermo de cáncer, ya en fase terminal. Gracias a Dezcallar se logró su traslado al Sanatorio Español, donde pasó los últimos días en compañía de su familia». A diferencia del mundo más abstracto de la diplomacia, el trabajo consular da ese tipo de satisfacciones inmediatas consistentes en arreglar un problema concreto a un compatriota en apuros, y eso es algo que te permite dormir un poco mejor esa noche.

## TORTURAS Y CAMIONES

La vida en la prisión era durísima. Severino Carballal, miembro del Partido Comunista uruguayo y uno de los hombres que sospecho que fue a visitar a mi mujer tras el nacimiento de nuestro hijo, contó al periódico *El País*, de Madrid (17 de abril de 1980), una vez liberado después de pasar cuatro años en la prisión de Libertad, que fue torturado durante treinta y tres días con «el

*caballete*, la *picana* y las *colgadas*, días enteros amarrado con cuerdas a un garfio, sin sujeción apenas al suelo». Añadía que «cuando mi cuerpo se acostumbraba a aquella postura terrible, me mojaban el cuerpo con agua y me aplicaban una corriente eléctrica. Durante mis delirios me acercaban un magnetófono para ver si obtenían algún dato de interés para seguir la represión contra la oposición en Uruguay». No sólo eso; había celdas de castigo y aislamiento donde las condiciones eran mucho peores, y si sonaban las sirenas cuando los detenidos estaban en el patio todos debían tenderse de inmediato en el suelo, pues las ametralladoras disparaban ráfagas a la altura de la cabeza. Esto estuvo a punto de costarle la vida al gallego Mariño cuando salió de la prisión. Yo lo recogí una mañana en la puerta de la cárcel con mi coche particular y lo llevé a su modesta casa en el barrio de El Cerro, de Montevideo; cuando detuve el auto y él ya se disponía a atravesar la calzada para abrazar a su mujer, que lo esperaba en la acera opuesta, apareció al fondo de la calle un camión desvencijado que venía hacia nosotros y que hizo sonar la bocina desde lejos. Para mi sorpresa, Mariño no apretó el paso ni se apartó, sino que se tiró al suelo cuando largo era en mitad de la calle, y no murió allí mismo aplastado de puro milagro. Recuerdo aún con un escalofrío el rechinar de los frenos y los gritos e insultos del camionero. Él mismo reconoció luego que había reaccionado como si estuviera todavía en prisión, que había confundido el claxon con la sirena y había pensado que las ametralladoras iban a comenzar a disparar. Todo ello en una fracción de segundo. Vino a merendar a mi casa al día siguiente, y su mujer nos contó a Pilar y a mí el tremendo susto que se había dado esa mañana al sonar el despertador de su mesilla de noche. Supongo que ese tipo de heridas psicológicas tardan bastante en sanar. Como consecuencia de la dramática situación en la que se encontraban esos detenidos, la falta de garantías jurídicas y las torturas a que eran sometidos en «el infierno», uno se sentía en una especie de comunión espiritual de solidaridad humana con gentes con las que tenía muy poco en común y que, con frecuencia, estaban en las mismas antípodas de sus propias convicciones políticas. En ocasiones ayudamos a personas perseguidas a abandonar el país, pero, en contra de lo que a veces se ha afirmado, la embajada no infringió la ley. Como dije a *Cambio 16* en 1992, «nunca se dieron documentos falsos. Todo lo que hicimos estaba dentro de la legalidad. Sí es cierto que se facilitó la salida de alguna gente por medios no muy ortodoxos, pero siempre dentro de la ley». Lo dejaremos aquí.

A veces las cosas no eran tan trágicas, y así recuerdo el día en el que entré en la prisión central de Montevideo con una botella de vino bien escondida bajo el abrigo (una de las ventajas de ser diplomático es que no te cachean) y con un par de vasos de plástico para brindar con motivo de la puesta en libertad de otro ciudadano español que salía aquel día de la cárcel. Por el hueco de la escalera atisé al general Líber Seregni, fundador del Frente Amplio, que había sido condenado a catorce años por «sedición y traición a la patria» y que estaba un piso por debajo de donde yo me encontraba. Cuando vi que me observaba, levanté hacia él mi vaso en un gesto de saludo, al que me respondió con un guiño de complicidad. Espero haberle dado ánimos, haciéndole saber que había gente que le miraba con respeto por encima de su uniforme carcelario. Seregni fue liberado años más tarde e hizo un discurso memorable de tipo Mandela, sin odios y en el que abogaba por la concordia. Por desgracia, murió poco antes de que el Frente Amplio ganara sus primeras elecciones.

«¡CALLATE, GALLEGO DE MIERDA!»

Para los uruguayos, los españoles no somos extranjeros, a pesar de que les extrañe la forma tan brusca que tenemos de hablar (en Bogotá, me dijo un día un librero que hablaba «muy golpeado»), los tacos que soltamos, los gritos que damos y el hecho de que nos pasemos la vida «cogiéndolo» todo y dando lugar a divertidos equívocos en la región del Río de la Plata. Un día, Juan Pablo Terra, secretario general del Partido Demócrata Cristiano, hizo una visita de tapadillo a Montevideo desde su exilio brasileño, y mis amigos me invitaron a asistir a una reunión clandestina de su ejecutiva. Tras pedir permiso al embajador, acepté encantado por la gran oportunidad que se me ofrecía de conocer a Terra y de ver la política interna uruguaya cociéndose en directo. Todo ocurrió entonces como en las películas: cita en el último momento y en un lugar donde me recogió un automóvil que luego se dedicó a dar vueltas interminables por la ciudad con objeto de asegurarse, me decían, de que nadie nos seguía. Por fortuna, no imitaron en el guion lo de vendarme los ojos. Al final llegamos a un barrio periférico, y el conductor estacionó el coche a tres o cuatro manzanas —cuadras, dicen allá— del lugar adonde íbamos, de manera que recorrimos a pie y con mil precauciones esta distancia hasta arribar, ya de noche, a una modesta casa que parecía deshabitada, pues puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto. Entramos por una puerta trasera y bajamos a un sótano que, cuando yo llegué, ya estaba lleno de gente —unas veinte personas— y también de humo. Saludé al mítico dirigente exiliado, un hombre ya mayor, alto y elegante, y me senté en un sitio que me pareció discreto, dispuesto a escuchar cuanto se dijera, hasta que, tras un buen rato de feroces críticas al Gobierno de milicos y en medio de un silencio expectante, Juan Pablo Terra se volvió hacia mí y me espetó: «Che, y vos... ¿qué opinás?». Yo me revolví incómodo en mi asiento y repuse, algo cursi, que les agradecía que me permitieran asistir a una reunión tan importante de su ejecutiva, pero que, al no ser «oriental», creía que no debería opinar sobre asuntos de política interna del país donde estaba acreditado como diplomático. Puede parecer un razonamiento impecable, pero no me sirvió. «*Callate, gallego de mierda, que mi agüelo era tan gallego como vos*», me cortó Terra, ante las risas y el asentimiento generales. Lo que me estaban diciendo es que si yo estaba allí se debía a que para ellos yo no era un extranjero, o al menos no del todo, y por lo tanto esperaban que participara como uno más en su debate político. Fue una lección que no olvidé, aunque siempre administré con enorme cuidado, pues a nadie le gusta que venga uno de fuera a criticar lo propio, y, en el caso de los países pequeños, esta sensibilidad se acentúa aún más.

Poco tiempo después, tuvo lugar el absurdo plebiscito en el que los militares preguntaron sobre su continuidad en el poder. Fue el 30 de noviembre de 1980 y se saldó con un estrepitoso no. Este caso demuestra lo mucho que los milicos habían perdido el norte y olvidado que los *referenda* sólo son democráticos en democracia y que no se convocan para hacer el ridículo, aunque también recordara que Uruguay era un país de honda tradición democrática y que cuando los viejos mecanismos se desempolvan vuelven a funcionar con eficacia. Aquella noche Pilar y yo cenábamos en la residencia del embajador de la Argentina de Videla en Montevideo, Guillermo

de la Plaza. Fue la cena de esmoquin y traje largo más tensa a la que nunca he asistido, pues a cada rato se acercaba un *mucamo* (camarero) con una bandeja de plata y daba al embajador un sobre con los resultados que se iban conociendo a medida que avanzaba el escrutinio, y el rostro del embajador se ensombrecía cada vez más. Aquella cena fue un funeral de tercera. En cuanto pudimos, nos fuimos de allí, y nos sorprendió descubrir una ciudad vacía, como nunca antes la habíamos visto; parecía como si los uruguayos estuvieran asustados de lo que acababan de hacer y no desearan provocar aún más a la dictadura, herida de muerte. Así, sin encontrar ni coches ni viandantes, recorrimos Pilar y yo las calles desiertas con nuestra matrícula diplomática hasta llegar a casa de Ita Heber y Julio Herrera, ella «blanca» y él «colorado», con los que habíamos trabado una estupenda amistad que perdura después de varios años y en cuya residencia se había juntado un grupo algo heterogéneo de amigos, tanto del Partido Blanco como del Colorado, que estaban celebrando la victoria con champán. Pero todo con las ventanas cerradas a cal y canto y sin hacer ruido, ya que estaban a la vez orgullosos y asustados. Con ellos nos quedamos hasta las tantas de la mañana brindando con júbilo por el futuro de Uruguay en democracia. El contraste con la cena del embajador argentino no podía ser mayor.

#### EL 23-F EN MONTEVIDEO

Pero mientras parecía que se aclaraba el futuro uruguayo, se enturbiaba el de España con el 23-F. La noticia me la dio el corresponsal de la agencia EFE, Albino Mallo. Al igual que nos ocurre con el 11-S y el 11-M, todos recordamos dónde estábamos cuando tuvo lugar aquella vergüenza nacional protagonizada por ese monigote bigotudo y decimonónico que amenazó pistola en ristre a un hemicírculo donde muy pocos dieron muestras de valor. Como ha escrito con cierta ironía Julio Caro Baroja en unas memorias que creo que están aún inéditas, pero que su sobrino Pío me permitió un día ojear en la casa familiar de Itzea, en Vera de Bidasoa, ese día fueron mayoría los que perdieron la oportunidad de pasar a la posteridad con calles y plazas dedicadas a su memoria. Pilar y yo decidimos aquella tarde montevideana que si ganaban los golpistas dejaríamos la carrera diplomática y volveríamos a Nueva York para intentar ganarnos allí la vida, aprovechando que era una ciudad que conocíamos bien, pues habíamos pasado allí los cuatro últimos años, nos gustaba y pensábamos que podríamos salir adelante con mis contactos, todavía muy recientes, en el mundo universitario. Quiso la fortuna, que es caprichosa, que estuviese ese mismo día en Montevideo el buque escuela de la Armada *Juan Sebastián Elcano*, que a la sazón mandaba Cristóbal Colón de Carvajal, duque de Veragua y amigo de mi padre. Veragua moriría años más tarde asesinado por ETA en el barrio madrileño de El Viso. Y quiso también la fortuna que aquel mismo día se hubiese organizado una recepción en la embajada en honor de los marinos españoles. Tras discutirlo entre nosotros —y en contra de mi opinión—, se impuso la decisión del embajador Gómez-Jordana de mantenerla «para dar señal de normalidad» en el momento más anormal de nuestra historia contemporánea, y como consecuencia fue una recepción muy tensa, dado que no eran pocos los presentes abiertamente partidarios del militar golpista mientras fuera, en la calle, se arremolinaban los medios de comunicación uruguayos tratando de recabar

opiniones sobre lo que acontecía en España. La recuerdo como una tarde/noche muy triste en la que yo me sentía tan indignado como avergonzado y que tuvo un epílogo grotesco cuando, abortado ya aquel engendro de rebelión, se celebró a bordo del buque otra recepción un par de días más tarde que la cronista social Elena Pereira Bustamante recogió con todo lujo de detalles en el periódico *El Día*, de Montevideo (1 de marzo de 1981), bajo el titular «La embajada de España y el Almirante de Indias». Allí contaba la señora Pereira que el barco debía su nombre al primer navegante que dio la vuelta al mundo y a quien, en recuerdo de la hazaña, el emperador Carlos concedió un escudo de armas con el globo terráqueo envuelto por la leyenda *Primus circumcidaste me*. Así lo escribió. No tiene desperdicio. Le envié el recorte al comandante del barco, que me respondió con una alborozada misiva.

## TAN CERCA Y TAN LEJOS

## LA MONCLOA DE CALVO-SOTELO

Tras nueve años en el extranjero, en 1981 regresé a España destinado a la dirección general de Cooperación Técnica Internacional, del Ministerio de Exteriores, en una época en la que el país todavía cooperaba muy poco. Mi jefe, Paco Monforte, era un tipo estupendo, pero yo me aburría y me inscribí en un curso sobre comunidades europeas, que dirigía Alberto Ullastres en la Escuela Diplomática, porque pensaba que ése era nuestro futuro. Allí conocí a Antonio Fournier, que vino a hablarnos de pesca y que acababa de ser pescado, a su vez, por Leopoldo Calvo-Sotelo como jefe del Departamento Internacional de su Gabinete, y éste me ofreció un cargo en la Moncloa. El Departamento de Internacional estaba en el llamado Anexo 1, un pequeño chalé que compartíamos con una diminuta peluquería y con el Departamento de Economía. Con Antonio se trabajaba muy a gusto porque era un hombre con un gran sentido del humor, que es algo que siempre ayuda. Reímos mucho juntos, y la Moncloa me proporcionó un estupendo observatorio para retomar el contacto con la realidad española desde una óptima perspectiva. Aprendí muchas cosas en el tiempo que allí pasé.

Don Leopoldo disponía de un equipo muy reducido, nada que ver con el monstruo en que luego se ha convertido la Presidencia del Gobierno. Tengo una foto que entonces titulé «el gabinete de Calvo-Sotelo en pleno»; en ella aparecemos exactamente veinte personas, todas dirigidas por Luis Sánchez Merlo, y entre ellas Alfredo Sánchez Bella, Antonio Pedauyé, José Luis Solano, Carmen Vázquez de Prada, José Miguel Andreu, Fernando Puell, Lorenzo Cabanillas, Joaquín Ariza, Benito Cheriguini y Eugenio Galdón. También colaboró durante un tiempo Senén Florensa. No estábamos todos, pero casi. Todo como de juguete, aunque funcionaba bastante bien.

Sin duda, Calvo-Sotelo ha sido el presidente más culto y más leído de cuantos hemos tenido hasta la fecha, el único que hablaba bien idiomas, pero también el que ha tenido menos encanto personal, y eso que de encanto Aznar tampoco andaba sobrado. Don Leopoldo era un hombre sin carisma, lo que compensaba con un sentido del humor algo ácido que se refleja en algunas anécdotas que me contó luego Paco Fernández Ordóñez: Calvo-Sotelo decía que, cuando llegó a la Moncloa, la encontró llena de teléfonos y vacía de libros, y que a su predecesor le habían ofrecido el Aranzadi para rellenar una estantería, a lo que éste había contestado: «¡Eso no, nada de vascos aquí!»; para rematar la faena, Calvo-Sotelo añadía que Suárez había leído *Cien años de*

*soledad* en un resumen de dos páginas. También decía que la lealtad de Fernández Ordóñez tenía el diámetro del cable del teléfono más cercano. Seguro que eran maldades. Pero lo que resultaba indudable es que Calvo-Sotelo mostraba una extraña incapacidad para la relación con otras personas que podía convertir la situación más anodina en una fuente de tensión e incomodidad generalizada. Un día, ya al final de su presidencia, decidió condecorar a dos ayudantes militares con los que había tenido una relación intensa. Allí, en una gran sala, estaban, de un lado, los militares y, del otro, el presidente, mientras al costado permanecíamos un reducido grupo de funcionarios convocados con la misión de aplaudir. El presidente dijo unas pocas palabras bien expresadas e inteligentes, como era él, y a continuación ya no supo cómo continuar, si adelantarse a felicitar a los premiados o si esperar a que fueran ellos los que se le aproximasen; entre tanto, los militares se miraban de reojo sin atreverse a dar el primer paso. Así se creó una situación de tensión que no se resolvía de ninguna manera, hasta que al final los condecorados decidieron avanzar ante un presidente paralizado y todos respiramos con alivio. Él también.

A Antonio Fournier le debo el haber aprendido a redactar con concisión. Paul Morand decía que el ideal de la escritura se asemeja a la contracción de la ostra bajo el jugo del limón; yo estoy de acuerdo y Fournier lo creía a pies juntillas, aunque no estoy seguro de que conociera esta cita, y como en el Departamento Internacional teníamos mucho tiempo —porque la política exterior no era una prioridad en aquellos difíciles años—, exigía que todo informe destinado al presidente no superara las tres páginas. Y allí había que comprimirlo todo, ya fuera un complicado asunto de financiación comunitaria o una crisis en nuestra política exterior. Cuando se excedía ese límite, Fournier devolvía el texto con un escueto «rehacer». No era un encargo inocente, porque para resumir bien un tema complejo hay que estudiarlo antes por arriba y por abajo, pues resulta mucho más fácil explicar un asunto en diez páginas que en dos. Digo que teníamos tiempo porque lo que a Calvo-Sotelo le ocupaba de verdad y con razón era la política interior, y, sin embargo, tomó una decisión que resultó trascendental al meternos con nocturnidad y alevosía en la OTAN, aunque de hecho ello aconteció en agosto, un sábado y de día, si no recuerdo mal. Al PSOE le hubiera costado bastante adoptar esta determinación por mucho que supiera que era inevitable, y, de esta forma, lo que parecía un caramelo envenenado de la UCD ante el que los socialistas protestaron a rabiar fue, en realidad, un regalo que le permitió a Felipe González aquella *yenka* del no pero sí, de la «OTAN, de entrada no» que no se habría podido permitir de otra manera, mientras la derecha caía en la incongruencia de pedir la abstención por el absurdo prurito de oponerse a todo lo que propusiera el Gobierno. Javier Krahe creó una canción muy sardónica sobre tanto despropósito.

Un asunto que nos ocupó en aquellos tiempos fue el de la guerra de las Malvinas, desatada por un general ensoberbecido y sin controles que la perdió pese a que el enemigo se veía obligado a recorrer miles de kilómetros para llegar al teatro de operaciones. Me impresionó una escena de la televisión en la que unas muchachas británicas se quitaban las camisas en los muelles para despedir sin ellas y con ellas a la flota que partía para la guerra colonial. Años después recordé esta escena mientras contemplaba a nuestros soldados y a sus familiares llorando abrazados en el puerto de Cartagena; fue cuando Iraq invadió el emirato de Kuwait y los soldados iban a realizar un servicio de vigilancia a cientos de kilómetros de distancia. Me dio rabia y vergüenza, porque

hay países que han perdido —y otros que conservan— la conciencia de que representan un papel en el mundo, de que si las cosas suceden de forma favorable a sus intereses no es por casualidad y que para que así ocurra hay que estar dispuestos a pagar un precio. Luego nos hemos acostumbrado a participar en misiones de mantenimiento de la paz en el extranjero desempeñando un muy buen papel, pero sin perder del todo viejas inercias, como aquel soldado que, años más tarde, cuando lo de Iraq, se despedía ante las cámaras de televisión de una novia que llevaba un bolso donde podía leerse «No a la guerra», lo que me dejó perplejo, pues ése era, precisamente, el oficio de su pareja, cuyo sueldo se justificaba por la posibilidad, que nadie desea, de que un día pudiese estallar una guerra. Otra cosa es que la leyenda hubiera dicho «No a esta guerra». Eso lo hubiera comprendido y quizás hasta aplaudido porque siempre fui contrario a meternos en Iraq. Con la guerra de las Malvinas hubo que hacer juegos malabares entre una opinión pública favorable a los argentinos por aquello de Gibraltar y un Gobierno que quería entrar en la Comunidad Europea y que no podía condenar la estúpida agresión de una dictadura militar sangrienta y nacionalista. Fue cuando don Leopoldo dijo aquello de «distinto y distante».

Cuando el PSOE ganó las elecciones de octubre de 1982, vi con sorpresa que en la Moncloa se había decidido que no quedara ni un papel para los sucesores sobre lo que se había hecho hasta entonces. Las órdenes eran romperlos todos. No sé si Calvo-Sotelo le dijo algo muy secreto y en privado a González, pero las instrucciones hacia abajo eran de limpiar archivos y armarios. No dejar nada. A mí aquello me pareció propio de una república bananera. Ignoro lo que hizo González cuando Aznar le sucedió en el puesto, mas parece que este último tampoco le dejó mucha información a Rodríguez Zapatero, pues, según la prensa, ordenó borrar los ordenadores, con el recochineo añadido de que dejó la factura del trabajo a cuenta del sucesor. Insisto, no me parece serio y desde luego no es lo que yo hice cuando cesé en el CNI y le pasé todo, sin ninguna excepción, a mi sucesor.

## EL PSOE LLEGA AL GOBIERNO

Con el cambio de Gobierno, a Fournier le sucedió Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, que nos pidió a Antonio Pedauyé y a mí que siguiéramos en nuestros puestos mientras el gabinete presidencial de la Moncloa se inflaba exponencialmente con «fontaneros» y con nuevas competencias que asumía su nuevo director, Julio Feo, al tiempo que el vicepresidente Alfonso Guerra montaba otra estructura que Salustiano del Campo criticó como «mastodóntica y duplicativa» (*ABC*, 20 de enero de 1983). Trabajé muy a gusto con el nuevo equipo hasta que el *BOE* de 8 de marzo de 1983 anunció mi cese «a petición propia», pero sin agradecerme los servicios prestados, como solía suceder. ¿Qué había pasado para que la situación cambiara de esta forma en tan sólo dos meses? Juan Antonio, mi nuevo jefe, era una persona inteligente y de trato agradable, y con quien coincidiría años más tarde, cuando él era embajador en las Naciones Unidas y yo en Estados Unidos; lo admiro y mantengo con él una estupenda amistad. Resultaba más lento que yo en la toma de decisiones, pero más profundo. Yo atendía a tres teléfonos a la vez; en cambio, una de sus frases preferidas era: «No me hables de dos cosas al mismo tiempo». Sabía a la perfección que yo



no era socialista, y no le importó hasta que se produjo una huelga en Exteriores por un motivo que no logro recordar; fui a verle y le dije que estaba intelectualmente de acuerdo con la protesta, aunque como era natural no la secundaría porque era consciente de que en el gabinete del presidente no se hacen huelgas. Tras una amistosa charla y de común acuerdo decidimos que sería mejor que volviera a mi Ministerio de origen. Fue curiosa la reacción de mis compañeros: en un extremo estaban los que pretendieron sacar de contexto mi regreso y convertirme en un mártir del PSOE, cosa que nunca fui y a lo que me negué en redondo, mientras que otros me evitaban como si estuviera apestado y como si ser vistos en mi compañía pudiera perjudicarles. Los ignoré. Y fueron muchos los que me quisieron ayudar y a los que estoy agradecido, entre los que recuerdo de forma especial a Carlos Carderera, a Yago Pico de Coaña y a Ricardo Peydró.

### ÁFRICA EN EL CORAZÓN

Al final elegí trabajar con Carlos Carderera en la subdirección de África del Norte. Fue una decisión que iba a marcar mi vida durante mucho tiempo, pues permanecí once años ocupándome de África y Oriente Medio, que no es poco. Al llegar a Exteriores, bajé de golpe desde mi nivel 30 de la Moncloa, equivalente a una subdirección general, hasta un modesto nivel 24 y una mesita supletoria en el despacho de Carderera, ya que no se encontró un cuarto para mí, y allí me pasé cuatro meses, aprendiendo el oficio y saliendo a dar vueltas por la vecina plaza Mayor cuando Carlos tenía visitas. Eso sí, en aquella época yo era el tipo mejor informado de toda Santa Cruz porque el despacho estaba frente a la puerta de entrada del Ministerio, con lo que todo el que venía a hacer alguna gestión asomaba la cabeza y dejaba el abrigo sobre un sofá estratégicamente dispuesto antes de deambular por los pasillos ministeriales. Al recogerlo, siempre contaban algo. Mi director general era Manolo Sassot, un hombre inteligente, hábil y entrañable, gotoso por sus pecados de buen *gourmet* y frustrado porque Fernando Morán, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores y compañero suyo de promoción, no le dejaba ir adelante en la preparación de las relaciones diplomáticas con Israel, de las que era un ferviente partidario. A los cuatro meses de mi regreso al Ministerio, Carlos fue destinado al extranjero y Sassot me nombró subdirector general de África del Norte, una de las subdirecciones con más tradición en Santa Cruz. En ella conté con dos estupendos colaboradores, y desde entonces grandes amigos: Ramón Gandarias y Anunciada Fernández de Córdoba, con los que trabajé siempre muy a gusto y con los que eché muchas risas, incluso en los momentos más complicados.

La primera vez que puse los pies en el despacho del ministro Fernando Morán ocurrió una historia surrealista: acababa de ser nombrado y estaba en mi puesto una mañana temprano cuando sonó el teléfono oficial y oí un gruñido que decía: «Soy el ministro. Sube de inmediato a mi despacho». Cuando entré, me encontré con un Morán descompuesto que me empezó a pegar gritos y a echarme una bronca terrible, sin dejarme hablar, mientras yo contemplaba compungido el cuadro de los brulotes ardiendo delante de Gibraltar que adorna el espacio y pensaba que era mala pata que me fuera a llevar este recuerdo de mi primera visita al sanctasanctorum del Ministerio. Cuando al final se calló y logré meter baza le dije: «Ministro, te has equivocado de

subdirector. Lo que me dices es asunto de Oriente Medio y yo me ocupo de África del Norte». Morán me miró fijo a los ojos, ya más calmado tras el desahogo, y me contestó: «Ya lo sé, hombre, pero es que no he encontrado a tu compañero». Juro que es verdad, y es que Morán, con su aire desaliñado y galdosiano, era un hombre pintoresco y entrañable.

Yo no había pisado nunca África y traté de convencer a mi jefe de que una rápida gira por el Magreb me ayudaría mucho a entrar en ambiente, pero a Sassot no le gustaba separarse de sus subdirectores, a los que quería tener siempre cerca. De hecho, mis dos primeros viajes a la región, que luego llegaría a conocer muy bien, los realicé aprovechando unos vuelos humanitarios a Atar y a Constantina.

### CUCARACHAS EN EL OASIS

Atar es un oasis en el norte de Mauritania, en la región de Adrar. La ciudad resulta pintoresca: está construida con casas de adobe al borde de un *ued* (torrente), donde unas fuertes riadas dejaron sin hogar a mucha gente en noviembre de 1984. Fui allí en un avión de socorro con el vicedirector de la Cruz Roja, Miguel García Chaparro, con quien después viajaría también a Argelia. En Atar nos esperaba mi compañero, Melitón Cardona, a la sazón destinado en la embajada en Mauritania. Descargamos el material, pero al tomar tierra se estropeó el tren de aterrizaje y el avión tuvo que regresar a Las Palmas y no pudo continuar su viaje a Nuakchot, donde hubiera debido dejarme a mí. En vista de la situación, decidí quedarme en Atar, donde, a falta de hotel o pensión de ninguna clase, el jefe militar, el coronel Ould Boukhreis, un saharahui muy favorable al Frente Polisario y con quien luego forjaría una buena relación, me ofreció una casa medio abandonada para pasar la noche. Allí no había agua ni luz, sillas o mesas, pero colocaron un par de colchones sobre el suelo para que Melitón y yo pudiéramos dormir. Apenas apagada la vela y en la más completa oscuridad, comencé a oír un extraño y constante susurro, como si algo se arrastrara con dificultad. Encendimos la vela y descubrimos unas cucarachas gordísimas que se movían a sus anchas cerca de nuestros colchones, a ras de suelo. Me levanté de un salto, pues si hay un bicho que me da asco es ése, y decidí que yo no iba a dormir allí, que prefería salir y pasear por el jardín. Años más tarde, en otro viaje oficial a la entonces República Popular de Yemen, me alojaron como ilustre huésped en el que me dijeron que era el mejor hotel de Aden, construido frente al mar por la cooperación búlgara, lo que debería haberme alertado. Era todo repugnante: la piscina la usaban como basurero y olía a rayos; la moqueta de los pasillos estaba hecha jirones y la pintura de las paredes descascarillada, y lo único que se podía tomar para desayunar, comer y cenar eran unas langostas pequeñas que se pescaban en la playa del hotel, mientras que para beber sólo había té, pero té a secas, sin limón ni «nubes» de leche, como dicen los ingleses. Ni azúcar. No había otra cosa. Lo peor era que las verdaderas dueñas de aquel antro repugnante eran las cucarachas, que estaban por todas partes en auténticos enjambres, si es que los hay de esos bichos, hasta el punto de que al regresar a la habitación por la noche me quitaba un zapato y con él golpeaba con fuerza la puerta, en la esperanza de asustarlas, y, sin entrar aún, metía el brazo y encendía la luz, lo que me permitía verlas escaparse a puñados en todas

direcciones hacia las esquinas del cuarto. Lo juro. Entonces daba un salto y entraba vestido en la cama, cuyas patas había tenido la precaución de meter en cuatro latas llenas de agua que había sacado de la piscina-vertedero y que debían de pertenecer a una época en la que el menú del hotel resultaba más variado. ¡Para los que piensan que los diplomáticos se pasan la vida de cóctel en cóctel!

Pero volvamos al oasis de Atar. Decididos a no dormir en aquel cuarto y, tras un par de vueltas por el jardín, nos encaminamos Melitón y yo a un cuartel francés que habíamos visto por la tarde y donde un destacamento galo entrenaba a sus colegas mauritanos. Allí fuimos recibidos de forma espléndida por unos oficiales que estaban encantados de tener alguien con quien hablar y que les contara lo que pasaba en el mundo. Nos dieron buen vino —y no ese Beaujolais Nouveau que debería prohibir la Organización Mundial de la Salud— y luego sacaron una tablita de quesos estupendos mientras la luna iluminaba el palmeral. Allí pasamos varias horas, y con plena conciencia de lo que hacía me emborraché como una cuba, porque no recuerdo haber regresado al jergón de las cucarachas, donde amanecí al día siguiente, en el que un avión de la Fuerza Aérea mauritana nos llevó a Nuakchot, donde nos esperaba el embajador Gumi Rico con su mujer, Isabel Pérez del Pulgar. Allí Isabel me presentó a sor Julia Gómez, que había organizado un centro para niños desnutridos a la sombra de una acacia y que me colocó en los brazos a un crío de cuatro años, la misma edad que entonces tenía mi hijo Juan, pero que pesaba la mitad; daba la impresión de que su piel había crecido pero no el relleno interior. Desde entonces mantengo una relación con Julia, que acabó dirigiendo el ala infantil del hospital que la Agencia de Cooperación construyó en Nuakchot, antes de continuar con su incansable trabajo en favor de los niños en Argelia y Túnez. Es una mujer admirable.

## ISLAMISTAS EN ARGELIA

Llegué a Constantina, en Argelia, con otro Hércules de ayuda humanitaria para paliar los efectos del terremoto de enero de 1985. Estaba todo nevado y hacía mucho frío, lo que descoloca a quien tiende a pensar en África como lugar de desiertos y palmeras. Constantina es una preciosa ciudad antigua situada sobre una colina y rodeada de aterradores precipicios, por los que los otomanos arrojaban a los condenados encerrados en un saco en el que también metían un gato para amenizar la caída, en una muestra de odioso refinamiento oriental. En la época, el ministro de Asuntos Exteriores argelino era Ahmed Taleb Ibrahimi, un nacionalista partidario de la arabización y de la islamización. Allí cada uno, siempre he pensado que el bilingüismo es una gran baza que enriquece al país que tiene la suerte de disfrutarlo —como es el caso de los norteafricanos—, puesto que hace más ágiles y versátiles las mentes de quienes lo practican, y que prescindir del francés, una de las grandes lenguas mundiales, es un error. Fue en aquel viaje cuando comencé a conocer a los argelinos, con quienes tanto tendría que vérmelas en años sucesivos. No resulta una gente nada fácil, y tienden a ser negociadores innecesariamente desagradables por sistema, y digo por sistema porque tuvieron que ganarse la descolonización a pulso en una dura lucha de liberación nacional que ha dejado unas heridas muy profundas, traducidas en complejos que se

empeñan en exorcizar con el primer europeo que se les pone delante, y para ello adoptan de entrada una postura hosca y antipática. Los marroquíes, que les sufren en una difícil vecindad y que tampoco son sencillos, dicen que eso se debe a que en realidad los argelinos nunca han sido independientes, pues pasaron de la dominación turca a la francesa y entre ambas machacaron la espina dorsal del país, que ahora trata de encontrarse y afirmarse de nuevo. Es una tesis que pone de los nervios a los argelinos, pero que algo de verdad tiene.

En la zona de Constantina los islamistas radicales fueron muy activos durante el tiempo que duró la guerra civil. Años más tarde, en diciembre de 1991, tuve ocasión de conocer al líder del Frente Islámico de Salvación, Abassi Madani, poco antes de que los militares lo encarcelaran, cuando parecía que los suyos iban a ganar las elecciones. Fernández Ordóñez me envió para establecer un primer contacto en una visita en la que me acompañaron el embajador Javier Conde y Manolo Gómez-Acebo, consejero de la embajada. Recuerdo que aquel día llovía a mares en Argel, y Madani nos recibió en una casa de cuatro pisos sin ascensor. Le planteé tres preguntas concretas, y para cada una me dio respuestas interminables mientras sus acólitos tomaban respetuosa nota de todas sus palabras, como si de un oráculo se tratara. La primera fue si los islamistas mantendrían el régimen democrático, y él me contestó que la democracia posee un valor instrumental para elegir a los mejores, cuya misión posterior no es otra que aplicar la *sharia*, pues Dios no está en discusión. Luego le interrogué sobre qué haría con las exportaciones de gas a España, y me dijo, muy a la oriental, que nadie se corta las venas y que la energía era la sangre que corría por las venas de Argelia, de manera que podíamos estar tranquilos porque *business is business*. Mi tercera pregunta versó sobre el futuro que esperaba a las inversiones españolas cuando gobernarán los islamistas, y ahí me respondió que todo dependería del tipo de inversión. Dicho en román paladino: una fábrica de componentes electrónicos no tendría problemas, pero si a uno le había dado por producir cerveza, debería cerrar el negocio y pensar en otra cosa. Muy pocos días después de esta reunión, los islamistas ganaron por goleada la primera vuelta de las elecciones al obtener 167 de los 206 escaños que se decidían, mientras que el histórico Frente Nacional de Liberación sólo se adjudicó 16. Entonces, antes de la segunda vuelta, en enero de 1992, los militares interrumpieron el proceso con un golpe de Estado mientras todos mirábamos hacia otro lado con mohínes de mitigado disgusto. Madani fue encarcelado y comenzó a una dura represión que desembocó en una sangrienta guerra civil con 200.000 muertos y que impidió el establecimiento de un régimen islamista en el Magreb.

#### DIRECTOR GENERAL DE MEDIO MUNDO

Tras apenas dos años como subdirector general Francisco Fernández Ordóñez sustituyó a Fernando Morán al frente del palacio de Santa Cruz y me llamó para que me hiciera cargo de la Dirección General de África y Asia Continental, que unos meses más tarde, por fortuna, se redujo a «sólo» África y Oriente Medio. Yo no conocía a Fernández Ordóñez, así que creo que debo mi nombramiento a Máximo Cajal, entonces secretario general de Política Exterior, y a Fernando Perpiñá-Robert, que era el subsecretario. En realidad, yo no fui su candidato inicial: sólo se me

consideró para el puesto cuando la primera opción, Alfonso Ortiz, no lo aceptó por motivos de tipo personal y prefirió irse como embajador a Zaire. Mi nombramiento se retrasó un par de semanas porque Manolo Sassot tuvo que viajar a Harare, donde acababa de ser asesinado en circunstancias muy extrañas nuestro embajador, José Luis Blanco Briones. En mi puesto de subdirector, nombré primero a Carmelo Angulo y después a Miguel Ángel Moratinos.

Durante los ocho años que desempeñé esa dirección general, viajé con frecuencia por toda la región. En aquella época, en Túnez se extinguía Habib Bourguiba, triste final para quien había logrado la independencia, modernizado el país y mejorado la situación de la mujer. Bourguiba había perdido la cabeza, y fue derrocado por un golpe de Estado del general Ben Ali, que había sido su edecán y de quien el rey Hasán decía que abría las puertas como nadie, refiriéndose a las del coche de Bourguiba, que Ben Ali había sido el encargado de abrir y cerrar durante un viaje que el presidente tunecino había hecho a Rabat tiempo atrás. Hay muchas historias en relación con estos últimos años de senilidad: una vez me contó el primer ministro M'Zali que Bourguiba le preguntó a uno de sus ministros por qué la prensa del día no daba la noticia de la muerte de De Gaulle, y el ministro no supo qué contestar (ya que De Gaulle llevaba varios años muerto) y balbuceó que se ocuparía en persona de que la noticia se publicara sin falta al día siguiente. Al salir el ministro, Bourguiba le dijo a M'Zali: «Ese gili —*Ce con*— se cree que no sé que De Gaulle ha muerto hace muchos años». Como para fiarse. Yo presencié una escena increíble en Túnez, en enero de 1987, cuando acompañé a Felipe González y Bourguiba dio una comida en su honor en el palacio presidencial. Daba pena verle: caminaba como un muñeco, con pasitos cortos y rápidos y sostenido por dos ayudantes de campo llenos de medallas, mientras un grupo de aduladores reía a carcajadas cuanto decía, que costaba mucho entender. Parecía la corte de los Milagros. Lo peor fue cuando se sentó a la mesa y un ayudante de casaca roja con charreteras y cordones dorados situado detrás de él comenzó a darle de comer de un potito; tras cada cucharada, le limpiaba la boca con un gesto enérgico de la servilleta. Pensé que debía de tener los labios en carne viva, a juzgar por la firmeza de aquel militar. De repente, en plena conversación, en la que él no participaba, Bourguiba reclamó la atención de todos dando golpes sobre la mesa con un cubierto; cuando todos le miramos expectantes, preguntó con voz bastante clara: «*Et, comment vat-il mon ami le Général Franco?*» (¿cómo se encuentra mi amigo el general Franco?). A esta frase le siguió un clamoroso silencio, de esos que resultan ensordecedores, mientras todos nos afanábamos con nuestros cubiertos y Felipe González le observaba sin dar crédito a lo que acababa de oír.

#### LA REUNIFICACIÓN ALEMANA ATERRORIZA A LOS FRANCESES

Otro viaje a Túnez me permitió vivir en primera fila un momento histórico: el 9 de noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín y quiso la casualidad que al día siguiente yo acompañara a Fernández Ordóñez a Túnez para ver a Yasir Arafat en una misión de la Troika comunitaria que también incluía a los ministros Roland Dumas, de Francia, y Collins, de Irlanda. Estábamos en Torrejón esperando a que llegara un avión francés a recogernos cuando Felipe González telefoneó

a Fernández Ordóñez para comentar lo ocurrido y preguntarle con sorna si no pensaba que ese día iba en la dirección equivocada. El avión era muy pequeño y estábamos todos muy juntos, de forma que desde mi asiento oía la conversación de los tres ministros. Nadie hablaba de Arafat, sino de la reunificación alemana, que los franceses no querían ver ni en pintura. Estaban literalmente aterrados. En la hora y pico que duró el vuelo, Mitterrand llamó tres veces a Dumas: quería la inmediata convocatoria de un Consejo Europeo, y Dumas le decía que ello era imposible sin una adecuada preparación, mientras Fernández Ordóñez, siempre pragmático, argumentaba que la reunificación se produciría sí o sí y que lo mejor que se podía hacer era relanzar la construcción europea para embridar a Alemania, que de lo contrario «se convertiría en un satélite demasiado grande y girando sin control en el centro de Europa», y que también había que meterla en la OTAN. Lo que me asombró fue que los franceses no tuvieran planes de contingencia, una cómoda con cajones llenos de estudios y propuestas por si un día Alemania se reunificaba. Después de todo, habían perdido tres guerras seguidas contra los alemanes. Por eso Kohl agradeció el apoyo que siempre le dio Felipe González. De aquella reunión con Arafat en Túnez sólo recuerdo que las metralletas *kalashnikov* de quienes nos servían el té entrechocaban con las bandejas que traían. Surrealista.

#### GADAFI ME PARECE FLIPADO

En mi vida me he encontrado dos veces con Gadafi, el oficial que con veintinueve años dio un golpe de Estado que envió al rey Idriss de veraneo vitalicio a la Costa Azul y embarcó al país en una singular aventura política, sin parangón en el mundo, con la que pretendía encontrar un equilibrio entre el capitalismo y el marxismo mediante una fórmula propia de democracia directa plebiscitaria y una fuerte carga nacionalista inspirada en Nasser. El invento se llamó la Tercera Vía (como la posterior de Blair) y está doctrinalmente expuesto en *El libro verde*, que creó la Yamahiriya Libia Popular y Revolucionaria y otorgó todo el poder a las asambleas populares y, sobre todo, a los comités revolucionarios. Como es natural, esto era la teoría, dado que el poder real (y los beneficios del petróleo) estaba en manos Gadafi y del grupo de oficiales que habían dado el golpe de Estado. La experiencia le ha costado cara a Libia, pues cuando desapareció el dictador dejó detrás de sí un país desarbolado y desestructurado, sin instituciones ni partidos políticos o sindicatos, y donde el Estado estaba por construir, cosa no fácil de improvisar y que lleva tiempo. Hoy es un Estado fallido inmerso en una guerra civil, a escasos kilómetros de la costa italiana. Gadafi cometió muchos errores al tratar de ser original en la forma de manejar sus conexiones internacionales: desde los fallidos proyectos de fusión con Egipto y con Siria hasta sus injerencias en el Sahara Occidental, en Túnez, en Chad y en la política de la Organización de la Unidad Africana, que no le hicieron ganar muchos amigos. Como tampoco facilitó su relación con los occidentales su apoyo al IRA o a ETA, por no hablar de asuntos aún más turbios en los que sus servicios secretos se involucraron directamente en la ejecución de atentados terroristas. Desde mi dirección general tuve que expulsar de España a algunos diplomáticos ecuatoguineanos por contrabando y a muchos libios por «actividades incompatibles con su estatuto diplomático», como

los tres que preparaban un atentado contra el líder opositor Magarief, de paso en Madrid. El plan consistía en volar la habitación de debajo de la que él ocupaba en un pequeño hotel de la Gran Vía madrileña. Hubiera sido una carnicería. El servicio de inteligencia español, entonces llamado Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) se enteró y lo impidió discreta y eficazmente, y a mí me correspondió convocar luego al embajador y darle veinticuatro horas para que los presuntos implicados, que tenían inmunidad diplomática, abandonaran España. Hubo otras expulsiones de diplomáticos libios.

Coincidió por vez primera con Gadafi con ocasión del XX aniversario de su golpe de Estado. Fue en Trípoli el 1 de septiembre de 1989, cuando acompañaba a Luis Yáñez en la primera visita oficial en muchos años de un político español. Todo comenzó en un estadio, con una especie de demostración sindical al estilo de las franquistas del Primero de Mayo, muy de ese gusto que comparten fascistas, comunistas o totalitarios de toda laya por los grandes espectáculos que diluyen al individuo en la masa. Al salir de la instalación, en medio de un desbarajuste fenomenal, sentí que alguien me cogía del brazo y me arrastraba con fuerza. Reconocí al jefe de protocolo local, quien sin duda me tomó por el jefe de la delegación española al confundirme con Yáñez, al que en todo caso era imposible localizar, pues nos habíamos distanciado por los empujones de la multitud en medio de aquel desmadre. Cuando me di cuenta, estaba frente a Gadafi, en mitad de la escalera de uno de los vomitorios del estadio. Éste me dio la mano mientras ponía los ojos en blanco y decía en un árabe melodioso que me recordó la voz del recitador del Corán en los vuelos de Saudia: «Ah, España, España...». Dicho lo cual, se alejó escaleras abajo mientras yo me quedaba un poco confuso ante lo rápido e inesperado que había sido todo.

El plato fuerte de las conmemoraciones consistía en una cena y unos discursos en el Congreso General del Pueblo, donde los invitados eran Hasán II, Chadli Bendjedid, Ben Ali, Yasser Arafat y Bashar al-Asad en representación de los hermanos árabes. Por África asistían Yoweri Museveni, Jerry Rawlings, Joachim Chissano, Denis Sassou-Nguesso, Omar Bongo, Omar al-Bashir y otros cuyos nombres no sé si he olvidado o no supe nunca, que venían de lugares tan exóticos y lejanos como Madagascar, Corea del Norte, Laos, Yibuti, Ruanda... Mientras los miraba me preguntaba cuánta sangre tendrían en las manos entre todos y qué rayos hacía allí una delegación española. Cosas de la Moncloa. Daniel Ortega fue el más aplaudido, sobre todo tras decir en correcto castellano que Reagan había atacado a Nicaragua y a Libia «y ahora está en el basurero de la historia, mientras Gadafi está aquí con nosotros». A eso se le llama visión de futuro. El «Líder» sonreía complacido levantando el puño, y al final abrazó a Ortega entre el desatado delirio de sus incondicionales.

El siguiente encuentro con Gadafi tuvo lugar unos años más tarde, cuando viajé con Fernández Ordóñez a Libia. En Trípoli mantuvimos la típica reunión de trabajo con el ministro de Exteriores y visitamos el museo de la Revolución en el viejo castillo edificado por Carlos V; cuando estábamos empezando un delicioso *mechuí* preparado dentro de una olla de barro sellada nos llegó la noticia de que el Líder nos esperaba en Bengasi. De modo que nos fuimos en ayunas a coger el avión, custodiados por unos enloquecidos conductores que nos llevaron a toda velocidad por el centro de la ciudad. Pasamos por un cruce donde había un coche de policía estampado y comenté que no me extrañaba nada, en vista de cómo conducían. En el aeropuerto supe que en el

automóvil destrozado iban mis compañeros Rafael Spottorno y Juan Leña. Rafael se había sujetado mejor en el momento del impacto, mientras que Juan se golpeó y dañó la rodilla.

En Bengasi nos acompañaron hasta un hotel moderno y de horrible gusto (la cama de mi habitación era negra con incrustaciones de nácar), donde esperamos seis horas sin comer, hasta que a las nueve de la noche nos vinieron a buscar para conducirnos a un cuartel situado en las afueras de la ciudad, donde nos dieron un té, y una hora más tarde apareció el Líder rodeado de guardaespaldas femeninos, unas mujeres grandes, de largas melenas oscuras, con uniformes de camuflaje y grandes pistolones al cinto. Me parecieron sucias, necesitadas de un buen baño, pero podía ser efecto de la poca luz que había. A nosotros nos llamaron la atención, así que imagino cómo debían de escandalizar a los bereberes y a los tuaregs, que fliparían en tecnicolor en sus aduares y oasis con la visión de esas mujeronas. Gadafi, siempre cuidadoso con sus atuendos, apareció envuelto en una capa marrón y con un pequeño gorro del mismo color. La conversación se desarrolló en castellano y árabe con un intérprete, pero los saludos fueron en inglés, y hete aquí que el Líder se dirigió a Fernández Ordóñez y, al tiempo que le extendía la mano para estrechársela, le dijo con una gran sonrisa: «*Israel must be destroyed. Wouldn't you agree?*» (Hay que destruir a Israel y espero que usted esté de acuerdo). Impresentable. A Fernández Ordóñez se le dispararon de golpe todos los tics faciales que poseía, que eran muchos y variados. Gadafi era muy hablador; a él no le era aplicable el comentario de que Fidel Castro estaba envejeciendo porque escuchaba más que hablaba.

## MORTEROS ESPAÑOLES EN MAURITANIA

En abril de 1989 estalló un serio conflicto entre Mauritania y Senegal originado por una pelea entre agricultores y ganaderos negros de ambas riberas del río Senegal; como consecuencia, fallecieron entre 15.000 y 20.000 personas en una de esas guerras africanas de las que tan poco se habla en nuestra Europa y que dio lugar a horrores de todo tipo. Además de los muertos hubo 210.000 refugiados en Mauritania (casi un diez por ciento de la población) y alrededor de 100.000 en Senegal, mientras los ejércitos se desplegaban frente a frente. Visité un campamento de refugiados en las cercanías de Nuakchot, una experiencia que no olvido con facilidad. España ayudó a trasladarlos en aviones Hércules y también contribuimos con medicinas, mantas, tiendas de campaña, comida y ropas. El problema puso de relieve la fragilidad de las fronteras heredadas de la descolonización y avivó las tensiones raciales subyacentes en el seno de la propia sociedad mauritana, dividida entre los moros *beidan* (incluidos los *harratin*, descendientes de viejos esclavos negros convertidos al islam, pero que no se consideran negros) y los negros propiamente dichos, en especial de la etnia *toucouleur*, acusados por los moros de querer revivir el viejo imperio *Futa* y de cuya lealtad dudan cuando lo único que con toda probabilidad desean es un reparto más justo del pastel económico nacional que controlan los *beidan*. Nuestro embajador era entonces Manolo Gómez Valenzuela, gran amigo mío. Antes, Manolo había estado destinado en Alemania, y un día, al esperar el tranvía para dirigirse al consulado, observó que en la parada estaban marcados los tiempos en que llegaba: 8:06; 8:13; 8:20, etcétera. Cuando comprobó que



eran, en efecto, las 8:13 y que el tranvía estaba allí se dijo: «Manolo, esto no es para ti», y pidió de inmediato el traslado a un mundo menos predecible y dio con sus huesos en Mauritania, país al que regresó años después como embajador tras pedirle yo en persona que dejara un puesto más cómodo en los Emiratos Árabes Unidos. Lo hizo porque es medio legionario y un gran profesional. Pero además le gustaba el país y lo conocía bien, y pensamos que en Mauritania podía ser más útil, hasta que se le cayó la venda de los ojos cuando vio los desmanes y barbaridades que los moros cometieron con los negros, sin ir más lejos con Gay, su chófer, que acabó en prisión cuando unos moros *beidan* asaltaron su casa, en cuyo interior se refugiaban, aterrorizadas, sus tres esposas, y al defender su hogar mató a uno de los intrusos que pretendían entrar. Intercedí por Gay personalmente en varias ocasiones y al final salió de la cárcel. Durante su cautiverio le bordó un mantel a mi mujer con camellos y otras figuras, que conservo con cariño. La última vez que lo vi se había vuelto a casar y estaba construyendo la cuarta habitación en torno al patio central de su vivienda. Me explicó que él no quería, pero que le habían obligado sus otras tres esposas, pienso yo que para que las dejara en paz y para que la nueva, una joven de dieciséis años (cuando él ya pasaba de los sesenta), trabajara para las tres primeras. Así son por allí las cosas.

Ese conflicto nos afectó también porque en manos de los mauritanos aparecieron morteros españoles y los senegaleses protestaron formalmente. Nosotros los habíamos vendido a Iraq y desde allí habían llegado a Mauritania a cambio de que les permitieran experimentar con ciertos cohetes en las arenas del desierto, ¡como si en Iraq no hubiera desiertos! De modo que en junio de 1990 me trasladé a Dakar para aclarar la situación, y aunque no pude ver al ministro de Exteriores, Seydina Oumar Sy, que me dio plantón para ir precisamente a Bagdad, fui recibido por los ministros de las Fuerzas Armadas y de Presidencia, acompañado por el embajador Michel García-Mina. Creo que la visita los tranquilizó y evitó una crisis con España.

#### JAMES BAKER ME ENVÍA A MAURITANIA

Cerré el ciclo con otra visita a Mauritania en noviembre de ese año, ya con la crisis del Golfo encima, provocada por la ilegal invasión de Kuwait por parte de Iraq, y allí el ministro de Exteriores, Ould Didi, me confesó que no tenían más remedio que apoyar a Sadam Huseín porque les enviaba armas, aunque eso les costara la ayuda económica que recibían de Kuwait y que también era importante. Y es que a veces no hay más remedio que retratarse. Durante ese viaje me entrevisté además con el presidente Maaouya Taya para pedirle que fuera a Bagdad, como amigo de Sadam Huseín que era, para advertirle de lo que se le venía encima si no se retiraba de Kuwait. Esta gestión nos la había pedido en persona el secretario de Estado norteamericano, James Baker, en una reunión con Fernández Ordóñez que tuvo lugar en el Claridge, de Londres, y a la que yo también asistí en una noche lluviosa. Allí Baker le enseñó a Fernández Ordóñez fotos con las instalaciones militares iraquíes que pensaban bombardear si no se retiraba de Kuwait y nos pidió que hiciéramos, por vía de los mauritanos, un último intento de evitar la guerra «*because we're meaning business*» (vamos en serio). Maaouya realizó la gestión, pero a su

regreso me confesó que había encontrado a Sadam totalmente fuera de la realidad y convencido de que los americanos no le atacarían. Le pregunté si sus asesores más viajados, como Tarek Aziz, ministro de Exteriores, no le decían la verdad, y me contestó que todos le tenían terror y que no levantaron la mirada de la punta de sus zapatos durante la entrevista que él mantuvo con el líder iraquí. El resto es conocido.

#### FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ, MINISTRO DE EXTERIORES

Fernando Morán había formado su equipo con gentes del PSOE o muy próximas, y el resultado fue regular: primero, porque no eran ni más listos ni más tontos que los demás, y, segundo, porque estaban metidos en las peloterías internas del partido y ni siquiera le eran más leales. Aquello era un desbarajuste que el propio desorden mental del ministro no contribuía a mejorar. Por el contrario, Fernández Ordóñez, siempre seguro de sí mismo, creó un equipo de gente independiente a la que no preguntó qué ideas políticas tenían, si bien cuidaba los equilibrios generales incluyendo algunos altos cargos que constituían un guiño al sector guerrista del Gobierno. A Fernández Ordóñez siempre le preocupó Guerra: un día me dijo que para nombrar embajadores esperaba a que éste estuviera distraído y «mirando hacia otro lado» para colarle tres o cuatro «goles» de golpe, y lo explicaba dando tres o cuatro rápidas patadas imaginarias a un balón, como hinchas del Real Madrid que era. Según él mismo confesó entonces a *El País*: «Se ha hecho un equipo prestigioso e independiente, de gentes brillantes y que pertenecen al Ministerio» (22 de agosto de 1985); éste quedó integrado por compañeros como Carlos Westendorp, Fernando Perpiñá-Robert, Máximo Cajal, Chenchó Arias, Jesús Ezquerro, Yago Pico de Coaña, Santiago Salas, José Manuel Paz Agüeros y algún otro no diplomático, como Luis Yáñez y Rafael Muñoz. Fue un lujo trabajar con todos ellos.

Conocí al ministro en el aeropuerto de Cartagena, el 12 de agosto, cuando pasamos a recogerlo en un *Mystère* de camino de Rabat; fue mi primer viaje como director general, pues juré mi cargo en la residencia del embajador Raimundo Bassols, un profesional al que siempre he admirado, y en una casa que años más tarde yo mismo ocuparía cuando fui nombrado embajador en Marruecos.

Como director general disponía de un gran despacho en la planta baja del Ministerio presidido por un cuadro enorme de Alfonso XII al que un golpe en épocas pasadas había producido un abultamiento justo donde está usted pensando, con el resultado de dar la irrespetuosa sensación de estar permanentemente empalmado, como decía de sí mismo el duque de Palma de Mallorca («el duque Em... Palma... do») en la firma de uno de esos correos desvelados por su exsocio Torres, que es de muy dudoso gusto y que ha causado enorme indignación en mi tierra mallorquina. Mi mesa de trabajo procedía del Palacio Real, de la época en que la Secretaría de Estado estaba allí ubicada. Es muy bonita, y la leyenda del ministerio cuenta que sobre ella hizo alguna vez el amor la reina gobernadora María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, viuda y fogosa, que tuvo una intensa relación sentimental con el apuesto guardia real Fernando Muñoz, al que nombró duque de Riánsares y con quien acabó casándose en secreto en 1833. La anécdota puede ser creíble:

debieron tener una relación ardiente, ya que produjo cinco niños y tres niñas. No hay nada nuevo bajo el sol, pues también hay hoy princesas que se enamoran y casan con sus guardaespaldas o con sus entrenadores personales. De todas formas, la leyenda sobre la mesa cuesta de creer, porque aunque es lo bastante grande, supongo que debe de ser muy incómoda para esos menesteres. Lo que sí sé es que tiene unas protuberancias en las patas contra las que no deja uno de darse golpes. En esa dirección general pasé siete largos e intensos años, hasta la muerte de Fernández Ordóñez, trabajando muy a gusto con un hombre en extremo inteligente, flexible y muy seguro de sí mismo, lo que le permitía dar a sus colaboradores enormes márgenes de confianza y de acción personal. Cuando se estaba muriendo, me dijo que me había engañado por no haberme confiado la embajada en Marruecos que me había prometido tantas veces, pero que también yo debía reconocer haberme divertido colaborando con él. Tenía razón en ambas cosas, y desde luego no me arrepiento de esos años en los que tuve la ocasión de estar cerca de una persona extraordinaria de quien creo haber aprendido mucho. Creo que de haber vivido habría podido ser un excelente presidente del Gobierno.

#### CRISIS CON EL FRENTE POLISARIO

Aunque la primera tarea que me encomendó Fernández Ordóñez fue la de preparar el establecimiento de relaciones diplomáticas con Israel, la realidad se impuso y nada más hacerme cargo de mi flamante dirección general me topé con la crisis del *Junquito* y el *Tagomago*, un pesquero y una patrullera militar que el Frente Polisario (FP) cometió el error de ametrallar los días 20 y el 21 de septiembre de 1985. El ataque, del todo injustificable, costó las muertes del cabo José Manuel Castro y del contraamaestre del pesquero Guillermo Batista, además de algunos heridos. También capturaron seis prisioneros. Como consecuencia se produjo una grave crisis que se saldó con el cierre de las oficinas que en régimen de tolerancia tenía el Frente Polisario en nuestro país y con la expulsión de todos sus representantes. El trasfondo de lo sucedido hay que buscarlo en el problema no resuelto del Sahara occidental, que España administró hasta que la Marcha Verde organizada por Hasán II nos sacó de allí con el rabo entre las piernas y en plena agonía del general Franco, aprovechando las disensiones existentes entre los Ministerios de Presidencia y de Asuntos Exteriores —este último favorable a la autodeterminación propugnada por las Naciones Unidas y prometida varias veces a los habitantes autóctonos del territorio— y los propios errores entonces cometidos por Argelia y el Frente Polisario en un momento de debilidad institucional española.

En realidad, nuestra descolonización no fue modélica ni en Guinea Ecuatorial ni en el Sahara (todas las descolonizaciones dejan detrás desastres como los de los ingleses en la India, los belgas en el Congo, los portugueses en Angola y los franceses en toda África), pues quedamos mal con todos a la vez y no mantuvimos la palabra dada. Se hizo ir al entonces Príncipe de España a animar a los soldados en El Aaiún, y pocos días más tarde se les ordenó retirarse ante el avance de la Marcha Verde. A nadie se le ocurrió informar de los llamados «acuerdos de Madrid» a nuestra representación diplomática ante las Naciones Unidas, cuyo Consejo de Seguridad se

reunió para tratar el asunto. Mientras el embajador Jaime de Piniés estaba en el Consejo, sus colaboradores esperaban fuera, y a ellos me uní yo, que entonces estaba destinado en el consulado general de Nueva York. Serían las dos o las tres de la mañana cuando salió un diplomático argelino de la reunión y nos dijo escuetamente: «Lástima, ¡por una vez que la potencia colonial lo estaba haciendo bien!». Así nos enteramos de que España había cedido ante Rabat en los «acuerdos de Madrid». Luego se trató de maquillar la decisión con la carta que el 26 de septiembre de 1975 el embajador de Piniés le dirigió al secretario general de la ONU diciendo que España no entregaba la soberanía —de la que por otra parte carecía—, sino sólo la administración del Territorio del Sahara Occidental. Aquello no se tuvo en pie; Mauritania abandonó su zona tras ser humillantemente derrotada por los polisarios y Marruecos se apoderó de todo y no cumplió con los compromisos adquiridos con nosotros en pesca y fosfatos. De aquellos polvos, los lodos que luego siguieron.

El día del ataque al *Junquito* y al *Tagomago*, yo viajaba con Fernández Ordóñez a la Asamblea General de la ONU para participar en una serie de encuentros en los que tendríamos que informar a nuestros amigos árabes del propósito de establecer relaciones diplomáticas con Israel. Al llegar al aeropuerto JFK nos dieron la noticia de lo ocurrido y, allí mismo, sobre la marcha, redacté con el ministro un comunicado oficial de firme condena que al mismo tiempo aseguraba, con mucha intención, que nuestra política sobre el fondo del problema del Sahara no iba a cambiar. Fernández Ordóñez decidió que yo volviese a España de inmediato, cosa que hice sin salir del aeropuerto y en el mismo avión que me había llevado hasta allí. Fue un regreso cansado y triste porque la crisis con el Frente Polisario era inevitable tras la torpeza que habían cometido, y confieso que les tenía simpatía, pero los pobres la pifiaban siempre con España, primero al acosarnos cuando habíamos puesto en marcha el plan Rydbeck con las Naciones Unidas, ya en los últimos años de Franco, cuando el dictador había abandonado la locura de pretender que el Sahara era otra provincia española, y luego al llegar al Gobierno unos socialistas de los que, al menos en principio, podían esperar más simpatías hacia su causa, por mucho que la realidad se imponga cuando se trata de gobernar y produzca curiosas piruetas: Rodríguez Zapatero, por ejemplo, fue más promarroquí que Aznar.

En un primer momento el Frente Polisario negó los hechos y Ould Salek, su responsable de Relaciones Exteriores, llegó a atribuir el ataque a los marroquíes. Lo mismo me sostuvo su representante en España, Ahmed Buhari, con quien me unía una buena amistad, hasta que no tuvo más remedio que aceptar la realidad. Cuando me lo reconoció, en mi despacho de Santa Cruz, se echó a llorar, y yo casi también. Con este ataque se echaban por la borda cualesquiera esperanzas que el Frente Polisario pudiera albergar con respecto de España, y él era muy consciente de ello. Y mientras Marruecos se frotaba las manos por una crisis que favorecía sus intereses, Argelia nos irritaba al no colaborar con el equipo que enviamos para repatriar a los marineros secuestrados y que dirigía el director de Asuntos Consulares Rafael Pastor, pues trataba de dar tiempo a los polisarios para hacer un impresentable montaje publicitario en Tinduf.

Una vez liberados los secuestrados, la Moncloa decidió cerrar las oficinas del Frente Polisario y expulsar a sus representantes. La torpeza de Buhari al aceptar una cena-homenaje del Partido Comunista y la habitual sensibilidad del Ministerio del Interior, que lo detuvo en la puerta

del restaurante y lo puso en la frontera, agravaron la situación. Fernández Ordóñez procuraba calmar al sector del Gobierno que dirigía Alfonso Guerra, que quería aprovechar la ocasión para alinear de una vez nuestra política con la de Francia sobre el contencioso del Sahara y quitarnos esta hipoteca de encima. No era el único en pensar así, aunque yo creo que se equivocan los que consideran que las relaciones con Marruecos se garantizan cediendo a sus presiones, lo que Rabat interpreta como debilidad y constituyen sólo un preludio de otras ambiciones. A Marruecos hay que tratarle siempre con el respeto que merece como gran país que es y con el cariño que deriva de una larga vecindad con tramos de historia compartida, pero también con firmeza y dando un puñetazo en la mesa cuando es preciso porque de lo contrario se te sube a las barbas. El problema reside en saber combinar en dosis justas estos elementos en el marco de una relación compleja donde los aspectos pasionales se imponen con excesiva frecuencia a la fría racionalidad que exige la política exterior.

Las relaciones con el Frente Polisario quedaron congeladas y tardamos mucho en restablecerlas. Yo mantuve, a lo largo de los años, discretas reuniones con ellos en lugares tan variados como Madrid, Roma y Londres, hasta que en enero de 1989 acordamos la reapertura de su oficina en España durante la visita que nos hizo el número dos del Frente Polisario, Bachir Mustafá Sayed, para explicarnos los contactos que por vez primera en trece años habían mantenido con los marroquíes en Marrakech, donde el rey Hasán les volvió a engañar. Pero entre nosotros las cosas nunca fueron ya como antes. Algo se había roto, la opinión pública cambiaba y se imponía una *realpolitik* regional que no favorece necesariamente los intereses polisarios, como todavía parecen creer. Siempre que me encontraba con ellos me entraba cierta desazón al medir la distancia que separaba sus ambiciones del mundo de las realidades.

Nuestra posición de fondo sobre el Sahara es que allí existe un conflicto que debe resolverse por acuerdo de las partes dentro del marco onusiano, y para ello sigue trabajando incansable nuestra diplomacia, pero con poca ayuda, justo es reconocerlo, tanto de tirios como de troyanos. Ese conflicto es producto del ansia de un justificado reconocimiento identitario por parte de los saharauis y también resultado de la pugna estratégica por la hegemonía regional en el Magreb entre marroquíes y argelinos. De forma que estamos ante dos problemas superpuestos; es preciso intentar resolverlos ambos para que las cosas vayan hacia delante, mas, hoy por hoy, tanto Argelia como Marruecos parece que prefieren continuar arrastrando la situación actual que impide la normalización regional, tan necesaria, la apertura de fronteras entre Argelia y Marruecos, que la Unión del Magreb Árabe pueda funcionar y que, en definitiva, el Magreb se convierta en el interlocutor que la Unión Europea desearía tener al sur de Gibraltar. Eso es lo grave, sin pretender en ningún momento minusvalorar la enorme tragedia que supone para tantas familias separadas, que sufren la represión de Rabat o que malviven en durísimas condiciones en Tinduf. Por eso estoy satisfecho de haber logrado que el Gobierno accediera a mi petición, que tuvo mucho de cabezonería personal, de conseguir 5.000 millones de pesetas para pagar las pensiones de los saharahuis que, habiendo optado por el Frente Polisario, habían servido antes en el Ejército y en la Administración españolas durante la época colonial, algo que ya percibían los saharauis que se habían quedado en el territorio ocupado por Marruecos. La negociación con Elena Salgado, entonces directora general del Tesoro, fue grata pero no resultó fácil (los directores generales del

Tesoro rara vez contestan las llamadas de otros directores generales), y eso me hace apreciar más lo que conseguí, pues era de pura justicia.

Con el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero se produjo un acercamiento de posiciones sobre el Sahara entre España y Marruecos gracias a la influencia que ejerció su ministro de Exteriores, Moratinos, un diplomático de carrera que conoce muy bien Marruecos, Argelia y el Frente Polisario, y lo que es más importante, le gusta ese mundo. Y con él, la política española, sin abandonar los principios, se fue acercando a las tesis marroquíes más próximas a la autonomía que a la independencia porque, con la extensión de estados fallidos por una zona estratégicamente tan sensible como el Sahel (Níger, Mali...), a nadie —Estados Unidos, Francia, España— le interesa un pequeño Estado saharauí frente a Canarias que sería necesariamente pobre, débil e imprevisible. Por otra parte, el mantenimiento en Tinduf de un régimen de partido único y corrupto es algo que cada vez se lleva menos por el mundo y que no favorece a la causa saharauí.

## EQUILIBRIOS MAGREBÍES

En mi dirección general los problemas venían del Magreb, del papeleo de Medio Oriente y del exotismo de los países al sur del Sahara, con las excepciones de las inversiones, los misioneros o pesqueros que se metían en dificultades. Y gran parte de mi tiempo se la llevaba Marruecos, como es lógico. Cuando me reunía con rusos y americanos en los habituales contactos entre colegas, éstos me escuchaban con cortesía mientras hablaba del problema palestino, pero sacaban papel y lápiz para tomar notas cuando abordaba temas de África del Norte, e igual pasaba con los colegas comunitarios, que yo creo que cuando nosotros entramos en la Comunidad Económica Europea estaban hartos de que los franceses pontificaran sobre esta región que consideran su patio trasero.

Marruecos y Argelia acostumbraban a exigirnos un comportamiento de exacto equilibrio respecto de ambos. Eso no funcionaba, y desde el principio traté de poner en pie una política global con mayor libertad de acción, que respetase una cierta armonía y encapsulase los asuntos más conflictivos para permitir el progreso de las relaciones, favoreciendo la construcción de un «colchón de intereses» compartidos que hiciera que las crisis y los malos humores supusiesen cada vez un coste más alto. Para ello tuve luz verde de Fernández Ordóñez y el apoyo de Curro Moratinos cuando era mi subdirector general. Pasados los años, creo que esta política ha sido un éxito, aunque nunca resultara fácil porque tampoco lo son nuestras relaciones con nuestros vecinos norteafricanos.

## EL INCIDENTE DE REY HASÁN CON UN BAILAOR

En 1989 el rey Hasán II hizo una visita oficial a España que se complicó por culpa de esa relación tan pasional y poco racional que nos caracteriza. En vez de estar tres días, que es lo normal, su visita estuvo precedida y seguida de otros días de estancia privada, y además la propia programación del viaje fue difícil, con cambios constantes hasta el último minuto, muy a la

marroquí. Comenzó por Andalucía, donde los servicios de prensa marroquíes, que dirigía Ahmed Alaoui, primo del Rey, no tuvieron la sensibilidad necesaria para dar información de forma permanente a unos medios hambrientos de noticias y entre los que hay periodistas poco escrupulosos que nunca dejarían que la verdad les estropeará una buena crónica. El Rey llegaba por sistema tarde a todas sus citas, y por ahí empezaron las bromas de que se había traído un reloj de arena de Rabat. A continuación se difundió la invención de un pretendido encandilamiento con el bailar Quino Ruiz Postigo, que actuó para él en el hotel Alfonso XIII y a quien en agradecimiento entregó una flor. Fue una invención estúpida, sin ningún fundamento, además de ser de pésimo gusto, pero algunos medios la recogieron con alborozo porque nuestro país es así de chabacano. Tras una cena de gala en palacio, con más gente de lo habitual, y un almuerzo en la Moncloa que comenzó con dos horas de retraso por culpa del monarca marroquí, siempre impuntual, tuvo lugar una espectacular cena ofrecida por Hasán en su residencia oficial del palacio del Pardo donde «no faltaba nadie» y en la que se sirvieron sesenta corderos traídos en avión desde Marruecos y asados en los jardines del palacio. Cuando fui embajador en Marruecos, años más tarde, estuve en otra cena en la que 150 camareros sirvieron al mismo tiempo 150 *mechúis* en 150 mesas de diez personas cada una. Los camareros entraron en aquella gigantesca jaima desfilando de dos en dos y llevando en vilo 150 bandejas de plata. Parecía algo sacado de *Las mil y una noches* o una película de Walt Disney. Sólo faltaban elefantes tocando las trompas. En aquella cena presencié cómo se acordaba en mi misma mesa, por los familiares de ambos, una boda entre dos personas que no se conocían. La boda se celebró unos meses más tarde en Fez, y a ella fuimos invitados mi mujer y yo como testigos del compromiso. Vivir para ver.

Durante la estancia del rey Hasán se firmaron tres acuerdos, y desde ese punto de vista cumplió a la perfección con el objetivo de reforzar nuestra relación. Al terminar la visita oficial, Hasán decidió prolongar su viaje en España unos días más con carácter privado y se instaló en el hotel Ritz, donde una de sus hijas compró una revista en la que aparecía lo del bailar y se la enseñó a su padre entre sollozos. El Rey se molestó mucho y se quejó formalmente ante Fernández Ordóñez cuando éste fue a despedirle en el aeropuerto de Barajas. Yo estaba delante y la escena resultó bastante violenta. Hasán le dijo que no podía comprender que los medios no tuvieran la cortesía de respetar su vida privada y que él en persona no iba a tomar ninguna medida, pero que «ponía su honor» en manos de España, que era su anfitriona, lo que obligó a la ministra-portavoz, Rosa Conde, a hacer una declaración oficial en la que sostenía que el Gobierno respetaba la libertad de prensa, pero que lamentaba ciertos comentarios sobre la vida privada de nuestro huésped, vecino y amigo. O algo muy parecido.

#### RECIBIDOS CON FLORES Y CALLES ALFOMBRADAS

Dos años más tarde viviríamos uno de los momentos más dulces de nuestra apasionada y atormentada relación bilateral, siempre en dientes de sierra, cuando se firmó el Tratado de Amistad, Cooperación y Buena Vecindad entre España y Marruecos que Curro Moratinos y yo habíamos estado redactando y negociando unos meses antes, en una de las operaciones

diplomáticas más relajadas de mi carrera, pues habíamos trabajado mucho el texto antes de viajar a Rabat, de manera que cuando llegamos lo teníamos ya todo bien pensado, y luego cada mañana, al reunirnos, le decíamos a la delegación marroquí que dirigía Jalil Haddaoui: «Proponemos esta redacción para el artículo primero». Ellos cogían el texto y nos respondían: «Tenemos que consultarlo», y mientras ellos lo consultaban nosotros nos íbamos a la piscina del hotel. Por la tarde se repetía la situación con el artículo segundo, y así de forma sucesiva. Al que madruga Dios le ayuda, y el que da primero, da dos veces. Pude hacerlo porque Fernández Ordóñez se fiaba de mí y me había dado carta blanca con tal de que volviéramos a Madrid con un buen acuerdo.

Felipe González firmó con solemnidad el Tratado en Rabat el 4 de julio de 1991, en presencia del rey Juan Carlos. Las multitudes llevadas al efecto llenaron de banderas todo el trayecto desde el aeropuerto hasta el Palacio Real, y la comitiva de automóviles pasó por calles cubiertas de alfombras mientras jovencitas vestidas con preciosos caftanes arrojaban pétalos de rosa a nuestro paso. Increíble. En una distendida charla, el rey Hasán comentó que había dispuesto que sus hijos aprendiesen la lengua española porque quería dejarlos bien preparados para que pronto pudieran sucederle, y don Juan Carlos, de humor siempre rápido, le respondió riendo que no creía que eso fuera con él porque no tenía ninguna intención de abdicar (lo que cumplió al menos hasta 2014). En el almuerzo posterior que se celebró en los jardines del palacio me tocó sentarme a la misma mesa que el coronel mayor Kadiri, que luego sería jefe de la DGSE, el servicio marroquí de inteligencia exterior, y, en consecuencia, uno de los hombres más poderosos del reino. Con él mantuve una larga e intensa discusión sobre el Sahara que fue muy clarificadora para los dos, pues no es fácil encontrar un marroquí que quiera tratar abiertamente el asunto con un español; años más tarde, cuando yo estaba al frente de la embajada en Rabat, tendríamos ocasión de recordar aquella conversación que inició una magnífica relación personal que me resultó muy útil y que me haría vivir un momento surrealista durante mi despedida del rey Mohamed VI, tras cesar como embajador. Lo cuento más adelante.

## DIRECTOR POLÍTICO

Cuando Solana sucedió a Fernández Ordóñez al frente del palacio de Santa Cruz, se mostró dispuesto a cumplir la promesa del segundo de nombrarme embajador en Marruecos, pero al mismo tiempo me ofreció la dirección general de Asuntos Políticos, de nueva creación, una especie de *primus inter pares* entre las demás direcciones generales, encargada de asegurar la necesaria coordinación entre nuestra política y la balbuciente PESC (Política Exterior y de Seguridad Común) de la Unión Europea. Opté por este último cargo que me proporcionaba la posibilidad de cambiar de aires después de tratar durante once años asuntos árabes para trabajar por una mayor integración europea, algo en lo que siempre he creído. Cada diez días me reunía en Bruselas con mis otros once colegas en el Comité Político (COPO) y juntos, por consenso, definíamos líneas políticas y preparábamos los Consejos de ministros y los Consejos Europeos en el ámbito de la política exterior. En esta época, me cayó encima la ampliación de la Unión Europea a quince miembros, la implosión de Yugoslavia y la reunión de Dayton sobre Bosnia-



Herzegovina. Me ayudaba en estas tareas José Eugenio Salarich, que era el corresponsal europeo y con quien formé una estupenda pareja. Juntos recorrimos (casi siempre en sentido literal, a la carrera) la mitad de los aeropuertos del mundo. Cuando a Solana le sucedió Matutes, éste me pidió que me quedara un año más con él en las mismas funciones, y mantuvo el compromiso de sus predecesores de nombrarme luego embajador en Marruecos. Accedí y él cumplió su parte en 1997.

## REFLEXIÓN SOBRE MARRUECOS

### EMBAJADOR EN RABAT

Años atrás, Felipe González me había comentado que, en su opinión, nuestra embajada más importante era Washington, pero la más sensible era Rabat. Constituye una observación inteligente, como todas las tuyas, y cuya veracidad he podido comprobar tras haber sido embajador en ambas capitales. Ser embajador en Marruecos resulta muy complicado, pero a la vez una experiencia profesional fascinante. Por un lado, uno tiene conciencia de ser una «gran potencia», pues son tres (Estados Unidos, Francia y España) las embajadas que allí cuentan de verdad, y eso es muy gratificante, y por otro lado, se tocan a diario temas candentes sobre política y economía, soberanía, tráfico ilegal, inversiones, delimitación de aguas..., y cualquiera de ellos te puede explotar en la cara en el momento menos pensado, cosa que siempre acaba ocurriendo. A cambio, sabes que en Madrid leen con atención tus informes (no sucede con los de todos los embajadores) y actúas sin las habituales interferencias políticas a las que están sometidos hoy los colegas en las capitales de los países miembros de la Unión Europea. En Rabat, el embajador tiene la sensación real de que la relación bilateral pasa en muy alto porcentaje por sus manos.

### TAN CERCA Y TAN LEJOS

Cada vez que cruzo el estrecho de Gibraltar me sorprende que tan angosta vía de agua separe o una, según el momento, a dos mundos tan diferentes y, sin embargo, tan ligados a lo largo de la historia. Que el Estrecho ha sido un foso que distancia es evidente. Juan Luis Arsuaga ha recordado el drama de los últimos neandertales, aprisionados en Gibraltar entre el creciente éxito genético de los cromañón y las infranqueables, para ellos, aguas del Estrecho. Igual de infranqueable que todavía lo es hoy para muchas personas que, a bordo de frágiles embarcaciones, buscan un mundo que imaginan mejor y en pos del cual han dejado sus escasos ahorros en manos de desaprensivos traficantes. Produce sonrojo ver esas masas que tratan, con desesperación, de saltar las verjas que protegen Ceuta y Melilla, como si el satisfecho Primer Mundo se defendiera del asalto de los miserables de la tierra. Me recuerda el *Libro rojo de Mao* que leíamos de

jóvenes.

Y, sin embargo, no siempre el Estrecho ha separado: desde la actual Túnez, los cartagineses controlaban tanto el África del Norte como buena parte de Iberia, y lo mismo hicieron los romanos, para quienes las Columnas de Hércules constituían la línea divisoria no entre un norte y un sur, que dominaban por igual, sino entre el mundo conocido del este y los misteriosos espacios del oeste, donde el sol se sumergía en las negras aguas de un océano sin fin. Los pueblos germánicos extendieron también su dominio a África, donde se instalaron los vándalos tras una fulgurante galopada histórica, y cuando Oqba llegó con el islam triunfante al Magreb se encontró con que Ceuta estaba en manos de un conde visigodo que facilitó el paso del Estrecho a las huestes de Muza y de Tarik. Tampoco este brazo de mar disuadió a esos deslumbrantes relámpagos que fueron almorávides y almohades, esos que Sánchez-Albornoz llamó «langostas del desierto». Ambas dinastías bereberes rigieron con mano de hierro las dos riberas a un tiempo, mientras perdían de forma progresiva terreno ante el lento pero imparable avance de la Reconquista, que culminó con el éxodo hacia el norte de África de innumerables españoles islamizados. Fue sólo entonces cuando el Estrecho, que hasta entonces había unido realidades políticas homogéneas, se convirtió en muro de separación entre dos mundos enfrentados, mientras portugueses y españoles establecían una cadena de fortalezas a lo largo de puntos estratégicos de la costa norteafricana, desde Trípoli hasta Mazagán (Esauira), como paso previo al colonialismo descarnado de finales del siglo XIX.

Pero estos contactos tan intensos no han dado lugar a relaciones fáciles entre España y Marruecos. En primer lugar, porque el estrecho de Gibraltar separa o une, si así se prefiere, dos realidades distintas: cristiana al norte, heredera de la filosofía griega y del derecho romano, y musulmana al sur, sucesora a su vez de las ricas tradiciones culturales de raíz árabe y bereber, y esta diferencia da lugar a dos mundos tan ricos como distintos. Mientras el islam es una forma total de vida que no disgrega lo que es de Dios y lo que es del César porque todo es de Dios, en el norte hemos vivido el Renacimiento, que colocó al hombre en el centro de la creación aislando lo secular de lo religioso, y la Ilustración, que puso la duda en el meollo del progreso racional. Esta incompreensión generó rechazo y temor cuando islamistas radicales sembraron de dolor y de muerte la Casa de España de Casablanca en 2003 o atentaron de forma salvaje e indiscriminada en la trágica madrugada del 11-M madrileño un año más tarde, aunque es de justicia destacar que el pueblo español no reaccionó de forma xenófoba tras estos terribles atentados terroristas y que la convivencia con la inmigración musulmana no se ha visto afectada por estos acontecimientos, como tampoco han aparecido en España movimientos xenófobos al estilo de los que la crisis económica desatada en 2008 ha propiciado en muchos países de Europa en contra de los que son simplemente diferentes. Yo mismo tengo muchas dudas sobre el multiculturalismo porque veo que ha fracasado en todos los sitios y pienso, antes bien, que es el inmigrante quien debe realizar un esfuerzo por adaptarse a la realidad política, social y cultural del mundo al que ha llegado. Se trata de un asunto que preocupa a musulmanes y a europeos por igual y sobre el que trabajan gentes que suelen suscitar discusión como Tarik Ramadan, que cree que podría emerger un islam europeo como consecuencia de esta convivencia. En mi opinión, es un ejercicio con límites.

Nuestras relaciones son complicadas también porque el estrecho de Gibraltar constituye una

frontera entre el Primer y el Tercer Mundo, una frontera distinta de las otras que tiene España (un ministro austriaco me dijo en cierta ocasión: «Qué suerte. Ustedes sólo tienen tres vecinos. ¡Nosotros tenemos ocho!»). Con la excepción de las dos Coreas, no hay en el mundo dos países vecinos entre los que se dé tanta diferencia de renta, pues no es tan grande la que separa a Estados Unidos de México. Este dato explica las pulsiones migratorias de sur a norte, que han estudiado a fondo Bichara Khader y Bernabé López García. Los emigrantes que llegan a nuestras costas tras jugarse la vida en frágiles pateras condicionan en cierta manera la imagen que de Marruecos se hace el español medio, desconocedor de su rica tradición cultural, como una reacción que me hace pensar en cómo los argentinos o uruguayos del siglo pasado veían a los españoles (los gallegos) que, muertos de hambre o huyendo de la represión política, se establecían en su país. No eran pocos los que en Madrid me miraban con cierta conmiseración cuando se enteraban de que era embajador en Rabat. ¡Qué ignorancia! Siempre traté de controlar la emigración favoreciendo los contratos estables de temporada como mecanismo que permitiera al emigrante ganar dinero y revertir esa ganancia al sur del Estrecho, con la seguridad de que podría regresar al norte al año siguiente.

Un tercer elemento que obstaculiza nuestras relaciones son los prejuicios, muy importantes en la configuración del imaginario recíproco. Dicen que Einstein afirmaba que es más fácil desintegrar un átomo que erradicar un prejuicio, y aunque hay esfuerzos meritorios en este sentido es mucho lo que aún queda por hacer, por ejemplo en relación con los libros de texto, que, como ha señalado García Morente, con la Reconquista han contrapuesto al cristiano como algo propio frente a la alteridad del moro, presentado siempre como el otro, lo ajeno, cuando eran tan españoles los unos como los otros. Mohamed Chakor ha estudiado el tema, y sobre este asunto Eloy Martín Corrales ha escrito *La imagen del magrebí en España*, que analiza el fenómeno entre los siglos XVI y XX y del que son buen ejemplo las más de cuatrocientas fiestas de moros y cristianos que se celebran en nuestra geografía desde épocas muy remotas, pues comenzaron en Lleida en 1150, siendo hoy las de Alcoy las más conocidas. Mi generación se ha criado entre los tebeos de *El Guerrero del Antifaz*, de Manuel Gago, y *El Capitán Trueno*, de Mora y Ambrós, que se dedicaban con entusiasmo a combatir a «la morisma». Sobran en ellos los clichés y el racismo más descarnado. Sin embargo, ya es hora de acabar con tanta patraña y de tratar de conocer mejor a nuestro vecino del sur, porque ello nos ayudará a conocernos a nosotros mismos y eso nos hará más ricos y más tolerantes. Y eso sin caer en la cursilería de pretender cambiar el rumbo de la historia pues, como ha demostrado Stephen Hawking, el tiempo sólo se mueve en una dirección y no tiene sentido «devolver» al islam la mezquita de Córdoba o el conjunto de al-Ándalus como pretenden los salafistas radicales.

## DESCONFIANZA RECÍPROCA

También hay elementos psicológicos importantes que dificultan una relación normal entre españoles y marroquíes y que tienen que ver tanto con cuestiones heredadas como con otras del más rabioso presente: En España existe la difusa sensación de que Marruecos es una fuente de

riesgos potenciales para nuestra paz y tranquilidad, una impresión que puede haberse originado durante la Reconquista y con los piratas berberiscos, para verse luego favorecida por hechos de gran impacto popular como la toma de Tetuán, descrita en *Relato de un testigo de la Guerra de África*, de Pedro Antonio de Alarcón, que tuvo enorme difusión a finales del siglo XIX; la Semana Trágica de Barcelona; la guerra del Rif con las carnicerías del Barranco del Lobo, Annual y Monte Arruit; la represión por parte de soldados marroquíes de la sublevación de Asturias y su posterior participación en la Guerra Civil; la Guardia Mora que rodeaba al Caudillo; la Marcha Verde; los problemas pesqueros y el mismo incidente de Perejil. Todos ellos han contribuido a crear esta percepción de que los marroquíes no son de fiar y de que de Marruecos nos pueden venir, y de hecho nos vienen, problemas. En sentido contrario, los marroquíes podrían traer a colación argumentos similares para justificar su desconfianza hacia España: ataques a sus costas desde el siglo XVI, ocupaciones territoriales, régimen de Protectorado, bombardeos en el Rif, obstáculos a su integridad territorial en el norte y en el sur..., pero quizá hay hoy dos elementos que superan a los otros: el primero es el desarrollo económico español, algo que según mi experiencia crea un auténtico complejo en el marroquí, que ve convertidos en nuevos ricos a aquellos a los que ha conocido, hace muy pocos años, en una situación parecida a la propia; basta leer a Mohamed Chukri y ver cómo presenta a los españoles de Tánger (en la época dorada de Paul Bowles) en su desgarrador *El pan a secas*. ¿Por qué ellos y no nosotros?, parecen preguntarse, para responderse, acto seguido, que el mérito no es español, sino de la generosa ayuda de Europa, y explicar así la diferencia de riqueza entre ambos países. Hoy esta percepción ha cambiado: el exministro de Asuntos Exteriores de Marruecos, Mohamed Benaissa, me comentaba no hace mucho que la crisis económica de 2008 ha comportado que los marroquíes nos vean de otra manera, más próximos, más vulnerables, menos nuevos ricos.

El otro elemento distorsionador desde la perspectiva marroquí está relacionado con la impresión, simplista pero muy extendida al sur del Estrecho, de que España no quiere que Marruecos levante cabeza, que preferimos verle con problemas en el Sahara para que no nos complique la vida en Ceuta y Melilla, y que por eso le exigimos en pesca lo que Rabat no desea o no puede conceder, hasta llegar a la humillación pública de Perejil. Sé que esto es rotundamente falso porque lo he vivido en persona tanto como embajador en Marruecos como cuando estuve al frente del CNI, pues lo que a España de verdad le interesa es compartir su frontera sur con un país desarrollado en el aspecto económico, socialmente pacífico y estable y democrático en lo político. Un buen vecino, en definitiva. Sin desarrollo económico no puede haber ni paz ni justicia, y es difícil que la democracia se asiente sin ellas. Por la misma razón, España desea que se encuentre una solución para el conflicto del Sahara y eliminar así un factor de posible desestabilización regional, permitiendo una integración económica que es necesaria para que el Magreb pueda extraer el máximo potencial de sus riquezas y convertirse en un interlocutor adecuado para el proceso de confluencia que vive el continente europeo.

CÓMO NOS VEN LOS MARROQUÍES

Todos estos elementos entorpecen la relación bilateral hispano-marroquí y se traducen en contradicciones —o en lo que desde Rabat se perciben como tales— en el momento de definir una política hacia nuestro vecino del sur. Citaré, además, las siguientes cuestiones, vistas desde la óptica de Marruecos, porque también es útil y justo conocer y analizar el problema desde su perspectiva:

- España afirma desear como prioridad de su política exterior un Marruecos fuerte y estable, pero al mismo tiempo le impide completar su integridad territorial tanto en el norte como en el sur: en Ceuta, Melilla y los peñones de Alhucemas y Vélez de la Gomera, y también en el Sahara. España debería reflexionar sobre los Peñones: fueron útiles para evitar que en esas bahías se instalaran bases otomanas en el siglo XVI, pero ¿qué utilidad tienen hoy para España?
- España afirma querer convertirse en la defensora de Marruecos ante las instancias comunitarias, pero luego es su principal competidora en agricultura y quien más trabas pone a la venta de naranjas o tomates marroquíes en Europa. En el ámbito comercial, es a la vez puerta y barrera de Europa.
- España afirma desear una relación privilegiada entre Marruecos y la Unión Europea y apoya la libre circulación de capitales, servicios y mercancías, pero la lógica de la geografía le fuerza a ser, al mismo tiempo, la celosa guardiana del Estrecho, controlando los flujos humanos por medio de un estricto sistema de visados (que muchos marroquíes perciben como una afrenta personal) y de un complejo mecanismo de vigilancia costera.
- España dice desear la amistad de su vecino del sur, pero no duda en humillarle públicamente, como hizo en Perejil, y como explico más adelante.
- España pretende que el desarrollo económico de Marruecos es una prioridad pero luego sólo destina a Marruecos una parte ínfima de su inversión exterior, cuando lo lógico sería crear riqueza, dar trabajo a potenciales emigrantes y, eventualmente y dicho con crudeza, controlar aquellos sectores en los que su competencia haga daño a España. Y eso a pesar de que España se ha convertido en el principal socio comercial de Marruecos, lo que pone nerviosos a los franceses y explica algunas actitudes suyas que de otra forma no serían comprensibles en negociaciones de pesca o durante la crisis de Perejil.
- España no presta atención a Marruecos. Los marroquíes creen que España les ignora de manera habitual y sistemática en sus medios de comunicación, que rara vez ofrecen noticias positivas sobre cuanto allí acontece. Nuestra escuela no forma a nuestros hijos en el conocimiento y el orgullo de un pasado compartido; ellos no saben quién fue al-Motamid y no leen *El collar de la paloma*. Lo mismo ocurre con la universidad y con la falta de instituciones dedicadas al estudio del islam y de la lengua árabe, aunque algo se ha enmendado con la creación en Madrid y en Córdoba de la Casa Árabe y el Instituto de Estudios Islámicos.

Desde esta perspectiva tan sensible, la crisis de Perejil, provocada por la ocupación por parte de Marruecos de un pequeño islote situado en los alrededores de Ceuta, tuvo desastrosos efectos en las relaciones bilaterales. Esta isla no se había retrotraído a Marruecos al final del Protectorado en 1956 y, como consecuencia, allí se mantuvo una guarnición española hasta 1964. Pero su estatus es ambiguo, pues tampoco está recogida dentro de los límites de Ceuta que recoge su Estatuto de Autonomía. Desde entonces está deshabitada, y tan sólo algunas cabras y submarinistas la frecuentan. Su valor es nulo tanto para españoles como para marroquíes. Sin desvelar nada que no pueda contar, mi opinión personal es que la provocación marroquí fue muy poco meditada (a veces me parece mentira que nuestros vecinos nos conozcan tan poco) y se tomó a espaldas de las Fuerzas Armadas Reales y del propio Gobierno, como reconoció en público el ministro El Yazghi cuando interrogó a su soberano en un tenso Consejo de Ministros. Parece que la decisión la tomó el rey Mohamed VI con un reducido grupo de colaboradores reunidos en su residencia de M'diq, cercana a Ceuta, tras una visita de una fragata al Peñón de Alhucemas, lo que consideraron un desafío que exigía una respuesta. El ministro de Exteriores marroquí, Mohamed Benaissa, dijo años más tarde que había que situar este problema en el contexto de la mala relación que se creó cuando, el 18 de agosto de 1999, se vieron por vez primera Mohamed VI y Aznar y el monarca marroquí lo acusó de «soberbia y de un discurso y trato arrogante». Como embajador en Marruecos fui testigo de ese encuentro y, en efecto, resultó un desastre, aunque fue peor otro que tuvo antes con Hasán II. En mi opinión, Aznar confunde la firmeza con la falta de cintura y, en todo caso, resulta obvio que Aznar y Mohamed VI nunca se entendieron. Y digo que creo que la decisión de ocupar Perejil salió del Rey porque tampoco el servicio de inteligencia marroquí estaba alertado de lo que iba a ocurrir, como constaté yo con su director la misma mañana en que la Guardia Civil descubrió una bandera marroquí ondeando sobre el islote. Tampoco habían sido informados ni el Gobierno de Marruecos ni las Fuerzas Armadas Reales. Así se hacen allí las cosas. La operación fue llevada a cabo por un reducidísimo grupo de *mojazniq* (gendarmes) en unas pequeñas lanchas de navegación costera. Ese hecho comporta que no hubiera movimientos de fuerzas o comunicaciones de radio que pudiesen alertarnos y explica la dificultad de saber cuántos eran, quiénes eran y con qué armamento contaban. La sorpresa fue total y no nos dejó otra opción que la de actuar como lo hicimos después de tratar de evitar una acción militar hasta el último momento. Y repito lo de hasta el último momento. Creo con sinceridad que, si no hubiéramos reaccionado, habríamos enviado a nuestros amigos marroquíes una señal de indiferencia que les hubiera inducido a equivocarse de forma más grave y con consecuencias potencialmente mucho más serias en un futuro próximo. De manera que hubo que mojarse de la forma conocida. El Grupo de Operaciones Especiales con base en Murcia realizó un trabajo muy profesional en el que la posibilidad de fracaso «no estaba contemplada», como le dijo a Aznar el general al mando de la fuerza, mientras otros vecinos norteafricanos tomaban buena nota de que había aparecido en el estrecho de Gibraltar otro país con capacidad y voluntad de proyectarse fuera de sus fronteras en defensa de sus intereses, si era necesario. Por pequeño e insignificante que fuera el islote de Perejil, que lo es, lo que ocurrió aquel 17 de julio de 2002 introdujo un nuevo elemento estratégico con el que a partir de ese momento hubo que contar en la región.

Francia perdió en esos días una magnífica oportunidad de portarse bien con nosotros, que éramos, en definitiva, los agredidos. En mi opinión, eso tuvo repercusiones importantes porque aumentó la desconfianza de Aznar hacia Chirac, siempre paternalista y displicente con España y no dispuesto a tratarnos de igual a igual y a otorgarnos el estatuto del «país mayor» en que nos hemos convertido. Y eso Aznar no se lo perdonó nunca. Tony Blair, que es listo como un rayo y se dio cuenta, avisó en seguida a Bush, y ambos le tendieron la mano. Si Francia nos cerraba el paso hacia el corazón de Europa, iríamos de la mano de los ingleses en una alianza de periféricos, por poco realista que eso me parezca a mí. Esto es algo que no se explica sin la actitud de Chirac y que comportó serias consecuencias un año más tarde, con la famosa foto de las Azores y la división de los europeos en dos campos antagónicos con respecto de la guerra de Iraq. Cuando intervinimos en Perejil, París protestó ante los daneses, que ostentaban la presidencia rotatoria de la Unión Europea, por una declaración comunitaria de apoyo a España en la que se pedía la retirada marroquí, y luego impidió una segunda manifestación de solidaridad europea, mientras aconsejaba con insufrible tono paternalista y equidistante a españoles y marroquíes que no nos portásemos como niños revoltosos y que dejáramos de hacer bobadas en una zona tan sensible. A su vez, la reacción de Francia no me parece explicable si no es en un contexto que me atrevería a llamar de celos al ver que España se atrevía a levantar la voz en una región que ellos consideran su zona de influencia o, como dicen, «*leur terrain de chasse gardé*» (su coto de caza), que queda más cursi, y que les estaba desplazando como primer socio comercial de Marruecos. Así de claro. No hay que olvidar que el Magreb es tradicionalmente una zona donde Francia sigue teniendo una presencia cultural predominante, aunque económicamente estancada y algo menguante ante la mayor agresividad que están mostrando en los últimos años las empresas e inversiones españolas.

Lo demás de Perejil es ya sabido, incluidas las veinte mil llamadas de una voluntariosa y recién nombrada Ana Palacio que traían loco a un Colin Powell que no entendía de qué le hablaban ni sabía dónde estaba ese maldito islote. La operación militar («al alba, y con fuerte Levante», como dijo un poético Trillo) fue impecable en su concepción y ejecución; nadie durmió, y yo la seguí desde una sala dispuesta al efecto en el Ministerio de Defensa, desde donde se veían los helicópteros como pequeños puntos rojos que se aproximaban al objetivo. Aquella noche percibí de cerca la enorme soledad del poder en el momento de tomar decisiones difíciles, pues sabía que si salía mal podría caer el Gobierno, ya que ninguna simpatía cabía esperar de la oposición socialista en este asunto. En mi modesta opinión se equivocaban. Pero si bien no debo contar más detalles de las discusiones que precedieron a la decisión, quizá sí quepa referir, dada la confusión que parece haber al respecto y que puede no ser fortuita, que, una vez desalojados los pocos marroquíes que había en la isla, nos encontramos con el contrasentido de que la habíamos ocupado para regresar al *statu quo ante*, esto es, que no hubiera banderas en la isla, y en lugar de ello ahora era la nuestra la que ondeaba en el Peñón. Como Rabat se negaba a hablar con nosotros, nos enfrentábamos a la disyuntiva de retirarnos sin ninguna garantía de que Marruecos no la volvería a ocupar —lo cual no era aceptable tras los riesgos asumidos— o permanecer en ella, vulnerando el estatuto que habíamos pretendido restaurar con nuestra acción militar. Las dos soluciones eran malas porque, si Marruecos regresaba a Perejil, habríamos hecho el ridículo, y si nos quedábamos, acabaríamos con un tercer peñón, puesto que no podríamos mantener a los



legionarios sin una techumbre, una cantina, unas letrinas o, si me apuran, un fútbolín.

De forma que para irnos era preciso lograr antes el compromiso marroquí de que se mantendrían alejados de Perejil, y para eso hubo que pedir la ayuda de los norteamericanos, lo que ofrecía la ventaja adicional de observar que los franceses se ponían de los nervios al ver a los gringos intervenir en lo que consideran su zona de influencia, como ya he dicho antes. Dominique de Villepin, ministro francés de Exteriores, llamaba varias veces al día a Ana Palacio mientras ella perseguía sin piedad al secretario de Estado estadounidense, Colin Powell, como ya he dicho antes. Creo recordar que uno de aquellos días habló ocho veces con él, si no me falla la memoria. El propio Colin ha ironizado sobre ello más tarde, diciendo algo así como que tuvimos al imperio ocupado casi en exclusiva con nuestro pequeño problema durante un par de días, «dos países a punto de ir a la guerra por un islote más pequeño que un campo de fútbol». Los americanos no «mediaron», como a veces decía nuestra prensa, porque no sugirieron propuestas de solución, sino que se limitaron a sus buenos oficios como honestos correveidiles: éste me dice esto, el otro contesta esto, y así hasta lograr un entendimiento que luego, eso sí, pusieron por escrito reflejando el acuerdo de españoles y marroquíes, que garantizaron con su respaldo. Ése fue un gran favor, porque de otra forma Perejil se hubiera convertido en una trampa para nosotros de difícil solución.

Con la perspectiva que da el tiempo y con el cariño que tengo a Marruecos, país donde conservo muy buenos amigos y en el que he pasado unos años muy intensos y felices, debo decir que creo que en esta crisis hicimos lo que teníamos que hacer, incluso, si me apuran, lo que una impremeditada acción marroquí nos obligó a hacer en contra de nuestra voluntad y para evitar males mayores en el futuro. También es cierto que la situación produjo una fuerte crisis en nuestras relaciones con Rabat y que el rey Mohamed VI se quedó muy dolido y un tanto corrido, pues las críticas a su persona fueron muy fuertes en su país, donde el monarca aún es sagrado y donde se afirmaban cosas como que su abuelo Mohamed V logró la independencia, su padre Hasán II reintegró el Sahara en la madre patria y Mohamed VI se había ido de boda y había perdido a Laila (del andaluz, *la-ihla*, la isla), que es como ellos llaman al islote de Perejil.

## RELACIONES EN DIENTES DE SIERRA

Marruecos vive un momento fascinante de su milenaria historia con un Rey joven que trata de conciliar tradición y modernidad y que no ha retrocedido ante cuestiones espinosas como la reforma del Código de la Mujer o la revisión de los llamados años de plomo para reparar algunos de los daños que entonces se hicieron a los derechos humanos; asimismo, el Rey da prioridad a la lucha contra la pobreza, a la alfabetización y al desarrollo de las infraestructuras. Pero Marruecos, que no tiene suficiente capacidad de ahorro interno para crecer, necesita invertir en seguridad jurídica y esforzarse en la dura pugna internacional para captar inversiones creadoras de empleo, al tiempo que continúa progresando en el camino hacia la democracia. El rey Mohamed VI tuvo la habilidad de ver venir la llamada Primavera Árabe y se puso al frente de las reformas precisas (incluidas las constitucionales) para desactivar la mecha de la bomba que se

aproximaba, aprovechando su doble cualidad de sultán *al-Muminin*, Príncipe de los Creyentes y descendiente del Profeta, y a la vez de jefe político con amplias competencias. Esta doble legitimidad le refuerza ante sus súbditos, que pueden discutir sus decisiones políticas pero no las religiosas, y entre tanto ha logrado integrar en el juego al sector más moderado de los islamistas y reprimir a los demás. El Rey sabe que el tiempo no es ilimitado porque el desarrollo económico y social está cambiando a gran velocidad muchas cosas en Marruecos.

Cuando escribo estas líneas, la relación bilateral parece haber entrado en un período de bonanza, que es bienvenido, a la vista de la historia pasional y con frecuencia irracional que presentan nuestras relaciones. Pero los viejos conflictos no han desaparecido: seguimos teniendo serias diferencias de opinión sobre Ceuta y Melilla; sobre cómo solucionar el contencioso del Sahara; sobre cómo garantizar unas inversiones afectadas por problemas de seguridad jurídica y de corrupción; sobre cómo delimitar nuestras aguas tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico; sobre cómo impedir el tráfico de droga por el Estrecho mientras el Rif continúa siendo el gran suministrador de cannabis a toda Europa; sobre cómo controlar con eficacia la inmigración irregular, que tampoco es una cuestión menor para Marruecos, convertido involuntariamente en lugar de paso para quienes desean cruzar el estrecho de Gibraltar... Estos problemas y otros no se han difuminado. Siguen ahí. La novedad es que España y Marruecos han decidido, de forma consciente, «encapsularlos» y evitar que entorpezcan el desarrollo de las relaciones, lo que nos permite a ambos un amplio margen de colaboración en los ámbitos más diversos, y que nos interesan mucho, como pueden ser el control de la inmigración irregular, la lucha contra el terrorismo islamista y la cooperación en favor de la estabilidad en el Sahel. Es imperativo aprovechar esta bonanza para que el entramado de relaciones entre nosotros siga engordando y volviendo cada vez más caras las crisis bilaterales que, como es inevitable, continuarán produciéndose, a veces por sorpresa y sin otro motivo que la conveniencia de la política interna marroquí. No nos hagamos ilusiones, porque nuestra relación presenta desde siempre forma de dientes de sierra, y a períodos de bonanza siguen ineluctablemente otros de crisis. Lo importante no es estar en todo de acuerdo, algo imposible entre dos Estados vecinos con tal intensidad de relaciones; lo importante es que seamos capaces de enfrentar nuestras diferencias en un ambiente constructivo, de respeto mutuo y con voluntad de encontrar terrenos de entendimiento y de acuerdo.

Decía Churchill que cada día se le ocurrían diez ideas, pero sólo una de ellas era buena, y el problema estribaba en saberla distinguir. También hay políticos que hacen predicciones y luego tienen respuestas preparadas para cuando no sucede lo que han anunciado. Y como profetizar no es fácil (y menos aún cuando se refiere al futuro, como decía un jugador americano de baloncesto), seguiré el consejo de aquel sabio funcionario que afirmaba que, cuando se hace prospectiva, es posible adivinar cantidades y dar fechas, pero que nunca se debe cometer el error de darlas juntas. Me conformo con una idea muy sencilla y muy clara: España y Marruecos comparten un espacio geográfico muy pequeño en un mundo cada día más globalizado. Dentro de diez, cien o mil años pasarán muchas cosas, y como consecuencia habrá cambios hoy imprevisibles, como que España y Marruecos dejen de existir. Hay algo, sin embargo, que no se modificará, a menos que suceda un cataclismo de dimensiones telúricas, y es nuestra vecindad

geográfica a ambos lados del Estrecho. Podemos elegir entre afrontar los problemas juntos o hacerlo por separado. Para mí, la respuesta es obvia, y coincido con Hasán II cuando afirmaba que no hay que insultar al futuro porque lo compartiremos. Queramos o no.

## EL FIN DE UNA ANOMALÍA

El primer trabajo importante que me encomendó Fernández Ordóñez fue el de preparar el establecimiento de relaciones diplomáticas con Israel. Me habló de ello el mismo día en que nos conocimos, mientras viajábamos en un avión a Rabat durante su primer viaje oficial al extranjero como ministro de Asuntos Exteriores. Me dijo que Felipe González estaba decidido a acabar con esta anomalía, algo que, por otro lado, también exigían nuestros socios europeos en el contexto de nuestra entrada en la CEE. Por todo ello, Ordóñez quería que Exteriores estuviera listo cuando la Moncloa diera la luz verde, lo que demandaba una considerable preparación diplomática previa por nuestra parte. Acogí con entusiasmo una tarea de la que estaba firmemente convencido por considerar que nos encontrábamos ante un anacronismo que no tenía razón de ser en la España democrática. Así comenzó para mí lo que en el argot de Santa Cruz llamamos el ERDEI (Establecimiento de Relaciones Diplomáticas entre España e Israel).

### AMBIENTE PROPICIO

Hubo algunos intentos anteriores que no llegaron a fructificar con José María de Areilza y José Pedro Pérez-Llorca. Incluso parece que se barajaron fechas tentativas hacia octubre de 1982 con un evidente escaso sentido de la oportunidad porque en diplomacia el *tempo* es esencial, y aquí falló por la invasión israelí del Líbano, con sus trágicas secuelas en Sabra y Chatila y con la expulsión de Beirut de Arafat, que los palestinos lograrían convertir en una epopeya. Hay glosadores de «gloriosas derrotas», como Dominique de Villepin. Y por si fuera poco, ese año desapareció UCD como fuerza política después de haber protagonizado el inicio de un proceso de Transición que maravilló al mundo. Samuel Hadas, un hábil diplomático israelí que en Madrid se ocultaba bajo la acreditación de la OMT (Organización Mundial de Turismo), ha dicho que había más interés por establecer relaciones por parte de España que de Israel, pero la verdad es que fueron los israelíes quienes pusieron a un hombre en España para trabajar por las relaciones y éramos nosotros los que recibíamos fuertes presiones de estadounidenses, de nuestros futuros socios europeos y de múltiples organizaciones de la órbita sionista internacional como AIPAC o el Congreso Mundial Judío.

Julio Feo, secretario general de la Presidencia con Felipe González, me contaba que en el

PSOE había tres sensibilidades diferentes en relación con este asunto: los claramente partidarios de las negociaciones, dirigidos por Fernando y Enrique Múgica; los que también eran partidarios, pero que no se mojaban como Josep Borrell o el propio Feo, y los decididamente contrarios, como Pablo Castellano, Fernando Morán o Emilio Menéndez del Valle. Aun así, entre los socialistas españoles y los laboristas israelíes existía una simpatía y encuentros frecuentes y discretos que no iban más allá porque los interlocutores no tenían capacidad de decisión. Esto cambió con la llegada del PSOE al Gobierno en octubre de 1982, aunque este objetivo no se incluyera entre los de la primera legislatura. Luego supe que Felipe González y Shimon Peres mantenían contactos algo más institucionalizados desde que en diciembre de 1984 se había celebrado en Madrid un congreso del PSOE al que había asistido el diputado laborista israelí Micha Harich.

Fernando Morán podría haber impulsado el proceso, pero no lo hizo porque no estaba a favor. Quería garantías de que no se pondrían en peligro las relaciones con los países árabes y algún gesto de Israel que pudiera presentar como un paso adelante en el proceso de paz de Oriente Medio; todo ello era poco realista y desesperaba a Manolo Sassot, predecesor mío en la dirección general de África y decidido partidario de la normalización. Sassot fracasó, si bien trabajó hasta el último minuto, como muestra un escrito suyo al subsecretario, fechado el 2 de julio de 1985, que comienza con la frase: «Como V. E. no ignora, el Gobierno español podría decidir en un futuro próximo el establecimiento de relaciones diplomáticas con el Estado de Israel», y luego pasaba a realizar una serie de recomendaciones para preparar ese momento. Pero no pudo cumplir su sueño porque fue cesado al día siguiente, el 3 de julio, al mismo tiempo que Fernando Morán.

Cuando Fernández Ordóñez se hizo cargo del ministerio, los israelíes vieron el cielo abierto y volvieron a la carga con renovado ímpetu. El primer ministro Shimon Peres expresó su irritación por la falta de interés que creía percibir en España y amagó con retirar a Hadas de Madrid a principios de 1986 si en seis meses no nos decidíamos. Peres tenía a su favor nuestra entrada en la Comunidad Económica Europea, que por un lado nos presionaba y por otro nos ofrecía una magnífica coartada ante los países árabes para hacer lo que debíamos y queríamos hacer.

## NOS PONEMOS EN MARCHA

Durante el mes de agosto de 1985, apoyándome en parte en los papeles de Manolo Sassot y en otros anteriores de los archivos de Santa Cruz, preparé un primer documento que remití al ministro el 11 de septiembre y donde constaba casi todo lo esencial de la operación diplomática que nos disponíamos a emprender. Incluía un proyecto de la nota oficial de establecimiento de relaciones diplomáticas y una declaración unilateral española en la que se reiteraba cuál era nuestra política sobre el conflicto israelí-palestino como garantía, para los árabes, de que nuestra postura no cambiaría como consecuencia de la decisión que íbamos a tomar. Añadía que lo ideal sería lograr que la parte israelí acusara recibo de nuestra postura para evitar malentendidos posteriores. Este documento, bastante prolijo, continuaba con consideraciones sobre eventuales repercusiones en el mundo árabe, sobre temas de seguridad y acerca de la necesidad de ir

mentalizando a los líderes árabes mediante una estrategia diplomática que delineaba en sus trazos esenciales y que incluía los modelos de cartas que Su Majestad el Rey y el presidente del Gobierno podrían escribir para explicar el alcance y las razones de nuestra determinación. Sugería que se utilizaran todos los contactos posibles, comenzando por la entonces inminente visita del presidente egipcio Mubarak (20 de septiembre) y continuando con los viajes a Nueva York de Felipe González y Fernández Ordóñez para la reunión de la Asamblea General de la ONU, sin descartar que se forzara una visita a España del secretario general de la Liga Árabe.

Un mes más tarde, el 8 de octubre, redacté una segunda nota que en realidad era una mejora de la primera, fruto de las observaciones del propio ministro. Mientras yo iba preparando los documentos, que enviaba a Fernández Ordóñez y a Máximo Cajal, secretario general de Política Exterior, ignoraba por completo los contactos indirectos que Felipe González y Peres mantenían a espaldas de los respectivos Ministerios de Asuntos Exteriores. Esto se debía a razones que tenían que ver con la complicada política interna del país, donde había un Gobierno de coalición, y con que Shimon Peres, laborista, no quería dar entrada en este asunto a Isaac Shamir, líder del partido Likud y ministro de Asuntos Exteriores de su propio Gobierno, y con quien su relación era peor que pésima. Peres quería capitalizar él solo lo que consideraba que podía ser un gran éxito político para Israel que cerraría un largo paréntesis desde la expulsión de los judíos en 1492.

La campaña de preparación se puso en marcha en septiembre en Nueva York, cuando tanto Felipe González como Fernández Ordóñez aprovecharon las entrevistas que tuvieron con sus homólogos árabes para decirles que llegaría un día, no lejano, en el que España e Israel intercambiarían embajadores, y que no queríamos que eso les pillara desprevenidos. Añadieron que eso no era ninguna tragedia, sino la cosa más normal del mundo; por el contrario, a fines del siglo xx resultaba una anomalía que dos países mediterráneos no se reconocieran diplomáticamente, y España no modificaría su apoyo de las justas causas árabes en los foros internacionales. Todo sobre la base de un memorándum que yo les había preparado como obrero disciplinado (que ése fue mi papel en esta operación), donde también se decía que España defendía el principio de universalidad en las relaciones diplomáticas, que éstas se establecían con Estados soberanos y no con Gobiernos, y que por ello nuestra decisión no entraba a valorar o enjuiciar políticas concretas con las que podríamos estar más o menos de acuerdo o en total desacuerdo. De esta manera respondíamos a quienes, como el secretario general de la Liga Árabe, Chadli Klibi, nos reprochaban dar «un cheque en blanco a la política de agresión israelí». Agregábamos que el hecho de mantener relaciones con ambas partes nos ayudaría a favorecer la causa de la paz (como así ocurrió cuando, en 1991, acogimos en Madrid la Conferencia de Paz para Oriente Medio) y que, además, nuestra entrada en la Comunidad Económica Europea también nos exigía ciertos compromisos que no dudábamos que comprenderían. Nuestra argumentación concluía haciéndoles notar que España, como país soberano, ni entendía ni aceptaba que nos exigieran a nosotros lo que no pedían a otros. ¿Por qué no iba a establecer España relaciones con Israel si los franceses y los italianos las tenían? La guinda final la ponía la afirmación tajante de que, en todo caso, España no comprendería que nuestros amigos no asimilaran nuestras razones y que los que no lo hicieran deberían preguntarse si de verdad eran nuestros amigos.

No pude quedarme en Nueva York porque la crisis con el Frente Polisario, que acabo de

contar, me obligó a regresar de manera apresurada a Madrid en el mismo avión que me había llevado, pero Fernández Ordóñez regresó contento de sus entrevistas y me transmitió su impresión de que acabaríamos encontrando comprensión si continuábamos insistiendo en los mismos argumentos en cuantas ocasiones se nos presentaran. Es lo que yo llamaba la teoría de la gota de agua que termina horadando la roca más dura, y poco a poco fuimos percibiendo cómo las objeciones se debilitaban y de una oposición frontal íbamos pasando de forma gradual a peticiones de que buscáramos el momento oportuno para que nuestra decisión no favoreciera a Israel, que tratáramos de obtener de Tel Aviv algo a cambio o que eleváramos el rango de la representación que la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) tenía en España desde 1976, algo que acabamos haciendo unos meses más tarde, en marzo de 1986, aunque sin llegar a otorgarles la inviolabilidad e inmunidad diplomáticas que pedían.

#### NOS PREOCUPA LA SEGURIDAD

En paralelo pusimos en marcha el plan SERDEI (Seguridad para el ERDEI), con un pequeño grupo establecido en la Moncloa que presidía Roberto Dorado, jefe de Gabinete de González, y del que también formaban parte Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, con Rafael Vera y Francisco Álvarez por Interior, dos agentes del CESID y Rafael Pastor y yo mismo por Exteriores. Los trabajos comenzaron sobre la base de mi nota del 11 de septiembre donde analizaba los riesgos a los que podíamos enfrentarnos en los países árabes o en Irán. Un equipo del CESID visitó los países potencialmente más conflictivos e hizo un informe sobre las necesidades de seguridad de nuestras representaciones diplomáticas, consulares, comerciales, oficinas de Iberia, etcétera, que sirvió de referencia para instalar arcos detectores de metales, cámaras de vigilancia, cristales y puertas blindadas y mecanismos para detección de explosivos, de los que hasta entonces carecíamos.

En Teherán, ciudad que nos preocupaba de manera especial por el carácter del régimen de Jomeini, decidimos instalar una radio que garantizara las comunicaciones, pero los iraníes no la autorizaron y entonces optamos por meterla de matute por una frontera de montaña, no sin algún apuro de última hora, pues se trataba de un armatoste enorme. Nuestros hombres regresaron de Irán con la misión cumplida y con algo de caviar para compensar el mal rato que todos habíamos pasado. También determinamos poner a salvo los archivos y los elementos de cifra o encriptación de las embajadas, así como el protocolo notarial de los consulados de aquellas capitales donde los disturbios podían ser mayores o incluso inspirados y dirigidos por las propias autoridades locales. Se enviaron GEO (Grupo Especial de Operaciones) a varios países para proteger a personas y locales, mientras en España se vigilaban con especial atención objetivos vinculados a Israel como las oficinas de El Al y de su representación ante la OMT, así como individuos y viviendas de conocidos miembros de la comunidad judía de nuestro país.

Ambos grupos, ERDEI y SERDEI, elaboraron un plan de acción en el que, aun ignorando cuál sería la decisión del Gobierno sobre la fecha, se fijaba un «día D» y a partir de ahí se determinaba toda una batería de acciones que se deberían ejecutar los días anteriores y siguientes

a esa fecha. Era un plan prolijo y exhaustivo en el que procuramos no dejar nada al azar, y al final funcionó bien y cumplió adecuadamente sus objetivos.

## MADRID ES EL CENTRO DEL MUNDO

Cuando más entusiasmados estábamos, ocurrieron dos graves incidentes que obligaron al Gobierno a dar un parón: el secuestro del barco *Achille Lauro* por el Frente de Liberación de Palestina de Abu Abbas, con el odioso asesinato de Leon Klinghoffer, arrojado por la borda en alta mar, y el bombardeo del cuartel general palestino en Túnez por parte de la Fuerza Aérea israelí. Fernández Ordóñez me ordenó entonces decirle a Hadas que Tel Aviv era ahora la culpable del retraso al que nos veíamos constreñidos contra nuestra voluntad. Luego me contaron que Felipe González pensaba dar el paso en diciembre, pero que este ataque le forzó a retrasar la operación. El día 15 de octubre, Fernández Ordóñez invitó a almorzar en el palacio de Viana a los embajadores árabes acreditados en España para confirmarles que la decisión estaba tomada, pero que se había aplazado por los sucesos recientes en Túnez, y repetirles que España no entendería que sus amigos no la comprendiesen en esta particular coyuntura. Un par de días más tarde, el 20 de octubre, acompañé a Fernández Ordóñez a Túnez, donde remachamos nuestras tesis tanto ante el Gobierno tunecino como ante la Liga Árabe, que todavía tenía allí su sede.

Siempre desconocedor a mi nivel sobre los contactos que existían entre la Moncloa y Shimon Peres, el día 24 de octubre redacté otra nota dirigida al ministro en la que mostraba cierta impaciencia personal y recomendaba adoptar ya una decisión sobre la fecha y establecer contactos secretos con Tel Aviv para «tranquilizar a unos interlocutores israelíes que están nerviosos y especulando sobre las verdaderas intenciones de España». Imagino la sonrisa de Fernández Ordóñez al leerlo, y es que no hay nada como ser joven e ignorante para ser osado, y yo era las tres cosas a la vez. Poco después, González se decidió por una nueva horquilla de fechas que situaba el famoso Día D entre nuestra entrada en la Comunidad Económica Europea y el referéndum sobre la permanencia en la OTAN, esto es, entre enero y marzo de 1986. Felipe González siempre quiso controlar los tiempos, ser él quien decidiera y no dejar que otros interfiriesen en este dossier tan delicado, y Micha Harich me contó un día que, tras regresar de un viaje a España, le comentó a su jefe, Peres, que Felipe González era un tipo raro que parecía albergar la profunda convicción de que «el centro del mundo era Madrid, y no Jerusalén».

Como parte de la campaña, yo viajé en noviembre a la zona del golfo Pérsico, donde el periódico *Khaleej Times*, de Kuwait, afirmaba, el día 21, que el director del Ministerio de Exteriores, Yakub Al-Kindi, me había hecho conocer «la honda preocupación de los Emiratos Árabes Unidos ante la decisión de España de establecer relaciones diplomáticas con Israel». Fue una declaración para consumo interno, pues aunque todos nos decían lo mismo, eran conscientes de que nuestra decisión estaba tomada y se amparaba en razones sólidas, y poco a poco iba calando en sus cabezas. Supongo que debió de llegar un momento en que los árabes estaban hasta la coronilla de nosotros, deseando que dejáramos ya de hablar y que actuáramos de una vez para acabar con la especulación y las presiones que les llegaban de sus propias opiniones públicas allá



donde existían o podían expresarse.

Micha Harich me confesó, años después, que en su opinión el día decisivo fue el 28 de noviembre. Ese día, él vino a España y vio a Feo, a Yáñez-Barnuevo y al propio Felipe González. Según Harich, en esa reunión Felipe decidió impulsar otra vez el proceso, tras el parón impuesto por el ataque a la sede de la OLP del mes anterior. Entonces comenzó la cuenta atrás. Pero eso en Exteriores no lo sabíamos, o al menos yo lo ignoraba. El 15 de diciembre acompañé a sus majestades los Reyes en su viaje de Estado a Omán, un país precioso y cargado de historia que había tenido ocasión de visitar antes acompañando al Príncipe de Asturias. La capital, Mascate, está situada en el reborde de la caldera de un volcán que se ha derrumbado en parte, lo que ha permitido al mar penetrar y formar un pintoresco golfo, donde se mezcla el azul marino intenso con el negro de la piedra volcánica y el refulgir potente de un sol despiadado. En un lado de la bahía hay un fuerte portugués, y su centro está ocupado por el palacio del sultán Qaboos, que destronó a su padre aprovechando que éste se había ido a Londres a jugar a las cartas. Dicen que al padre no le importó demasiado, pues ni siquiera se había molestado en llevar la electricidad a su país y se paseaba en un coche que unos sirvientes arrastraban tirando de sogas por las polvorientas callejas de la capital para no gastar gasolina. No me lo invento, he visto fotos. Tampoco había abierto escuelas para niñas. En ese viaje a Omán, el Rey deseaba explicar al sultán en persona nuestra decisión, al igual que había hecho con otros monarcas árabes y que haría en ese mismo viaje con el rey Huseín durante una escala en Amán. A ambos les pidió comprensión y ayuda para evitar una reacción de la Liga Árabe con un boicot comercial contra España. Creo que sus llamadas y contactos fueron de gran utilidad.

Todos éramos conscientes de que se trataba de un proceso muy delicado que podía descarrilar en cualquier momento, como cuando el día 28 de diciembre se produjo otro atentado terrorista palestino en el aeropuerto romano de Fiumicino que casi le pilló a Julio Feo cuando iba camino de Israel, donde le pidió a Shimon Peres que no tomara represalias para no complicar más las cosas a aquellas alturas. Durante ese viaje, Uri Savir y Efraim Halevi se incorporaron a las negociaciones en curso. Uri Savir fue luego director político, y con Efraim, un hombre duro e inteligente a la vez, desarrollé con posterioridad una amistosa e intensa relación durante el tiempo que él dirigió el Mossad y yo el CNI y que nos fue útil a ambos en momentos complicados.

## EL PROCESO SE ACELERA

El domingo 29 de diciembre, Máximo Cajal me convocó por sorpresa a una reunión en su casa a la que también asistió Juan Antonio Yáñez-Barnuevo. Allí me enteré de que el ERDEI se aceleraba de nuevo, aunque no se hablara de fechas concretas, y recibí el encargo de afinar los dos comunicados que queríamos publicar al establecer las relaciones, con vistas a su discusión en una reunión con los israelíes prevista para el día 9 de enero y que iba a ser la primera en la que participáramos los de Exteriores. De modo que me puse otra vez a trabajar sobre mis manidos textos con instrucciones muy prácticas que recibí de Juan Antonio en los días sucesivos.

El día 4 de enero vinieron a Madrid Uri Savir y Micha Harich, y en esa visita se acordó firmar

el establecimiento de relaciones el 17 de enero en La Haya, pues Holanda tenía entonces la presidencia rotatoria de la Comunidad Económica Europea, algo que nos permitía vincular la decisión a nuestra entrada en la Comunidad para hacerla más aceptable a los árabes; además, así se aprovecharía una gira europea de Peres, que se encontraría con Felipe González dos días más tarde en la capital de los Países Bajos. También se determinó que los firmantes del acuerdo fueran los secretarios generales de ambos Ministerios de Exteriores, Máximo Cajal y Yeshayahu Anug. Yo no asistí a esa reunión, de la que fui informado después. Al día siguiente, el 5 de enero, la Liga Árabe hizo pública la decisión de enviar una misión a Madrid el 7 de febrero a fin de presionarnos. Lo interpretamos como lo que era, un gesto adoptado para el gran público, pues si de verdad hubieran estado preocupados habrían mandado la misión el día siguiente. Les contestamos que les recibiríamos con mucho gusto aun sabiendo que el viaje no se llevaría a cabo, pues se cancelaría en cuanto se hiciera pública la noticia del ERDEI, como en efecto ocurrió.

El día 7 de enero el ministro envió un telegrama a todas nuestras embajadas en el mundo árabe y en Irán; en él ordenaba que pusieran en marcha las medidas de seguridad recomendadas, que incluían pedir apoyo a los colegas comunitarios para reforzar las gestiones ante las autoridades locales. También se enviaron 62 agentes de los GEO, aunque no con la celeridad deseada por problemas de visados. Era un lío: sin visados, nuestros hombres no podían viajar, pero al solicitarlos se daba una señal clara de la inminencia del acuerdo, y no queríamos desvelar ese dato hasta el último momento.

El 9 de enero tuvo lugar mi primera reunión con los negociadores israelíes. Fue en la casa de Julio Feo, entre espesas nubes de humo de tabaco que apenas dejaban respirar y ver la cara del interlocutor. Por parte española participamos Feo, Cajal, Yáñez-Barnuevo, José Rodríguez-Spiteri (jefe de Medios Operativos de la Presidencia del Gobierno) y yo mismo; por parte israelí, Yeshayahu Anug y Samuel Hadas. La reunión fue muy cordial y duró varias horas, con una interrupción para consultas que sólo nosotros utilizamos, pues los israelíes tenían carta blanca y acudían dispuestos a cerrar de una vez el tema. Negociamos sobre nuestros textos, lo que siempre supone una ventaja, pues los israelíes no aportaron documentos sobre los que trabajar. No les gustó que dijéramos que ubicaríamos nuestra embajada en Tel Aviv y tampoco les agradó el comentario de que nuestro consulado general en Jerusalén no se vería afectado por la decisión que íbamos a adoptar. Pero se lo esperaban, igual que aceptaron sin rechistar el comunicado unilateral que habíamos preparado y el hecho, no inocente, de que hubiera en el mismo una referencia al comunicado conjunto, pues era una manera indirecta de hacer que reconocieran su existencia. Ésa fue una iniciativa de Juan Antonio, a la que los israelíes respondieron pidiendo, a cambio, incluir en este último una frase donde reiteraban sus posiciones tal como «enunciadas en las líneas básicas del Gobierno de Unidad Nacional» y expuestas por el primer ministro Peres en la última Asamblea General de la ONU. De esta forma, ambos dejábamos claro que el hecho de normalizar las relaciones diplomáticas no iba a suponer ningún cambio en nuestras respectivas posiciones sobre el fondo del problema israelí-palestino. Los israelíes también sugirieron algunas modificaciones semánticas que a nosotros no nos planteaban dificultades, como sustituir «nación árabe» por «mundo árabe», de menor carga política.

Una vez que nos pusimos de acuerdo en todo, Feo pidió un receso para consultar con Felipe

González, quien añadió una frase referida a los viejos vínculos que unían a los pueblos de España y de Israel, dando así a la decisión una amplitud que trascendía a la mera diplomacia para insertarse en una historia milenaria y compartida, con sus luces y sus sombras. En lo que a mí respecta, tras haber trabajado en esos textos durante tanto tiempo, fue una satisfacción ver que salían adelante y que entrarían en la historia mejorados con las aportaciones de todos.

A continuación, tuve que preparar los borradores de las cartas que el presidente quería enviar a los líderes árabes. González trabajó sobre esos documentos y agregó ideas propias. En un principio, pensamos servirnos de mensajeros, y yo había elaborado una lista de una veintena de embajadores, políticos y empresarios que tenían relación personal con los líderes de cada país, aunque luego se desechó la idea por falta de tiempo y por no estar seguros de cómo les recibirían, ya que se podía prestar a desplantes que nadie deseaba. Por eso Fernández Ordóñez entregó las cartas el día 10 de enero a los embajadores árabes y a los representantes de la OLP y de la Liga Árabe en Madrid. No se daba fecha, pero se advertía que la decisión se llevaría a cabo «en breve plazo». Los textos contenían tres partes bien diferenciadas: comenzaban justificando nuestra opción por el principio de universalidad de relaciones, por el deseo de superar una anomalía histórica y como corolario necesario de nuestra entrada en la Comunidad Económica Europea; luego se afirmaba que la política española de defensa de «las justas causas árabes» y de los «legítimos derechos del pueblo palestino» no se vería afectada, y se concluía con una referencia a las beneficiosas consecuencias que para todos podían derivarse del ERDEI, como la aportación de nuestra sensibilidad mediterránea a los foros europeos de decisión y la posibilidad que se abría para que España pudiera desempeñar un papel más activo en la búsqueda de soluciones aprovechando que mantendría relaciones con ambas partes del conflicto. Ese mismo día enviamos un telegrama a nuestras embajadas en el que informábamos de esta reunión y avisábamos de que la decisión era «inminente».

## UN SECRETO A VOCES

Queríamos mantener el secreto hasta el último momento por razones de seguridad, pues no descartábamos un atentado terrorista, y por eso nos molestó que el día 15 de enero la televisión israelí diera la noticia de que España e Israel firmarían el acuerdo en La Haya el día 17 de enero. Según mi experiencia, la complicada política interna israelí hace imposible guardar un secreto, ya que siempre hay alguien que lo cuenta por algún motivo. Ese mismo día 15, Cajal y yo viajamos a La Haya con la coartada de participar en una reunión del comité político de la Comunidad Económica Europea dedicada al terrorismo. Una vez allí, me escapé con el embajador en los Países Bajos, Fernando Schwartz, y con Manuel Céspedes, jefe de Seguridad de la Moncloa, para visitar el hotel Promenade, elegido por Juan Antonio Yáñez-Barnuevo como marco para la ceremonia, una elección basada en razones de discreción y de seguridad y donde había reservado una suite en el cuarto piso a nombre de Fernando Schwartz. Me presenté al director del hotel como representante de una empresa privada, le dije que al día siguiente se iba a firmar un importante contrato y que no se extrañara si veía que llegaba gente de seguridad. La «decoración»

fue muy sencilla, pues bastó retirar la cama y las mesillas de noche y colocar en su lugar una mesa cubierta con un mantel verde, que luego he pensado que es un color muy musulmán, e ignoro por qué lo pedí así en vez del azul de Israel o el rojo-toro español, como colores tópicos. Quizá fuera una jugada del subconsciente. Hechos ya los últimos preparativos, regresamos a la embajada con la intención de ir a cenar a Garuda, un estupendo restaurante indonesio de La Haya, lo que no fue posible porque la noticia se había filtrado por culpa de los israelíes y la residencia de Schwartz estaba literalmente rodeada de periodistas que se olían la tostada, aunque ignoraban los detalles del cómo, cuándo y dónde, y que recibían fuertes presiones de sus redacciones en España para que enviaran información. Máximo decidió que lo más prudente era quedarse en casa, y eso fue lo que hicimos después de bajar todas las persianas, que es algo muy poco holandés.

El día 17, el día D, comenzó con la salida despendolada de un Mercedes a las 8:30 de la mañana por la puerta de detrás de la embajada, con Máximo, Fernando y yo como pasajeros. No nos llevamos por delante a un pacífico ciclista por puro milagro. Los periodistas nos vieron partir, pero no tuvieron tiempo de reaccionar y nos perdieron mientras nosotros nos dirigíamos al hotel Promenade, literalmente tomado por la seguridad española, israelí y holandesa. Llegamos antes que los israelíes, y una vez en la habitación colocamos sobre la mesa las banderas de los dos países y los textos de los comunicados que se iban a firmar (el conjunto) y a dar a conocer (el unilateral nuestro). Sólo se autorizó a cubrir el acto a un fotógrafo de cada país: el nuestro fue un magnífico profesional de la agencia EFE, Manuel Barriopedro. Luego nos quedamos esperando a que el Consejo de Ministros autorizara la firma, cosa que hizo a las 9:30 de la mañana y que Julio Feo nos comunicó de inmediato por teléfono. Entonces nos sentamos a la mesa Anug, Cajal, Hadas y yo, y los dos primeros firmaron a las 9:50 el establecimiento de relaciones diplomáticas entre España e Israel mientras Samuel y yo hacíamos de mudos y emocionados testigos de la escena. La foto de este acto estuvo mucho tiempo en una vitrina en la entrada del Ministerio israelí de Exteriores. Luego nos dimos abrazos y Schwartz se guardó como recuerdo la pequeña bandera española que había presidido el acto y que le firmamos todos los presentes. Al mismo tiempo, Fernández Ordóñez convocó una rueda de prensa en Madrid para dar la noticia, que el diario *ABC* había ya adelantado esa mañana con el titular «En un clima de discreción se produjo en La Haya el intercambio de notas».

A las 10:30 del mismo día 17, el Ministerio envió un telegrama a todos nuestros embajadores en el que anunciaba el acontecimiento y les instruía para presentar formalmente el texto unilateral español a las autoridades ante las que estaban acreditados con objeto de dar a conocer con la mayor precisión el alcance concreto de nuestra decisión, para la que se pedía apoyo y comprensión. También se mandó otro telegrama a las embajadas de aquellos países en los que creíamos que podíamos tener problemas para que tomaran sin demora todas las medidas de precaución que se les habían aconsejado antes. Poco después, a mediodía, el subsecretario de Asuntos Exteriores, Fernando Perpiñá-Robert, recibió en Santa Cruz a los embajadores árabes, luego a los europeos y finalmente a los de algunos países particularmente importantes o representativos como Estados Unidos, la Unión Soviética y otros. Los árabes se reunieron entre sí, acto seguido, para decidir si debían aconsejar a sus gobiernos la retirada de embajadores, cosa que al final no hicieron, aunque algunos fueran partidarios. Casi a esa misma hora, las doce del

mediodía, Cajal y yo regresábamos desde el aeropuerto de Schiphol hasta Barajas para integrarnos en la célula de crisis constituida para seguir la evolución de la situación. Fue una decisión prudente, porque en cuanto aterrizamos nos enteramos del secuestro en Beirut de un GEO y de dos funcionarios de la embajada que habían ido a recogerle al aeropuerto. Fue una desgraciada coincidencia, pues el secuestro no tuvo nada que ver con el ERDEI, sino que lo llevó a cabo el grupo chiita Amal para pedir la liberación de dos correligionarios que estaban en prisión en España tras haber atentado contra la vida de un diplomático libanés. La célula se estrenó dando instrucciones a nuestros embajadores en Beirut, Perico Arístegui, y en Damasco, Felipe de la Morena, para que intercedieran con Nabih Berri, líder de Amal, y con el Gobierno sirio a favor de su liberación, cosa que sólo se consiguió tras treinta y dos días de arduas negociaciones.

## PERES, EL GRAN CONVERSADOR

El día 19 de enero se encontraron Felipe González y Shimon Peres en Cathuis, residencia oficial del primer ministro holandés Ruud Lubbers. Tras una conversación a solas entre los dos primeros que parecía justificada después de quinientos años de silencio, Lubbers presidió un almuerzo con dieta *kosher* al que invitó también a quienes habíamos estado implicados en la operación diplomática. El almuerzo fue muy distendido, y allí descubrí que Peres es un gran conversador, alguien a quien le encanta llevar la voz cantante, aunque la suya sea profunda y cavernosa, más que cantarina. Nos hizo comentarios como que la derecha arruina al pueblo y la izquierda al Estado y que su vocación política comenzó muy joven, cuando estaba haciendo autoestop cerca de Jerusalén y lo recogió nada menos que el mítico Ben-Gurión en persona, para quien empezó a trabajar acto seguido. Según su experiencia, la cualidad más importante de un político es la capacidad de asumir riesgos, y citó el ejemplo de Trotski y de Stalin, sobre los que afirmó que el primero tenía mucha más categoría intelectual, pero que se impuso el segundo porque fue capaz de arriesgarse. Y ése fue el primer consejo que le dio Ben-Gurión, que se atreviera a tomar decisiones valientes. Su primer empleo con él le exigía llegar muy temprano al despacho y leer toda la correspondencia; Ben-Gurión contestaba las cartas con respuesta positiva y él se ocupaba en persona de las que debían dar malas noticias. Fernández Ordóñez también creía en ese tipo de reparto. En cierta ocasión, a poco de ser yo nombrado director general, asistía con él a una reunión euro-árabe en París en la que le hice decir algo que no gustó a su colega iraquí, Tarek Aziz, que se acercó luego a Fernández Ordóñez para quejarse. Paco me dijo entonces: «Mira, Jorge, vamos a dejar esto claro desde el principio: a mí me haces decir cosas agradables y luego vas tú por detrás diciendo lo que haya que decir». No tiene desperdicio. En otra ocasión, Fernández Ordóñez me comentó que no conocía a ningún político que se metiera con Israel y al que le fueran bien las cosas... En aquel almuerzo holandés, Felipe González replicó a Peres que, en su opinión, un político debe también tener el coraje de reconocer con honestidad sus equivocaciones ante aquellos que le han votado. Supongo que pensaba en la OTAN.

Posteriormente he coincidido varias veces más con Shimon Peres. Recuerdo que en cierta

ocasión me contó el chiste de la mujer que llega tarde a casa y ve al marido limpiando el rifle y le dice: «Avi, Avi, no estropees tu carrera política». Años más tarde, estábamos en Bruselas en una reunión ministerial de la Comunidad Económica Europea, y Peres, entonces ministro de Exteriores, le pidió a su colega Javier Solana que lo llevara a Madrid en su avión oficial. Despegamos a eso de la medianoche y Solana, hombre habitualmente trasnochador, se quedó dormido de inmediato, lo cual no era de extrañar pues las reuniones resultaban agotadoras: la jornada comenzaba en Torrejón al alba y se volvía a Madrid ya de madrugada. De forma que nos quedamos solos Peres y yo y, al segundo whisky, me atreví a preguntarle su opinión sobre Arafat. Con su característica voz profunda me preguntó si yo conocía la historia del pueblo hebreo, y le respondí que sí, que más o menos, pues uno todavía estudió historia sagrada en el colegio, algo que, entre otras cosas, me permite entender muchos cuadros de motivo bíblico del museo del Prado. Peres recordó entonces cómo Jehová le confió a Moisés la tarea de liberar a los israelíes de la esclavitud en Egipto y conducirles durante cuarenta años por el desierto, tras separar las aguas del mar Rojo y superar innumerables penalidades, para acabar mostrándole la Tierra Prometida desde lo alto del monte Nebo. Y entonces, añadió Peres, Dios «*in His wisdom He put somebody else in charge*» (sabio como era, puso a otro al frente de la expedición). Rápido, le planteé si por casualidad estaba comparando a Arafat con Moisés, y él, riendo, respondió que eso lo decía yo, y no él.

## LOS ÁRABES REACCIONAN

La reacción árabe al ERDEI fue moderada. Irán, que no es árabe, retiró durante un año su embajador de Madrid, mientras el pequeño Kuwait nos sorprendía llamando también al suyo..., que regresó una semana más tarde, imagino que un poco corrido pues ningún otro país lo secundó. En una nota al ministro, apenas tres días después de la firma de La Haya, yo constataba que, aunque las respuestas árabes habían sido moderadas, había «decepción, tristeza y posturas de rechazo», pero destacaba la actitud constructiva de los embajadores árabes residentes en Madrid, pues con alguna notable excepción habían tratado de rebajar la tensión, favoreciendo una respuesta moderada. Peor nos fue con nuestros nuevos socios comunitarios, ya que Grecia se opuso a una declaración explícita de apoyo argumentando que ellos no mantenían relaciones con Israel. ¡Bienvenidos a la solidaridad comunitaria!

Aun así, el 23 de enero previne al ministro en una nota en contra del triunfalismo y me manifesté favorable a contraatacar con iniciativas como «forzar tácticamente un viaje de Chadli Klibi [...] a España» e incluso explorar con él la posibilidad de convocar una reunión ministerial del llamado «diálogo euro-árabe», aunque eso era algo que debíamos explorar antes con los socios europeos. También sugerí la conveniencia de hacer llegar a la OLP el propósito de «formalizar y eventualmente elevar» el estatuto de su representación en España antes de que la Liga Árabe se reuniera el 30 de enero. Era acertado advertir acerca del triunfalismo porque, cuando la Liga se reunió, el ministro sirio Farouk al-Sharaa pidió sanciones comerciales contra España. Allí se expresó «sentimiento y reprobación» por una decisión que contribuía a romper «el

aislamiento de Israel», y se barajaron distintas posibilidades, que iban desde una simple retirada conjunta de embajadores hasta la congelación de las inversiones árabes, sin excluir un boicot comercial en toda regla. Estas cariñosas sugerencias no prosperaron porque se opusieron Marruecos, Jordania y Arabia Saudí con una actitud tras la que no cuesta demasiado trabajo ver la mano del rey Juan Carlos. También las rechazaron Túnez y la misma OLP, que era la que más tenía que decir en el asunto por ser la más afectada y que, sin duda, acusaba así recibo a nuestro mensaje sobre la elevación del estatuto de su oficina en España. La Liga Árabe volvió a meter el tema en su agenda de trabajo el día 25 de marzo, lo que motivó un rápido viaje a Túnez de Fernández Ordóñez para entrevistarse con Klibi y, sobre todo, para tratar de convencer a su adjunto, el sirio Adnan Omran, que era un tipo muy duro, un negociador desagradable y el principal defensor del boicot comercial. Con ambos estuvimos discutiendo hasta las tantas de la madrugada. Al final los convencimos al conseguir que se dieran cuenta de que nuestra decisión era irreversible y que más les valía tener un amigo dentro de la Comunidad Económica Europea que provocar nuestro enojo por sentirnos injustamente tratados por quienes hasta el momento habíamos considerado nuestros amigos. El pragmatismo se impuso y no hubo sanciones, y la misma visita a Túnez de Fernández Ordóñez ayudó a salvar la cara de quienes habían propuesto las sanciones.

Fue la guinda final. Habíamos logrado evitar el bloqueo comercial tras una larga noche de negociación; España había establecido relaciones diplomáticas con Israel y el mundo árabe lo había aceptado. Un mes más tarde, en abril, se produciría el nombramiento de los primeros embajadores en Tel Aviv y en Madrid en las personas de Perico López Aguirrebengoa y de Samuel Hadas, respectivamente. Mi trabajo a partir de entonces consistió en tratar de dosificar el rápido ritmo que los israelíes querían dar al desarrollo de las relaciones y que desde Madrid deseábamos ralentizar para no perder el control, siempre con el ojo puesto en los árabes. En este sentido, me recordaba Samuel Hadas con cierta amargura que la primera vez que lo convoqué a mi despacho en Santa Cruz, ya como flamante embajador de Israel, fue para presentarle una protesta formal por un incidente en el que una patrullera israelí había retenido a un buque español que sospechaba que llevaba armas.

#### CUATRO MIL AÑOS DE ORACIONES APELMAZADAS

Mi primer viaje a Israel lo hice tres meses más tarde, en abril de 1986, acompañando al nuevo secretario general de Política Exterior, Fernando Perpiñá-Robert. Allí nos esperaban el embajador López-Aguirrebengoa y mi hermano Rafael, también diplomático y al que siempre le han gustado los destinos con contenido político importante, pues de Tel Aviv se fue a La Habana y luego a Moscú. Rafael ha escrito un precioso libro sobre Israel titulado *Entre el desierto y el mar*, en la mejor línea de los relatos ingleses de viajes; en él traza un recorrido que le lleva desde los esenios hasta la bomba nuclear. Lo primero que hicieron nuestros anfitriones israelíes fue llevarnos al mausoleo de Yad Vashem, un recordatorio de la *Shoah* que le encogía a uno el corazón y contribuía a crear en el visitante un sentimiento de culpabilidad difuso al que los israelíes le deben de sacar muchos réditos. Y eso que entonces no se había construido aún la

sobrecogedora ampliación dedicada a los millares de niños asesinados por la brutalidad nazi, donde uno se sumerge en un espacio oscuro mientras por todos lados, a izquierda y derecha, arriba y abajo, se encienden y apagan lucecitas a modo de estrellas en una noche cerrada y una voz en *off* recita los nombres de los pobres críos. Se le ponen a uno los pelos de punta ante los extremos a los que puede llegar la brutalidad humana. También nos llevaron a Massada, una fortaleza en lo alto de una inhóspita montaña situada en el desierto de Judea, junto al mar Muerto, donde los judíos resistieron tres años de asedio romano hasta que en el año 73 se suicidaron todos para no tener que rendirse. Todo un símbolo de la voluntad de supervivencia de un pueblo con mentalidad de tribu que aún hoy se siente acosado y en peligro de desaparecer si no demuestra su constante superioridad militar. Ninguna de esas visitas era inocente. Paradójicamente, lo que de verdad me impresionó en ese primer viaje a Israel fue la belleza del barrio musulmán de Jerusalén, con la maravillosa plataforma de Haram al-Sharif, donde se encuentran las mezquitas de la Roca y de Al-Aqsa, una de las más sagradas del islam. También es mala pata, aunque no casualidad, que tuvieran que erigirlas sobre las ruinas del Templo de Salomón. Aún peor: el Domo de la Roca está construido sobre la piedra desde la cual Al-Buraq, el caballo de Mahoma, saltó a los cielos, y esa piedra constituye, al mismo tiempo, el lugar donde la tradición judía sitúa el sacrificio de Isaac cuando Abraham ofreció a Yaveh a su hijo predilecto y padre de los judíos, tras haber echado de su lado a su esclava Agar y a su hijo Ismael, de quien descienden los árabes. Ya saben, el episodio de la zarza ardiendo. O sea, que los problemas actuales vienen de muy atrás, como muestra la leyenda de David (hebreo) y Goliat (palestino), y no facilita las cosas elegir para orar justo la misma colina y la misma piedra en un país donde sobran las colinas pedregosas. Pero ya se sabe que la religión no apela tanto a la razón como a los sentimientos, y éstos tienden a ser libres y con frecuencia irracionales.

Reconozco que me agobió Jerusalén, cuya historia milenaria está retratada en un precioso libro del mismo nombre escrito por Simon Sebag Montefiore. Me enseñaron un museo, creo que en la Torre Antonia romana, que pretende demostrar que esa ciudad ha sido judía desde siempre. Mi impresión fue la de que allí nunca ha convivido nadie, sino que el dominante de turno siempre ha machacado al de abajo, y que esto sigue siendo cierto hoy. Como ha dicho Amos Oz, hay demasiada oración apelmazada en el cielo de Jerusalén, la ciudad santa para las tres grandes religiones monoteístas, y no hay que olvidar que los monoteísmos son los inventores de la intolerancia, como magistralmente retrata Gore Vidal en su libro sobre Juliano el Apóstata.

Pero lo que más me impresionó de ese primer viaje a Israel fue la enorme tensión con la que se vivía, una tensión ambiental que he sentido siempre que he regresado a Jerusalén, que han sido muchas veces, y es algo que somatizo y que me afecta, de forma que siempre que salgo de allí siento como una especie de alivio que no acierto a explicarme, porque admiro al país y tengo en él buenos amigos. Algún día los israelíes comprenderán que los muros de separación y la superioridad militar les pueden dar una sensación de seguridad a la que tienen derecho y que es algo que psicológicamente también necesitan, pero que su verdadera seguridad no podrá llegar mientras los palestinos sigan sufriendo (visitar un campo de refugiados palestinos en Jordania es otra experiencia inolvidable) y no vean satisfechas sus legítimas aspiraciones, entre las que está la de poseer su propio Estado independiente dentro de fronteras reconocidas internacionalmente,



algo que sus propias divisiones internas dificulta mucho. Israel ha aumentado su territorio, pero con él ha incorporado a una población palestina que amenaza con acabar con el sueño de un Estado judío y democrático a la vez, y el tiempo no corre a su favor, pues, aunque sigue siendo el más fuerte, el gran fracaso diplomático de su política exterior e interior de todos estos años estriba en no haber logrado ser aceptado en el área geográfica en la que se ubica. Al fin y al cabo, como decía Napoleón, con las bayonetas se puede hacer todo... menos sentarse sobre ellas.

## EL COCHE USADO DE ARAFAT

El siguiente mes de septiembre, Paco Fernández Ordóñez viajó a Israel por vez primera con la idea de devolver a los dos ministros de Exteriores algo del protagonismo que los primeros ministros les habían arrebatado en enero. Recuerdo a Shamir sentado en el borde de la silla, pues era un hombre de pequeña estatura y los pies no le llegaban al suelo, respondiendo imperturbable a Fernández Ordóñez, que le aconsejaba hablar con los palestinos y con la OLP, con un escueto: «*Palestinians?*», para añadir, imperturbable: «¿Qué son los palestinos? Nunca he visto ninguno en mi vida. Hay jordanos, hay sirios, pero ¡palestinos!... De verdad que no sé lo que son». Igual que había dicho Golda Meir a principios de la década de 1970: «Los palestinos no existen, son árabes». Shamir era un tipo de esos que sacan pecho y alzan la barbilla para parecer más altos (como Medvedev o Sarkozy), y de una gran dureza, lo que implicaba que convencerlo de algo fuera como tratar de sacar agua de un pozo seco. En cambio, su mujer, con quien la conversación era puramente social, nos hablaba en un delicioso ladino y usaba términos como «bonico» y «agora», aunque a lo mejor habría sido tan dura como su marido si le hubiéramos dado la oportunidad. A mí, Shamir me dijo con mucha franqueza años más tarde, desayunando mano a mano en el hotel Ritz de Madrid, que su misión histórica había consistido en retrasar el proceso de paz durante diez años para crear sobre el terreno «*des réalités incontournables*» (realidades ineludibles). Más claro, agua. El presidente de Israel Chaim Herzog me comentó en otra ocasión que el principal problema entre israelíes y palestinos radicaba en la desconfianza recíproca, que él sintetizó con humor con un «mire usted, el problema de fondo, de verdad, es que yo nunca le compraría un coche usado a Arafat».

Hoy, aunque la desconfianza y la ocupación persisten, la OLP ha reconocido el derecho de Israel a existir dentro de fronteras seguras e internacionalmente reconocidas, y los israelíes aceptan que hay palestinos, que es preciso hablar con ellos y que tienen derecho a un Estado..., y durante estos años nunca ha faltado la buena disposición española para ayudarles a resolver su controversia, como cuando acogimos la Conferencia de Paz de Madrid en 1991 y la Conferencia Euromediterránea de Barcelona en 1995 o cuando logramos el nombramiento de Miguel Ángel Moratinos como representante especial de la Unión Europea para el conflicto de Oriente Medio, que yo tuve el honor de negociar en el comité político de la Unión Europea en 2006 ganándome con él una cena. Todo eso nunca hubiéramos podido hacerlo sin mantener relaciones con todas las partes de un conflicto que Avi Shlaim ha descrito como nadie desde su atalaya de Oxford en el libro *El Muro de hierro*, que en España ha publicado mi amigo Jerónimo Páez (editorial Almed,

Granada, 2011).

## MUERTE EN BEIRUT

Mi hermano Patxi se casó el día 15 de abril de 1989 en la preciosa quinta de São Thiago, de Sintra, junto a Lisboa. Cuando el 16 regresé a Madrid me dieron en el mismo aeropuerto de Barajas —entonces no tenía móvil— la terrible noticia del fallecimiento, aquel mismo día, de nuestro embajador en el Líbano, Pedro Manuel de Arístegui, como consecuencia de la caída de un proyectil de mortero de 240 milímetros cargado con 30 kilos de TNT cuando se disponía a almorzar en su residencia de Beirut. Además de Arístegui, habían muerto su suegro —el embajador Toufic Youssef Awad, un conocido poeta libanés—, su cuñada Samia y el guardia de seguridad Nicholas Cassis. El Líbano se encontraba entonces en medio de una terrible guerra civil. No eran las primeras víctimas diplomáticas que se producían, pues ya había fallecido el embajador francés Delamare en 1981 y también estuvo a punto de morir el norteamericano Reginald Bartholomew en 1983, cuando un camionero suicida se lanzó contra la embajada de Estados Unidos. Lo conocí en persona, y me contó que lo primero que oyó, todavía aturdido por la explosión y en la oscuridad creada por el polvo y los cascotes, fue la voz de su colega británico, que le había ido a visitar y que decía: «*I say, Reggie, are you there?*» (¿Estás ahí, Reggie?).

## WILD, WILD WEST... BEIRUT

Un informe de la CIA de la primavera de 1985 describía el cambio de lo que había sido «el París de Oriente Medio» hasta devenir un «*wild, wild west Beirut*», donde «bandas sectarias, terrorismo, crimen callejero en ascenso y la falta de una autoridad central han convertido la ciudad en un lugar extraordinariamente peligroso tanto para los residentes locales como para los extranjeros». De hecho, entre 1982 y 1991, Hizbulah secuestró en las calles de Beirut a cuarenta y cuatro civiles extranjeros, y tres murieron en cautiverio. Uno de ellos fue Bill Buckley, delegado de la CIA en la capital libanesa, raptado en 1984, al que la propia CIA vengaría años más tarde, en 2008, cuando asesinó a su secuestrador, Imad Mughniyeh, de una forma muy peliculera: con un explosivo casero ideado y probado en Carolina del Norte cuyo radio de acción estaba limitado para matar a una sola persona, y que se colocó en la rueda de repuesto de un todoterreno aparcado en el camino de regreso al hogar de la víctima; además, se realizaron seguimientos por las calles de la ciudad, el explosivo se accionó a distancia y se contó con el apoyo del Mossad... Mughniyeh

era el hombre más buscado por la CIA en Beirut, y no sólo por este caso, sino también por las voladuras en 1983 de un cuartel de infantes de marina y de la propia embajada americana, a la que antes me he referido, y que provocaron varios centenares de víctimas.

Recuerdo a Perico con mucho afecto. Era un hombre muy simpático y una auténtica fuerza de la naturaleza, con una brillante carrera diplomática a sus espaldas y algún escarceo político que le había llevado a ser gobernador civil de Guipúzcoa en la peor época de la ETA asesina. No era miedoso, y tampoco renunciaba a sus ideas sin una buena discusión, como las diversas que recuerdo haber mantenido con él. Le gustaba recorrer Beirut en una potente moto y se asomaba a la azotea de la embajada durante los bombardeos para ver dónde caían las bombas. Pero no era un irresponsable. Tenía unos ojos azules que chispeaban acompañando la sonrisa traviesa que apuntaba bajo su barba de senador decimonónico.

#### KALASHNIKOV CON PEGATINAS DE DISNEY

Como director general de Política Exterior para África y Medio Oriente, me correspondía averiguar lo ocurrido y repatriar el cadáver, y a las 19:00 horas del día siguiente despegó desde la base militar de Getafe un Hércules C-130 al mando del comandante Rafael Oliver y en el que viajaba el grupo que yo dirigía, integrado por Juan Díaz Pache, subdirector general de Asuntos Consulares, Joaquín de Arístegui, embajador en Nigeria y hermano del fallecido, y Gustavo de Arístegui, hijo de Perico y a la sazón opositor a la carrera diplomática. Con él establecí una buena amistad, forjada en momentos de enorme dureza. También fue con nosotros la enfermera militar Pilar O'Kelly para ocuparse de traer a España a los dos hijos pequeños del embajador fallecido, Diego y Alejandra.

Como el aeropuerto de Beirut estaba cerrado por los bombardeos, tuvimos que volar a Damasco, donde nos recibió el encargado de Negocios, Pascual Navarro, quien nos dijo que los bombardeos se habían recrudecido cuando la guerra civil cumplía sus primeros treinta y ocho días y nosotros estábamos a punto de llegar. Mala suerte. En unas declaraciones a *El País* (18 de abril de 1989), como respuesta a una pregunta dije que nos habían «ofrecido su apoyo tanto libaneses como sirios, pero garantías no se pueden pedir», pues debíamos atravesar zonas muy complicadas de un país en plena guerra civil donde, como afirmaba Maruja Torres, «ningún lugar en Beirut, ni en el este ni en el oeste, ofrece la más mínima garantía». Tras apenas cinco horas de descanso en Damasco, salimos por carretera hacia Beirut a las diez de la mañana del 18 de abril. Hicimos el camino escoltados por miembros de la *muhabarat*, la justamente temida policía secreta siria, atroz instrumento de control político interno, unos tipos con pinta patibularia y vestidos con pantalones vaqueros y camisetas negras sin mangas, con algún tatuaje que otro, gafas de sol de último modelo, pelo engominado y rifles *kalashnikov* en ristre. Unos auténticos horteras con aspecto de chulo de discoteca. El que se ocupaba de mí llevaba pegatinas de Minnie Mouse en la culata de su rifle. Resultaba bastante surrealista. Años más tarde, siendo director del CNI, conocí en Damasco a su jefe, Asef Shaukat, un tipo siniestro que luego sería asesinado durante la guerra civil siria.

En la frontera libanesa de Masna-Schtoura nos esperaba mi paisano mallorquín Norberto Ferrer, a quien la muerte de su jefe había convertido en encargado de Negocios en el Líbano, acompañado por Antonio Bel, miembro del CESID destacado en aquel país. Continué el viaje en el coche blindado de Norberto bajo la protección conjunta de los *muhabarats* sirios —que no nos abandonaron en territorio libanés, como para dejar claro quién mandaba allí, por si alguien tenía dudas— y de la gendarmería libanesa, que había acudido a recibirnos. Lo primero que me dijo el oficial libanés que se integró en nuestra escolta fue: «Los libaneses no hemos tenido nada que ver con la muerte de su embajador». Para que nos fuéramos enterando. La carretera principal estaba muy batida y tuvimos que desviarnos por la zona del Chouf, tradicional feudo de las milicias drusas de Walid Jumblatt, secretario general del Partido Socialista Progresista que me había sorprendido cuando lo había conocido en Madrid, algún tiempo antes, al contarme que lo que más ilusión le hacía era ir al Valle de los Caídos a ver la tumba de Franco..., así que le puse un coche para que le llevara allí y él me lo agradeció mucho. El Chouf es una preciosa región montañosa con cedros y pinos, además de casas bajas, pobres y de mala construcción, que mostraban los arañazos de la guerra entre una miríada de florecillas amarillas propias de la estación y con el azul del Mediterráneo como fondo. El camino, tortuoso, estaba sembrado de artesanales barreras hechas con troncos o con bidones sobre los que ondeaba la enseña del pequeño grupo de individuos que, armados hasta los dientes y conscientes de su poder, pedían la documentación a los que pasaban. Después de sortear muchos de estos controles con relativa facilidad gracias a los escoltas que nos acompañaban, pudimos llegar al sur de Beirut, el barrio más peligroso, pues estaba dominado por los chiitas de Hizbulah y de Amal, que habían colocado retratos de Jomeini y del líder local, Musa Sadr, por todos sitios. Individuos con mala catadura sustituían a los drusos en los frecuentes controles callejeros hasta que llegamos al Paso del Hipódromo, que separaba la zona oeste —musulmana— de la parte cristiana de Beirut, donde se encontraba nuestra embajada, situada en el este. Una calle bordeada por la pista del hipódromo, por el lado derecho, y por edificios en ruinas, por el izquierdo; un camino repleto de bidones de gasolina rellenos de alquitrán que obligaban a un itinerario lento y zigzagueante.

## EL LÍBANO SE CREÓ PARA LOS MARONITAS

El problema del Líbano tiene su origen en el fin de la Primera Guerra Mundial y en el reparto de los despojos del imperio Otomano en Oriente Medio entre británicos y franceses. Por los acuerdos Sykes-Picot, los franceses se quedaron con la «Gran Siria» y los ingleses con el resto. El Líbano fue un invento francés para dar una patria a los cristianos-maronitas, entonces mayoritarios en esa zona, en una decisión que los nacionalistas sirios no aceptaron nunca porque implicaba una mutilación de lo que consideraban su país. Algo muy parecido a lo que sucedió con la creación del Emirato de Kuwait, que los iraquíes siempre rechazaron, y fue precisamente el intento de anexionarse la que creían su decimonovena provincia lo que condujo a la operación Tormenta del Desierto. Este invento del Líbano persistió mientras las cañoneras francesas inspiraban respeto y mientras los maronitas mantuvieron su supremacía demográfica (eran el

noventa por ciento cuando se creó el Líbano y hoy sólo son el treinta y tres por ciento). Cuando ambas variables cambiaron, la situación comenzó a complicarse seriamente hasta dar lugar a un Estado multiconfesional de complicados equilibrios entre las diferentes comunidades que integran el mosaico político y religioso que constituye el Líbano actual, con sus cristianos-maronitas divididos en múltiples tendencias, y los drusos, los alauíes, los sunitas y los chiitas, cada uno con su correspondiente milicia armada. Por si fuera poco, en este revoltijo cayeron miles de refugiados palestinos tras la creación del Estado de Israel en 1948 y, sobre todo, después de la represión que siguió al terrible «septiembre negro» de Jordania en 1970. La constitución por parte de los palestinos de un auténtico Estado dentro del Estado libanés condujo a la invasión israelí de 1982 (Sabra y Chatila) y a la huida de Arafat a las más acogedoras tierras tunecinas. Para complicar aún más las cosas, la milicia Hizbulah, juzgada como una organización terrorista por la Unión Europea y Estados Unidos, ha creado otro Estado dentro del Líbano y mantiene un permanente enfrentamiento con Israel por la liberación de las Granjas de Sheba, irredenta tierra libanesa que Tel Aviv se resiste a devolver. Sobre este trasfondo, la muerte de Arístegui se produjo en un clima de abierta guerra civil entre cristianos y musulmanes, dirigidos respectivamente por el general Michel Aoun y el primer ministro Salim Hoss, que contaba con el apoyo sirio. Ambos trataron de capitalizar en beneficio propio la muerte de nuestro embajador. Mientras los cristianos consideraban a los sirios fuerzas invasoras y de ocupación, para los musulmanes eran libertadores y garantes de su seguridad. La chispa que había dado lugar a los últimos enfrentamientos había sido el cierre, por parte de las milicias cristianas, de los puertos ilegales utilizados por musulmanes y sirios para hacer contrabando.

#### NOS DISPARAN EN EL PASO DEL HIPÓDROMO

El cruce al sector oriental de Beirut no lo olvidaré nunca. Ya sin escolta, nos lanzamos a recorrer esa tierra de nadie que era el Paso del Hipódromo, uno de los que unía a Beirut occidental con el oriental, a una velocidad muy lenta por los bidones de alquitrán que forzaban a dar continuos giros de noventa grados a derecha e izquierda; de pronto, un individuo se asomó frente a nosotros y comenzó a dispararnos desde el lado cristiano con una metralleta que apoyaba en el costado. Le veía perfectamente. Juro que no tuve miedo en aquel momento, como no lo sentí el resto del tiempo que pasé en Beirut en medio de continuos bombardeos, pues tenía la curiosa sensación de que aquello no iba conmigo y de que yo era un privilegiado espectador de una película que se desarrollaba delante de mí, pero que no podía afectarme. El coche en el que íbamos era un Mercedes de la embajada blindado, por fortuna, y con matrícula diplomática, que no nos sirvió de nada en este caso, al igual que tampoco fue útil la banderita española que ondeaba perezosa por la lentitud de la marcha sobre el guardabarros derecho del automóvil. El que nos disparaba no debía de ser muy buen tirador, pues las balas no parecían darnos, y cuando alguna lo hacía rebotaba con un sonido seco y lejano mientras nosotros continuábamos avanzando hacia él en lentos zigzags. No había otra que seguir adelante. Hasta que, de repente, el coche se inclinó hacia la parte derecha y el conductor libanés de la embajada volvió flemático la cabeza para anunciar que había estallado

un neumático, pero que no consideraba prudente detenerse para cambiarlo «en aquel lugar y en aquellas circunstancias». Le confirmé lo oportuno de su apreciación y le dije que prosiguiera como buenamente pudiese y que ya veríamos luego lo que hacíamos, cuando hubiéramos llegado al sector oriental. ¡Vaya recibimiento que nos hacían los cristianos! De forma que continuamos renqueando porque un coche blindado pesa bastante más que uno normal; entre tanto, el tipejo que nos disparaba desapareció detrás de la esquina. Cuando por fin alcanzamos el sector oriental, no quedaba ni rastro de él, de manera que nos dispusimos a cambiar la rueda mientras por la calle pasaban coches abiertos de tipo todoterreno con banderas de diferentes colores y jóvenes que disparaban al aire entre enloquecidos y divertidos. Parecía una película del salvaje oeste, con los bandidos galopando por en medio del pueblo, entre una nube de polvo, después de haber robado el banco. Al final se paró a nuestro lado uno de esos coches, tripulado por gentes de las Falanges Libanesas, que trataron de echarnos una mano para sustituir el neumático destrozado. Lo lograron, pero no sirvió de nada porque el eje se había doblado bajo el peso del coche y la rueda rozaba y no giraba. De manera que Norberto tuvo que sacar el *walkie-talkie* que llevaba para las emergencias y buscar en la embajada otro coche que viniera a recogerlos mientras el salvaje Oeste continuaba alrededor de nosotros. Aleccionadora llegada. Aprendí más sobre el país en este cuarto de hora que leyendo todos los sesudos informes del Ministerio sobre la situación libanesa.

#### LA MORGUE Y EL HOSPITAL

Cuando por fin nos recogieron, fuimos directamente al hospital del Sacré Coeur, donde Gustavo de Arístegui, siempre muy entero, tuvo que reconocer el cadáver de su padre en la morgue. Fue un momento muy triste y muy emotivo, pero era importante su identificación porque el registro civil libanés no funcionaba desde hacía meses y no había nadie para emitir un certificado de defunción que pudiera ser transcrito a nuestro registro consular, lo que era imprescindible para el traslado e inhumación del cuerpo en España. Juan Díaz Pache decidió extender allí mismo un acta de requerimiento oficial de oficio para el reconocimiento del cadáver y la declaración de fallecimiento en acción de guerra en presencia de tres testigos —el propio Juan, un agregado de la embajada y yo mismo—, con objeto de poder preparar luego en el consulado las certificaciones literales de defunción necesarias para trasladar el cadáver a España. Incluso en los momentos más difíciles es preciso hacer bien las cosas porque así se evitan muchos problemas posteriores.

Acto seguido nos dirigimos a ver a Yumana Awad, ya viuda de Arístegui. Para llegar tuvimos que pasar por una zona del hospital bombardeada la noche anterior y llena de cascotes. Allí, en una habitación en penumbra, se encontraba Youmana, estirada sobre lo que me pareció una plancha de metal, llena de tubos y cubierta por una sábana. La cabeza desbordaba el límite de la camilla y el pelo le caía hacia el suelo, largo, rubio y lacio. No pude evitar pensar en lo fea que es la muerte, pues ella allí parecía muerta, cuando tan mal trataba a quien, por las fotos que de ella había visto, era una belleza, una mujer joven, inteligente y llena de vida que presentaba en Beirut un programa de televisión y que dirigía un negocio de modas. De repente, la luz se apagó y alguien me explicó que era culpa del generador que habían tenido que instalar a toda prisa cuando el

bombardeo había segado los cables eléctricos la noche anterior. Al parecer, era muy viejo y se paraba cada rato —unas tres o cuatro veces durante los veinte minutos que permanecimos en la habitación—; cuando eso sucedía, se levantaba un individuo que estaba acurrucado en el suelo, bajo la camilla, y al que la relativa oscuridad del lugar me había ocultado hasta entonces, y le metía a Youmana una especie de fuelle por un orificio de la garganta que la obligaba a seguir respirando. Terrible.

La atendían unos médicos que hablaban un francés excelente; no se habían separado de ella desde que se produjo el ataque y en aquel momento pensaban que o no sobreviviría o lo haría con serias lesiones cerebrales, pues un trozo de cristal casi le había seccionado la tráquea y el cerebro había estado trece minutos sin riego sanguíneo. También nos dijeron que lo que, en todo caso, estaba fuera de discusión era la posibilidad de moverla al menos en veinte días, por precarias que nos parecieran sus condiciones, y eso nos impediría llevarla a España con nosotros. Pero a medida que pasaba el tiempo, su situación mejoraba y también sus posibilidades de sobrevivir, hasta que un par de días más tarde, justo antes de dejar Beirut, los médicos nos dijeron con seguridad que viviría. Seis meses después, esta mujer, otra vez guapa y llena de vida aunque todavía con algunas secuelas, nos invitaba a Pilar, mi mujer, y a mí a cenar con Gustavo de Arístegui en un restaurante madrileño en lo que quería que fuera una muestra de agradecimiento.

#### DIBUJAMOS CABALLOS

Desde el hospital, Norberto nos llevó a ver cómo había quedado la residencia de la embajada. Dantesco es el término que mejor se adapta a lo que allí contemplamos tras el mortero caído junto al salón y el comedor de la casa. Destrozos generalizados, escombros, sangre en el suelo y en las paredes, cascotes, amasijo de sofás y butacas volcadas, muebles rotos y quemados, trozos de cristal por todos sitios y algunos clavados en las puertas como puñales voladores, ventanas arrancadas, metralla en los muros, objetos de adorno hechos añicos o por los suelos, restos retorcidos del forjado del piso que asomaban por el boquete que se había abierto en el lugar del impacto... junto a algunas copas de cristal incongruentemente ilesas y en su lugar, sobre la mesa del comedor, cubierta por un espeso manto de polvo. Lejos de ese escenario, en un espacio no dañado de la misma residencia, vimos a los dos hijos pequeños de Perico: Diego, de tres años y ojos azules asustados, y Alejandra, una preciosa rubita de un año, a los que hallaron encaramados sobre el cuerpo sin vida de su padre el día de la tragedia. Recuerdo que estuve un rato con el pequeño Diego dibujando caballos, que en aquel momento parecían interesarle mucho.

Tomamos un rápido almuerzo en el búnker de la embajada, protegido por sacos terreros y sin luz porque la bomba se había cargado también la instalación eléctrica. En la cancillería, situada en otro lugar del mismo edificio, celebramos una primera reunión con los embajadores de Bélgica, Francia, Grecia, Italia y Reino Unido, pues los otros europeos habían abandonado la ciudad en guerra. A ninguno le cabía la menor duda de que el proyectil que acabó con la vida de Arístegui había sido disparado por los sirios, lo mismo que pensaban Norberto Ferrer y el resto del personal de la embajada. Ésa fue también mi conclusión tras hablar con todas las personas que



pude, pues eran las tropas sirias las únicas que poseían y utilizaban ese tipo de armamento de procedencia soviética. Además, el disparo se había efectuado desde las alturas de El Chouf, ocupadas a la sazón por fuerzas sirias y drusas. Sin embargo, una cosa era tener la certeza moral y otra lograr probar que los autores del disparo habían sido los sirios. Más aún, me convencí también de que, con toda probabilidad, los sirios no tenían intención de matar al embajador de España. Se calcula que durante los días 16 y 17 de abril cayeron sobre Beirut unos 30.000 proyectiles de todo tipo. Casi todas las embajadas se habían visto afectadas de una u otra forma (la última, la de Egipto, mientras nosotros mismos estábamos en el Líbano), aunque no con la misma gravedad, y no existían zonas seguras en la ciudad. Como mucho, a mi juicio podría afirmarse que los sirios admitieron implícitamente la posibilidad de que la bomba de mortero, de tiro muy curvo y en consecuencia muy impreciso, pudiera caer sobre nuestra embajada, pues conocían a la perfección su emplazamiento y ellos apuntaban al palacio presidencial de Baabda, detrás de la zona donde estaba emplazada nuestra propiedad, y asumieron el riesgo. Pero ir más allá, pretender otras intenciones, no me parecía demostrable y ni siquiera presumible. Desde luego, Siria siempre rechazó formalmente toda responsabilidad en lo ocurrido. Otra cosa hubiera sido sorprendente.

#### EL EXCESIVO GENERAL AOUN

Con objeto de recabar su punto de vista, fui a ver al general Michel Aoun, el líder cristiano, al palacio presidencial, que sus hombres se estaban afanando en fortificar cuando llegamos, pues su entrada estaba del todo protegida por sacos terreros y soldados armados hasta los dientes. Aoun nos recibió en el sótano, y debo confesar que me causó una penosa impresión. En realidad, había sido él quien había provocado la última etapa de la complicada situación libanesa al bloquear los puertos ilegales usados para el contrabando de drogas. Loable intención pero torpe ejecución y catastróficos resultados, como suele suceder también en el golf. Vino a nuestro encuentro vestido con uno de esos uniformes llenos de manchas de camuflaje, con los ojos enfebrecidos y la tez amarillenta, como si llevara meses en aquel sótano mal ventilado y sin ver el sol. Lo primero que hizo fue darnos el pésame con amabilidad por lo que calificó de «brutal asesinato», del que culpó sin asomo de duda a los sirios; a continuación se lanzó a una diatriba de tono numantino en la que afirmó estar embarcado en una «guerra de liberación nacional» en la que vencería o moriría. También me dijo que no quería hablar con el primer ministro, Salim Hoss, porque «era una marioneta de los sirios», y ante mi asombro, elevando la voz y con el dedo índice apuntado al techo, afirmó: «Yo soy De Gaulle y él es Pétain». Siempre me han dado escalofríos estas comparaciones. Aoun lo tenía claro: los sirios eran los malos y los culpables de todo, y los libaneses cristianos, seres angelicales obligados a defenderse para sobrevivir frente a la marea islámica, pero olvidaba convenientemente el modelo de corte fascista que había inspirado la creación de su principal fuerza, las Falanges Libanesas de Amin Gemayel. Aoun me pareció maniqueo, excesivo y algo desequilibrado, aunque forzoso es reconocer que lo difícil era no estarlo en aquel ambiente de bombardeos y odios civiles.

## PUDOR Y VOYERISMO

De regreso a la embajada mantuve una reunión de trabajo con el personal, que estaba realizando una tarea encomiable en medio de difícilísimas condiciones y perseveraba en su actividad a pesar de los pesares, como queriendo contribuir a un ficticio estado de normalidad que no existía en una ciudad dividida, sometida a continuos bombardeos anunciados por el lúgubre ulular de las sirenas, donde no había agua, la electricidad se cortaba con frecuencia y las posibilidades de esparcimiento eran muy escasas. La mayoría de los cines y restaurantes estaban cerrados, y la zona playera de La Corniche era objeto de especial ensañamiento, hasta el punto de que no quedaba hotel en pie que no hubiera sido destripado y no mostrase la intimidad de sus cuartos sin paredes, en un espectáculo muy habitual en el resto de la ciudad que un cierto pudor me impedía mirar abiertamente, si bien, por otro lado, un cierto *voyeurismo* tampoco lograba frenarme del todo. Supongo, pues, que debía de contemplarlo todo de reojo, porque lo recuerdo bien. A pesar de todo, la vida continuaba y los beirutíes se adaptaban a la situación; las tiendas se abrían y las calles se llenaban de pequeños carritos de mano cargados con las más diversas cosas, desde naranjas hasta vídeos, que desaparecían tan pronto como recomenzaban los bombardeos, constantes aquellos días. Pero la gente vivía con los nervios a flor de piel, que es lo menos que podía ocurrirles en aquella situación. Recuerdo a una secretaria de la embajada, muy guapa por cierto, como tantas libanesas, cuyos ojos se abrieron con involuntaria expresión de terror cuando estábamos hablando de Amin Maalouf, al que ella conocía, y empezaron a sonar las sirenas, lo que nos obligó a correr hacia el refugio. Algunos meses después tuvo la amabilidad de enviarme un ejemplar de *Las cruzadas vistas por los árabes*, que había pedido al autor que me dedicara.

## EL MAÎTRE DE LA CIGALE

Una noche, Norberto Ferrer nos llevó a cenar a La Cigale, que se suponía que era el mejor restaurante del Beirut oriental y uno de los poquísimos que permanecían abiertos. Éramos los únicos clientes, pero apenas había nada para comer, y el *maître* se nos acercó, muy ceremonioso, y pronunció un maravilloso sobreentendido: «*Messieurs voudront nous excuser si dû aux circonstances on ne peut pas vous offrir tout ce que vous voyez sur la carte*» (les pido disculpas si debido a las circunstancias no les podemos ofrecer todo lo que figura en la carta). Los anglosajones dominan este arte del *understatement*, como quedó demostrado cuando nos visitó en Madrid el ministro de Asuntos Exteriores de la India y Fernández Ordóñez le preguntó cuántos funcionarios trabajaban en su Ministerio, a lo que él respondió lacónicamente: «Más o menos la mitad». Seguro que era generoso. El caso es que el *maître* de La Cigale, que pretendía transmitirnos una sensación de normalidad en la ciudad destrozada y dividida, se había adaptado a la situación y hacía como si no existiera una guerra mientras los cascotes le rodeaban. Me parecía admirable esa voluntad de vivir, ese instinto de supervivencia que es el motor más potente de

nuestro carácter y que nos ha convertido en depredadores triunfantes.

Ante la imposibilidad de dormir en la embajada derruida, la delegación se alojó en el hotel Alexandre, situado sobre la Línea Verde que separaba Beirut oriental del occidental y que, por esta razón, se reputaba la zona más segura, ya que nadie disparaba sobre ella por miedo a dañar a las propias fuerzas. Aun así tenía bastantes destrozos, el teléfono no funcionaba, todos los cristales estaban cruzados por esparadrapos para evitar que los vidrios se convirtieran en mortíferas cuchillas voladoras y la fachada presentaba huellas de metralla y un boquete grande, mayor que una ventana, a la altura del tercer piso, que debía de ser fruto de un impacto directo. Me instalé en el sexto y, como la tensión acumulada durante el día no me dejaba conciliar el sueño, solía salir a una pequeña terraza a fumar mi pipa mientras observaba el resplandor producido por los fogonazos de las bombas que caían no demasiado lejos, hacían temblar el suelo y vibrar los cristales de mi cuarto e iluminaban de color rojizo el techo nuboso de la ciudad. Mi impresión, muy curiosa, es que veía una película.

#### UN PRIMER MINISTRO IMPOTENTE

El día 19 de abril comenzó con una reunión con los embajadores de Estados Unidos y de Francia, que pensaban que lo único que podíamos hacer para ayudar al Líbano era mantener la neutralidad, lograr un alto el fuego tras haber solucionado el problema del bloqueo de los puertos y reconstituir la Comisión Mixta Militar Interlibanesa de Seguridad, como había propuesto la Liga Árabe. Por su parte, la Comunidad Económica Europea había redactado un comunicado donde, además de lamentar la muerte de Arístegui, hacía un llamamiento a todas las partes, «incluida Siria», para establecer un alto el fuego inmediato. Era la primera vez que desde Bruselas se mencionaba de forma abierta la intromisión siria en los asuntos internos del Líbano. Así eran las cosas entonces. Aproveché el encuentro para pedir ayuda al embajador francés para cuando llegara el momento y fuera posible evacuar a Yumana y trasladarla a España.

Luego crucé la Línea Verde hacia Beirut occidental, el musulmán, con el objetivo de visitar al primer ministro, Salim Hoss, y ver qué podía decirnos él sobre lo ocurrido. Su despacho estaba en un sexto piso y el ascensor no funcionaba por falta de electricidad, lo que contribuía a que se mantuviera en aparente buena forma física, en contraste con su abotargado y alucinado rival. Nada más entrar nos dio formalmente el pésame y atribuyó la muerte de Arístegui a «la matanza indiscriminada de civiles» que tenía lugar en el país. Me dio la impresión de que Hoss era un hombre inteligente, aunque sin poder alguno y bajo el total control de los sirios, cuya presencia en el Líbano me justificó como el único medio para evitar el caos total. Es un argumento que con frecuencia utiliza el invasor para legitimar su ocupación, pero esta vez era el ocupado el que lo esgrimía, y ello lo hacía más interesante. Cuando le pregunté sin rodeos de dónde procedía el proyectil que había impactado en nuestra embajada, me contestó con ironía que era «de origen soviético», cosa que ya sabíamos, y me enseñó los restos de dos granadas de mortero que tenía en el despacho y que me dijo que se las habían tirado a él mismo. Eran del mismo tipo que la que acabó con la vida de Arístegui. El embajador de Francia me confirmó más tarde la veracidad de

esta afirmación y me comentó que, en su opinión, era un aviso que le habían mandado los sirios para que no olvidase quién mandaba en el país.

## BOMBARDEO Y FÚTBOL

Por la tarde hubo un bombardeo más intenso que nos obligó a meternos en el refugio de la embajada. Cuando el ambiente se despejó, nos fuimos a Jounieh, un barrio residencial a unos quince kilómetros del centro de Beirut, donde Paco Muñoz, corresponsal de Televisión Española, nos quería mostrar unas películas sobre la guerra civil libanesa y los bombardeos que se habían producido en los días previos a nuestra llegada, precisamente cuando había muerto Perico de Arístegui. Un testimonio muy impresionante. A continuación, nos acercamos a casa de Antonio Bel, representante oficial del CESID en el Líbano, a ver el partido de fútbol que ese día enfrentaba al Milán con el Real Madrid y que terminó con la escandalosa derrota de los nuestros por 5-0. En realidad, tan sólo presenciábamos uno de los cinco goles, porque la falta de electricidad obligaba a ver el partido con la ayuda de un generador que se paraba cada rato, de forma que, cuando se reanudaba, el Madrid había encajado otro gol. Tenía algo de surrealista estar «viendo» la Copa de Europa en un televisor en blanco y negro mientras la ventana se iluminaba una y otra vez con el resplandor rojizo que producía el estallido de las bombas sobre el centro de la ciudad, cuyo sonido apenas se percibía por la distancia. Aun así —y aunque yo nunca había visto tantas bombas en mi vida—, la gente hablaba en Beirut de «*la trêve espagnole*» (la tregua española), lo que significaba que, desde que habíamos llegado, parecía como si los combatientes estuvieran mostrando cierta contención como muestra de respeto al embajador fallecido... O así me lo decían.

## AYUDAR AL LÍBANO A SOBREVIVIR

El día 20 de abril organizamos a las ocho de la mañana una sencilla ceremonia de despedida al embajador fallecido en el patio de la embajada. Asistimos los miembros de la delegación procedente de Madrid, el personal de la embajada y algunos embajadores europeos e iberoamericanos junto a otros como los de la Unión Soviética y Yugoslavia (curiosamente, dos países que hoy han dejado de existir). También acudieron el nuncio y el patriarca maronita. El Gobierno de Aoun envió al general Abu Jamra, viceprimer ministro cristiano, y una banda de música. Habló primero el nuncio y luego el patriarca Abi Nader, que pronunció unas palabras breves y bien dichas y sostuvo que Pedro de Arístegui había dado su vida por el Líbano, un país cuya propia existencia pendía de un hilo, y que los embajadores acreditados en Beirut cumplían un papel de suma importancia al afirmar ante el mundo la existencia de una soberanía que otros querrían ver desaparecer. Por eso hizo un llamamiento para que ningún país cerrara su embajada, por difíciles que se pusieran las cosas. Entonces el general Abu Jamra entregó a Gustavo de Arístegui la Gran Cruz de la Orden del Cedro, que curiosamente le había concedido a su padre el

Gobierno rival de Salim Hoss, lo que da idea del desmadre que era aquel Líbano; mientras, en un magnetofón sonaba el himno nacional español. Todo duró diecisiete minutos exactos, dos más de lo previsto, y resultó un acto sobrio, digno y solemne, como yo quería. Tan pronto como finalizó, metimos el féretro en un furgón y nos encaminamos hacia el helipuerto de Jounieh formando una larga y pintoresca caravana integrada por todos los embajadores presentes, con las banderas al viento y abundantes guardaespaldas que asomaban por las ventanillas de los coches todo tipo imaginable de armamento. Tras una breve ceremonia de honores en el helipuerto a cargo de una compañía del ejército libanés, a las 9:10 despegamos en dos helicópteros de las Fuerzas Cristianas rumbo a Larnaca, en Chipre. Las facciones libanesas enfrentadas tuvieron el gesto de no bombardearse aquella mañana hasta que salimos. Nos llevamos con nosotros a los dos niños pequeños de Perico junto con su niñera filipina, y aprovechamos también que en los helicópteros había sitio disponible para repatriar a dos ciudadanas españolas que me lo pidieron porque no podían aguantar más la situación que vivía el país. En Larnaca trasladamos el cadáver al Hércules C-130 que allí nos esperaba, tras unos trámites legales que se facilitaron mucho gracias a la presencia en el aeropuerto del vicecónsul honorario de España, Spyros Araouzos.

El Hércules es un avión de hélice lento, ruidoso e incómodo, y después de un vuelo largo y sin incidentes aterrizamos a las 18:23 en Barajas, donde esperaban el féretro el presidente Felipe González y el ministro Fernández Ordóñez. La capilla ardiente se instaló en el palacio de Santa Cruz, y a ella acudió aquella noche Su Majestad el Rey para imponer a nuestro embajador fallecido la Gran Cruz de Carlos III.

Perico de Arístegui estaba otra vez en casa y con los suyos, que éramos todos. Por supuesto que nuestra embajada en el Líbano no se cerró y en ningún momento, ni siquiera en los más difíciles de la historia de ese atormentado país, faltaron nunca voluntarios para desempeñar sus tareas en ella.

## CUANDO LA PAZ PASÓ POR MADRID

No teníamos la menor idea de lo que se nos venía encima cuando regresamos de Teherán la noche del 17 de octubre de 1991, tras unos intensos días, que en mi caso, habían estado dominados por las difíciles negociaciones para la liberación dos días antes del capitán Rosales, un marino gallego empleado como segundo comandante en un petrolero de bandera iraní que había provocado un accidente en el puerto de Bandar Abbás que se saldó con dieciséis muertos. Rosales había sido condenado inicialmente a muerte, y su liberación me exigió algunos viajes a Irán y una negociación de varios años muy complicada por tener interlocutores muy diversos, desde ayatolás hasta pasdaranes, pero que por fortuna salió bien. Más cansado volvió el ministro Fernández Ordóñez, ya afectado por el cáncer que acabaría con su vida apenas diez meses más tarde, aunque él no lo sabía ni quería saberlo; sin embargo, James Baker, secretario de Estado de Estados Unidos, lo sacó de la cama a eso de las dos de la mañana para preguntarle si estaríamos dispuestos a acoger una conferencia de paz para Oriente Medio en apenas diez días. Tras consultar con el presidente González y éste con el Rey, Fernández Ordóñez dio una respuesta positiva apenas un par de horas más tarde, en la misma madrugada del día 18. No podíamos dejar pasar esa gran ocasión para convertir a nuestro país en el centro de la diplomacia mundial durante unos días.

Al analizar esta reunión, cabe plantearse tres cuestiones previas: ¿Por qué una conferencia de paz sobre Oriente Medio (CPOM)? ¿Por qué en aquel preciso momento y no en otro? ¿Por qué en Madrid?

Todo comenzó con la creación en 1948 del Estado de Israel —fruto, en parte, del sueño sionista y, también en parte, de la mala conciencia del mundo tras la tragedia del Holocausto— y con la negativa del mundo árabe a aceptar la partición del viejo Mandato británico sobre Palestina decidido por la resolución 181 de la Asamblea General de la ONU. Abba Eban decía que los palestinos nunca han perdido una ocasión para equivocarse, y cabría añadir que tampoco los israelíes han desperdiciado las que han tenido para ocupar tierras palestinas. La consecuencia han sido casi sesenta años de sufrimientos que han dado lugar a seis guerras, dos revueltas populares conocidas como Intifadas, intervenciones en Gaza, cientos de miles de refugiados y la creación en Oriente Medio de un foco permanente de inestabilidad. La esperanza estribaba en que esta conferencia nos acercara a la paz, pues la alternativa era más de lo mismo: más inseguridad, más injusticia y más sufrimiento. Valía, pues, la pena intentarlo, aun siendo muy conscientes de las

dificultades y de que en el mejor de los casos el camino sería necesariamente largo y difícil.

#### UNA VENTANA DE OPORTUNIDAD

Ahora bien, ¿por qué en aquel momento y no en otro? A mi juicio, hay tres hechos que explican que la coyuntura de 1991 fuera en especial favorable: el primero fue el impacto que produjo la Intifada para Israel en términos de imagen, pues influyó sobre la percepción que el mundo tenía del problema palestino, de forma tal que el antiguo oprimido se convertía en opresor, y el «terrorista», en perseguido. La Organización para la Liberación de Palestina, OLP, no lanzó ni imaginó la Intifada, que surgió como un movimiento popular y espontáneo, sino que trató de subirse en marcha a un caballo que ya iba al galope para intentar controlar y dirigir la revuelta provocada por el hastío popular a la ocupación israelí en medio de la indiferencia de los hermanos árabes, que en la anterior Cumbre de Amán ni siquiera habían tenido un recuerdo para el problema. La OLP no podía tolerar el nacimiento de un liderazgo alternativo en los territorios ocupados porque eso era algo suicida para ella. La segunda razón fue la desaparición de la Unión Soviética y el fin de la bipolaridad, lo que produjo el desbloqueo del Consejo de Seguridad de la ONU y la aparición de una situación nueva que el propio Gorbachov sintetizó en su discurso de apertura en Madrid al afirmar que «los cambios radicales en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética nos permiten hablar de un período totalmente nuevo de la historia mundial», un período que favorecía la colaboración en busca de la paz en Oriente Medio. Por último, la guerra del Golfo para la liberación de Kuwait había creado eso que los diplomáticos llamamos «una ventana de oportunidad», que no podía dejarse escapar porque las masas árabes habían sido muy sensibles a la propaganda de Sadam Huseín de que Occidente actuaba con doble moral al exigirle a él una inmediata retirada de Kuwait, mientras Israel llevaba veintitrés años haciendo caso omiso de las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad, que también exigían su retirada de Gaza y Cisjordania. Además, la guerra del Golfo mostró la vulnerabilidad de Israel ante las nuevas tecnologías militares que permitieron a Sadam Huseín lanzar cohetes *scud* sobre Tel Aviv, a seiscientos kilómetros de distancia, y porque la propia guerra había producido un cambio en las alianzas y alineamientos tradicionales en la región. Todas esas circunstancias favorecían un enfoque novedoso.

Fue en ese contexto donde surgió el llamado Plan Baker, que era el número 58 de cuantos han visto la luz desde 1948 y que sirvió de base a la convocatoria de Madrid. Este plan combinaba la insistencia de los árabes en una cobertura internacional con la demanda israelí de una negociación en el marco bilateral. La primera la garantizaba un plenario bajo patrocinio conjunto de Estados Unidos y de la Unión Soviética y sin la intervención de las Naciones Unidas ni de la OLP, un plenario que no podría imponer soluciones a las partes ni vetar los acuerdos que ellas pudieran alcanzar, y sólo se podría reunir por unanimidad de las mismas. Su principal virtud radicaba en que sentaba a las partes frente a frente por vez primera y les permitía que expusieran sus puntos de vista, al tiempo que las forzaba a escuchar los de sus adversarios. De este plenario surgiría luego una negociación en dos vías: una bilateral, entre los israelíes y cada uno de sus vecinos, y otra

multilateral. El objetivo inicial de Baker era lograr una autonomía palestina durante un período de cinco años; al tercer año habría que empezar a negociar el futuro, «sin que nadie pueda decir con precisión cuál va a ser el resultado final», como dijo Bush en Madrid. En su discurso de clausura de la Conferencia, Baker precisó algo más al sostener que «la base del diálogo deben ser las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que contienen el principio de cambio de tierra por paz». Por su parte, el canal multilateral de las negociaciones tenía por objeto el tratamiento de asuntos de interés general comunes a la región en su conjunto, como desarrollo económico, refugiados, agua, desarme, medio ambiente, etcétera. En el espíritu del plan, las negociaciones multilaterales debían actuar como zanahorias para estimular los acuerdos bilaterales al dejar ver a las partes las ventajas que para todos podrían derivarse de unos acuerdos de paz en la región.

Claro que no todo el mundo estaba conforme con estas ideas, y menos, en particular, los radicales de uno y otro bando, como Hamas, que festejó el inicio de la reunión de Madrid con una huelga general en los territorios ocupados por Israel, o el *hoyatoleslam* Mohtashami-Pur, que afirmó ante el parlamento iraní que «la participación en la conferencia americana de Madrid es una declaración de guerra contra el islam» y que sus asistentes «quedan condenados a muerte y serán ejecutados por musulmanes revolucionarios [...] en el menor plazo». Siempre tan simpáticos. También los *muyahidines* del Movimiento Islámico de Afganistán expresaron «su más fuerte condena de la Conferencia de Madrid, que pretende vender a los judíos el pueblo islámico de Palestina». A otro nivel, la convocatoria tampoco despertó entusiasmos en ciertos medios israelíes, y algún miembro de su delegación oficial me reconoció en privado que el primer ministro Shamir había acudido sin ningunas ganas y «encadenado» por los norteamericanos. También se presentaron en Madrid algunos seguidores radicales del rabino Kahane, a los que se acabó expulsando de España tras manifestarse en contra de la Conferencia y pretender entrar en el hotel Princesa Palace, donde se alojaba la delegación israelí.

## BAKER ELIGE MADRID

Cabe interrogarse, por último, por la razón de que se eligiera Madrid y no otro lugar. Cuando se lo preguntaron, Bush contestó lacónicamente que «España es la mejor opción». Antes Baker había dicho en Jerusalén que en la elección de Madrid había «razones de carácter político, histórico y cultural». La verdad es que España mantenía buenas relaciones con estadounidenses y soviéticos, y también con las partes enfrentadas. Con Washington, la relación bilateral se había visto reforzada de forma notable tras nuestro apoyo en la guerra para la liberación de Kuwait, como reconocía el 21 de octubre el *Christian Science Monitor* al escribir que «España jugó inteligentemente en la crisis del Golfo, equilibrando sus lazos árabes con los crecientes vínculos con Israel» y destacar más adelante «el atractivo de España como país con tres culturas: cristiana, musulmana y judía». Un editorial del *Diario de Barcelona* lo expresaba muy bien el 29 de octubre al decir que «se ha sabido presentar Madrid como el punto idóneo, geográfico y político para acoger la Conferencia. Y lo cierto es que la posición española, en relación con las diferentes



partes en conflicto, está en el punto justo de proximidad y lejanía para ser el elegido. La relación española con los países árabes ha perdido la fraternidad que tuvo durante el franquismo desde que España reconoció diplomáticamente a Israel, pero no se ha enfriado hasta el punto de que los árabes consideren a España como un territorio hostil a sus intereses. Lo que España ha perdido con los árabes se ha ganado con Israel, un país con el que los vínculos de todo tipo —desde los económicos a los de seguridad, pasando por los culturales— son cada vez más intensos». Pero es que, además, España tenía una política clara referente al conflicto de Oriente Medio que podía gustar más o menos, pero que era respetada por todos porque era honesta, seria y coherente y había culminado en la Declaración de Madrid adoptada por el Consejo Europeo del 27 de junio de 1989, que junto con la Declaración de Venecia de 1980 constituyeron durante mucho tiempo la piedra angular de la política europea con respecto de Oriente Medio. Es triste constatar que hoy los europeos estamos más desunidos que entonces, y más alejados, en consecuencia, de una política común que pueda proyectarse con posibilidades de éxito en la región, como se vio durante las votaciones sobre la admisión de Palestina como Estado observador en la ONU en 2014. Los europeos votamos entonces de tres maneras diferentes... y porque no había cuatro.

El caso es que los estadounidenses decidieron que había llegado el momento de hacer un esfuerzo extraordinario en favor de la paz en Oriente Medio y eligieron Madrid de acuerdo con las partes y después de descartar otras ubicaciones. Los que tuvieron peor perder fueron los franceses. Mitterrand, despechado, dijo algo así como que no todo podía tener lugar siempre en Francia y que, a fin de cuentas, «Madrid no estaba tan lejos de París» (*sic*). *Le Monde* publicó un editorial titulado «Amargura francesa», precedido el día antes por un artículo sobre «la humillante ausencia de Francia», mientras *Libération* se refería a un «París, amargo figurante en el escenario madrileño». Nunca llueve a gusto de todos, pero Francia no podía desconocer que su política en Oriente Medio producía desconfianza en Israel y disgusto en los estadounidenses, como demostró con ciertas iniciativas descoordinadas y muy de última hora previas a las operaciones militares para liberar Kuwait y que, entre otras cosas, hicieron imposible la misión encomendada a Javier Pérez de Cuéllar como secretario general de la ONU.

#### AYUDAR Y NO ESTORBAR

Había muy pocos días para organizar la que se nos venía encima, y el mismo día 19, sábado, aterrizaba James Baker en Madrid para comenzar los preparativos. Fui a esperarlo al aeropuerto con Fernández Ordóñez, y juntos lo acompañamos luego a la Moncloa, donde Felipe González le ofreció un almuerzo al que también asistieron el embajador Joe Zappala y sus colaboradores: Margaret Tutwiler (portavoz), Dennis Ross (negociador principal) y Ed Djerejian (director general para asuntos de Oriente Medio). A Felipe González le acompañó el ministro Fernández Ordóñez, Pepe Pons (director del Departamento Internacional de la Presidencia del Gobierno) y yo mismo. Baker explicó que confiaba en la celebración de la reunión, aunque todavía no había recibido una respuesta a las invitaciones cursadas, y manifestó su preocupación por lo que llamó la posible «insinuación» de la OLP durante la Conferencia, lo que podría dar al traste con los

esfuerzos emprendidos porque, dijo, «Israel está deseando encontrar una excusa para no asistir o retirarse». Por su parte, González ofreció «ayudar y no estorbar», mientras todos nos quedábamos anonadados ante la magnitud de las necesidades logísticas que implicaba un acontecimiento como el que se avecinaba: una sede para la Conferencia con despachos para todas las delegaciones y salas de diferentes tamaños para reuniones de trabajo dotadas de teléfonos seguros, de líneas de fax y de máquinas de escribir con caracteres árabes, latinos y hebreos; una sala de prensa capaz de acomodar a seis mil periodistas y cien cadenas de televisión en retransmisión simultánea; alojamiento para los medios de comunicación; hoteles para nueve delegaciones, algunas de ellas bastante numerosas (los estadounidenses eran ochocientos y los rusos ciento cincuenta). También había que garantizar la seguridad de la reunión y la de los delegados y, en especial, la de George H. W. Bush y Mijaíl Gorbachov. Y todo ello en apenas diez días. Una pesadilla. Al salir del almuerzo me temblaban las piernas, y estoy seguro de que no era el único al que le pasaba.

Tras despedir a Baker en el aeropuerto de Torrejón de Ardoz, Fernández Ordóñez y yo regresamos a la Moncloa, donde Felipe González convocó una mini-reunión a la que se incorporó el vicepresidente Narcís Serra, que se encargó desde ese momento de la coordinación de todos los trabajos preparatorios. Asimismo, se decidió crear bajo su mando tres grupos de trabajo dirigidos, respectivamente, por el ministro de Interior, José Luis Corcuera, sobre asuntos de seguridad; por la ministra Rosa Conde para la comunicación e información, y por el secretario general de Coordinación y Servicios de la Presidencia, Lluís Reverter, para temas de organización y logística. Narcís Serra quería que yo asegurase una comunicación fluida entre los tres. En paralelo, y a propuesta de Baker, se creó una troika que debería ocuparse de la coordinación y supervisión de todo este trabajo desde un punto de vista diplomático. Esta troika, conocida como COREGROUP, la integraban Margaret Tutwiler, por Estados Unidos, Kostantin Mozel, por la Unión Soviética, y yo mismo, por el país anfitrión. Lo primero que hice fue conseguir un despacho en el hotel Palace, donde se instaló el cuartel general estadounidense, que los ochocientos miembros de su delegación convirtieron en un laborioso hormiguero.

Serra convocaba casi todas las tardes una reunión con Corcuera, Conde, Reverter y conmigo, a la que también asistían a veces Miguel Gil, el subsecretario del Ministerio del Portavoz; Roberto Dorado, jefe del Gabinete del presidente; Rafael Vera, secretario de estado de Interior, y Pepe Pons. A diario se analizaba el progreso de los preparativos y se tomaban las decisiones pertinentes para superar los obstáculos. Eran reuniones muy operativas. Resultaba muy útil que Serra, por ejemplo, cogiera el teléfono y le pidiera directamente a Cándido Velázquez, presidente de Telefónica, la instalación de las líneas necesarias en IFEMA, donde se iba a situar el centro de prensa, un espacio vacío de 23.000 metros cuadrados donde Telefónica montó, visto y no visto, 60.000 circuitos y 2.500 líneas de teléfono, mientras por otras vías llegaban intérpretes, restaurantes, quioscos de prensa, líneas de microbuses, agencias de viajes y conexiones para ordenadores personales hasta convertirlo en una instalación que, como me dijo Tutwiler, «nada tenía que envidiar a las más sofisticadas del mundo».

Otro grupo se ocupaba de buscar seis mil camas de hotel y de recibir en el aeropuerto a las delegaciones, que comenzaron muy pronto a llegar (aquí echaron una mano embajadores jubilados como José Antonio de Urbina, Manolo Sassot y Enrique Suárez de Puga). Entre tanto, se

organizaba la logística y la circulación de las caravanas oficiales, las acreditaciones para delegados y periodistas y el acondicionamiento del Palacio Real como sede de la Conferencia, algo que exigió reforzar el suministro eléctrico, las instalaciones de fax y teléfono, los circuitos internos de televisión y un largo etcétera.

Estructurar la seguridad resultó también muy complicado: se movilizaron para la «Operación Pax» a 15.000 policías que llegaron desde diversos puntos de España y que convirtieron Madrid en la ciudad más segura del planeta, aunque muchos no sabían dónde estaba la Puerta del Sol. La Guardia Civil se ganó el respeto de servicios de seguridad tan exigentes como el estadounidense y el israelí, que trataron de burlar su vigilancia hasta en tres ocasiones, sin conseguirlo. Se produjo un momento de tensión cuando llegaron rumores de que un avión suicida se dirigía hacia Madrid con la intención de estrellarse contra la fachada del palacio. Por fortuna no fue cierto, pero la red de alerta se activó y nuestros aviones despegaron por si había que interceptar al aparato.

En el plano jurídico se planteó el estatuto legal de los participantes en la CPOM, porque España no formaba parte del Convenio sobre Misiones Especiales, anejo a la resolución 2530 (1969) de la Asamblea General de las Naciones Unidas que se utiliza por lo general en estos casos. Lo resolvimos con un canje de notas con cada uno de los participantes, un procedimiento diplomático que nos permitió extenderles los beneficios, privilegios e inmunidades de la citada convención. Para ello logramos el preceptivo dictamen del Consejo de Estado y la aprobación del Consejo de Ministros, pero no hubo forma, por falta material de tiempo, de obtener la de las Cortes, algo que resolvimos aplicándola de manera provisional tras su publicación en el *BOE*. Es sólo un ejemplo de la cantidad de problemas que había que resolver luchando literalmente contra el reloj.

También constituimos equipos de enlaces diplomáticos y militares para cada delegación participante. Yo dirigía los primeros, y Reverter los segundos. Para los diplomáticos, se buscó a una decena de funcionarios con experiencia profesional e inclinación por los asuntos de Oriente Medio, como Jesús Riosalido; mi hermano, Rafael Dezcallar; Norberto Ferrer, Emilio Artacho, José María Otero, Luis Cuervo, Antonio García Abad, Javier Sangro, Fernando Camino y Andrés Collado. Todos ellos estaban coordinados por mi subdirector para Oriente Medio, Juanjo Urtasun, que vivió literalmente durante aquellos frenéticos quince días en la habitación 148 del hotel Palace. Mientras los enlaces militares velaban por todas las necesidades logísticas, los diplomáticos desempeñaban la tarea de facilitar los contactos políticos precisos con el país huésped, con los copatrocinadores y entre las delegaciones. Estos enlaces se reunían conmigo al final de la jornada, y juntos efectuábamos una evaluación diplomática de lo ocurrido durante el día entre las bambalinas, que luego yo elevaba al ministro.

## EL EJEMPLO DE PROUST

Improvisando somos muy buenos, pero en este caso le echamos, además, mucho trabajo y mucha ilusión. Fernández Ordóñez escribió en *El País* el 29 de octubre: «cuentan que Marcel Proust, cuando organizaba una cena para sus amigos, no sólo supervisaba en persona todos los

preparativos, sino que cenaba antes. Así, decía, podía concentrar toda su atención en sus invitados y ocuparse de todas las incidencias previsibles o imprevisibles. Nosotros llevamos muchos años trabajando en los problemas de Oriente Próximo y disponemos ahora de la serenidad y de la información necesarias para ser anfitriones discretos y activos». Ese éxito organizativo que todos nos han reconocido se vio facilitado por tres factores: el primero fue, en línea con lo que hacía Proust, que improvisamos mucho menos de lo que se dice y de lo que el cliché achaca al carácter español. Trabajamos muchísimo. James Baker tuvo la amabilidad de enviarme una carta de felicitación y agradecimiento cuando ya todo había pasado donde, entre otras cosas, se refirió a nuestra labor cuando escribió: «Poner en pie una Conferencia de Paz en doce días era una tarea hercúlea, que sólo podía lograrse con el incansable esfuerzo de todas y cada una de las personas involucradas. Ese esfuerzo fue evidente desde el momento que aterricé en Madrid hasta que despegó el último avión de la delegación. El mundo observaba, y España será recordada por haber superado el reto de coordinar esta difícil empresa en un tiempo tan corto. Le estoy muy agradecido por su contribución personal a la Conferencia de Paz».

El segundo factor fue que se creó en Madrid un ambiente espléndido en el que la gente echó literalmente el resto, y no era extraño encontrar a ciudadanos que acudían de forma espontánea a ofrecer sus servicios «para lo que sea». Los sufridos madrileños soportaron con estoicismo y con su tradicional sentido del humor los atascos y las incomodidades, que fueron muchos y muchas, que la seguridad de la Conferencia impuso al normal desarrollo de sus vidas cotidianas. Al final, resultó determinante el hecho de que los estadounidenses supieran bien lo que se necesitaba y que lo trajeran bien detallado en gruesas carpetas que portaban Maggie Tutwiler y su adjunta Karen Groomes. Las consultaban y concluían que hacía falta un salón de tales dimensiones y no de otras, y que en torno a este salón debía haber seis más pequeños, así como otros treinta y nueve despachos con unas particulares condiciones (cada uno con un número concreto de teléfonos, faxes, máquinas de escribir de ciertas características), o bien tantos salones auxiliares para reuniones bilaterales, amplias o reducidas, de doce asientos o de cuatro, pongo por caso; o que las acreditaciones para los delegados y periodistas presentaran formatos predeterminados y que además cumplieran con algunos requisitos de seguridad. De este modo, nuestra tarea no consistía en pensar lo que hacía falta, sino en ser capaces de proporcionar «para ayer mismo» cuanto nos pedían. Que no era poco. De otra forma, reunir la CPOM en tan sólo diez días hubiera sido sencillamente imposible.

Aun así, no eran escasos los asuntos no previstos en las carpetas de Karen Groomes que había que ir resolviendo sobre la marcha. Así, se decidió que para evitar los problemas que planteaba la presencia de los palestinos se obviara el nombre de los Estados y en su lugar se usaran gentilicios, esto es, los jordanos o los sirios en lugar de Jordania o Siria y, como es natural, los palestinos en vez de Palestina. También hubo que retirar del salón de Columnas la maravillosa estatua de Carlos V, obra de Pompeo Leoni, en la que el emperador aparece pisando a un turco encadenado, lo que nos pareció que no encarnaba el espíritu de conciliación que se deseaba para las reuniones. En su sitio se colocó otra escultura bastante más fea que representaba la Justicia con los ojos vendados, como correspondía. También se cambiaron algunos de los tapices flamencos de Jan Raes basados en cartones de Rafael que reproducen escenas de los Hechos de

los Apóstoles, pues no se trataba de predicar ni de convertir a nadie a nada que no fuera a la idea de la paz. Por suerte, a nadie se le ocurrió ponerle pegas al fresco de Corrado Giaquinto que embellece el techo del salón, inspirado en el nacimiento del sol... Al contrario, algunos de nuestros asesores más pretenciosos y cursis lo consideraron muy apropiado como «alumbrador de una nueva etapa en las relaciones entre árabes e israelíes». Ahí queda eso.

#### ANIMO A LAS PAREJAS A ARRIMARSE

Fue entonces cuando hice unas declaraciones al programa *España a las 8*, de Radio Nacional, que dieron literalmente la vuelta al mundo. Fue algo que se me ocurrió sobre la marcha y que aún hoy pienso que recogían de forma muy gráfica y certera lo que estaba ocurriendo. Dije que los estadounidenses ponían la música; las partes ponían los bailarines, y a nosotros nos habían pedido que pusiéramos el salón... y, añadía, si veíamos que el ambiente era propicio procuraríamos bajar la luz para animar a las parejas a arrimarse un poco más. Estas palabras se reprodujeron al instante desde Irán hasta China y Estados Unidos. Desde la Moncloa me enviaron un aviso diciendo que estaba más guapo callado.

La organización de las caravanas fue otro quebradero de cabeza porque los palestinos —no hay que olvidar que no asistían con delegación independiente— deseaban tener su propia caravana separada de la jordana e insistían en una igualdad total entre ambas delegaciones, lo que en ocasiones conducía a situaciones un tanto cómicas al ser físicamente imposible que los coches de los respectivos jefes de la delegación atravesaran a un mismo tiempo la puerta de la verja del Palacio Real, cuya anchura sólo permite el paso de un vehículo. Especialmente complicado fue todo lo referido a la forma de la mesa, a la llegada de las delegaciones, al sitio que cada una iba a ocupar, al orden de intervención y al tiempo que iba a disponer cada orador. Fueron cuestiones que originaron interminables discusiones del COREGROUP con los delegados. Con respecto a la mesa, al principio se había previsto que tuviera forma de H, pero Tutwiler, que era una texana que hablaba con la nariz y veía el mundo a través de un objetivo de televisión, puso reparos, una vez que los carpinteros ya habían terminado su labor, porque, con esa forma, algunos de los delegados habrían ofrecido el cogote a la televisión, y eso no era aceptable. De manera que hubo que cambiar la H por una T cuya parte horizontal ocuparían los dos copatrocinadores. Ése fue el lugar donde se sentó Felipe González en la sesión inaugural, junto a Bush y Gorbachov, lo que modestamente considero un pequeño éxito personal porque al principio los estadounidenses no estaban de acuerdo (también logré colocar a Fernández Ordóñez con James Baker y Boris Pankin). El eje vertical de la T separaba a las delegaciones por medio de arreglos florales en forma de islas para no dar la imagen de un muro, con lo que de un lado quedaban los libaneses, los israelíes y los egipcios y, del otro, los sirios, los jordano-palestinos y los representantes de la Comunidad Económica Europea. Ningún árabe se quiso sentar al lado de la delegación israelí, y los estadounidenses tuvieron que ponerse serios, y es que, en verdad, los soviéticos apenas influyeron en nada, al igual que nada pagaron de lo mucho que costó toda esta reunión, pues su país atravesaba graves problemas internos en aquellos momentos, lo que el diario *Izvestia* recogía con

crudeza bajo el expresivo título de «¿Último tango en Madrid?». Estuvo muy bien visto, porque fue de verdad el último tango de la Unión Soviética. Según la tesis del articulista Kondrashov, el objetivo de Gorbachov en Madrid no era la paz en Oriente Medio, sino intentar mostrarse ante el mundo como el igual de Bush, aunque la Unión Soviética casi había dejado de existir.

Resulta difícil de creer, pero algunos delegados pretendieron entrar armados en la sala de reuniones, y eso nos obligó a poner arcos detectores de metales en el Palacio Real y a convencerles luego de que su inmunidad diplomática no se veía afectada por esta necesaria prueba de desconfianza. Justificada. A un delegado (no diré de dónde) lo separamos de su revólver en la misma entrada.

Ante la falta de acuerdo, el orden de intervención fue decidido por los copatrocinadores sin derecho de apelación. Se optó por dar a cada delegación quince minutos para su discurso y el doble de tiempo, esto es 15+15, a la delegación jordano-palestina. Los israelíes pretendieron obtener más tiempo alegando que deberían responder a varios interlocutores, pero no se atendió su petición. Cada parte escogía libremente la composición de su delegación, con la excepción de los palestinos, sometidos a un estrecho marcaje para demostrar que no eran miembros de la OLP, ni residentes en Jerusalén ni miembros de la diáspora, pues éstas fueron las condiciones impuestas por Israel para acudir a Madrid, con la consecuencia de que los palestinos más significativos y representativos que vinieron a España, como Faisal Husseini o Hanan Ashrawi, no formaban parte de la delegación palestina, aunque nosotros los rodeamos de todo tipo de atenciones como escoltas, coches blindados y recepción en el palacio de la Moncloa. Los miembros de su delegación no tomaban ninguna decisión sin hablar con ellos e, incluso, una noche pusimos a su disposición un Mystère de nuestra Fuerza Aérea para ir a Túnez a consultar un asunto con Arafat. De modo que la OLP no estaba formalmente presente en Madrid, como exigían los israelíes, pero se encontraban detrás de cada palabra que pronunciaba Haidar Abdel Shafi, jefe nominal de su delegación. A cambio de este trato de favor, los palestinos de la OLP se comprometieron a permanecer en Madrid con discreción y a no montar escándalos mediáticos.

## EL REY, AQUEL SEÑOR ALTO Y CON BUENA PINTA

Hubo otros problemas menores, como choques entre los servicios de protocolo, y así, Tutwiler criticaba a Reverter, a quien llamaba «*the* Generalísimo», porque pretendía mandar tanto como ella misma..., pero ni él lograba hacerlo en inglés ni ella en castellano, con lo que la incomprensión aumentaba. Reverter realizó un trabajo extraordinario porque tenía autoridad, capacidad de decisión y un agudo sentido teatral que resultaba muy conveniente en lo que estábamos haciendo, como demuestra la preciosa imagen televisiva de la fachada del Palacio Real con reposteros colgados de las ventanas y un trasfondo muy madrileño de montañas con veladuras azuladas de tipo velazqueño detrás, que dio la vuelta al mundo el día de la apertura de los trabajos de la Conferencia. También fue preciso definir el papel del Rey, que recibió en lo alto de la escalera del palacio a todas las delegaciones y se reservó una cena en la Zarzuela con Bush y Gorbachov. Se produjo un incidente chusco con el ministro sirio de Exteriores, Farouk al-Sharaa,

que se me acercó para protestar airadamente porque, según él, los demás delegados habían sido presentados al Rey al llegar a palacio, y él no. Tuve que explicarle que el Rey era aquel señor alto y con buena pinta que le había recibido en lo alto de la escalera del Palacio Real y a quien él había saludado, y se quedó de lo más corrido. Se lo conté al Rey, sugiriéndole que la próxima vez se pusiera corona, y se tronchaba de la risa. Los que hicieron un papelón fueron los europeos debido a los celos entre la presidencia comunitaria que ostentaba el holandés Van den Broek y el comisario de Relaciones Exteriores, Abel Matutes. Los dos deseaban encabezar la delegación y, sobre todo, no querían que la encabezara el otro. Al final se les puso dos sillas muy próximas junto a la mesa, pero cada vez que Matutes se levantaba, Van den Broek le empujaba la silla hacia atrás con el pie. Parecían niños. Al final Matutes se volvió a Bruselas, bastante *cabreado* con el holandés. Por si fuera poco, el último día decidieron que, en lugar de asistir una delegación comunitaria pequeña, como se había acordado, donde unos pocos representarían a todos, se buscaría «una representación más política e igualitaria», con lo que tras los dos comisarios en permanente pelea hubo que colocar doce sillas, una para cada país miembro, que apenas logramos meter en la sala, pues no cabían de ninguna forma cerca de la mesa. ¡Menos mal que entonces aún no éramos veintiocho! No me extraña que no nos tomen en serio.

El día D-menos-1, el martes 29, acompañé a Fernández Ordóñez a una interesante entrevista con Amr Musa, entonces ministro de Asuntos Exteriores de Egipto, quien nos expresó su opinión de que los israelíes acudían a Madrid «*to do business*» (a trabajar), a lo que añadió que con Tel Aviv había que tener mucha paciencia, y puso como ejemplo que, tras el histórico viaje de Anwar el-Sadat a Israel, los hebreos pusieron sobre la mesa «*the lousiest posible offer*» (la peor oferta posible), que Egipto rechazó, pero sin caer en la trampa de abandonar la negociación: al final de ésta, y con mucha persistencia, logró recuperar hasta el último centímetro cuadrado de la península del Sinaí... once años más tarde. Un mensaje idéntico que el que me transmitió esa misma noche mi hermano Rafael, que estaba destinado en nuestra embajada en Tel Aviv y a quien los israelíes le habían reiterado lo que ya a mí me habían dicho antes: que acudían a Madrid sin ningunas ganas y forzados por los estadounidenses, pero dispuestos a hablar si encontraban algún gesto positivo por parte de los árabes en relación con la legitimación internacional de su país.

Esa noche, a pocas horas de la apertura de los trabajos, los israelíes protestaron porque las identificaciones decían «Conferencia Internacional de Paz para Oriente Medio», y nos obligaron a recortar la palabra «internacional» de todas y cada una de ellas. Me refiero a esos plásticos que se cuelgan del cuello como escapularios y que parecen consustanciales con cualquier reunión internacional. Había identificaciones de diversos tipos según el nivel de seguridad, pero en total sumaban unas cinco mil. A ello nos dedicamos un pequeño grupo con paciencia, buen humor y varios pares de cizallas y tijeras hasta altas horas de la noche. Por la misma razón, hubo que retirar varios miles de cajas de cerillas que había preparado Rosa Conde como recuerdo. Entonces todavía se fumaba.

OBLIGADOS A ESCUCHARSE

Y por fin llegó el gran día. Me puse una corbata azul de mi padre, recientemente fallecido, a quien sin duda le hubiera gustado ver todo aquello. Tras la recepción de los delegados por Su Majestad el Rey en la imponente escalinata de honor del palacio, el presidente González hizo su entrada solemne en el salón de Columnas junto con Bush y Gorbachov y comenzaron las reuniones. La Conferencia se desarrolló en dos fases bien definidas: el plenario y las negociaciones bilaterales. El plenario nos proporcionó algo hasta entonces nunca visto: la reunión en torno a una misma mesa de todas las partes enfrentadas en Oriente Medio. En el único precedente anterior, la Conferencia de Ginebra de 1973, no asistió Siria, y además fue un fracaso, pues quedó aplazada de forma indefinida tras la sesión inaugural. En Madrid todos tuvieron ocasión de exponer sus puntos de vista y todos escucharon lo que los demás tenían también que decir. Durante dos días los discursos siguieron la tónica que cabía esperar: Bush sostuvo que el objetivo de la Conferencia era la paz con seguridad y justicia, para lo cual el compromiso territorial era algo esencial, y Gorbachov defraudó porque no habló de Oriente Próximo, sino de la situación interna de su país, que con razón debía de preocuparle más (Shamir decía que se había dormido durante su intervención). Los demás no se salieron del guión: Van den Broek irritó a los israelíes recordando la postura comunitaria tal como se recogía en las declaraciones de Venecia de 1980 y de Madrid de 1989; Abdel Shafi hizo gala de un gradualismo inteligente y firme en cuanto al fondo, insistiendo en la conclusión de la ocupación israelí y en la creación de un Estado palestino, aunque al término de su discurso cruzó algunas «líneas rojas» al mencionar a Arafat y la OLP, pero sin dar tiempo a reaccionar a los israelíes; Amr Musa, por Egipto, hizo un discurso algo más duro de lo esperado en la forma y que estaba con claridad dirigido a la opinión pública del mundo árabe, cuyo liderazgo pretendía (luego fue secretario general de la Liga Árabe y candidato a la presidencia de su país tras la defenestración de Mubarak); en la misma línea estuvo el ministro libanés Buez, que fue más allá del problema palestino para pedir «la liberación de todos los territorios árabes ocupados», idea que repetiría con más vehemencia el sirio Al Sharah al exigir la retirada israelí de «cada centímetro del Golán sirio ocupado, Jerusalén, Cisjordania, Gaza y el sur del Líbano», para que no cupieran dudas. Por su parte, el discurso de Shamir fue duro, repleto de milenarismo («somos el único pueblo que ha vivido cuatro mil años sin interrupción en tierras de Israel»), y en él pidió el fin de la violencia y las conversaciones bilaterales como medio para llegar a acuerdos de «paz por paz», aunque haciendo un guiño al principio del compromiso territorial «no de inmediato» y «ni con exclusividad». Hasta aquí todo iba bien. En los márgenes de la reunión proliferaban los encuentros discretos entre delegaciones, que mis enlaces procuraban facilitar al tiempo que me informaban de cuanto allí se iba cociendo, como por ejemplo, la campaña desatada por franceses, holandeses e italianos a nuestras espaldas para llevarse a sus respectivos países la ronda de negociaciones bilaterales que debían seguir al plenario. Los europeos siempre tan unidos y solidarios. De hecho, ése era el tema del día entre bambalinas: si habría o no una ronda de encuentros bilaterales tras la reunión de Madrid y dónde tendría lugar. Los estadounidenses apostaban por Washington, y la verdad es que nosotros estábamos encantados de que se fueran lo más lejos posible porque aún no había terminado la reunión y ya nos sentíamos agotados.



## SHAMIR SE CARGA EL AMBIENTE

El viernes 1 de noviembre el clima cambió: Shamir fue el primero en hablar porque quería regresar a Israel antes del comienzo del *Sabbat* y cargó el ambiente de la reunión con un discurso muy crudo y provocador contra el régimen de Damasco, al que acusó de ser una tiranía y un «refugio de organizaciones terroristas que han diseminado la violencia y la muerte contra todo tipo de objetivos inocentes». Vino a decir que los libaneses eran unos pobres desgraciados a los que los sirios no les permitían expresar lo que pensaban, y condenó a los palestinos por haber respondido «con violencia a toda propuesta de paz desde principios de siglo». Farouk al-Sharaa cayó en la trampa y entró al trapo con los mismos malos modos: tras afirmar que le parecía absurdo exigir «el derecho de todo judío del mundo a regresar a Palestina después de una ausencia de más de doscientos años» mientras se negaba este derecho a «los palestinos que ni siquiera llevan cuarenta años ausentes», arremetió contra Shamir enarbolando con teatralidad un documento británico de la época del Mandato que le acusaba de actividades terroristas al tiempo que decía: «Shamir participó en el asesinato del conde Bernadotte [...] mató a los mediadores de paz de entonces... reconoció públicamente que fue un terrorista y, sin embargo, critica a Siria y al Líbano». Shamir aguantó impertérrito el chaparrón, como si con él no fuera. Acto seguido, se levantó y se fue al aeropuerto antes de que comenzara el *Sabbat*. Su discurso había conseguido lo que pretendía, que era cargarse la reunión, como demostraron los demás oradores que intervinieron aquella mañana, todos menos el egipcio Amr Musa, que tras afirmar que «el discurso de Shamir no constituye el lenguaje de la paz», pidió a los presentes que no siguieran intercambiando «recriminaciones y acusaciones». Egipto era el único país árabe con relaciones con Israel gracias a los Acuerdos de Camp David apadrinados por Carter en 1979, y podía permitirse llamar con suavidad al orden y a la razón a todos los asistentes.

El hecho es que, a partir de ese momento, la Conferencia se vino abajo, pues el mal ambiente se llevó por delante el preacuerdo existente para continuar el plenario en rondas bilaterales. Se anunció un receso de diez minutos, que se convirtieron en tres horas para intentar salvar la situación y evitar que el encuentro de Madrid terminara en otro fracaso como el de Ginebra de 1973. Fueron unas horas muy tensas en las que observé a la diplomacia estadounidense funcionando en directo y retorciendo el brazo de unos y de otros para evitar el fracaso. Estaba en el despacho de Baker, en el hotel Palace, y le veía pegarle gritos al rey de Arabia Saudí, al rey de Jordania y al presidente Mubarak, de Egipto. A unos les pedía que ejercieran su influencia y a otros les exigía flexibilidad. Supongo que también pondría firmes a los israelíes, pero de eso no fui testigo. Sé que Gorbachov procedía igual con el presidente al-Asad, de Siria.

## DISCUSIONES SOBRE LA CONTINUIDAD

Aquí había un problema serio que iba mucho más allá de las cuestiones formales para entrar de lleno en las de fondo: los israelíes no querían que se estableciera ninguna conexión entre las

bilaterales que comenzaban y el plenario que terminaba. Por la misma razón, reclamaban que las reuniones se celebraran en la región y entendían por tal el territorio de los países árabes implicados, porque así, pensaban, daban un paso en el camino hacia un cierto reconocimiento y una mayor legitimación internacional de Israel por parte de aquellos que más se oponían a su existencia. Los árabes, por el contrario, insistían en el aspecto internacional del proceso y pretendían dejar muy claro que las bilaterales arrancaban del plenario y lo continuaban de alguna manera, de modo que se basaran en los mismos términos de referencia que aquel, es decir, en las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad. Aquí se tocaba uno de los principales escollos de la negociación, pues la resolución 242 pide a Israel que se retire «*des territoires occupés*», en su versión francesa, y «*from all occupied territories*», en su versión inglesa. La diferencia es sustancial, pues, según la primera versión, bastaría que se retirara de «algunos», mientras en la segunda se le exige que abandone «todos» los territorios ocupados tras la guerra de 1967.

Los estadounidenses propusieron una solución de compromiso, dado que deseaban, como los árabes, que la segunda fase comenzara en Madrid, aunque sólo tuviera un contenido puramente formal, para que quedase clara la vinculación de las bilaterales con el plenario, pero aceptaban que continuaran luego en otro lugar, que podría ser Washington. España quería que Madrid fuera un éxito y, por tanto, deseaba la continuidad de la Conferencia y que resultara evidente que las rondas bilaterales, se celebraran donde se celebraran, constituían una emanación de Madrid. Todos nos esforzábamos en la búsqueda de fórmulas de un compromiso que al final no se logró, y la reunión se aplazó sin acuerdo y con la sola petición de Baker de que las bilaterales empezaran «en Madrid lo antes posible». Entonces el ruso Pankin se equivocó y en lugar de suspender (*adjourn*) la reunión, la declaró clausurada (*closed*), lo que motivó la inmediata respuesta del ministro sirio. El asunto era importante porque, como acabo de indicar, la Conferencia de Madrid tenía una clara vocación de continuidad bajo la forma de encuentros bilaterales y, además, porque suspender en vez de clausurar dejaba abierta la posibilidad de volver a convocar una reunión del plenario si había acuerdo de las partes.

El caso es que aquello terminó como el rosario de la aurora, y el fantasma del fracaso de Ginebra en 1973 planeó por encima de Madrid. Los más intransigentes eran los sirios, pero, como siempre ocurre, los árabes no estaban unidos: los jordanos y los palestinos, en particular, no compartían esta estrategia de dureza que únicamente los libaneses, ¡qué remedio!, secundaban. Como me decían los palestinos, los sirios podían esperar cien años para recuperar el Golán «porque tienen un país, un ejército y un Gobierno, pero nosotros no tenemos nada que perder y sí mucho que ganar en esta negociación». Nadie entonces podía imaginar la terrible guerra incivil que se iba a abatir sobre Siria veinte años más tarde. Por nuestra parte y por si acaso, no fuera a pillarnos el toro, preparamos unas sedes donde las partes pudieran reunirse si así, en último término, lo acordaban, que conocíamos entre nosotros como «los Santos Lugares»: eran los palacios de Viana, Parcent y Fernán Núñez, además de la sede del Instituto Nacional de Industria, en la plaza de Marqués de Salamanca, de Madrid. En cada una habíamos organizado salas de reuniones para treinta personas y despachos anejos con teléfonos, faxes, máquinas de escribir con caracteres variados..., un auténtico rompecabezas.

Al final la situación se arregló y se impuso la tesis estadounidense de empezar y seguir en

Madrid las bilaterales con encuentros simultáneos y bajo un mismo techo, sobre las pretensiones de Israel de reunirse a regañadientes en Madrid en tres espacios diferentes y con el único objeto de acordar el lugar de la siguiente cita. Pero eso nos creaba a los españoles un problema grande porque no teníamos forma física de reunir a todos en el mismo sitio y a la misma hora. Haberlo pensado antes, les decíamos. Los estadounidenses propusieron entonces reuniones en Madrid en una misma sede, pero en horas sucesivas, para lo que se eligió el palacio de Parcent. Fueron reuniones meramente simbólicas en las que se formalizaron las bilaterales, mas no se entró en temas de fondo y ni siquiera se llegó a concretar el lugar y la fecha de ulteriores encuentros. Tan sólo los palestinos y los israelíes firmaron un comunicado diciendo que estaban dispuestos a «iniciar negociaciones directas sobre la base de las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad». Allí se acordó que los israelíes negociarían, por una parte, con los jordanos y, por otra, con los palestinos, lo cual era bueno para todos, pues los israelíes querían trocear el frente árabe, según la llamada técnica del salami, y los palestinos pretendían liberarse de la tutela jordana. Como dijo Hanan Ashrawi, «los jordanos tienen unas cosas que negociar y los palestinos otras». Todos contentos.

A partir de Madrid se celebraron varias rondas de bilaterales y multilaterales que poco a poco fueron languideciendo para ser sustituidas por el proceso de Oslo de septiembre de 1993, que a punto estuvo de llevar a palestinos e israelíes a una paz global en Camp David y en Taba, y, en el caso de las multilaterales, por el proceso Euromediterráneo de Barcelona de 1995.

## ESPAÑA VUELVE A CONTAR EN EL MUNDO

Nosotros estábamos satisfechos con la solución de compromiso a la que se había llegado, pues lo importante para España era evitar que «nuestra» Conferencia fracasara como la de Ginebra y marcar la dependencia de las fases bilateral y multilateral con el plenario de Madrid, y ambas cosas se consiguieron. Por eso yo declaré al diario *ABC* el día 8 de noviembre que el éxito de Madrid fue también impedir el fracaso de Madrid, y éste estuvo muy muy cerca de producirse. Luego todo fueron parabienes. Madrid se había convertido durante unos días en la «capital de la paz» (editorial de *El País* del 19 de noviembre de 1991), y así lo reconoció Baker en una carta que le dirigió a Fernández Ordóñez el 3 de noviembre que terminaba diciendo: «El papel que habéis desempeñado ha sido histórico. Un simple agradecimiento no basta para expresar nuestra gratitud por la ayuda que tú y el pueblo de España habéis prestado a la causa de la paz». *Panorama* titulaba el 4 de noviembre: «El milagro español. La Conferencia de Paz en Oriente Próximo transforma la imagen de España ante el mundo», y *Diario 16*, bajo el titular «Prestigio para España», publicaba un editorial del día 5 de noviembre donde afirmaba que se había demostrado una «capacidad envidiable para montar un operativo que, probablemente, no tiene precedente [...] con sólo doce días de antelación». Baker, en la carta antes mencionada, repetía la misma idea al escribir: «si hubierais tenido dos meses para juntar todas las piezas, el espléndido apoyo logístico habría sido considerado un éxito. Pero con apenas diez días, los resultados constituyen un logro notable y un tributo a las mejores cualidades del pueblo español».

Parodiando mi declaración a Radio Nacional antes citada, puede decirse que España acabó haciendo mucho más que poner el salón y manejar el interruptor de la luz. Ambas cosas se hicieron, y se hicieron bien, pero hicimos más que facilitar el escenario. Fernández Ordóñez dijo a *El País* (5 de noviembre de 1991): «España ha estado activa pero discreta», y en otras declaraciones a Alberto Míguez publicadas el día 3 de noviembre en *La Vanguardia* matizaba: «España hizo lo que se le pidió que hiciera. Y lo hizo en poco tiempo, con medios limitados y una dosis considerable de entusiasmo». Un editorial del *Diario El Sol* (1 de noviembre de 1991) afirmaba: «España ha pasado la reválida de la organización de la Conferencia de Paz en Oriente Medio ante el mejor de los públicos: las televisiones del mundo entero», mientras Pilar Cernuda se dejaba llevar por el entusiasmo con el titular «Orgullosísimo». Como dijo Felipe González, «no ha ganado nadie; ha ganado la paz [...] ganan Oriente Medio y el mundo», y la verdad es que, sin dejar de reconocer las muchas dificultades que todavía se interpondrían en el camino hacia un acuerdo estable y duradero, que sigue muy lejano veinticinco años más tarde, nadie le quitará a Madrid el orgullo de haberse convertido en una referencia histórica en su arduo esfuerzo para constituir la primera ocasión en que todas las partes enfrentadas en Oriente Próximo se sentaron juntas a la misma mesa, se miraron a los ojos, se dijeron lo que creyeron oportuno decirse... y escucharon lo que las otras quisieron decirles a ellas. Nunca antes había sucedido. Quizá por eso el diario *El País* publicaba el 10 de noviembre una foto de Fernández Ordóñez con todos los que habíamos trabajado en este empeño en el arranque de la gran escalinata de honor del Palacio Real bajo el expresivo titular «El equipo del Triunfo», donde junto al ministro aparecían Pablo Zaldívar, Julián Gómez Izquierdo, Mane Alabart, Andrés Collado, Alonso Álvarez de Toledo, Fernando González Camino, Lluís Reverter, Miguel Ángel Moratinos, Luis Cuervo, Paco Villar, Juanjo Urtasun, Norberto Ferrer, Mariano Alonso Burón, Javier Sangro, Miguel Díaz-Pache, Cristina Barrios, Emilio Artacho, Berni de Sicart, José María Otero, mi hermano Rafael Dezcallar, Antonio García Abad y yo mismo.

Dieciséis años después de la recuperación de la democracia, nueve años después de aprobar la Constitución y seis después de nuestra entrada en la Comunidad Europea, España recuperaba su lugar en el concierto de naciones, un espacio que había abandonado trescientos años antes. Así lo entendí yo, y por eso me enorgullezco de haber contribuido con mi esfuerzo a este éxito diplomático para mi país.

Y eso a pesar de constatar con tristeza que, veinticinco años más tarde, la paz en Palestina sigue tan lejos como siempre. Personalmente estoy convencido de que, por sí solos, israelíes y palestinos nunca la lograrán porque necesitan impulso, sostén y garantías internacionales para hacer las concesiones dolorosas que toda negociación implica. Y eso es algo que sólo los estadounidenses les pueden dar y que Europa debe estar dispuesta a respaldar... cuando llegue el momento.

## ME FALTÓ TIEMPO

Cuando llegué al CESID adopté la decisión deliberada de no tomar ninguna nota ni escribir ningún diario, y cuando lo dejé, no me llevé de él ni un solo papel a mi casa. Escribo fiándome tan sólo de aquello que recuerdo, sin apoyaturas de ningún tipo, salvo algunos recortes de periódicos de los años 2001 a 2004 que citaré para respaldar algunas afirmaciones. Como decía Borges, «la realidad y mi recuerdo de la realidad son lo mismo», y yo no podría expresarlo mejor.

## UNA LLAMADA SORPRESA

El jueves 22 de junio de 2001 yo era embajador en Marruecos y estaba en mi despacho en Rabat cuando sonó el teléfono y Javier Zarzalejos, secretario general de la Presidencia, me dijo que el presidente Aznar quería verme en Madrid el día siguiente. Cuando pregunté que de qué se trataba, más que nada para preparar la reunión, me contestó que no sabía nada y que se limitaba a transmitirme instrucciones. Como es natural, no me lo creí, pero comprendí que no me lo podía decir. Le mencioné entonces que pediría permiso al ministro Piqué, como es preceptivo que haga todo embajador que se ausente del país donde está destinado, y me respondió que no debía informar absolutamente a nadie. Aun así se lo comenté, sin más explicaciones, a mi segundo en Rabat, Eduardo Ibáñez, para que estuviera listo por si ocurría algo durante mi ausencia, pues en Marruecos las sorpresas se producían cuando uno menos lo esperaba.

¿Qué rayos querría el presidente con tantas prisas y tanta discreción? No lo imaginaba. El caso es que al día siguiente llegué puntual a mi cita en la Moncloa y allí me recibió Aznar acompañado por Zarzalejos. Yo conocía muy poco al presidente; habíamos coincidido por vez primera años atrás, cuando él era jefe de la oposición y yo director general de Política Exterior para África y Oriente Medio en Exteriores. Confieso que no me impresionó. Fue durante una cena en el palacio de Viana en honor de Camilo José Cela. El azar (y el protocolo) nos colocaron a los dos en la misma mesa, donde también estaba Cela, que acaparó todo el protagonismo desde el mismo momento en que nos sentamos al no parar de hablar y de contar anécdotas hasta que nos levantamos. Fue una cena divertida en la que no resultaba fácil meter baza, pero recuerdo que Aznar ni lo intentó. No dijo esta boca es mía en toda la noche. Luego lo he conocido un poquito mejor, y ya esas cosas no me extrañan, pero entonces me pareció raro. Sin embargo, al terminar la

cena me llamó a un rincón y allí me sometió a un interrogatorio, a un tercer grado sobre las relaciones con Marruecos del que no me fue fácil zafarme. Recuerdo que sus preguntas eran directas e incisivas, no se andaba por las ramas ni quería perder tiempo. Luego lo vi un par de veces más en Rabat, cuando él ya era presidente y yo era embajador. En una ocasión cenamos los dos matrimonios en Dar Yakut, un estupendo restaurante de Marrakech, y me acuerdo de que estábamos en la terraza cuando llegó la hora de la oración y los muecines comenzaron sus cantos en alabanza de Alá mientras centenares de pájaros revoloteaban a nuestro alrededor y el sol se ponía sobre la ciudad. Fue un momento mágico. Luego me sometió a otro tercer grado que no me permitió tomar bocado durante toda la cena. Aún hubo otro encuentro cuando me pidió que le organizara en la Moncloa un almuerzo con un grupo de importantes empresarios marroquíes. Ésa era toda mi relación con él cuando llegué aquella tarde a la Moncloa.

Tras el saludo de rigor, nada más sentarme, supongo que algo cohibido, Aznar me preguntó si sabía por qué me había llamado, y yo le contesté, con algo de sorna, que había pensado sobre ello en el avión y que había llegado a la conclusión inapelable de que no estaba seguro si quería decirme algo a mí o si quería que se lo dijera yo a él. Sonrió y, sin mayores preámbulos y sin anestesia, me ofreció hacerme cargo del CESID para «civilizarlo», me dijo, como primer civil al frente del servicio de inteligencia. El objetivo era darle la vuelta de arriba abajo con la idea de reformarlo y de democratizarlo por entero, de modo que ajustara su funcionamiento a las reglas del Estado de derecho y se sometiera a los controles habituales en los países de nuestro entorno. Por ello, mi primer trabajo consistiría en preparar una nueva ley donde se definiría su dependencia, funciones y controles, para lo cual me ofrecía el rango de secretario de Estado y la posibilidad, que luego no se cumplió, de coordinar la lucha antiterrorista.

#### NO HAY CADÁVERES PERO SÍ ALGUNA CUCARACHA

No oculto que me quedé bastante sorprendido. Acerté a preguntar si había cadáveres en el armario, y Aznar me contestó que no, lo que era cierto, aunque sí que hallé alguna cucaracha que otra. Añadí que no sabía del CESID más que la buena colaboración que como embajador en Rabat tenía con la gente del centro allí destacada y los contactos que había mantenido con el general Alonso Manglano durante mis años de director general en Exteriores. También «fui espiado» en las escuchas ilegales que hizo el coronel Perote cuando era jefe de la división operativa del CESID, aunque en realidad a mí no me espiaba nadie porque a nadie le importaba lo que yo dijera o callara; lo que sí ocurrió es que se grabaron un par de conversaciones de Paco Fernández Ordóñez conmigo, en la época en la que trabajaba a sus órdenes, y eso salió en los periódicos. Le escuchaban a él, no a mí. Confieso que, a pesar de todo, aquello aumentó mucho mi ego, pues Perote no se había parado en barras: había fisgado hasta en el teléfono del Rey, y quien no había sido vigilado en aquel montaje ilegal es que no era nadie, algo parecido a lo sucedido años más tarde con las escuchas de Wikileaks, donde también mi ego tuvo la satisfacción de verse mencionado, aunque esta segunda vez con mayor protagonismo. El asunto de Perote fue un escándalo tan mayúsculo que forzó la dimisión del vicepresidente, Narcís Serra, y del ministro de

Defensa, Julián García Vargas. Izquierda Unida acogió con agrado mi nombramiento en parte gracias a esto, pues algo bueno debe de tener éste, dijeron, cuando fue espiado por el CESID. Algunos circuitos mentales no son fáciles de desentrañar.

## AL SERVICIO DEL ESTADO

Hubo dos cosas que acerté a decirle a Aznar a bote pronto en aquellos momentos, a pesar de la sorpresa; ambas me parecían muy importantes. La primera era que yo concebía el servicio de inteligencia como un servicio de Estado, ciertamente con lealtad al Gobierno de turno, pero fuera y al margen de la lucha partidista interna. Aznar me contestó que estaba de acuerdo y que su Gobierno no interferiría en mi trabajo. La verdad es que lo cumplió... hasta los terribles atentados del 11-M. Cuando en alguna ocasión, que las hubo, un ministro me pidió algo que me pareció impropio, así se lo dije y no hice lo que me había pedido; mi interlocutor pareció aceptarlo y nunca recibí presiones, ni del presidente ni de nadie. Como tampoco nunca nadie me ordenó que dijera o dejara de decir algo... al menos hasta los últimos días. Yo sabía muy bien que a Aznar no le gustaba nada que de vez en cuando fuera a ver a Rodríguez Zapatero, a la sazón jefe de la oposición, para ponerle al corriente de algunas cosas, como la guerra de Iraq, pero nunca me lo prohibió. Lo hacía porque, en mi opinión, ésa era una buena forma de marcar el carácter apartidista de mi función, aunque poco a poco esas entrevistas se fueron espaciando porque tampoco me dio la impresión de que mi interlocutor las apreciara demasiado (siempre estaba más pendiente de la política interior que de la exterior), ni que en Ferraz se custodiaran con la debida diligencia los papeles que yo dejaba y que en alguna ocasión vi reproducidos en la prensa, lo que motivó alguna queja mía, pues yo sabía de dónde había salido el documento filtrado porque nunca enviaba dos iguales.

Mi otra petición a Aznar aquella tarde se refería a la necesidad de contar con su apoyo, ya que al no tener yo una base de sustentación política en un Partido Popular al que no pertenecía, me quedaría «colgado de la brocha», así le dije, a la menor dificultad si él no me respaldaba. Me prometió su ayuda y la tuve. Se acusa a Aznar de que tiene poca cintura, y es verdad, pero posee una gran virtud que le diferencia de la mayoría de los políticos que he conocido a lo largo de mi carrera: dice sí o no con claridad y luego cumple lo que promete. No es poco. Gracias a su respaldo, logré aumentos muy significativos en el presupuesto y el personal que se les impusieron desde arriba al vicepresidente Rato y al ministro Montoro en años de déficit cero. El esquema era siempre el mismo: cuando se trataba de negociar el presupuesto del centro, me iba a ver a Rodrigo Rato (nunca lo hacía, por principio, a través del ministro de Defensa, Federico Trillo, para afirmar mi independencia), le pedía más dinero y le justificaba la solicitud; él me sonreía con amabilidad y me contestaba que no era posible, y entonces yo me iba a ver a Aznar. Siempre conseguí lo que quería. Al final, quise también confirmar que el Rey estaba de acuerdo con mi nombramiento, aunque suponía con acierto que era algo que el presidente ya habría tratado con él. Lo había hecho y estaba conforme. También me dijo que el PSOE e Izquierda Unida habían sido sondeados, y ambos habían dado su apoyo a mi designación, cosa que confieso que me satisfizo

especialmente. Es sorprendente que se guardara tan bien un secreto que tanta gente parecía conocer antes que yo mismo.

Aznar me presionó para que le diera una respuesta allí mismo, y yo le contesté que tenía que consultarlo con mi mujer, Pilar, que iba a sufrir las consecuencias de la decisión, empezando por no poder salir a la calle juntos sin escoltas y terminando porque deberíamos dejar de veranear en Fuenterrabía, hoy Hondarribia, donde habíamos construido un apartamento en la que había sido desde la década de 1940 la villa de veraneo de mis suegros. Cosas de ETA. Y aunque el reto me apetecía y a los diplomáticos se nos enseña a estar al servicio del Estado cuando se nos necesita, le contesté que no podía darle una respuesta sobre la marcha por más que supiera que Pilita me iba a decir que ella estaría conmigo en la decisión que tomase. No me equivoqué con mi mujer, aunque no le hiciera ninguna gracia el asunto, porque lo que para mí era un reto para ella no traía más que desventajas.

Esa noche cenamos Pilar y yo con una docena de amigos en el club Puerta de Hierro, invitados por Teresa Navasqués y Asís Royo-Villanova, que celebraban sus bodas de plata, mientras alrededor la gente más joven saltaba las hogueras de san Juan. Ahí hicimos las primeras armas en la discreción que iba a acompañarnos durante los años siguientes, pues no dijimos nada a nadie, como es natural. Imagino la cara que debieron de poner todos los invitados a esa cena cuando, el día siguiente, las radios y la televisión dieron la noticia de que «Aznar nombra a un civil al frente del CESID», en lo que era evidentemente una filtración de la Moncloa para ir preparando el terreno, y sin esperar para nada a los siete días de discreción que me había pedido a mí el propio Aznar el día anterior. Los políticos son incapaces de guardar lo que consideran una buena noticia.

#### UN NOMBRAMIENTO BIEN ACOGIDO

Debo decir con satisfacción que mi nombramiento fue muy bien acogido tanto por la clase política como por los medios de comunicación. Me veía como un entrenador de fútbol que llega a un equipo entre vótores de la directiva y la hinchada, pues trae aires nuevos y se esperan de él todo tipo de gestas, para acabar luego siendo despedido entre la rechifla general si no se cumplen esas expectativas, no importa cuán desmesuradas sean, porque lo fácil es echarle la culpa de todo lo que no ha funcionado. Lo que no suponía entonces es que mis principales dificultades, al final, vendrían de la propia directiva que me contrataba... El caso es que casi todos los periódicos dijeron cosas muy elogiosas sobre mi trayectoria profesional y acerca de mi independencia política. «Un diplomático moderado y dialogante», titulaba *Diario 16*; «Un diplomático flexible», sostenía *El País*; «Un socialdemócrata al frente del CESID», afirmaba *La Vanguardia*, y *La Razón* añadía que yo era «ante todo un servidor del Estado y no un hombre de partido». Casi un año más tarde, el 30 de abril de 2002, un editorial de *El País* comentaba: «fue un acierto el nombramiento como director del diplomático Jorge Dezcallar, cuya trayectoria y talante son una garantía de neutralidad política». Otro aspecto en el que casi todos coincidían era en alabar que se hubiera puesto a un civil al frente del CESID, que ya había tenido seis directores militares. La verdad es que mi ego estaba a punto de reventar ante el «beneplácito general», como indicaba en su editorial



*La Razón*, con el que la clase política había acogido mi nombramiento: Jordi Marsal (PSOE) destacó mi «perfil institucional» por las «garantías de que estará al servicio del Estado»; Willy Meyer (IU) expresó «gran satisfacción» por la elección de un civil de perfil adecuado para «la desmilitarización» del CESID; Jordi Maldonado (CIU) dijo que era una persona «flexible [...] bien aceptada» por los grupos y que podía aportar «serenidad» al Centro; Juan José Lucas, ministro de la Presidencia, apuntó que el nombramiento de un civil «es un buen síntoma de la madurez del mismo sistema», y Juan Alberto Belloch se sorprendía de que yo tuviera «el asombroso mérito de gozar al mismo tiempo de la confianza de personajes tan dispares como Aznar o Felipe González». Me halagó sobre todo una *Tronera* de Antonio Gala publicada en *El Mundo* que decía: «Conocí a Jorge Dezcallar cuando yo presidía la Asociación de Amistad Hispano-árabe. Era persona fina, cauta y mesurada: buen diplomático en potencia. Lo demostró después: asesoraba a González, y lo mantuvo Aznar. Ahora pasa a dirigir el CESID. Ojalá lo dirija él. Desprendido de las reprobables tesis de Calderón; más moderno que sus predecesores; más demócrata, más limpio, más civil, más poderoso también, más eficaz y menos ridículo. El puesto no es sencillo y estará en muchos puntos de mira. Si Dezcallar lo aceptó, es porque cree que lo servirá bien. Y, con él, a nosotros». Con Antonio Gala había dado años antes un paseo por la judería de Córdoba que fue un lujo inolvidable.

Como es natural, hubo voces discordantes, gente a la que no le gustó ni poco ni mucho ni nada ni mi persona ni mi nombramiento: así, el periódico *Gara* escribía el día 30 de junio: «un civil al frente de un centro militar de intervenciones opacas [...] entre cuyas funciones se encuentra defender la integridad territorial de España tal y como establece el artículo 8 de la Constitución», algo que calificaba como «misión contra el nacionalismo vasco». Y el inefable Iñaki Anasagasti, después de pedirme que actuara «con mentalidad de civil» e impidiera el espionaje a partidos democráticos, afirmaba que Dezcallar «no conoce nada» del problema del País Vasco, que en su opinión debía ser la principal misión del CESID. Desde otra óptica, una cierta derecha no comprendía bien el nombramiento, como le ocurría a José María Carrascal, por otra parte viejo amigo de los años neoyorquinos, cuando escribía en *La Razón* que «lo que no se acaba de entender es por qué Dezcallar. Un hombre que hizo el fuerte de su carrera bajo los socialistas no parece el más indicado para que un Gobierno de signo contrario le encargue nada menos que los secretos públicos y privados de nuestro país». También desde Marruecos llegaban las eternas suspicacias: Naïm Kamal escribía en *L'Opinion de Rabat* que «el espía se encontraba entre nosotros», e Ismail Harakat decía en el mismo periódico que algunos achacaban este nombramiento al «peligro que representa Marruecos para España y al profundo conocimiento del señor Dezcallar del dossier marroquí». Como se ve, hubo para todos los gustos.

## CELOS DE INTERIOR

Esos días, la prensa especulaba también sobre cuáles serían mis competencias. Un editorial de *Diario 16* parecía tenerlo claro al decir que «el rango de secretario de Estado, por encima de los directores de la Policía Nacional y de la Guardia Civil, parece anticipar la intención de atribuirle

la coordinación de los diferentes servicios de información, incluyendo los de esos dos cuerpos policiales». Eso era mentar a la bicha, era la guerra. *El País* ya había advertido el día 26 que el Ministerio de Interior se oponía a que el CESID coordinase los servicios de información porque «la lucha antiterrorista corresponde a Interior», y ésa fue, a fin de cuentas, la razón por la que el Consejo de Ministros se limitó a nombrarme y dejó aparcado el asunto de la coordinación, pues en eso no estaban dispuestos a ceder ni Mariano Rajoy, ministro de Interior, ni Pedro Morenés, secretario de Estado de Seguridad, ni los directores generales de la Guardia Civil, Santiago Valdivieso, y de la Policía, Juan Cotino, unidos todos como en Fuenteovejuna. Eso al margen de las relaciones personales, que siempre fueron cordiales entre nosotros. En realidad, debo reconocer que no faltaban argumentos. Agustín Valladolid escribió en aquellos días en *Interviú* que «al margen de la valía de Dezcallar, la elección de un funcionario del Estado a todas luces independiente es una de las decisiones más sabias que ha tomado el presidente en lo que va de legislatura. Esperemos que su acierto sea completo evitando dos tentaciones», de las que la primera era «concentrar en un solo órgano el mando operativo de los servicios de inteligencia (¿quién controlaría entonces al controlador?)». A los pocos días de ser nombrado, Rajoy me invitó a comer en compañía de Pedro Morenés en un reservado del Jockey, junto a su Ministerio. Supongo que sentían curiosidad por ver quién era yo, qué cara tenía y de qué pie cojeaba, si es que lo hacía. Todo muy normal. El almuerzo fue muy agradable, y allí tuve ocasión de exponerles mi escándalo de neófito por los problemas de coordinación entre Policía y Guardia Civil, y de éstas con el CESID, lo que en pocos días ya había tenido ocasión de constatar; también les hablé de mi intención de trabajar por mejorar esa situación, y confieso que realicé varios intentos con propuestas concretas durante mi mandato. Todo resultó inútil. Yo no quería coordinar nada, pero sí deseaba que hubiera coordinación, y aunque sabía que existía una Mesa de Coordinación de la Lucha Antiterrorista que dependía del Ministerio del Interior, también me parecía que la labor que hacía era manifiestamente mejorable. Me preocupa pensar que, a pesar de algunos meritorios esfuerzos hechos después del 11-M, aún es mucho lo que se puede hacer en este campo. Es algo que vi claro desde el primer día y sobre lo que insistí cuando, ya cesado, fui convocado por la comisión de Investigación de los atentados terroristas del 11-M organizada por el Congreso de los Diputados y pedí que se creara «un libro blanco sobre coordinación o sobre cómo se puede mejorar esto».

#### AZNAR NO VE A LUCAS DE ESPÍA

Otro asunto que también quedó en el aire fue el de la dependencia del CESID. Desde un punto de vista funcional, era indiscutible que dependía del propio presidente, pero su adscripción orgánica era otra cosa. Yo le dije a Aznar que, en mi opinión, había que sacarlo de Defensa, y que quede claro que no tengo nada contra ese Ministerio, antes al contrario, pero el problema era de principio y estaba relacionado con la necesidad de transmitir con nitidez a la opinión pública el nuevo carácter civil que le queríamos dar al nuevo servicio de inteligencia. Pero Aznar no lo veía claro; yo creo que prefería esperar con prudencia para comprobar cómo aceptaban los militares a

un civil antes de ir más allá, y además ya se empezaba entonces a hablar de la conveniencia de que el director del CNI coordinase también las labores de la inteligencia militar tras una reforma que pretendía hacerla más táctica y operativa. Las ideas al respecto eran evidentes tanto por parte de Aznar como de Trillo, y, de hecho, durante aquellos tiempos circularon algunos borradores que provocaron ciertas resistencias en el Ejército de Tierra. Quizá por eso y por los crecientes problemas que Trillo empezó a acumular en Defensa, que fueron a más y que culminarían con el trágico accidente del Yak 42, se decidió dejar el asunto para más adelante. Luego el PSOE llegó al Gobierno y se debió de encontrar todo muy preparado, porque a los pocos meses anunció a bombo y platillo la subordinación de los servicios militares de la inteligencia civil. Creo que es una buena idea que, si se lleva a la práctica sin interferencias de lo que es específicamente militar, favorecerá a ambas partes y redundará en una mejor coordinación, en ahorro de medios y en sinergias positivas para todos.

Pero el Centro tampoco podía depender directamente del presidente, porque era conveniente disponer de un cortafuegos que evitara comprometerle cuando hubieran problemas, como inevitablemente habría, y yo le sugerí entonces «colgarlo» del Ministerio de Presidencia. Aznar se rió, algo que no suele hacer, y me preguntó si yo veía a Lucas, que era el ministro del ramo y excelente persona, haciendo de espía... Ahí quedó la cosa, a la espera de que el asunto se regulara más adelante, lo que no logré durante los tres años que permanecí en el cargo. Hoy la cuestión está resuelta: el CNI depende de la vicepresidenta del Gobierno, que es, además, ministra de Presidencia. Creo que es una buena decisión, aunque no soy quién para juzgar si Soraya Sáenz de Santamaría reúne o no más cualidades para el puesto que Juan José Lucas.

## COMPATIBILIZAR SEGURIDAD Y LIBERTAD

El Consejo de Ministros del viernes 29 aprobó mi nombramiento y, el día siguiente, sábado, juré mi cargo en la Moncloa ante el presidente Aznar, que quiso marcar así la importancia que atribuía a su decisión. Ninguno de mis predecesores había asumido su cargo en la Moncloa y, hasta la fecha, ninguno de mis sucesores ha repetido luego escenario y protagonismo presidencial. Había mucha prensa y televisión, y me acompañó mi hijo Jaime, que quiso estar conmigo aquel día, y yo se lo agradecí. Me puse una corbata verde para darme ánimos, y en las fotos salgo con cara de susto. No era para menos a la vista de lo que ya entonces intuía que me esperaba.

El lunes reuní al personal del CESID en su magnífico salón de actos y allí les dirigí una brevísima alocución, pues mi predecesor, el general Javier Calderón, me dijo que era costumbre hacerlo así para permitir a los agentes echar un vistazo a su nuevo jefe. Les transmití un mensaje muy claro, corto y sencillo en el que les dije que llegaba con el encargo de reformar el Centro para adaptarlo a las necesidades de la España del siglo XXI, que esperaba de ellos lealtad y eficacia y que en su trabajo supieran hacer compatible la defensa de la seguridad de España con el respeto de los derechos y las libertades individuales, pues ésa fue siempre mi principal obsesión durante los años que estuve en el cargo. En contra de ciertos consejos que recibí, decidí no hacer por el momento ningún cambio en el equipo dirigente, cuyo subdirector era entonces el general

Aurelio Madrigal, un militar culto, inteligente y simpático, y el auténtico hombre fuerte de la organización. Con la imagen que todavía entonces presentaba el Centro, no faltaban los amigos que se preguntaban con preocupación cómo se me podía haber ocurrido meterme solo y a pecho descubierto en un lugar de tan siniestra reputación y sin llevar siquiera a un jefe de gabinete de mi total confianza. No lo hice con toda la intención del mundo, pues debía demostrar a los funcionarios del CESID que me fiaba de ellos si quería que ellos también confiaran en mí. El experimento salió bien.

## EL MUNDO CAMBIA EL 11-S

Apenas dos meses más tarde, en septiembre de 2001, dos aviones de American Airlines y de United Airlines se estrellaron contra las Torres Gemelas de Nueva York, mientras otro avión se lanzaba contra la fachada del Pentágono, en Washington, y un cuarto, que con toda probabilidad iba contra el Capitolio, caía a tierra en Pennsylvania. Ya nada volvió a ser igual. Aquel día estaba dirigiéndome a una reunión con los responsables de algunos servicios de inteligencia latinoamericanos que se celebraba en Tigre, junto a Buenos Aires, a bordo de un buque de la Armada argentina. Como es natural, la reunión se suspendió y regresé a Madrid en el primer vuelo que encontré, que fue aquella misma tarde. Me impresionó, sobre todo, lo ocurrido porque había vivido cuatro años en Nueva York como consejero cultural de nuestro consulado general, por la impactante emisión en directo de la tragedia, que reprodujeron en directo todas las televisiones del mundo, y porque durante mis años neoyorquinos había ido con mucha frecuencia al World Trade Center por razones de trabajo y, además, era amigo del padre de una de las víctimas. El pueblo americano se vio atacado en su propio suelo y de forma traicionera contra los mayores símbolos de su poder militar y económico; vivió el atentado como una afrenta, pero también como una humillación, pues mostraba ante el mundo la vulnerabilidad de la única gran potencia sobreviviente tras la implosión de la Unión Soviética. Después de todo, parecía que la historia no había terminado como Fukuyama pretendía. Fue, como se dijo de Pearl Harbor, otro día que vivirá en la historia de la infamia universal, y a mí me admiró en particular la unión con la que los estadounidenses reaccionaron frente a la barbarie terrorista y que se sintetizó en el eslogan «*United we stand*».

En la mentalidad americana, aquello no podía quedar así, pues ellos siempre tienen que ganar y dar el último golpe, como sucede en las películas de Hollywood. Las medidas militares en Afganistán comenzaron en seguida con la Operación Justicia Infinita e implicaron el uso de las bases españolas de utilización conjunta de Rota y de Morón. El Gobierno español dio un apoyo sin limitaciones al estadounidense en aquellos días de angustia en los que, como escribió *Le Monde*, todos éramos americanos. Un apoyo, por lo demás, plenamente congruente con la apelación al artículo V de defensa mutua y el posterior acuerdo adoptado en el seno del Consejo Atlántico de la OTAN. Nadie podía entonces imaginar que las tropas estadounidenses —y las nuestras, en virtud del principio «*in together, out together*» (entrar y salir juntos)— iban a permanecer tantos años en aquel remoto país, en la más larga contienda de la historia de Estados

Unidos, y que nuestras Fuerzas Armadas dejarían en el conflicto sesenta y dos muertos en el terrible accidente del Yak-42, aparte de las otras bajas que sufrieron en el mismo Afganistán.

Justo un año después de los atentados, el 11 de septiembre de 2002, me pidió José Antonio Zarzalejos, director de *ABC*, que escribiera un artículo en memoria de lo sucedido. Lo titulé «El día que el terror nos unió a todos», y en él afirmaba que el siglo XX había terminado con la implosión de la Unión Soviética y con la caída del Muro de Berlín, y el XXI había comenzado con el 11-S, que imponía el concepto de la seguridad compartida «con objeto de estar en condiciones de enfrentarse a nuevos e inesperados retos», pues estaba ya convencido de que, si esperábamos a los terroristas dentro de nuestras fronteras, nunca podríamos combatirlos con eficacia.

Ese mismo día di una conferencia organizada por el Instituto Elcano para «mostrar mi solidaridad con Estados Unidos en una fecha que conmemora el primer aniversario de los terribles atentados en Nueva York y Washington» y que Eduardo Serra tuvo la amabilidad de presentar. Fue en la Casa de América y dije que quizá el mundo fuera ahora más seguro, pues había desaparecido de nuestras vidas la amenaza de confrontación nuclear entre el Este y el Oeste, pero se había convertido en un lugar con más incertidumbres y donde había que aprender a convivir con el riesgo terrorista, so pena de establecer un Estado orwelliano que pusiera fin al sistema de libertades que tanto nos había costado conseguir. De ninguna manera podíamos dar ese triunfo a los terroristas. Si se examinan en retrospectiva los cambios legislativos en Estados Unidos o los más recientes en Francia, y a la vista de las revelaciones de Snowden, me temo que hemos sacrificado buena parte de nuestra privacidad al insaciable dios de la seguridad. Algo que se traduce en que aumentan las sospechas hacia los que tienen la piel más oscura, visten de manera distinta o tienen creencias diferentes y que se manifiesta en intromisiones en nuestra intimidad o en nuestras comunicaciones, en omnipresentes cámaras de vigilancia en los espacios públicos o privados, o en incomodidades sin fin a la hora de subir a un avión. La tendencia es imparable y va a más, sin que tampoco pueda garantizar la seguridad que proclama. En aquella conferencia tuve tiempo para introducir algunas críticas al militarismo que se estaba adueñando de parte del mundo; para ello me serví del humor y de algunas citas de autores estadounidenses a fin de que mis comentarios pasaran con más suavidad. Así, bromeé con Ambrose Bierce y su definición de que la guerra es un invento divino para que los americanos aprendan geografía, y cité a Paul Kennedy, que creía que los americanos veían la guerra como algo fácil y barato, y dije que me parecía muy peligroso, para acabar criticando la «atmósfera general de hiperpatriotismo con autoritarismo» que se adueñaba de Washington, aprovechando una cita del profesor Norman Birnbaum, un intelectual de izquierdas a quien años más tarde trataría con cierta frecuencia en mi casa, cuando fui embajador en Estados Unidos.

NO VEO RELACIÓN ENTRE SADAM HUSEÍN Y AL QAEDA NI ME CONSTA QUE POSEA ARMAS DE DESTRUCCIÓN MASIVA

Fue también en esa ocasión —todavía faltaban cinco meses para la invasión de Iraq— cuando mostré por vez primera en público mi escepticismo sobre «las alegadas relaciones» entre el

régimen de Sadam Huseín y Al Qaeda, pues pensaba que eran como agua y aceite, y, de hecho, el propio Osama bin Laden había pedido un par de años antes un levantamiento popular contra el Gobierno «impío» de Bagdad. *La Razón* titulaba a toda página al día siguiente: «El servicio secreto no logra probar la alianza Sadam-Bin Laden», y añadía: «Dezcallar se mostró [...] escéptico sobre la posible conexión entre Bin Laden y Sadam y dudó que pueda ser posible una alianza entre un Estado laico y un grupo fanático religioso». Esta afirmación chocó en Marruecos, donde *Demain* la recogía unas semanas más tarde (12 de octubre de 2002) y comentaba que «el jefe de los servicios secretos españoles hace gala de una asombrosa independencia con relación al primer ministro», pues sobre este asunto «dice lo contrario de lo que cuentan Aznar y sus chicos». Agregué entonces que, aunque nada podía justificar el terrorismo, sí debíamos interrogarnos sobre las causas que lo motivaban, pues el que no sea justificable no quiere decir que a veces no sea explicable, que es algo por completo diferente. Y entender algo es una condición esencial para poder combatirlo luego con eficacia. Todos estos comentarios sobre la mentalidad militarista en Estados Unidos y la falta de conexiones claras de Sadam Huseín con los terroristas islamistas radicales, así como la idea de que el terrorismo nunca es justificable pero a veces es explicable, estaban muy alejados, y yo lo sabía muy bien, de las convicciones personales de Aznar. Y aunque nunca me llamó la atención por ello, algo comenzó a cambiar ese día en nuestra relación.

Al hablar de Al Qaeda en aquella conferencia, dije, de forma tristemente premonitrice, que «al servicio de esta ideología existe una nebulosa islamista policéntrica que en principio carece de dirección única y que ofrece un auténtico entramado logístico y financiero muy difícil de detectar porque se basa en células desconectadas entre sí, que actúan a muy largo plazo y que están formadas por gentes aparentemente bien integradas en sus respectivas sociedades de adopción y que sólo despiertan cuando tienen que actuar. Con razón constituyen en este momento el principal motivo de preocupación de los servicios de inteligencia». Son los llamados «lobos solitarios». Luis María Ansón escribió entonces en *La Razón* (12 de septiembre de 2002): «Jorge Dezcallar ha cumplido con su obligación al advertir públicamente de los riesgos en que se instala nuestra nación. Tenemos al fundamentalismo islámico metido entre los tobillos de España», y el mismo periódico titulaba, al comentar mi conferencia, «España es el país europeo que tiene más cerca los riesgos surgidos del 11-S». Por desgracia, ambos cometarios acertaron. Y luego vino la bomba cuando añadí que «tampoco hay dudas sobre la voluntad iraquí de rearme —incluyendo armamento NBQ (nuclear, bacteriológico, químico)— aunque no está claro que lo haya podido conseguir hasta ahora». Por eso *El País* titulaba: «El servicio secreto español no tiene pruebas del rearme iraquí», y decía que «el CNI no duda de la clara voluntad de Sadam de rearmarse, pero hasta ahora no dispone de pruebas de que oculte armas de destrucción masiva».

Como es de suponer, todas estas declaraciones fueron bastante jaleadas tanto entonces como más tarde por la prensa de la oposición para criticar la postura del Gobierno de acompañar políticamente a los estadounidenses en su aventura en Iraq. Fueron afirmaciones que, me consta, tampoco gustaron fuera de nuestras fronteras, y así me lo dio a entender la misma CIA, aunque hoy tengo la satisfacción de saber que lo que dije ha sido luego admitido por los mismos americanos que entonces me criticaron. Como antes mencionaba, a raíz de esta conferencia mi relación con el

presidente Aznar cambió, pues él dejó de apoyarse en público en los informes elaborados por mi servicio para usar los que recibía de las Naciones Unidas o de los propios estadounidenses en su época de mayor compenetración personal con George Bush. Las discrepancias se agravarían con el paso del tiempo, cuando estalló la guerra de Iraq. En un documento redactado por la Moncloa en febrero de 2004 que mencionaba los motivos para respaldar la invasión, ya con la vista puesta en las elecciones de marzo, se decía de forma textual que «jamás el Gobierno español utilizó como argumento ninguna afirmación contenida en ningún informe de ningún servicio secreto». He de suponer que eso sucedía o porque mis informes eran muy malos y no servían o porque esos informes no decían lo que el Gobierno quería oír. Como no creo que lo primero sea cierto, tengo que concluir que lo segundo está más cerca de la verdad. Me duele que no me prestaran atención, pero deseo dejar constancia de que en ningún momento Aznar me llamó para pedirme que dijera o que dejara de decir algo.

#### DEL CESID AL CNI: MODERNIDAD Y DEMOCRACIA

La reforma del servicio de inteligencia era una asignatura pendiente de nuestra democracia. El PSOE, durante la presidencia de Felipe González, tuvo otras prioridades y no se enfrentó a ella cuando pudo hacerlo, y el Partido Popular tampoco encontró tiempo para la reforma durante la primera legislatura de Aznar. Pero en la segunda había llegado el momento, y a la tarea se dedicaron con entusiasmo Javier Zarzalejos y Federico Trillo, que estuvo admirablemente secundado por Isabel Revuelta, letrada de Cortes y a la sazón secretaria general técnica de Ministerio de Defensa. Hay que reconocer la actitud constructiva que adoptó el PSOE con las personas de Alfredo Pérez Rubalcaba y de Jordi Marsal, diputado especializado en temas de defensa y con gran sentido de Estado. Entre ellos cocieron los textos legislativos que luego se sometieron a las numerosísimas enmiendas de los demás grupos parlamentarios, algunas de las cuales hicieron camino, aunque otras eran realmente peregrinas, como aquella que pretendía que se advirtiera al espiado de que se le iba a espiar, y es que «hay gente *pa' to*», como dicen que contestó el torero Rafael *El Gallo* cuando alguien le comentó que Ortega y Gasset era filósofo. Yo no fui quien hizo las leyes; ese mérito no es mío; yo me limité a dar mis opiniones a Zarzalejos y a Trillo siempre que me las pidieron, cosa que hacían con regularidad. Por ejemplo, sobre el nombre (servicio o centro), sobre los controles o sobre la duración del mandato de su director, que yo insistía en que fuera de cinco años para no coincidir con la legislatura y transmitir así un claro mensaje de independencia. Debo reconocer que mis interlocutores procuraron hacerme caso casi siempre.

La Ley Reguladora del Centro Nacional de Inteligencia y la ley orgánica que regula el control judicial de sus actividades fueron aprobadas el 6 de mayo de 2002 con un respaldo parlamentario del noventa y cinco por ciento, pues tan sólo quedaron fuera Izquierda Unida y el Partido Nacionalista Vasco, y no por nuestra falta de voluntad de compromiso y transacción, que siempre la hubo, sino porque simplemente no les dio la gana. Ellos sabrán las razones que les impulsaron a ello. La diputada Margarita Uría Etxebarria me lo aclararía en lo que se refiere el Partido

Nacionalista Vasco durante la Comisión Parlamentaria del 11-M, cuando me explicó que no le había parecido suficiente el sistema de control establecido para las escuchas telefónicas, y yo tuve la ocasión de contestarle que no existe ningún otro país en Europa con un control judicial tan exigente como el que nosotros tenemos, porque, antes de autorizar una escucha, el magistrado nos pregunta en cada caso «qué se busca, por qué, durante cuánto tiempo; hay la obligación de destruir todo aquello que no tenga nada que ver con esto y dar cuenta al magistrado de lo que se hace, justificar las prórrogas...».

El Ministerio de Interior en su conjunto, y la Comisaría General de Información de la Policía en particular, se llevaron un disgusto, pues ambos hubieran deseado que el viejo CESID se partiera en dos, de modo que habría quedado el ámbito exterior en la esfera del Ministerio de Defensa y un segundo servicio para el ámbito doméstico que dependiera de Interior, a semejanza de lo que ocurre en la mayoría de los países europeos. Confieso que, aunque el Centro no quería perder competencias, éste fue un asunto que había sido zanjado por Aznar un año antes y que constituyó una fuente de problemas permanente porque ni el Cuerpo Nacional de Policía ni la Guardia Civil se mostraron contentos. De la intención inicial de Aznar de que el Centro coordinara la acción antiterrorista no se volvió a hablar nunca más. Ambas leyes supusieron un fuerte impulso modernizador y democratizador para nuestro servicio de inteligencia, que comenzó a partir de este momento a trabajar con la red que supone contar con un respaldo legal para sus actividades, un claro marco jurídico de referencia y todo un sistema de controles para asegurar que en ningún momento se desmandaría y que su funcionamiento respetaría de forma escrupulosa los derechos individuales reconocidos, en concreto, en el artículo 18 de nuestra Constitución y en los tratados internacionales. A partir de su promulgación, España tiene el que, sin ninguna duda, es el mecanismo más garantista de Europa, y ello es normal a la vista de nuestro pasado reciente, pues todos somos herederos de nuestra historia y existe frente a nuestra labor una desconfianza que está justificada y que a lo mejor no se da en otros países de nuestro entorno en los que las cosas se han hecho de otra manera. Me satisface ver que esta actitud está cambiando, y creo haber contribuido, aunque sea modestamente, a ello.

## LOS CONTROLES DEL CNI

Ahora el CNI funciona con cuatro controles diferentes:

- Un control político consistente en que el Centro sólo hace aquello que el Gobierno le ordena en la Directiva de Inteligencia, que tiene carácter anual y que es secreta.
- Un control económico a través de la intervención delegada del Gobierno. No desvelo ningún secreto si digo que toda la contabilidad del Centro pasaba una revisión muy exigente, incluidos los gastos reservados, sobre los que se llevaba un control interno muy estricto mientras yo lo dirigí. Y pongo ambas manos en el fuego en relación con esta afirmación.
- Un control judicial, según el cual todas aquellas actividades que de alguna forma toquen



derechos consagrados en el artículo 18 de la Constitución deben ser autorizadas por un juez designado por el Consejo General del Poder Judicial. Durante mi etapa al frente del CNI, este magistrado fue Ángel Rodríguez, a la sazón presidente de la sala tercera del Tribunal Supremo y de quien debo alabar tanto su elevado grado de exigencia como su sentido de Estado, bien auxiliado por su suplente, Mariano del Oro Pulido. Juntos establecimos un eficaz sistema de trabajo basado en la confianza y el respeto mutuo, y a ello contribuyó con su buen hacer otro joven magistrado, cuyo nombre no debo desvelar, que me traje al Centro para que colaborara con nosotros y que facilitó enormemente la relación gracias a su conocimiento del mundo judicial, de su propio lenguaje y de sus peculiaridades, que también las tienen. Aun así, yo envidiaba a mis colegas del MI6 británico, que podían entrar en un domicilio o intervenir una comunicación privada con la simple autorización administrativa de un secretario de Estado, mientras que yo necesitaba un consentimiento escrito nada menos que de un magistrado del Tribunal Supremo, lo que chocaba con la necesidad de rapidez y agilidad que requiere la labor de espionaje, en la que las «ventanas de oportunidad» para actuar son a veces muy cortas. Pero así son las cosas, y si son así, es por algo. Ganarse la confianza de la opinión pública es algo que llevará años y precisará un comportamiento irreprochable, pero, en vista de los excesos que en los últimos tiempos han cometido los servicios de inteligencia más importantes del mundo, no está nada mal obligarlos a todos a transitar por la senda de la legalidad. Yo, al menos, estoy a favor. Lo estaba cuando dirigí el Centro y lo sigo estando ahora, cuando leo en los periódicos que la CIA escuchaba las conversación por móvil de la canciller Merkel; el teléfono de mi amigo João Vale de Almeida, embajador de la Unión Europea en Washington, mientras negociaba con los mismos americanos el Tratado Transatlántico de Inversiones y Libre Comercio (TTIP), o el celular de la senadora Dianne Feinstein, que era nada menos que la presidenta del Comité de Inteligencia del Senado de Estados Unidos. Y es que si a un organismo se le da mucho poder, tiende a excederse en su uso, y más vale prevenir que curar, como dice la sabiduría popular.

- Finalmente, el CNI está sometido a control parlamentario: la Comisión de los Fondos Reservados es el organismo competente para fiscalizar las actividades del Centro, y su director debe comparecer ante ella un par de veces al año para explicar los objetivos marcados por el Gobierno y para dar cuenta de su grado de cumplimiento. La primera vez que lo hice fue el 4 de septiembre de 2003, y Federico Trillo insistió en «arroparme», en contra de mis deseos. La presidía la presidenta del Congreso de los Diputados, María Fernanda Rudi, y la integraban los portavoces Luis de Grandes (PP), Jesús Caldera (PSOE), Felipe Alcaraz (IU), Xavier Trías (CIU), Iñaki Anasagasti (PNV) y Luis Mardones (CA). La reunión duró cuatro horas, y tan pronto como terminó algunos de los asistentes se apresuraron a contarle todo a la prensa, muy al contrario de lo que ocurre en otros países como Estados Unidos, donde las comisiones secretas son secretas, y por eso se llaman así. A este efecto es ilustrativo el caso de Valerie Plame, la agente de la CIA cuyo nombre fue filtrado desde la Casa Blanca como venganza contra su marido, el diplomático Joe Wilson, que era muy crítico con la postura del presidente Bush en Iraq y

había elaborado un informe que desmontaba la pretendida conexión entre la industria de uranio de Níger y el régimen de Sadam Huseín. Hubo condenas judiciales. Cuando era embajador en Estados Unidos, conocí Joe y a Valerie durante una cena a la que fui invitado en la casa de Santa Fe que tiene Bill Richardson, gobernador de Nuevo México. Habían escrito un libro sobre este asunto (*Fair game: My life as a spy, My betrayal by the White House*), que fue llevado al cine por Doug Liman en una película protagonizada por Naomi Watts (sorprendentemente parecida a la Valerie real, también muy guapa) y por Sean Penn. Me comentaron que, con lo que habían ganado con el libro y la película, ni a ella le hacía falta ser espía ni él tenía ganas de seguir siendo diplomático.

## UNA SECRETARIA GENERAL PARA EL CNI

En cuanto se aprobaron las leyes, actué con mucha rapidez, ya que había tenido tiempo de ir madurando mis ideas, y en apenas una semana conseguí que el Gobierno fijara los objetivos para el Centro (que, como es natural, yo había preparado de antemano) en la Directiva de Inteligencia. Después, y en función de esos objetivos, el Consejo de Ministros del 10 de mayo aprobó por decreto el organigrama que había diseñado, y pude nombrar a los miembros de mi equipo, presididos por María Dolores Vilanova (cuyo nombre es conocido por el público, y por eso lo menciono), con rango de secretaria general. Todo ello en siete días. Su nombramiento fue una sorpresa bien acogida en el Centro, aunque hubo quien me expresó su preocupación por lo que suponía de innovación y por la forma en que una mujer sería recibida por los generales de Defensa. Sé que a alguno no le gustó. Otros, en cambio, lo celebraron. Juan Bravo la llamaba en *La Razón* «la Rimington española» en referencia a Stella Rimington, que había sido directora del MI5 a principios de la década de 1990. María Dolores le echó a la faena todas las horas del mundo, aseguró el funcionamiento logístico del Centro y dirigió con mano firme sus primeros pasos. Fue una gran ayuda, leal, inteligente y trabajadora, y volvería a elegirla hoy sin ninguna duda. Tampoco me equivoqué con el resto del equipo de dirección; su identidad no es pública y no la desvelaré, pero si alguno de ellos lee estas líneas, debe saber que siempre me sentiré orgulloso de haber estado al frente de un grupo de profesionales tan fiel y tan competente. Mientras escribo, tengo delante una foto que me tomé con todos ellos. Bueno, todos no, porque faltaba uno ese día. Tengo otra fotografía idéntica a la anterior, que recibí más tarde, donde él también aparece. Es imposible notar el añadido. Stalin no lo hubiera hecho mejor, aunque creo recordar que él eliminaba gente de las fotos en lugar de agregarla. También cambié el viejo escudo del CESID, que parecía una metopa de cuarto de banderas, por otro que pretende proyectar una imagen civil del Centro. Convoqué un concurso entre los agentes, saqué ideas de aquí y de allá y lo acabé diseñando yo mismo. Los miembros del Centro nunca me lo han echado en cara, y no sé si es que les gusta, como espero, o que son muy disciplinados. Son probables ambas cosas.

El que tengo la impresión de que se sintió decepcionado con el nombramiento de María Dolores fue el general Aurelio Madrigal, hasta ese momento número dos del CESID. Debo mucho a Aurelio, que me enseñó numerosas cosas cuando aterricé en el Centro, y por eso lamenté mucho

la desilusión que sabía que le causaba. Pero no tenía otro remedio, porque su relevo tenía que ver no sólo con la nueva imagen y el nuevo estilo que quería dar al CNI, sino también con el hecho de que era consciente de que yo no me haría de verdad con su jefatura mientras él permaneciera allí. Él sabe el afecto, el agradecimiento y el respeto que le guardo. Luego eché mano de mi propio pasado y nombré a dos diplomáticos: como jefe de Gabinete, a José Ricardo Gómez-Acebo, que entonces salía de Moscú, y para ocuparse de temas internacionales, a Federico Torres, con quien había trabajado en Marruecos. Ambos realizaron un estupendo trabajo, y es que diplomáticos y espías son bastante parecidos en muchos aspectos, como bien sabe el Foreign Office.

A partir de ese momento concentré mis esfuerzos en dos líneas de acción relativas a los objetivos y a los medios materiales. Sobre los primeros no debo escribir, aunque es obvio que estuvieron dominados por la permanente lucha contra ETA y por la nueva situación mundial tras la decisión estadounidense de acabar con el régimen de los talibanes en Afganistán y con el de Sadam Huseín en Iraq. Como se demostró el 11 de marzo en Madrid, no cabe duda de que nuestra participación en la coalición que atacó Iraq —con todos los matices que se quiera— aumentó nuestro perfil de riesgo, y esto nos forzó a dedicarle mucha más atención a la amenaza islamista y a reforzar nuestra presencia en zonas conflictivas para proporcionar información y dar protección a nuestras tropas desplegadas sobre el terreno. Eso exigía un trasvase de efectivos, un entrenamiento, una especialización, dominio de idiomas, despliegue territorial, etcétera, y estábamos en pleno proceso de cambio cuando se produjo el 11-M. Sobre los medios humanos y materiales, creo que mi paso por el CNI, en lo que puedo contar, fue muy positivo para el Centro, que se independizó del todo de Defensa desde un punto de vista económico e incrementó su presupuesto en un cincuenta por ciento, lo que resultó significativo para nuestros medios. También aumentó el personal en porcentajes importantes mientras se atendía a una vieja aspiración de sus miembros de modificar su estatuto personal en algunos aspectos que afectaban negativamente a las expectativas profesionales de ascenso de los militares incorporados a las tareas de inteligencia. Estoy muy satisfecho de haberles podido ayudar en esto. Hoy contamos con un servicio muy digno, con buena imagen y muy respetado por los colegas extranjeros. Aun así, éramos muy conscientes de nuestro tamaño y de nuestras limitaciones, y por eso cuando comparecí ante la comisión parlamentaria de investigación sobre el 11-M dije: «El CNI tiene ocho o seis veces menos personal que los británicos y quince veces menos su presupuesto —y no estoy hablando de los estadounidenses— y seis veces menos que los franceses y seis veces menos que los italianos. Tenemos un Volkswagen que funciona bien, pero no es un Rolls». Los americanos superaban en más de doscientas veces nuestro presupuesto, aunque esta cifra sea menos representativa, pues tampoco nuestras responsabilidades son globales.

Durante mi mandato creamos el Centro Criptológico Nacional, algo de lo que estoy especialmente orgulloso, porque vimos venir el ciberterrorismo, del que tanto se habla hoy, cuando se ha convertido en una amenaza de primer orden para todos; asimismo, se desarrolló el concepto de Autoridad Nacional Delegada de Seguridad, que también recaía sobre mí y que me hacía responsable de la custodia de la información reservada de la OTAN y la Unión Europea, de la seguridad de las vías por las que circula esa información y de la acreditación de las personas autorizadas para acceder a ella. Como digo, fue entonces cuando el Centro empezó a prepararse

para combatir contra el arma terrorista más potente del momento actual, el ciberterrorismo, que puede poner en jaque las comunicaciones más sensibles, las infraestructuras estratégicas, los sistemas bancarios o la defensa nacional de un país en breves instantes y desde la relativa seguridad que da la lejanía física. Y lo mismo se aplica a las comunicaciones empresariales o personales. El riesgo que representa el terrorismo cibernético no ha dejado de crecer desde entonces, aunque me temo que la opinión pública española no está aún lo bastante concienciada sobre los ataques que se producen a diario y que constituyen el método más barato para poner de rodillas a un país o a una gran empresa, y que será una de las principales formas que adoptará la guerra del futuro. Por desgracia, no se puede uno fiar de nadie: las mismas tecnologías que sirven para hacer cosas buenas, como internet, se utilizan también para causar mucho daño. En este mundo no hay amigos y enemigos; los hay que pueden y los hay que no, y la diferencia entre unos y otros es, sobre todo, de capacidades y de medios.

De manera que cuando cesé al frente del CNI, en abril de 2004, casi había terminado la reforma y el desarrollo normativo del Centro, a falta, sólo, de definir las funciones de la figura de la Autoridad Nacional de Inteligencia y Contrainteligencia, que la ley del 6 de mayo de 2002 confiere al secretario de Estado-director, pero que no define. Se trata de un asunto que se retrasó por la diferencia de puntos de vista al respecto con el Ministerio de Interior, que entendía que podía afectar negativamente a sus competencias. Y estaba en pleno proceso de adaptación del Centro para pasar a considerar al islamismo radical como una amenaza mayor que ETA.

## MAFALDA EN EL CNI

Cuando se aprobaron las dos leyes reguladoras de nuestra actividad, reuní al personal y les dirigí unas palabras para explicar el contenido y el alcance de las normas aprobadas. Les dije que debíamos estar muy satisfechos de que el noventa y cinco por ciento de los diputados nos hubieran dado su apoyo porque con ese respaldo pasaba una página en la historia de nuestro servicio de inteligencia, una historia que no se construía sobre el vacío, sino sobre un pasado que tenía luces y sombras; añadí que no se modificaba sólo el nombre y las siglas, pues si el cambio fuera únicamente cosmético no habríamos logrado nada, sino que también debía transformarse la misma mentalidad de los agentes y nuestra forma de actuar, que a partir de ese momento recibía sanción legal. Mencioné que debíamos sentirnos orgullosos de nuestro trabajo de velar por la seguridad de un Estado democrático y que también debíamos ser capaces de difundir ese sentimiento entre la sociedad a la que servíamos. Quise, en definitiva, transmitirles una parte de la ilusión que yo mismo sentía ante la nueva etapa que comenzaba y que también pasaba por lograr que la sociedad nos percibiera de otra manera. Pero no era fácil abrir el Centro al exterior porque la esencia de nuestro trabajo era, precisamente, una discreción que se oponía a la transparencia que me hubiera gustado poder darle. Por eso, cuando localizábamos algún etarra en el extranjero, pongo por caso, no nos poníamos nosotros la medalla, sino que informábamos unas veces a la Policía y otras a la Guardia Civil, que eran los que lo detenían y lo traían a España esposado. En cierta ocasión le pregunté a George Tenet, entonces director de la CIA, cómo se las arreglaba él. Me contestó que,

en su opinión, el asunto no tenía arreglo porque la labor de los periodistas era publicar y la nuestra tratar de que no se hablara de nosotros. Añadió que en Washington había tres mil periodistas, y él sólo confiaba en uno, «y no siempre». Tampoco es que uno pudiera fiarse mucho de él, a juzgar por lo que se supo más tarde acerca de sus evaluaciones sobre Sadam Huseín y las armas de destrucción masiva, que hicieron sentirse engañado al mismo Colin Powell. Pero eso no me desanimó y decidí ir despacio, para lo cual le pedí ayuda a mi amigo Ramón Iribarren, que había trabajado conmigo en Rabat como consejero de prensa. Ramón, un hombre inteligente, extrovertido y con gran don de gentes, realizó un estupendo trabajo que se completó con un principio de relación con la Universidad, donde impartimos algunas conferencias y cursos sobre inteligencia. Antonio Díaz, profesor de Ciencia Política en la Universidad de Cádiz, sabe mucho de estos inicios. Hoy ya hay un máster de la materia. De la organización de estos cursos encargué a Paco, un veterano del Centro que se dedicó a ello con entusiasmo y con eficacia. Además, monté un encuentro en el mismo Centro con un grupo de responsables de los principales diarios nacionales, lo que mereció una asombrada crónica por parte de Pedro J. Ramírez titulada «Jano en el CESID» (*El Mundo*, 2 de diciembre de 2001), donde calificaba de «extraordinario milagro» el hecho de ser «invitados por la primera vez en la historia de la Transición a acceder al recinto para compartir mesa y mantel con el ministro de Defensa y con los dos máximos responsables del Centro». Unas semanas más tarde, un grupo de periodistas gráficos eran invitados a tomar algunas fotos de espacios cuidadosamente seleccionados. El reportaje salió publicado en la revista *Tiempo* (4 de febrero de 2002). Tanto a Ramírez como a los gráficos les llamó la atención ver el libro *Todo Mafalda* en mi despacho, como si desentonase, y no puedo estar más en desacuerdo porque siempre me ha gustado Quino y porque el humor ayuda a combatir el estrés, que era algo que allí no faltaba nunca.

«IRME A LA CAMA CON MI SEÑORA...»

En aquella época, hice algunos viajes que me parecen interesantes y que en algunos casos, por su contenido, no veo inconveniente en referir. En especial, uno a Caracas en mayo de 2002 para hablar con Hugo Chávez sobre ETA. Fue el encuentro más bizarro y estrafalario que he tenido jamás. Cuando llegué al palacio de Miraflores a la hora fijada, las nueve de la noche, me dijeron que el presidente estaba ocupado y que tuviera la amabilidad de aguardar en una sala, donde a cada rato entraba un ujier que me traía una taza de café. A los tres cafés yo estaba como una pila y seguía preguntando si el señor presidente sabía que yo le estaba esperando, a lo que el ujier, impertérrito, me contestaba: «El señor presidente sabe que usted está aquí, lo recibirá en cuanto le sea posible, y entre tanto puedo ofrecerle otro cafetito...». No había otra que esperar, y me armé de paciencia, como los mallorquines sabemos hacer, pues no en vano Santiago Rusiñol nos bautizó con aquello de la «isla de la calma». Al final, Chávez me recibió a medianoche, tras tres horas de antesala, y cuando lo hizo pareció disponer de todo el tiempo del mundo para mí, pues pasamos juntos y a solas exactamente dos horas y tres cuartos. Nunca he asistido a un encuentro tan disparatado como aquél, solo con Chávez en un cuarto inmenso que en una de sus paredes exhibía

una gran pizarra, tipo colegio, situada detrás de su mesa de despacho. De entrada me espetó: «Oye, chico, ¿dices que te llamas Dezcallar? Uy, qué complicado es eso, te llamaré Jorgito, si no te molesta... Y dime, chico, ¿de dónde tú eres?, ¿de Mallorca? Eso es un equipo de fútbol, ¿no?», y así todo. Yo pensaba que no era posible que aquello me estuviera ocurriendo a mí. Él me explicó que se había hecho militar porque quería jugar al béisbol, que era su gran pasión de juventud, y volviéndose al encerado dibujó con tiza el plano de la casa de su abuela, que tenía un patio trasero donde se entrenaba con un bate tomando como diana el tronco de un árbol, que también esbozó. Como pelotas usaba unos frutos que crecían en otro árbol y cuyo nombre he olvidado. Yo trataba de hablar de ETA y él me interrumpía contándome cualquier cosa y sacando, de forma alternativa, de los bolsillos izquierdo y derecho de su camisa dos pequeños libros: la Biblia y la Constitución Bolivariana, blandiendo en el aire uno y otro, según el caso, para apoyar sus argumentos. La guinda fue cuando me dijo: «¿Tú sabes, chico, lo que a mí de verdad me gusta?». Ante mi mirada de interrogación, se respondió a sí mismo: «Lo que a mí de verdad me gusta es irme a la cama con mi señora...», y yo entonces me alarmé en serio pensando qué iría a contarme ese energúmeno, pero él prosiguió: «... meterme en la cama con mi señora porque ella hace las mejores cotufas de América... ¿Tú sabes, chico, lo que son las cotufas?». Yo asentí, afirmando que nosotros las llamamos palomitas de maíz... «Eso, palomitas, que les dicen ustedes. Pues como te digo, chico, ella hace las cotufas mejores del mundo, nos metemos en la cama y yo alquilo una película americana moderna, de acción..., y nos quedamos juntos en la cama comiendo cotufas y viendo televisión.» Yo no daba crédito a lo que oía. También me contó algún chiste que no puedo repetir. Me pareció un personaje tan simpático como impresentable. Por la mañana descubrí que Chávez no sólo era simpático e impresentable, sino también más falso que una moneda de diez euros, pues los seis etarras que más nos preocupaban, culpables de una treintena de asesinatos, habían desaparecido de sus domicilios durante la noche esfumándose en la manigua. No resulta disparatado pensar que alguien los había prevenido desde el palacio de Miraflores tan pronto como yo lo había abandonado a las tres de la madrugada. Aun así, las cosas no salieron tan mal, pues unas semanas después, el 2 de junio, se produjo la detención y expulsión a España del etarra Juan Víctor Galarza Mendiola; el 17 de diciembre de 2002 los venezolanos nos enviaron a Sebastián Echániz Alcorta, y por fin el 24 de septiembre de 2003, expulsaron a José Ramón Foruria Zubialdea. Tres indeseables que estaban en la lista que yo le dejé al presidente Hugo Chávez. Otro de ellos, José Lorenzo Ayestarán, fue detenido en Francia en 2010. Cuatro menos. Mi viaje no fue finalmente el fracaso que yo había temido al principio, aunque aún hoy quedan allí algunos mientras escribo estas líneas.

Un telegrama del State Department se hizo eco de esta entrevista con ocasión de la visita que hice a la secretaria de Estado Condoleezza Rice años después, el 19 de septiembre de 2008, a poco de hacerme cargo de la embajada en Washington. Entre otros varios asuntos de carácter bilateral, a «Condi» le interesaba conocer mis opiniones sobre Chávez, que era un permanente quebradero de cabeza para Washington, y yo le contesté con sinceridad refiriéndome a él como persona poco de fiar y contándole, en líneas generales, lo que me había acontecido en Miraflores. El texto de ese telegrama, publicado en *El País* (17 de diciembre de 2010) entre otros muchos sacados a la luz por Wikileaks, pretende que toda la espera a la que fui sometido y la posterior

«cháchara sin sentido» (*mindless chatter*) del presidente venezolano tenían el objetivo de «dar a los miembros de ETA tiempo suficiente para escapar». No es lo que yo dije, pero es lo que ellos interpretaron. En esa misma reunión, Condoleezza Rice me comentó que había llegado a la conclusión de que la mejor política con Chávez era ignorarle, porque era lo que más podía molestar a su ego. No estaba mal visto.

## COMO JABBA EL HUTT

Realicé otro viaje para ver a Ariel Sharón, primer ministro de Israel, con motivo de ciertos problemas particularmente graves relativos a los palestinos. Yo mantenía una relación personal muy buena con el jefe del Mossad, Efraim Halevi, y él se ocupó de arreglar los detalles de la entrevista, que se celebró en Jerusalén, una ciudad preciosa pero que nunca me ha gustado. En su libro *Entre el desierto y el mar*, mi hermano Rafael dice que «Jerusalén es una ciudad en la que el nombre de Dios no acerca, sino que aleja a los hombres», y yo no puedo estar más de acuerdo. Las religiones monoteístas, con su aparente posesión dogmática de la verdad eterna, se disputan de forma encarnizada el territorio y crean un ambiente irrespirable que me oprime y me deprime al mismo tiempo.

Sharón no era, precisamente, una paloma; era el halcón que en 1973 había cruzado el canal de Suez para derrotar al Tercer Ejército egipcio; era el militar que había invadido el Líbano y mirado para otro lado mientras las milicias cristianas asesinaban a cientos de palestinos en Sabra y Chatila en 1982; era el político pragmático y cínico que había evacuado a nueve mil israelíes de la Franja de Gaza para crear luego un centenar de asentamientos en Cisjordania; era, en definitiva, el provocador que había encendido la mecha de la Segunda Intifada con su intempestiva visita a la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén en el año 2000.

En nuestro encuentro, Sharón me escuchó con las manos cruzadas sobre el amplio abdomen; sus ojos azules eran dos rendijas de las que surgía una pequeña luz fría que se abría paso con dificultad entre pesados pliegues de piel, en una actitud que me recordaba a un personaje de *La Guerra de las Galaxias*, Jabba el Hutt. Pensé que me pegaría cuatro gritos cuando acabase de hablar, si tenía suerte, o que me tiraría por la ventana si no la tenía, pues en definitiva eso es lo que ocurría también con los enviados diplomáticos de tiempos pretéritos, que volvían cargados de regalos o sin cabeza, y en Jerusalén resulta imposible sustraerse a la sensación de que el tiempo no ha pasado. Por eso me sorprendió la forma pausada con la que me respondió tras mi larga exposición: ni la más mínima concesión en cuanto al fondo, mas con una exquisita suavidad en las maneras, puño de hierro en guante de terciopelo. Me dio la impresión de que poseía una clara visión a corto plazo, pero me sorprendió la pobreza de su análisis estratégico, aunque ya se sabe que Israel es precisamente eso, un país de grandes tácticos y de malos estrategas. Después de más de medio siglo de existencia nacional, y mientras sus militares acumulan victorias, sus políticos y diplomáticos siguen sin lograr que su país sea aceptado con normalidad, como uno más, en el área geográfica en la que está inserto, en lo que constituye un soberano ejemplo de fracaso.

## ME IMPIDEN NOMBRAR A LEÓN

Y mientras esto sucedía, Aznar iba dando muestras de un creciente ensimismamiento. Sólo escuchaba a un pequeño grupo de incondicionales de la Moncloa y del partido que conectaban con él, que pensaban igual o muy parecido, que le reafirmaban en sus ideas y que quizá le decían lo que quería oír. En mi opinión, este grupo hacía que Aznar se volviese más radical y contribuía a que estuviera cada vez más aislado y que prestara menos atención a la opinión pública y a los demás partidos del arco parlamentario. No le hicieron ningún favor. La boda de su hija en El Escorial, con protocolo principesco y amigos de la *jet* internacional fue, bajo mi punto de vista, a la vez una horterada y una prueba de este alejamiento del sentir de la calle, que la contempló con estupor mal disimulado. Fue el consejo de algunos de estos asesores lo que me impidió, en el último momento, nombrar como jefe de mi gabinete a Bernardino León, el joven diplomático que había hecho sus primeras armas conmigo en la dirección general de África. Su proximidad al socialismo era conocida, aunque yo nunca he preguntado a mis colaboradores por sus ideas políticas, sino que los he evaluado por su capacidad, y sigo creyendo que eso es lo inteligente. Berna ha continuado luego su brillante carrera como secretario general de la Presidencia con Rodríguez Zapatero y como enviado especial de la Unión Europea para la Primavera Árabe y de las Naciones Unidas para Libia, lo que demuestra que yo no había errado al calibrar su valía.

## UNA POLÍTICA GLOBAL FRENTE A ETA

Tanto en el CESID como en el CNI la preocupación principal era ETA, que absorbía una proporción enorme de nuestro tiempo y de nuestras energías hasta convertirse en una auténtica obsesión. Lo sabíamos todo de la organización terrorista, hasta el punto de que el 11 de marzo, cuando al principio pensamos que el atentado había sido obra de ETA, lo que más nos costó aceptar era cómo ésta podía haber metido en Madrid, sin que nos diéramos cuenta, a toda la gente necesaria para llevar a cabo aquella matanza. Era imposible, decíamos. Durante el tiempo que dirigí el Centro, ETA asesinó a once personas, entre las que había un magistrado, un concejal, un jubilado, dos guardias civiles, tres policías, dos agentes de la Ertzaintza e, incluso, una niña de seis años, Silvia Martínez Santiago, hija de otro guardia civil; sus cifras estaban ya muy lejos de la sanguinaria década de 1980. Cuando llegué al CNI en 2001, había en las cárceles 534 etarras, y en 2004, cuando lo dejé, el número había subido a 719 gracias a la política impulsada por el Gobierno. ETA podía estar ya de capa caída y comenzar a vislumbrar un futuro sin horizonte, pero seguía siendo entonces un animal herido y peligroso. En un comentario que publicó *La Razón* (7 de junio de 2002), dije que ETA continuaba reclutando gente con facilidad porque había bajado mucho el nivel de sus exigencias, y en concreto señalaba que los nuevos etarras eran «gente marginal, de una capacidad intelectual más bien escasa y que recibe una preparación somera, a veces de tres días». Pero para matar basta un descerebrado con una pistola. El libro del etarra arrepentido Iñaki Rekarte, *Lo difícil es perdonarse a uno mismo* (Península, 2015), es buena



prueba de lo que digo.

Yo creo que uno de los mayores éxitos del presidente Aznar fue su política global frente a ETA, que no sólo persiguió a terroristas, sino también a sus redes de apoyo, a sus fuentes de suministro, a sus finanzas, a sus estructuras propagandísticas y a su base social. Dije en una entrevista a *El País* (28 de abril de 2002) que «tenemos indicios todos los días de la relación entre ETA y Batasuna». También indiqué que «no hay terrorismo nacional que sobreviva sin apoyos internacionales» en otra entrevista al mismo periódico (7 de junio de 2002), donde describí a ETA «como una úlcera sangrante [que] al contrario que un cáncer hace sufrir a la democracia española, pero no puede matarla», y expliqué a continuación que la banda terrorista se aprovisionaba de armas a través de redes mafiosas de los Balcanes y que había mantenido relaciones con otros grupos terroristas como el IRA irlandés, «aunque no con los islamistas radicales, debido a su desconfianza mutua». Ésta es una idea que tenía muy clara.

Aznar contrapuso al Pacto nacionalista de Estella el Acuerdo por las Libertades y contra el Terrorismo, el llamado Pacto Antiterrorista, que había firmado con el PSOE en diciembre de 2000 y que sentó las bases de una colaboración para lograr la derrota definitiva de los asesinos. Este acoso no se detuvo en ningún momento hasta llegar a la Ley Orgánica de Partidos Políticos de 2002, que dejó en la ilegalidad a las organizaciones políticas que actuaban de tapadera e impidió a ETA y a sus corifeos tener poder institucional, gozar de un soporte político y utilizar dinero público para dinamitar la democracia. Su consecuencia fue la ilegalización de Batasuna, Euskal Herriarrok y Herri Batasuna, un golpe muy duro para los radicales.

No cabe duda de que el ambiente creado por los atentados de Nueva York y Washington en 2001 nos ayudó mucho, pues contribuyó a generar una atmósfera de fuerte rechazo frente al terrorismo y dio un enorme impulso a la lucha antiterrorista en todo el mundo y en todos los frentes. En España aprovechamos este clima para avanzar hacia la derrota definitiva de ETA promoviendo iniciativas en el ámbito europeo y favoreciendo la cooperación a través del Atlántico. Fue una apuesta que nos salió bien en todos los frentes. Desde la euro-orden (orden europea de detención y entrega) y el establecimiento del Espacio Judicial Europeo hasta la adopción de una lista europea de organizaciones terroristas que hasta entonces no existía y en la que metimos a las nuestras. En el plano estricto de los servicios de inteligencia, nuestra colaboración se reforzó como nunca antes se había visto. El apoyo de Francia resultó determinante tras unos años iniciales de indecentes dudas, aún no del todo olvidados, y yo tuve siempre el respaldo de mis colegas franceses tanto de la Direction Générale de la Sécurité Extérieure (DGSE) como de la Direction de la Surveillance du Territoire (DST) y de Direction Centrale des Renseignements Généraux (RG). Sin Francia, las cosas hubieran sido mucho más complicadas. Por eso Aznar condecoró en enero de 2004 a Nicolas Sarkozy con la Gran Cruz de la Orden de Carlos III por su labor como ministro de Interior. También se desarrolló mucho la cooperación antiterrorista con Estados Unidos: así, el 30 de noviembre, el diario *El País* se hizo eco de mi viaje a Washington «para pedir el apoyo técnico de la CIA y de la NSA [y conseguir] el acceso a tecnologías sensibles». Nunca he sabido cómo se enteró el periodista Miguel González. Durante mis años en el Centro, viajé varias veces a Estados Unidos para trabajar con mis colegas George Tenet (CIA) y Michael Hayden (Agencia de Seguridad Nacional, NSA) con objeto de poner en

marcha un activo programa de cooperación que al más alto nivel había desbrozado Aznar con el propio presidente Bush. Cuando las cosas le llegan a uno por esa vía, todo son facilidades, y aquéllos eran años de luna de miel entre España y los americanos, hasta el punto de que había quien se atrevía a poner los pies sobre la mesa en la casa de su anfitrión.

Los etarras sospechaban que la colaboración en materia de seguridad con los estadounidenses progresaba a buen ritmo e imaginaban con aprensión y un cierto infantilismo que los satélites de la NSA seguían sus movimientos, y eso aumentaba su paranoia, por más que lo que en verdad importaba fuera siempre la cooperación francesa y la información que recibíamos de nuestros propios confidentes e infiltrados en la banda terrorista. O de nuestros medios técnicos. Me hacía gracia leer en la prensa que se había detenido a un etarra en «un control rutinario» de carretera en algún lugar de Francia porque sabía del mucho y paciente trabajo, a veces de varios meses, que había detrás de aquella detención en apariencia casual. La labor que hacían la Guardia Civil y la Policía Nacional con sus colegas franceses era realmente impresionante, pero también nosotros poníamos nuestro grano de arena en el esfuerzo común: no era infrecuente pasar alguna noche en vela mientras «mi gente» desarrollaba alguna operación para localizar a alguien, o entrar y colocar «canarios» (sistemas de escucha) en algún local frecuentado por los etarras y sus compañeros de viaje. Pero la espera valía la pena cuando las cosas salían como se habían planeado.

Estoy convencido de que la política global de ahogamiento de ETA, de no darle ni agua, diseñada por el presidente Aznar, ha sido decisiva para acabar con la banda terrorista y confirmar el triunfo final del Estado de derecho, pues no ha habido negociación (aunque se intentó en varios momentos a lo largo de la historia) y ETA no ha conseguido ninguno de sus objetivos: ni la autodeterminación, ni la independencia, ni Navarra, ni Iparralde ni nada. Hoy a ETA sólo le queda desarmarse, pedir perdón por todo el daño y el sufrimiento que ha causado durante su sangrienta existencia y esfumarse por los desagües de la historia hasta llegar a la cloaca de la que nunca debió salir. Lo que no quiere decir que el Gobierno no deba facilitar esa desaparición con las medidas oportunas. Los movimientos que los etarras hagan camino de su desaparición deben ser acompañados desde el Estado con una respuesta que los facilite y los refuerce. A enemigo que huye como ETA, o está derrotado como ETA, puente de plata. En todo caso, la firmeza de carácter de Aznar era la necesaria para dar esta batalla sin treguas ni concesiones, porque nunca dudó de que era posible terminar con la banda terrorista si se aplicaba la política adecuada. Y cuando la diseñó, la ejecutó con mano firme. Y yo a sus órdenes, orgulloso de haber podido poner mi grano de arena y agradecido por la oportunidad que me concedió para poder hacerlo.

## IRAQ Y LA ONU

Y así llegamos a un conflicto en apariencia lejano, pero que nos ha marcado muy profundamente como consecuencia de la decisión de Aznar de involucrarnos en la guerra de Iraq en contra de la opinión pública mayoritaria en España, como mostraron las masivas manifestaciones organizadas en varias capitales el 15 de febrero de 2003. Y porque, en mi opinión —y así tuve ocasión de

comentárselo a él en alguna ocasión—, su determinación iba más allá de lo que autorizaba el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que es el detentador último del derecho al uso de la fuerza en las relaciones internacionales al amparo del Capítulo VII de su Carta, aunque bien sabía que esto era algo que no siempre se había tenido en cuenta, pues no se respetó en la guerra de Corea de 1951 y tampoco en Kosovo en 1999, cuando la OTAN bombardeó objetivos en Serbia para evitar el genocidio bosnio y soslayar el bloqueo del Consejo de Seguridad por el veto ruso, aunque el artículo 53 de la Carta de la ONU niega de forma expresa a organismos regionales, como la OTAN, la competencia para tomar medidas coercitivas sin autorización del Consejo. La misma intervención en Libia en 2011 —la operación Protector Unificado— también fue, a mi juicio, más allá de lo autorizado por la resolución de 1973. En ninguno de estos casos hubo, sin embargo, la oposición popular con la que se recibió en España y en Europa la guerra de Iraq.

España tenía entonces un problema especial, que era el protagonismo que nos confería nuestra presencia en el Consejo de Seguridad de la ONU, donde habíamos entrado tan sólo dos meses antes como miembro no permanente, y eso hacía que los americanos nos cortejaran y presionaran con un interés que no habría existido en otro caso y que nos impidió mirar hacia otro lado, como si el asunto de Iraq no nos concerniera. No había más remedio que mojarse, y no era un caso fácil porque los miembros permanentes del Consejo estaban divididos sobre la interpretación que había que dar a la resolución 1441: Estados Unidos y el Reino Unido defendían la invasión; Rusia y China se oponían, y Francia amenazaba con vetar un texto que la autorizara antes de que Hans Blix terminara sus inspecciones. Tampoco los miembros no permanentes constituían un bloque homogéneo, y no era fácil alcanzar los nueve votos que necesitaban los estadounidenses para lograr el apoyo del Consejo, dejando al margen el posible veto francés. Por eso Bush le pidió a Aznar que presionáramos a nuestros amigos chilenos y mexicanos, así como a miembros del Consejo, de modo que el presidente llegó a viajar a México en vísperas de la guerra para tratar de convencer a Vicente Fox. No tuvo éxito. Otra cosa es que, aparte de sufrir las presiones de unos y otros, Aznar viera en la guerra una oportunidad para sacar pecho y codearse con los más grandes...

Bajo mi punto de vista, faltaba una luz verde clara e indubitada del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, una luz verde que nunca existió y que restó legitimidad a la operación, pues aunque es cierto que la resolución 1441 decía que Sadam estaba violando la Carta de la ONU y que si desaprovechaba la última oportunidad que se le daba tendría que atenerse a las consecuencias, no llegaba a autorizar un ataque, para lo que, en opinión de muchos, entre los que me encontraba, haría falta otra resolución específica del Consejo, que nunca se produjo. Aznar no estaba de acuerdo con esta interpretación y argumentaba que la resolución 1441 era más que suficiente porque advertía a Sadam que, si no cumplía, se atuviera a las consecuencias, y el ataque era la consecuencia más obvia, ergo no hacía falta avisarle más. Aznar no creía que hiciera falta otra autorización expresa —y así me lo dijo de forma repetida— por sentirse respaldado por las casi veinte resoluciones que el propio Consejo había adoptado sobre Iraq desde la invasión de Kuwait en 1991, y opinaba que, aunque una nueva resolución del Consejo podía ser políticamente deseable, no era jurídicamente necesaria. Había juristas internacionales que también lo

consideraban así. En algún momento le comenté al presidente en privado que era posible que la oposición llenara las manifestaciones con autobuses y repartiera en ellas bocadillos, pero que también era cierto que mucha gente de su propio partido participaba en ellas, y le daba como ejemplo a unas tías mías bastante mayores, conservadoras hasta las cachas, que no se perdían manifestación de protesta. En definitiva, yo creía que no debíamos meternos en ese avispero, que se podía saber cómo empezaba pero no cómo terminaba, sin tener las espaldas muy bien cubiertas por la ONU, y en mi opinión no las teníamos resguardadas porque la resolución 1441 no era suficiente. Y no creo que lo mío fuera «deformación profesional» —como alguna vez ironizó Aznar conmigo— como consecuencia de mi formación diplomática y de haber participado en algunas asambleas generales de la ONU en Nueva York durante mis años jóvenes. Mantengo fuertes reservas frente a los unilateralismos o, lo que es lo mismo, soy ferviente partidario de un multilateralismo eficaz porque confío en el derecho internacional como garantía frente a los abusos de los poderosos y como protector de los débiles, y porque no deseo que las Naciones Unidas acaben limitándose a proteger el medio ambiente o a luchar contra el sida, que es lo que terminaría sucediendo si se imponía en el mundo el modo de proceder del presidente Bush en 2003, que Aznar parecía compartir.

#### CNI Y GOBIERNO DISCREPAN SOBRE LAS ARMAS DE DESTRUCCIÓN MASIVA

Otro problema era el de la existencia o inexistencia de las armas de destrucción masiva. Sadam las había tenido, de eso no cabía duda, pero ¿las seguía poseyendo? Yo no lo tenía claro, y así se lo dije al Gobierno. Hans Blix, jefe de los inspectores de la ONU, nunca afirmó que no hubiera armas de destrucción masiva en Iraq, aunque tampoco pudo probar que existieran, y por eso pedía más tiempo, porque dudaba y sus dudas eran legítimas, ya que Sadam había poseído esas armas y no había vacilado en utilizarlas durante su guerra de ocho años con Irán. Entonces habíamos tratado en el hospital militar Gómez Ulla a algunas personas que habían sufrido los efectos terribles de estos bombardeos en Halabiya y que llegaban con quemaduras espantosas. Como apuntó Hans Blix: «no puedo concluir que las armas existen. Sin embargo, esa posibilidad no está excluida». Por eso solicitaba más tiempo. Yo era uno de los muchos que pensaban que era preciso concedérselo, porque, aunque no tenía indicios claros de que Sadam dispusiera de dichas armas, tampoco era capaz de negar tajantemente su existencia. Al final, estaba el dato objetivo de que Sadam no cooperaba con la ONU, con toda probabilidad porque consideraba que le convenía que su propia población y sus vecinos creyeran que seguía contando con estas armas y que podría volver a utilizarlas si llegaba el caso. Fue un grave error de cálculo basado en que probablemente pensó que el ataque, si se producía —recuérdese la amenaza francesa de vetar en el Consejo de Seguridad una resolución que lo autorizara—, sería limitado, como lo había sido el de 1991, cuando la liberación de Kuwait. O porque, simplemente, estaba rodeado de gente que no se atrevía a decirle la verdad, que me imagino que es algo que también ocurrió.

Por eso Fernando Reinlein pudo escribir en *Cambio 16* (24 de marzo de 2003) que «la casa de los espías españoles proporciona al presidente con periodicidad cada vez más apretada informes

sobre la situación en Iraq que no siempre coinciden con los que a Aznar le gustaría escuchar. Tal vez sea porque no avalan las tesis guerreras que defiende el jefe». Tenía razón. Más tarde, acabada ya la guerra, y cuando no se encontraban las dichas armas de destrucción masiva, *El País* (23 de junio de 2003) publicó el siguiente titular: «Los informes del CNI no avalaban la rotunda posición del Gobierno sobre Iraq», lo que también era cierto. Nosotros siempre sostuvimos que Iraq no tenía capacidad para fabricar armas nucleares —pues eso siempre lo descartamos—, pero dudábamos acerca de si disponía de armas químicas y bacteriológicas. Ésa era una posibilidad. Así nos lo indicaban también las imágenes que obteníamos de nuestros propios satélites de observación. En unas declaraciones que hice a *Diario de Mallorca* parecía querer curarme en salud, pues matizaba que la labor de los servicios de inteligencia no era «matemáticamente exacta», ya que se basaba en «intuiciones, colaboradores, fotografías... y de ahí tratamos de extraer conclusiones que se aproximan lo más posible a la realidad para poder dar a los responsables políticos una base sólida sobre la que tomar decisiones». Y eso fue lo que siempre traté de hacer; siempre dije con lealtad a mis superiores lo que creía en cada momento que era cierto, y en este caso concreto, que Sadam quisiera y pudiera tener armas de destrucción masiva, que «tuviera vocación» de dotarse de ellas, no significaba que las poseyera, y menos aún que estuviera en condiciones de utilizarlas de inmediato, pues de eso nunca tuvimos una evidencia.

Algunos meses más tarde, la SER volvió sobre el tema anunciando a bombo y platillo el 7 de julio de 2003 que tenía tres informes atribuidos al CNI de los días 3, 5 y 6 de febrero del mismo año en los que se informaba al Gobierno de la inexistencia de estas armas, y sobre este mismo asunto *El País* publicó meses más tarde, el 8 de febrero de 2004: «El CNI puso en duda las “pruebas” de Powell [en el Consejo de Seguridad]», para lo que citaba nuestra supuesta nota del 6 de febrero del año anterior que, según el mismo periódico, manifestaba que «las evidencias presentadas por Estados Unidos no son lo suficientemente concluyentes para que quien duda de la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq pueda cambiar de postura». Tras el anuncio de la cadena SER, se organizó un pequeño escándalo. El PSOE pidió de inmediato mi comparecencia en la comisión de Gastos Reservados del Congreso el día 4 de septiembre. Toda la prensa del día siguiente se hacía eco de informaciones procedentes de fuentes parlamentarias, siempre tan indiscretas en nuestro país, según las cuales yo no reconocía, aunque tampoco descartaba «de forma tajante», la existencia de las notas divulgadas por la cadena SER, y volvía a afirmar que seguía sin ver relación entre Sadam Huseín y Al Qaeda. Sostenían también las mismas fuentes que sobre las armas de destrucción masiva yo repetía lo de siempre, que no las descartaba, pues el dictador iraquí había dispuesto de ellas, las había usado en su guerra contra Irán y era conocida su voluntad de dotarse de ellas, pero que no tenía pruebas de que las tuviera. *Interviú* escribió a raíz de esta comparecencia que «parece que en esta época de posguerra los únicos que dicen la verdad son los espías», y un editorial de *El Periódico* del 5 de septiembre manifestó: «Dezcallar reconoció ante la comisión la verdad: que lo único que los servicios españoles sabían era que Sadam tenía vocación de poseer armas de destrucción masiva, no si las tenía. Eso le honra a él y salva el honor de este país». Más duro fue Javier Pradera (10 de septiembre), que después de confirmar la existencia de las notas divulgadas por la SER, decía: «Aznar ha ruborizado a sus

compatriotas [...] al afirmar que disponía de fuentes de información mejores que los servicios de inteligencia españoles: los diarios internacionales más prestigiosos»; en efecto, durante su estancia en Cerdeña con Berlusconi, Aznar había comentado que «todo el que leyese la prensa sabía que Iraq tenía conexión con terroristas» (*El Mundo*, 6 de septiembre). A la vista de todo esto, Ángel Sánchez me dedicaba «el retrato» en *El Periódico*, donde hablaba de «independencia ejemplar» y donde terminaba preguntándose: «¿Se arrepentirá ahora Aznar de haberlo convertido en el jefe del espionaje español?». Mi situación se complicaba cada día más.

La posición era bastante confusa y podía prestarse a diferentes interpretaciones, unas más voluntaristas que otras. Como dijo Tony Blair, «Huseín creyó que Estados Unidos y sus aliados íbamos de farol cuando lo amenazábamos con intervenir mientras nosotros estábamos diciendo la verdad; y nosotros creíamos de verdad que él poseía armas de destrucción masiva y en realidad estaba faroleando». Condoleezza Rice cuenta en sus memorias que Bush estaba firmemente convencido de que Sadam poseía esas armas, y lo mismo creía mucha otra gente, como el presidente Mubarak o el senador Kerry, contrincante demócrata de Bush en las elecciones americanas. Era legítimo pensar así, y yo no lo critico aunque no lo compartiera. Quizá por ello la ministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio, se lanzó a un confuso alegato en la famosa sesión del Consejo de Seguridad del día 5 de febrero de 2003, poco antes de la guerra, que es una de las veces que más vergüenza ajena he pasado. No ya por la forma caótica de su exposición, que estuvo retocando hasta que le tocó hablar, y me imagino que luego no entendió ni lo que ella misma había escrito de tan enrevesadas como habían quedado sus propias notas (como me confesó, molesto, un colaborador suyo que la acompañaba y que había trabajado en el texto original). Su liada e innecesariamente belicosa intervención contrastó, de forma dolorosa, con la brillantez de su colega Dominique de Villepin, aunque también es cierto que el idioma francés se presta como ninguno a ese género de declaraciones grandilocuentes. Véase si no la escena final de la película *Crónicas diplomáticas*, de Bertrand Tavernier, que recoge justo aquel momento. Colin Powell ha sido lo bastante honesto como para reconocer que su intervención en aquella sesión del Consejo es «una mancha» (*blot*) en su carrera. Detrás de él estaba sentado, impasible, George Tenet, director de la CIA, que le había dado la información errónea sobre la que basó su discurso, acompañada de numerosas fotos y gráficos que se supone que mostraban los depósitos de armas de destrucción masiva... que luego nunca se encontraron.

## EL PAPEL DEL CNI CON IRAQ

La célebre reunión de las Azores entre Bush, Blair, Aznar y Durão Barroso el 16 de marzo acabó con todas las discusiones sobre nuestra postura, y cuando Bush anunció el comienzo del ataque americano, a las 22:16 horas del 19 de marzo, el Gobierno español secundó la operación. Al principio enviamos novecientos efectivos, que llegaron a ser mil trescientos más adelante, con el *caveat* de que nuestras tropas iban en una «misión humanitaria» de apoyo que, en teoría, no debía implicarlas en combates directos. En el Gobierno existían diferentes sensibilidades, y el entusiasmo del presidente no se reflejaba en algunos de sus ministros, como se puso de relieve en

las reuniones que aquellos días mantuvieron el Gabinete de Crisis y la comisión delegada para el Seguimiento de la Crisis, en la que a veces yo participaba y cuyas deliberaciones son secretas. Federico Trillo ha contado algo de lo que allí pasó y me describe como poco entusiasta de la intervención militar. Dice la verdad.

Sin rubor debo reconocer, y mis amigos lo saben, que nunca albergué ninguna duda de que al final los estadounidenses atacarían Iraq porque para eso mantenía excelentes relaciones con la CIA, aunque sea exagerada la afirmación de Pedro J. Ramírez en su «Carta del director» del 23 de marzo, que escribió que «poco después de ser nombrado al frente del CESID» yo le había dicho «a un amigo común que la Administración Bush invadiría Iraq entre enero y abril de 2003». Eso era imposible porque en aquella época ignoraba tal desenlace, aunque es cierto que lo supe bastante antes de que estallara la guerra. Pero en marzo de 2003 la maquinaria militar estadounidense se había puesto en marcha hacía ya tiempo y aquello no había quien lo parase. Fue una decisión que iba a comportar terribles consecuencias para todo el mundo. Los iraquíes sufrieron 110.000 víctimas y se quedaron con un país destrozado, sin una columna vertebral tras el desmantelamiento del partido Baath y del Ejército y dividido por la violencia sectaria entre sunitas, chiitas y kurdos, algo que venía de atrás, pero que la mano de hierro de Sadam Huseín había impedido que aflorase antes, de forma similar a cómo Tito había contenido durante años a los nacionalistas serbios, croatas, bosnios, eslovenos y montenegrinos. También murieron en Iraq 4.832 estadounidenses, y otros 32.000 regresaron heridos a la patria. Muchos lo hicieron también con terribles secuelas psicológicas, y se calcula que ese conflicto, junto con el de Afganistán, les ha costado tres billones de dólares. Hoy Iraq no es el faro de democracia que soñaba Bush, sino un país desgarrado por la inestabilidad interna y por el cáncer del Estado Islámico, que ha aprovechado el desorden existente para crear allí un monstruo.

Si al principio la ONU no había apoyado la campaña militar de Estados Unidos, el 22 de mayo, finalizados ya los combates, adoptó la resolución 1483, donde pedía la contribución de fuerzas militares internacionales para estabilizar la situación; a partir de ese momento, en contra de lo que muchos piensan, la presencia de nuestros soldados en tierras iraquíes quedó legitimada por las Naciones Unidas.

La principal misión del Centro en Iraq era dar protección e información a nuestro contingente militar para que pudiera desarrollar su misión con seguridad. Lo logramos, porque cuando el atentado de Latifiya acabó con la vida de siete agentes del CNI, el teniente coronel José Luis Gutiérrez Sánchez, jefe del destacamento de Nayaf de la brigada Plus Ultra, dijo que «sin ellos, nos hemos quedado ciegos», en lo que, a mi juicio, es un bonito reconocimiento de la eficacia de la tarea que llevaban a cabo. Otra misión que teníamos era, como siempre, la defensa y la seguridad de nuestro país, pues era evidente que se había vuelto más probable que se produjera un atentado islamista como consecuencia de nuestra presencia en Iraq. En abril se celebró en Madrid una reunión de directores de servicios de información de países de la OTAN a la que tuvo acceso el diario *El Mundo* (6 de abril de 2003), que afirmó en una crónica que «el servicio secreto español teme atentados islámicos» (*sic*). El periódico decía, a continuación, que yo había resaltado «el peligro creciente de que se produzcan atentados islámicos (*sic*) en España tras el estallido de la guerra en Iraq». Eso fue bastante antes de que Osama bin Laden amenazara por vez

primera a España y al Reino Unido el 18 de octubre siguiente, lo que no hizo en vano, dado que ambos países sufriríamos terribles ataques terroristas meses más tarde. En un orden diferente, la propia embajada de Iraq en Madrid almacenaba armas introducidas de manera ilegal y que hubieran podido utilizarse para cometer atentados, como denunció el diplomático Mohamed Aziz el-Husein una vez que Sadam hubo caído y que él cambió de bando. Como consecuencia, a petición del Centro fueron expulsados siete funcionarios de la embajada, entre ellos el director del colegio iraquí en Madrid, que llevaba a cabo actividades impropias de su cobertura docente.

## EL ATENTADO DE CASABLANCA

Pero el atentado no ocurrió en España, sino en Casablanca, y no tuvo en principio nada que ver con la guerra de Iraq. Digo en principio porque sus motivaciones fueron otras, aunque es innegable que el regreso a Marruecos de activistas del Grupo Islámico Combatiente Marroquí (GICM), expulsados de Afganistán, había tensado la situación en el interior del reino. El atentado consistió en cinco ataques simultáneos llevados a cabo por catorce terroristas suicidas en la ciudad de Casablanca el 16 de mayo de 2003 y dirigidos contra objetivos muy diferentes entre sí: el hotel Farah, propiedad de intereses kuwaitíes; la Alianza Israelita, y la Casa de España, dependiente del Centro Cultural Español, en cuyo restaurante se encontraban más de un centenar de personas cuando estallaron las bombas. Se trataba de un local que yo había utilizado en varias ocasiones durante los años que fui embajador en Marruecos para reunirme con empresarios y con otros miembros de nuestra colonia o, simplemente, tomar una copa con ellos. En total, estos catorce suicidas provocaron cuarenta y un muertos, casi todos marroquíes, veinte de ellos en la Casa de España y entre éstos tres españoles, además de muchos heridos. El día siguiente, 17 de mayo, viajé en un Falcon de la Fuerza Aérea (la única vez que lo empleé en los tres años que estuve en el Centro) para visitar el lugar, que ofrecía un espectáculo desolador y siniestro, con restos humanos que se recogían con respeto para su identificación posterior, sangre por el suelo y las paredes, sillas y mesas quemadas y volcadas... El atentado podría haber causado mucho más daño de no haberse producido en el amplio patio descubierto que servía como restaurante. Esa misma noche conversé con nuestro embajador, Fernando Arias-Salgado, con el cónsul y con miembros de nuestra colonia y mantuve más tarde una reunión con el director de la Direction de la Surveillance du Territoire (DST), el servicio secreto marroquí, Hamidu Laanigri, uno de esos tipos que hay en este trabajo y que no me gustaría que me interrogase.

Me preocupaba la razón por la que se había provocado el atentado contra la Casa de España y la posibilidad de que sus autores contaran con ramificaciones en nuestro país aprovechando la gran colonia marroquí que vive entre nosotros. Por lo que allí vi y escuché, me quedó claro que lo ocurrido ni iba dirigido contra España ni guardaba tampoco ninguna relación con la presencia de nuestras tropas en Iraq, aunque algunos quisieran darle esa intención por razones obvias. Aquella barbaridad la había llevado a cabo un pequeño comando de islamistas radicales pertenecientes a un grupo llamado La Recta Vía, vinculado al GICM, el cual sí que tuvo que ver con los atentados del 11-M. Sus miembros eran fanáticos adeptos al salafismo yihadista y procedían de un barrio



marginal y muy pobre de Casablanca, Sidi Mumen; se trataba de jóvenes sin recursos y sin empleo, de mínima formación intelectual y que habían sido seducidos fácilmente por un tal Miludi Zakaria, un extremista religioso que tres meses antes había ordenado a sus seguidores el apedreamiento de un hombre porque bebía alcohol. Y ésa fue la razón de que, además de atacar la Alianza Israelita, lo que se explica por las razones de siempre, la emprendieran contra un hotel donde al parecer había prostitución y contra la Casa de España porque servía cerveza y alcohol a los clientes, que eran tanto marroquíes como españoles, hombres y mujeres. Fue, pues, una acción destinada a combatir el vicio, tal como lo entiende un islamista radical, y no una agresión dirigida contra nuestro país.

Sin embargo, visto de forma retrospectiva, hay por lo menos dos elementos que vinculan los atentados de Casablanca con los posteriores del 11-M en Madrid, y ése es un dato que no es posible eludir. El primero es que provocó en Marruecos una represión muy fuerte que hizo huir a muchos islamistas radicales hacia nuestro país, donde encontraron refugio entre los miles de compatriotas que vivían entre nosotros. Eso aumentaba nuestro perfil de riesgo, como en el Centro percibimos, y así lo advertimos entonces. El segundo elemento es que los miembros del GICM expulsados de Afganistán habían celebrado una reunión en Estambul en febrero de 2002 con otros grupos hermanos como el Grupo Islamista Combatiente Libio, y en ese encuentro tomaron la decisión de llevar a cabo acciones terroristas allí donde tuvieran militantes sobre el terreno, y esos militantes llegaban ahora a España huyendo de Marruecos. Pero de esa reunión no teníamos entonces ninguna información en el Centro, sólo la conocimos más tarde.

## LA TRAGEDIA DEL YAKOLEV-42

El atentado terrorista de Casablanca fue sólo el principio. A partir de ese momento íbamos a ir de tragedia en tragedia hasta los terribles atentados de Madrid del 11-M. La primera sucedió el 26 de mayo al estrellarse un avión Yakolev-42 en Turquía, lo que causó la muerte a 62 militares que regresaban a España desde Afganistán. Era el mayor desastre sufrido por nuestras Fuerzas Armadas. Permanecí en la base de Torrejón cuando se repatriaron los restos, y me impresionó contemplar tantos ataúdes dispuestos en filas simétricas y cubiertos por la bandera nacional. Los Reyes fueron a dar el pésame a los familiares de las víctimas y éstos los recibieron con lágrimas y con un respetuoso silencio, pero cuando se acercaron el presidente y el ministro de Defensa, la tensión y la rabia, hasta entonces contenidas, se desbordaron y les insultaron de una forma terrible, en especial a Federico Trillo. Desde donde yo estaba, no oía lo que decían, pero se intuía porque veía las caras de odio y los gestos con que les recibieron. Ambos regresaron demudados por el mal trago que habían pasado, y no era para menos. El asunto se complicó luego porque se entregaron algunos cadáveres a los familiares con una identificación errónea por las prisas con las que se había hecho todo y las ganas que yo creo que había de que aquel accidente tan horrible se olvidara pronto y se dejara de hablar de él en los medios de comunicación. Este desaguisado añadió un sufrimiento innecesario a los familiares y costó el puesto a un par de generales que trabajaron bajo mucha presión para terminar cuanto antes. Entre éstos estaba el teniente general

José Antonio Beltrán, que había sido mi agregado de Defensa cuando fui embajador en Rabat y que es una excelente persona. Sentí mucho lo que le ocurrió.

#### JOSÉ ANTONIO BERNAL ASESINADO EN BAGDAD

La segunda tragedia nos golpeó unos meses más tarde, el 9 de octubre, con el asesinato en Bagdad de José Antonio Bernal, agente del CNI y agregado en nuestra embajada que había sido evacuado a Amán con el resto del personal durante las primeras semanas de la guerra, tras lo que regresó a su puesto tan pronto como las circunstancias lo permitieron. Bagdad era entonces una ciudad sin ley o, mejor aún, su ley era la inseguridad, y José Antonio lo sabía. Los estadounidenses la habían ocupado militarmente, pero no la tenían dominada, y todo tipo de individuos y de grupos armados circulaban por sus calles, donde los tiroteos y las bombas eran muy frecuentes, con barrios enteros que escapaban al control de la coalición internacional. Antes que él ya habían muerto en Iraq los periodistas Julio Anguita y José Couso en los primeros momentos de la invasión. Luego, ya en agosto, fue asesinado el capitán de navío Manuel Martín-Oar cuando un camión suicida hizo volar el edificio de las Naciones Unidas, donde también falleció su representante, Sergio Vieira de Mello, sobre quien Samantha Power escribiría más tarde un apasionado libro (*Chasing the Flame. Sergio Vieira de Mello and the Fight to Save the World*).

Yo estaba en Túnez aquel 9 de octubre discutiendo sobre un acuerdo de cooperación contra el terrorismo islamista con el coronel mayor Mohamed Meddeb, director de la Seguridad Militar. En Túnez había encontrado una sensibilidad especial y una gran disposición a la colaboración, pues un año antes, el 11 de abril de 2002, había tenido lugar un sangriento atentado suicida contra la sinagoga de Ghriba que había causado veintiún muertos, la mayoría inocentes turistas alemanes. El organizador fue Jálid Sheij Mohammed, un prominente miembro de Al Qaeda que acabaría más tarde en Guantánamo, tras ser capturado en Pakistán como «arquitecto principal» de los atentados del 11-S. Descubrimos que en el ataque de Ghriba había una conexión española, dado que el escaso dinero gastado en el atentado había llegado desde Logroño, facilitado por un pakistaní que allí residía, Ahmed Ruksal, y que fue condenado por ello. También fue procesado el empresario valenciano Enrique Cerdá. Ambos fueron acusados de haber tenido contactos con Jálid Sheij Mohammed, un hombre extraordinariamente peligroso. Eso fue algo que levantó las alarmas en mi servicio, porque confirmaba la presencia en nuestro país de islamistas dispuestos a provocar atentados terroristas, como ya había demostrado con la desarticulación un par de años antes, en noviembre de 2001, de la célula que dirigía Imad Eddin Barakat Yarkas, cuyo nombre de guerra era Abu Dahdah (operación Dátil), un islamista radical que reclutaba voluntarios y captaba recursos económicos para la yihad siguiendo las directrices de Abu Qutada, un violento salafista residente en Londres. En esa operación se detuvo a veinticuatro personas, de las que quince (sirios y marroquíes en su mayoría) fueron condenadas. Pero hubo otras a las que no se detuvo entonces y que iban a desempeñar más adelante un importante papel en la gestación y ejecución material de los atentados del 11-M, como Amer Azizi, Driss Chebli, Jamal Zougam o Serhane, *el Tunecino*.

El hecho es que estaba en Túnez cuando sonó el teléfono del hotel, a eso de las siete de la mañana, y desde el Centro me informaron del asesinato de José Antonio Bernal en Bagdad, apenas un poco antes, a la puerta de su domicilio. Lo primero que hice fue llamar al presidente para darle la noticia, y en esa conversación Aznar decidió que no se ocultara su pertenencia al CNI, pues era un agente abierto y sus compañeros de la embajada estaban al corriente de su adscripción. Regresé a Madrid en el primer avión que pude (vía Roma) y, antes de despegar, recibí una llamada del Rey para darme el pésame en una de sus típicas demostraciones de afecto y sensibilidad. En cuanto llegué, dispuse la marcha inmediata a Bagdad de la secretaria general María Dolores Vilanova y de un equipo de investigación con la doble tarea de repatriar el cuerpo de nuestro compañero y de averiguar lo que había ocurrido, tarea nada fácil en medio del caos que era entonces la capital iraquí. José Antonio trabajaba a las órdenes de Alberto Martínez, también miembro del Centro, bajo la dirección del encargado de negocios Eduardo de Quesada. Nuestros agentes recopilaban datos que pudieran redundar en una mayor seguridad para las tropas que el Gobierno había destacado en Iraq, primero en Um Qasar y luego en Nayaf, estableciendo una red de informadores *in situ* y también actuando como enlaces sobre el terreno con los servicios estadounidenses de inteligencia. Como declaró su padre en aquellos angustiosos momentos, José Antonio, que hablaba árabe con fluidez, «estaba en su trabajo, en su vocación, en lo que le gustaba», y lo hacía muy bien. Aquella mañana José Antonio había dado permiso para ausentarse por motivos particulares al empleado que trabajaba en su casa. A las 7:50 llamaron a la puerta, en el número 14 de la calle Ramadán del barrio Al Mansur, una zona donde residían muchos diplomáticos; al abrir, le dispararon a quemarropa tres hombres que habían bajado de un Opel oscuro y que se dieron de inmediato a la fuga. Pocos días después, la policía iraquí, que los estadounidenses estaban reconstruyendo tan deprisa como podían, identificó a los asesinos gracias a las huellas dactilares que dejaron y a la declaración de varios testigos. Se trataba de delincuentes comunes a los que no se pudo detener hasta un par de meses después, en concreto cincuenta y cinco días más tarde, pues se habían refugiado en un barrio marginal donde ni los policías se atrevían a entrar. Es muy difícil saber lo que aconteció con exactitud, pero parece que el asesinato lo llevaron a cabo unos sicarios por encargo de la resistencia iraquí, que estaba trufada de antiguos agentes de Sadam Huseín que conocían quién era y qué hacía José Antonio.

«ESTARÁS ORGULLOSO DE TU HIJA»

Al día siguiente aterrizó en Torrejón el avión de nuestra Fuerza Aérea que repatriaba sus restos; en él viajaba María Dolores Vilanova, a quien había acompañado hasta Bagdad el padre del agente asesinado. En la base militar esperaban su viuda, su madre y una delegación oficial que presidía la ministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio, y en la que también estaba el ministro de Defensa. En aquellos momentos tan difíciles, me impresionó mucho la serenidad del padre de José Antonio, capitán retirado del Ejército del Aire y un hombre de ejemplar entereza frente al dolor y la adversidad, y por quien desde entonces siento un profundo respeto y admiración que extendiendo también a Virtudes, la mujer del fallecido, que se acercó al ataúd y le dijo: «José Antonio, te

prometo que estarás orgulloso de tu hija», una niña que entonces tenía tres años. Son cosas que estremecen porque revelan un espíritu y un temple muy poco comunes. En la capilla de la base, monseñor Estepa, arzobispo castrense, celebró a las 19:30 el funeral de cuerpo presente con el féretro cubierto con una bandera nacional que luego se entregó a Virtudes junto a la cruz del Mérito Civil que le concedió el Gobierno a título póstumo. Me enorgullece recordar que al día siguiente tenía sobre mi mesa de trabajo diecisiete solicitudes de otros tantos agentes, compañeros de José Antonio en el CNI dispuestos a cubrir su puesto en Iraq a pesar de los riesgos que con tanta claridad se acababan de manifestar.

## MUEREN LUCHANDO

Por desgracia, esta muerte no fue la última, sino sólo la primera de las que el Centro sufriría en Iraq. Un mes más tarde, el 29 de noviembre, tuvo lugar la tragedia de Latifiya, en la carretera de Bagdad a Nayaf, con el resultado de siete agentes muertos y un solo superviviente después de una valerosa resistencia que terminó cuando los nuestros fueron abatidos con armas de largo alcance como AK-47 y lanzagranadas RPG que hicieron inútiles las pistolas ametralladoras Steyr que portaban. Dos equipos de agentes del CNI, el saliente y el entrante, adscritos a la seguridad de nuestras bases en Diwaniya y Nayaf, regresaban después de haber visitado en Bagdad a la CPA (Autoridad Provisional de la Coalición), que era el Gobierno resultado de la invasión estadounidense, y también Camp Victory, que constituía la sede del cuartel general de las tropas de la coalición, cuando fueron atacados en la carretera a unos 180 kilómetros de su destino y a unos 30 al sur de Bagdad. Nuestros equipos viajaban en dos vehículos no blindados, un Nissan Patrol blanco y un Chevrolet Tahoe azul. El primero lo conducía Alberto Martínez y el segundo Alfonso Vega, y el trayecto estaba discurriendo con normalidad cuando un sedán blanco les adelantó y los ametralló a medida que los rebasaba. Como consecuencia, algunos de los agentes murieron en el acto y los coches quedaron dañados e inmovilizados. Entre los fallecidos en esos primeros momentos estaba Alberto Martínez, jefe del grupo que iba a ser relevado, por lo que Carlos Baró, que mandaba el relevo, asumió el mando, se atrincheró en los vehículos situados al borde de la carretera y allí resistió peleando hasta que disparos desde casas lejanas acabaron con sus vidas. Con todos menos la de José Manuel Sánchez Riera, que se salvó de aquel infierno de forma casi milagrosa.

Nunca olvidaré aquel terrible sábado. Me encontraba visitando con Pilar una exposición de arte de Nubia en la galería que “la Caixa” tenía en la madrileña calle de Serrano, cuando sonó mi teléfono móvil y desde el Centro me informaron de que se había recibido, en ese mismo momento, una llamada de nuestros compañeros, a los que estaban atacando con armas de fuego en la carretera, camino de Nayaf. Todo era muy confuso, pero por el teléfono habían oído con nitidez los disparos y me decían que, al parecer, ya había dos muertos entre los nuestros, que continuaban combatiendo. Después la comunicación se había cortado de forma brusca, sin que hubiera dado tiempo a que nos transmitieran sus coordenadas. Todavía aturdido por la espantosa noticia, desde la misma calle de Serrano di órdenes de tratar de restablecer el contacto telefónico para obtener

su ubicación exacta y de pedir ayuda en seguida a nuestro destacamento militar de Nayaf, a fin de que enviara helicópteros con toda urgencia para protegerles. También ordené la inmediata convocatoria de la célula de crisis del Centro, prevista para estas situaciones de emergencia. No puedo olvidar el contraste entre aquella mañana de un soleado otoño madrileño, con la gente paseando sin prisa o de compras por las tiendas del barrio de Salamanca, con el tráfico menor de lo habitual, los taxis parados para tomar o dejar clientes, una pareja con un bebé que lloraba dentro de su cochecito... No puedo olvidar ese contraste mientras mi gente, en esos mismos momentos, estaba luchando con bravura por su vida en una carretera polvorienta de Iraq. Y muriendo. Tan sólo tres días antes había recibido al jefe del grupo destinado en Iraq, Alberto Martínez, acompañado por los integrantes del equipo que iba a relevar al suyo. Alberto terminaba su misión tras varios años en aquel país que conocía muy bien, y al despedirnos, ya de pie y junto a la puerta de mi despacho, le dije algo así como «bueno, ahora cuídate y no me des disgustos, que ya te quedan muy pocos días de Iraq». Se volvió hacia mí y me respondió muy serio: «Secretario, lo que está escrito, está escrito». Entonces, riendo, repliqué: «Caramba, esto es más serio de lo que yo pensaba, ¿ya te has convertido al islam? ¡No me digas que hasta te has dejado circuncidar!... No podemos esperar ni un minuto más para hacerte volver a casa». Y así, riendo los dos, nos despedimos. No volví a verle.

Camino de mi coche, que estaba aparcado algo lejos porque esa mañana había dado el esquinazo a mis escoltas y no había utilizado el vehículo oficial, me llegó otra llamada del Centro para informarme de que los muertos eran ya cuatro y que la comunicación se había vuelto a interrumpir, sin que nuestros compañeros hubieran podido transmitirnos tampoco esta vez las coordenadas de su ubicación. Seguían oyéndose ráfagas de disparos por el teléfono... El resto es ya sabido, incluida la innecesaria y machacona repetición por parte de nuestras televisiones de las durísimas imágenes que se grabaron en el lugar de los hechos con nuestros compañeros asesinados, los coches incendiados y una turba vociferante.

¿POR QUÉ YO NO Y ELLOS SÍ?

Aquella misma noche tomé un avión del Ejército del Aire, con el ministro Federico Trillo, para traer a España al único superviviente y recoger los cuerpos de nuestros compañeros fallecidos: Alberto Martínez, Carlos Baró, José Merino, José Carlos Rodríguez, José Lucas, Alfonso Vega y Luis Ignacio Zanón. No llegamos a ir a Bagdad, como era el plan inicial, porque un Hércules de nuestra Fuerza Aérea los acercó hasta Kuwait, y así ganamos algunas horas. Allí nos recibió con afecto y eficacia el embajador Álvaro Alabart, viejo amigo. Era domingo y Trillo se las arregló para encontrar una iglesia católica para oír misa. Lo acompañé. Luego regresamos al aeropuerto para esperar al avión que trasladaba los cadáveres desde Bagdad y transbordarlos al nuestro. Nos ayudó un pelotón de soldados estadounidenses que, con su solemnidad y respeto, rindieron un silencioso y emotivo homenaje a nuestros muertos. Por la soltura con la que se movían, comprendí que era algo que estaban acostumbrados a hacer. En la misma pista del aeropuerto, me fundí en un abrazo con José Manuel Sánchez Riera, el único superviviente, todavía bajo el tremendo impacto

emocional de lo que acababa de vivir y que, con los ojos extraviados y llenos de lágrimas, sólo me repetía: «¿Por qué yo no y ellos sí?». Sospecho que es una pregunta que lo acompañará toda su existencia. Una vida que salvó porque alguien a quien los demás respetaban se le acercó cuando iban a lincharlo y lo abrazó. No sabemos quién pudo ser, pero lo cierto es que los que se disponían a matarlo se retiraron y lo dejaron marchar. Había vuelto a nacer.

El largo vuelo de regreso y la llegada a la base aérea de Torrejón fueron muy tristes. Había anochecido y nos esperaba un reducido grupo de personas entre familiares, compañeros, algunos políticos y amigos en una noche fría y desapacible, bajo una persistente llovizna que calaba hasta los huesos. También estaba Pilita, mi mujer, y le agradecí que quisiera estar conmigo en momentos tan difíciles, pues éstos fueron los días más duros que había vivido hasta entonces en mi vida, y ni imaginaba que aún me quedaba por delante el 11-M. Allí mismo, bajo la lluvia, se rezó un responso antes de ir al hospital militar Gómez Ulla, donde se hizo un primer funeral y se procedió a iniciar el laborioso y delicado proceso de la identificación de los cadáveres, comparando los ADN de los fallecidos con los de sus familiares, que se merecían todo el tiempo que hiciera falta para recibir, sin ningún género de dudas, los restos de sus seres queridos. Bastante habían sufrido ya como para añadirles zozobras adicionales. En este caso, la identificación se complicaba mucho por el estado en que habían quedado los cuerpos, del todo irreconocibles y despedazados tras haber sido vejados y quemados por los insurgentes.

## LA IDENTIFICACIÓN DE LOS CUERPOS

Allí, en el hospital, Trillo me dijo que tenía órdenes del presidente de organizar el funeral al día siguiente. No me lo podía creer. Me negué en redondo y discutimos. Trillo insistía en que eran órdenes de Aznar, pero yo me planté, y me alegro de haberlo hecho porque además sigo convencido de que Aznar no sabía de esto una palabra. Le dije al ministro que le explicara al presidente que era imperativo identificar bien los cuerpos y que eso llevaría un tiempo que los médicos no eran capaces de determinar de antemano, que mientras los restos no estuvieran identificados con certeza no se podía celebrar el funeral; asimismo, estaba seguro de que el presidente entendería que yo no estaba dispuesto a entregar restos equivocados a los familiares y de que tampoco él desearía hacer algo así. Además de que, personalmente, no entendía aquellas prisas, cuyas supuestas razones nadie me explicó nunca. Pero Trillo seguía insistiendo y la situación se puso un poco violenta, mientras los médicos asistían atónitos a la escena: «Mira, ministro —le dije—, mientras los cadáveres no estén debidamente identificados, aquí no hay funeral, y si no se lo quieres decir tú al presidente, se lo diré yo, y estoy convencido de que lo comprenderá y estará de acuerdo». Al final, tras una reunión mantenida con varios médicos en el despacho del director del hospital que se prolongó hasta pasada la medianoche, el ministro aceptó mi postura, que era la misma que defendían los profesionales del Gómez Ulla, y fue él quien habló con el presidente, que tal y como yo pensaba no puso ninguna objeción en aplazar el funeral el tiempo que hiciera falta hasta completar la identificación sin ningún género de dudas.

## EL VALOR DE LAS FAMILIAS

En el hospital se instalaron las capillas ardientes, ante las que desfilaron amigos, compañeros y políticos para presentar sus respetos a los fallecidos. Desde el primer momento, los familiares, lógicamente deshechos, estuvieron acompañados por colegas de los fallecidos que, de forma voluntaria, se ofrecieron para no dejarlos solos ni un instante y ocuparse de todas sus necesidades y problemas en unos momentos en que, de hecho, no estaban para nada. No era para menos. Me gustó ver este despliegue de solidaridad y me sentí, una vez más, orgulloso de dirigir ese colectivo humano integrado en el CNI. Es de justicia dedicar un recuerdo emocionado a los familiares de las víctimas de Latifiya, que en ningún momento tuvieron ni quejas, sino ni siquiera el más ligero reproche ante la tragedia sobrevenida. Visité una a una a todas las familias en sus domicilios, y si afirmo que, en vez de animarlos yo a ellos, eran ellos, las mujeres, los hijos, los padres los que me levantaban a mí el ánimo, digo la verdad. Recuerdo ahora a Charo Martínez, María Conde, Isabel Vega, Buche Zanón, Carmen Merino, Paz Rodríguez y Judith Lucas con cariño, respeto y admiración. También me acuerdo de manera muy especial de Ana Baró, madre de Carlos, a quien había tenido ocasión de conocer algo mejor con anterioridad y cuyo marido había sido asesinado por ETA años atrás. Parecía como si ya hubiera colmado su copa de dolor cuando le llegó la noticia de la heroica muerte de su hijo en Iraq. Ni una queja, ni una recriminación; sólo la luz escapó de sus ojos, antes alegres y luego velados con las sombras de una tristeza sin fin e incomprensible en su crueldad. Jamás he visto más dignidad ante la desgracia y más estoicismo que en estas mujeres, que partían del convencimiento de que sus seres queridos habían asumido el riesgo que suponía su trabajo y habían muerto como héroes al servicio de una misión que les había encomendado España, haciendo lo que querían hacer y lo que les gustaba. Por eso lo hacían bien. Hoy en día, cuando el patriotismo no se lleva, o lo hemos descentralizado como otras tantas cosas, me descubro ante el de estas personas, y desearía que su ejemplo se extendiera. Para mí fueron días horribles, como no podía ser de otra manera. Los conocía de forma superficial y, por muy voluntarios que fueran, no dejaba de ser yo, su jefe, quien los había enviado a Iraq. Sus imágenes, las de sus mujeres e hijos, no se me apartaban de la mente, como recuerdo también el mucho apoyo y el gran cariño que nos dio la opinión pública en aquellos instantes tan duros. Cada día encontraba sobre mi mesa de trabajo cientos, y no exagero, de correos de toda España y de muchos otros lugares, algunos tan insospechados y alejados como Hong Kong y Australia, que mostraban solidaridad y afecto en esos difíciles momentos. De alguna forma terrible, parecía que lo que había sucedido había ayudado a que la sociedad descubriera que existían agentes del servicio de inteligencia que se jugaban a diario la vida por España —y a veces la perdían— en misiones siempre discretas con el objetivo de dar seguridad a nuestro país y a nuestras tropas.

## INVESTIGAR Y APRENDER DE LO OCURRIDO

Dado el lógico desasosiego que el atentado había provocado entre los funcionarios del Centro, el día 5 comparecí ante todo el personal con objeto de tratar de levantarles la moral, compartir con ellos todo lo que sabíamos hasta aquel momento y rebatir las muchas inexactitudes que algunos medios estaban publicando con la frivolidad que a veces les caracteriza. Les dije que no nos competía a nosotros opinar sobre una misión decidida por el Gobierno de la nación en Iraq y que nos había ocasionado el peor golpe de toda la historia del servicio de inteligencia. Comenté que yo conocía menos a los fallecidos que quienes habían sido sus compañeros durante años, pero que aun así ésta era la más dura experiencia de mi vida porque yo los había enviado: habían pasado por mi despacho antes de ir a Iraq y alguno de ellos apenas tres días antes de morir. Añadí que estaba convencido de que eran los mejor preparados para la misión que se les había encomendado, con experiencia en operaciones especiales como Carlos, con un buen conocimiento previo del terreno como Alberto, con una larga trayectoria en la lucha antiterrorista como José Carlos o en apoyo a fuerzas en otras misiones como Nacho... Que todos habían ido a Iraq voluntarios, que sabían mejor que nadie los riesgos que corrían y que los habían aceptado de antemano. No cabía duda de que algo había salido mal, aunque ello no quisiera necesariamente decir que hubiéramos hecho algo mal, y, en todo caso, íbamos a iniciar una investigación exhaustiva de lo ocurrido para sacar conclusiones, tomar medidas (como enviar a Iraq vehículos blindados) y evitar que algo parecido volviera a suceder en el futuro. No me definí sobre si creía que habían muerto en una emboscada o si fueron un objetivo de oportunidad; dejaba que la investigación abierta lo dilucidara, aunque mi impresión personal en aquellos primeros momentos era que los atacantes les habían avistado en el camino y los tomaron por estadounidenses, porque José Manuel Sánchez Riera, el único de los ocho que había sobrevivido, me contó que los insultaron llamándolos americanos. Destaqué que habían fallecido con heroicidad, como valientes, con las armas en la mano, vendiendo caras sus vidas y luchando mientras pudieron contra enemigos superiores en número y mejor armados. Dije que debíamos sentirnos orgullosos de ser sus compañeros y agregué que el ministro de Defensa me había prometido la Cruz del Mérito Militar para todos y que yo iba a pelear para que se las dieran con distintivo rojo, como cuadra a quienes mueren combatiendo contra el enemigo. Señalé que todos los servicios corren riesgos similares, lo que se reflejaba en nuestro sueldo, pues éramos un centro de inteligencia y no un gabinete de análisis, y que los peligros seguirían existiendo en el futuro y que habría que continuar afrontándolos con las máximas garantías posibles. Finalicé diciendo que, en momentos tan duros, debía confortarnos el gran respaldo nacional obtenido, comenzando por el Rey y terminando por los más humildes ciudadanos, lo que denotaba un aprecio por nuestro trabajo por parte de la sociedad a la que servíamos, y apoyé esta afirmación con un grueso manojó de centenares de correos electrónicos de pésame recibidos hasta entonces, con textos a veces muy emocionantes. Luego fotocopiamos estos correos, los encuadernamos y les dimos un ejemplar a todas las familias de los fallecidos. A sus hijos, muchos de ellos todavía muy pequeños, les gustará leerlos cuando crezcan.

UN FUNERAL CIVIL, SOBRIO Y SOLEMNE



El funeral se celebró dentro del recinto del CNI, y conté para su preparación con la inestimable ayuda del secretario de Estado de Defensa, Fernando Díaz Moreno, que me propuso que me echara una mano su amigo, el decorador Nacho Vicens. Fue una idea excelente porque Nacho es una persona de buen gusto, con mucha imaginación, y con el apoyo de Fernando y de un equipo de funcionarios que puse a su disposición logró, en un tiempo récord, construir una enorme carpa, dotarla de un altar con sus ornamentos litúrgicos y adornarla con alfombras, tapices, flores, etcétera, para dar al acto la dignidad y la solemnidad que convenía. Yo me empeñé en que el funeral tuviera lugar en el Centro, y Trillo y Zaplana me apoyaron pese a las dudas iniciales del vicepresidente Rato, más partidario de una ceremonia pública en una iglesia de Madrid, al estilo de la que se había dedicado en Roma a diecinueve militares italianos muertos poco antes en otro atentado en Iraq. Yo prefería organizarlo dentro de la sede del CNI para darle un carácter íntimo, más nuestro, para que pudieran participar los compañeros sin riesgo de ser identificados y fotografiados. También les pedí al Rey y al Príncipe de Asturias que asistieran de paisano, y no de uniforme, para recalcar ante la opinión pública el carácter civil del servicio de inteligencia. Los agentes fallecidos podían provenir del Ejército, como ocurría en este caso —y a mucha honra—, pero cuando habían muerto estaban llevando a cabo una tarea civil en un servicio civil, y eso no cambiaba ni por su origen militar, ni porque prestaran seguridad a nuestros soldados destacados en Iraq, ni por el hecho de que hubieran muerto luchando valerosamente contra fuerzas superiores. Por la misma razón, me opuse a que durante el funeral se cantara el himno de la Legión; prefería, en cambio, a Bach, Händel, Mozart y Pachelbel, que fueron interpretados por el cuarteto I Divertimenti con la compañía de un coro. Les dije con todo respeto que dejaran para el cementerio la canción *El novio de la muerte*, y así lo hicieron. Espero que lo hayan comprendido, aunque sé que entonces a algunos no les gustaron estas decisiones. Volvería a proceder de la misma manera porque quería dejar nítidamente claro, como parte de la reforma en curso, que el CNI era un organismo civil, aunque siguiera coyunturalmente encuadrado en el Ministerio de Defensa. Creo que al final tuvimos un funeral solemne, digno, sencillo, austero y elegante, como yo deseaba, y así lo reconoció todo el mundo. Los siete ataúdes se colocaron delante del altar, sobre una alfombra roja, y se cubrieron con la enseña nacional, y encima de cada uno de ellos el Rey, visiblemente emocionado, impuso una cruz del Mérito Civil, mientras sus nombres se pronunciaban en voz alta, uno a uno. El funeral lo ofició el nuevo vicario general castrense, monseñor Daniel Ponte, y estuvo presidido por los Reyes. Sólo entró Televisión Española a cubrir el acto junto con un reportero de la agencia EFE, con unos términos previamente pactados que excluían mostrar las caras de los agentes presentes, algo que Alfredo Urdaci cumplió de forma estricta, por ejemplo con los portadores de los féretros, realizando una ajustada y sobria transmisión. Televisión Española pasó la señal a las demás cadenas, lo que a algunas no les pareció bien, y lo lamento, pero no era posible permitir el acceso de periodistas al Centro Nacional de Inteligencia.

Cuando llegó, el Rey me dio un fuerte abrazo delante de todos para mostrar en público su cariño y su apoyo al Centro y a todos sus funcionarios, un afecto que en ningún momento nos faltó, ni entonces, ni antes, ni después, y que siempre le he agradecido. Don Juan Carlos estaba muy

afectado y emocionado, y se le llenaron los ojos de lágrimas más de una vez durante la ceremonia. Monseñor Ponte dijo en su homilía: «Realizáis una labor muy difícil que quizá pasa desapercibida, que no se nota o, al menos, no sobresale, pero vosotros os entregáis a esa labor que es imprescindible para la paz y la tranquilidad de nuestra nación». Es muy cierto, y en ningún momento dejamos de hacerlo, pues, cuando pedí voluntarios para reemplazar a los asesinados, recibí más de ciento cincuenta candidaturas tanto de uno como de otro sexo, lo que arrojaba una media de veintiuna solicitudes por plaza convocada, aunque para algunas de ellas el número de solicitantes subió hasta cuarenta y uno. Mi problema no era encontrar agentes dispuestos a jugarse la vida en Iraq, sino seleccionarlos. Así sucedió, y es justo que así lo cuente para que se sepa, porque años más tarde se me sigue nublando la vista cuando recuerdo aquella tragedia y la reacción de mi gente.

#### EXPLICACIONES EN EL CONGRESO

La semana siguiente, el día 10 de diciembre, me presenté ante la comisión del Congreso de los Diputados competente para hacer el control parlamentario del Centro con objeto de explicar lo ocurrido a puerta cerrada y con el mayor detalle posible. Como es natural, dada la conocida verborrea de los diputados asistentes, al rato la prensa estaba al corriente de cuanto allí se había dicho y señalaba que Federico Trillo pensaba que se había tratado de una emboscada, mientras que yo me mostraba menos seguro al respecto y hablaba, más bien, de un objetivo de oportunidad, como me apuntaban en aquellos momentos los estadounidenses en su investigación de lo sucedido. Existieron, al principio, algunas sospechas sobre el intérprete de nuestro equipo, Flayah al-Mayali, con quien nuestros hombres habían almorzado antes de salir hacia la carretera en la que encontrarían la muerte, porque era el único que conocía la hora de salida y el camino que iban a tomar, y sabemos que habló por teléfono tras despedirse de ellos; por eso fue detenido por orden del jefe de la brigada Plus Ultra, el general Fulgencio Coll, e interrogado para averiguar si había sido cómplice o cooperador necesario en el ataque. Al Mayali lo negó todo. Días después del atentado, gracias a la información suministrada por el agente sobreviviente, Sánchez Riera, por nuestro propio servicio, por la CIA y por el MI6 británico, un destacamento estadounidense de la 82 División Aerotransportada junto con policías iraquíes pudieron llevar a cabo una operación de cerco en torno del pueblo de Latifiya, donde detuvieron a cuarenta y una personas, entre las que se identificaron a nueve al parecer directamente implicadas en el asesinato de nuestros agentes. Se trataba de un grupo armado de resistentes iraquíes descrito como muy peligroso y conocido por el nombre de guerra de su jefe, Abu Abdullah.

#### UN EJEMPLO PARA TODOS

El día 11 de diciembre, el presidente Aznar acudió por primera y única vez a la sede del CNI durante los tres años que yo lo dirigí. Fue un detalle que le agradecí. No lo hizo para salir en la

foto, porque no se tomó ninguna aquel día y porque la visita se mantuvo en secreto al no informarse de ella a los medios de comunicación, sino que vino para mostrar su apoyo en los momentos más difíciles jamás vividos por la inteligencia española, que en apenas dos meses había perdido a ocho agentes en Iraq. Aznar se dirigió al personal en el salón de actos por un circuito cerrado de televisión, con una intervención inteligente que cumplió plenamente con el objetivo propuesto y que todos le agradecemos. Luego se quedó a almorzar con mi equipo de dirección en un ambiente muy distendido y agradable en el que tampoco faltaron las bromas, lo que no es habitual en él, como es bien sabido. Al salir, Javier Zarzalejos me comentó que nos daba sobresaliente *cum laude* porque hacía mucho que no había visto a Aznar encontrarse tan a gusto y relajado en un sitio.

Algún tiempo después, inauguré en la entrada del edificio principal del CNI una sencilla placa con los nombres de los ocho agentes fallecidos en Iraq y, más tarde, ya en época de mi sucesor, me invitaron al descubrimiento de un sencillo pero imponente monumento que yo le había encargado a Alberto Corazón antes de mi cese y que está situado en los jardines del Centro para que su ejemplo y su recuerdo acompañe a todos los agentes en el quehacer diario.

## MADRUGADA SANGRIENTA

COMO EL *TITANIC*

No debo escribir sobre ciertas cuestiones, y no lo haré, pero tampoco puedo ni debo permanecer indiferente a todas las medias verdades o puras elucubraciones sin base alguna que se afirman y que escriben unos y otros sobre lo que ocurrió con el terrible atentado terrorista del 11 de marzo de 2004 que tantas cosas iba a cambiar en nuestra historia reciente. En mi comparecencia ante la comisión de Investigación del Congreso de los Diputados, que tuvo lugar el día 19 de julio del mismo año, dejé claro mi deseo de colaborar al máximo con la investigación, dentro de las limitaciones que me imponía la ley, que me obligaba y obliga a guardar secreto sobre una serie de materias conocidas por razón de mi cargo; al mismo tiempo, describí esta situación como «un tanto esquizofrénica». Lo dicho entonces sigue valiendo ahora, y eso constreñirá mi pluma en algunos momentos, aunque más de diez años más tarde se trate ya de un hecho histórico sobre el que ha habido un pronunciamiento judicial. Hago aquí mía la frase de Indro Montanelli en su libro sobre la revolución húngara de 1956 cuando dijo «Tened en cuenta que nadie lo vio todo. Os cuento lo que yo vi. Y os pido disculpas si os parece demasiado poco». Vaya por delante mi convicción de que no fueron los atentados de Atocha los que dieron la victoria electoral al PSOE, sino la pobre gestión partidista que de ellos hizo el Gobierno del Partido Popular.

El ritmo de los acontecimientos en los años que yo dirigía el CNI no daba respiro y se iba complicando con una creciente crispación, fruto de lo apasionado que resulta nuestro «sentido trágico de la vida» y de la oposición popular a la intervención militar en Iraq a medida que cada vez estaba menos claro que allí hubiera armas de destrucción masiva o que no se confirmaban los pretendidos vínculos entre el régimen de Sadam Huseín y Al Qaeda. El caso es que el ambiente en España, que es un país de blancos y negros, de contrastes violentos y de pocos matices, se enrarecía cada vez más, pero el resultado de las elecciones municipales de mayo de 2003 llevó a Aznar a no tener en cuenta las encuestas y lo que indicaban las manifestaciones en las que participaban gentes de todo el espectro ideológico, desde la izquierda hasta la derecha. Se lo dije al presidente en más de una ocasión, y le señalé que muchos de los que se manifestaban contra la guerra eran gentes de su propio partido, gentes «de orden de toda la vida», mas Aznar no se quería enterar: acusaba a la oposición de manipular la situación, de organizar las protestas para las que ponían autocares y bocadillos, de apedrear las sedes del Partido Popular y, en definitiva, de

pretender contraponer la llamada legitimidad de la calle (que él no controlaba) a la legitimidad del Parlamento (donde contaba con mayoría absoluta). Tenía razón al afirmar que la legitimidad democrática no está en las manifestaciones callejeras, manipulables con facilidad; sin embargo, se equivocó cuando no valoró, en su justa medida, la voz de la calle y no le prestó la atención que merecía. Lo pagaría caro. La verdad es que, en sus últimos tiempos, Aznar no se hablaba con casi nadie, ni con los nacionalistas ni con los socialistas, que constituían el segundo partido del país. No hablemos de los comunistas. Faltaba diálogo. Las mayorías absolutas permiten gobernar con comodidad y sin concesiones, pero alejan de la realidad y de la moderación. De modo que crecía la indignación y la frustración de unos junto con la prepotencia de los otros mientras el Gobierno se acercaba despreocupado, como el *Titanic*, a las elecciones generales del 14 de marzo de 2004.

Unas semanas antes de la consulta electoral nadie daba dos perras por las posibilidades del PSOE, pero eso cambió con mucha rapidez porque Rajoy hizo una campaña sosa y aburrida —tan seguro estaba de su victoria que no quería correr ningún riesgo—, y con cada día que transcurría, el PSOE subía en intención de voto y se acercaba más al Partido Popular, hasta que en los últimos días casi se podía hablar de empate técnico, lo que quería decir que podía pasar cualquier cosa. La agresiva campaña de los socialistas, dirigida por Alfredo Pérez Rubalcaba, que disparaba con pólvora del rey, pues no tenía nada que perder, iba arañando escaños a los populares hasta el punto de lograr que la repetición de la mayoría absoluta pareciera cada día más lejos de las posibilidades de Rajoy, y con ello, la opción de que los populares pudieran formar Gobierno, dada la soledad en la que se habían ido encerrando y que Aznar se había ganado a pulso a lo largo de los cuatro últimos años. Ése fue el momento que eligieron los terroristas para lanzar el ataque más mortífero que jamás se había producido en España.

## EL MAYOR ATENTADO TERRORISTA

A primera hora de la aciaga mañana del 11 de marzo de 2004, tres días antes de las elecciones, entre las 7:34 y las 7:37, en plena hora punta, diez bombas estallaban en cuatro trenes de cercanías de la línea de Alcalá de Henares que llegaban a la estación de Atocha cargados con trabajadores dispuestos a comenzar su jornada laboral. Los atentados los inspiró y aprovechó Al Qaeda para sus propios fines, pero los organizaron y cometieron un grupo de magrebíes, sobre todo marroquíes, aunque también argelinos y tunecinos establecidos en España desde hacía años, con el apoyo de delincuentes españoles relacionados con el mundo de la droga que les proporcionaron los explosivos, procedentes de una mina asturiana mal vigilada. La intención de los terroristas era causar el mayor daño posible, lo que lograron, si bien el mal pudo haber sido aún mayor si todas las bombas hubieran estallado y si uno de los trenes, en el que había cuatro bombas, no hubiera ido con un ligero retraso, cosa que impidió que éstas explotaran dentro de la estación de Atocha, lo que habría amplificado su mortífero impacto. En total, 191 personas perdieron la vida aquella mañana, y otras 1.841 resultaron heridas como consecuencia de la insania terrorista. Son cifras escalofriantes: nunca había ocurrido nada parecido en Europa, si se exceptúa el vuelo 103 de Pan Am que se estrelló en el pueblo de Lockerbie, en Escocia, tras sufrir

un atentado provocado por los servicios secretos de Gadafi en diciembre de 1988, que ocasionó 259 víctimas, además de otros once muertos en tierra.

Los periódicos han tratado el tema de los atentados terroristas del 11-M hasta la saciedad, como es lógico, aunque a veces alguno haya tendido a confundir deseos y realidades, así como periodismo de investigación con periodismo de imaginación. También se han publicado infinidad de libros con un grado de rigor muy desigual sobre lo ocurrido, al tiempo que los jueces trataban de reconstruir los hechos y una comisión parlamentaria se reunía con el propósito de averiguar qué había fallado para tomar medidas que evitasen la repetición de algo similar en el futuro. Lo cierto es que no vimos venir este atentado, como no imaginaron los americanos que se producirían los atentados del 11-S, los británicos el del 7 de julio en el metro de Londres o los turcos e indonesios los de Estambul o Bali, y me paro aquí porque, por desgracia, son muchos los ataques terroristas que no se han podido impedir. Otros se frustran, pero no se habla de ellos porque no trascienden. No es una excusa; es así.

#### AL PRINCIPIO TODOS PENSAMOS QUE ERA ETA

Fueron días muy difíciles, y son muchas las vivencias que se acumulan en mi mente al tratar de ordenar las ideas para hacer una exposición clara de lo que puedo contar de aquellos momentos. Empezamos con la atribución a ETA. En cuanto tuve la primera información de lo sucedido, convoqué dos reuniones paralelas de los expertos del Centro en terrorismo etarra y en terrorismo islamista, que comenzaron a las ocho y media de aquella misma mañana. Les pedí que las celebraran por separado para no influir unos en otros. A las diez me encontré con todos ellos en una sesión conjunta, y, basándonos en los pocos datos disponibles, entre ellos el fundamental de que el explosivo utilizado había sido Tytadine —como nos dijo la Policía a primera hora la mañana—, llegamos a la conclusión inicial de que el atentado había sido, con toda probabilidad, obra de ETA. A continuación redactamos una nota, por decisión mía, que creía que cuando hay que mojarse, hay que mojarse; más tarde el Gobierno la desclasificaría en parte en un intento de quitarse las culpas de encima. Esa nota fue distribuida a las 15:51 horas, y en ella afirmamos que, con la información con que contábamos en aquellos momentos, nos inclinábamos por considerar la autoría de ETA.

Es cierto que pensamos en ETA al principio, y que nos equivocamos. Se equivocó casi todo el mundo en esos momentos iniciales, comenzando con el *lehendakari* Ibarretxe, que hizo una declaración pública muy temprana, a las 9:30, y los batasunos y los propios etarras, que comentaban entre ellos que cómo iban a explicar en el pueblo lo que los suyos acababan de perpetrar. Tal y como suena. Es verdad que no era el estilo habitual de ETA, pero no lo es menos que fueron etarras los que cometieron en 1987 la masacre de Hipercor, en Barcelona, que causó veintidós muertos y cuarenta y cinco heridos; tampoco cabía descartar la existencia de un «comando loco», al estilo del dirigido en su día por Pakito y por Henri Parot, que actuase por libre y al margen de la organización. No resultaba descabellado porque ETA era y había sido nuestro principal problema durante muchos años: había matado mucho, y además sabíamos que

necesitaba recuperar visibilidad y que quería hacerse presente de una u otra forma en las elecciones porque teníamos informaciones fidedignas que así nos lo indicaban y que hablaban de «amargar la salida de Aznar». Además, existían precedentes recientes de los intentos repetidos y fallidos de ETA de atentar en diciembre de 2002 y en un tren durante la Nochebuena de 2003, así como en Madrid con una furgoneta localizada en la madrugada del 29 de febrero de 2004 y cargada con más de 500 kilos de explosivos. Asimismo, los etarras entonces detenidos confesaron que habían intentado colocar varias mochilas con bombas en la estación de esquí de Baqueira Beret durante las Navidades anteriores, y no hay que olvidar que en los atentados de Atocha también se usaron mochilas. El que el explosivo utilizado no fuera una mezcla artesanal con componentes que se encuentran en las droguerías, como había sido el caso de las bombas que habían estallado un año antes en Casablanca, apuntaba también a ETA porque no es fácil conseguir explosivo industrial, y menos en las cantidades empleadas. Y además, insisto, aquella mañana nos dijeron desde la Policía que el explosivo utilizado era el habitual de ETA, Tytadine. Es decir, atribuir el atentado a ETA no era disparatado en aquellos momentos iniciales, y lo mismo pensaban servicios de inteligencia de los países amigos con los que hablé aquella mañana.

#### NO NOS INVITAN A LAS REUNIONES

A las once hubo una reunión del Gabinete de Crisis en la Moncloa para estudiar lo que había ocurrido. A mí nadie me invitó y, por lo tanto, no asistí. Una foto publicada en la prensa muestra que en ella participaron Aznar, Rato, Arenas, Acebes, Zaplana, Timermans y Zarzalejos. Al salir de esa reunión, Aznar llamó en persona, a eso de la una, a los directores de los principales diarios para asegurarles que había sido ETA, y el ministro de Interior, Ángel Acebes, dio una conferencia de prensa a la una y media en la que también culpó a ETA del atentado, «sin ninguna duda». Más aún, en dicha comparecencia respondió a una periodista que le preguntó por Al Qaeda diciendo que eso «era un proceso de intoxicación que ha iniciado el señor Otegi de manera miserable para desviar la atención».

Más raro fue que tampoco se convocara al CNI a la reunión que una hora más tarde, a las doce, celebró el secretario de Estado de Interior, Ignacio Astarloa, y en la que tomaron parte los directores generales de la Policía y de la Guardia Civil, Díaz de Mera y López Valdivielso; los subdirectores operativos de ambos cuerpos, Díaz-Pindado y Vicente Faustino Pellicer; los responsables de Información de la Policía y de la Guardia Civil, Jesús de la Morena y el general García Varela, y el jefe superior de la Policía de Madrid, Fernández Rancaño. Así pues, tampoco participó nadie del CNI porque nadie nos invitó, y luego nadie nos contó nada de lo que allí se había tratado. No es normal e ignoro las razones. Alguien debería explicarlo. El Ministerio del Interior, en una publicación que tituló «11-M: Toda la verdad en tiempo real», afirmó que, en ese encuentro, los expertos convocados coincidieron «en considerar a ETA como autora, por los precedentes de atentados fallidos». Y señala que había «indicios de que la dinamita del explosivo es la habitual de ETA».

Todo esto sucedía antes de que nosotros enviáramos al presidente la nota que después se

desclasificó, que también atribuía la masacre a ETA, pero que no salió hasta las 15:51. No es justo, pues, que se cargue sobre el CNI el error del Gobierno de responsabilizar del atentado a ETA, pues a la misma conclusión habían llegado por su cuenta el presidente del Gobierno y su ministro del Interior, por lo menos, horas antes de que el CNI dijera nada sobre el asunto. La conclusión es que aquella mañana todos pensábamos que los atentados habían sido obra de ETA, ésa es la verdad.

#### LA POLICÍA NOS DIJO QUE ERA TYTADINE

Nuestra nota privilegia la autoría de ETA, pero no descarta otras posibilidades, ya que dice expresamente que «se exponen las primeras conclusiones [...] a la espera de que las investigación policial extraiga datos concretos y concluyentes». Además, y esto fue un dato decisivo para nuestra apreciación inicial, en aquellos momentos creíamos que lo que había explotado en los trenes era Tytadine (el explosivo habitual de la banda) porque así nos lo dijeron desde el Ministerio del Interior, y desconocíamos todavía la existencia de una furgoneta. Esta afirmación mía contradice lo que sostiene el comisario Juan Jesús Sánchez Manzano, jefe de los Tedax, en su libro *Las bombas del 11-M. Relato en primera persona*, donde escribe que a las 8:30 horas del 11-M «los Tedax habían descartado» que en los trenes hubiera explotado Tytadine y, en consecuencia, «desde el principio supimos que no era ETA». A continuación se plantea «si nadie les contó ni al presidente ni al ministro Ángel Acebes sus descubrimientos» (*El País*, 21 de enero de 2014). No puedo contestar a su pregunta, aunque parece que la respuesta debe de ser negativa a juzgar por los resultados de la reunión que a las once mantuvo Astarloa con sus colaboradores, a la que me he referido antes, y en la que se concluyó que había «indicios de que la dinamita del explosivo es la habitual de ETA». Lo que puedo asegurar sin ningún género de dudas es que aquella mañana a nosotros, el CNI, nadie nos lo contó. Más aún, afirmo que desde el Ministerio del Interior nos dijeron lo contrario, que se trataba de Tytadine y no de Goma 2 Eco, lo que apuntaba directamente a ETA, y luego nos dejaron persistir en el error y no nos permitieron acercarnos a la investigación, que monopolizó la Policía a partir de aquel momento. El subdirector general operativo de la Policía, Pedro Díaz-Pindado, declaró en el juicio del 11-M que quien le comentó esa mañana que en los trenes había estallado Tytadine fue el comisario Santiago Cuadro Jaén, jefe de Sánchez Manzano. Lo menos que se puede decir es que en este asunto hay una contradicción flagrante entre lo que afirman diversos mandos de la Policía.

#### LA POLICÍA ENCUENTRA LA FURGONETA

Según la cronología policial, a las 10:50 horas se localizó una furgoneta Renault Kangoo, que despertó sospechas, cerca de la estación de Alcalá de Henares; a las 14:15 horas se levantó acta de la inspección ocular, en la que aún no se vio lo que había en su interior, y luego se llevó a las instalaciones policiales de Canillas, donde fue registrada a las 15:30. A nosotros no se nos avisó



de este hallazgo, que tuvo lugar bastante antes de que enviáramos nuestra nota a las 15:51 horas. Fue durante el registro cuando se encontraron siete detonadores debajo de un asiento, restos de dinamita y una casete con versículos del Corán, y tampoco tuvo nadie la amabilidad de informarnos de nada. Nos llegaron algunos rumores, pero nos enteramos con el resto de los españoles, al mismo tiempo que ellos, a las 20:20 horas de la noche, cuando el ministro Acebes, que se había reunido con los mandos policiales a las 18:15, informó a la opinión pública y justificó el retraso en contarlos por la tardanza en traducir la casete.

A partir de ese momento comienzan a crecer las dudas sobre la autoría de los atentados y a abrirse camino la tesis islamista por varias razones: la primera y más obvia es que se había descubierto en el interior de la furgoneta algunos detonadores y una cinta con aleyas del Corán. En segundo lugar, pudimos constatar —a través de una foto del vehículo hecha a partir de las imágenes proyectadas por la televisión, por increíble que parezca— que la matrícula no estaba doblada, que es una de las señas de identidad de ETA, que siempre colocaba matrículas falsas en los automóviles utilizados para cometer sus atentados. En tercer lugar, la furgoneta tampoco tenía en su interior o en sus bajos una bomba dispuesta para estallar durante su manipulación, que constituía otra de las marcas distintivas de la organización terrorista vasca. Por eso, este vehículo era el primer elemento objetivo que planteaba dudas serias sobre la atribución a ETA de los atentados, y aunque también podría haberse interpretado como una trampa, como una burda tentativa de encaminar las pesquisas en una cierta dirección, la verdad es que es en ese momento cuando la tesis de la autoría de ETA sufrió un primer golpe serio.

## NO HABÍA SUICIDAS EN LOS TRENES

Pero otras bazas jugaban en contra de la autoría islamista, como el hecho de que no hubiera terroristas suicidas en los trenes. Nosotros sostuvimos desde el primer instante que no había habido suicidas, y nos basamos en nuestra experiencia con muchos atentados con hombres-bomba en el ancho mundo. Siempre, en el momento de sacrificarse, los suicidas se dan ánimos con gritos o gestos que les ayuden a pasar el mal trago, y de esa forma llaman la atención sobre sí mismos. Siempre. La última vez que habían actuado así había sido en el atentado suicida contra la Casa de España en Casablanca. Sin embargo, en Madrid, ninguna de las personas que iban en los trenes informó de nada remotamente parecido. Se nos criticó porque, no obstante, ya entonces alguna persona afirmó que había suicidas e incluso describió sus indumentarias con lujo de detalles, tras lo que se nos acusó de habernos precipitado al negarlo cuando todavía permanecía abierta la investigación sobre el tema. Mi respuesta es que no es justo que se nos critique por tener razón. Simplemente, no era verdad, no viajaban suicidas en los trenes; lo que pasaba es que ya empezaban las maniobras de desinformación, y, en este caso, no se debían al Gobierno, sino a medios cercanos a la oposición. Que no había suicidas lo confirmó el día siguiente, de madrugada, Carmen Baladía, directora del Instituto Anatómico Forense, y con ello acabaron las especulaciones. Pero, en tal caso, era legítimo preguntarse por qué se había dejado un vehículo con pistas tan claras sobre los autores como una cinta con versículos del Corán. Eso era algo que

podía respaldar la autoría de ETA al interpretarse como un intento de desviar la atención para ganar tiempo a fin de escapar y encontrar un refugio adecuado. En Nueva York, el 11-S fue distinto: allí los terroristas abandonaron una furgoneta cerca del aeropuerto, pero no les importó dejar ese indicio porque los que se habían subido a los aviones iban a morir, despegaban en un vuelo sin regreso; aquí, en cambio, los terroristas no se habían inmolado en los trenes. La explicación la obtuvimos más tarde, y es que no se habían producido «aún» suicidios, pero los que habían cometido los atentados se consideraban ya «suicidados» porque sabían que la muerte sería el final de su aventura, y así deseaban que sucediera. Habían iniciado un viaje sin retorno. Querían el martirio. Esto es algo que confirmamos al ver la cinta de vídeo reivindicativa de los atentados hallada junto a la mezquita de la M-30, en la que aparecen tres terroristas enmascarados y vestidos de blanco, color que simboliza la muerte. Ése fue el momento en que entendimos por qué no les había importado dejar el rastro de la furgoneta. Pero entonces ya era sábado por la noche, día 13, y habían ocurrido antes muchos acontecimientos.

#### AUMENTAN LAS DUDAS

En todo caso, como he dicho, la aparición del vehículo plantea dudas serias sobre la autoría de ETA, y esas dudas ganaron fuerza cuando, a eso de las ocho y media (nueve y media de España), llegó un mensaje a *Al Qods al Arabi*, un diario en lengua árabe que se publica en Londres, en el que un grupo denominado Brigadas de Abu Hafs al Masri asumía la autoría del atentado y lo justificaba tanto por «un ajuste de viejas cuentas con la Cruzada España», quizá en referencia a la pérdida de al-Ándalus o a detenciones de islamistas en nuestro país, como por el apoyo que dábamos a los estadounidenses en su «guerra contra el islam», en relación con Iraq. A partir del hallazgo de la furgoneta y de este comunicado de reivindicación, la posible responsabilidad de ETA no paró de perder terreno, aunque en ningún momento se abandonara esa línea de investigación, entre otras razones porque el Gobierno me había encomendado que estudiáramos la posibilidad de que islamistas y etarras detenidos hubieran creado vínculos de cooperación en la cárcel, cosa en la que yo nunca creí por lo distintos que son —nacionalistas marxistas en un caso y fanáticos religiosos en el otro— y lo poco que se fían unos de otros y, en particular ETA, siempre temerosa de que se les pudiera colar algún infiltrado. Tan poco me convencía la idea de esa cooperación que ya la había rechazado en la conferencia que se menciona en el apartado anterior, organizada por el Real Instituto Elcano dos años antes, el 11 de septiembre de 2002. Los etarras siempre han sido muy paranoicos con esto de la seguridad. Pero había que cumplir con las instrucciones recibidas y verificar que esa colaboración no se había producido, y nosotros nos dedicamos a ello. No encontramos indicios de dicha conexión, y años más tarde sigue sin haberlas encontrado nadie, al margen de coincidencias gratuitas que nada prueban. Como dije ante la comisión parlamentaria de investigación sobre el 11-M, el que yo entre a tomar café en un bar al que también va un etarra no significa que el etarra y yo nos conozcamos, y menos aún que seamos amigos. Pero buscar esta eventual relación tenía otra consecuencia importante, que era que yo no podía decir sin faltar a la verdad que hubiera abandonado la pista de ETA en ningún momento.

## TODOS VAN A LO SUYO

En mi opinión, el Gobierno creyó al principio, al igual que todo el mundo, que la masacre era obra de ETA, y a partir de ese dato llegó a la conclusión de que le convenía que fuera así. Por eso, tanto Aznar como Acebes siguieron manteniendo a ETA como «la principal hipótesis» en sus comparecencias de las 20:10 y las 21:30 horas, respectivamente, del día 11 de marzo (según el informe de Interior titulado: «11-M: Toda la verdad en tiempo real»). Y digo «en mi opinión» porque no me consta, nadie me lo ha dicho, pero considero que así fue, y mentiría si dijera otra cosa. Y ello se debió a que el Gobierno trató el asunto como un problema de partido y no como el mayor atentado terrorista jamás sufrido por España. De lo contrario, hubiera convocado una reunión con los demás partidos políticos para informarles de lo ocurrido, poner a su disposición todos los datos disponibles y buscar su apoyo y su complicidad para juntos hacer frente a la situación creada por los terroristas en vísperas de unas elecciones generales. Todos juntos y unidos frente al terror. Pero no fue así; aquí cada uno actuó por su cuenta procurando obtener réditos políticos a una matanza que ninguno había provocado, pero de la que todos parecían pensar que quizá se pudiera sacar algún provecho. Es muy duro, mas así lo creo. A mí no se me invitó a ninguna reunión entre el atentado y las elecciones. El atentado se cometió el 11 de marzo, y la primera reunión organizada para abordarlo a la que yo fui convocado tuvo lugar el martes día 16, dos días después de celebradas las elecciones, y porque yo la exigí. Ignoro las razones porque nadie se ha molestado nunca en explicármelas. Hasta entonces, Aznar se reunió solamente con un pequeño grupo de gente de su máxima confianza, una especie de núcleo duro del partido, y ahí no estaba yo, que no era del Partido Popular pero que era jefe del servicio secreto y supongo que algo hubiera podido contribuir. Y como me parece anómalo que no se convoque al jefe del servicio de inteligencia cuando se ha producido el mayor atentado terrorista de la historia de España, tengo que concluir benévolutamente que mi presencia no resultaba útil, cómoda o conveniente por razones que se me escapan.

A mi juicio, este tratamiento puramente partidista del problema llevó al Partido Popular a pensar que, si el atentado lo había cometido ETA, podría revalidar su mayoría absoluta. No insinúo que el Partido Popular haya mentido, nada más lejos de mi intención, pero continuaba habiendo cosas que no estaban del todo claras, y es probable que el partido hubiera procurado controlar el flujo de la información a medida que crecían las dudas con objeto de llegar a las elecciones del día 14 con un margen razonable de incertidumbre porque consideraba que en las urnas le favorecería la autoría de ETA. De lo que estoy seguro es de que a mí se me ocultaron algunos datos en la tarde del sábado 13, cuando fui a ver a Ángel Acebes porque creía tener una información que me parecía relevante sobre unos islamistas que no podía transmitir por teléfono. Lo cuento más adelante. El Gobierno confió la investigación a la Policía, que fue la única que tuvo acceso a la mochila que no estalló y que montó todas sus pesquisas a partir de lo único entonces disponible, el explosivo, el detonador y el teléfono portátil con su tarjeta dentro, además de la furgoneta; hizo un trabajo extraordinario y no compartió sus hallazgos con nosotros. Yo y el Centro

que dirigía fuimos mantenidos en la ignorancia de los progresos de la investigación policial, e incluso se nos apartó con malos modos cuando intentábamos investigar sobre el explosivo (me obsesionaba en aquellos días conocer la cantidad de explosivo robado y la cantidad utilizada en los trenes para calcular de cuánto podían disponer aún los terroristas). Esto es muy fuerte.

También el PSOE fue a lo suyo y también puso sus intereses como partido por delante; lo que pasa es que su responsabilidad es menor porque en aquellos momentos no tenía funciones de Gobierno y porque la verdad cayó de su lado. Al igual que el Partido Popular, el PSOE creyó al principio en la autoría de ETA, y quizá yo mismo pude haber contribuido a esta percepción, puesto que así se lo dije a quienes me llamaron entonces, es decir, José Luis Rodríguez Zapatero, Curro Moratinos y Javier Solana, que recuerde ahora. Nunca los engañé, porque engañar requiere una voluntad de llevar por el camino equivocado, y eso nunca lo he hecho con nadie, y menos en aquellos instantes, pero puede que les indujera de forma involuntaria a equivocarse conmigo al compartir con ellos mis convicciones iniciales de la mañana del 11 de marzo. Convicciones que, repito, compartía con los servicios de inteligencia de otros países con los que mayor relación tenía, después de hablar con una decena de sus jefes, que no son pocos. También el PSOE comenzó a tener dudas pronto sobre la autoría de ETA y sospecho —insisto en que, al igual que con el Partido Popular, todo esto son imaginaciones mías, pues no tengo pruebas— que llegó a la conclusión inversa del Partido Popular: si el atentado era obra de ETA, el Partido Popular podría revalidar su mayoría absoluta, pero si era obra de los islamistas, nuestra participación en la guerra de Iraq y la propia gestión del atentado que estaba haciendo el Gobierno podrían darles a ellos la victoria electoral. Por eso se lanzaron a defender la autoría islamista por un agujero que al principio era muy pequeño, pero que crecía con cada hora que pasaba. Así, en una emisora de radio se comentó con desparpajo y sin el menor fundamento que había terroristas «suicidas» en los trenes, mientras que un canal de televisión cubrió en directo la manifestación «espontánea» ante la sede del Partido Popular, donde inicialmente había muy poca gente, pero que la propia transmisión contribuyó a hacer crecer —una especie de *self-fulfilling prophecy*— hasta acabar en la famosa declaración de Pérez Rubalcaba de que este país «se merece un Gobierno que no le mienta», que causó un daño terrible a las expectativas electorales del Partido Popular porque confirmó las enormes dudas que ya existían en la opinión pública. Al PSOE le fue mejor porque la verdad sobre la autoría del atentado cayó de su lado.

## ENTRE DOS FUEGOS

De forma que aquí todos fueron a lo suyo, y yo, que soy y he sido siempre independiente, me encontré esos días más solo que nunca y sometido al inmisericorde fuego cruzado de unos y de otros. No había términos medios; todo el mundo te quería de su lado e interpretaba que, si no decías lo que deseaba escuchar, era porque te alineabas con el otro. Eso de ser independiente es muy bonito cuando las cosas van bien, y nombrar a un independiente para un cargo público permite presumir de liberal, de tolerante y de abierto, pero, cuando las cosas van mal, te sacrifican a la primera de cambio porque sale muy barato, ya que no cuentas con nadie detrás para

defenderte. Lo sabía de antemano y no me hacía ilusiones, pero lo ocurrido me lo confirmó. Al final todos me dejaron caer: el Partido Popular, cuando buscó salvarse mediante la desclasificación y publicación selectiva de algunos informes del servicio secreto, para lo que no dudó en dañar su reputación, su eficacia y su imagen si ello le convenía en el corto plazo —sobre ello volveré más adelante—, y el PSOE destituyéndome en el primer Consejo de Ministros para poner en mi lugar a alguien afín ideológicamente. Quizá pensarán que mi actitud independiente, que había mostrado en el preciso momento de producirse el atentado, no era exactamente lo ideal. Todos los políticos prefieren las lealtades incombustibles y acrílicas, pero ése nunca ha sido mi estilo, y no me arrepiento: volvería a actuar de la misma manera. Creo que el país merece un servicio de inteligencia independiente, y yo traté de que fuera así, pero dudo de que nuestra clase política esté preparada para tenerlo. No obstante, supongo que esas cosas son normales en la política, y debe ser por ello que no son precisamente los mejores los que se dedican de forma profesional a ella.

#### «EXCESO DE CELO» EN EXTERIORES

Poco a poco, la autoría islamista iba quedando más clara, pero las dudas subsistieron durante un tiempo, al margen de lo que cada uno quisiera o le conviniera creer. Mi problema era que yo no podía creer, yo tenía que estar seguro, y por eso a quienes me preguntaron el viernes, al día siguiente del atentado, les contesté que seguíamos con la pista de ETA, aunque la islamista cobraba fuerza con cada minuto que pasaba, por más que yo no estuviera al corriente de los progresos de la investigación policial porque el Ministerio del Interior nos había dejado fuera del todo. Eso pudo inducir a error a algunos, y Ana Palacio, ministra de Asuntos Exteriores, que fue una de las personas con las que hablé por teléfono el jueves 11, lo ha aprovechado para echarme la culpa de su decisión de ordenar a nuestros embajadores hacer notas verbales (documentos escritos por los que se comunican los ministerios de Exteriores con las embajadas extranjeras y viceversa) adjudicando a ETA la autoría de los atentados y de pedir al Consejo de Seguridad de la ONU una resolución condenatoria en el mismo sentido. Tales decisiones fueron disparatadas, y me hacen recordar una vez más la frase del maestro Talleyrand cuando recomendaba a los diplomáticos que controlasen sus entusiasmos (*«et surtout, jamais trop de zèle!»*). Según la relación cronológica elaborada por el Ministerio del Interior, a las 13:30 horas del mismo día 11, día del atentado, Palacio dio instrucciones telefónicas a nuestra misión diplomática en Naciones Unidas para que urgiera al Consejo de Seguridad a adoptar una resolución que condenara los atentados de ETA. Fue la resolución 1530, cuyo primer párrafo condenaba enérgicamente los atentados «perpetrados por el grupo terrorista ETA». Vaya patinazo, vaya precipitación y vaya papelón. Los mismos terroristas de Al Qaeda se asombraron, como recoge su comunicado del 15 de marzo, sobre el que volveré más tarde. Inocencio Arias, a la sazón embajador ante la ONU, cuenta que a los dos días tuvo que disculparse mediante una carta al presidente del Consejo en la que balbucía que «mi Gobierno abrigaba el firme convencimiento de que la banda terrorista ETA estaba detrás de los terribles sucesos, en función de los antecedentes inmediatos, de la

información de la que en ese momento se disponía». Ana Palacio dio esas instrucciones dos horas y media antes de que se distribuyera la nota inicial del CNI atribuyendo a ETA el atentado, que como se recordará salió a las 15:51. No es justo que nos eche la culpa de su metedura de pata, que con toda probabilidad se inspiró más en las declaraciones hechas aquella mañana tanto por Aznar como por Acebes. Más tarde, ese mismo día, a las 17:29 horas, Palacio envió el telegrama circular 395 a todos los embajadores de España para informarles de lo que en esos momentos se conocía del atentado e instruyéndoles para que comunicaran formalmente su atribución a ETA a los gobiernos ante los que estaban acreditados. Este telegrama se basa en la anterior comparecencia de Ángel Acebes, pues dice que «el ministro del Interior ha confirmado la autoría de ETA». Me consta que estas instrucciones no fueron seguidas por muchos embajadores. Fue un exceso de celo.

«HUELE A ISLAMISTA QUE APESTA»

Por mi parte, reconozco que pude transmitir mis dudas, porque las tenía, a las personas que me llamaban para preguntar, pero de lo que estoy del todo seguro es de que a todas les decía lo mismo, que con la información de que disponía en ese momento primero había pensado que era ETA (sin seguridad absoluta, como deja muy claro la nota del Centro de las 15:51 del día 11), y luego, a medida que pasaba el tiempo, cada vez iba teniendo más clara la autoría islamista. Lo que nunca hice fue decirles a unos unas cosas y a otros, otras, o engañar a nadie intencionadamente. De hecho, como reconoció el propio comisario general de Información, Jesús de la Morena, «el momento clave» en el que la misma Policía determinó sin ningún género de dudas que «la pista era islamista» fue cuando, el sábado 13 de marzo por la tarde, detuvo a unos indios que regentaban un bazar en Alcorcón y éstos confesaron que habían vendido a Jamal Zougam el lote de tarjetas en el que estaba incluida la del teléfono móvil de la bomba que no estalló y que permitió avanzar a la investigación de forma eficaz y brillante («11-M. El relato», por Pablo Ordaz y Antonio Jiménez Barca, suplemento dominical de *El País*, 8 de julio de 2007). Yo no era convocado en aquellos días a ninguna reunión, pero hablaba por las mañanas con el presidente, y no desvelo ningún secreto porque se lo conté a la comisión parlamentaria de investigación del 11-M: el primer día le dije que pensaba que había sido ETA; el segundo le comenté que no contaba con información relevante que darle porque la Policía se había adueñado de la investigación después de descubrir la bolsa que no había estallado en los trenes, y que por eso era a Acebes a quien debería preguntar, y el sábado por la mañana le dije, textualmente, «el asunto huele a islamista que apesta».

ADVERTIMOS SOBRE EL AUMENTO DEL RIESGO

El CNI había advertido de manera repetida sobre el aumento del perfil de riesgo de España, y *El País* del 14 de julio de 2004 publicó una larga lista de supuestas notas del Centro, sobre cuya

autenticidad no puedo opinar, y que al parecer habría obtenido de la comisión parlamentaria de investigación del 11-M, que había tenido ocasión de examinarlas a puerta cerrada. Éste es un país donde no hay secretos. La verdad es que éramos muy conscientes del aumento de riesgo tras nuestra participación en la guerra de Iraq. Sólo puedo citar aquí una nota nuestra fechada el 27 de octubre de 2003, cinco meses antes de los atentados de Atocha, y desclasificada por el Consejo de Ministros del 18 de septiembre de 2005 para posibilitar su incorporación al sumario del 11-M. En ella se analizaba la amenaza explícita de Osama bin Laden a España:

La visibilidad de España en el mundo árabe se ha incrementado considerablemente en el último año (posición de España en el CSNU —Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas— sobre la cuestión de Iraq, presencia de las FAS –Fuerzas Armadas— en territorio iraquí, acciones contraterroristas en nuestro país contra células islamistas radicales, celebración en Madrid de la Conferencia de Donantes para Iraq).

Las reiteradas alusiones a España en los m.c.s. (medios de comunicación social) árabes (sobre todo en la TV —vía satélite— qatari Al Jazeera) y especialmente el reflejo de las operaciones antiterroristas contra células islamistas en nuestro país (de forma muy destacada la detención de Taysir Alouni, periodista de Al Jazeera), ha provocado en el radicalismo islámico la percepción de que España «hace el trabajo sucio a los americanos» y que «persigue al islam».

Se constata un auge de la presencia de elementos islamistas radicales en España, hasta la fecha dedicados al proselitismo, al reclutamiento y a actividades logísticas, sobre todo ligadas a la pequeña delincuencia. La represión policial marroquí tras los atentados de Casablanca alienta la tendencia al «refugio» en España de islamistas magrebíes.

A pesar de realizar tareas de seguridad civil, el despliegue de las FAS españolas en Iraq es mayoritariamente percibido por las sociedades árabes como ocupación militar de un territorio islámico. El islam radical estima que España se ha alineado con los enemigos del islam.

El último comunicado de Osama bin Laden señalaba explícitamente a España como potencial país objetivo de sus atentados terroristas. La amplia difusión del comunicado constituye una referencia a seguir para numerosos elementos y grupos radicales. El incremento de militantes afines a la yihad internacional en nuestro territorio es un elemento de riesgo adicional.

Las amenazas explícitas a intereses españoles han crecido significativamente en los últimos meses. Aunque muchas de ellas son vagas o no concretas, el conjunto es indicativo de la elevación considerable del nivel de riesgo en territorio nacional y, especialmente, en algunos países de mayoría musulmana.

Parece necesario reforzar las medidas de protección en estos ámbitos, contemplando entre ellas las de los vuelos de aviones oficiales a zonas sensibles.

De este texto interesa destacar que, en los meses anteriores al atentado de Madrid, veníamos percibiendo y advirtiendo que nuestro nivel de riesgo estaba aumentando considerablemente por una serie de razones que se enumeraban con claridad y que tenían que ver con el protagonismo que nos daba nuestra presencia en Iraq; con las detenciones de células islamistas radicales como el llamado comando Dixán en enero de 2003; con la visibilidad internacional que nos dio la celebración en Madrid de la Conferencia de Donantes para Iraq los días 23 y 24 de octubre siguiente; con la detención del periodista Taysir Alouni, lo que comportó que, día tras día, sus colegas del telediario de Al Jazeera, ampliamente seguido por los árabes residentes en España, aparecieran en la pantalla con un botón en la solapa donde se leía «libertad para Alouni»; y, sobre todo, con la explícita amenaza de Osama bin Laden el 18 de octubre de 2003, en la que afirmaba reservarse «el derecho de responder, en el momento y lugar oportunos, contra todos los países que participan en esta guerra injusta [se refiere a Iraq], en particular Gran Bretaña, España, Australia, Polonia, Japón e Italia». Nos tocó a nosotros primero, y a los británicos después.

Como también se ve, ya entonces señalamos la conexión entre islamistas radicales con la pequeña delincuencia local. Fue precisamente la relación de Jamal Ahmidan, *el Chino*, con Emilio Suárez Trashorras la que permitió a los terroristas obtener 200 kilos de Goma 2 Eco en la empresa Caolines de Merillés, propietaria de la mina Conchita en el concejo asturiano de Belmonte de Miranda.

También es interesante la referencia al refugio en España de islamistas radicales que huían de la represión desencadenada en Marruecos tras los atentados de Casablanca del 16 de mayo de 2003. Nuestros sensores estuvieron al rojo en los meses de octubre y de noviembre, precisamente cuando el Centro sufrió sus bajas en Iraq, mientras que se calmaron a partir de diciembre, sin que ningún elemento procedente de nuestras fuentes ni ninguna advertencia de servicios amigos detectara nada que nos permitiera intuir lo que nos aguardaba el 11-M. Esperábamos algo pero la verdad es que no lo esperábamos en España. Como dije en mi comparecencia ante la comisión parlamentaria de investigación, «pensábamos que era mucho más probable, o muy probable incluso, un ataque contra nuestras fuerzas en Iraq» o contra nuestras embajadas en el mundo árabe o las oficinas de Iberia, o algo por el estilo. Y avisamos y se tomaron precauciones que quizá evitaron que se cometieran atentados. Es interesante mencionar aquí un documento descubierto en la red por un investigador noruego en diciembre de 2003, donde un yihadista desconocido aconsejaba cometer un atentado contra nuestras fuerzas en Iraq porque nos veía como el eslabón débil de la coalición, dada la gran oposición que había en España a la guerra. Decía que, ante la imposibilidad de doblegar a la potencia estadounidense, se le podría al menos privar de un fiel aliado provocando un atentado contra nuestros soldados antes de las elecciones generales que forzara al Gobierno a repatriar las tropas. Si no lo hacía, perdería las elecciones, y entonces sería el nuevo Gobierno el que devolvería las tropas a casa. Este documento estaba colgado en la página web de Abu Nidal. Por desgracia, el investigador noruego no le dio importancia y no nos lo remitió hasta mucho después. El atentado no se dirigió contra nuestras tropas, pero sí tuvo lugar antes de las elecciones.

#### EL CASO DE ALLEKEMA LAMARI

Así pues, cinco meses antes del atentado de Madrid dimos la voz de alarma. El Gobierno desclasificó años más tarde otra nota del CNI sobre la amenaza islamista fechada el 6 de noviembre de 2003, y la remitió a la Audiencia Nacional. De ella se hizo eco el diario *El País*, el 27 de febrero de 2006, que titulaba en portada: «El CNI avisó meses antes del 11-M que el jefe del comando preparaba un atentado». Era verdad, y aunque Allekema Lamari no fuera el jefe, nuestro informe advertía de su predicamento entre los terroristas, de su peligrosidad, de su extraño comportamiento en los últimos tiempos y de su disposición a llevar a cabo atentados terroristas, incluso con carácter inminente. Creo que vale la pena reproducirla:

Por una fuente sensible, cuya sensibilidad se considera media-alta, se ha sabido que el ciudadano argelino Allekema Lamari —detenido en Valencia en abril de 1997 en el marco de la operación África, acusado de pertenencia al grupo armado (GIA) y puesto en libertad el 19.06.02— habría realizado los días 17 y 20 de



octubre pasados cinco giros postales por valor de 150 euros cada uno a los siguientes individuos, todos ellos cumpliendo condena actualmente en las cárceles españolas por un delito de pertenencia a banda armada:

- Nourredine Salim Abdomalou
- Bachir Belhakem
- Abdelkrim Benesmail
- Mohamed Amine Akli
- Souhbi Kkoni

La fuente considera que el hecho de que Allekema realice este tipo de ingreso a favor de los detenidos y se lo comunique a él puede entenderse como una despedida, bien porque va a abandonar España, bien porque sería inminente una acción violenta por su parte. Por otro lado, no se considera normal que Allekema se desprenda de esta cantidad de dinero a favor de los detenidos, habida cuenta de su precariedad económica.

Los giros han podido ser depositados en una oficina de correos cercana a la plaza de Colón o a la de Alonso Martínez, o más precisamente en la calle Génova de Madrid.

Se da la circunstancia de que la misma fuente había comunicado a mediados de septiembre la intención de algunos elementos argelinos de cometer algún tipo de atentado en España, posiblemente provocando un incendio forestal de grandes dimensiones sobre algún objetivo rentable (opción descartada al parecer por diferentes motivos) o una acción contra algún edificio mediante un vehículo conducido por un «mártir».

En este caso, la fuente señaló a Allekema Lamari como uno de los organizadores y posible ejecutor de estas acciones.

Por si fuera de interés localizar a Allekema, se sabe que a mediados del pasado mes de octubre realizó dos llamadas telefónicas, una desde el número 91-3788124 (correspondiente al locutorio Multicom Net, ubicado en la calle Capitán Blanco Argibay, 47, Madrid) y otra desde el número 91-5708731 (correspondiente al bar ubicado en la calle Estébanez Calderón, 7, Madrid).

No obstante, desde su salida de la cárcel de Alhama (Pontevedra) en junio de 2002, parece ser que estableció su residencia en la zona de Tudela (Navarra).

Se comunica esta información por la gravedad que puede suponer la actitud y las actividades de Allekema. Se adjunta fotografía de Allekema Lamari.

Allekema había pasado a la clandestinidad total, había cortado con todos sus contactos y no se fiaba de nadie, según nos decían nuestros informadores habituales, que también habían perdido su rastro. Era un individuo muy peligroso, que había estado en Afganistán combatiendo y que había dejado clara su voluntad de cometer un atentado en España porque quería vengarse de su detención y de los cinco años que había pasado en prisión. Advertimos entonces de que podrían producirse nuevos atentados si el comando asesino disponía todavía de explosivos, cosa que ignorábamos, aunque lo considerábamos muy probable, y eso fue lo que a mí más me preocupó en los días posteriores al 11-M, pues bastaba uno de aquellos iluminados en un cine de la Gran Vía, pongo por caso, con un bastón de dinamita para provocar el pánico y con él, otra matanza indiscriminada. Era un asunto que me obsesionaba cuando el viernes día 12 se organizaron en toda España multitudinarias manifestaciones de repulsa por los atentados. Asistí con mi mujer a la que tuvo lugar en Madrid mezclado entre el público, que coreaba significativos gritos como «queremos saber», una manifestación imponente que reveló de forma clara el repudio del pueblo español al cobarde y brutal atentado terrorista. Se interfirieron las señales de los teléfonos móviles a lo largo de todo el recorrido para impedir que se utilizaran para activar bombas, como habían hecho en los trenes del 11-M, pero el riesgo que se corrió entonces fue grande porque los terroristas seguían vivos y libres, se sabían mártires y hubieran podido causar otra masacre en

pleno Paseo de la Castellana, ya que fanáticos de esa catadura no dejan de actuar porque les funcione o no el móvil.

## LAS REIVINDICACIONES DEL ATENTADO

Hubo cuatro comunicados que reivindicaron los atentados del 11-M, todos de diversos orígenes, pues dos eran de Al Qaeda y otros dos de la célula local que los cometió. Estas notas revelan, a mi juicio, una cierta tensión entre ambos grupos, entre los inspiradores de Al Qaeda y los autores materiales de la célula madrileña. Es la tensión habitual entre los jefes que dan orientaciones genéricas sobre lo que hay que hacer desde la seguridad de su lejano escondrijo y los militantes de a pie, los que se están jugando el tipo, conocen mejor que nadie la situación sobre el terreno y no quieren que les roben el mérito. Son comunicados que indican también diferencias en cuanto a los objetivos de la acción terrorista.

La primera reivindicación llegó directamente de Al Qaeda el mismo 11 de marzo, a eso de las 20:30 horas, por un correo electrónico recibido, como he dicho, en la sede del diario londinense en lengua árabe *Al Qods al Arabi*. Estaba firmado por las Brigadas de Abu Hafs al Masri, en homenaje a Mohamed Atef, alto jefe de Al Qaeda muerto en Afganistán en 2001. Allí se hablaba de forma algo confusa de «un ajuste de viejas cuentas con la Cruzada España, aliado de América en su guerra contra el islam», y añadía: «Sacadnos las manos de encima, liberad a nuestros presos y salid de nuestra tierra. Os dejaremos en paz. Los pueblos de los aliados de Estados Unidos deben forzar a sus gobiernos a terminar esa alianza en la guerra contra el terrorismo, que significa la guerra contra el islam». No mencionaba las elecciones, pero había referencias a las detenciones en España y a nuestra participación en la guerra de Iraq, y también una evocación del mítico pasado de al-Ándalus («mátalos donde los encuentres, expúlsalos como ellos te expulsaron»), que es algo común en muchos escritos islamistas. Recuerdo que, años atrás, cuando estaba con el ministro de Asuntos Exteriores de Gadafi en Trípoli, vi en la pared un mapa del Mediterráneo donde todo el mundo árabe estaba pintado de verde..., igual que media España. Cuando se lo señalé, sin ocultar mi incomodidad por verlo en su despacho oficial, me contestó que aquello era una simple referencia cultural sin la mayor trascendencia. No me lo creí. En opinión de muchos salafistas, lo que un día fue tierra musulmana —lo que ellos llaman «Dar al islam»— debe volver a serlo, y es una obligación trabajar para que así sea, como ha recordado años más tarde el autoproclamado califa Abu Baker al-Bagdadi del Estado Islámico. No son bromas. Ellos consideran que es un deber de todo buen musulmán luchar por su recuperación, como se decía en este comunicado, al que el CNI no le dio mucha credibilidad porque contenía errores e imprecisiones, además de generalidades, como reproducir frases de otros comunicados anteriores, y porque no se podía establecer con claridad la vinculación real con Al Qaeda del grupo supuestamente firmante, que yo definí «como un buzón de correos» ante la comisión parlamentaria. Aun así, reconocíamos la militancia islámica y los conocimientos del autor del comunicado como propios de «una persona efectivamente vinculada a la yihad internacional pero carente del predicamento suficiente dentro de la organización como para hablar en su nombre» (nota del CNI

del 12 de marzo de 2013 desclasificada por el Gobierno).

Ese mismo 12 de marzo, viernes, el presidente compareció ante los medios a las 11:30 horas, explicó los acuerdos del Consejo de Ministros (sobre la ayuda a las víctimas), confirmó que se seguían dos líneas de investigación y reiteró que la hipótesis más lógica apuntaba a ETA. A las seis de la tarde del mismo día, el ministro del Interior dio cuenta del hallazgo, entre los restos de los trenes, de una bolsa completa con explosivos, un detonador y un teléfono móvil que actuaba como temporizador, y dijo que, aunque ello abría nuevas posibilidades, no había motivos para descartar a ETA como la principal vía de investigación.

#### LA REACCIÓN DE LA CÉLULA LOCAL

Sin duda, Al Qaeda tenía conocimiento de lo que se preparaba, y por eso fue capaz de reaccionar el mismo día del atentado con un comunicado vago, lleno de generalidades, errores y repeticiones que nos hizo cuestionar su autenticidad, un comunicado donde sólo hablaba de Iraq, y no de elecciones. Eso forzó a la célula local, la que había cometido el atentado, a puntualizar el texto dos días más tarde con un vídeo que alguien dejó en una papelería cercana a la mezquita de la M-30 a eso de las 19:40 del sábado día 13, justo antes de la jornada electoral, con un ánimo que no deja lugar a dudas sobre su voluntad de influir en las elecciones del día siguiente. La célula local no estaba para generalidades y abstracciones, y no quería desperdiciar la oportunidad de obtener una rentabilidad inmediata del atentado, aunque no fuera lo que tenían en mente cuando comenzaron los preparativos, pues entonces no sabían ni la fecha de las elecciones ni había guerra alguna en Iraq. Esto es importante tenerlo claro. En ese vídeo, tres encapuchados que decían hablar en nombre del portavoz del ala militar de Ansar Al Qaeda en Europa, Abu Dujan al-Afghani, reafirmaban la autoría islamista. Pretendían influir en la votación del día siguiente, pues decían que «estos ataques son sólo una pequeña muestra y un aviso [...] hasta que abandonéis nuestra tierra con vuestro rabo entre las piernas». Estábamos en una carrera contrarreloj contra unos desalmados asesinos cargados de explosivos y desprovistos de escrúpulos que deseaban hacer todo el mal que fuera posible. Huelga decir que conferimos plena verosimilitud a este segundo comunicado, que además nos dio pistas importantes para la posterior identificación de los terroristas, porque en el vídeo aparecían tres individuos encapuchados y vestidos de blanco delante de un estandarte verde con un letrero en árabe. Esos hábitos blancos, tipo sudario, demostraban que, aunque seguían vivos, su vida ya no les pertenecía y se consideraban a sí mismos muertos. Era sólo cuestión de tiempo que fallecieran, y ellos así lo pensaban. También creímos reconocer a Allekema Lamari (por su acento, por su corpulencia y por sus manos) como el terrorista que salía en el centro leyendo el comunicado reivindicativo. No nos equivocamos.

Pocos minutos después, el mismo sábado 13, Acebes compareció a las ocho de la noche ante los medios para informar sobre las siete detenciones que habían tenido lugar esa misma tarde a primera hora: tres marroquíes, dos indios y dos españoles vinculados con la venta de los teléfonos móviles y las tarjetas prepago utilizadas en los atentados. Fue un brillante éxito policial apenas cuarenta y ocho horas después de la tragedia. Acebes volvió a informar, ya en la madrugada del

domingo 14, sobre la reivindicación hallada en la papelera de la M-30 la tarde anterior. Ya no había ninguna duda, y, a pesar de ello, esa misma noche Televisión Española substituyó la película que había previsto emitir, *Shakespeare enamorado*, por *Asesinato en febrero*, que narra el asesinato de Fernando Buesa y su escolta por la banda terrorista ETA.

#### ME OCULTAN INFORMACIÓN E INTENTAN MANIPULARME

Para mí, ese sábado fue muy triste porque me sentí engañado y manipulado «por los míos». Ocurrió así: a primera hora de la tarde recibí un informe de un servicio de inteligencia europeo con una pista sobre un grupo islamista que me pareció que podía ser importante, así que llamé por teléfono al ministro Acebes para pedirle que me recibiera con urgencia con objeto de entregárselo en persona, pues iba acompañado de mucho material anejo de fotografías, huellas dactilares y ese tipo de cosas. No oculto que también deseaba verle y obtener alguna información de lo que estaba pasando, pues mi gente estaba totalmente a oscuras con respecto a las indagaciones de la Policía. Al principio, Acebes trató de darme largas, pero al final aceptó verme «un momento» gracias a mi insistencia. Me recibieron juntos, con caras muy serias, el ministro y el secretario de Estado, Ignacio Astarloa. No me extrañó, porque no estaban los tiempos para risas. Les transmití la información que había recibido para que la investigaran y estuve con ellos un cuarto de hora, en el que apenas soltaron palabra. Hablé sólo yo. Durante la reunión sonó mi teléfono móvil y, prueba de mi buena fe, les comenté que quien me llamaba era Pedro J. Ramírez, director del diario *El Mundo*, cuya llamada no contesté. Luego desconecté el teléfono. No me dijeron nada, pero me alertó la inteligente mirada que se cruzaron entre uno y el otro, y que no me pasó desapercibida. Pensé que había algo raro en su comportamiento, pero no lo supe interpretar.

Al regresar al Centro, me encontré con seis llamadas, seis, de Alfredo Timermans, portavoz de la Moncloa, que me exigía en nombre del presidente y en tono muy perentorio que saliera por la televisión para desmentir cierta información que afirmaba que estaba dando la cadena SER según la cual el CNI habría abandonado «por completo» la pista de ETA para centrarse en la islamista de forma exclusiva. En aquel momento ignoraba si la SER lo decía o no lo decía, pero en todo caso me negué y le pedí que le explicara al presidente que, entre las muchas funciones de un jefe de inteligencia, no figuraba la de salir en televisión, como él bien sabía. Insistió tanto con las instrucciones presidenciales que, al final, si bien no accedí a salir en televisión, sí acepté hacer público un texto muy medido y muy trabajado con mis colaboradores que la agencia Europa Press recogió a las 19:53 horas y en el que decía la verdad: «No es cierto y no tiene sentido lo que se ha afirmado en la cadena SER de que hayamos abandonado totalmente una línea de investigación en beneficio de otra u otras» (entre otras cosas, porque había recibido órdenes de estudiar cualquier posible contacto entre etarras e islamistas en las cárceles), y añadía que el CNI cumplía sus funciones «con todo rigor» y que era «inaceptable» que se jugara con el papel de los servicios de inteligencia, «cuya actividad está al servicio del Estado y de todos los españoles». Con esta matización intentaba mantener la neutralidad del Centro y evitar que se viera envuelto en querellas partidistas. Como era previsible, el comunicado no gustó a nadie, ni al Gobierno, porque le

pareció muy tibio y muy poco para lo que deseaba, ni a la oposición, porque dijo que la SER nunca había dicho eso. La propia SER señaló entonces que no había afirmado que el Centro hubiera abandonado del todo ninguna línea de investigación, sino que «trabajaba al noventa y nueve por ciento de posibilidades» con la autoría islamista. Todos enfadados.

Si cuento todo esto es porque, después de haber hecho yo esa declaración, que me sacó la Moncloa con fórceps, Acebes compareció apenas cinco minutos más tarde, a las ocho de la noche, para contar que se había detenido a los indios que habían vendido las tarjetas telefónicas de prepago utilizadas por los terroristas. También se había detenido a tres marroquíes y a dos españoles. Éste es el momento en que quedó claro, sin ningún género de dudas, que la pista islamista era la buena, como reconoció el comisario Jesús de la Morena. Ya no cabían más dudas. Me dolió mucho enterarme de que Acebes y Astarloa ya lo sabían cuando me recibieron en el despacho del primero aquel mismo día —pues las detenciones se produjeron a las cuatro de la tarde— y no me habían comunicado nada, cuando yo no era un sospechoso (que yo sepa), sino el jefe del servicio secreto. No sé por qué procedieron así; quizá no se fiaban de mí porque no estaba en el círculo íntimo del partido, donde se tomaron esos días todas las decisiones... equivocadas que les llevaron derechitos a la derrota electoral. Pero que no me informaran es una cosa que me podrá parecer bien, mal o peor, y puedo elucubrar que tal vez en aquel momento aún no tenían todos los datos y prefirieron prudentemente esperar, lo que podría ser comprensible. Lo que no me parece en absoluto aceptable es que desde la Presidencia del Gobierno (Timermans) se pretendiera que yo saliera a la palestra para defender ante la opinión pública una línea que ya sabían que no era la auténtica. Que dijera que el CNI seguía trabajando con la hipótesis de ETA cuando ya tenían la certeza de que los autores eran otros. Eso no está bien y revela mala fe.

Al unir ambos hechos, el silencio del ministro sobre las detenciones y las instrucciones de Timermans para que afirmara que todas las vías de investigación continuaban abiertas, me sentí engañado y manipulado al servicio de torpes maniobras partidistas, justo lo contrario de lo que yo le había pedido a Aznar cuando me propuso hacerme cargo del CESID. Le dije entonces, y lo repito ahora, que yo concebía el Centro como un servicio de Estado, con lealtad al Gobierno de turno y sin injerencias de la política de partidos. Me lo prometió y lo cumplió... hasta que dejó de cumplirlo, o quizá fue su entorno inmediato el que dejó de hacerlo con la gestión puramente partidista del atentado. Y como yo no quise jugar a eso, primero me marginaron del flujo informativo y luego también me quisieron engañar. Es muy duro, pero así es como yo lo viví, así lo creo y mentiría si dijera otra cosa. Como afirmé en mi comparecencia ante la comisión de investigación del 11-M del Congreso de los Diputados: «A veces piensa uno que la sociedad está más preparada que algunos políticos para tener un centro de inteligencia independiente. He querido hacerlo independiente, he querido mantenerlo al margen de la lucha política interna y a ello me he dedicado, me lo he creído y lo he peleado». Cuando llega un momento complicado de verdad, los políticos desean a alguien que respalde lo que a ellos les interesa; el maniqueísmo es total, no hay término medio. Y yo no participé en ese juego; no quise jugar y pagué las consecuencias entonces y más tarde, quizás incluso hoy, porque hay gentes mezquinas y rencorosas que consideran que las traicioné porque me negué a seguir su juego sucio. Peor para ellos, porque eso suele acabar con úlceras de estómago y además se envejece antes. Esa noche pretendí

presentarle mi dimisión al presidente; lo comenté con mis colaboradores, que lo recuerdan bien, y no lo hice porque al día siguiente había elecciones generales y habría sido otro bombazo, un escándalo mayúsculo, un golpe muy duro para el Gobierno, y habría parecido que abandonaba el barco ante lo que ya se veía que podía muy bien suceder en veinticuatro horas. La verdad es que terminé presentándole mi dimisión al presidente Aznar unos días más tarde, cuando desclasificó algunos documentos del CNI, como cuento más adelante.

## EL GOBIERNO PIERDE LAS ELECCIONES

Y así llegamos a la jornada electoral. Esa noche Pilita y yo fuimos a casa de Pilar y Ricardo Martí Fluxá a seguir en *pétit comité* la noche electoral. Ricardo había sido secretario de Estado de Interior y una de las personas designadas años atrás por Aznar para negociar con ETA. También estaba Fernando Almansa, que había sido jefe de la Casa de Su Majestad el Rey. Cuando se confirmó la derrota del Partido Popular (148 diputados frente a 164 del PSOE, con una participación del 77,21 por ciento), llamé a Aznar y lo encontré desconcertado ante el resultado electoral. La opinión pública no perdonó al Gobierno que hubiera pretendido sacar ventaja partidista del mayor atentado terrorista jamás sufrido por España. Porque así creo yo que lo percibió la opinión pública. El Gobierno no perdió las elecciones por el atentado del 11-M; las perdió, en mi opinión, por la forma equivocada en que lo gestionó. Creo que si el día 11 el presidente hubiera llamado a Rodríguez Zapatero, a Gaspar Llamazares, a Pasqual Maragall, a Juan José Ibarretxe y a los demás líderes políticos y les hubiera dicho: «Señores, acabamos de sufrir un atentado horroroso, todavía no estamos seguros de su autoría, aunque con la información disponible en este momento creemos que lo ha hecho ETA, pero vamos a ponernos a trabajar todos juntos para esclarecerlo y para sacar adelante al país en este momento de emergencia nacional», si Aznar hubiera hecho eso, estoy seguro de que el Partido Popular hubiera tenido muchas oportunidades de volver a ganar las elecciones. Pero no procedió de esta manera porque —insisto en que esto es sólo mi opinión—, aunque al principio pensó que había sido ETA (como lo creíamos muchos aquel día aciago), cuando se dio cuenta de que no era necesariamente así intentó mantener la duda, rodeado de sus incondicionales, hasta el día 14, y la gente, que no es tonta, se percató de la maniobra y no se lo perdonó.

## LA TERCERA Y LA CUARTA REIVINDICACIÓN

Después de las elecciones llegó un tercer comunicado al mismo periódico londinense que había recibido el primero, también firmado por las Brigadas de Abu Hafs al Masri. Al Qaeda volvía a reclamar el liderazgo. Está fechado el 15 de marzo y, a la vista de los resultados electorales, ofrecía una tregua diciendo: «Hemos dado al pueblo español a elegir entre guerra y paz, y ha elegido paz votando por el partido que estuvo contra la alianza estadounidense en su guerra contra el islam. Por lo tanto, la dirección ha decidido suspender todas las operaciones en suelo español

[...] hasta cerciorarnos del rumbo del nuevo Gobierno que prometió la retirada de las tropas». Luego le transmitía tres mensajes al presidente Aznar, al que evidentemente no podía soportar: en el primero, lo criticaba por no hacer caso del CNI: «Aznar, que padece de histeria desde el golpe de Madrid, pues su servicio de inteligencia informa de que Al Qaeda fue responsable del atentado, al tiempo que él insiste en la responsabilidad de ETA». El segundo mensaje tenía que ver con el asombro de los terroristas ante «una insólita resolución [del Consejo de Seguridad] que responsabiliza a ETA del atentado de Madrid [...] en un intento de salvar al Gobierno faldero de Aznar...». Y en el tercer mensaje se apunta el mérito de la fecha elegida porque «en el caso de la batalla de Madrid, el factor tiempo era muy importante para acabar con el Gobierno del innoble Aznar, rabo de los tiranos americanos». En mi opinión, esto está muy traído por los pelos porque en el primer comunicado no hablaban para nada de elecciones y en éste se atribuían el mérito de la fecha, y eso me hace pensar que Al Qaeda se subió a un coche en marcha y luego pretendió hacerse con el volante y adueñarse del éxito. Una vez vencida en las urnas la opción intervencionista en Iraq que representaba el Partido Popular del presidente Aznar, los de Al Qaeda se sintieron magnánimos: habían conseguido más de lo que podían imaginar en sus más locas ensoñaciones y ofrecieron una tregua, de la que los miembros de la célula local no estaban al corriente, y eso los irritó. Los autores materiales de los atentados de Madrid estaban libres, tenían dinamita y se sentían legitimados para exigir más, y por eso decidieron anular por su cuenta la tregua que ofrecía Al Qaeda. Porque deseaban morir matando. Les esperaba el paraíso y estaban impacientes.

Por eso la célula terrorista de Madrid reaccionó con un cuarto comunicado, esta vez un texto manuscrito enviado por fax al diario *ABC* el 3 de abril y firmado, de nuevo, con el mismo nombre de Abu Dujan al-Afghani; en la nota, además de rechazar la tregua ofrecida por Al Qaeda sin consultarles, daban al Gobierno un plazo perentorio, hasta el día siguiente, para cumplir dos condiciones: la inmediata y completa retirada de las tropas de Iraq y de Afganistán, con el compromiso de no regresar a dichos países, y el fin del apoyo a Estados Unidos en contra del islam y los musulmanes. Añadían una amenaza muy explícita si esas condiciones no se cumplían: «Juramos por Alá que [...] convertiremos vuestro país en un infierno y que haremos fluir vuestra sangre como ríos». Como prueba de su capacidad para hacerlo, afirmaban que habían colocado unas bombas en las vías de AVE para que comprobáramos que podían atacarnos «como queramos y cuando queramos». Este comunicado era muy preocupante, pues confirmaba que los terroristas seguían en España, tenían dinamita y estaban dispuestos a seguir matando. Sólo descansamos, relativamente, cuando saltaron por los aires en Leganés aquel mismo 3 de abril. Aunque no todos...

## LA CÉLULA TERRORISTA

Los atentados los llevó a cabo una célula en la que había, al menos, cuatro tipos diferentes de terroristas. En esto estoy de acuerdo con Fernando Reinares, que a mi juicio ha escrito el libro más riguroso sobre los sucesos del 11-M (*Matadlos*, Galaxia Gutenberg, 2014). El primer grupo

lo componían individuos vinculados con Abu Dahdah, el islamista detenido en 2001 durante la llamada Operación Dátil junto con varios de sus seguidores. Eran salafistas yihadistas fanáticos que habían mantenido una relación con algunos de los inspiradores o ejecutores del 11-S en Estados Unidos, como Mohamed Atta, que fue el jefe del comando y que pasó por España para entrevistarse con Ramzi Binalshib, coordinador de aquellos ataques. Estos islamistas (Serhane *el Tunecino*, Amer Azizi, Said Berraj, Jamal Zougam) estaban, pues, conectados con ese conglomerado difuso que se llama Al Qaeda. Un segundo componente de la célula terrorista estaba integrado por miembros del Grupo Islamista Combatiente Marroquí (GICM) y del Grupo Islamista Combatiente Libio (GICL), que formaban parte de la misma nebulosa de Al Qaeda, habían sido expulsados de Afganistán y tomaron la decisión (reunión de Estambul de febrero de 2002) de atentar donde tuvieran adeptos, y en España los tenían camuflados entre la gran colonia de inmigrantes norteafricanos, reforzados con los radicales que habían huido de la represión desencadenada en Marruecos tras los atentados de Casablanca de 2003. Se encontraban dentro de este grupo Mohamed Belhadj, al igual que Mohamed el Egipcio, un bocazas que presumiría en una conversación telefónica interceptada en Italia de que «la operación de Madrid la hemos hecho nosotros», y también Allekema Lamari, que procedía del Grupo Islamista Combatiente Argelino. El tercer componente de la célula terrorista que atentó en Madrid fueron unos delincuentes magrebíes asentados en España y vinculados mayormente al trapicheo de drogas, que estaban dirigidos por Jamal Ahmidan, *el Chino*, un tipo pendenciero e ignorante. El cuarto y último componente fueron delincuentes españoles de poca monta como Emilio Suárez Trashorras, que facilitó los explosivos, o los indios que vendieron las tarjetas de los móviles usados para hacer estallar las bombas en los trenes. A diferencia de los tres anteriores, este último grupo sabía que colaboraba con algo ilegal, y lo aceptaba, pero no estaba al corriente de la operación terrorista.

#### LOS PREPARATIVOS COMENZARON ANTES DE LA GUERRA DE IRAQ

Con excepción de estos últimos, los terroristas de Madrid tenían una filosofía salafista-yihadista y estaban motivados para actuar. Comenzaron sus preparativos antes de que se declarara la guerra de Iraq y de que se supiera la fecha de las elecciones en España, y en consecuencia en un principio no pretendían ni hacer regresar a nuestros soldados a casa ni influir en las elecciones. Querían saldar viejas cuentas o, simplemente, llevar a cabo un atentado allí donde disponían de una oportunidad para hacerlo, y la confluencia en Madrid de los distintos componentes de la célula creó esa oportunidad. El propio Aznar hizo unas declaraciones a *The Times* el 14 de abril, un mes después del atentado y pocos días antes de cesar como presidente, donde dijo que «según informaciones de los servicios de inteligencia españoles, la matanza de Madrid fue planeada en otoño de 2002, por lo que la guerra de Iraq fue el pretexto y no la causa para los autores de la masacre». Sí y no. Empezaron a planificar antes, pero la guerra estimuló su compromiso. No había instrucciones de Al Qaeda para atentar contra los trenes, sino orientaciones generales que ellos interpretaron a su manera; comenzaron los preparativos y decidieron pasar de forma definitiva a la acción cuando el mismo Osama bin Laden amenazó explícitamente a España el 18 de octubre de



2003. Es probable que fuera en ese momento cuando se determinó la fecha del 11-M, exactamente 911 días después de los atentados de las Torres Gemelas y el Pentágono, el 11-9, que en inglés se escribe 9-11. ¿Coincidencia? Fue también a partir de entonces cuando los terroristas vincularon el atentado con nuestra participación en la guerra de Iraq. Pero no con las elecciones, porque en aquel momento aún no estaban convocadas y, por lo tanto, su fecha de celebración no se conocía.

#### AL QAEDA NO LO ORGANIZA, PERO LO INSPIRA

En mi opinión, Al Qaeda inspira y los locales ejecutan. Como dije ante la comisión parlamentaria de investigación del 11-M sobre el atentado: «Bin Laden no lo organiza. Bin Laden no lo dirige. Bin Laden, probablemente, ni siquiera estaba al corriente de lo que iba a pasar. Lo que hay es una orientación genérica que viene de los grupos vinculados a Bin Laden». Bin Laden señaló a España como objetivo, y entonces sus seguidores, los grupos de su órbita (GICM y GICL), que tenían militantes en España, decidieron que era el momento de actuar y dieron el empujón definitivo a algo en lo que venían trabajando desde hacía un par de años, un gran atentado en Madrid. Pero, continué afirmando yo ante la comisión, «no hay dirección de fuera. No hay instrucciones de fuera, los explosivos no los manda nadie. Lo que hay es una orientación genérica de Al Qaeda, que dice: España es el objetivo». Al Qaeda no dio órdenes concretas de volar los trenes en Madrid el 11 de marzo de 2004, y si las transmitió, yo dejé el CNI sin encontrarlas. Todo depende, además, de lo que entendamos por Al Qaeda, que para mí es más que un grupo: es una idea, una especie de franquicia. Si la consideramos como una organización, puede afirmarse que no dirigió el atentado como si de una operación militar se tratase, pero si la concebimos como una nebulosa de grupos dispersos que siguen orientaciones generales que interpretan a su manera, entonces cabe decir que Al Qaeda estuvo involucrada y que cuando se le informó de lo que sus grupos afines preparaban en Madrid, les dio su bendición e incluso pudo influir en la elección de la fecha.

#### DIFERENCIAS CON EL 11-S

A diferencia de los atentados en Estados Unidos, en Madrid los terroristas no se suicidaron en un primer momento, y por eso no les importó dejar huellas bien visibles, como ya he dicho antes. No les importaba que los identificaran, ya que aquel día comenzaba para ellos un camino que no tenía otra salida que la muerte, una muerte que deseaban para irse al paraíso prometido con sus fuentes de leche y miel y con 72 huríes por cabeza. Hasta que eso ocurriera, su intención era seguir matando, como demuestran los escondites que habían previsto en Leganés y en Albolote, cerca de Granada, y como confirma el fallido atentado contra el AVE a su paso por la provincia de Toledo. Estoy convencido de que hubieran continuado asesinando mientras respiraran y les quedaran explosivos, pues su vida ya no les pertenecía.

Otra diferencia con los atentados del 11-9 es que en Estados Unidos los terroristas dejaron muchas pistas en el espacio cibernético con correos electrónicos, llamadas de teléfono y

transferencias de dinero desde el extranjero, mientras que en Madrid no hubo ninguna huella electrónica que permitiera deducir lo que se nos venía encima. Los terroristas utilizaron su dinero, que habían obtenido con venta de droga, y como el coste de los atentados no fue muy alto, no necesitaron que además les hicieran transferencias de dinero; de hecho, el dinero les sobraba: en las ruinas del piso de Leganés apareció más de un millón de euros. No cabe duda de que tuvieron en cuenta la experiencia neoyorquina para eliminar rastros en el ciberespacio, y si indagaciones posteriores efectuadas con las técnicas más poderosas del planeta no han logrado encontrar más pistas, es porque no existieron.

## ALLEKEMA LAMARI

En el Centro, apartados como estábamos de la investigación principal, nos concentramos en buscar a Allekema Lamari, un hombre que se había comportado de forma muy extraña, como habíamos advertido de forma repetida, un individuo con capacidad de liderazgo debido al hecho de que había pasado por Afganistán, y eso le daba un prestigio a los ojos de otros radicales que le hacía particularmente peligroso. Por desgracia, aún no se había podido detener a Allekema, y era urgente hacerlo dado nuestro convencimiento de que estaba involucrado en la matanza de Atocha y de que creíamos que iba a volver a matar. Por eso, el día 15 de marzo redactamos otra nota que obra en el sumario elaborado por el juez Del Olmo; en ella insistíamos en la participación de Lamari en el atentado y urgíamos a que se procediera a su búsqueda y captura. Como también es pública, puedo citarla. Decía lo siguiente:

La principal línea de investigación de nuestro servicio apunta a que los atentados serían atribuidos a un grupo local de personas, con organización todavía rudimentaria, que responden a orientaciones ideológicas de la yihad internacional, radicados en países de nuestro entorno, preferentemente norteafricanos.

En esta línea, uno de los nombres que se ha citado como posible planificador y/o ejecutor de los atentados del 11-M en Madrid es Allekema Lamari [que] fue excarcelado en junio de 2002 y, según nuestras fuentes, juró que los españoles pagarían muy cara su detención. Incluso habría declarado que cometería algún atentado con «incendios o descarrilamientos» [...]. Se considera que Lamari tiene el suficiente liderazgo, grado de fanatismo, motivación y capacidad técnica para la preparación, en todos sus detalles, de atentados como los ocurridos el 11-M [...].

Las informaciones que apuntan a la participación de Allekema Lamari provienen de fuentes humanas propias de fiabilidad media-alta, tanto desde dentro como desde fuera de España, y son investigadas con intensidad por nuestro servicio, constituyendo actualmente una de las principales líneas de investigación.

Como consecuencia de lo anterior, se estima que, a corto plazo, es probable la ejecución de nuevos atentados indiscriminados en lugares de grandes concentraciones de personas. Como lugar más probable, las fuentes han citado la ciudad de Valencia, coincidiendo con la celebración de las Fallas 2004. En consecuencia, la localización y detención de Allekema Lamari se considera de la máxima prioridad y urgencia. Se adjuntan fotografías de estos individuos.

No nos equivocamos en el peligro que los terroristas seguían representando, pues intentaron cometer un nuevo atentado contra el AVE de la línea Sevilla-Madrid. Unos trabajadores descubrieron los explosivos y detonadores en la vía, a la altura de Mocejón (Toledo), que eran del mismo tipo que los utilizados el 11-M. La pretensión de los terroristas estaba clara, y cabe

recordar aquí que la nota antes citada se refería a la voluntad de Lamari de realizar atentados que provocaran «descarrilamientos».

#### COORDINACIÓN PERFECTIBLE

Sólo el martes 16 de marzo, y por insistencia mía, accedió el presidente a reunirnos a los responsables de seguridad en la Moncloa con objeto de coordinar nuestros trabajos para esclarecer los hechos y para buscar a los culpables, que todavía estaban en libertad. Allí se decidió que se celebrarían encuentros diarios en el Ministerio de Interior, presididos por Ignacio Astarloa, a los que asistirían representantes del CNI y de la Guardia Civil. Parece increíble y significativo a la vez que sólo se convocaran cinco días después del atentado y tras las elecciones. Y porque yo los exigí. Con esa reunión primera se puso el dedo en la llaga de lo que, a mi juicio, fue el principal problema que destapó el 11-M: la falta de coordinación adecuada entre el Cuerpo Nacional de Policía, la Guardia Civil y el propio CNI, y por eso en mayo de 2004 se creó el Centro Nacional de Coordinación Antiterrorista. Ése quiso también ser el *leitmotiv* de mi intervención ante la comisión de investigación que organizó el Congreso de los Diputados, donde comparecí el día 19 de julio. Allí dije que «una conclusión que deberíamos sacar de lo que ha ocurrido es que deberíamos trabajar en la coordinación entre los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado», y añadí: «esa coordinación es probablemente lo más difícil que hay y que se pueda conseguir. Esa coordinación, hasta donde yo sé en mi humilde experiencia, no existe a un nivel aceptable más que en un solo país, y me permitirá que no le diga cuál es para no halagarle en demasía; los demás tienen todos estos problemas. Es algo que no está bien resuelto». Y más adelante, respondiendo a una pregunta del diputado Álvaro Cuesta, dije: «A mí es lo que más me preocupa, y creo que el mejor servicio sería que surgiera de aquí y se hiciera, como se hace a veces, un libro blanco sobre coordinación o sobre cómo se puede mejorar esto [...], por ejemplo, [con] un centro de datos común sobre actividades terroristas, sobre individuos, sobre personas con contactos con esos grupos, a los que tuviéramos acceso en tiempo real todos y cada uno, al que todos y cada uno suministraríamos información». Porque creo que si esa colaboración hubiera existido —e insisto en que no existe en casi ningún lugar del mundo—, si los tres hubiéramos puesto encima de una misma mesa lo que cada uno sabíamos antes del 11-M, es posible, sólo posible, pero es posible que hubiera saltado alguna alarma. Me consta que algo se ha hecho desde entonces, pero, como siempre ocurre, sigue habiendo espacio para mejorar. De todas formas, mi impresión sobre aquella comisión parlamentaria es que el atentado del 11 de marzo estaba todavía demasiado próximo, las tensiones políticas que había despertado eran bastante fuertes y la polarización social muy intensa, y allí lo que más interesaba a algunos diputados era ver si lo que yo decía les podía servir para salvarse de las propias responsabilidades y meterle el dedo en el ojo al vecino. Pero esto es sólo, insisto, una impresión mía.

Pero antes de esa comparecencia, sucedió otra cosa grave. El presidente Aznar no quería pasar a la historia como el mentiroso que pintaba el PSOE, lo que es comprensible. Me dijo en persona que él podría perder elecciones (*lapsus linguae*, porque las había perdido Rajoy), pero que no aceptaría que lo llamaran mentiroso. Hasta aquí, todo normal. Lo malo es que, para evitarlo, alguien le aconsejó publicar de forma selectiva algunas notas del CNI, y no otras, tachando además ciertos párrafos, de manera que lo que vio la luz pública parecía hacernos del todo responsables de que el Gobierno insistiera hasta el final en culpar a ETA de los atentados. Ni era verdad ni resultaba justo. La política es muy sucia, a veces. Al culparnos, quedaba afectada seriamente nuestra credibilidad ante otros servicios amigos y se dañaba nuestra imagen ante todo el mundo. También se comprometía nuestra capacidad de trabajo en el futuro porque nunca se deben hacer públicas las notas de inteligencia, ya que se basan en una relación de confianza con servicios de otros países, y esta confianza desaparece en el mismo momento en que sus fuentes de información pueden verse desveladas o puestas en peligro. Y más aún si se efectúa de forma selectiva y parcial. Después de la desclasificación, no sería fácil mantener la colaboración con la CIA, pongo por caso, o con el MI6, la DGSE francesa o los italianos del SISMI como si nada hubiera pasado, porque no me darían acceso a ningún documento o información que pensarán que el Gobierno podría publicar un día si convenía a sus intereses. Ni nadie en el Centro se iba a mojar en el futuro escribiendo un texto que pudiera aparecer en los periódicos, con lo que se limitarían a consignar sólo aquello que quedara bien cuando se publicase. Y así, ni se puede espiar, ni se puede realizar un buen análisis, ni se puede transmitir buena información. Además, resultaba obvio que la finalidad de esta desclasificación no era salvaguardar la seguridad del Estado, sino proteger la imagen del Gobierno. Un error más de una desastrosa gestión de la crisis.

Por eso, cuando esas notas se hicieron públicas, causaron una fuerte y lógica indignación en el Centro por la «utilización política» de nuestros informes, como decía *La Razón*. *ABC* hablaba de «malestar», y más expresivo fue un cable de la agencia Colpisa del 18 de marzo, recogido en muchos medios, que se hacía eco del «malestar, indignación, estupor y desmoralización» existente porque los agentes «entienden que el Ejecutivo actuó en beneficio propio por encima del interés de Estado», aunque no hubiera en esto ninguna novedad, pues había sido la tónica habitual desde que se produjo el atentado. «Los miembros del Centro resaltan el enorme daño causado a la institución y a su credibilidad por una decisión arbitraria» y cómo «se quiebran las reglas básicas de funcionamiento del Estado en beneficio personal de los miembros de un Gobierno derrotado en las urnas». La incomodidad era muy grande, y según la agencia, los miembros del Centro pidieron al Gobierno que, si quería desclasificar documentos, «que sean todos los que tiene en su poder, elaborados desde hace meses, sobre el peligro de radicales islamistas en España».

## PRESENTO MI DIMISIÓN

Ante la gravedad de la filtración, tan selectiva y orientada, y el malestar existente, intenté ver al presidente, pero no logré que Aznar me recibiera. Al final, tras varias conversaciones con Javier

Zarzalejos, en las que le transmití mi pesadumbre y el de todo el Centro y mi deseo de presentar la dimisión, Aznar accedió a hablar conmigo. Entonces, por teléfono, ya que no podía hacerlo en persona, a eso de la medianoche le presenté mi dimisión; Aznar me dio algunas explicaciones y me pidió que no cesara en el cargo para evitar que aumentaran los muchos problemas que debía afrontar tras la derrota electoral. La plana mayor del Centro estaba conmigo en mi despacho y asistió a esta tensa y desagradable conversación. Después de discutirlo con ellos, retiré mi dimisión para que ningún malintencionado pudiera pensar que, ahora que el Gobierno había perdido las elecciones, yo abandonaba los restos de un naufragio para ponerme en persona a salvo, pues eso ni era cierto ni me parecía elegante. Además, todavía había terroristas sueltos por las calles y quedaba mucho trabajo por hacer, ya que la prioridad en aquellos momentos era encontrarlos como fuera antes de que volvieran a matar. Pero ganas de dejarlo todo no me faltaron, y Javier Zarzalejos lo sabe bien. De hecho, la noticia saltó de alguna forma que desconozco a la calle, la recogieron algunos medios y el propio presidente consideró oportuno desmentirla en una entrevista al director de Informativos de Tele 5, Juan Pedro Valentín, el 22 de marzo, la primera que concedía tras los atentados; en ella negó que yo le hubiera presentado la dimisión y dijo: «¿Por qué va a dimitir el primer director civil del Centro, que está realizando un trabajo excelente?». Ante la insistencia del periodista, Aznar remachó: «Yo no les exijo la perfección a las personas que trabajan para el Gobierno. Les exijo que pongan todo su empeño, y el CNI lo pone». Yo me callé.

#### TORPE MANEJO DE LA CRISIS

Por otra parte, si el Gobierno desclasificaba algunos de nuestros documentos era, en mi modesta opinión, porque quería ganar credibilidad, porque sabía que no la tenía y que nosotros sí la teníamos gracias a la línea independiente que habíamos seguido a lo largo de los últimos años. Por ejemplo, en relación con la falta de pruebas sobre la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq o sobre la inexistencia de vínculos entre Sadam Huseín y Al Qaeda. Porque mi impresión es que nadie defendió la gestión que el Gobierno hizo del atentado y casi nadie creyó su versión de los hechos. Richard Armitage, Deputy Secretary of State, y como tal número 2 del Departamento de Estado de Estados Unidos, dijo en una rueda de prensa que había habido un manejo torpe (*mishandling*) de la gestión del atentado por parte del Gobierno español, y *The Washington Post* encontraba «razonable el deseo del electorado de castigar al Partido Popular por su equivocada reacción ante los atentados». Eso lo decían en Estados Unidos, el país donde Aznar contaba con más valedores tras haberse alineado con Bush en la invasión de Iraq. Y tampoco le creyeron en España. Una viñeta de *La Vanguardia* del 22 de marzo dibujaba a Aznar, Acebes y Zaplana desnudos y procurando taparse las vergüenzas con informes desclasificados del CNI. La actitud bastante generalizada entre la opinión pública la resumía Josep Pernau en *El Periódico* (2 de abril) al decir que «aunque lo disimule, el señor Aznar ha de estar desolado. Desclasificó documentos de los servicios secretos con la esperanza de que la ciudadanía le creería [*sic*] que habían sido los agentes de inteligencia los inductores de la idea de culpar a ETA

de la matanza y resulta que nadie le ha hecho caso. Sólo convenció a los que ya lo estaban. La gran mentira sobre la autoría sigue siendo la versión más extendida. Su ego ha de estar por los suelos». Yo permanecí callado. Si ahora lo cuento es porque se han puesto en circulación algunas versiones interesadas de los hechos que, a base de contar medias verdades —no hace falta decir mentiras—, desfiguran intencionadamente lo que ocurrió y no casan con lo que yo viví entonces. Cuando no se trata de versiones delirantes, que también las hay. Me parece que es algo que me debo y que también le debo al Centro que tuve el honor de dirigir durante tres años.

Además, como he dicho antes, el momento no estaba como para abandonar la pelea: los asesinos seguían en libertad, no sabíamos la cantidad de explosivos de que aún disponían y la gran prioridad era localizarlos antes de que cometieran otra barbaridad, porque estábamos seguros de que lo iban a intentar de nuevo si no lográbamos neutralizarlos de una u otra manera. El atentado frustrado contra el AVE así lo confirmaba. Al final, fueron localizados por la Policía en el número 40 de la calle Martín Gaité, del pueblo madrileño de Leganés, en un piso alquilado por Mohamed Belhadj, y el CNI colaboró en la identificación de las personas que lo ocupaban en aquellos instantes al interceptar algunas llamadas de teléfono a Marruecos y a Túnez de Serhane *el Tunecino*, Jamal Ahmidan, Mohamed Oulad Akcha y Abdennabi Kounjaa en las que se despedían de amigos y familiares y les anunciaban su inminente fallecimiento al verse rodeados. Todos ellos eran fanáticos que consideraban la yihad como una obligación y la muerte como un premio. Los cuatro saltaron por los aires junto con Asri Rifaat Anoua, Rachid Oulad Akcha y nuestro viejo «amigo» Allekema Lamari haciendo estallar el explosivo (siempre Goma 2 Eco) que aún disponían, y con ello se llevaron también por delante al subinspector Francisco Javier Torronteras, miembro de los Grupos Especiales Operativos, cuya vida acabó heroicamente al tratar de forzar la entrada del piso. Fue la víctima 192 del 11-M. En Leganés se suicidaron siete terroristas que no se habían matado en los trenes el 11-M, pero otros lograron escapar y murieron en Iraq o fueron detenidos más tarde en Marruecos u otros países. Y algunos islamistas radicales, conocidos o desconocidos, siguen libres y continúan atentando contra nuestra seguridad de formas diversas, como muestran las detenciones que con regularidad se producen en nuestro país, que, no lo olvidemos, para ellos se llama al-Ándalus.

Luego los jueces, que son quienes deben hacerlo en un Estado de derecho, han atribuido responsabilidades y condenas y han puesto de relieve la inanidad de las llamadas «teorías de la conspiración», que se apoyaron en la voluntad interesada de algunos políticos y en la imaginación desbordante, rocambolesca y no menos interesada de ciertos periodistas y tertulianos *conspiranoicos*, los cuales contribuyeron mucho a la desinformación y a la crispación nacional. Confieso que, cuando estaba en el Centro y me llegaba información de primera mano sobre algún asunto, me costaba mucho reconocerla cuando la trataba algunos de esos que pontifican mientras los demás nos afeitamos, gentes cuyas pocas ideas contrastan con el poder del que disfrutaban para difundirlas. Lo malo no era la ignorancia, al fin y al cabo excusable, sino la descalificación y la insidia que a veces destilaban y que desacreditaban a las instituciones al sembrar dudas injustificadas sobre nuestra Justicia y nuestras Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, procurando, a mi juicio, un flaco favor tanto a nuestra democracia como a nuestra convivencia. Al menos yo debo decir que nunca creí en esas teorías; así lo he sostenido en público en repetidas ocasiones y lo

sigo manteniendo años más tarde, lo que me ha valido la irritación y algún que otro rapapolvo de los ayatolás del Apocalipsis. Creo que ya ha llegado la hora de superar definitivamente los enfrentamientos del 11-M y de mostrar un frente unido de todos los demócratas en defensa de nuestros valores y de la convivencia en paz.

Intenté despedirme en persona del presidente Aznar antes de que abandonara la Moncloa, pero Javier Zarzalejos me dijo que estaba muy ocupado y que no le era posible recibirme. De forma que me tuve que limitar a escribirle una carta el 16 de abril, donde aprovechaba para «agradecerte la oportunidad que me has dado para servir a España bajo tus órdenes en un puesto de responsabilidad y complicado». No recuerdo haber recibido contestación, pero aquéllos eran días que no resultaban fáciles y supongo que estaba muy ocupado.

## EL GOBIERNO DE ZAPATERO ME CESA

Y mientras un Gobierno se iba, otro se aprestaba a tomar el relevo. Un día me llamó José Bono, ministro *in pectore* de Defensa, y, en consecuencia, presumible futuro jefe orgánico del CNI, que seguía encuadrado en ese Ministerio tras haber fracasado mis esfuerzos por pasarlo al de Presidencia. Bono quería verme con discreción y me citó en una finca muy cerca de Toledo. Allí mantuvimos una conversación donde quedó clara nuestra incompatibilidad: él quería convertir el Centro en exactamente lo contrario de lo que yo había intentado que fuera, y, por cierto, con bastante éxito, durante los últimos tres años. Al regresar a casa, le anuncié a mi mujer que si a Bono lo hacían ministro, yo tendría que dejar el trabajo al día siguiente. Debo decir que a Pilar le encantó la perspectiva y que Bono no me dio ocasión de dejar nada porque lo primero que hizo tras tomar posesión de su cargo, el mismo 19 de abril, fue cesarme. En *Diario de un ministro* (Planeta, 2015), Bono cuenta que el Rey quería que yo continuara en mi puesto: «Despacho con Zapatero: “Cuando nombremos al director del CNI —me comenta— te vas a ver al Rey y se lo explicas, porque está muy empeñado en dejar a Jorge Dezcallar”». No parece que le hicieran mucho caso, pues Bono tenía su candidato para sucederme, aunque alguien me contó que se produjo un vivo debate al respecto en el Consejo de Ministros. En la ceremonia de la toma de posesión de mi sucesor, Bono me dedicó unas palabras amables: «Gracias por los servicios que has prestado y muy especialmente por tu silencio, por saber callar sabiendo más que el que habla. Gracias por las veces en que te has callado en la ausencia de defensa que debías de haber tenido». Se lo agradecí porque era verdad, y he seguido callado once años más.

Sólo me quedaba despedirme de mis colaboradores y del personal del CNI, cosa que hice al día siguiente, 20 de abril, en el auditorio del Centro, ante unos trescientos agentes. Allí dije: «Me voy con la conciencia tranquila y con la pena de que me haya faltado tiempo para terminar la consolidación del proyecto del CNI»; a continuación, recordé a los ocho agentes que habíamos perdido en Iraq y me referí a los logros de mi mandato, como el cambio del CESID al CNI, la aprobación de las dos leyes reguladoras de su funcionamiento y del nuevo estatuto de personal, la creación del Centro Criptológico Nacional y los importantes aumentos de personal y de presupuesto; por último, expresé mi frustración por no haber podido evitar los terribles atentados

de Atocha. Terminé agradeciéndoles a todos su trabajo y su lealtad a lo largo de esos tres años tan intensos y tan duros. Me fui con la gran satisfacción de recibir un caluroso aplauso que continué oyendo desde el exterior del auditorio cuando me metía en el coche para regresar a mi casa. Fue una despedida emocionante.

Me tocaron años muy duros, muy difíciles y muy ilusionantes al frente del Centro Nacional de Inteligencia, donde he vivido cambios importantes y tragedias terribles. Asumí mis funciones unas semanas antes del 11-S en Estados Unidos y las dejé apenas un mes después del 11-M en Madrid. Y, en medio, tuve que afrontar las consecuencias de la crisis con Marruecos y de las guerras de Afganistán e Iraq, mientras ETA seguía matando. En conjunto, constituyó una experiencia muy enriquecedora y muy dura a la vez, que me ha marcado con mucha fuerza y me ha permitido ver al Estado desde una óptica diferente que muy poca gente puede tener. He dejado en el CNI buenos amigos y me he ido con el legítimo orgullo de haber dirigido un servicio respetado en el mundo y de haber mandado durante unos años a un extraordinario grupo de personas motivadas por un sentido de servicio y por un patriotismo y amor a España como no he visto otro en mi vida. Valió la pena.



## ESPAGUETIS CON INDULGENCIAS

El Gobierno surgido de las urnas tras el 11-M me cesó al frente del CNI en su primer Consejo de Ministros. Días más tarde, me llamó Miguel Ángel «Curro» Moratinos, flamante nuevo ministro de Asuntos Exteriores, para ofrecerme la embajada de la Santa Sede. Sorprendido, inquirí si no había otra opción, y me dijo que no. Con ironía le pregunté si lo que me daba a elegir era entre la embajada en la Santa Sede y la del Vaticano, y me respondió que acertaba. Le contesté que se me antojaba como un retiro honorable y, que en esas condiciones, no sabía si prefería quedarme en Madrid, aunque días más tarde acepté su ofrecimiento por dos razones: la primera, por amistad con Moratinos, que sin duda había peleado por mí y me ofrecía lo mejor que había podido conseguir, y, la segunda, para que nadie pudiera decir que me había aprovechado tras mi paso por el CNI: llegué a él desde una embajada de primera categoría, como era Rabat, y salí hacia otra embajada, antigua y prestigiosa. Pero confieso que acepté sin ilusión. Y es que, como me comentó Jordi Pujol en la boda de los Príncipes de Asturias, «con usted se han portado mal, ¿eh?, pero todos, ¿eh?, todos».

## UNA EMBAJADA ATÍPICA

Me equivoqué una vez más. Si ser embajador de España constituye siempre un honor, serlo en Roma es un privilegio, y estar en el Vaticano como testigo de primera fila cuando se muere un Papa y se elige a otro, una suerte. Se trata de una embajada muy especial, distinta de las demás porque está establecida ante un Estado soberano como los otros, donde un embajador desarrolla los cometidos habituales de informar, negociar, proteger, representar, etcétera, pero además dicho Estado es también una potencia espiritual que excede los límites estrictos de su pequeño territorio: el peso moral de sus opiniones y la influencia que ejerce sobre una masa de más de mil millones de creyentes en todo el mundo le confieren un peso político mayor del que le podrían dar las divisiones por las que preguntaba Stalin, que era un ignorante. Por si esto fuera poco, hay otro elemento importante, y es la relación con la Iglesia local (Conferencia Episcopal) de cada país. Los asuntos con los que trabaja un embajador ante la Santa Sede presentan, así, una dimensión a la vez interna e internacional, y eso la hace una embajada atípica y especial que, durante los dos años que pasé en Roma, se puso aún más interesante profesionalmente por la política que hizo el

Gobierno de Rodríguez Zapatero respecto a la Iglesia.

Las relaciones entre España y la Santa Sede se basan en el Acuerdo Básico de 1976; en otros cuatro acuerdos de 1979 (Asuntos Jurídicos; Enseñanza y Asuntos Culturales; Asuntos Económicos, y Asistencia Religiosa a las Fuerzas Armadas), y en el Acuerdo de Interés Común en Tierra Santa de 1994. Este sistema funcionaba razonablemente bien hasta que llegó el presidente Rodríguez Zapatero y empezó a cambiarlo —cosa que no critico, pero que hizo—, de una forma que puso muy nerviosos a los monseñores de la Curia, y ésa es la situación con la que me tocó lidiar a mí desde el mismo momento en que me planté en Roma. Cuatro eran las cuestiones que suscitaban el recelo del Vaticano: el matrimonio entre personas del mismo sexo, los acortamientos de los plazos para el aborto y el divorcio, la enseñanza de la religión en la escuela y la financiación de la Iglesia. También la investigación con células madre. No era poco.

## DOS RÉCORDS MUNDIALES

Cuando llegué a Roma, el Vaticano tuvo conmigo y con mi país las mayores atenciones. Me dio el plácet en cuatro días, todo un récord, pues presenté mis cartas credenciales ante el Papa tres días después de aterrizar en la Ciudad Santa, el 16 de junio de 2004. En total, siete días desde que el Gobierno presentó mi nombre a la Santa Sede hasta que estuve plenamente operativo. No hay quien lo supere, aunque no fuera mérito mío, ya que la visita del presidente Rodríguez Zapatero, prevista para dos días más tarde, y la de los Príncipes de Asturias a su regreso del viaje de novios, una semana después, explican tanta celeridad.

Yo hacía el número 168 de embajadores de España ante el Vaticano, una larga lista plena de nombres muy ilustres, como Garcilaso de la Vega o el conde de Floridablanca. El que me puso en mi sitio nada más llegar al palacio de España en Roma fue el mayordomo Luciano, un excelente profesional, que me dijo, mientras subía conmigo la escalinata hacia el gran zaguán de entrada: «El señor embajador es el décimo con quien tengo el honor de trabajar». No hacía falta añadir más, él era el permanente y yo el interino.

La embajada ocupa el viejo palacio Monaldeschi, en plena *piazza* di Spagna, frente a la Barcarola de Bernini y los cinematográficos *Spanish Steps*, que para más inri pagaron los franceses. Allí fue embajador el conde de Olivares, padre del Conde-Duque, que llamaba al servicio con una campanilla, y cuando el embajador de Francia protestó por ser ése, al parecer, un privilegio papal, el conde instaló una culebrina en la azotea y los llamaba a cañonazos. Como consecuencia, el Papa le permitió usar la campanilla, y hoy hay una en el *cortile* (patio de entrada) que, de acuerdo con la tradición, sólo puede tocar el embajador, y es que Roma está llena de este tipo de historias. En una de sus dependencias pintó Velázquez la *Fragua de Vulcano*. Tiene, además, un fantasma propio, fray Piccolo, un fraile que la tradición afirma que fue emparedado vivo en el siglo XVII tras haber tenido un lío de faldas con la señora embajadora, y que se aparece únicamente a las mujeres (nunca a los hombres) en forma de hombrecillo bajito, regordete y sonriente, vestido con una estameña parda. Conozco a señoras serias que juran haberlo visto, y Paloma Gómez Borrero tiene un libro sobre los muchos fantasmas de Roma que le dedica un

capítulo. Son leyendas que los romanos se toman muy en serio, porque también el Vaticano lo es, demasiado, como prueba la entrevista que me hizo Karmentxu Marín en *El País* de Madrid el 3 de octubre de 2004, donde yo comentaba cosas como que el Vaticano no contaba con un servicio de inteligencia, sino con el mejor servicio de información del mundo, y eso no les gustó porque pensaron que dudaba de sus capacidades intelectuales, cuando lo que yo trataba de explicar es que, en principio, se supone que no hacen las maldades propias de otros servicios secretos. También les molestó que bromeara diciendo que me gustaría que los asesores eclesiásticos de la embajada «me enseñaran a hacer unos buenos espaguetis con indulgencias». En la Curia falta sentido del humor, y es que, como dice Cioran, «todas las religiones son cruzadas contra el humor», y baste como muestra extrema e incalificable la reacción de los musulmanes ante las caricaturas de Mahoma.

Nuestra embajada posee dos récords mundiales: por una parte, es la más antigua del mundo, pues fue establecida en 1482 por los Reyes Católicos en una época en la que las embajadas eran itinerantes y las únicas residentes eran las de Venecia, que hace tiempo que ha desaparecido como sujeto de derecho internacional. El segundo récord mundial estriba en ser la embajada que está ubicada en el mismo lugar desde hace más tiempo, desde 1623, cuando el conde de Oñate compró el edificio, pues lo normal son las mudanzas, los incendios u otros hechos a lo largo de los siglos que conduzcan a un cambio de sede. Antes, la embajada se encontraba en otros edificios próximos a la *piazza* Navona, y todavía hoy casi media plaza es propiedad de la Obra Pía. Fue una embajada que tuvo un enorme peso en la Roma de los siglos XVI y XVII, como atestigua Richard Dandeleit, profesor de Berkeley, en su precioso libro *Spanish Rome 1500-1700* (Yale University Press, 2001), lo que no es de extrañar, habida cuenta de lo importante que era para nuestros monarcas, siempre necesitados de dinero, una buena relación con el papado. Cuando el Papa permitía gravar con impuestos las propiedades de la Iglesia en España, el dinero resultante superaba el importe de la plata de la flota de las Indias... Al dejar Roma, mis compañeros me regalaron una edición facsímil de despachos de predecesores míos en la época de los Felipes, y es muy interesante ver cómo los embajadores interferían en los cónclaves para asegurar que se elegía a un Papa favorable a nuestros intereses. Para eso, el embajador comenzaba elaborando una lista de *papables* en la que señalaba al Rey las ventajas e inconvenientes de cada uno (mujeriego, jugador, manirroto, vanidoso, pío, pendenciero, beato, pro francés...) y luego gastaba ingentes sumas de dinero para comprar las voluntades de los cardenales que asistían al cónclave en favor de la candidatura seleccionada en El Escorial. Para presionar más, la flota se trasladaba desde Nápoles a Civitavecchia y así controlaba las remesas de trigo que llegaban desde Sicilia para movilizar, en caso de que fuera necesario, a un pueblo siempre hambriento y proclive a las revueltas en momentos de escasez. Sólo a partir de entonces se dejaba actuar al Espíritu Santo.

## PRESENTO MIS CREDENCIALES A JUAN PABLO II

La ceremonia de presentación de cartas credenciales en el Vaticano es un acto de extraordinaria brillantez que cuenta con la presencia de gentilhombres y guardias suizos de vistosos uniformes

medievales que rinden honores y escoltan al nuevo embajador en su recorrido por el palacio Vaticano hasta los aposentos del Papa. Desde el patio de San Dámaso se sube por la Escala Regia y se cruza la Sala Ducal, de Bernini, y otras muchas, cada una más imponente que la anterior, siempre rodeado de pinturas de Rafael, Caravaggio, Mantegna..., hasta llegar en solemne procesión a la antesala de la biblioteca papal, que adorna una preciosa Anunciación de El Greco. Todo este protocolo no es inocente, sino que tiene por objeto ir predisponiendo al visitante para el encuentro con el vicario de Dios en la tierra. La biblioteca del Papa es un salón de buen tamaño presidido por una espléndida Resurrección de Perugino; tiene una pequeña mesa con un reloj y dos butacas colocadas en ángulo recto, de forma que yo me senté a la derecha del Santo Padre, por entonces un anciano y achacoso Juan Pablo II que ya tenía ochenta y cuatro años mal llevados. El protocolo establecía una audiencia a solas de quince minutos, y es que en el Vaticano todas estas cosas están milimetradas desde hace siglos. Confieso que se me hicieron quince minutos eternos en los que tuve que improvisar temas de conversación a los que el Papa respondía con monosílabos o, peor aún, con ruidos guturales que no eran fáciles de interpretar. Me dio pena verlo tan disminuido físicamente después de toda la energía que había derrochado a lo largo de su vida. Sólo se animó cuando le hablé de su encuentro con los jóvenes un año antes, en Cuatro Vientos: ahí levantó los ojos hacia mí y sonrió con afecto, e igual hizo cuando, rebuscando en el fondo de mi memoria, fui capaz de decirle una frase en el polaco de andar por casa que había aprendido en mi juventud, y que ya tengo casi del todo olvidado.

Durante el encuentro, le entregué un texto donde exponía las líneas maestras de la política que debía desarrollar durante los años de mi misión en el Vaticano. Allí le decía que no entendíamos la libertad religiosa como laicismo, pues la propia Constitución y los Acuerdos con la Santa Sede promueven la colaboración entre la Iglesia y el Estado, y que el Gobierno de España quería fomentar esta cooperación «en todos los ámbitos, incluidas aquellas realidades en las que la sociedad civil está pidiendo al Estado una regulación jurídica puesta al día». En contra de lo que escribieron los periódicos aquellos días, en ningún momento el Papa «me riñó», al menos no lo hizo de palabra, entre otras razones porque su salud no se lo permitía y porque pensarlo así no le hace favor alguno a la sofisticada diplomacia vaticana. Tan sólo al finalizar la reunión me dijo en italiano, con mucho esfuerzo: «Mi respuesta», al tiempo que me daba una carta que, en teoría, respondía al texto que yo le había pasado antes y que no pude leer hasta que regresé a la embajada.

Antes de marcharme, pude presentar al Papa a mi mujer, Pilar; a mis hijos Cristina, Juan y Jaime; a mi madre, y a mis dos principales colaboradores, Luis Belzuz y Ramón María Moreno, que habían esperado fuera mientras duraba la audiencia privada. Una anécdota graciosa se produjo cuando le presenté a mi madre, que tenía justo la misma edad que el Sumo Pontífice y que se arrodilló con entusiasmo delante de él para besarle la mano, pero luego no se pudo levantar. Tuvimos que ayudarla todos, incluido el mismo Papa, entre risas generalizadas. Juan Pablo II se animó con lo cómico de la escena y profirió un comentario sobre lo mayores que estaban los dos. Creo que ése fue uno de los días más felices de la vida de mi madre.

## LA OBRA PÍA

En el trayecto de regreso al palacio de España, el gentilhomme de Su Santidad que me acompañaba en el coche y que era marqués de algo que no recuerdo no perdió el tiempo y me pidió, para su hijo, un piso de los muchos que tiene la Obra Pía en el centro histórico de Roma, muy atractivos por su tamaño, su ubicación y porque sus precios de alquiler eran muy bajos en comparación con los del mercado. Y el marqués no quería perder su oportunidad, pero pinchó en hueso. La Obra Pía, llamada también desde la reunificación italiana «Establecimientos Españoles en Italia», es una institución de carácter religioso, asistencial y benéfico de origen medieval que se constituyó a lo largo de los siglos a base de legados, mandas y donaciones de fieles. Con los fondos así obtenidos, se dotaba a doncellas en apuros, se socorría a peregrinos y enfermos y se atendía a los difuntos. Hoy se mantienen iglesias, centros de estudios y el Panteón español de Roma, y se ayuda a la extraordinaria labor caritativa que realizan las Hermanas de la Cruz, por las que no oculto mi admiración. Mientras yo la dirigía, cedimos una de sus iglesias de Palermo, Santa Eulalia de los Catalanes, entonces desafectada, como sede del instituto Cervantes. En mi época, la Obra Pía poseía la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat, el Centro Español de Estudios Eclesiásticos, un par de iglesias en Palermo y 24 edificios en el centro de Roma con 191 pisos, 66 locales y 6 estudios. La presencia del embajador de España ante la Santa Sede como gobernador de la institución se explica porque en 1870 Garibaldi se quiso quedar con estas propiedades, como había hecho con otras de la Iglesia, y para impedirlo se pusieron bajo la protección de la embajada.

En todo caso, la petición de aquel gentilhomme me pareció algo de mal gusto, extemporáneo y fuera de lugar, y confirmó mi prevención en lo que se refería a la forma de funcionar de la Fundación, que ya había motivado un sonoro rifirrafe entre mi predecesor, Carlos Abella, y su ministro consejero, Julio López Jacoiste. Era imperativo encarar de inmediato el saneamiento de la Obra Pía para acabar con la discrecionalidad y el amiguismo, hacer más transparente y pública la manera en que se gestionaba y cobrar precios más próximos a los del mercado, y aquella petición me confirmó que, con ello, me ahorraría muchos problemas durante los años que pasara en Roma. Lo pude conseguir gracias a la eficaz ayuda de mi segundo en la embajada, Luis Belzuz, a quien había solicitado que estudiara el asunto a fondo cuando supe que iba Roma, y eso nos permitió ganar mucho tiempo, pues Luis conocía muy bien el tema. Me enorgullezco del trabajo que los dos realizamos con la colaboración de los monseñores vaticanos Novalín, Esquerda e Irigoyen —miembros de la Junta de Gobierno de la Obra Pía— y de su administrador Eugenio Ruggieri. Ese trabajo se plasmó en la reunión que mantuvimos en Roma el 30 de junio de 2004, pocas semanas después de mi llegada, donde aprobamos «los procedimientos a seguir en el arrendamiento de los inmuebles propiedad de la Obra Pía-Establecimientos Españoles en Italia con el fin de evitar cualquier atisbo de arbitrariedad o discrecionalidad», que luego respaldó el Ministerio de Exteriores. ¡Se acabaron los problemas!

En cuanto llegué a mi residencia, me refugié en mi despacho, porque me ardía en la mano el texto que me había dado el Papa. Al leerlo me di cuenta de que tenía mucho contenido, pues marcaba con claridad las posiciones de la Santa Sede sobre una serie de cuestiones de orden moral de actualidad en España en aquellos momentos. No era una formalidad, era pura dinamita. De modo que dejé que la recepción que ofrecía para celebrar el inicio de mi misión diplomática transcurriera sin el nuevo embajador, y aproveché para redactar un telegrama para Madrid antes de que Joaquín Navarro Valls, portavoz de la Santa Sede, difundiera el texto papal entre los medios de comunicación. En su respuesta, Juan Pablo II evocaba con satisfacción su quinto y último viaje a España, tras lo que entraba en materia, y no lo hacía a la ligera. Condenaba sin rodeos el aborto y los matrimonios entre personas del mismo sexo, y afirmaba el derecho a una educación católica. Así, decía que «es conveniente poner de manifiesto la incoherencia de ciertas tendencias de nuestro tiempo que, mientras por un lado magnifican el bienestar de las personas, por otro cercenan de raíz su dignidad y sus derechos fundamentales, como ocurre cuando se limita o instrumentaliza el derecho fundamental a la vida, como es el caso de aborto». El Papa continuaba opinando que no se debía olvidar el derecho «de nacer y crecer en un hogar estable donde las palabras padre y madre puedan decirse con gozo y sin engaño», y advertía a continuación que no hay que ceder «a ciertas voces que parecen confundir matrimonio con otras formas de unión del todo diversas, cuando no contrarias al mismo, o que parecen considerar a los hijos como meros objetos para la propia satisfacción». Por último, Juan Pablo II afirmaba que «la familia tiene el derecho y el deber de educar a sus hijos de acuerdo con sus propias convicciones morales y religiosas [...] tampoco se debe infravalorar la enseñanza de la religión católica en las instituciones estatales, basada precisamente en el derecho de las familias que lo solicitan, sin imposiciones no discriminaciones». El conflicto estaba servido. Cuando se hicieron públicos estos comentarios, la prensa lo interpretó como una regañina al Gobierno, y *ABC* publicó el siguiente titular: «El Papa reprende al embajador español por el aborto y el matrimonio gay» con «un tono duro».

Quedaba claro que al Papa le preocupaba mucho el proyecto de legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo, pues «toca a la familia, que es la base de la sociedad», como me dijo monseñor Lajolo, secretario de Relaciones con los Estados, que equivale a nuestro ministro de Exteriores, y porque era una cuestión en la que el Vaticano carecía de margen de maniobra. También le preocupaba especialmente el impacto que nuestra decisión pudiera producir en Iberoamérica, y por eso decidieron desplegar toda su artillería y trazar una línea roja, a ver qué pasaba. El conflicto estaba servido. Otro asunto en el que encontré una gran oposición a poco de llegar a Roma fue la Ley de Técnicas de Reproducción Asistida, porque el Vaticano considera que la creación de embriones con el fin de destruirlos, aun con fines curativos, constituye un atentado contra la vida, y por eso acogió con enorme satisfacción la adopción, por parte de la 59 Asamblea General de la ONU, de una declaración que solicitaba a todos los países que prohibieran todas las formas de clonación humana. Juan Pablo II insistió en estos temas hasta el último momento de su vida, pues en el que fue su último discurso al cuerpo diplomático, en enero de 2005, se refirió de nuevo a la defensa de la vida (aborto) y reiteró el rechazo de la Iglesia del matrimonio gay y de la

investigación con embriones. Los nervios eran tales que algunos monseñores de la curia pensaban que España estaba preparando la autorización de la eutanasia a medio plazo, y así me lo decían a mí, mientras yo me esforzaba por tranquilizarles negando la mayor.

## TENSIÓN CON EL GOBIERNO DE ZAPATERO

El secretario de Estado, cardenal Sodano, le dijo a Moratinos, delante de mí, que el Vaticano tenía la impresión de que el Gobierno español trataba de «romper o de forzar situaciones», y eso le desconcertaba porque contrastaba con las «magníficas relaciones que habían mantenido con otros gobiernos socialistas, como los de Mitterrand, Jospin, Craxi, Schröder, e incluso el del comunista D'Alema». A mí me comentaron que veían en nuestro Gobierno un deseo de «provocar» con una «política de enfrentamiento con la Iglesia» y me preguntaron por qué nunca habían tenido conflictos con Felipe González y los tenían ocho años más tarde con el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. Mi sensación personal es que, lo que ocurría, era que habían transcurrido diez años pero que, sobre todo, había pasado una generación, y el nuevo presidente no tenía la «memoria histórica» del anterior ni el recuerdo de la guerra civil. En mi opinión, había en él una mezcla de envidiable seguridad en sí mismo, de no valorar debidamente la influencia de la Iglesia en España, y de deseo de dar la vuelta a muchas cosas para emprender lo que, a su juicio, significaba modernizar el país sin perder ni un segundo. Como resultado, me dijo monseñor Lajolo, el Gobierno español «ha destruido la confianza», aunque seguían queriendo dialogar con nosotros «porque ustedes no son enemigos, sino amigos con otra opinión». ¡Menos mal! Pero no había que equivocarse, el mensaje que me daban era claro: ustedes harán lo que les parezca, pero no les saldrá gratis, van a enfrentarse con el Vaticano y con la Conferencia Episcopal, y nosotros les vamos a mover la calle. Yo lo contaba a Madrid y, sin embargo, el Gobierno no parecía concederle importancia.

Una dificultad grave para mi trabajo era que todos estos asuntos se discutían en España entre el Gobierno y la Conferencia Episcopal, pues el Vaticano, con su ancestral sabiduría, parecía preferir quitarse de en medio y dejar el desgaste a los obispos españoles, mientras que, por otro lado, nadie coordinaba la acción de Gobierno y nadie se acordaba de informar al embajador en el Vaticano. Los ministros iban por libre, cada uno con sus ideas y sus problemas, sin pararse a pensar que aquello (matrimonio, educación, aborto...), aparte de ser un asunto de política interna de gran calado, presentaba también una dimensión internacional, dado que afectaba a nuestras relaciones con el Estado del Vaticano, y se podían evitar muchos contratiempos si realizábamos una adecuada y previa presentación en Roma de nuestras intenciones soberanas, sin que ello supusiera renunciar a nada. Por eso tuvimos el problema que tuvimos con la aprobación de la ley que autorizaba los matrimonios entre personas del mismo sexo, apenas dos días antes de la entronización de Benedicto XVI, como cuento más adelante, lo que la Iglesia percibió como una bofetada deliberada. Moratinos procuraba a veces coordinar algo auxiliado por el subsecretario Luis Calvo, responsable de estos temas en el Ministerio de Santa Cruz. También lo intentaba Mercedes Rico desde el de Justicia, que dirigía López Aguilar. Pero era insuficiente. Al final, el

día a día, con sus urgencias, se comía todas sus buenas intenciones, y yo me llevaba a los diablos porque me enteraba de las cosas tarde y mal, no podía opinar y no podía defender las posiciones de mi Gobierno como me hubiera gustado. A partir de cierto momento, esta labor de coordinación la asumió la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega, que le echó tiempo, ganas y energía y la situación mejoró bastante.

Éste era el ambiente cuando llegó José Luis Rodríguez Zapatero en visita oficial a la Santa Sede el 18 de junio de 2004, apenas un par de meses después de su toma de posesión. No tuve ocasión de hablar con él, pues sólo pasó unas horas en Roma, y fue y volvió al aeropuerto metido en el coche con Moratinos. Creo que es un error desperdiciar de esta manera la oportunidad de cambiar impresiones con el embajador, que es quien está sobre el terreno y va a tener que seguir lidiando con el Vaticano cuando la comitiva oficial regrese a España. La entrevista fue educada, aunque ambas partes mantuvieron sus posiciones. El Papa le dijo: «El otro día ya le dije a su embajador lo que pienso. Me reafirmo en ello, y ahora sea usted bienvenido». Eso fue todo, lo que no es poco para un hombre que mostraba tantas dificultades para hilvanar una frase. Después pasamos a ver al cardenal Sodano, y tampoco en esa reunión hubo novedades. Al salir, Rodríguez Zapatero manifestó a la prensa que su visita era «un signo de nuestra voluntad de mantener unas relaciones cordiales con la Santa Sede, con la Conferencia Episcopal y con la Iglesia católica en general». Por su parte, el portavoz vaticano Joaquín Navarro Valls puntualizó que «en el curso de la conversación se ha pasado revista a las relaciones bilaterales a la luz de los Acuerdos entre la Santa Sede y España, en particular los de 1979, y se ha reafirmado la voluntad de diálogo y colaboración». No estaba mal. Pero luego también dijo que «la defensa que hace el Santo Padre de ciertos derechos fundamentales en áreas como la vida, la familia o la enseñanza son muy apreciadas en todo el mundo e incluso por los no católicos». Días después, oí decir en la Curia que el cardenal Sodano había comentado que Rodríguez Zapatero no había preparado bien la reunión y que ésta le había parecido bastante desordenada, pues el presidente había puesto sobre la mesa una serie de asuntos de política internacional en su intento de no centrar el encuentro únicamente en los aspectos conflictivos de la relación bilateral. Este viaje tuvo, sin embargo, el resultado muy positivo de tomar la decisión de poner en pie un «diálogo estructurado» entre el Gobierno y la Conferencia Episcopal Española..., un diálogo que no se pudo reanudar hasta que monseñor Ricardo Blázquez fue elegido su presidente, casi un año más tarde.

En la pista del aeropuerto, antes de meterse en el avión para regresar a Madrid, Rodríguez Zapatero pareció descubrir mi presencia, y se dirigió a mí un tanto por sorpresa para decirme: «Tengo una buena noticia para ti, porque voy a impedir que vayas a declarar a la comisión parlamentaria del 11-M». Me quedé muy asombrado y le contesté, un tanto escéptico, que yo era, precisamente, una de las tres personas sobre las que todos los grupos parlamentarios estaban de acuerdo en que debían ir a declarar. «Ya lo sé, pero yo no lo permitiré», me dijo. Unos quince días más tarde, recibí en Roma una citación del Congreso de los Diputados, redactada de la forma perentoria que acostumbran, en la que me amenazaban con todas las penas imaginables si el día 19 de julio no comparecía ante la dichosa comisión a las cuatro en punto de la tarde... Sigo sin entender por qué Rodríguez Zapatero me dijo lo que me dijo.



## LLEGAN LOS PRÍNCIPES DE ASTURIAS

A la semana justa de esta visita, llegaron los Príncipes de Asturias de regreso de su viaje de novios por el Pacífico para saludar al Papa. Fue una visita relajada que duró un par de días; tuvieron una audiencia papal meramente protocolaria, sin sustos ni sorpresas, y coronaron su paso por el Vaticano con una reunión privada con el cardenal Sodano, ampuloso como él solo y que a mí me daba siempre la impresión de estar entusiasmado de haberse conocido y de no cansarse de su propia compañía. El Papa les deseó que formaran «un hogar feliz [...] el cual, por el relieve que tiene en la sociedad española, sea también punto de referencia ejemplar para tantas familias de esa querida nación». Al Príncipe lo había visto muchas veces, pero con la princesa Letizia nunca había tenido ocasión de conversar, a pesar de haber conocido su «existencia» antes que casi todo el mundo, pues para algo estaba al frente del CNI cuando comenzaron su relación. Además, los Príncipes habían tenido la amabilidad de invitarnos a Pilita y a mí a su boda en aquella lluviosa mañana madrileña del 22 de mayo. En el Vaticano iba muy guapa de negro, con un traje de Caprile de cintura inverosímil y mantilla. Los Príncipes se alojaron en mi residencia y pudimos hablar de muchas cosas en un ambiente muy distendido. Como ya estaban casados, los puse separados en la mesa siguiendo el consejo de no separar nunca a unos novios y nunca sentar juntos a unos casados, a pesar de las protestas de don Felipe, que pedía, con sentido del humor, que se le concediera un período de aclimatación de algunos meses.

## EMBAJADOR ANTE LA ORDEN DE MALTA

Ser embajador ante la Santa Sede incluía también serlo ante la Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta, fundada en el siglo XI, y que es un sujeto de derecho internacional con relaciones con muchos países y con estatuto de observador en las Naciones Unidas. En la Orden no olvidan que fue el emperador Carlos V quien les donó la isla de Malta tras su expulsión de Rodas por los turcos. Tiene su sede en un palacio de la vía Condotti, donde presenté mis cartas credenciales al gran maestro, fray Andrew Bertie, cuyo proceso de beatificación acaba de comenzar cuando escribo estas líneas. Yo soy miembro de la Orden por tradición familiar, y eso me facilitó mucho la relación con sus dirigentes en Roma, que hicieron sus investigaciones y les gustó recordarme que un antepasado mío, fra' Nicolás Dezcallar, había sido gran prior de Cataluña en el siglo XIV. Otro antepasado del siglo XVIII está enterrado en la catedral de La Valletta, en Malta, bajo una leyenda que dice que fue un «gran pecador». Lo descubrió el Rey en uno de sus viajes y me envió una foto. Durante algún tiempo, tuve que aguantar muchas chanzas con lo de gran pecador. La Orden de Malta es hoy una de las mayores ONG del mundo, con un volumen anual de cooperación internacional superior a los 30.000 millones de dólares. En España la presidía el conde de Orgaz, un hombre inteligente y de trato muy agradable que había firmado un Acuerdo Marco de Colaboración con la Agencia Española de Cooperación Internacional que funcionaba bastante bien y que le permitía llevar a cabo proyectos

humanitarios en Guinea Ecuatorial y en algunos países de América del Sur. Todo esto nos procuraba bastantes asuntos para discutir y colaborar, y cuando me despedí, al terminar mi misión en Roma, el gran maestro tuvo la amabilidad de invitarme a almorzar en el palacio de la vía Condotti e imponerme por sorpresa la Gran Cruz de la Orden Pro Merito Melitensi. No me lo esperaba e improvisé una respuesta recordando la anécdota según la cual, en tesitura semejante, Valle-Inclán le dijo a Alfonso XIII que no merecía la distinción, y, como respuesta, el Rey añadió que todos los condecorados decían lo mismo, y remachó: «Y tienen razón». En aquel ambiente tan dieciochesco, esta historia los dejó bastante desconcertados.

El entorno vaticano no es fácil. Se trata de una monarquía absoluta de derecho divino donde la palabra del Papa es ley; no hay partidos políticos ni sindicatos, y hay un solo periódico (*L'Osservatore Romano*). Es, en conjunto, un mundo muy opaco y difícil de penetrar para los no iniciados porque bien se ocupan ellos, los monseñores de la Curia, de procurar que nada trascienda de lo que allí ocurre. Pero que no haya partidos no significa que no haya grupos de presión o que los cardenales no tengan sus preferencias y se apoyen unos en otros para defenderlas. Para que me ayudara a entender mejor lo que pasaba, propuse a Madrid el nombramiento de Antonio Pelayo como consejero eclesiástico de la embajada. Antonio, sacerdote y periodista con muchos años de experiencia vaticana, probó ser un magnífico apoyo durante el tiempo que pasé en Roma.

## JUAN PABLO II

Traté poco a Juan Pablo II, pues cuando llegué ya estaba muy enfermo, pero seguí con admiración y con pena su progresivo deterioro físico, que aguantó con una serenidad y un estoicismo realmente extraordinarios mientras le llevaban y traían del hospital Gemelli. Entre tanto, las embajadas seguíamos los informes que sobre su salud nos daba el portavoz Navarro Valls y tratábamos de completarlos con nuestras propias averiguaciones por los métodos más diversos..., como las monjitas colombianas que le cuidaban y a las que tenía acceso el embajador de su país, que era igual que Luciano Pavarotti. Un día, en plena plaza de San Pedro, el Papa estaba sentado con una mueca de dolor en la cara, pues tenía el cuerpo llagado, y un joven sacerdote increpó con dureza a los miembros presentes de la Curia diciéndoles que parecían insensibles al sufrimiento del pobre anciano. Presencé la escena, que fue muy violenta. Pero mis interlocutores vaticanos respondían que él quería continuar cumpliendo con su misión mientras pudiera, porque entendía que mostrar en público su vejez y su dolor reivindicaba a los viejos y a los enfermos en una sociedad que idolatraba la juventud, la belleza y la salud. Juan Pablo II se crecía en el escenario, lo disfrutaba incluso cuando estaba doliente y las multitudes le devolvían ese cariño. Su muerte fue una manifestación de duelo como no he visto otra, y el mundo entero se congregó en Roma para despedir al Papa más mediático y viajero de la historia.

## BENEDICTO XVI

El otro Papa que conocí, Joseph Ratzinger, era por completo diferente. Tímido, introvertido y dotado de una mente poderosa, le agobiaban las multitudes y sólo parecía encontrarse a gusto en *petit comité*, discutiendo sobre teología y sobre temas como la relación entre razón y revelación. Muy influido por san Agustín (sobre quien hizo su tesis) y san Buenaventura (según Hans Küng, no escucharle fue la primera gran ocasión perdida por el cristianismo para modernizarse), pensaba con Kant y Goethe que la «Verdad» podía ser explicada y prevalecer por medio de la argumentación y el diálogo. Creía que la Iglesia debía defender sin miedos sus principios y no proceder como cuando la tibieza de católicos y luteranos permitió el ascenso del nazismo en 1930 al no denunciar en público las mentiras en que se basaba. Hombre de gabinete, de reflexión, de informes sesudos en la penumbra de un despacho repleto de libros, de conversación pausada e inteligente, ganaba mucho en la distancia corta. Poseía un carácter muy ordenado, y se decía que había fotografiado su biblioteca para que la trasladaran al palacio Apostólico exactamente como la tenía en su domicilio.

Una anécdota es reveladora de su personalidad e inquietudes. Una mañana fui a visitar a monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, un obispo argentino abierto y simpático con quien tenía muy buena relación, el cual dirigía la Academia Pontificia para las Ciencias, con sede en la maravillosa Casina de Pío IV, una pequeña joya renacentista ubicada en los jardines vaticanos. Me hizo esperar algún tiempo y, cuando me recibió, estaba muy agitado. «Disculpa, embajador —me dijo—, pero esta noche no he pegado ojo. El Papa cenó ayer con una profesora norteamericana que le suscitó dudas sobre el momento exacto en que sobreviene la muerte, y me ha pedido esta madrugada que convoque una reunión de sabios para que dilucide el asunto, y la quiere ya». «¿Sabios católicos?», aventuré. «Nada de eso, estoy buscando a los mejores científicos del mundo; de hecho, el último con el que he hablado es un japonés, creo que sintoísta», y luego, sonriendo abiertamente al imaginar lo que yo estaba pensando, añadió: «Voy a buscar a los mejores y van a dar sus opiniones con total libertad... que luego ya nos ocuparemos nosotros de bautizar el resultado, si hace falta». Me pareció muy inteligente. Otra historia reveladora de su carácter ocurrió cuando le propuse organizar, en su residencia veraniega de Castel Gandolfo, un concierto con la East-West Diwan Orchestra, que dirigía Daniel Barenboim y que está integrada por jóvenes israelíes y palestinos con la pretensión confesada de acercar mediante la música a estos dos pueblos que tantos años llevan luchando. La idea gustaba en la Curia, pero el final el Papa declinó el ofrecimiento porque, me dijo uno de sus colaboradores, sabe la edad que tiene y no quiere distracciones, desea aprovechar al máximo el tiempo que le queda para escribir y dejar un legado de su paso por la sede de Pedro. A mí esta gestión me permitió conocer a Barenboim, con quien cené una noche en el Club 31 de Madrid. Es un hombre de una gran presencia y simpatía que me contó un chiste que aún recuerdo: se reúnen dos amigos con él, Barenboim, y uno dice que le gustaría ser cardenal para que la gente lo llamara «eminencia»; el otro comenta que a él le gustaría ser Papa para que lo llamaran «santidad». Y Barenboim contesta: «Eso no es nada, cada vez que yo subo al podio para dirigir la orquesta, la gente se lleva las manos a la cabeza y dice: “¡Oh, Dios mío!; ¡oh, Dios mío!”». Lo conté varias veces en el Vaticano, y siempre con mucho éxito.

## LA CURIA

El secretario de Estado, número 2 del Vaticano, era desde 1991 el cardenal Angelo Sodano, un piamontés grande, bombástico y vanidoso. Mi relación con él comenzó siendo difícil, pues debía verme como el que le traía malas noticias de España un día sí y otro también, pero poco a poco fue mejorando hasta acabar siendo francamente buena. Mis interlocutores habituales eran los obispos Leonardo Sandri y Giovanni Lajolo. El primero, argentino, era *sostituto* de la Secretaría de Estado para Asuntos Generales, y, como tal, auténtico número 3 del Vaticano. Hombre directo y eficaz, yo lo conocía de mi época en el CNI, pues echamos alguna mano al Vaticano en cuestiones de seguridad y habíamos mantenido una buena relación personal. Su segundo era monseñor Gabrielle Caccia, un hombre abierto y, algo raro en el contexto vaticano, con gran sentido del humor a quien traté con frecuencia gracias a nuestro amigo común Georgios Poulides, embajador de Chipre ante la Santa Sede desde hace muchos años y conocedor como pocos de las interioridades del mundo vaticano. Monseñor Lajolo era secretario de Relaciones con los Estados (ministro de Asuntos Exteriores) y una persona untuosa e impenetrable, un italiano del norte enamorado de Alemania y que siempre me dio la impresión de que no le gustaba España ni los mediterráneos en general. Meticuloso, buen jurista y muy estricto, a mi juicio le faltaba cintura. Yo nunca conseguí establecer con él una relación de confianza, y eso que lo intenté, pues era la discreción personificada: se cerraba en sus silencios y uno podía contarle lo que fuera que no obtenía nada a cambio. Resultaron infructuosos mis esfuerzos por establecer entonces una colaboración con el Vaticano sobre Cuba, como deseaba Moratinos. Años más tarde, siendo ya embajador en Washington, me visitó el cardenal de La Habana, Jaime Ortega, para agradecerme esa colaboración, que Moratinos había logrado por fin iniciar, y disfrutamos de un grato almuerzo en la embajada. Mejor era su segundo, monseñor Pietro Parolín, otro ejemplar sobresaliente de la diplomacia vaticana, que ya de por sí lo es, y a quien el papa Francisco ha nombrado secretario de Estado. Lo veía con frecuencia; acudía a veces a comer conmigo a solas en la embajada, y nuestra relación siempre fue cordial, si bien tampoco era hombre de dar o pedir confianzas.

Entre los cardenales, recuerdo con especial afecto a los españoles Antonio María Javierre y Eduardo Martínez Somalo, y al francés Jean-Louis Tauran. Cuando conocí al primero, éste ya estaba jubilado y bastante enfermo, y me pareció una persona sencilla, esencialmente buena y siempre disponible cuando podía ayudar, que no es poco. Casó a mi hija Cristina en la maravillosa iglesia de Santa María del Popolo, y cuando murió Pilita quiso officiar su funeral en la de Montserrat. Como dijo en aquella ocasión: «He estado con esta familia en momentos felices y ahora deseo acompañarla también cuando sufre». Siempre se lo agradeceré. Martínez Somalo era el gran camarlengo, y como tal tuvo que certificar el fallecimiento de Juan Pablo II golpeando su frente con un martillo de plata y romper, acto seguido, su anillo pastoral para cumplir con la tradición. Ejercía de riojano y siempre tenía sobre la mesa de su despacho pastillas de café con leche de la Viuda de Solano, y me aconsejaba con socarronería «hacer ahora todo lo que tenga que hacer porque cuando se jubile no tendrá tiempo». Tauran era un francés de gran finura intelectual.

Lo había conocido años antes, en 1996, durante una reunión de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) que tuvo lugar en Lisboa. La OSCE decide siempre por unanimidad, y en aquella reunión habíamos llegado a consensuar un comunicado final los cincuenta y tres Estados que entonces la componíamos..., todos menos Armenia y Azerbaiyán, que se enzarzaron en su habitual e interminable disputa sobre Nagorno Karabaj. Y allí estábamos, bloqueados desde hacía horas, cuando el representante de la Santa Sede levantó con timidez la mano y ofreció una solución simple y brillante que fue de inmediato aceptada por las dos partes, con alivio generalizado del resto de asistentes. Qué tipo tan listo, pensé entonces. Era monseñor Jean-Louis Tauran, que fue ministro de Asuntos Exteriores del Vaticano desde 1990 hasta finales de 2003. Los rumores decían que Juan Pablo II lo destituyó por presiones estadounidenses como consecuencia de su actitud muy crítica hacia la guerra de Iraq, ya que mantenía que «una guerra unilateral de agresión sería un crimen contra la paz y contra las Convenciones de Ginebra», además de una violación del Derecho Internacional. No creo que a Bush o a Aznar les gustara oír esto. Cuando yo llegué a la Santa Sede, él era archivero y bibliotecario del Vaticano, jefe de los impresionantes archivos secretos, que un día me acompañó a visitar y que tanto juego dan a las películas de conspiraciones increíbles. Lo iba a ver de vez en cuando y solíamos hablar de Oriente Medio, que era un asunto que a los dos nos interesaba, pues él había sido nuncio en el Líbano. Le regalé el libro *El muro de hierro*, de Avi Shlaim, que es de lo mejor que he leído sobre Israel. Otro día le llevé un ejemplar de *La fiesta del chivo*, de Vargas Llosa, sobre la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo, que no conocía y que confesó que le había impresionado mucho, dado que también había sido nuncio en Santo Domingo.

Otro cardenal al que veía de vez en cuando era Gian Battista Re, de largo nombre y corto apellido, que era prefecto para la Congregación de los Obispos y se ocupaba de proponerlos para las sedes vacantes. Como cabe suponer, esta capacidad le confería mucho poder, y él parecía disfrutarlo. No paraba de hablar, y de esta forma evitaba que se le hicieran preguntas. Tenía fama de intrigante, que no es poco en el ambiente del Vaticano. También recuerdo al cardenal portugués José Saraiva, prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos, que se ocupaba de los procesos de beatificación y de santificación. La primera vez que lo visité, por motivos puramente protocolarios, me despidió en la puerta de su despacho espetándome: «Embajador, ¿no olvida usted algo?». Sorprendido le dije que pensaba que no, y él me respondió: «No sabe el peso que me quita de encima, porque creía que venía a insistir, como hacía su predecesor, a favor de la canonización de la reina Isabel la Católica, y ya sabe usted los problemas que eso plantea» (se refería a la oposición de los judíos por la expulsión de 1492). Le contesté que se tranquilizara, que mi sueldo no incluía abogar por la santidad de nadie, y además yo consideraba que la Iglesia debía decidir esos asuntos en función de sus propios criterios y sin interferencias, aunque si me dejaran elegir votaría por mis paisanos Ramon Llull y Junípero Serra. Él suspiró con indisimulado alivio.

Otros con los que tuve relación fueron los latinoamericanos Darío Castrillón (Congregación del Clero) y Javier Lozano Barragán (Congregación para la Pastoral de la Salud), que siempre me impresionaban por sus posturas ultraconservadoras, y asombrar por esto en el ambiente vaticano no deja de tener mérito. Muy diferente era el cardenal Renato Martino, hombre abierto y de mundo

que dirigía el Pontificio Consejo para la Justicia y Paz y era el observador permanente del Vaticano en las Naciones Unidas.

También me relacioné con el cardenal Bernard Francis Law, que había dimitido como arzobispo de Boston tras un gran escándalo por encubrir o no denunciar casos de pederastia, y Juan Pablo II le nombró arcipreste de la basílica de Santa María la Mayor, una de las cinco de Roma y especialmente vinculada con nuestro país, pues es el oro de Felipe IV (que tiene una merecida estatua en la puerta) el que cubre su techo, y en su altar mayor hay un puesto reservado para el embajador de España. En esta iglesia se celebra todos los años una bonita ceremonia que recuerda una gran nevada que hubo en Roma en agosto, en plena Edad Media, y durante la cual caen desde el techo del templo millares de papelitos blancos que pretenden ser copos de nieve.

Peter Hans Kolvenbach y monseñor Echevarría no eran cardenales, pero mandaban mucho más que casi todos ellos. Conocido como el Papa Negro, el primero era prepósito general de los jesuitas, un holandés que hablaba ocho idiomas y con una cultura enciclopédica; no aceptaba invitaciones, pero me invitó a comer en su cuartel general del Borgo di Santo Spirito. El padre Kolvenbach me dio la impresión de ser un hombre muy espiritual, poco interesado en las cosas de este mundo, y muy diferente de lo que yo imaginaba que debía de ser el general de una orden tan poderosa como los jesuitas. Lo miraba y pensaba en lo incómodo que debía de sentirse cuando visitaba la iglesia de la Compañía en Roma, el Gesù, símbolo de la Contrarreforma, un templo que hacía alarde del lujo más desvergonzado y del poder más arrogante. Había sucedido a Pedro Arrupe, que tuvo que lidiar con el rebufó de las esperanzas nacidas del Concilio Vaticano II y que, como consecuencia de la teología de la liberación, había tenido un fuerte encontronazo con el papa Wojtyła, tras el cual la Compañía había sido intervenida y gestionada por el cardenal Deza como delegado personal del Pontífice. Juan Pablo II visitó a Arrupe poco antes de su muerte, en 1991, y no se sabe lo que le diría, pero se comenta que cuando el Papa salió de su habitación, él estaba llorando. La misión de Kolvenbach consistía en tratar de recuperar la confianza del Santo Padre, y eso no era nada fácil dado el talante tan conservador del pontífice. Se lo veía incómodo con sus responsabilidades, y por eso no me extrañó cuando me enteré que había dimitido de sus funciones pocos años más tarde.

Monseñor Javier Echevarría era otra cosa. Había sido durante muchos años secretario personal de san Josemaría Escrivá de Balaguer, y cuando yo lo conocí era el obispo del Opus Dei, que es una prelatura personal que depende directamente del Papa. A diferencia de los jesuitas, el Opus estaba en clara onda ideológica con Juan Pablo II, que lo había favorecido sin ambages, y eso lo había vuelto todavía más poderoso en Roma, donde en aquellos años culminaban las obras de remodelación de un precioso palacio como sede de la Universidad de la Santa Croce, en el centro histórico de la ciudad. Asistí como embajador a la celebración de sus cincuenta años de ordenación sacerdotal en la basílica de Santa María la Mayor, y me quedé impresionado por la presencia de 16 cardenales y 36 obispos (los conté desde mi asiento junto al altar mayor), lo que ponía de relieve la influencia del Opus, y suya en particular, en el Vaticano. Acudía a veces a almorzar en el palacio de España, y era hombre cordial y fue muy cariñoso con la enfermedad de mi mujer, algo que siempre le agradeceré. Se publicó entonces la novela *El Código Da Vinci*, de Dan Brown, y se produjo la película; ambas parodian con dureza al Opus. Monseñor Echevarría

había dado órdenes de no oponerse a un fenómeno inevitable, sino de tratar de convertir la enorme publicidad negativa que ambas le daban en otra positiva, y en consecuencia mandó favorecer una política de transparencia y de puertas abiertas en sus sedes y también sacó apresuradamente un par de libros sobre el Opus, que logró que las grandes cadenas estadounidenses pusieran a la venta al lado de la novela de Brown.

Con el cardenal Paul Poupard disfruté de una cena diferente y divertida a la que asistió la actriz Valeria Marini, una señora monumental de casi un metro ochenta de estatura, de carnes generosas muy bien colocadas y de abundante cirugía estética para crear unos morros carnosos que son, por lo visto, junto con unos pechos descomunales, lo más importante para ganarse la vida como actriz más bien porno, que es a lo que al parecer se dedicaba cuando conoció a su pareja del momento, el productor Vittorio Cecchi-Gori, un hombre bajito que la miraba con arrobos y que debía de ser a la vez fresco y listo porque, además de arruinarse (según él, por culpa de Berlusconi) y recuperar su fortuna varias veces, y de haber poseído el club de fútbol La Fiorentina, había producido películas tan bonitas como *El cartero (y Pablo Neruda)* o *La vita è bella*. La primera recibió un Oscar a la mejor película, y la segunda, a la mejor película extranjera, lo que no está nada mal. Conocí a ambos, Vittorio y Valeria, en una cena en casa de nuestro embajador ante el Quirinal, mi viejo amigo José Luis Pipo Dicenta, mientras Cecchi-Gori me miraba con desconfianza, con esa incertidumbre que siempre sigue a los acompañantes de este tipo de mujeres, porque yo estaba sentado a otra mesa, casualmente entre la actriz Laura Antonelli y la señora Marini —donde el particular sentido del protocolo de mi compañero Dicenta había tenido la amabilidad de ubicarme—, y me estaba divirtiendo con las barbaridades que ella me contaba sobre sus diseños de lencería. Era una mujer simpática y descarada, como mandan los cánones de su especie. La presencia de esta mujer y de un cardenal en la casa del embajador de España ante la Santa Sede merece una explicación. El cardenal Poupard, que era presidente del Consejo Pontificio para la Cultura, me comentó un día, de pasada, que deseaba conocer a Cecchi-Gori porque quería pedirle que produjera una película sobre el padre Matteo Ricci, el gran sinólogo jesuita del siglo XVIII, pero que no sabía cómo entrar en contacto con él. Le contesté que, por un azar, acababa de conocerlo, y me ofrecí a reunirles en una cena en mi casa. Cuando llegó el momento, le envié la relación de invitados para que supiera que el productor me había dicho que iba a asistir con su novia, Valeria Marini, y así evitar malentendidos. El cardenal no objetó nada. Todos llegaron con puntualidad menos Valeria, que volvía esa tarde de Milán. Como no llegaba, decidí que nos sentáramos a la mesa y cenamos sin ella, entre la decepción de mis invitados y con cierto alivio del cardenal, que aprovechó bien el tiempo, pues me dijo, muy agradecido, que Cecchi-Gori había aceptado producir la película, de la que luego, sin embargo, no he vuelto a oír hablar. Finalizada la cena, el cardenal Poupard nos dejó apenas tomó su café, y muy poco después, cuando los demás estábamos con las copas de la sobremesa, hizo su entrada triunfal Valeria Marini con un traje largo de lamé rojo hasta el suelo que tenía un escote que por delante le llegaba al ombligo y por detrás también hasta el suelo. Venía directamente del aeropuerto, nos explicó, y todos nosotros nos lo creímos. Al día siguiente, todo el cotilleo romano debió de centrarse en la cena, porque recibí muchas quejas de amigos que hubieran deseado ser invitados.

Claro que para humor el que tenían Lucía Bosé e Irene Papas, con quienes compartí una cena

muy divertida en Florencia, en los jardines de Bóboli, tras el palacio Pitti, a los que llegamos por el pasadizo elevado que los une con la pinacoteca de los Uffizi, donde los invitados habíamos sido recibidos por actores y actrices vestidos con trajes de época que recitaban fragmentos de literatura del Renacimiento. Todo de un increíble buen gusto, como sólo los italianos saben hacer. El caso es que hice trampa para escaparme de la mesa aburrida que me había tocado e ir a sentarme con Lucía e Irene, que en seguida me hicieron sentir como si las conociera de toda la vida; claramente estaban de vuelta de todo y se ponían el mundo por montera. Así, comentaban cosas tan tremendas como que las bailarinas que danzaban entre las mesas no tenían más mérito que haberse acostado todas con el organizador del acto, cuyo nombre me callaré por pura envidia. Lucía llevaba el pelo teñido de azul e Irene se quitó los zapatos a mitad de la cena porque debían molestarle y salió sin ellos a entregar un premio a la cooperación internacional o algo parecido. Y la luna, sobre nuestras cabezas, iluminaba la cúpula del *duomo* florentino. Aquella noche era Italia en todo su esplendor.

Otra cena espectacular por su refinamiento era la que anualmente ofrecía el cardenal-secretario de Estado del Vaticano a los jefes de misión extranjeros con motivo de la fiesta de San Pedro y San Pablo, el 30 de junio de cada año: Se celebraba en el Niccione, una terraza en forma de nicho —de ahí su nombre— en una torre sobre los mismos museos vaticanos, obra de Miguel Ángel, nada menos. Se entra por una puerta junto a la maravillosa fuente del galeón de bronce para llegar a un pequeño jardín adyacente donde se toma un aperitivo acompañado por los monseñores de la Curia. Luego se sube una empinada escalera de caracol que los más mayores pueden evitar, pues la torre es medieval pero tiene un ascensor, que desemboca en una terraza abierta por tres de sus lados y cerrada por la parte trasera, en lo que podría ser una forma similar a la de una concha. En la terraza se colocan una quincena de mesas con muy cuidada presentación de manteles, cubertería, vajilla, flores etc., aunque lo mejor es la extraordinaria vista que desde allí se disfruta sobre el Vaticano y la Ciudad Eterna y que mejora a medida que va cayendo la tarde, el sol se pone en lo que los italianos denominan *il tramonto*, y al hacerlo destacar las sombras proyectadas por las masivas cúpulas de sus numerosas iglesias mientras avanza la noche y Roma se va iluminando poco a poco. Es un espectáculo inolvidable. En ningún sitio he visto tanto refinamiento y un protocolo tan medido como en la Santa Sede.

## IL CENTRO STORICO

Terminaba de trabajar a las seis de la tarde y, casi invariablemente, tenía una cena a las ocho, que es un horario bastante más civilizado que el de España, pues a las once estaba de regreso en casa, y eso me permitía ir a trabajar sin problemas el día siguiente. Los horarios de España son absurdos. Eso me daba algo más de una hora para ir a estirar las piernas en un paseo diario por las callejas de la ciudad histórica, que se extendía en todas las direcciones alrededor de la *piazza* di Spagna, y que me llevaba sin rumbo fijo por aquellos «escombros de grandeza imponente [...] restos solares del ayer y de la nada», que había escrito mi paisano Costa i Llobera. A diferencia de otras ciudades, el barrio antiguo no se ha despoblado; se han arreglado apartamentos en los



viejos palacios, que siguen habitados, mientras artesanos, peluqueros, tapiceros y carpinteros ocupan sus bajos e impiden la instalación de grandes superficies comerciales en el casco histórico, donde los puestos de verdura o de pescado se siguen colocando en mitad de las calles durante ciertos días de la semana. Todo con un encanto muy provinciano. Es una ciudad llena de rincones bellos y de sorpresas; yo creo que es la ciudad más atractiva del mundo porque a su carácter monumental añade la cordialidad de sus habitantes. Tenía una secretaria, Letizia, que era una mujer con gran sensibilidad y conocimientos artísticos, que me preparaba visitas a lugares alejados de los circuitos turísticos habituales, entre los que recuerdo en especial la Accademia Nazionale dei Lincei, donde tuve en mi mano el pequeño *Libro de horas* de Cristóbal Colón, con preciosas miniaturas miniadas y algunas anotaciones manuscritas hechas por el propio navegante. Era emocionante pensar que Colón lo había tenido en sus manos, igual que yo entonces, cinco siglos más tarde, y que quizá realizaría con él sus plegarias mientras contemplaba con inquietud un mar sin fin. Y luego, confortado por el rezo y con más esperanza en el corazón, lo habría vuelto a guardar en el bolsillo de su faltriquera... También me dejó una historia de los papas en tiras de dibujos que se hizo para la reina Cristina de Suecia cuando se convirtió al catolicismo y que debe de ser el primer cómic de la historia. ¡En otros países, unos libros así estarían encerrados en una caja fuerte bajo siete llaves y no se permitiría que nadie los tocara!

#### ÁNIMOS ENCRESPADOS EN LA CURIA

Pasaba el tiempo y la relación con el Gobierno de España no mejoraba. El cardenal Julián Herranz, miembro del Opus Dei, se despachó el 12 de octubre, fiesta nacional, con una dura filípica durante el sermón de la misa que ese día ofició en la iglesia de Montserrat en mi presencia y delante de una docena de embajadores iberoamericanos; en ella criticó el «fundamentalismo laicista de algunos políticos» y el «totalitarismo agnóstico» y pidió que el Gobierno español respetara «los valores éticos». Fue un sermón que me molestó bastante por el tono y por su inoportunidad, pero que mostraba lo encrespados que estaban los ánimos en la Curia, como confirmó, apenas un mes más tarde, el mismo cardenal Ratzinger al arremeter en el diario *La Repubblica* contra «la agresividad ideológica» del laicismo y añadir que las reformas que se estaban haciendo en España destruían la familia y el conjunto de la sociedad: «El derecho crea la moral, o una forma de moral, porque la gente común generalmente considera que lo que es legal es también lícito [...] si juzgamos esa unión [el matrimonio entre personas del mismo sexo] como más o menos equivalente al matrimonio, tenemos una sociedad que deja de reconocer la especificidad y el carácter fundamental de la familia, es decir, el ser propio del hombre y la mujer que tiene como fin dar continuidad, no sólo en sentido biológico, a la humanidad. La opción hecha por el Gobierno español tampoco favorece realmente a esas personas [los homosexuales], ya que destruye elementos fundamentales en un orden de derecho». Toda una andanada que, en este caso, procedía de uno de los cardenales más poderosos de la Curia y futuro Papa.

Por mi parte, yo me esforzaba en calmar los ánimos y en limar asperezas, como decía en una entrevista que publicó *Alfa y Omega*, un suplemento de *ABC* sobre temas religiosos, el 21 de

octubre. Pero no era fácil porque en el Vaticano estaban irritados de verdad con las iniciativas legislativas del Gobierno. Las siguientes declaraciones sobre el asunto las haría el propio Papa. En 2005 se habían previsto dos visitas *ad Limina Apostolorum* de los obispos españoles a la Santa Sede. Una, el 24 de enero, y otra, a fines de febrero, que ya no se pudo hacer por el empeoramiento de la salud del Santo Padre. A la primera asistieron unos cuarenta obispos presididos por el cardenal Rouco, a los que el Papa entregó un texto de ocho páginas donde reivindicaba el carácter cristiano de nuestro país: decía que «las vivas raíces cristianas de España no pueden arrancarse» y expresaba preocupación por «la indiferencia religiosa y un cierto relativismo moral, que influyen en la práctica cristiana y que afectan consiguientemente a las estructuras sociales». El Papa añadía que «en el ámbito social se va difundiendo también una mentalidad inspirada en el laicismo, ideología que lleva gradualmente, de forma más o menos consciente, a la restricción de la libertad religiosa hasta promover un desprecio o ignorancia de lo religioso, relegando la fe a la esfera de lo privado y oponiéndose a su expresión pública».

Aprovechando su visita a Roma, invité a almorzar a los obispos porque me pareció oportuno tratar de calmar los ánimos y desdramatizar una situación, que se estaba exagerando de forma indebida. En España no se restringía la libertad religiosa de nadie, y esto era algo que convenía decir alto y claro, como también era preciso afirmar que España era un Estado laico pero no laicista, como se estaba diciendo. Por eso hice un pequeño discurso en los postres donde les solté todo esto, y añadí que nuestras relaciones eran antiguas y sólidas y que había que ver las cosas con cierta perspectiva para no confundirse, porque, si bien era cierto que teníamos algunas diferencias, «no lo es menos que eso es parte de nuestra historia compartida, en la que nunca ha faltado voluntad por ambas partes para superarlas».

#### NO PUEDE UNO FIARSE DE NADIE

Como las relaciones con la Santa Sede se estaban complicando y en el Vaticano se me quitaban de en medio y me decían que los asuntos había que discutirlos en Madrid con los obispos, empleé mis energías en aconsejar al Gobierno que desempolvara y pusiera en pie, de una vez, la Mesa de Diálogo con la Conferencia Episcopal Española que había acordado Rodríguez Zapatero durante su visita a Roma. En ese foro se podrían tratar, fuera del fragor mediático, las cuestiones más conflictivas, aunque eso no sería fácil con el cardenal Rouco Varela, que era un hombre bastante conservador e intransigente y que, además, estaba en una situación de interinidad por cumplirse el fin de su segundo mandato al frente de los obispos españoles. Ese hecho, junto con el vacío de poder que cada vez se notaba más en Roma por la debilidad progresiva del papa Juan Pablo II, facilitaba una creciente cacofonía en la que las posiciones más radicales se imponían y daban la nota, jaleadas por una COPE donde un tertuliano indeseable reinaba sin oposición y contribuía a crispar notablemente el ambiente, insultando a diestro y siniestro, sin que la Conferencia Episcopal de la que la emisora dependía interviniera para frenar tanto dislate. No había más remedio que concluir que este energúmeno contaba si no con el respaldo de los obispos, sí al menos con su permisividad. Por otra parte, las desafortunadas declaraciones de algunos miembros

del Gobierno o del PSOE que llamaron a los curas «casposos» o «dinosaurios» no contribuyeron ni a calmar el ambiente ni a elevar el nivel intelectual del debate. Cuando llegaron las elecciones a la presidencia de la Conferencia Episcopal, Rouco pretendió disfrutar de un tercer mandato con el respaldo del Vaticano, que hizo campaña en su favor, como me contó un monseñor de la Curia molesto con seis obispos españoles que el día anterior le habían prometido el voto (así me lo dijo) y que luego no habían cumplido su palabra. Y es que no puede uno fiarse de nadie. Al final ganó «un tal Blázquez» (Arzalluz *dixit*), que era un hombre de talante conciliador, y el ambiente en la Conferencia Episcopal y en la relación con el Gobierno cambió, aunque debido a su liderazgo menos firme también se notaron más las desavenencias tácticas que existían entre sus miembros y que el Gobierno trató de utilizar a su favor sin éxito. Pero cuando iba a comenzar el diálogo, se produjo el fallecimiento de Juan Pablo II el 2 de abril de 2005, tras veintiséis años de pontificado.

### UN MOMENTO MÁGICO

Eran las 21:37 horas y yo estaba cenando con unos amigos en una pequeña pizzería de la vía delle Coppelle, junto al Panteón, donde, a mi juicio, se hacen las mejores pizzas de Roma, que no es decir poco. Sonó mi teléfono y Luis Belzuz, mi segundo, me comunicó la noticia. Dejé a los amigos y me encaminé solo hacia la embajada al tiempo que telefoneaba al ministro Moratinos, batiendo por una vez a las agencias de noticias. No había ni un alma mientras caminaba por las callejas estrechas y mal iluminadas del centro histórico de Roma, donde una solitaria lámpara colgaba cada cierto trecho produciendo islas de luz mortecina en una oscuridad ambiental que ocultaba los desconchones en las paredes, de ese color ocre que los piemonteses habían impuesto sobre el tradicional tono marfil de la ciudad. Oía mis propias pisadas mientras sorteaba los pequeños charcos que una reciente lluvia había dejado en el pavimento. Entonces, una campana comenzó a tañer, y luego fueron dos, y tres, y cuatro..., y al cabo de unos minutos todas las campanas de las cuatrocientas iglesias de Roma tañían de forma simultánea con el lúgubre redoble que anuncia la muerte, y en este caso no una cualquiera, sino la del Obispo de Roma, uno de los papas más mediáticos —o el que más— de la milenaria historia vaticana. Me detuve, sobrecogido, en mitad de aquella noche solitaria en la que el tiempo se había parado bruscamente; entre tanto, aquellas campanas me llevaban al pasado y me permitían vivir un momento histórico en el que la Ciudad Eterna lloraba su dolor exactamente igual a como lo había hecho tantas y tantas veces en siglos pretéritos. Fue un momento mágico que todavía hoy, cuando lo recuerdo, me eriza el vello. Empezaba así una época frenética para una embajada casi siempre tranquila y previsible en su ritmo de trabajo.

A la mañana siguiente, 3 de abril, hubo una misa en la plaza de San Pedro oficiada por el cardenal Sodano, y, a continuación, los escasos embajadores que nos habíamos enterado de que había posibilidad de asistir a una ceremonia privada en el Vaticano, organizada aquella misma mañana, tuvimos ocasión de presentar nuestros respetos ante el cuerpo presente del Papa difunto, expuesto en la fastuosa capilla Clementina del palacio Vaticano entre dos alabarderos de la Guardia Suiza y magníficos frescos pintados en 1600 por los hermanos Giovanni y Cherubino

Alberti. Tuve tiempo para examinarlos con detalle, y me impresionó, en particular, la pintura de una barca con alguien al que van a arrojar al mar con un ancla atada al cuello (nuestra iconografía católica siempre tan alegre), y otra con una ninfa que derrama leche de un pecho sobre los belfos de unos caballos situados en un plano inferior y cuyo significado se me escapaba. En la capilla también se encontraba el Gobierno italiano en pleno, con el presidente Ciampi y el primer ministro Berlusconi al frente, y el cardenal camerlengo, Martínez Somalo, que acababa de certificar el fallecimiento del Papa y a quien lo noté muy triste y afectado. Había llorado. El cuerpo embalsamado del pontífice se trasladó luego a la basílica de San Pedro, donde se expondría durante tres días para que millares de fieles le pudieran dar un último adiós, entre ellos una delegación del pueblo mallorquín de Valldemossa, de donde soy vecino, con su alcalde delante, que «atinó» a estar en Roma esos días a la vez enloquecidos e históricos.

## EL PAPA HA MUERTO Y DIOS HA RESUCITADO

Los preparativos de los funerales fueron para poner de los nervios a cualquiera. Todo muy a la italiana, todo con aire de improvisación, todo en el último momento y, contra toda lógica, todo perfecto al final. La llegada de casi tres millones de personas, tres, de todos los rincones del planeta desbordó cualquier previsión. Se llenaron los hoteles, pensiones y albergues, y muchos tuvieron que alojarse en tiendas de campaña en el Circo Máximo o durmieron en la calle, a la intemperie, mientras se montaban con rapidez servicios de seguridad, de salud, de higiene, de reparto de agua y todo lo que uno pueda imaginar para atender a aquella muchedumbre. El Papa, que había viajado como ninguno de sus predecesores y que había visitado los confines más alejados de la Tierra, recibía ahora, a su muerte, a ciudadanos que acudían también de todo el mundo y hacían colas de diez y doce horas para despedirse de él. Abundaban los jóvenes, y para ellos, que montaban guardia bajo su ventana en la plaza de San Pedro, fueron las últimas palabras del pontífice, según Joaquín Navarro Valls: «Os he buscado durante estos años y ahora habéis venido. Estoy contento». El *International Herald Tribune* publicó una viñeta que decía: «El Papa ha muerto, pero Dios parece haber resucitado». Me pareció una observación acertada.

Los guardias civiles que protegían la embajada me contaron que, desde la muerte de Juan Pablo II y hasta la entronización de Benedicto XVI, no contabilizaron ni un solo caso de robo por tirón o sustracción de cartera en Roma, y eso les había extrañado, pues, al estar la embajada situada en un lugar tan céntrico y visible como la *piazza di Spagna*, cada día «normal» recibían varias denuncias, y éstas deberían haberse disparado con las multitudes que habían llegado. En su opinión, entre los *tironeros* y *pick-pockets* de Roma habían llegado a un acuerdo para no «trabajar» durante esos días. Conociendo un poco a los italianos, confieso que no me extrañaría nada que fuera cierto.

El protocolo del Vaticano tuvo que lidiar con la imposible tarea de tener que conducir a su asiento en la plaza de San Pedro a doscientas delegaciones oficiales, setenta de ellas dirigidas por jefes de Estado y de Gobierno, la mayoría de las cuales llegaron a Roma durante la misma mañana del solemne funeral y cuyas comitivas atascaban el siempre complicado tráfico romano después

de haber colapsado los aeropuertos. Todo en muy poco tiempo. No me pregunten cómo lo hicieron porque aún hoy no me lo explico, pero aquello funcionó como un reloj. Estábamos todos asombrados.

#### LAS PELEAS POR ENTRAR EN LA DELEGACIÓN OFICIAL

Como embajada nos enfrentamos a varios problemas, ninguno tan importante o que me complicara más la vida que el de la composición de la delegación oficial y la disposición de otro numeroso grupo de personas que no integraban la delegación, pero que querían estar presentes en los actos como *vips* y no mezclados con el pueblo llano de Dios. A diferencia de Washington, que sólo invitó a los embajadores a la toma de posesión de Obama, el Vaticano fue más generoso y permitió delegaciones de cinco personas si las presidía el jefe del Estado o de Gobierno y de tres personas en los demás supuestos. Ésa fue una decisión inamovible, y yo creo que un acierto. Evidentemente, al Gobierno le parecieron pocas, y me dio instrucciones para que tratara de ampliar ese número, cosa que intenté con ahínco pero sin ningún éxito. La Santa Sede no quería abrir esa caja de Pandora. Como me dijo mi colega francés, que afrontaba una situación similar: *«Ils sont même farouchement contraires à en considérer la possibilité»* (se oponen ferozmente a considerar la posibilidad), y es que el francés es un idioma precioso para decir estas cosas. Yo fui la primera víctima, como es natural, y me caí de una delegación que quedó integrada por los Reyes, el presidente Rodríguez Zapatero, el ministro de Exteriores Moratinos y el líder de la oposición, Mariano Rajoy, en una composición que me pareció impecable. Es la delegación de mayor nivel jamás enviada por nuestro país, y algo tuve que ver yo con que Rajoy entrara en ella, pues él me había llamado para pedirme que le facilitara una entrada para el funeral en la plaza de San Pedro «acorde con su proyección política». Yo lo hablé con Moratinos y le sugerí meterlo en la delegación oficial. A Curro le gustó la idea y se la vendió al presidente, quien la asumió con generosidad y llamó en persona a Rajoy para darle la noticia. Pero claro, otros se quedaron fuera: en particular, Sonsoles Espinosa, mujer de Rodríguez Zapatero, siempre muy discreta, pero que en este caso me dijeron que había preguntado por qué no podía ir ella si iba la mujer de Tony Blair. La respuesta es que Cherie Blair iba «en lugar de» otra persona y no «además de» otra persona, como pretendía el secretario general de la Presidencia, Nicolás Martínez-Fresno, que me telefoneó para sugerirme que le consiguiera una silla supletoria o que la coláramos de matute y luego, una vez en el corralito de las personalidades, ya se sentaría en algún sitio. Como es normal, me opuse a estos manejos impresentables e impropios de un país serio. Otros que se quedaron fuera fueron los ministros de Justicia, Juan Fernando López Aguilar, que se ocupaba de las relaciones con la Iglesia, y de Defensa, José Bono, cuyas funciones nada tenían que ver con la Iglesia pero que iba por la vida como el católico oficial del Gobierno de Rodríguez Zapatero, cosa que molestaba a Moratinos, también católico practicante. Ambos serían compensados con su inclusión, días más tarde, en la delegación oficial que se envió para asistir a las ceremonias de comienzo del pontificado de Benedicto XVI, y se quedaron contentos. Me negué a trasladar al Vaticano la chusca ocurrencia de un ministro que me telefoneó para pedirme que, por mi cuenta,

«apretara las sillas, y así poder sentar a siete personas en cinco asientos», con uno para él, como cabía esperar. Juro que quien me llamaba me lo decía con total seriedad, cualquier cosa antes que no poder asistir en primera fila y no salir en la tele. En España la religión no está de moda y a muchos políticos les parece que es cosa del pasado, pero nadie deseaba perderse el mayor acontecimiento mediático de la historia y, sobre todo y de ninguna manera, no estar y que otros estuvieran. Los estadounidenses llegaron a sacrificar uno de sus cinco asientos para incluir al escolta de Bush porque con la seguridad de su presidente no juegan..., aunque luego se les cuele el traductor al lenguaje de los sordos del funeral de Mandela.

El otro problema que me complicó la vida, y bastante, fue el de las personalidades que querían asistir al funeral, pero lo querían hacer en preferente, en clase *business*. Aunque el desclasamiento en España ha sido brutal en los últimos años, el tuteo se ha generalizado, alardeamos de igualitarismo y aquí no se ponen condecoraciones en el ojal como la cinta roja de la Legión de Honor francesa, ni mayúsculas tras el nombre (para indicar condecoraciones) como hacen en el Reino Unido, ni se usan títulos tan frecuentes en otras latitudes como doctor, ingeniero, *cavaliere*, etcétera, el nuestro es un país lleno de gente importante o que se lo cree, y hay que tener mucho cuidado porque, a la primera que falles, te puede empitonar alguien *importantioso* que se considere ninguneado. Y son infinitos. El Vaticano no había previsto nada al respecto, y fueron mis gestiones, junto con las de los colegas de Polonia, Bélgica y Francia, las que les hicieron ver que había un conflicto que necesitaba solución. Accedieron a asignarnos una veintena de asientos por país en un área reservada en la plaza de San Pedro, y en seguida pedimos cuarenta, que es lo que consideramos el mínimo imprescindible. Los conseguimos. La dificultad estribó entonces en la distribución de un bien que seguía siendo escaso, porque las solicitudes rebasaban con mucho las cuarenta plazas, y yo me quité el muerto de encima pasándoselo al subsecretario de Exteriores, Luis Calvo, so pretexto de la carga política que presentaba el asunto. La cosa coló y desde Madrid me dieron la lista de personalidades con derecho al codiciado asiento, que al final pudieron seguir la ceremonia desde un lugar de privilegio en la plaza gracias a los esfuerzos de mi compañero Rafael de Górgolas, consejero de la embajada, que estuvo en San Pedro desde las siete de la mañana vigilando nuestro corralito y peleando físicamente por cada silla que nos habían asignado y de las que otros querían apropiarse. Y cuando digo físicamente lo digo en sentido literal.

Todo esto coincidió con un divertido artículo que Elaine Sciolino escribió para *The New York Times* y *The International Herald Tribune*. Elaine es una vieja conocida mía que fue jefa del *bureau* de *The New York Times* en París y que había acudido a Roma a cubrir la muerte del Papa. Me telefoneó, almorzamos juntos y entablamos una charla desenfadada que nunca pensé que fuera a trasladar a un artículo que apareció, en ambos medios, el 7 de abril bajo el título *Spanish diplomat uses spy-chief skills* (diplomático español utiliza sus habilidades de jefe de espías), donde reflejó con mucho sentido del humor, a la americana, las dificultades logísticas a las que nos enfrentamos las embajadas ante la avalancha de gente que deseaba asistir a los funerales de Juan Pablo II, convertidos en el mayor acontecimiento de nuestro tiempo. Todo el mundo quería ser invitado, todo el mundo era muy importante y todo el mundo pedía un asiento en la plaza de San Pedro y habitaciones de hotel en Roma, dos cosas que simplemente era imposible encontrar aquellos días. Elaine concluía que yo me sentía como si estuviera viviendo el cuento de la

Cenicienta «tratando de encajar un pie enorme en un zapato diminuto».

Los Reyes, con su séquito, y el presidente Rodríguez Zapatero se alojaron en mi residencia: cualquiera puede imaginar sin esfuerzo el jaleo que para una casa, aunque sea una embajada, supone tener estos huéspedes, aunque justo es reconocer que la gran sencillez de los Reyes facilita mucho la tarea. La situación se complicó porque una reciente operación quirúrgica de mi mujer no le permitió estar conmigo en Roma y ocuparse de los mil detalles que sólo una mujer observa y sabe atender debidamente, aunque suene machista. Pilita contó con la inestimable ayuda de Luisa Carretero, mujer de Luis Belzuz, y la de la canciller, María Ángeles Tarrats, que se mataron para que todo estuviera impecable, y lo consiguieron. Son dos mujeres inteligentes y encantadoras, y su apoyo fue muy importante para mí en aquellos momentos. A diferencia de los países más avanzados de nuestro entorno, el Servicio Exterior de España no reconoce el trabajo de los cónyuges de los diplomáticos, que llevan a cabo una labor que es necesaria, silenciosa y gratuita, y ya es hora de que lo agradezcan y de que lo paguen.

#### CALVO-SOTELO PIDE MI DESTITUCIÓN

Se produjo entonces un incidente desagradable que tuvo como protagonista al expresidente Leopoldo Calvo-Sotelo porque, con todo el lío, se me olvidó que él iba a acudir temprano a la embajada para incorporarse al grupo de *vips* y viajar en el autocar que habíamos contratado y que los llevaría hasta la plaza de San Pedro. Ese día, o se iba en comitiva oficial con motoristas abriendo paso o no había garantía alguna de poder cruzar la ciudad para llegar al funeral. La Guardia Civil que vigilaba mi residencia no le reconoció, o él no se identificó, pero el caso es que no dejaron que subiera y esperase donde estaban los Reyes y el presidente del Gobierno, que a la sazón desayunaban conmigo. A Calvo-Sotelo le sentó muy mal la descortesía (llegaba con su esposa), y aunque Luis Belzuz bajó a buscarles en cuanto nos enteramos de lo que ocurría y yo salí en persona para presentarle mis excusas, él estaba muy excitado y no se calmaba. Al final, después de repetirle por enésima vez que lamentaba lo sucedido, le dije textualmente: «Presidente, te lo puedo decir más alto pero no más claro. Te pido disculpas y asumo la plena responsabilidad por el desaire que se te ha hecho. Lo lamento mucho». Él me contestó que eso no le parecía suficiente y que iba a pedir mi destitución inmediata al Rey y a Rodríguez Zapatero, cosa que hizo delante de mí, pero sin que ellos le prestaran la más mínima atención, pues se daban cuenta de la situación, del lío mayúsculo que había aquella mañana en la embajada y de lo alterado que estaba el expresidente. Debo decir que, aunque aquel día ya no tuvimos ocasión de hablarnos más, a las pocas semanas recibí una carta muy amable y educada donde don Leopoldo se disculpaba por el incidente causado. Me pareció un gesto muy elegante por su parte y se lo agradecí expresamente en otra carta donde daba por zanjado de forma definitiva el asunto.

Los funerales de Juan Pablo II se celebraron el 8 de abril con toda la pompa y el boato de que es capaz el Vaticano, que es mucha pompa y mucho boato. La ceremonia, de tres horas de duración y que ofició el cardenal Ratzinger como decano del Colegio Cardenalicio, fue tan impecable como vistosa.

## PONEOS DE ACUERDO

Antes de regresar a España, los Reyes ofrecieron una cena en mi residencia a la que asistieron José Luis Rodríguez Zapatero, Mariano Rajoy, Curro Moratinos y algunos de sus acompañantes. Rodríguez Zapatero y Rajoy no dejaron de soltarse pullas todo el rato, aunque el ambiente fue muy distendido y agradable, con el Rey encantado de acoger a Gobierno y oposición bajo el manto de la Corona en un contexto de tensión política grande, como venía siendo habitual en los últimos tiempos. Después de la cena, el Rey se los llevó a los dos a un aparte en el salón de Cardenales, donde me pidió que me incorporara yo también, para decirles que se pelearan lo que quisieran, pero que tuvieran la sensatez de ponerse de acuerdo en las dos o tres cuestiones importantes que tenía planteadas el país (mencionó, de manera específica, la estructura territorial del Estado, el terrorismo y la educación); además, les exigió que no usaran esos asuntos como armas arrojadizas en la pelea política. Estábamos solos los cuatro y recuerdo que ambos, Rodríguez Zapatero y Rajoy, bajaron la cabeza sin contestar mientras estudiaban con atención la punta de sus zapatos, en una actitud ciertamente no aterrorizada pero que de alguna forma no puede evitar que me recordase a la que el presidente mauritano Maaouya Taya me había contado dos años atrás que mostraban los ministros iraquíes delante de Sadam Huseín antes de que la coalición internacional le echara por la fuerza de Kuwait, que había invadido y ocupado ilegalmente. Y bien sé que se trata de dos situaciones muy diferentes entre sí. Pero a mi cabeza vino en aquel momento aquel recuerdo, que me hizo sonreír para adentro en medio de la seriedad y solemnidad del ambiente. Pero el mensaje pasó y allí vi al Rey ejerciendo esas funciones invisibles que le encomienda la Constitución. Años más tarde se lo recordé en una visita que le hice en el palacio de Marivent, de Mallorca, y le dije que, por discreción, nunca le había contado a nadie la escena de aquella noche en Roma. Entonces, con una carcajada, don Juan Carlos me respondió: «Pues cuéntalo, hombre, cuéntalo. ¿Para qué te crees que te pedí yo que te incorporaras aquella noche al grupo?».

Durante aquella misma cena, me impresionó la tendencia de Rodríguez Zapatero a infravalorar el hecho religioso, en general, y en España, en particular, como una reminiscencia propia de su pasado más oscuro. Creo que ese menosprecio de la importancia sociológica que todavía presenta la religión en España estuvo en la raíz de muchos de los problemas que su Gobierno tuvo con la Iglesia y con el Vaticano al principio de su mandato, que se podrían haber evitado con mayor sensibilidad y mano izquierda sin por ello renunciar a los objetivos que se habían trazado. En todo caso, a mí me encantó que en mi casa tuviera lugar una cena que enviaba una señal de civilización y de moderación a un país que necesitaba pasar la página y dejar atrás la gran crispación provocada por los terribles atentados del 11-M en Madrid.

## ZAPATERO NO SE ARRODILLA Y VÁZQUEZ QUIERE MI EMBAJADA

Recuerdo un par de anécdotas durante los funerales de Juan Pablo II: la primera se produjo



cuando la comitiva que presidían Sus Majestades fue a la basílica de San Pedro para rendir homenaje ante el cuerpo presente de Juan Pablo II. Nicolás Martínez-Fresno me había advertido que el presidente prefería quedarse en un segundo plano muy discreto, mientras los Reyes se arrodillaban y oraban ante el cadáver en un pequeño recinto acotado para personalidades. «Zapatero no se arrodilla», me había dicho Nicolás. Pues bien, una vez que los Reyes se habían postrado, y cuando ya nos retirábamos, la Reina cogió a Zapatero del brazo y le dijo: «¿Cómo, no va a pasar usted?». Y añadió dirigiéndose a Eduardo Martínez Somalo, que nos acompañaba: «Cardenal, haga el favor de dejar pasar al señor presidente, que quiere saludar al Papa». No estoy seguro de que fuera un gesto inocente. Y allí aproveché yo para acercarme también al féretro, junto a Rodríguez Zapatero, Rajoy y Moratinos. No nos arrodillamos, pero nos recogimos los cuatro, durante un par de minutos, frente al ataúd. La foto la publicó toda la prensa nacional al día siguiente.

La segunda anécdota se produjo durante el almuerzo posterior al funeral, que tuvo lugar en la embajada para los miembros de la delegación oficial y su séquito, y que hubo que ampliar porque a última hora se sumaron Pasqual Maragall, presidente de la Generalitat de Cataluña, y el alcalde de La Coruña, Paco Vázquez, que «pasaban por allí, vieron luz arriba y subieron». El Rey bromeó entonces diciendo que no sabía muy bien por qué había que hacer un cónclave si allí estaba Paco Vázquez, «que tiene una cara de *papable* que tira de espaldas», y entre risas generalizadas Paco contestó que él no quería ser Papa, sino que se conformaría con ser embajador ante la Santa Sede. Tuve que intervenir para recordarle que una cosa era que le dejara colarse en la mesa y otra que pretendiera moverme la silla, que, por si acaso, tenía bien agarrada, a la vista de cómo se las gastaban algunos comensales. Echamos más risas y, cuando ya estábamos a punto de terminar el almuerzo, oímos gritos que llegaban desde la plaza, y yo, sentado a la izquierda del Rey, le animé a asomarse con la Reina al balcón para saludar al grupo de personas que los vitoreaban y que eran mucho más amables que los que se manifestaron en el año 1976 bajo las torres del hotel Waldorf Astoria de Nueva York. En aquella ocasión yo era un joven diplomático con la misión de recibir a las visitas en la puerta de la suite real, cuando ésta se abrió y el Rey se asomó para pedirme que bajara a la calle a ver qué rayos chillaban unas personas que daban vueltas en la acera con pancartas y pitos, entre fuertes medidas de seguridad. Como siempre pasa en Estados Unidos, había más policías que manifestantes. Bajé y me encontré a una docena de personas que distribuían unas hojas donde se leía lo mismo que cantaban rítmicamente: «*Down, down, down with the fascist king*». Así que subí y se lo conté con naturalidad al Rey: «Señor, dicen que abajo el Rey fascista y reparten estas octavillas». «Vaya por Dios», fue su lacónica respuesta, y ésta debió de ser mi primera conversación con don Juan Carlos. Recordé entonces aquella situación entre las risas de los comensales y del propio Rey, y luego los Reyes se asomaron al balcón de la embajada, desde donde saludaron a los manifestantes, cuyas ovaciones redoblaron con el entusiasmo. Más tarde, ya puestos, aplaudieron a Rajoy y silbaron a Rodríguez Zapatero, pues se ve que el primero contaba con muchos más partidarios entre los asistentes al funeral del Papa.

Mi mujer Pilita no había podido viajar a Roma para los funerales, aunque una ligera mejoría le permitió estar presente unos días más tarde en la entronización del nuevo pontífice. Quiero recordar aquí dos detalles de afecto de los Reyes que no olvidaré y que tienen que ver con este asunto. El primero fue de la Reina, que la llamó por teléfono tan pronto como regresamos del funeral para comentarlo todo con ella: el acto, el protocolo, quién había, los vestidos, los peinados...; estuvieron hablando más de veinte minutos. El otro estuvo relacionado con el ofrecimiento, hecho sobre la marcha por el Rey, para que regresara a Madrid en su avión y le diera una sorpresa a mi mujer, que naturalmente no me esperaba. No había plazas libres en el pequeño Falcon, pero mi viejo amigo y compañero de los tiempos de Rabat Juan González-Cebrián, director de medios en la Zarzuela, me cedió su sitio (otro gesto inolvidable) y él regresó a Madrid ese mismo día, pero algo más tarde, en avión de línea. En medio de todo aquel follón, me emocionaron y me siguen emocionando años después estos cariñosos gestos por parte de nuestros Reyes.

#### EL CÓNCLAVE Y SUS FUMATAS

Volví a Roma antes de que comenzara el cónclave que elegiría nuevo Papa. El cónclave es, con toda seguridad, el proceso electoral más antiguo, más elitista, más secreto y más esotérico del mundo, y, paradójicamente, el que mayor interés despierta en los medios de comunicación del planeta. Éste reunió a 115 cardenales de 52 países para elegir al 264 sucesor de san Pedro. Todos los días había dos votaciones por la mañana y dos por la tarde, salvo el primero, en el que sólo hubo una. Para resultar elegido, se precisaban dos tercios de los votos (77) en las treinta primeras votaciones, y después bastaba la mayoría simple. Juan Pablo I fue elegido en la cuarta votación, mientras que Juan Pablo II había necesitado ocho. En esta ocasión no se deseaba un cónclave largo porque podría difundir una imagen de desunión, pero tampoco corto, para no dar la impresión de que todo estaba precocinado. A la hora de votar, los cardenales iban a tener en cuenta cuestiones como la dialéctica entre centralismo y colegialidad; cómo llevar la fe al corazón de un mundo que se aleja de la Iglesia; el papel de los laicos; el diálogo ecuménico con los musulmanes; la sexualidad; la pobreza y los retos de la globalización; los avances de la biogenética; la aproximación a los hermanos cristianos..., y algún otro más. Esta lista la compuse tras hablar con varios cardenales, y en estos temas coincidían casi todos, aunque discrepaban en el orden de importancia que atribuían a cada uno.

La verdad es que esto del cónclave tiene su encanto, con su vieja chimenea tipo Mary Poppins que escupe un humo que a mí me parecía de color indefinible, ni blanco ni negro, y que sume en la confusión a cuantos lo miran. Yo confieso que era incapaz de decir si aquello que salía era *fumata bianca* o *fumata nera* hasta que me lo aclaraba la televisión. Pero me parece que, en la época de internet y de la revolución de la información, tiene su encanto transmitir noticias como los indios de las praderas de Norteamérica o como los vigías medievales que anunciaban con hogueras la llegada de velas sospechosas a las costas mallorquinas. En este cónclave, nadie esperaba una

reunión larga, aunque por vez primera los purpurados iban a gozar de ciertas comodidades en la nueva residencia Santa Marta, situada en el interior del recinto del Vaticano, y no como sucedió en aquel cónclave medieval de Viterbo, cuando los vecinos, hartos de pagar una reunión que ya duraba tres años (1268-1271), retiraron los alimentos a los cardenales y, como seguían sin ponerse de acuerdo, acabaron quitándoles también el techo del edificio en el que se encontraban. Parece que al final captaron la indirecta y eligieron Papa a Gregorio X.

A diferencia de Viterbo, la reunión de 2005 fue muy corta, y a la octava votación salió elegido el cardenal Joseph Ratzinger, de setenta y ocho años. Por definición, las deliberaciones son secretas, pero se pudo saber que desde el primer momento se enfrentaron dentro de la Capilla Sixtina dos grupos de cardenales: el más conservador favorecía a Ratzinger, que partía con ventaja, pues era el decano del Colegio Cardenalicio, presidía la Congregación General de la Doctrina de la Fe, y había celebrado el solemne funeral por Juan Pablo II y también la misa *pro eligendo Papa* en el mismo momento de comenzar el cónclave. Pero tanto poder también le daba enemigos, y el grupo progresista (con todos los matices que esta palabra necesita en el mundo de la Curia vaticana) defendía la candidatura del jesuita Carlo Maria Martini, que vivía retirado en Jerusalén. En mi opinión, la enfermedad de Martini (Parkinson) hacía difícil que pudiera resultar escogido, a pesar de sus muchos méritos y de su innegable atractivo personal, pues en su testamento vital dejó escritos comentarios como: «La Iglesia está cansada, en Europa y en América. Nuestras iglesias son grandes, nuestros conventos están vacíos y la burocracia de la Iglesia aumenta. Nuestros rituales y nuestra ropa son pomposos». Sus ideas tendrían que esperar a la llegada del papa Francisco, otro jesuita, para empezar a ponerse en práctica. Pero al votar a Martini, se impedía la elección de Ratzinger y se favorecía una solución de compromiso en un cardenal italiano como Angelo Sodano, Camilo Ruini o Diogini Tettamanzi, que es lo que muchos querían tras haber tenido un Papa polaco que había durado la friolera de veintisiete años. Pero éstos presentaban un problema también muy italiano, y es que estaban divididos entre sí, lo que disminuía de forma drástica sus posibilidades. En todo caso, estas maniobras fracasaron porque Martini retiró su candidatura después de seis votaciones alegando que no se sentía con fuerzas para asumir las altas responsabilidades que acompañan al papado, y, de hecho, falleció unos años más tarde, en 2012. Su retirada dejó vía libre a la candidatura de Ratzinger, que fue entonces elegido sin oposición, poniendo de relieve que la elección de un Papa italiano es algo que cada vez se complica más porque la relación de fuerzas se está transformando con mucha rapidez: si antes los cardenales electores eran casi todos italianos, en este cónclave habría sido posible escoger a un Papa por mayoría de dos tercios sin sumar ningún voto italiano. Nunca antes en la historia se había dado este caso. Por si acaso, yo me había curado en salud y había enviado un telegrama al Ministerio en el que advertía que si no se votaba a un Papa italiano, éstos se reservarían el control de la Curia, imponiendo un secretario de Estado que sí lo fuera. Así sucedió. Benedicto XVI confirmó, en un principio, a Angelo Sodano, y luego lo sustituyó con Tarcisio Bertone. Cuando escribo estas líneas, el Papa es el argentino Francisco, y su secretario de Estado el italiano Pietro Parolin. A pesar de los cambios, hay cosas que no se modifican o que lo hacen más despacio.

IT'S A BOY!

Estuve en la plaza de San Pedro cuando se proclamó el *Habemus Papam* desde la ventana central de la basílica, y otra vez me pareció encantador el método de dar a conocer una noticia, en plena era espacial, con el cardenal Tauran gritando su nombre asomado al balcón mientras los demás cardenales se dejaban ver en los ventanales próximos y desde lejos parecían macetas de geranios con sus rojas vestimentas al viento. Creo que fue *The New York Times* que publicó un chiste donde se veía al cardenal francés con los brazos abiertos en el balcón mientras gritaba: «*It's a boy!*». Me hizo mucha gracia, aunque no sé si se la haría al Vaticano, que son muy serios para estas cosas. Cuando se anunció el nombre de Ratzinger, se pudo observar una gran decepción entre los numerosísimos italianos que abarrotaban la plaza, algunos de los cuales se marcharon a casa malhumorados murmurando: «*Porca miseria, un tedesco!*». No me lo invento, lo oí, y no eran pocos los que lo decían.

#### RELATIVISMO MORAL

Había conocido al cardenal Ratzinger durante las visitas que hacía con regularidad a los cardenales más importantes de la Curia. Era el prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, cuya principal misión reside en preservar el dogma, y me citó en el amplio piso donde vivía, situado en una bocacalle de la vía de la Cociliacione. La entrevista no empezó bien porque me equivoqué y llegué tarde a la cita, lo que me dejó bastante corrido porque presumo de ser muy puntual. Yo llevaba poco tiempo en Roma y estudiaba italiano todos los días, pero todavía no me sentía cómodo en ese idioma y nuestra conversación se desarrolló en inglés. Cuando me senté, después de las habituales cortesías, le pregunté con una sonrisa cuál era su mayor preocupación como «gran inquisidor», y añadí que esperaba que no le molestase que lo llamara así. Sonrió y me comentó que esos tiempos habían pasado y que personalmente no se veía en absoluto como tal. Luego se puso serio y me dijo: «¿Me permite que piense la respuesta a su pregunta?», y, sin esperar mi reacción, apoyó la frente en la mano izquierda y se quedó en esa postura durante lo que a mí me pareció una eternidad, hasta el punto de pensar que se había molestado con la pregunta, y además reconocí que no le faltaban motivos entre el plantón que le había dado y el haberlo llamado inquisidor. Pero me equivocaba. Cuando volvió en sí, por así decirlo, me habló de forma pausada mientras me miraba fijamente con sus ojos pequeños y vivaces, pues Ratzinger, tímido ante las multitudes, es muy cordial en privado. Entonces profirió: «Mire, embajador, lo que de verdad me preocupa es el relativismo moral». Y yo, que soy a veces impulsivo y no sé estarme callado cuando debería hacerlo, lo interrumpí para decirle que, si eso era un problema, lo sería de la vieja Europa, porque ciertamente el fenómeno no se daba en América, y menos aún en África o Asia. Concordó conmigo y añadió: «Pero usted, como español, sabe muy bien que Europa sigue ejerciendo una influencia muy grande en el mundo y, en particular, en lugares como América Latina. Por eso, lo que ocurre en Europa importa y mucho, y Europa hoy se está desarmando

moralmente ante otras culturas más militantes como el islam. En nombre de la tolerancia, que puede ser un valor positivo para muchas cosas, se acepta todo, y si todo se acepta, ya nada vale porque la tolerancia sin un sólido respaldo axiológico conduce al desarme moral». Acto seguido, se detuvo un momento, para reflexionar, y continuó: «Yo pienso que el cristianismo de masas es algo que ya ha pasado en Europa, que pertenece a la historia del continente, y ahora las pequeñas comunidades de creyentes tienen la responsabilidad de actuar con su ejemplo como granos de levadura». Me impresionaron su rigor conceptual, su claridad de ideas y su capacidad para expresarlas con sencillez. En el camino de regreso a la embajada, mientras Carmelo, el chófer, conducía esquivando a otros vehículos «a la romana», yo tomaba nota de las palabras del cardenal que luego fue Papa en una hoja que apoyaba sobre mis rodillas, porque no quería olvidarlas, y creo haberlas transcrito ahora con precisión. Estaba claro que no iba a haber flexibilidad por parte de Benedicto XVI en esto del relativismo.

#### OTRA VEZ EL LÍO DE LA DELEGACIÓN

Para mí y mis compañeros de la embajada, el fin del cónclave suponía que, en un breve plazo, se celebraría en el Vaticano la solemne ceremonia del inicio del pontificado de Benedicto XVI, con la reanudación de todos los problemas que habíamos tenido que afrontar cuando el funeral de Juan Pablo II. Otra vez se nos dieron cinco plazas por delegación oficial y otra vez parecieron insuficientes en Madrid. Los Reyes deseaban asistir a la entronización del nuevo Papa (fueron los únicos jefes de Estado que repitieron después de haber estado en el funeral), y parece ser que, ante esta situación de partida, la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega quiso evitar las presiones, las dudas y las peleas: cogió el toro por los cuernos y determinó, por sí y ante sí, que integraran la delegación los Reyes y los ministros de Asuntos Exteriores, Justicia y Defensa. No era una mala decisión, pues Moratinos y López Aguilar tienen competencias en relación con el Vaticano y la Iglesia española, y Bono, aunque como ministro de Defensa no tenía absolutamente nada que ver, ya se había llevado un disgusto monumental al no asistir al funeral, y nadie quería provocarle otro berrinche. Nadie, salvo el Rey, que decidió que la delegación no le gustaba porque no estaba en ella el embajador de España ante la Santa Sede y decía que eso iba contra la tradición. Me dijo personalmente por teléfono que ya había pasado por dejarme fuera de la delegación oficial en el funeral, pero no quería repetir el error porque eso crearía un precedente que había que evitar. A mi modo de ver, lo que de verdad sucedía es que el Rey estaba molesto porque nadie había tenido la cortesía de consultarle sobre la composición de una delegación que él presidía. El conflicto estaba servido, y yo, sin comerlo ni beberlo, me veía metido en el ojo del huracán, de donde como mínimo iba a salir despeinado. Nadie se atrevía a decírselo a Bono. Se veía el desasosiego de Moratinos y la alarma del subsecretario Calvo: «Por amor de Dios, encuentra una solución, la que sea pero que funcione». Pero no la había y los nervios aumentaban, incluidos los míos, hasta que se me ocurrió una idea, que fue llamar al jefe de la Casa del Rey, Alberto Aza, y decirle que, como Pilita, mi mujer, se encontraba esos días algo mejor de su grave dolencia e iba a poder asistir a la ceremonia, yo prefería estar con ella en el espacio reservado en

la plaza de San Pedro para el cuerpo diplomático. Era una buena salida porque nadie perdía la cara y el asunto se arreglaba: Bono podía estar presente entre los poderosos de este mundo y yo acompañaba a mi esposa, ya muy frágil, al tiempo que alejaba mi trasero de las potenciales patadas de unos y otros. La propuesta fue aceptada por el Rey y acogida con enorme alivio por todos los demás, aunque ignoro si José Bono se enteró alguna vez de estas maniobras.

## EL CONGRESO APRUEBA EL MATRIMONIO GAY

Los preparativos marchaban razonablemente bien cuando al Congreso de los Diputados no se le ocurrió nada mejor que aprobar el proyecto de ley que autorizaba la celebración de matrimonios entre personas del mismo sexo, una medida de gran trascendencia política en España, pero que a dos días de la investidura del nuevo Papa cayó como una bomba en el Vaticano, donde no hubo forma de convencer a nadie de que aquello no era, en modo alguno, intencionado, que nadie quería darle una bofetada al Papa, sino que era más bien consecuencia de la tradicional desorganización nacional, que con frecuencia me recuerda al refrán mallorquín que dice: «*Ésser com es calàpats, que només veuen allà on boten*» (Ser como los sapos, que sólo ven allí donde saltan). Mi problema como embajador ante la Santa Sede era que en Roma nadie podía creer que aquello no fuera algo pensado desde el Gobierno español y premeditado con alevosía para fastidiarles la ceremonia de investidura. El cardenal Alfonso López Trujillo, presidente del Pontificio Consejo para la Familia, dijo en unas declaraciones al *Corriere della Sera*: «Lo que está ocurriendo en España, por lo demás con una mayoría bastante exigua, es la destrucción de la familia ladrillo a ladrillo», y luego hablaba de una «ley inhumana e inicua» y de una «grandísima iniquidad». En otras declaraciones al diario *El Mundo* decía que los políticos y los fieles católicos debían ejercer «su derecho humano y su deber moral de la objeción de conciencia, arriesgando incluso sus puestos de trabajo». En España, monseñor Cañizares repetía que la ley era «inicua» y en que «no es el momento de callar». El diario oficial vaticano *L'Osservatore Romano* era algo más moderado y se refería a la «alarma en las comunidades religiosas, no sólo católicas, y en amplios sectores de la sociedad civil»; elogiaba, a continuación, un documento elaborado por representantes de las Iglesias católica, ortodoxa, evangélica y hebraica que afirmaba que los derechos personales de los homosexuales «no deberían influir en la esencia y en la identidad del matrimonio». Lo que más les molestaba es que se llamara «matrimonio» a las uniones gays.

## UNA CENA PARA NO OLVIDAR

Cuando desde la embajada puse el grito en el cielo no por el fondo, que era una decisión de la soberanía nacional, sino por la fecha elegida y por no haberme advertido antes, de forma que hubiera podido preparar el terreno y amortiguar el golpe, en Madrid parecieron darse cuenta por vez primera del desaguisado que habían cometido. El caso es que, como a nadie se le había ocurrido que quizá fuera oportuno advertir al embajador en el Vaticano de una importantísima

medida legislativa que seguro que iba a molestar, y mucho, a la Santa Sede, yo había organizado una cena en mi residencia bajo la presidencia de los Reyes; tendría lugar el sábado día 23 de abril, día de san Jorge, víspera del inicio del nuevo pontificado y un día después de la decisión del Congreso. No podía ser peor momento. Una cena a la que también había invitado a los seis cardenales españoles que habían participado en el cónclave y a una decena de obispos y arzobispos. Todos ellos estuvieron a punto de dejarnos plantados a última hora para mostrar su desagrado por el matrimonio gay. Hubiera sido un soberano escándalo. Si al final acudieron, fue por no hacer un feo a los Reyes, como me contaron luego fuentes informales, pero habitualmente bien informadas, del Vaticano, que añadieron que había sentado especialmente mal que el ministro de Justicia, promotor de la ley, formara parte de la delegación oficial. A la cena también asistieron Miguel Ángel Moratinos, José Bono y una representación del Partido Popular que había viajado a Roma por su cuenta, y que Zarzuela decidió invitar sobre la marcha al enterarse de su presencia en Roma: Mariano Rajoy, Ángel Acebes, Eduardo Zaplana y Jorge Fernández Díaz, que insistieron en acudir con sus esposas (la Reina asistía y mi mujer también, pero los ministros del Gobierno habían viajado solos y, como es obvio, el resto de los comensales eran célibes), y encima, «los populares» llegaron con media hora de retraso.

La tensión podía cortarse con un cuchillo: mientras el cardenal Carlos Amigo, franciscano al fin y al cabo, departía amistosamente con los ministros socialistas, el cardenal Julián Herranz, del Opus Dei, le espetaba de entrada a López Aguilar que no sabía si darle la mano en público para que nadie pudiera interpretar que estaba de acuerdo con sus ideas. Por su parte, los ministros estaban molestos porque la Zarzuela había invitado a los miembros del Partido Popular, y decían que si éstos hubieran estado en el Gobierno, no les habrían invitado a ellos. Eso sí, todo entre susurros, como convenía a la decoración de sedas y damascos del palacio de España, y sin malos gestos o palabras más altas que otras. Pero la procesión (nunca mejor dicho) iba por dentro y la tensión se mascaba en el ambiente. Al único al que se veía encantado era al Rey, feliz de reunir en su mesa al Gobierno con la oposición y con la Iglesia.

Mi mujer, Pilar, había preparado un estupendo menú a base de pastel de siete verduras con salsa de setas, crepes de marisco y biscuit helado de higos con salsa de nueces, todo ello regado con Sumarroca blanco de 2003, Marqués de Riscal reserva de 1999 y Málaga virgen. El viejo protocolo de la Santa Sede, que rige estas cuestiones desde tiempo inmemorial, se puso en marcha para la ocasión. Los cardenales son príncipes de la Iglesia, y siempre que visitan la embajada deben ser esperados en el *androne* (junto a la entrada de carruajes) por un criado que los acompaña uno a uno por la escalinata principal hasta llegar al gran zaguán de entrada, donde debe haber dos antorchas o grandes cirios encendidos. Allí son recibidos por el embajador. Luego, en la mesa, los cardenales tienen derecho a sillones rojos, iguales que los que usan el Rey y la Reina y diferentes de las sillas de los demás comensales. Y, además, han de servirlos a todos al mismo tiempo, lo que exige disponer de un sirviente y de una fuente de comida detrás de cada uno (y otros detrás de los Reyes, que no van a ser menos), y aquella noche los cardenales asistentes eran seis. No me pregunten por qué, pero así es el protocolo vaticano, así se hacen las cosas desde un tiempo inmemorial, así me lo encontré cuando llegué, así lo respeté durante la temporada que viví en el palacio de España y así se lo dejé a mi sucesor. Es lo más parecido que he visto en la vida

real a la teleserie de *Downton Abbey*, pero debo de tener algo de inglés porque me gusta respetar las tradiciones que no hacen daño a nadie, y por eso, por ejemplo, lamentaría que se quitasen los tricornos a la Guardia Civil. Yo le había advertido a Eduardo Martínez-Somalo, cardenal camarlengo y el de más categoría entre los invitados, que el Rey diría a los postres unas palabras muy breves, de simple salutación, y luego brindaría por el éxito del pontificado que comenzaba. Se lo comenté a la vista del ambiente existente y por si le parecía oportuno responder, a su vez, con unas palabras igual de breves; le insistí varias veces en lo de breves y meramente protocolarias.

El primer sobresalto fue que el Rey decidió hacer el brindis al principio y no al final de la cena, como se había previsto inicialmente, con lo que Pilar tuvo que sacar corriendo cava y copas, pues el vino de Málaga no iba con el momento elegido. Menos mal que contábamos con bastantes botellas en la nevera, no nos fuera a suceder como en aquella ocurrencia de Groucho Marx, cuando «agradeció» una invitación a cenar diciendo: «Señora, si la sopa hubiera estado tan caliente como el champán, su cena habría sido deliciosa». Pero eso no fue lo malo; lo malo fue que, en cuanto el Rey terminó su brevísimo parlamento, de dos minutos, que se había desarrollado de acuerdo con lo anticipado para desear lo mejor al nuevo Papa, se levantó Martínez-Somalo y sacó de su bolsillo tres hojas cuadriculadas y arrugadas, arrancadas de un cuaderno de espiral y escritas a mano con letra pequeña, y se dispuso a leerlas con la mayor parsimonia del mundo, hablando del derecho natural como previo y por encima del positivo y de «la unidad católica» de España. Yo no me lo podía creer después de todo lo que le había advertido. Era el principio de la venganza de la Curia. A López Aguilar un color se le iba y otro se le venía mientras hundía de manera progresiva el mentón en el plato, hasta que no fue posible seguir viéndole el rostro, que se había quedado en un plano horizontal con el mantel de hilo que cubría la mesa. Los del Partido Popular estaban encantados, se les notaba en la cara, con la dura e inoportuna reprimenda al Gobierno, y los del PSOE, doblemente corridos y muy molestos tanto por la bronca en sí como por el hecho de que la presenciaran Rajoy y compañía. Los cardenales y obispos se quedaron satisfechos de no haber boicoteado la cena y de haber obligado a los comensales a escuchar sus puntos de vista. Tenía sentado enfrente de mí al Rey, y su expresión era todo un poema, entre compungido y travieso, como diciendo «vaya la que se está liando aquí».

Pero los problemas de la noche no habían terminado: noté que tardaban más de lo usual en servirnos, lo que no se justificaba porque fuéramos cuarenta personas las que estábamos en torno a la mesa en el comedor de gala de la embajada, pues con mucha frecuencia recibíamos Pilita y yo a un número similar de comensales sin que se produjeran incidentes. Lo peor fue que la luz comenzó a descender hasta dejarnos casi a oscuras porque saltaban los plomos de la instalación eléctrica del viejo palacio debido a que había muchas lámparas de araña encendidas, los hornos de la cocina a todo meter y, además —aunque esto no lo sabíamos entonces—, la Reina había dejado unos aparatos muy potentes de peluquería enchufados en su dormitorio. La consecuencia era doble: lentitud en el servicio y bajada de la luz. El Rey me decía que no podía leer el menú, y yo le contestaba que mi mujer, que estaba sentada a su lado, se lo explicaría. Menos mal que, previsores y experimentados como éramos, sobre todo la canciller María Ángeles Tarrats, teníamos un par de electricistas de guardia toda la noche, y ellos evitaron que acabáramos la cena



en una *trattoria* del Trastevere. Como me dijo luego Alberto Aza, «No te preocupes, Jorge: había aquí tantas guerras subterráneas esta noche que nadie se ha enterado ni de lo que ha cenado». Creo que tenía razón, y eso que Pilita se había esmerado en la cocina, como he indicado antes.

#### LA REINA VISTE DE BLANCO

La mañana del domingo 24 de abril fue la gran ceremonia en la basílica de San Pedro, con una plaza llena a rebosar, aunque no hubiera tanta gente como el día del funeral de Juan Pablo II. Debo decir que gustó la homilía de Benedicto XVI en contraste con el desencanto inicial de un nombramiento que muchos, entre los que me incluyo, consideramos en excesivo conservador. La Curia del Vaticano dispone de una gran experiencia, y eso se nota en la belleza formal de la liturgia y en el preciso desarrollo de los actos que organizan, y por eso no se cansa uno en ellos pese a su extraordinaria duración. Ésta no fue una excepción, aunque el Rey no paraba de protestar porque la archiduquesa de Luxemburgo había vestido de blanco en esa ocasión; «algo reservado para las reinas de España en el protocolo vaticano», repetía. Curiosamente, no le había molestado que también fuera de blanco la reina Fabiola de los belgas, que era Reina española, pero no reina de España. Investigué el asunto en los archivos de la embajada, a petición de Jaime Peñafiel, que no estaba seguro de si éste era un privilegio de las reinas de España, como afirmaba el Rey, o de las reinas católicas, y no encontré nada al respecto, aunque el propio Peñafiel me contó que, según un monseñor de la Curia, podía tratarse de un privilegio concedido por León XIII a la reina Victoria Eugenia. Otra versión sostiene que fue una dispensa otorgada por Pío VI o Pío VII a María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV. La duda persiste, y yo no he investigado más el asunto, aunque don Juan Carlos parecía tenerlo muy claro.

#### NO HAY FOTO PARA LOS MINISTROS

El jefe de protocolo vaticano me había dicho que al final de la misa el Santo Padre saludaría a los jefes de Estado y de Gobierno que lo desearan, quedando a la discreción de éstos que también saludara a los demás miembros de su delegación. Los gentilhombres del Papa —por lo general, miembros de viejas familias romanas que realizan labores protocolarias— debían de tener instrucciones, porque trataron de impedir que se acercaran al pontífice nuestros tres ministros, si bien ellos se pusieron en plan aguerrido y lograron cruzar todas las barreras a base de empujones. Aun así, no lograron la ansiada foto con Benedicto XVI porque los fotógrafos oficiales del Vaticano, los únicos autorizados a tomar fotografías dentro de la basílica, también debieron de haber recibido indicaciones para que no captaran imágenes de su presencia junto al Papa. El Vaticano no quiso hacer este regalo a los miembros de un Gobierno que apenas dos días antes había legalizado las bodas gays, y esto les dejó muy cabreados. También años atrás se había velado misteriosamente la película televisiva que recogía un saludo al Papa del *president* catalán Jordi Pujol, que algo habría hecho para incurrir en el disgusto de la Santa Sede.

## BENEDICTO XVI Y ESPAÑA

Cuando algún tiempo después Benedicto XVI visitó al presidente Ciampi en el palacio del Quirinal, que había sido residencia papal hasta la reunificación italiana en 1870, pronunció un discurso donde señaló como las prioridades de su pontificado, por este orden: «la tutela de la familia fundada sobre el matrimonio [...] que debe ser defendida de todo ataque que tienda a minar su solidez y a poner en duda su misma existencia»; «la defensa de la vida humana [...] bien primario, presupuesto de todos los demás y que por ello debe ser respetada desde su inicio hasta su término»; y, al final, el derecho de los padres a una elección educativa libre para sus hijos y sin penalizaciones económicas. No es que esperase otra cosa, porque la Iglesia es como un gran transatlántico que no vira con facilidad: piensa, actúa y legisla con una perspectiva mundial y de siglos, y además este Papa era muy conservador. Pero se trataba de un discurso que anunciaba más problemas en el horizonte inmediato de las relaciones con España.

El ambiente, como se ve, no estaba para bromas. La irritación del Vaticano con nosotros era grande, y yo aproveché para realizar unas largas declaraciones a la revista *Vida Nueva* (14 de mayo) donde reconocía que, si bien continuábamos sin lograr normalizar las relaciones, una parte de mi labor consistía en «explicar en Madrid cuáles son las razones profundas de la posición de la Santa Sede en estas cuestiones, que a veces no se entienden, en explicar aquí en el Vaticano por qué el Gobierno está haciendo lo que está haciendo [...] ésta es la labor del embajador: tratar de limar asperezas y tratar de buscar un ambiente sosegado y al margen del griterío de los medios de comunicación para buscar terrenos de entendimiento». Y añadía: «Ha habido posiciones discordantes, posiciones de fondo diferentes, pero esto es legítimo en toda relación. Lo importante es estar dispuesto a tratar los temas con una voluntad de llegar al entendimiento, con respeto hacia las posiciones del otro». Estas declaraciones gustaron mucho en la Curia, y recibí muchas cartas de felicitación, entre las que había algunas de cardenales tan significados como Paul Poupard, Antonio María Javierre y del mismo Julián Herranz, unos de los más beligerantes en su denuncia del Gobierno español.

Un hecho positivo había sido la elección de monseñor Ricardo Blázquez como presidente de la Conferencia Episcopal poco antes de morir Juan Pablo, II ya que eso permitiría desbloquear la Mesa de Diálogo con el Gobierno, acordada durante la estancia de Rodríguez Zapatero en Roma. Cuando el obispo Blázquez me visitó en la embajada, justo después de su nombramiento, me dejó muy clara su voluntad de llegar a lo que llamó un «acuerdo razonable» en materia de enseñanza de religión como su gran prioridad. Vino acompañado de su flamante vicepresidente, monseñor Cañizares, que no abrió la boca en toda la cena, a pesar de ser un hombre locuaz, y yo aquel día saqué la impresión de que, aunque nadie lo dijera en público, la Iglesia se veía forzada a reconocer, con gran pragmatismo, la realidad del matrimonio gay, que había sido el gran conflicto de los primeros tiempos de mi embajada en Roma y que lo daba por asumido, sin que por eso le gustara lo más mínimo, como mostró con las vigilias de velas e insultos ante mi embajada de la *piazza di Spagna* o con la gran manifestación que tuvo lugar en Madrid el 18 de julio. Pero esa

misma manifestación puso de relieve divisiones entre los obispos (unos habían participado y otros no) y alertó al Vaticano sobre el peligro de una polarización política en España que alineara a la Iglesia con el Partido Popular, algo no deseable tras los problemas que eso le había causado cuando se desmoronó la Democracia Cristiana en Italia.

Pasábamos, pues, esa página que tanto había desgastado la relación bilateral mientras otro miura asomaba ya por el horizonte: el debate sobre la nueva ley de Educación y la intención de la Iglesia de «mover la calle» en contra del proyecto gubernamental. Así se lo conté a Moratinos, y eso sin duda influyó en la decisión de la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega de asumir, a partir de aquel momento, la coordinación de las relaciones con la Santa Sede, que tanta falta hacía para evitar meteduras de pata, como había ocurrido con la adopción de la ley de matrimonios entre gentes del mismo sexo en vísperas de la coronación del nuevo Papa. Además de coordinar, la vicepresidenta quiso reunirse con monseñor Blázquez y con el obispo de Pamplona, Fernando Sebastián, un hombre de ideas abiertas. A ese encuentro asistió también el ministro de Justicia, y en él se determinó que había llegado la hora de empezar a hablar de nuevo con voluntad de llegar acuerdos. La negociación se desarrolló, pues, en Madrid y no en Roma. Si el Gobierno pensó que podía jugar a su favor con las divisiones que había en la Conferencia Episcopal, se equivocó, pues ésta estaba unida en cuestiones de principio, aunque los obispos pudieran disentir en cuestiones tácticas.

En septiembre logré que el nuevo Papa recibiera a sus majestades los Reyes, que deseaban conocerlo en persona, más allá del corto saludo que habían intercambiado en la basílica de San Pedro el día de su solemne entronización. Se suscitaron algunas dudas en el Vaticano sobre la oportunidad de la visita en el contexto de la difícil relación que existía con España, pero prevaleció el sabio criterio de la Iglesia, que tan bien le ha ido a lo largo de los siglos, de no pensar y actuar sólo en términos de actualidad, sino también en términos de eternidad. Y, en ese plano, está claro que la visita de los Reyes encontraba su justificación, pues la Corona representa precisamente esa continuidad; además, el Vaticano era lo bastante sofisticado como para distinguir entre la Corona y el Gobierno, y también muy consciente de que, a pesar de todas las desavenencias, España y la Santa Sede iban a seguir manteniendo estrechas relaciones en el futuro, como había sucedido a lo largo de los últimos quinientos años. A eso se le llama pragmatismo. *La Stampa* dijo que esa visita «pone fin al castigo» al que la Santa Sede había sometido a España y afirmó que yo había tenido que «trabajar mucho para organizarla». No fue para tanto. El encuentro fue en Castel Gandolfo el 5 de septiembre, un día precioso; la entrevista resultó muy cordial, como no podía ser de otra manera: el Rey habló un poco de italiano y la Reina en alemán con el Papa *tedesco*, y éste se animó con algo de castellano al final de la reunión. Luego, en uno de sus impulsos característicos, el Rey tomó del brazo a mi mujer, hizo que se acercara al Papa y le dijo a éste que rezara por ella porque estaba muy enferma y lo necesitaba. Tengo una bonita fotografía de los tres en ese preciso momento.

Pocas semanas después, el 29 de octubre, el Vaticano beatificó, sin la presencia del Papa y con baja representación española, a un grupo de sacerdotes catalanes y a una monja mallorquina asesinados en el bando republicano durante la Guerra Civil: Josep Tàpies, Silvestre Arnau, Pasqual Araguas, Pere Martret, Francesc Castells, Josep-Joan Perot, Josep Boher y María de los Ángeles Ginard Martí. No era la primera vez que asistía a beatificaciones, pues me había estrenado un año antes en la campa de Loreto, en Ancona, con la del padre Pere Tarrés, a la que asistieron Jordi Pujol, José Bono y el cardenal Carles; presidida por el propio Juan Pablo II, había sido curioso ver que la primera fila estaba ocupada por los alcaldes de los pueblos vecinos, que llevaban puesta una imponente banda con los colores de Italia: rojo, verde y blanco. Alguien me dijo que casi todos eran comunistas, y la escena me hizo pensar en las novelas de Guareschi sobre el cura don Camilo y Peppone, el bondadoso alcalde comunista de la posguerra italiana, que llevaron al cine Fernandel y Gino Cervi. Esta campa de Loreto se encuentra delante de la basílica del mismo nombre, erigida sobre y alrededor de otra iglesia muy antigua y pequeña, de piedra, que queda englobada en la primera y que la tradición religiosa quiere que sea la casa de la propia Virgen María que los ángeles habrían traído volando desde Palestina. Por eso la Virgen de Loreto es la patrona de los aviadores.

Mientras el debate nacional estaba servido con la beatificación de los «mártires de la Cruzada», despuntaba por el horizonte otro punto de fricción con la Iglesia, la Ley Orgánica de Educación (LOE), la sexta desde la muerte de Franco, que el Gobierno preparaba y donde la asignatura de religión quedaba postergada en favor de una nueva materia titulada «educación para la ciudadanía», un nombre con evocaciones a la Revolución francesa. El artículo II del Acuerdo sobre Educación de 1979 entre España y el Vaticano menciona que la enseñanza de la religión se equiparará a cualquier materia fundamental, pero no será obligatoria, aunque existe el derecho a recibirla. El Vaticano interpretaba esto como que la asignatura de religión debía impartirse en condiciones semejantes al resto de las disciplinas fundamentales, como la lengua o las matemáticas, esto es: tenía que ser evaluable, computable e impartida en los mismos horarios que las demás asignaturas importantes. No era lo que pensaba el Gobierno, que en julio se había reunido con la Conferencia Episcopal para tratar el tema y habían acordado seguir discutiéndolo el día 22 del mismo mes, cuando el Consejo de Ministros aprobó el proyecto de elevar la LOE para su consideración por el Congreso de los Diputados en otoño. Esto molestó mucho a la Iglesia, que se quejó de haber sido engañada y distraída con una negociación ficticia mientras por sorpresa se le presentaba un hecho consumado. Un puñalada por la espalda, me decían los obispos españoles, y además con alevosía, añadían mis interlocutores vaticanos. Por eso, la Conferencia Episcopal organizó una gran manifestación en Madrid el 12 de noviembre con el apoyo del Partido Popular, y el Gobierno de Rodríguez Zapatero se puso muy nervioso.

LA VICEPRESIDENTA COGE LAS RIENDAS

Yo me había escapado a Madrid para estar con mi mujer cuando me llamó Moratinos para anunciarme que María Teresa Fernández de la Vega quería dar un salto a Roma para hablar del

asunto con el cardenal Sodano. En el Gobierno existía la impresión de que el tema podía ser aún «reconducible» (según Moratinos) porque decían que la Conferencia Episcopal estaba dividida, con su presidente, monseñor Ricardo Blázquez, a favor de un entendimiento que bloqueaban los obispos más conservadores. Que no había unanimidad en el seno de la Conferencia estaba claro, lo que pasa es que eran más de táctica que de fondo, y, no convenía engañarse, en lo esencial los obispos estaban unidos, y esto el Gobierno no lo quería ver. Es cierto que algunos obispos no acudieron a la manifestación contra la LOE, pero no porque estuvieran de acuerdo con la nueva ley, sino porque les parecía contraproducente elevar de esta manera el tono de la confrontación. Mientras, en el Partido Popular se frotaban las manos con satisfacción al ver los apuros del Gobierno con medio Madrid en la calle en contra de su política educativa. La política interna y la internacional volvían a mezclarse. Yo desaconsejé el viaje de Fernández de la Vega a Roma en una reunión que mantuvimos la vicepresidenta, el ministro Moratinos y yo en el Café de Oriente, pero no me hicieron caso. En mi opinión, ya era demasiado tarde: el Vaticano no iba a desautorizar nunca a la Conferencia Episcopal porque se alegraba de ver acosado al Gobierno que tantos problemas le había creado en los dos últimos años; la manifestación no se iba a detener, y daríamos ante el Vaticano una impresión de debilidad y de nerviosismo que, por otra parte, eran muy reales.

La vicepresidenta insistió en hacer el viaje a pesar de todo, y además quiso que se mantuviese en secreto, lo que tampoco fue fácil, aunque yo no informé de él ni a mis colaboradores de la embajada. Como aquellos días previos yo estaba en Madrid, la Moncloa encargó los preparativos con el Vaticano al nuncio en España, monseñor Manuel Monteiro, quien me temo que no hizo un gran trabajo, probablemente porque él no era favorable a la visita y porque en seguida se dio cuenta de que tampoco en el Vaticano la deseaba. Mal asunto cuando las cosas empiezan así. Por fin, el día 10, dos antes de la gran manifestación contra la LOE, Fernández de la Vega viajó a Roma en un Falcon de la Fuerza Aérea; cuando yo estaba yendo hacia Fiumicino para recibirla (a mi vez recién regresado a la Ciudad Eterna), me llamó el nuncio desde Madrid para decirme, muy avergonzado e incómodo, que el Papa no la recibiría, ni tampoco el cardenal Sodano, «salvo quizá durante diez minutos», porque tenía otra reunión importante y «no le veía utilidad al encuentro». Lo malo era que Fernández de la Vega ya estaba volando y no se podía cancelar el viaje, que hubiera sido la mejor opción si esa noticia nos la hubieran dado cuando aún no había despegado de Barajas. Parecía que todo se hubiera hecho a propósito, y yo, que me conozco a mis clásicos, no excluyo que así fuera. Pero no me consta. Cuando aterrizó le di la noticia a pie de avión y le dije que yo le aconsejaría regresar a Madrid en el mismo Falcon de no ser porque *ABC* acababa de referir su viaje en su edición digital, una filtración que supongo que debía proceder de la Conferencia Episcopal. Volver ahora a Madrid sería peor porque sería hacerlo con el rabo entre las piernas.

#### UN ENCUENTRO MUY CLARIFICADOR

De manera que nos fuimos al modesto hotel en el que había hecho una reserva, situado cerca de la

plaza de San Pedro, en un convento del siglo xv con preciosos frescos por paredes, techos al abrigo de miradas indiscretas, y de una austeridad franciscana, que alguna vez me ha recordado con buen humor Fernández de la Vega. Desde allí nos pusimos a trabajar para tratar de lograr que la vicepresidenta fuera recibida por el secretario de Estado. Creo que no dejé sin llamar a ninguno de mis contactos en el Vaticano, pero también hablamos con el nuncio en Madrid y con el propio Moratinos, que estaba de viaje no recuerdo dónde. Al cabo de varias horas logramos que se confirmara la audiencia con Sodano y que, además, nos garantizaran treinta minutos, lo que permitía salvar la cara cualquiera que fuera su resultado. Pero, como era de esperar, ese encuentro, arrancado con fórceps, no sirvió para nada como no fuera para empeorar las relaciones. Al llegar al despacho de Sodano en la maravillosa primera *loggia* del palacio Apostólico, Fernández de la Vega le ofreció entablar un diálogo para resolver los conflictos entre el Estado y la Iglesia y «ampliar el marco de cooperación», pero el secretario de Estado le contestó, muy seco, que el Gobierno tenía que respetar los acuerdos con la Santa Sede, que buscara un entendimiento con la Conferencia Episcopal, que era la competente en este asunto, y que no tratara de dividir a los obispos, porque ni Roma ni ellos lo iban a consentir. Un rapapolvo en toda regla. Fernández de la Vega salió de allí que echaba humo y, para colmo, Sodano hizo cuestión de principio que pasáramos a ver a monseñor Lajolo, ministro de Exteriores y un personaje untuoso donde los haya que nunca me había gustado. Después de un breve forcejeo, al final lo aceptamos para no empeorar más la situación, aunque ni siquiera nos sentamos en su despacho para mostrar nuestro desagrado; en él recibimos el mismo mensaje: este asunto de la educación no se lleva en Roma sino en Madrid, hablen con los obispos y no traten de dividirlos porque no podrán. Fernando Ónega contaba lo ocurrido con sentido del humor en *La Vanguardia* (12 de diciembre): «Sospecho que el cardenal Sodano ha hecho una faena de toreo para estudiar en la escuela diplomática: “Hermana, si tiene pecados de que arrepentirse, confiésese en la iglesia local. Nuestros obispos están deseando darle la absolución”». Por su parte, *ABC* resumía la visita con el siguiente titular: «El Vaticano leyó la cartilla a Fernández de la Vega en un encuentro breve y tenso». En realidad, se leyeron la cartilla mutuamente, porque Fernández de la Vega también se despachó a gusto. Fue una cita «muy clarificadora» para ambos, como decimos los diplomáticos cuando las cosas van mal.

La manifestación tuvo lugar en Madrid dos días más tarde, y, convocada por una docena de organizaciones católicas, fue multitudinaria, estuvo expresamente apoyada por la Conferencia Episcopal y contó con una nutrida asistencia de obispos y de miembros del Partido Popular. Pero no frenó al Gobierno: el Congreso de los Diputados aprobó la LOE el 3 de mayo del año siguiente con el voto en contra del Partido Popular.

Como resumen, se trató de un viaje desastroso del que sólo salieron dos cosas buenas: establecí una buena relación personal con la vicepresidenta, fraguada en momentos difíciles (ella sabía mejor que nadie que yo había desaconsejado su visita a Roma desde el primer momento), y, en segundo lugar, el claro lenguaje utilizado aquella mañana por ambas partes sirvió para alcanzar un mejor entendimiento futuro entre Sodano y Fernández de la Vega, un entendimiento que era necesario para otros asuntos que aún quedaban en la cartera, como la financiación de la Iglesia en España en el marco del Acuerdo sobre Asuntos Económicos de 1979. Desde esa lejana fecha, el

objetivo había sido lograr que la Iglesia se autofinanciara y dejara de depender de la ayuda del Estado, algo a lo que se mostraba dispuesta si el Estado aumentaba desde el 0,5 por ciento hasta el 0,8 por ciento la contribución voluntaria en el IRPF, que era el coeficiente que se aplicaba en Italia. En realidad, la Iglesia no era capaz de autofinanciarse, y menos aún de atender a la adecuada conservación de su inmenso patrimonio artístico y a sus múltiples labores educativas y asistenciales. A eso se añadía el ultimátum de la Comisión Europea para que se acabara con la exención del IVA a las instituciones y bienes eclesiásticos. Tras el fracaso del Vaticano en materia de educación (con toda probabilidad tomaron la decisión de esperar a que el Partido Popular ganara las elecciones para volver a cambiar la ley), la cuestión de la financiación iba a ser la nueva batalla entre Estado e Iglesia.

## MEJORA EL AMBIENTE

En Madrid siguieron los contactos discretos, y en unos meses se empezó a notar que el ambiente cambiaba. Moratinos viajó de nuevo a Roma el 17 de febrero y se entrevistó con Sodano y con Lajolo, y la situación mejoró. Se tocaron los desacuerdos y también hablaron de temas internacionales como Oriente Medio, que Moratinos conocía particularmente bien. Pero el centro de la conversación fue la preparación de una nueva visita de Fernández de la Vega y el problema de la financiación de la Iglesia en España. Moratinos tranquilizó a la Curia al confirmar que España no modificaría de manera unilateral los Acuerdos de 1979 y se mostró abierto a reformar el sistema financiación de forma total o parcial, según prefiriera la Iglesia. Al salir, todo eran sonrisas por uno y otro lado; lo peor parecía haber pasado y el portavoz del Vaticano refirió el encuentro como «muy cordial».

Esta mejoría se confirmó un mes más tarde, cuando monseñor Antonio Cañizares, arzobispo de Toledo y conocido como «el pequeño Ratzinger» (en referencia tanto a su estatura como a sus ideas), recibió el capelo cardenalicio de manos de Benedicto XVI en el consistorio del 24 de marzo de 2006, junto con otros catorce nuevos cardenales, entre los que destacaba monseñor Stanisław Dziwisz, el polaco que había sido secretario personal de Juan Pablo II. Con Cañizares se elevaba a nueve el número de cardenales españoles, y Fernández de la Vega lo aprovechó para regresar a Roma al frente de una importante delegación. *El Mundo* escribió con ironía que «Roma bien vale una misa» al pie de una foto en la que el cardenal Herranz aparecía en la plaza de San Pedro saludando a unos sonrientes Fernández de la Vega y Bono. Durante esa visita, organicé dos actos en la embajada: una cena de ochenta y cuatro personas en honor del cardenal Cañizares el día 24 y una recepción multitudinaria el día siguiente, donde invité a todos los peregrinos españoles que se habían desplazado a Roma. La cena la presidió Fernández de la Vega, y con ella y el homenajeado se sentaron a la mesa otros cinco cardenales: Rouco, Carles, Amigo, Herranz y el colombiano Alfonso López Trujillo. También había veinticuatro obispos invitados. Fernández de la Vega hizo un brindis en el que puntualizó que «el respeto del Gobierno no se limita a la Iglesia como institución, sino también a los millones de fieles de la Iglesia católica y a la tarea que realizan tantas instituciones católicas al servicio de las personas necesitadas». De esa cena

recuerdo el estupendo *risotto con zucchini* (calabacines) que mi cocinera bordaba, y que no es nada fácil preparar para tanta gente, y un par de anécdotas que me hicieron gracia: Bono dijo tener un amigo que tenía una libreta donde «apunta a los que le caen mal sin saber por qué», mientras pedía a todos los purpurados asistentes que le firmaran el menú como recuerdo. Cuando Cañizares oyó a alguien comentar que Josep-Lluís Carod-Rovira había sufrido una angina de pecho de la que se había repuesto, comentó, con una sonrisa, que no había que poner límites a la divina providencia. Algunos cardenales son tremendos.

Aproveché la multitudinaria recepción del día siguiente para despedirme de mis amistades romanas, ya que el Gobierno había aceptado mi renuncia como embajador por motivos estrictamente personales, tras el fallecimiento de Pilar, y había anunciado el nombre de mi sucesor, Paco Vázquez, que así se salía al final con la suya. A esa recepción asistió el cardenal Sodano, en un gesto que le agradecí porque nunca ponía los pies en las embajadas. De hecho, ésta era la segunda vez que lo hacía en los quince años que llevaba en el cargo, pues sólo había visitado antes la embajada de Italia ante la Santa Sede en vísperas de la invasión de Iraq. Su visita me confirmó en mi convicción de que, cuando uno defiende sus posiciones con argumentos y sin arrugarse, se acaba ganando el respeto de la otra parte. Al llegar, con su ampuloso estilo, se permitió bromear sobre el color del traje de la vicepresidenta, «que la hacía parecer otro cardenal, ¿no tendrá usted aspiraciones ocultas?». Parecía de buen humor. Aprovechando esta circunstancia, Fernández de la Vega y Sodano mantuvieron un encuentro discreto en un despacho de la embajada; luego ella me dijo que habían tratado de temas económicos y de la futura visita del Papa a Valencia. Los dos salieron muy sonrientes. Enric González, al comentar esta reunión en *El País*, escribió: «Fue el último servicio del embajador Dezcallar, quien ha vivido en Roma dos años de turbulencias. Cuando presentó credenciales el entonces Papa, Juan Pablo II, le acogió con un discurso durísimo, muy crítico con algunas de las reformas que emprendía el Gobierno de Zapatero. Desde entonces trabajó para que al menos las relaciones entre Estados se mantuvieran fluidas». Yo estaba contento porque, en efecto, consideré también esta reunión y el ambiente en que se produjo como un resultado, en buena parte, de mis esfuerzos por «limar asperezas» y acercar voluntades, haciendo conocer mejor a cada uno las posiciones y líneas rojas del otro. No otra es, en definitiva, la función de un embajador, y me satisface pensar que tras dos años de tensión pude contribuir a que las aguas volvieran a su cauce entre España y la Santa Sede. Como decía Isak Dinesen en *Memorias de África*, al final «*the river goes to Mombasa*». Siempre. Como debe ser.

## DESPEDIDA DEL VATICANO

El papa Benedicto XVI tuvo la amabilidad de concederme una audiencia privada de despedida el día 3 de abril de 2006. Esta vez mi italiano había progresado lo suficiente como para no necesitar ya recurrir al inglés como la otra vez que había estado con él, cuando todavía era el cardenal Ratzinger. Le recordé entonces el involuntario plantón que entonces le había dado, tras lo que agregué que poca gente podría presumir de haber hecho esperar a un Papa, y le hablé de mi temor



de que le hubiera molestado que lo llamara gran inquisidor, y él se rió de buena gana al acordarse de ello. Benedicto XVI me comentó que era consciente de que las relaciones con España no habían sido fáciles durante el tiempo que yo había sido embajador ante la Santa Sede, y añadió que tampoco habían ayudado las divisiones existentes dentro de la Conferencia Episcopal Española. Estaba perfectamente al corriente del estado de las relaciones entre el Gobierno y la Conferencia Episcopal, y también de ambos con el Vaticano. Aproveché para pedirle su apoyo para el alto el fuego que acababa de declarar ETA, y él se interesó por la marcha de la reforma del *Estatut* catalán, comparando la situación de Cataluña con la de los *länder* alemanes, que tan bien conocía. Hablamos algo de mi Mallorca natal; él me comentó, sonriendo, que todos los isleños tienen un carácter peculiar que da la propia insularidad, y yo no pude por menos que coincidir con esta apreciación, como bien sabe cualquiera que haya leído *Queridos mallorquines*, de Guy de Forestier. También tratamos de los preparativos para su visita a Valencia, donde le aseguré que tendría un recibimiento entusiasta, y le advertí que no se fiara de lo que le dijeran, porque en julio puede hacer allí un espantoso calor cargado de humedad.

El Papa sabía que Pilar acababa de fallecer y me preguntó, con mucho cariño, por ella y por nuestro matrimonio de treinta y dos años; me refirió el papel central de la mujer como madre en torno de la cual se estructura la familia, para decirme a continuación que las mujeres saben vivir solas mucho mejor que los hombres, y supongo que debía de saber de lo que hablaba. Finalizado la reunión privada, entraron mis hijos Cristina y Juan, pues Jaime no pudo acudir a Roma, y también con ellos departió el Papa un buen rato interesándose por sus vidas y su actividad profesional. Me llevé de este último encuentro con Benedicto XVI la imagen de un hombre pequeño de estatura, simpático y próximo, inteligente, frágil, muy pulcro, de sedoso pelo blanco y con una mirada muy cordial. Al comentar esta audiencia de despedida, *ABC* escribió que «incluso en circunstancias muy tensas debido al programa legislativo del Gobierno y sus malos modos en relación con la Iglesia, Dezcallar intentó mejorar el tono del diálogo. Al final lo ha conseguido». Creo que capta lo que yo quise hacer durante esos dos años que fueron tan apasionantes como poco fáciles.

Justo dos días después de este encuentro, el 5 de abril, Benedicto XVI hizo un llamamiento en apoyo de la paz en el País Vasco. Fue un bonito regalo de fin de mi embajada ante la Santa Sede, como también resultó inolvidable el presente que recibí de mi amigo Domenico Giani, responsable de la seguridad del Vaticano, que una noche, cuando ya se había ido el último turista, me dejó encerrado a solas en la Capilla Sixtina durante veinte espléndidos minutos. Siempre atiborrada de ruidosos visitantes, nunca había podido disfrutar de su extraordinaria belleza como en esa ocasión. Me pasé un buen rato tumbado en el suelo cuan largo soy, boca arriba, admirando sin prisas las pinturas de Miguel Ángel, Ghirlandaio, Pinturicchio, Botticelli, Perugino... y pensando en toda la historia, tan rica como la de la propia Roma, que sus paredes mudas habían contemplado a lo largo de los siglos.

Atrás quedaba Italia, y yo me disponía a iniciar una nueva etapa de mi vida. Pero si Rafael Alberti había pedido un día a Roma que le devolviera algo de lo mucho que se había visto obligado a dejar para tenerla —y daba voz de esta manera a la nostalgia del exilio—, en mi caso la experiencia había sido muy diferente, porque una vez que has vivido en Roma puedes

abandonar la ciudad, pero ella ya nunca te deja a ti.

## EMBAJADOR EN EL IMPERIO

Ir a Estados Unidos como embajador no se me pasaba por la cabeza. Tras dejar la embajada ante la Santa Sede, empecé a trabajar para Repsol, donde primero me encomendaron la creación de un International Advisory Board, del que fui secretario general, y luego la dirección de Relaciones Internacionales (que no llegué a desempeñar por falta de tiempo). La verdad es que pensé que mi vida diplomática quedaba definitivamente atrás. Me equivocaba: en 2008 me llamó el Rey para pedirme que fuera a Washington y no me pude negar, aunque confieso que me costó dejar Madrid en un momento en el que mi vida profesional estaba bien encauzada en la empresa privada.

Una vez hechos a la idea, mi mujer Teresa y yo dimos un salto a Washington para ver la residencia en la que íbamos a vivir y donde nuestros predecesores, Amaya de Miguel y Carlos Westendorp, nos recibieron con mucho cariño a pesar de que estaban con todo el lío de su marcha. La casa está en Georgetown, en un terreno largo, estrecho y en declive que compró Julián Santamaría cuando era embajador. El edificio es obra de Rafael Moneo, que ha logrado una excelente distribución de volúmenes en un solar muy difícil, aunque se equivocó al utilizar materiales estéticamente muy bonitos, pero que no aguantan el frío y el calor extremos de Washington. La decoración se la encargaron a Pascual Ortega, barroco hasta la saciedad, que abarrotó de muebles sus salones sin ningún respeto por el sobrio minimalismo de la arquitectura. El resultado era una casa mal aislada, con goteras y con una total falta de armonía decorativa que Teresa y yo tratamos de mejorar en cuanto llegamos quitando objetos de en medio. El Ministerio de Exteriores ha acabado querellándose contra Moneo mientras se le concedía el Premio Príncipe de Asturias. Cosas de nuestro país.

Un cable del embajador estadounidense en Madrid, Eduardo Aguirre, filtrado por Wikileaks y publicado en *El País*, decía respecto de mi nombramiento: «el embajador [Aguirre] estaba convencido de que el Rey —pese a las objeciones del ministro de Exteriores— promovió el nombramiento de Dezcallar por el Gobierno como embajador en Estados Unidos. El embajador lo cree, en parte, porque el Rey mencionó a Dezcallar como enviado a Washington 6 meses antes de su nombramiento por el Gobierno. El embajador cree que don Juan Carlos eligió a Dezcallar porque considera que hará lo mejor para España en el puesto. También ayuda el hecho de que le cae bien Dezcallar y que éste tiene un grado de lealtad personal con el Rey»; más adelante me citaba como «un contacto importante para que la nueva Administración cultive la relación bilateral, prediciendo que Dezcallar será un elemento esencial en las relaciones durante el

próximo año. El embajador también cree que Dezcallar también respondería bien a una mayor relación social con funcionarios del Gobierno de Estados Unidos». Así me veían ellos.

## VIAJO A DENVER

Pedí al ministro Moratinos que acelerara mi nombramiento a fin de asistir a la convención del Partido Demócrata el 24 de agosto de 2008, pues había visto en el cine que las convenciones constituyen extraordinarios espectáculos, casi circenses, y no quería perderme la oportunidad de asistir a una. De modo que viajé a Washington el 19 de agosto y, un par de días más tarde, presenté las copias de estilo de mis cartas credenciales al número 2 del Departamento de Estado, Bill Burns, dado que la titular, Condoleezza Rice estaba ese día en Iraq. Las copias de estilo son algo así como unas cartas credenciales provisionales que permiten al nuevo embajador comenzar a trabajar antes de ser presentado formalmente al jefe del Estado del país ante el que ha sido acreditado. Era imposible proceder más deprisa, y a los cuatro días de aterrizar en Estados Unidos ya volaba hacia High Mile City, que es como se conoce Denver porque está a mil quinientos metros de altura. Allí se reunían los Demócratas con dos objetivos: sellar la unidad del partido tras la dura pelea entre Barack Obama y Hillary Clinton en las primarias y consagrar, por vez primera en la historia, a un negro como candidato a la presidencia de Estados Unidos. Kennedy había sido el primer presidente católico, y Reagan, el primero divorciado... Siempre es la primera vez de algo si se busca bien, pero en este caso era tan evidente que no hacía falta buscar nada. El hecho de que, tras la terrible historia de racismo que había vivido el país, llegara un negro a la presidencia era algo excepcional y muy positivo, pues hasta hacía relativamente muy poco tiempo los afroamericanos habían sido objeto de segregación racial, como mostraba una extraordinaria exposición de fotografías de Henri Cartier-Bresson que vería meses más tarde en el MoMA neoyorquino.

Como es lógico, no conocía absolutamente a nadie en Denver, pero tenía el teléfono de Ed Romero, que había sido embajador de Clinton en España, y cuando lo llamé me atendió como si me conociera de toda la vida y me invitó ese mismo día a un almuerzo de la Latino Leaders Convention, donde había senadores, congresistas, gobernadores, alcaldes y otros cargos electos de origen hispano. Allí conocí al propio Ed y al gobernador de Nuevo México, Bill Richardson, que había sido embajador de Clinton ante la ONU y de quien me haría muy amigo, así como a alcaldes de ciudades hispanas como Los Ángeles, San Antonio o Miami, y a muchos otros prominentes latinos. Me impresionó el auge del mundo hispano, su autoestima y su nivel social y económico en comparación con lo que yo había conocido treinta años antes en Nueva York como joven diplomático. Anunciaron mi presencia, dijeron que hacía poco que había llegado al país, los asistentes me aplaudieron y yo me sentí arropado y bienvenido. En España no somos conscientes de la importancia de la comunidad hispana en Estados Unidos. En los meses sucesivos, mi compañero Rafael Garranzo elaboró un plan de trabajo sobre este mundo hispano al que dedicamos nuestra reflexión, tiempo y esfuerzo, y lo enviamos a Exteriores, pero nunca más volví a saber de él. Ignoro si sigue hoy durmiendo el sueño de los justos.

## JIMMY CARTER Y LOS NEGROS

Al saber que el expresidente Jimmy Carter estaba en el hotel Hyatt, lo llamé, con la ayuda de Juan Verde (del equipo de Obama), y le expliqué quién era, le dije que acababa de llegar a Estados Unidos y le pedí que disculpara mi osadía, pero que no se me ocurría ninguna forma mejor que hablar con él para introducirme en un proceso electoral tan fascinante como el que tenía delante. Fue encantador y me citó para el día siguiente. Me presenté a la reunión a los diputados del PSOE Juan Moscoso del Prado y Juan Fernando López Aguilar, que asistían a la Convención, así como al miembro del Partido Popular Jorge Moragas, que también andaba por allí, y llegué pronto al hotel porque no podía arriesgarme a darle un plantón al expresidente. Como me sobraba tiempo, me puse en una cola para que me asignaran una mesa donde tomar un café, y una señora algo mayor que yo, de esas que hablan hasta con las piedras, me dio conversación; me dijo que era partidaria de Obama y le entristecía que no fuera a ganar la presidencia «porque es negro y la gente no le votará». Me quedé estupefacto, y cuando entré en la habitación del presidente Carter, a quien acompañaba su mujer Rosalynn, lo primero que hice fue contarle esta escena. Me contestó que la convención de Denver era histórica por el hecho de proponer a un negro como candidato, y que si Obama acababa siendo elegido presidente, en Estados Unidos podrían pensar que habían dejado atrás el problema racial. En su opinión, a muchos americanos de cierta edad aún les costaba dar su voto a un afroamericano, y añadió que no pensara que eso era algo que él creía por venir de Georgia, el sur profundo del país, con una terrible historia de racismo, sino porque «a los americanos jóvenes no les importa el color de la piel, pero los que tienen más de cincuenta años piensan aún de otra manera». Y gráficamente añadió: «Mire usted, embajador, yo deseo que Obama sea presidente, pero me temo que muchos compatriotas míos se preguntarán, cuando estén solos en la cabina de votación, si de verdad quieren votar a un jodido negro» (*bloody nigger*, fueron sus palabras exactas).

Fue mi primer contacto con el problema racial, que tan vivo sigue en Estados Unidos, si bien ya no como discriminación, pero sí como segregación. Tan sólo un par de meses más tarde, en una recepción en Washington, al enterarse un señor que me habían presentado que yo jugaba al golf me dijo que le encantaría invitarme un día a su club. Y, volviéndose a su vecino, añadió: «El embajador acaba de llegar y aún no sabe que en nuestro club no hay ni negros ni judíos». Me quedé helado mientras el vecino le respondía: «Te equivocas, Fulano, recuerda que ha entrado no-sé-quién». Imperturbable, el banquero dijo entonces: «Es verdad, tenemos un judío». Nunca más volví a verlos, y tampoco puse los pies en su club. En el elegante baile anual de The Meridien Club, donde se reunía «todo Washington», había poquísimas personas de color, y en las carreras de caballos de The Plains, Virginia, conté a tres entre más de mil asistentes, y son sólo tres ejemplos. Podría añadir muchos otros, relacionados con las altas tasas de desempleo, la menor formación o el mayor porcentaje de reclusos entre la población negra, sin necesidad de llegar a los terribles crímenes racistas que sacuden a la conciencia americana con cierta regularidad, como el que ha perpetrado en Charleston el supremacista blanco Dylann Storm Roof mientras

escribo estas líneas. Como media, un hogar blanco tiene propiedades por valor de 111.146 dólares, mientras que un hogar negro solo posee propiedades por valor de 7.113 dólares. En realidad, a blancos y negros sólo se les ve juntos, y felices, en espectáculos deportivos como el baloncesto o el fútbol, porque en lo demás llevan vidas separadas, cada grupo con sus restaurantes, escuelas, cines, fiestas e, incluso, médicos y abogados diferentes. Es lo que en Estados Unidos se llama ahora *colorblind racism* queriendo significar una situación en la que las leyes discriminatorias explícitas han sido abrogadas pero donde se sigue discriminando de hecho a la gente, por ejemplo, asumiendo ideas —incluso subconscientes— relacionadas con la supremacía blanca. En la embajada, Teresa y yo organizábamos cenas frecuentes a beneficio de causas que nos parecían que lo merecían, como The Children's Hospital, la lucha contra el cáncer de mama, la Ópera o el Ballet de Washington, etcétera. En esos actos, a los que asistían entre cuarenta y ochenta personas y que me permitían conocer a gente muy interesante, nosotros poníamos la comida y los asistentes pagaban un platal (que iba a la institución beneficiaria) y se vestían de traje largo y esmoquin para cenar en una embajada, que son cosas que a los americanos les privan. Pues bien, la lista me la daba la institución beneficiaria, y en ella rara vez había gentes de color. En Denver conocí a un hijo de Martin Luther King y hablamos del histórico discurso *I have a dream*, del que se celebraron cuarenta y cinco años justos el día que Obama aceptó la nominación de su partido, en lo que fue sin duda un guiño a la historia, por más que él nunca quiso hacer campaña apelando a la raza. El discurso de Martin Luther King fue, en un principio, improvisado (al parecer, el famoso pasaje del sueño fue «una morcilla»), más tarde olvidado y hoy elevado a los altares como el mejor discurso pronunciado en América en el siglo XX. Decía que le gustaría que sus cuatro hijos, entonces pequeños, pudieran ver el día en que las personas serían juzgadas por su capacidad y su talento, y no por el color de su piel. No estoy seguro de que ese día haya llegado todavía. Cuando estaba en Washington, se inauguró una bonita estatua dedicada a Martin Luther King en el Mall que se ha convertido en lugar de peregrinación, pues ante ella van a fotografiarse familias enteras de afroamericanos, abuelas y bebés incluidos. Resulta entrañable.

## LA CONVENCION DEMOCRATA

La Convención fue agotadora: cinco días en los que conocí a una cantidad de gente que hubiera tardado meses en ver en circunstancias normales y en los que asistí a numerosos discursos: algunos emotivos, como el de Ted Kennedy, entonces con un tumor avanzado en el cerebro y que acababa de publicar *True Compass*, una bonita autobiografía. Ted hubiera podido ser presidente cuando Sirhan Sirhan mató en 1968 a su hermano Bob; entonces se dijo que todas las cabezas se volvieron hacia él «como en un partido de tenis»..., pero no estaba preparado; también hubo discursos elegantes, como el de Hillary Clinton cuando aceptó su derrota e hizo público su apoyo —aunque con la boca chica— a Obama; otros fueron brillantes, como el de Bill Clinton, cuya aparición suscitó un delirante entusiasmo dada su simpatía personal y su carisma, difícil de igualar, algo que puedo atestiguar tras haber cenado con él con posterioridad en un par ocasiones;

algunos discursos resultaron agresivos, como el de John Kerry, que había sido candidato demócrata cuatro años antes y a quien trataría con frecuencia cuando presidió el comité de Asuntos Exteriores del Senado; unos cuantos resultaron plúmbeos, como el de Al Gore, que estuvo tan pesado como su mismo corpachón, mientras que Bill Richardson, igual de corpulento, fue excelente: tiene una lengua tan acerada que más vale ser su amigo, cosa que yo soy. El discurso de Obama fue muy bueno, como todos los suyos, pues tenía un excelente *speechwriter* y trabajaba mucho los textos, y éste lo pronunció con convicción, insistiendo de forma muy especial en poner la casa en orden, en los asuntos económicos y sociales y en la necesidad de acabar con las guerras en el exterior. Recordó que el cambio dependía del pueblo y que no venía de Washington, sino que llegaría a Washington si el pueblo así lo quería. Obama posee un atractivo extraordinario, se mueve como un felino y su sonrisa es cautivadora. Pero a mí me faltó en aquella alocución una línea brillante, inspiradora, de esas que quedan para la historia, como el sueño de King o lo que tú puedes hacer por el país, de Kennedy, con quienes Obama desea identificarse y ser identificado. Obama anunció allí mismo que Joe Biden sería su compañero de *ticket* para la vicepresidencia, entre la euforia de los asistentes, que hubieran aplaudido cualquier otro nombre con la misma alegría porque, aparte de suceder en caso extremo al presidente, las funciones del vice no son para emocionar a nadie. Ya Coolidge sostenía allá por 1920 que sus únicas ocupaciones eran escuchar a los senadores y estar pendiente de la salud del presidente, y a mí me contaron el caso de un padre que tenía dos hijos: uno se embarcó en un viaje lejano y al otro lo nombraron vicepresidente. Nunca más volvió a oír hablar de ninguno de ellos.

Me impresionó la exaltación de valores muy tradicionales conectados con la familia y el patriotismo. Americanos y europeos podemos ser muy diferentes a veces. Tras el propio Obama, las mayores ovaciones se las llevaron los militares mutilados en Iraq o Afganistán, que mostraron en el escenario sus miembros ortopédicos delante de la bandera de las barras y estrellas, con lo que recordaron que Estados Unidos era un país en guerra y estaba en deuda con su sacrificio. La bandera se encontraba por doquier: en las solapas, en las tribunas, en los automóviles y en las casas particulares, y, de hecho, se entregaban a los asistentes para que las hicieran ondear en los momentos oportunos, como cuando aparecían los soldados. Ese reconocimiento público, semejante al que se dio en la convención del Partido Republicano, contrasta luego con las dificultades con las que se enfrentan los militares que regresan para reincorporarse a una vida normal, encontrar trabajo y superar los traumas emocionales de lo que han hecho, visto y padecido. No se habla en Estados Unidos de la alta cifra de suicidios que se da entre ellos, y es que, como decía un veterano del desembarco de Normandía, «entonces sabíamos por qué luchábamos y ahora no lo saben».

Me sorprendió también el papel de la religión en el espacio público, algo que viene de muy atrás y tiene que ver con los padres fundadores, que, tras huir de la opresión religiosa en Europa, abolieron la religión de Estado y pusieron a todas las Iglesias en situación de igualdad. No es ya que los billetes de dólar lleven impresa la palabra Dios, es que todos los días, al principio del trabajo, aparecía un predicador de una u otra religión (se alternaban) y todo el mundo se retiraba con él en un momento de oración, y lo mismo sucedía al finalizar la jornada, por la noche, con el público puesto en pie, dejando de lado los sombreritos y los matasuegras para dar gracias al Dios

de cada uno con gran recogimiento. Terminada la plegaria, volvía el jolgorio. Con mucha frecuencia los discursos acaban en Estados Unidos con un Dios bendiga a América (*God bless America*) o que Dios os bendiga (*God bless you*). Esto no es nuevo, pues ya lo hacía Lincoln ciento cincuenta años atrás, y Obama lo ha seguido haciendo más a menudo incluso que Bush (a los americanos les chiflan este tipo de comparaciones). En Capitol Hill, algunos congresistas escuchaban con devoción textos de la Biblia antes de comenzar la sesión, y es que en Estados Unidos no está bien visto no formar parte de ninguna congregación religiosa, porque participar en los encuentros dominicales da un sentido de pertenencia en un país donde las familias son pequeñas, los hijos se emancipan pronto y hay mucha gente sola. No en balde, la voz «gregarious» (gregario) posee una connotación positiva en inglés que se pierde cuando se traduce al castellano.

Al final, los candidatos solían aparecer rodeados de cónyuges, hijos mayores o lactantes, padres, tíos o abuelos, y todos ellos disponían de su rato de micrófono para exaltar sus valores familiares como buen esposo, padre, hijo o lo que se terciara. El mismo Obama tenía allí a su abuela, mientras su esposa Michelle y sus dos hijas le abrazaban en el escenario. Esa vida familiar es objeto de escrutinio minucioso y son muy habituales los casos de políticos que se ven obligados a dimitir por mantener relaciones extramatrimoniales, que en Europa se considerarían propias de la esfera privada y sin repercusiones políticas. En mi opinión, hay mucha hipocresía y pudibundez en estos asuntos de sexo. Me impresionó que en una piscina de un club de Washington obligaran a colocarse la parte de arriba del bikini a una niña de tres años que no tenía nada que esconder.

## LA CONVENCION REPUBLICANA

Tras unos pocos días en Washington en los que aproveché para poner en orden la cantidad de sensaciones que traía de Denver, me metí en otro avión hacia Saint Paul y Minneapolis, que son conocidas como las Ciudades Gemelas, *the Twin Cities*, en Minnesota, el estado de los diez mil lagos, aunque, como me decía su gobernador, Tim Pawlenty, un tipo campechano, «en realidad son quince mil, pero a los de Minnesota no nos gusta fanfarronear». Allí se celebraba la convención del Partido Republicano que iba a nominar a John McCain como candidato a la presidencia en un *ticket* con Sarah Palin después de descartar a Tim Pawlenty, a mi juicio un candidato de mucho mayor peso. Pero se impuso el criterio de los estrategas del partido, que pensaban que Palin aseguraba mejor las amplias mayorías evangelistas y rabiosamente conservadoras de la América profunda..., que es muy profunda. En el aeropuerto me esperaban Cristina Urdangarín y su marido, Sean Flood. Cristina, hermana de Iñaki, es nuestra vicecónsul honoraria en St. Paul. Antes de que empezaran las reuniones, fuimos juntos a la prestigiosa Clínica Mayo, en Rochester, donde me reuní con una veintena de médicos e investigadores españoles que realizan allí una gran labor y que, no obstante, desearían volver a trabajar en España si tuvieran unas condiciones similares que las que allí disfrutaban. Por desgracia, no se las ofrecen.

La convención republicana comenzó pasada por agua en el doble sentido del término porque



en Minneapolis llovía y un huracán amenazaba las costas de Luisiana, y tras la desastrosa gestión del *Katrina* hacía tres años nadie quería salir divirtiéndose mientras las olas amenazaban con desbordar de nuevo los diques de Nueva Orleans. Lo del huracán le fue muy bien a McCain para impedir la presencia de George W. Bush en la convención, ya que de ninguna manera quería asociar su imagen con la del impopular presidente, que se limitó a enviar un mensaje por videoconferencia al tiempo que se evitaban otras referencias a su persona que no fueran las de agradecerle su firmeza frente al terrorismo. Pero sin nombrarlo. El ambiente era más serio y formal que en Denver, y sólo se animó cuando apareció Sarah Palin: joven, vistosa, con un marido campeón de carreras de trineos, defensora de las armas de fuego y madre de cinco hijos —uno en Iraq, una madre adolescente y el más pequeño con síndrome de Down—. Palin, de ideas muy conservadoras (partidaria del creacionismo frente a la teoría de la evolución de las especies de Darwin), empatizó muy bien con las masas de clase media-baja de amplias zonas de un país que desde Europa se ve con mucha simpleza como una extensión de Nueva York o San Francisco, cuando nada puede estar más lejos de la realidad. Su única experiencia residía en haber sido alcaldesa de Wasilla (10.000 habitantes) y gobernadora de Alaska durante dos años, pero se adueñó del escenario, leyó bien el discurso que le habían preparado, contó chistes, coló buenas morcillas en el texto y, en definitiva, se metió a la convención en el bolsillo, aunque su liviandad quedaría en evidencia muy pronto. Junto a ella, John McCain aparecía como un señor muy mayor, que es lo que era. Por eso estremecía pensar que, de ser elegido, Palin estaría a tan sólo un latido (*heartbeat*) de la presidencia de Estados Unidos. Se le abrían a uno las carnes.

En *the Twin Cities* también hubo buenos discursos: Giuliani, exalcalde de Nueva York y rival de McCain en las primarias, afirmó que Palin había manejado como alcaldesa un presupuesto y había tomado decisiones ejecutivas que afectaban a la vida de los ciudadanos, cosa que nunca habían hecho Obama o Biden. No le faltaba razón. Mitt Romney fustigó a los europeos, algo que siempre gusta en América, diciendo que Obama había reunido a más oyentes en Berlín que en ninguno de sus mítines en Estados Unidos, y que de Europa traía burocracia, intervencionismo, socialismo y más impuestos, todo ello malo para los bolsillos y las vidas de los estadounidenses. Todos los oradores arrancaban el entusiasmo de la audiencia cuando hablaban de autosuficiencia energética (*drill, baby, drill*, cantaba la enfervorizada asistencia) y de los bravos muchachos y muchachas que combatían en Iraq y Afganistán. En eso último no se diferenciaban demócratas y republicanos. En cambio, me sorprendió que fuera preciso buscar mucho para ver a un negro entre los asistentes a la convención republicana, porque había muy pocos. Me encontré con un conocido de mi época de Repsol, Spencer Abraham, un prominente republicano que había sido senador por Michigan y secretario de Energía con Bush, que tuvo la amabilidad de invitarme al palco de los vips, donde, mientras me tomaba un whisky rodeado de pesos pesados del republicanismo más conservador, se me ocurrió comentar que acababa de asistir en Denver a la convención demócrata. Se hizo un silencio de esos que no dejan duda de que has metido la pata, hasta que alguien me preguntó con voz meliflua: «Y dígame, embajador, ¿cómo le trataron a usted esos comunistas?». Me quedé de piedra.

## PRESENTO MIS CREDENCIALES A GEORGE W. BUSH

La presentación de mis cartas credenciales al presidente Bush tuvo lugar el 17 de septiembre, y fue radicalmente diferente de lo que había vivido en el Vaticano cuando las presenté al papa Juan Pablo II. Si allí sobró elegancia y *finezza* romana, aquí fue todo bastante tosco, comenzando por la funcionaria de protocolo, una afroamericana ordinaria de enorme diámetro que nos vino a buscar a casa a mi mujer y a mí en un gran coche lleno de banderines y que no paró de beber Coca-Cola a morro de un par de latas durante todo el trayecto entre mi residencia y la Casa Blanca. Al llegar, tuvimos que esperar hasta estar los cinco embajadores que presentábamos credenciales ese día (Luxemburgo, España, Países Bajos, Camerún y Rusia, por este orden) mientras una policía no paraba de gritarnos «*Hey guys, this way or that way*» (eh, chicos, poneos aquí o allí) para que los vehículos se colocaran en el orden preciso en que íbamos a ser recibidos. Una vez que la caravana hubo entrado en los jardines de la Casa Blanca, a la señora Bush se le ocurrió salir, por lo que nos hicieron apartarnos a gritos y con golpes sobre el capó —todavía estábamos en los coches— y dirigirnos al exterior del recinto presidencial para volver a entrar otra vez más tarde, cuando la señora Bush ya había salido. Todo daba sensación de cierta improvisación, como algo que había que hacer pero que no les apetecía hacerlo. Dentro de los jardines, la calzada por la que íbamos, White House Drive, estaba llena de soldados vestidos con diferentes uniformes que rendían armas a medida que avanzaba el vehículo de cada embajador, cuyo conductor había sido advertido de que no podía ir a más de quince millas por hora para dar tiempo a que de la puerta de la Casa Blanca se retirara la bandera del país del embajador precedente y se sustituyera apresuradamente por la del que llegaba. Entre tanto, una fanfarria militar tocaba en el porche del piso superior. Parecía una opereta.

En la puerta de la residencia presidencial fuimos recibidos Teresa y yo por la jefa de protocolo, que me invitó a firmar en el libro de honor situado en la *Cabinet Room* y luego a esperar el santo advenimiento en la *Roosevelt Room*. Esta sala está presidida por un bonito cuadro de Teddy Roosevelt, el republicano cazador y amante de la naturaleza, donde se le representa galopando en plan *cowboy* entre montañas. Las malas lenguas dicen que esta pintura se cambia cuando muda el signo político del inquilino de la Casa Blanca, pues como se sabe hubo dos presidentes Roosevelt, uno demócrata y el otro republicano. Según esta teoría, cuando ganan los primeros, se pone el retrato de Franklin Delano Roosevelt, y todos tan contentos y sin que haga falta cambiar el nombre de la habitación. Con lo prácticos que son los americanos, no me extrañaría que fuera verdad; me recuerda la propuesta que sugirió en su día *La Codorniz* en contra de modificar los nombres de las calles al mudar el régimen político porque eso, aducía, desorientaría a carteros y a taxistas, obligaría a hacer nuevas tarjetas de visita y a cambiar la guía telefónica, todo lo cual resultaría carísimo. En su lugar ofrecía la idea de mantener los viejos nombres y adjetivarlos de manera que, por ejemplo, la calle del bondadoso general Mola se convirtiera en la calle del malvado general Mola... No es mala ocurrencia. El caso es que los nuevos embajadores nos reunimos en la sala Roosevelt y nos fuimos presentando unos a otros porque nadie más lo hacía. Sobre una mesa había refrescos y unos enormes bocadillos de jamón y queso, más propios de un estadio de fútbol que de un acto oficial, y que no probé. Luego nos

fueron llamando uno a uno, por orden de llegada a Estados Unidos, para que pasáramos al despacho Oval, que me pareció más pequeño de lo que había imaginado, quizá porque estaba atiborrado de gente de seguridad, de protocolo y de fotógrafos. George W. Bush nos esperaba a Teresa y a mí en el umbral mientras me decía: «Bienvenido, amigo». Alabé su español y me dijo que no era español, sino «*mexican*»... Al llegar al centro de la habitación, me dijo «*photo, photo*», y ambos nos dimos la mano mientras le entregaba el documento real que me acreditaba como embajador extraordinario y plenipotenciario de España y los flashes menudeaban. Bush, un hombre poco refinado pero de gran simpatía personal, me espetó: «Me dicen que es usted un gran amigo del Rey», a lo que contesté que uno no es amigo de un Rey, aunque don Juan Carlos me honraba con su afecto o algo así. Me dio recuerdos para él y para el Príncipe de Asturias, y no citó al presidente Rodríguez Zapatero, demostrando así que seguía enfadado con él. Luego, volviéndose hacia Teresa le preguntó cómo encontraba Washington una española, a lo que ella respondió que era portuguesa, pero que le gustaba mucho, mientras yo comentaba en broma que nadie es perfecto. Risas. A continuación le di el pésame por el atentado terrorista que aquella misma mañana se había producido en Yemen y le dije que en España también los sufríamos y que las democracias estábamos unidas en esa lucha; él me respondió afirmando: «Juntos venceremos a los terroristas». Acto seguido me regaló el bolígrafo que yo había utilizado en el libro de visitantes de la Casa Blanca, que lleva su firma, es bonito y además escribe muy bien; entre tanto, desde una puerta opuesta a aquella por la que habíamos entrado en el despacho Oval nos hacían imperativas señas para que nos despidiéramos porque la visita había terminado y la sombra de otro embajador se adivinaba tras el umbral. Cinco minutos. Y así, sin que siquiera nos sentáramos, finalizó la «ceremonia», en la que se me había prohibido expresamente tratar ningún asunto político con el que entonces era el hombre más poderoso del planeta. En realidad, mi presentación de credenciales se limitó a ser una *photo opportunity* con el emperador. La misma señora de protocolo nos llevó de vuelta a nuestra residencia sin dejar de beber latas de Coca-Cola.

## OBAMA SE IMPONE A MCCAIN

Todo esto ocurría en plena crisis económica, que se acababa de llevar por delante a Lehman Brothers y que había obligado a realizar costosas operaciones de rescate de las hipotecarias Fannie Mae y Freddie Mac en lo que fue sólo el principio de una larga cadena que obligó al Gobierno federal a destinar la escalofriante cifra de 787.000 millones de dólares para evitar el descalabro. Al mismo tiempo, Europa se contagiaba de la peor crisis financiera que el mundo había conocido desde 1929 y a la que en España aportábamos un aroma especial a ladrillo mientras el Gobierno se desgañitaba negando su existencia. Siempre tan originales.

Poco a poco la campaña electoral se fue escorando a favor de Obama y en contra de McCain a pesar de la innegable superioridad de este último en los debates televisivos, donde Obama aparecía más doctoral y distante que su rival, que mostraba más cintura, además de ser mejor dialéctico y tener más sentido del humor, algo que en Estados Unidos es muy importante, en contraste con la seriedad de los aburridos debates europeos. Pero Obama recaudó muchísimo más

dinero (por cada anuncio republicano, se emitían siete del Partido Demócrata), movilizó a los jóvenes como nunca antes se había logrado, no metió ninguna vez la pata y acabó despertando un entusiasmo nunca visto. Obama se enfrentó a un rival muy digno, un héroe de Vietnam con setenta y dos años de edad, que lo tuvo muy difícil desde el primer momento al tener que combatir tanto contra su rival como contra la desastrosa herencia de Bush materializada en una economía hecha trizas y dos impopulares guerras. Además, McCain no logró imponerse a su propio partido para que apoyara las medidas iniciales del secretario del Tesoro Henry Paulson para combatir la crisis, lo que le privó de un discurso coherente, y también erró en la elección de Sarah Palin, que muy pronto demostró sus limitaciones. Dos equivocaciones serias que destrozaron su imagen. Paradójicamente, la relativa mejoría de la situación en Iraq —gracias al aumento de tropas que McCain respaldó y que Obama criticó en su día— eliminó este asunto de los debates en perjuicio del propio McCain, que era percibido como más capaz de liderar al país en tiempos de guerra. Me impresionó la elegancia del discurso en el que aceptó su derrota la misma noche electoral con un mensaje impecable de felicitación a su rival.

El cambio que encarnaba el senador de Illinois iba dominando en el país. Ofrecí una cena en casa, aprovechando la visita de Nacho Duato y el Ballet Nacional de España, a la que invité a los socios, amigos y patrocinadores del Washington Ballet según una lista que me proporcionó su director, Septime Webre, de más de doscientas personas de la sociedad local, y me sorprendió que muchos de ellos me confesaran que eran «republicanos de toda la vida», pero que en esa ocasión iban a votar a Obama porque pensaban que el país necesitaba un cambio que John McCain no le podía dar. No era la primera vez que oía esto en ambientes supuestamente conservadores. Sin embargo, la cautela continuaba predominando, y así me lo indicaron amigos tan conocedores de la realidad estadounidense como Zbigniew Brzezinski y Arnaud de Borchgrave a pesar del indisimulado entusiasmo del primero por Obama, de quien me dijo: «Ningún otro líder me ha impresionado tanto desde Kennedy». Por su parte, tanto el embajador de la Unión Europea, el ex primer ministro irlandés John Bruton, como el de Francia, Pierre Vimont, buenos conocedores de la realidad política local, también me recomendaron que no me mojara haciendo predicciones porque en aquellas elecciones podía pasar cualquier cosa y lo más probable era que los resultados fueran muy ajustados («*a very close race to the end*»). Este Pierre Vimont, del que me hice muy amigo, es el inspirador del personaje del secretario general en la divertida película *Quai d'Orsay*, de Bertrand Tavernier, a su vez basada en el cómic *Quai d'Orsay, Chroniques Diplomatiques*, de Abel Lanzac y Christophe Blain. Su papel consistía en mantener en pie el Ministerio de Asuntos Extranjeros y evitar que el ministro de turno hiciera más tonterías de las estrictamente necesarias. Los ingleses crearon hace tiempo algo parecido con *Yes, Minister*, una tronchante serie de la BBC escrita por Anthony Jay y Peter Lynn. El caso es que todos me sugirieron precaución. Un periodista italiano que había trabajado en Moscú y en Washington tenía un cartel en su despacho que decía: «En Rusia no dispones de apenas información pero lo comprendes todo, y en Estados Unidos dispones de toda la información del mundo pero no entiendes nada». Pero me mojé y le dije al Ministerio que pensaba que ganaría Obama, que la diferencia en votos populares no sería mucha pero que podía haber una goleada en términos de votos electorales, que son los que cuentan en un país donde el que vence en un estado, aunque sea

por un solo voto (como le había ocurrido a Bush en Florida contra Gore), se lleva todos los votos de ese estado.

La noche electoral del martes 4 de noviembre me reuní en casa con todos mis colaboradores diplomáticos para seguir el avance del escrutinio en televisión. Ya conocidos los resultados, a eso de la medianoche, me fui con mi hijo Jaime —que entonces vivía en Nueva York y había venido a Washington para estar conmigo durante la noche electoral— a dar una vuelta para ver el ambiente en la ciudad, y frente a la Casa Blanca nos mezclamos con cientos de ciudadanos que expresaban su alborozo con un cántico improvisado que decía «*Good-bye, Bush, bye bye*» (adiós, Bush, adiós). La elección de Obama provocó una ola de entusiasmo popular como no recordaban los más viejos del lugar, con filas de coches que tocaban la bocina y gentes que agitaban banderas. Otros golpeaban cacerolas y todos gritaban el eslogan demócrata «*Yes, we can!*» (sí, podemos). Ya de madrugada, pasé por el hotel Hay Adams, un clásico situado delante de la Casa Blanca, donde se habían instalado una decena de cadenas de televisión españolas, entre otras de los más diversos países. Entre las dos y las cuatro de la mañana de Washington, que tiene seis horas de diferencia con España, concedí once entrevistas para manifestar mis primeras impresiones sobre la elección de Obama y lo que podría significar para Estados Unidos, para España y para el mundo. Casi todos los periodistas me preguntaron si creía que lo primero que iba a hacer el presidente electo sería invitar a Rodríguez Zapatero a visitar la Casa Blanca. ¡Dios santo, en qué país vivimos! El día 5 de noviembre, *The Washington Post* tituló a toda página «*Obama Makes History*» (Obama entra en la historia), y la edición se agotó en seguida porque la gente quería guardarla como recuerdo de un día histórico. El diario no mencionaba a Rodríguez Zapatero.

#### SE DESBORDA EL ENTUSIASMO

El 20 de enero de 2009 fue la investidura de Obama, o *Inauguration Day*, como dicen allí. Había en Washington un ambiente cargado de ilusión ante el fin de la presidencia de George W. Bush y la llegada de Barack Hussein Obama, el primer presidente negro en un país donde la XIII enmienda abolió la esclavitud, si bien la discriminación racial y la segregación se mantuvieron muchos más años y, de hecho, la última todavía perdura, como antes he señalado. A fin de cuentas, Martin Luther King hizo su famoso discurso en 1963, y los negros sólo pudieron votar a partir de 1965. El domingo 18, dos días antes, Teresa sugirió que fuéramos a misa a Saint Augustin, la iglesia afroamericana católica más antigua de la ciudad, para compartir ese día tan señalado con la comunidad de color. Allí, todos los domingos, un coro de una veintena de personas de ambos sexos, más bien gruesas, embutidas en amplias hopalandas blancas, cantan unos *spirituals* extraordinarios. Ese día cantaron como nunca porque la música reflejaba la alegría que flotaba en la atmósfera y, además, en lugar del habitual sermón dominical el párroco reprodujo por la megafonía del templo el discurso de Martin Luther King. Era emocionante ver a mucha gente, sobre todo los más viejos, llorando y abrazándose. Eran personas que, por su edad, aún recordaban la década de 1960, cuando había en Washington establecimientos que prohibían la entrada a «negros y a perros». Por la noche asistimos a una cena en honor del presidente electo

organizada por la comunidad hispana de Estados Unidos, cuyo voto le había brindado triunfos en Florida, Colorado, Nuevo México y Arizona. El hecho de que Obama la presidiera, algo que los presidentes anteriores no habían hecho, testimoniaba su creciente importancia y el peso político que estaba ganando. Estaban eufóricos, y con razón. Fue una cena multitudinaria que congregó a unas tres mil personas, y tan caótica como suelen ser los actos de este tipo organizados por nuestros «hermanos latinos». No pude evitar pensar en la película *Mi gran boda griega*.

El clima de fiesta que reinaba en la ciudad era impresionante. Mi hijo Jaime había acudido otra vez desde Nueva York para asistir a la toma de posesión de Obama, y juntos nos fuimos a dar una vuelta por la ciudad para ver el ambiente. En Dupont Cercle había un monigote de plástico inflable de varios metros de altura que representaba a Bush, y la gente le lanzaba zapatos enlazados tratando de colgarlos de su enorme apéndice nasal. Confieso que probé suerte (pero tuve mala puntería), lo que no dejó de ser una temeridad, pues había gente tomando fotos: si alguien me hubiera reconocido, podría haber terminado mi brillante carrera diplomática, y me habría estado bien empleado. Lo sabía, era consciente de ello, y aun así lo hice porque de vez en cuando conviene hacer tonterías para demostrarnos que, a pesar de los corsés, todavía somos un poco libres.

JOHN MCCAIN

Apenas cuatro días después de la elección, fui a ver a John McCain a su despacho del Senado. Me había citado a las diez de la mañana, y quiso el azar que llegara al edificio al mismo tiempo que él, aunque subimos por ascensores diferentes, ya que los senadores tienen algunos que les están reservados en exclusividad, de modo que cuando salí del mío lo vi cojeando (por sus heridas de guerra) tan sólo unos pasos por delante de mí por esos interminables corredores de baldosas negras y blancas del Senado. Lo seguí mientras observaba la reacción de los *staffers*, que, tras cuchichear, no sabían si saludarlo o meterse en sus despachos con visible incomodidad, lo que muchos acabaron haciendo. Me impresionó tener caminando unos metros delante de mí a quien unos días antes podría haberse convertido en el hombre más poderoso del mundo, y, sin embargo, allí estaba, andando solo mientras la gente trataba de evitarlo. *Sic transit gloria mundi!* Cuando me recibió, estuvo tremendamente afable; yo le felicité por el elegante discurso que había pronunciado aceptando su derrota y él me dijo que sentía amargura por haber perdido el voto hispano (a Bush le votaron un treinta y dos por ciento y a él sólo el veintitrés por ciento) a pesar de los esfuerzos que había hecho para cambiar las leyes de inmigración, y atribuía esa reacción hostil a algunos comentaristas de radio y televisión en especial reaccionarios que habían transmitido a los latinos «la sensación de que el Partido Republicano es su enemigo». Y entonces me comentó: «Mire, embajador, o mi partido recupera el voto hispano y el voto joven, que en esta elección se han ido a Obama, o el Partido Republicano se convertirá en un partido marginal e incapaz de ganar elecciones en el futuro». Estaba triste, como es natural, pero eso no le quitó cordialidad al encuentro.

## INAUGURATION DAY

El día de la investidura hacía un frío pelón en Washington. El Departamento de Estado, siempre tan previsor, nos había citado a los embajadores y cónyuges a las ocho de la mañana y nos había advertido que no deberíamos llevar armas de fuego, explosivos, cuchillos, espráis de pimienta, cochecitos de bebé o animales, entre otras muchas otras cosas prohibidas. Típico de Estados Unidos. Tampoco bebidas alcohólicas, que podrían haber calentado el alma en aquellas temperaturas bajo cero. Tras un registro riguroso, nos ofrecieron un café con *muffins* antes de ir al Capitolio para seguir desde allí una ceremonia que no comenzaría hasta las once y media. En los consejos sobre «vestuario» para la ceremonia podía leerse: «Como es muy probable que el tiempo en Washington sea muy frío, se recomienda que todos vistan de forma adecuada. Recuerden que los invitados estarán al aire libre durante cerca de tres horas [...]. En caso necesario se proporcionarán mantas y chubasqueros». Nos dieron mantas, pero no fueron suficientes, y uno no pudo evitar acordarse del noveno presidente de la Unión, William Henry Harrison, que murió treinta y dos días después de haber pillado una pulmonía durante su ceremonia de toma de posesión en 1841. No me extraña. El termómetro marcaba 29 °F (2 °C bajo cero), pero el viento hacía que la percepción térmica fuera de 19 °F, esto es, una sensación real de -7 °C. Y así nos tuvieron tres horas al aire libre, en una tribuna construida en la fachada del Capitolio, desde donde disfrutábamos de una magnífica vista tanto de la ceremonia del juramento, a unos metros de nuestros asientos, como del conjunto del Mall, donde se agolpaban casi dos millones de personas en medio de un gran jolgorio. Unos días antes, mi mujer había entrado en una tienda en Nueva York para comprarse un abrigado sombrero para la ocasión. La atendió un dependiente negro que se quedó literalmente en éxtasis cuando supo que habíamos sido invitados a la «*inauguration*», y nos confesó que también él iba a asistir con su esposa, su madre de noventa años y su hija de cuatro. Al preguntarle si tenía hotel, dado que ya no quedaban habitaciones libres en un radio que iba más allá de Baltimore, mientras que en Washington se alquilaban camas en casas particulares a precios escandalosos, me contestó que habían pensado dormir en el coche, pero que de ninguna manera querían perderse —«especialmente mi madre»— el día en que «uno de los nuestros» iba a ser nombrado presidente de Estados Unidos.

Con buen criterio, pragmáticos ellos, los americanos no invitaron a delegaciones extranjeras. Hubiera sido imposible, pues todo el mundo quería asistir, y el espacio físico disponible resultaba bastante reducido. Yo recordaba el lío que se había organizado en Roma con las delegaciones que fueron a los funerales de Juan Pablo II y a la entronización de Benedicto XVI. Los americanos cortaron sabiamente por lo sano y decidieron que cada país estuviera representado por su embajador y por nadie más, algo que provocó una profunda tristeza entre no pocos políticos españoles que creían que la ceremonia no podía celebrarse sin su presencia y que me llamaban desconsolados para tratar de conseguir una invitación. A Teresa la ubicaron debajo de la tribuna donde Obama juró su cargo, junto con los demás cónyuges de embajadores y otras invitadas especiales. No lo veía tan bien como yo, pero a cambio estaba sentada al lado de Beyoncé. Me comentó que tenía una piel maravillosa, y es que las mujeres se fijan en otras cosas.

De ese día, aparte del frío, lo que mejor recuerdo es el ambiente festivo; todo el mundo estaba o parecía estar de buen humor: empezaba una nueva etapa, un negro era presidente y las expectativas eran tan altas como irreales, lo que luego provocaría desencanto en muchos votantes porque los problemas con los que iba a encontrarse Obama al día siguiente sobre la mesa de su despacho resultaban descomunales y no desaparecían por el color de su piel. Después de jurar sobre la Biblia de Lincoln, Obama pronunció un discurso muy sobrio, alejado de la retórica y de la búsqueda del aplauso fácil, donde destacó la difícil situación económica y lo que se tardaría en superarla. Nada de triunfalismos fáciles. Crudo realismo, aunque cargado de esperanza y de voluntad de reforma. El diario *The Los Angeles Times* titulaba con mucho acierto: «Obama llama a la esperanza ante la fría realidad» (quizá lo dijera con doble sentido), y, por mi parte, yo declaraba al *Diario de Mallorca* que «el problema de Obama es cómo gestionar la euforia que ha generado». No era asunto menor. Aretha Franklin, ya muy mayor, y Yo-Yo Ma amenizaron el acto mientras alrededor se acumulaban las celebridades de Hollywood. Se armó un pequeño escándalo cuando la prensa descubrió que Yo-Yo Ma había hecho un *playback* porque con el frío se le entumecían los dedos y se le desafinaba el violoncelo.

#### UN NEGRO ATÍPICO SIN INSTINTO ASESINO

Y así empezó la presidencia del primer negro en la historia de Estados Unidos, un negro atípico, pues su madre era blanca y su padre no descendía de esclavos como los demás afroamericanos, sino que era un hombre de clase alta de Kenia, y él había sido educado por sus abuelos blancos, lo que es bastante diferente. O sea que se trataba de un mulato que se había educado como un blanco y que voluntariamente había optado por ser negro, como cuenta en *Dreams from my father*, que es, en definitiva, el relato de su atormentada búsqueda de una identidad durante la adolescencia. Un chico que fue a colegios de élite en Hawái, que dirigió la prestigiosa *Review of Law*, de la Universidad de Harvard, y que hablaba con el lenguaje de los blancos, como me dijo una vez un amigo de color. Michelle, su mujer, una afroamericana, con toda la carga psicológica que lleva sobre sus hombros una descendiente de esclavos, gusta mucho menos a los blancos americanos. Les da miedo, a pesar de su gran inteligencia. O quizá también por ello. No puedo evitar pensar que ella, con toda probabilidad, no hubiera sido elegida.

Obama llegó a la presidencia lleno de entusiasmo, con la prioridad de poner la casa en orden y retirar las tropas de Iraq y Afganistán, cambiando para ello todo lo que hubiera que cambiar. En cierta ocasión, un senador me contó que el presidente le había convocado junto a otros colegas a la Casa Blanca, donde les dijo, mientras señalaba un retrato de Lincoln, que éste había tenido la oportunidad de transformar el país, y lo hizo sin arredrarse ante las dificultades, y que él iba a proceder de la misma manera. Obama se miraba en Lincoln y en Kennedy como modelos, y parecía dispuesto a coger el toro por los cuernos y a emprender una reforma, como hizo Roosevelt con su *New Deal* o Johnson con su *Great Society*. O el mismo Reagan, por quien Obama no ocultaba tampoco su admiración. Podíamos estar en el aura de una nueva era, pero no aprovechó su oportunidad. A mi juicio, a Obama le ha faltado instinto asesino: es demasiado buena persona



para los navajazos que se dan en el mundo de la política. Los primeros meses de su Administración estuvieron dominados por la crisis económica; él sabía que la historia lo juzgaría por cómo la resolviera y estaba dispuesto a emplearse a fondo para superarla, incluso proponiendo reformar las viejas estructuras de gobernanza económica de Bretton Woods, como me contó el senador Chris Dodd que quería hacer..., y que no hizo. *The Washington Post* publicó entonces unos gráficos que demostraban que los planes de estímulo de la economía que Obama había puesto en pie salían, a precios actuales, por más del doble de lo que había costado la Segunda Guerra Mundial, y eso a pesar de que economistas como Paul Krugman afirmaban que aún era necesario meter más dinero en el sistema. Su gran prioridad era la reforma sanitaria para dotar de seguro médico a los treinta y dos millones de americanos que carecían de él, algo que habían intentado los Clinton sin éxito años antes. Un mormón, buen amigo mío, me contó que su cuñada padecía cáncer cuando su hermano perdió el trabajo, y con ello, el seguro médico que les cubría a ambos. Éste encontró otro empleo, pero el nuevo seguro se negó a dar cobertura a su esposa porque tenía lo que allí llaman una *preexisting condition* (enfermedad existente antes de la contratación), por lo que se había visto obligado a hipotecar dos veces su vivienda para que su mujer recibiera la atención médica que requería. Al final ella había fallecido; él perdió la casa y estaba endeudado hasta las orejas. Es una historia que me impresionó porque no era algo abstracto, sino un caso próximo con cara y nombre. Pero lo cierto es que Obama no logró explicar bien lo que quería hacer ni consiguió vencer los miedos de quienes pensaban que iba a endeudar en exceso a un país que ya lo estaba, y mucho, con lo que se dispararía la inflación y dejaría una herencia terrible a generaciones futuras. La oposición de los *lobbies* farmacéuticos y de las compañías de seguros fue despiadada desde el primer momento. Pero es que además tampoco les gusta a los estadounidenses que el Gobierno se meta en su vida privada, y de la misma forma que carecen de un carné de identidad (se pasan la vida enseñando su permiso de conducir), rechazan que se les obligue a tener un seguro médico. Cuando le argumenté a un amigo demócrata que también hay que tener carné de conducir, me respondió que eso era sólo si uno quería ponerse al volante de un coche. Insisto: la oposición que se le hizo a Obama con este asunto fue tremenda y muy injusta, pero él tampoco supo transmitir con claridad a la opinión pública las ventajas de lo que ofrecía ni desmontar sus temores a un endeudamiento excesivo. De la oficina del senador Jeff Bingaman me llegó entonces un chiste donde Obama aparecía cargado de bolsas de dinero que gastaba compulsivamente. Esto en un país donde el paro alcanzaba casi el diez por ciento y que, cuando la gente no podía pagar la hipoteca, esto se volvía en seguida en su contra.

A mí me gustaba Obama, no lo niego. El mismo impulso renovador que mostraba en el ámbito económico lo mostraba en política exterior, donde Hillary Clinton acuñó el concepto de *smart power* (poder inteligente), que combinaba las tres «D» de defensa, diplomacia y desarrollo como ejes de su nueva política. Obama sabía que Estados Unidos ya no podía arreglar en solitario los asuntos mundiales (algo que explica muy bien Fareed Zakaria en su libro *The post-american world*) y que tampoco le servía el G-8 para enfrentarse a ellos, porque necesitaba el concurso de otros países emergentes como China, Brasil o la India, que entraban con fuerza en el escenario internacional, algo que él fue el primer presidente estadounidense en aceptar con naturalidad. Ofreció un *reset* (puesta a cero) en las relaciones con Rusia para avanzar en temas de desarme y

facilitar su inserción en el nuevo orden internacional, porque, si bien Occidente manejó correctamente la implosión soviética, que pudo haber sido un desastre de dimensiones planetarias, no había logrado que Rusia entrara en el juego democrático y desempeñara un papel constructivo en la nueva geopolítica surgida en 1989. Sigue sin hacerlo y, como consecuencia, las relaciones con Rusia vuelven a estar mal. Respecto al mundo árabe, Obama pronunció un brillante discurso en El Cairo, donde abogó por la libertad, por dos Estados, uno israelí y otro palestino (apretando las tuercas a Israel en la cuestión de los asentamientos ilegales), mientras tendía la mano a Irán para encontrar una solución negociada que frenase su política nuclear. La Primavera Árabe, que puso patas arriba a países como Siria, Libia, Yemen, Túnez o el mismo Egipto, frustró sus buenas intenciones. Tampoco ayudaron Netanyahu ni los radicales de Hamas. Por otra parte, Obama quiso cerrar la prisión de Guantánamo; el fiscal general, Eric Holder, me comentó en cierta ocasión que le había dado un plazo de seis meses para hacerlo..., pero el Congreso le negó los fondos. Con Corea del Norte, los estadounidenses daban la sensación de no saber muy bien qué hacer, e Iberoamérica seguía sin existir entre las prioridades. Tampoco Europa. Me sorprendió que en el discurso que Hillary Clinton pronunció ante el Senado, donde desgranó las líneas maestras de lo que iba a ser su política exterior, un texto de setenta páginas, no citara ni una sola vez a la Unión Europea, y es que los americanos tienen en cuenta a países como Alemania, Reino Unido, Francia..., pero no entienden bien a la Unión Europea como actor en el ámbito internacional, lo cual no deja de ser comprensible, pues ya Kissinger había preguntado cuál era el número de teléfono de Europa sin obtener respuesta. En Washington se comentaba con humor que, tras la aprobación del Tratado de Lisboa, Europa ya tenía número: el 1, Berlín; el 2, Londres; el 3, París, y así sucesivamente... Sus únicos éxitos en política exterior pueden acabar siendo Irán y Cuba — lo que no está nada mal— pero eso ocurrió durante su segundo mandato, cuando yo ya había dejado Washington.

Obama deseaba retirar las tropas de Iraq y de Afganistán, la más larga guerra de la historia estadounidense. Pero no era fácil, pues encontró resistencias entre los militares, que no querían irse sin cantar victoria después de tanto esfuerzo, de tantas muertes y de tanto dinero gastado. Tampoco podía uno retirarse de cualquier manera, como no puede un cirujano abandonar al paciente en el quirófano con la barriga abierta sin darle antes unos puntos de sutura, y, de hecho, Obama tuvo que comenzar aumentando de forma temporal el número de tropas en Afganistán con objeto de estabilizar la situación interna. Pero mostró muchas dudas, y a este respecto recuerdo haber asistido a una esclarecedora charla en *petit comité* de Bob Woodward, el que reveló el escándalo Watergate, con motivo de la publicación de su libro *Obama's Wars*, que estaba dando mucho que hablar porque ponía de relieve el dilema del presidente y las peleas entre sus asesores sobre la estrategia y los objetivos de la guerra de Afganistán, ya conocida como «la guerra de Obama» frente a la de Iraq, que había sido la de Bush. Hasta tal punto estaba indeciso que Woodward nos comentó que había pensado titular el libro *The divided man*. Por eso los militares destinados en Afganistán no encontraban una respuesta clara sobre cuál era, en realidad, su misión: se había pasado de querer acabar con Al Qaeda a buscar la derrota de los talibanes, y, al final, ya ni de eso se hablaba, y el objetivo, más realista, era el de «*degrade*» (reducir su capacidad) para que no pudieran ni derrotar al Gobierno de Kabul ni dar albergue a Al Qaeda.

Con eso se conformaban. Obama deseaba salir de Afganistán cuanto antes, mientras que su jefe militar, el general Petraeus, era más partidario de una guerra larga: no coincidían en la estrategia que pretendían aplicar, y esto explica las tensiones que existían entre la Casa Blanca y el Pentágono, que le costaron el cargo al general Jones, primer consejero de Seguridad Nacional de Obama y con quien yo había forjado una buena relación personal. Pero, en mi opinión, Obama es más pragmático de lo que la gente piensa: sabía que no podía ganar la guerra y que la percepción de que podía perderla le hacía mucho daño. Por eso quería llegar a un entendimiento con los talibanes, y de ahí que mantuviera en su puesto a Richard Holbrooke, experto negociador a quien yo había conocido en 1995 durante las negociaciones de Dayton sobre Bosnia-Herzegovina. Por desgracia, éste falleció cuando se le rompió la aorta en plena reunión en el Departamento de Estado.

## RECOMPONER LA RELACIÓN BILATERAL

Mi objetivo primordial como embajador era recomponer las relaciones tras el desencuentro que se había producido entre Bush y Rodríguez Zapatero en 2004, cuando éste decidió retirar las tropas de Iraq en cumplimiento de una promesa electoral. Nadie duda de que debía cumplir ese compromiso, pero lo ejecutó muy mal, y desde entonces Bush nos había tildado de socios no fiables y había puesto las relaciones con España en el congelador. Me encontré con un país donde existía una difusa simpatía hacia España perfectamente compatible con multitud de clichés que iban desde la Inquisición hasta la siesta y los toros. Para muchos americanos, España se encuentra en algún lugar de América latina, quizá no lejos de México. No es broma. En el censo de 2010, mi mujer (portuguesa) aparece como *caucasian*, mientras que yo salgo como *latino*. Estos estereotipos vienen de Prescott, que en su libro sobre Isabel y Fernando, que ejerció una enorme influencia a mediados del siglo XIX, presentaba a España como la antítesis de lo que era Estados Unidos. Es lo que William Chislett ha llamado «el paradigma de Prescott»: donde Estados Unidos era industrial, emprendedor, democrático, tolerante, progresista..., mientras España aparecía como agrícola, pasiva, autoritaria, dogmática, reaccionaria... Luego llegaron otros escritores románticos como Longfellow, Ticknor o Irving, que nos veían y mostraban como un país diferente del resto de Europa, quijotesco, atrasado, exótico y lleno de gitanos con guitarra que bailaban flamenco. Completó el cuadro Hemingway con sus historias de guerra y toros, de sangre y crueldad, de heroísmo y violencia. Por nuestra parte, compartimos una cierta ignorancia (aunque no es lo mismo no ubicar en el mapa mundial a España que a Oregón) y atribuimos estereotipos a los estadounidenses como el de vaquero simplón, rico e ignorante. O el de pensar que todo el país es como Nueva York. Además, existe en España un antiamericanismo latente tanto en la izquierda como en la derecha: unos acusan a Washington de haber roto el aislamiento internacional de Franco con los acuerdos de 1953, contribuyendo así a la consolidación de su dictadura, mientras que los otros todavía recuerdan con amargura la agresión de 1898, cuando perdimos Cuba, Puerto Rico y Filipinas, junto con varios archipiélagos en el Pacífico que constituían los últimos jirones de un viejo imperio que ya no aguantaba más.

España está muy presente en la historia de Estados Unidos. El español es el primer idioma de cincuenta millones de americanos y «el idioma en que por vez primera se rezó en este país al Dios del Evangelio», como recordó en español el presidente Rodríguez Zapatero a una selecta audiencia, entre la que se encontraba el presidente Obama, durante el llamado *prayer breakfast* (desayuno de oración), un acto multitudinario organizado por un grupo de evangelistas muy conservadores al que asiste «todo Washington» y muchos invitados extranjeros, unas 3.800 personas, y que se celebró el 4 de febrero de 2010 en el hotel Hilton de Washington, el mismo lugar donde Reagan sufrió un atentado. Fue una intervención que le costó en España las mismas burlas y críticas que a Enrique de Navarra asegurarse la corona de Francia con su famoso «París bien vale una misa». Por eso y porque les dio a Estados Unidos la costa del Pacífico, mi paisano Junípero Serra tiene una estatua en el Capitolio de Washington, el padre Escalante está pintado en una cúpula de Salt Lake City y los estados del sur, desde California hasta Florida, nos piden ayuda para que se reconozca su aportación a la construcción nacional, algo que los anglos tienden a olvidar de manera interesada, como muestra el Museum of American History, en Washington. Otro ejemplo de este olvido lo encontré en Mount Vernon, residencia del primer presidente George Washington, un honrado y admirable granjero esclavista que derrotó a la potencia colonial y rechazó luego convertirse en Rey para devolver todo el poder al Congreso. Allí se venden libros sobre la guerra de la Independencia que no incluyen la más mínima referencia a nuestro Bernardo de Gálvez, que al tomar Florida derrotó al ejército británico en el sur y le impidió reforzar al general Cornwallis, finalmente vencido por Washington en Yorktown. Gálvez es un estupendo personaje de película, y es una pena que no se haga una, porque sería una magnífica inversión que contribuiría a cambiar la imagen de España en Estados Unidos, donde el sentimiento patriótico es muy fuerte. En el museo tampoco había la más mínima mención a la ayuda económica que, bajo cuerda, se hizo llegar a los rebeldes, y por la que el propio Washington expresaría su agradecimiento a nuestro embajador en Filadelfia, don Diego de Gardoqui, con un precioso retrato que hoy está en la Real Academia de San Fernando, de Madrid, uno de los poquísimos suyos tomados del natural. Como les dije a los alumnos de la universidad de William and Mary, la más antigua del país, sita en la histórica ciudad de Williamsburg: «Sé muy bien dónde estoy y no sé si me van a echar ustedes de aquí, pero tengo que decirles con todo respeto y amistad que la historia de este gran país no comienza aquí o no comienza sólo aquí. Antes de que Jamestown existiera (1607), San Agustín llevaba cincuenta años existiendo como ciudad (1565) y Ponce de León había descubierto la Florida en 1513. Y las gentes de Florida o de Nuevo México no son menos americanas que ustedes». Los estudiantes me aplaudieron mucho y luego el rector me invitó a cenar en su residencia oficial, una preciosa casita del siglo XVIII, y me comentó que tenía mucha razón en lo que les había dicho y que ellos tendían a olvidarlo. No es un olvido inocente.

Jugó a favor de nuestros esfuerzos el hecho de que en 2009 se celebrara el cuatrocientos cincuenta aniversario de la fundación de Pensacola por parte de Tristán de Luna con asistencia de los Reyes (Pensacola fue abandonada apenas dos años más tarde, cuando un huracán la devastó, pero como me decía la rectora de su universidad, Judy Bense, si algo hay que admirar en los españoles es su perseverancia, pues la reconstruyeron nada menos que cuatro veces); en 2010, el cuatrocientos aniversario de la fundación de Santa Fe por Juan de Oñate, la más antigua capital de

un estado de la Unión, con la presencia de los príncipes de Asturias; en 2013, el quinientos aniversario de la llegada de Ponce de León a Florida, el primer europeo que pisó suelo americano, y en 2014, el cuatrocientos aniversario de la fundación por Menéndez de Avilés de San Agustín, la ciudad más antigua de Estados Unidos...

## NI PRIORIDAD NI PROBLEMA

En Washington yo me encontré, de forma muy resumida, con tres tipos de dificultades: el primero, que España no es para Estados Unidos ni un problema ni una prioridad, y eso nos sitúa, como a casi todos los demás países, en una tierra de nadie en la que es complicado que te vean y te hagan caso. Cuando yo era embajador en Marruecos, me tuteaba con casi todos los ministros del Gobierno marroquí y con mucha frecuencia invitaba a cenar en casa a tres o cuatro ministros. Cuando no lograba solucionar algún conflicto, llamaba por teléfono al primer ministro o a veces me iba con discreción a su casa a tomar un café, y con suerte las cosas se arreglaban. Otras veces no, pero yo tenía la sensación de haber cumplido mi obligación llegando hasta donde me era posible. En Washington, mi principal escollo era el acceso, y la asimetría era total. Mi colega americano en Madrid, Alan Solomont, tenía el número del teléfono móvil del Rey, mientras que yo sudaba tinta para que me recibieran los secretarios (ministros) del Gobierno de Obama. Mientras a los embajadores de China, Israel o Afganistán se les recibía de inmediato y en ocasiones en la misma Casa Blanca, casi todos los demás embajadores debíamos limitarnos a niveles más bajos, equivalentes a nuestros subsecretarios, que no tienen la misma capacidad de decisión.

El segundo problema tenía que ver con la dimensión del país y con la escasez de medios para abarcarlo. Estados Unidos no es un país, sino un continente; un vuelo desde Washington hasta Los Ángeles dura casi lo mismo que otro a Madrid, y a uno le envían constantemente invitaciones que debe atender y en las que no es posible delegar en ninguno de los nueve cónsules que hay repartidos por el país ni en los ministros-consejeros (número 2 de la embajada) —y yo tuve dos excelentes durante mis años en Washington, José Pascual Marco y Juan Manuel Molina—, porque la gente esperaba y quería ver al embajador en persona. Hubiera tenido que pasarme el tiempo viajando. A veces se trataba de una empresa española que inauguraba sede; otras, se me convidaba a dar conferencias o a participar en reuniones con empresarios americanos, a asistir a exposiciones, a recibir a buques de la armada, a acompañar en visitas oficiales... A medida que la crisis se agravaba, el Ministerio cada vez disponía de menos dinero y racaneaba con las comisiones de servicio, y confieso que los últimos desplazamientos los pagué de mi bolsillo porque entendía que se esperaba que el embajador de España acudiese a estos actos y porque mi presencia aseguraba la de autoridades americanas que nos interesaban y que de otra forma no hubieran estado presentes. Comprendo las restricciones impuestas por la crisis, que a tanta gente ha dejado sin empleo en España, pero no facilitaban mi trabajo. Por cierto que esas limitaciones no se notaban en los viajes de nuestras autoridades, que llegaban en grandes aviones con inacabables séquitos de funcionarios y asesores, la mayoría de los cuales no tenían absolutamente nada que hacer cuando aterrizaban en Estados Unidos.

Mi tercer y principal problema fue el deterioro de nuestra imagen como consecuencia de la crisis. Cuando llegué a Washington España era todavía el país que había causado la admiración del mundo con su Transición política, sus profundos cambios sociales y culturales, su espectacular despegue económico y sus modernas infraestructuras, pero luego se fue convirtiendo poco a poco en un Estado que se encontraba al borde del precipicio y que por su tamaño podía arrastrar hasta el abismo al resto de Europa. De ser un modelo, nos habíamos convertido en una preocupación, en un país que cuando salía en los medios de comunicación lo hacía por la crisis, por las estratosféricas cifras de paro, por los frecuentes casos de corrupción que incluso afectaban a la Casa Real, por las tensiones soberanistas... Un cambio de imagen muy fuerte sólo aliviado por algunos éxitos deportivos que también recibían muy amplia cobertura mediática.

#### LA PAELLA ESTARÁ BUENÍSIMA

Nunca olvidaré la fiesta que organizamos Teresa y yo cuando nuestra selección ganó la final de la Copa del Mundo de Fútbol en Sudáfrica. Pusimos enormes pantallas de televisión en varios salones de la residencia, convidamos a unas trescientas personas e incluso le envié una carta al presidente Obama en la que lo invitaba a verlo con nosotros y bromeaba diciendo que no podía anticiparle cómo sería el partido, pero le garantizaba que la paella estaría buenísima. No acudió, aunque envió en su representación a un par de funcionarios de la Casa Blanca, uno de los cuales, y con la mejor intención, apareció vestido con una camiseta roja... con el escudo franquista. No sé de dónde la habría sacado. Advertí que nadie le dijera nada para no ponerle en una situación incómoda, pero alguien al final se lo comentó y el pobre se quedó de lo más corrido. Durante el partido, la embajadora del país rival, Holanda, Renée Jones-Bos, y yo cruzamos algunos mensajes, pues ella había organizado algo similar en su casa. Cuando Iniesta marcó el gol de la victoria, bien avanzada la prórroga, aquello fue el delirio, y los invitados más jóvenes terminaron celebrando el triunfo en la fuente de Dupont Cercle, bajo la por una vez benevolente mirada de los policías americanos. Mike Hammer, portavoz de Obama, nos envió «de parte de la Casa Blanca, muchas felicidades por el triunfo».

#### LA IMAGEN DE OBAMA SE DETERIORA

Al igual que la imagen de España, también la de Obama se deterioraba día a día. Si a los cien días de su toma de posesión tenía un apoyo popular del sesenta y tres por ciento, tan sólo sobrepasado en igual período por Carter con un sesenta y siete por ciento, al año su popularidad había bajado al cuarenta y tres por ciento y se mantuvo en torno a esa cifra todo el tiempo que yo fui embajador en Washington. Eso a pesar de éxitos como el de haber superado la peor crisis desde 1929, la reforma financiera, el acuerdo START con Rusia, la abolición de la ley «*Don't ask, don't tell*» (no lo digas, no preguntes), que impedía el acceso de homosexuales en las Fuerzas Armadas, o el regreso de los soldados destinados en Iraq. Quizá lo más importante es que Obama había

conseguido en un tiempo muy corto y gracias a su multilateralismo activo cambiar la imagen de Estados Unidos en el mundo, y por eso se le dio el premio Nobel de la Paz, más basado en expectativas que en realidades, un premio que él hizo compatible con la defensa de la guerra justa y con el envío masivo de drones contra sus enemigos acusados de terrorismo. Pero la economía le pasó factura desde un primer momento, pues la tasa de paro subió al 9,7 por ciento, el déficit era de 1,3 billones de dólares y la deuda alcanzó la asombrosa cifra de 13,6 billones. La preocupación de la gente de la calle era evidente en cualquier conversación. Pero es que, además, el presidente tenía una tendencia innata a querer quedar bien con todos, a ofrecer la mano al adversario, que con frecuencia interpretaba su gesto como debilidad y no se la estrechaba, como ha ocurrido con la implacable oposición republicana dentro de casa, o con los rusos, coreanos, palestinos e israelíes en el extranjero. Sus dudas y su voluntad conciliadora han comportado que, al cabo de los años, sean más los americanos que piensan que Bush fue un mejor comandante en jefe.

Las elecciones de mitad de mandato (*mid term elections*) de 2010, donde se eligió a un tercio del Senado (33) y a la totalidad de la Cámara de Representantes (435), fueron una derrota para el presidente, que perdió el Congreso, aunque logró mantener el control del Senado. Además, entraron en Capitol Hill las fuerzas hiperconservadoras del Tea Party, que han llevado a la política americana a un bloqueo sobre todo lo relacionado con un aumento del gasto y también a la imposibilidad de conseguir acuerdos bipartitos con una oposición republicana que no dominaba sus propias filas. Y sin esos acuerdos, Obama no podía sacar adelante la legislación que necesitaba, lo que se tradujo en el progresivo desencanto de sus votantes.

Para llegar a esta situación habían pasado varias cosas: en primer lugar, la aplastante victoria electoral de Obama en 2008 era engañosa, porque sólo le había sacado a McCain cinco millones de votos de ventaja (55 frente a 50) y, como consecuencia, el 48 por ciento de los electores no le dieron su voto ni siquiera en su momento de mayor popularidad.

En segundo lugar, Obama heredó dos guerras abiertas, frente a las que adoptó posturas contradictorias: salir cuanto antes de Iraq mientras aumentaba su participación en Afganistán, que nunca ofreció perspectivas favorables y que en muchas mentes resucitaba los viejos fantasmas de Vietnam. El índice de apoyo popular a esta guerra disminuía cada día que pasaba. La indecisión del propio Obama y el cambio en los objetivos perseguidos no contribuyeron tampoco a cimentar su imagen como comandante en jefe, como ya he señalado antes.

En tercer lugar, a Obama le estalló en la cara la peor crisis económica de las últimas décadas, y no tenía un programa para atajarla. Las medidas adoptadas comportaron que se enfrentara con Wall Street y con los republicanos, e irritaron a muchos demócratas. El paro no bajaba y la economía no acababa de remontar, mientras la preocupación por el terrible endeudamiento del país la compartían tirios y troyanos. En cierta ocasión le oí decir en privado a Paul Volcker (director de la Reserva Federal con Carter y con Reagan) que las clases medias tardarían unos diez años en recuperarse y volver a los niveles que tenían en 2008.

En cuarto lugar, a Obama le honra querer pasar a la historia no sólo como el primer presidente negro de Estados Unidos, sino también como el primer presidente afroamericano que deja su huella a favor de un mundo más justo de acuerdo con sus convicciones. Por eso se embarcó en la

reforma del sistema sanitario. Sabía que le iba a costar votos, pero lo intentó con todas sus fuerzas y luego sacó adelante lo que buenamente pudo porque no supo explicar lo que pretendía, no convenció, y los republicanos no sólo no le apoyaron, sino que encima le minaron el terreno con el entusiasta apoyo de poderosas multinacionales que se gastaron mucho dinero en difundir una propaganda a veces tan falsa como eficaz. El resultado es que la opinión pública no ha comprado el producto y los republicanos amenazan con abolir esta reforma cuando lleguen a la Casa Blanca, aunque últimas decisiones del Tribunal Supremo se lo están poniendo difícil y parecen garantizar que a fin de cuentas la reforma sanitaria será el gran legado de la presidencia de Obama.

En quinto lugar, Obama afrontó la despiadada oposición republicana, que se agravó con la llegada del Tea Party a la escena política. Su jefe de Gabinete, Rahm Emanuel, arrogante como pocos, no supo manejar con habilidad las relaciones entre la Casa Blanca y Capitol Hill, y el resultado ha sido una parálisis que ha perjudicado al presidente al no poder llevar adelante sus proyectos de reforma y cambio.

Por último, dos importantes segmentos de población que respaldaron a Obama para la presidencia se alejaron muy rápidamente de él: los jóvenes, desilusionados porque no había logrado modificar los denostados «modos de actuar de Washington», no había cumplido la promesa de cerrar Guantánamo o no había terminado con los tribunales militares, mientras que tampoco les parecía bien el aumento de tropas en Afganistán. Tampoco le han ayudado los escándalos de la Agencia de Seguridad Nacional desvelados por Snowden. Y también se distanciaron de él los hispanos porque no pudo reunir los votos y los fondos necesarios para cumplir su promesa de reformar la normativa migratoria en un país donde hay once millones de personas en situación irregular. Los propios afroamericanos también mostraron un cierto desencanto, pues esperaban un presidente más aguerrido en la lucha contra la segregación racial.

## CONSEGUIMOS PARTICIPAR EN EL G-20

El primer trabajo complicado que se me planteó en Estados Unidos fue el de poner mi grano de arena para que España participara en las reuniones del G-20. España no era miembro porque, cuando se creó, Aznar tenía la mirada puesta en el G-8 y lo dejó pasar. No obstante, cuando se reveló que para enfrentarse a la crisis hacía falta el concurso del mundo entero y no sólo de los más grandes, el G-20 cobró importancia, y nosotros no estábamos dentro. Un grave error. Sin embargo, nuestra economía era mayor que la de trece de sus integrantes, y por eso nos irritó que se nos dejara fuera cuando se convocó en Washington los días 14 y 15 de noviembre de 2008 una cumbre financiera mundial para tratar la situación creada por la crisis. Desde Madrid me dieron instrucciones para lograr que los americanos nos convidaran, dentro de lo que *El País* llamó «ofensiva diplomática», y a ello dediqué mis esfuerzos con ahínco. Toqué todas las teclas al alcance de un embajador y algunas más, que fueron muchas, y en todos los lugares me encontré con buenas palabras, pero nada más: todos comprendían que lo que pasaba era injusto y que teníamos méritos sobrados para participar, pero me decían que no era culpa suya si nuestro país no era miembro del G-20. La respuesta oficial era siempre la misma: «No se ha excluido a España,



simplemente su país no forma parte de la estructura de trabajo que se ha elegido». Luego añadían argumentos como que no lo tomáramos como un asunto personal, que se quería evitar a toda costa que el G-20 se transformara en un grupo tan grande que fuera imposible alcanzar consensos, que Europa ya estaba demasiado representada y cosas por el estilo. A todo esto yo contestaba preguntando si eso significaba que, si fuéramos africanos o si desgajáramos a España de Europa y la dejáramos a la deriva (*drifting away*) en el Atlántico, nos dejarían entrar, porque no aceptaba su razonamiento. También me decían que no querían abrir el melón de la pertenencia al grupo debido a que eso crearía enormes problemas con otros países, ya que, por ejemplo, también Egipto quería meterse, y Arabia Saudí se oponía. Los estadounidenses nunca me reprocharon que a veces levantara la voz, lo que yo achaco a que, por una parte, consienten que uno defienda con vehemencia sus intereses porque es lo que ellos también hacen y porque, en el fondo, estaban incómodos con la situación y reconocían que algo de razón teníamos. Pero había algo más. El embajador mexicano, Arturo Sarukhán, buen amigo, me dijo que el presidente Calderón le había hablado a Bush en favor de España y que se había topado con una tajante negativa. No era sólo que Estados Unidos hubiera optado por un formato preexistente que nos dejaba al margen; es que la mala sintonía entre Bush y Rodríguez Zapatero estaba influyendo también en contra de nuestras pretensiones.

Al final, después de dar yo mucho la matraca en Washington y otros en el resto del mundo en un esfuerzo conjunto que coordinaba Bernardino León desde la Presidencia del Gobierno, fue una llamada de Sarkozy a Bush la que desbloqueó la situación al cedernos Francia uno de los dos puestos que entonces tenía por ser presidente de la Unión Europea y también como miembro del G-8. Fue un acomodo pragmático, muy a lo anglosajón, que nos permitió participar sin cambiar el nombre del grupo ni integrarnos como miembro pleno. En cualquier caso, tampoco la bandera de Europa añade estrellas cada vez que ingresa un nuevo país. Moratinos estaba encantado cuando me lo anunció por teléfono. El día se completó con una cordial conversación telefónica entre Rodríguez Zapatero y Obama, entonces todavía presidente electo, amañada con perseverancia y habilidad por mi segundo, José Pascual Marco. Nuestro presidente literalmente «levitaba», según me dijo un feliz Moratinos, que me llamó recién terminada la charla. Así comenzó a desbloquearse la situación entre España y Estados Unidos tras cuatro años de incomunicación personal entre Bush y Rodríguez Zapatero.

La cumbre del G-20 salió todo lo bien que podría salir una reunión de esa naturaleza preparada con poco tiempo, en mitad de la crisis y sin liderazgo estadounidense debido a que Bush se iba y ya era un presidente en funciones, mientras que Obama no había llegado aún, aunque era presidente electo. Y sin tomar decisiones políticas al máximo nivel era de todo punto imposible que los ministros de Finanzas pudieran acordar algo, como bien recordó Sarkozy cuando dijo, con su franqueza habitual, que llevaban siete años reuniéndose sin lograrlo. En lo que a nosotros nos concierne, salió de la mejor de las maneras porque España participó en la reunión del G-20 de Washington, que es lo que importaba. Por eso Darío Valcárcel escribió el 13 de noviembre en *ABC*: «Dos diplomáticos profesionales, Miguel Ángel Moratinos y Jorge Dezcallar, se han apuntado un tanto. Han conseguido que José Luis Rodríguez Zapatero se siente, pasado mañana, en la cumbre de Washington». Es un elogio exagerado porque en esta pelea se esforzó

mucha gente, aunque confieso que he trabajado en pocas tareas que hayan sido más ingratas, dado que los estadounidenses no querían que nos integráramos en la reunión y nos hicieron la pascua todo lo que pudieron, por ejemplo, sin dejarnos participar en las sesiones preparatorias. Encima me dijeron, en el último momento, cuando ya entraban en la sala de reuniones, que Bush se opondría a que hablara Rodríguez Zapatero. Preferí no dar la noticia a la delegación española porque el asunto no tenía remedio, crearía peor ambiente y además lo iban a ver en seguida. Y así fue. Pero no importó: Sarkozy le cedió el uso de la palabra y Bush estuvo cortés e incluso, para sorpresa general, le hizo un signo de aprobación (*thumbs up*) cuando acabó su intervención. Debió de gustarle lo que oyó. Vivir para ver. Hasta se tomó una foto de saludo oficial de Rodríguez Zapatero con Bush que yo coloqué, con cierta mala intención, en mi despacho, para desesperación de los colaboradores presidenciales que me visitaban y que parecían creer que contra Bush vivíamos mejor y que las cosas iban a cambiar 180 grados en cuanto Obama asumiera la presidencia. Ingenuos.

#### LA CUMBRE DE PITTSBURG

Regresaron a Madrid eufóricos. Haber estado en la reunión de Washington fue como poner una pica en Flandes, y, en teoría, hacía muy difícil que no nos convocaran a futuros encuentros. Pero cantamos victoria prematuramente. Un año más tarde, en septiembre de 2009, se convocó en Pittsburg una nueva reunión del G-20, y nosotros reemprendimos nuestro vía crucis particular, pues los estadounidenses nos dijeron, una vez más, que no contaban con nosotros porque lo del año anterior había sido una excepción debida a la generosidad de los franceses. Nuestro gozo en un pozo, volvíamos a la casilla cero. Otra vez empecé a tocar todas las teclas a mi alcance, y en vano. De nuevo todos me escuchaban con simpatía y todos me decían que teníamos buenas razones que no discutían, pero que nuestra presencia seguía planteando dificultades debido a la excesiva representación de Europa y porque no se podía abrir el melón de la participación, que suscitaría problemas para todos. Lo de siempre, unos argumentos que yo trataba de contrarrestar con otros también conocidos, añadiendo que en esta ocasión generaba un conflicto político interno el hecho de que Bush nos hubiera invitado a participar en 2008 en Washington y Obama no nos aceptara en Pittsburg en 2009. ¿Cómo explicar eso a la opinión pública española después del entusiasmo *obamita* que destilaban todas las declaraciones de nuestros políticos? Recuérdese que Leire Pajín había manifestado que la coincidencia en el poder de Rodríguez Zapatero y Obama creaba «una constelación planetaria». En serio. No hubo contacto posible en Washington que yo no dejara de tantear, mientras que desde la Moncloa y Santa Cruz se movían también todos los hilos a su alcance con los demás países convocados. Pero no había que engañarse: la solución se encontraba en Washington y sólo en Washington, donde nos seguían poniendo pegas muy concretas, como no dejar que nos integráramos en las reuniones preparatorias o no permitirnos reservar habitaciones de hotel en Pittsburg (ciudad que no anda sobrada de ellas) en tanto que los restantes países no hubieran reservado cuantos cuartos desearan. Al final, Estados Unidos nos aceptó junto con los Países Bajos, que mantenían la misma pelea que nosotros, coincidiendo con la visita a Washington

del primer ministro Balkenende, que había puesto sobre la mesa unas tropas para Afganistán. Quizá fuera coincidencia.

#### UNA FOTO EN LA PÁGINA WEB DE LA CASA BLANCA

Por desgracia, la prensa no recogió este éxito, sino que se quedó en la anécdota, como tantas veces sucede, ese año proporcionada por las hijas de los Rodríguez Zapatero. Camino de Pittsburg, el presidente asistió a la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York, y pretendió que invitaran a sus dos hijas —que al parecer se morían por conocer a Obama— a una recepción que se ofrecía en el Metropolitan Museum para los jefes de Estado y de Gobierno asistentes. Consulté con Protocolo de la Casa Blanca, donde me dijeron que no era posible porque no estaba previsto y porque la ley americana prohíbe que haya menores en lugares donde se sirve alcohol. En vista de ello, el personal de la Moncloa, deseoso de complacer a su señorito, metió a las crías por la puerta de atrás. Una vez allí, se reunieron con sus padres, y los cuatro lograron hacerse una foto con el matrimonio Obama, que la Casa Blanca, en el colmo de la amabilidad, colgó en su página web, donde la vio todo el mundo. ¡Tragedia! Deseábamos una foto, pero también preservar la intimidad de las niñas, ambas menores de edad. Bernardino León me llamó alarmado, y en seguida logré, con la ayuda de mi consejero de Prensa, Leonardo Marcos, que la retiraran de la web oficial. Los americanos no entendían nada: primero nos empeñábamos en llevar a las pequeñas y que se retrataran con el presidente Obama y luego no queríamos que nadie viera la ansiada imagen. No lo comprendían porque en Estados Unidos las normas que rigen la privacidad no se aplican a los menores que asisten a actos oficiales, lo que resulta bastante lógico. Es decir, a las niñas de Obama no se las fotografía cuando van al colegio, pero sí cuando van con sus padres a un acto oficial. El problema se agravó en nuestro caso por dos factores: el primero es que las hijas del presidente no habían aparecido nunca en imágenes y nadie sabía cómo eran, lo que explica una cierta curiosidad. La segunda, porque iban vestidas y maquilladas al estilo de una tribu urbana «gótica», con grandes faldones negros y con los ojos también pintados de negro. El caso es que las pobres niñas se convirtieron en el hazmerreír de toda España, que se llenó de correos donde se trucaba hasta extremos inverosímiles la foto original. No se lo merecían, y el matrimonio Rodríguez Zapatero sufrió con estas chanzas. En lo que a mí respecta, que nada tuve que ver con todo este desgraciado asunto, lo que más me molestó fue que no se habló del éxito que había sido volver a participar en un foro del G-20 sin ser miembro de pleno derecho, porque toda España estaba destornillándose de risa con la desdichada imagen.

#### UN TIRO EN EL PIE EN KOSOVO

El 20 de marzo de 2009 recibí una llamada de Dan Fried, *assistant secretary* para Asuntos Europeos del Departamento de Estado, quien me preguntó con voz airada si era cierto que España pensaba retirar sus tropas de Kosovo, porque, si lo era —y a él así se lo habían asegurado—, eso

sería calificado en Washington como un «acto inamistoso» que tendría repercusiones negativas sobre las relaciones bilaterales. En concreto me comentó: «Mañana tengo que pasarle un *briefing* al presidente Obama. ¿Qué quieres que ponga antes, vuestra retirada de Kosovo o la petición de Rodríguez Zapatero de encontrarse con él?». Y añadió, para que no hubiera dudas: «¿Entiendes lo que te digo?». Contesté que su sutileza dejaba poco campo a la imaginación y le dije la verdad, que no tenía ninguna noticia al respecto y que me parecía difícil que eso pudiera ser cierto y no me hubieran dicho nada, pero como en Washington ya eran casi las ocho de la tarde (la dos de la madrugada en Madrid), le pedí que me diera unas horas, hasta la mañana siguiente, para enterarme. Se trataba de una cuestión grave, y, además, llovía sobre mojado en un asunto en el que teníamos importantes diferencias de fondo con los estadounidenses al habernos negado a reconocer la independencia de Kosovo por buenas y fundadas razones jurídicas.

Por desgracia, era cierto: el Departamento de Estado sabía lo que la embajada ignoraba, y es que Carme Chacón, ministra de Defensa, había dicho a los seiscientos soldados destinados en la base kosovar de Istok que regresaban a casa. Al parecer, ésta había intentado hablar con su homólogo, Robert M. Gates, ese mismo día y, al no conseguirlo, le había pedido al secretario general de Defensa, Luis Cuesta, que le diera la noticia al encargado de negocios de Estados Unidos en Madrid. Así, sin anestesia. De nosotros ni se acordaron, por increíble que parezca. Nos quedamos con el trasero al aire tanto la embajada en Washington como el propio ministro Moratinos, que estaba de viaje y se enteró al mismo tiempo que yo, según me confesó entonces. Tenemos un país muy poco serio. Entiendo la chapuza de la retirada de Iraq —que no discuto en cuanto al fondo— por la bisonñez de un Gobierno novel sin ninguna experiencia de política exterior ni por parte de Rodríguez Zapatero ni de su ministro de Defensa, José Bono. Pero ello había agriado las relaciones entre España y Estados Unidos durante cinco años, con un precio político y de imagen muy alto, y, cuando todo empezaba a ir mejor, habíamos cometido el mismo error, esta vez sin excusa alguna. Una equivocación que hizo revivir en las mentes americanas el recuerdo de nuestra retirada de Iraq y, con él, nuestra imagen de aliado poco fiable, de país con el que no se puede contar porque, cuando menos se espera, te deja plantado sin previo aviso, sin coordinación previa y dejando que hagan frente como puedan al hueco humano, logístico, militar y económico que hasta ese momento cubría. Un desastre. Carlos Miranda, embajador en la OTAN, informaba de la irritación de los aliados, que no podían creer que en la reunión del Consejo Atlántico de quince días atrás (el 5 de marzo) no les hubiéramos anticipado nuestras intenciones, como tampoco fue fácil convencer a Hillary Clinton de que Moratinos no le adelantó esta retirada cuando la vio un par de semanas antes y hablaron de Kosovo... simplemente porque no lo sabía. Les parecía increíble que un Estado europeo improvisara en cuestiones tan importantes, y así me lo dijeron. Yo estaba como una pantera, lo que hice patente en las conversaciones telefónicas que mantuve con Madrid (Defensa y Exteriores) y en los telegramas oficiales que envié a mi Ministerio. Para colmo, si yo hubiera tenido información previa, quizá habría podido hacer un ejercicio de eso que los franceses llaman «*ménager les dégats*», los estadounidenses, «*crisis management*», y nosotros, «salvar los muebles», pero nadie me comentó nada. No era la primera vez. Alguien le contó a *El País* del día 23 que Moratinos «no fue consultado» y que «Jorge Dezcallar no conocía la noticia cuando recibió la llamada del Departamento de Estado».

Cuando al día siguiente hablé con Fried para decirle que lo que él me había anticipado era verdad, Dan me contestó que lo ocurrido era muy grave, que el Departamento de Estado iba a hacer una declaración en la que lamentaría que se hubiera tomado una decisión unilateral, no acordada con los aliados, lo que, sin duda, comportaría consecuencias graves sobre las relaciones bilaterales. También me anunció que ya se podía ir preparando Bernardino León, que por casualidad llegaría un par de días más tarde a Washington, porque le iban a leer la cartilla a fondo. Los americanos estaban indignados: Fox News lo resumía diciendo «España insulta a Estados Unidos». Tal como Fried me había avanzado, el portavoz del Departamento de Estado, Robert Woods, manifestó que Estados Unidos «lamenta profundamente» (*deeply regrets*) la decisión española, una afirmación que, junto con el enfado del secretario general de la OTAN, Scheffer, provocó una tormenta política en España, donde sólo entonces parecieron caer en la cuenta de que las cosas se podían y debían haber hecho de otra manera, aunque Trinidad Jiménez, entonces ministra de Sanidad, salió en defensa de Chacón diciendo que su decisión era «impecable» y que las críticas que se le dirigían estaban «cargadas de machismo». Como suena. En la OTAN estaban irritados ante la flagrante violación del principio básico de «*all in, all out*» (entramos juntos y salimos juntos), que en román paladino significa que, en la OTAN, nada de decisiones unilaterales y de ir por libre. Era una de las mayores chapuzas que había visto en mi vida diplomática.

Bernardino León llegó un par de días más tarde a Washington acompañado por el general Félix Sanz Roldán para encontrarse con el general Jim Jones, consejero de Seguridad Nacional de Obama y amigo de Sanz de la época en la que ambos habían coincidido en la OTAN. Se trataba de una reunión planeada semanas atrás para tratar de otros asuntos, pero la crisis forzó a cambiar la agenda. Lo esencial era quitar la espoleta al problema cuanto antes, y, tras varias conversaciones de Bernardino con el presidente, con la ministra de Defensa y con el ministro de Exteriores, se decidió que, para ello, lo mejor sería un buen ataque, que Berna se ocupó de llevar a cabo con su habilidad habitual. Le prometió a Jones que nos íbamos de Kosovo, pero que reforzaríamos Afganistán con un batallón, además de poner sobre la mesa algunos efectivos más de la Guardia Civil para formar a la policía local y una contribución económica de cinco millones de dólares anuales durante diez años. También le dijo que, de eso de irnos en tres meses como había dicho Chacón, nada de nada, pues podríamos quedarnos hasta un año e incluso más tiempo si hacía falta en algún punto en especial estratégico; en todo caso, y esto era crucial, todo repliegue de fuerzas se haría en estrecha coordinación con nuestros aliados y con los comandantes sobre el terreno. Todo esto tranquilizó a los estadounidenses, que, como dijo Jones, ahora veían «la otra cara de la moneda». León aclaró además a Jones que ni el ministro de Exteriores, ni él ni yo mismo habíamos tenido la menor idea de lo que pretendía la ministra Chacón. Era importante decir eso para salvaguardar la credibilidad de Moratinos con Hillary Clinton y la mía propia con él y con el *State Department*. Pero resultaba innegable que nuestra imagen como país salía dañada ante tamaña falta de coordinación. De todas maneras, los americanos se quedaron satisfechos con la reunión, y Robert Woods, portavoz del Departamento de Estado, manifestó públicamente que habían recibido seguridades de España de que la retirada sería gradual y coordinada con los aliados. Parecía que habíamos logrado evitar la crisis.

Desde la Moncloa me comentaron de forma oficial que lo que había ocurrido era que la ministra le había contado al presidente sus planes por teléfono, y éste, absorto en cuestiones de la agenda económica y de política interior, infirió que el asunto había sido tratado con Exteriores y con los aliados, y le dio luz verde. Sólo después se dio cuenta de que Carme Chacón no lo había hablado con nadie, lo que era culpa de ella y del equipo que la rodeaba, que tenía más experiencia y que hubiera debido frenarla. Imagino que en Defensa hay otra versión.

#### EL VODEVIL «ZP PRODUCTIONS»

Pero si creía que el asunto quedaría así zanjado, no podía equivocarme más. Eso había sido sólo el principio. El vodevil «ZP Productions» estaba comenzando de verdad con un cruce de patéticas recriminaciones entre Bernardino León y la ministra Chacón, mientras Moratinos insistía desde Corea que a él nadie le había dicho nada. Molesta, Chacón contestó desde la base de Rota que la decisión era inalterable y que el grueso de nuestros soldados estaría de regreso en septiembre. Eso fue interpretado en Washington como una modificación sustancial de lo que había mantenido León el día anterior de que la retirada podría durar hasta un año, y así me lo hicieron notar. «¿Quién dice la verdad? —me espetó Dan Fried—, ¿a quién creemos?» No era fácil para mí responder a esta pregunta tan simple y lógica porque contaba con múltiples alternativas:

- Rodríguez Zapatero había manifestado que los soldados eran nuestros y que los llevábamos y retirábamos cuando nos parecía oportuno.
- Chacón decía que el grueso de la fuerza estaría de vuelta tras el verano.
- León ofrecía una retirada en doce meses o incluso algo más si era preciso.
- Moratinos insistía en los doce meses, y así se lo dijo a Hillary Clinton por teléfono.
- El portavoz de la Moncloa había sido más generoso: lo que hiciera falta, seis, doce o dieciocho meses (*El País*, 23 de marzo).

Era una ceremonia de la confusión insuperable. La revista *Tiempo* titulaba con acierto «Una comedia de enredo» (27 de marzo), y la mayor estrella televisiva de la Fox, Bill O'Reilly, quería que yo apareciera en su programa de máxima audiencia para explicar nuestra decisión; cuando decliné su invitación, afirmó en público que «el embajador español se esconde detrás de su escritorio». Era verdad, pero no tenía otro remedio porque no sabía qué decirle. Sentía vergüenza por la imagen que estábamos dando como país: parecíamos una república bananera, y de esa forma era imposible que nadie nos tomara en serio. Para colmo, en medio de este lío, me llamó Moratinos para pedirme, de parte del presidente, que el Departamento de Estado hiciera una declaración «con lenguaje constructivo» que pudiera ayudar a Rodríguez Zapatero en los debates parlamentarios que le iba a exigir la oposición. Al parecer, era lo que más preocupaba en la Moncloa, siempre tan sensible ante la política internacional. No fue una tarea nada fácil, y a ella me dediqué sin entusiasmo pero con disciplina. Mi interlocutor en el Departamento de Estado era siempre Dan Fried. Le comenté tres puntos, siguiendo instrucciones de Madrid:

- Que la retirada sería escalonada y se consultaría con los aliados, como había aceptado la ministra de Defensa.
- Que también se concertaría con los comandantes sobre el terreno, como le había prometido Bernardino León al general Jones.
- Que la mayoría de las tropas saldrían en verano, aunque algunas podrían quedarse hasta dieciocho meses, como explicó el portavoz de la Moncloa.

Fried me preguntó qué significaba «el grueso» (*the bulk*), y le contesté que la mayoría, a lo que me respondió: «¿O sea, el noventa por ciento?». Le dije que no lo sabía, que en aritmética la mayoría iba desde la mitad más uno hasta el cien por cien, pero que no podía aclarárselo con precisión y que no quería aumentar la confusión improvisando por mi parte respuestas, pues bastantes tenores tenía ya la pieza. Para colmo, el portavoz de la Moncloa, el que había ofrecido hasta dieciocho meses de permanencia en Kosovo, como recogió Reuters y publicaron *The Washington Post* y *El País*, fue desautorizado con el argumento de que se había equivocado (!). Fried me dijo que, aunque lo que yo le decía ahora no era lo que León había propuesto (doce meses), considerarían la posibilidad de hacer una declaración si yo le garantizaba que la ministra le manifestaría justo eso mismo al secretario general de la OTAN cuando lo viera el día 26 en Bruselas. Le tuve que pedir tiempo para consultarlo porque no quería destruir la poca credibilidad que me quedaba a mí personalmente y que era la única que a estas alturas se mantenía, después de que se hubiera obligado a Moratinos a afirmar sin rubor desde Seúl que la decisión de retirar las tropas «es una decisión de todo el Gobierno, que todos apoyamos, y no hay ninguna divergencia entre un departamento y otro» (*El País*, 24 de marzo). Hay ocasiones en que ser político debe de ser muy duro.

Cuando se lo planteé a Moratinos, éste me dijo que no podíamos comprometernos a nada que dejara mal la imagen de Chacón. Había que salvarle la cara. Y encima se enfadó con Fried por exigirnos un poquito de formalidad. «Habla con otro», me dijo, como si en un país serio fuera a variar el mensaje en función del interlocutor de turno, exactamente lo que nosotros estábamos haciendo. Le expliqué que Estados Unidos no funcionaba así, que quizá Dan Fried fuera más desabrido, pero que cualquier otra persona me daría la misma respuesta y que, en todo caso, se parara un momento a pensar lo que me decía y se percataría de que no tenía sentido. Pero él estaba sometido a mucha presión en Madrid, y los americanos, todos, no estaban satisfechos con lo que un general italiano llamó, con toda la razón del mundo, «la mala educación» de los españoles. Era el comandante del sector donde operaban nuestras tropas en Kosovo y tampoco se le había informado de la decisión de retirarlas.

Todo este vodevil estaba aumentando por los rumores de una inminente crisis de Gobierno en España, lo que provocó que todos, ministros y ministrables en potencia, quisieran hacer méritos. Y todos perdieron las plumas: Chacón por no haber meditado lo bastante las consecuencias de una decisión a todas luces precipitada; León porque irritó a la ministra al decir que la reacción del Departamento de Estado «se podía haber evitado» con una mejor explicación, y Moratinos porque todo el mundo se dio cuenta de que su presidente y su colega de Defensa le habían dejado por

completo fuera de juego en un asunto importante de nuestra política exterior. Al final hubo un debate parlamentario donde Rodríguez Zapatero y Chacón no reconocieron sus errores, y toda la oposición, desde el Partido Popular hasta Izquierda Unida, pasando por vascos y catalanes, les dio hasta en el carné de identidad. En definitiva, el asunto ocasionó más revuelo en España que en Estados Unidos, donde, prácticos ellos, en cuanto vieron que nuestra resolución era irreversible, se concentraron en conseguir más apoyo español para Afganistán, que era lo que de verdad les interesaba.

Así se superó la primera estúpida crisis que tuvimos durante la era Obama. Con más Afganistán.

## DESCOORDINACIÓN GENERAL

Lo malo es que la crisis de Kosovo no fue la única situación en la que hicimos gala de una descoordinación *de luxe*. Hubo otras. Desde la elección de Obama, todo el mundo en España quería ir a Washington para hacerse una foto con él, y eso se aplica a todo el mundo, desde el Rey hacia abajo. Pues bien, en su día recibí instrucciones del ministro Moratinos para que solicitase que Obama recibiera a Su Majestad en cierta fecha. Cuando trasladé la petición a la Casa Blanca, Elizabeth Sherwood-Randall, responsable de Europa en el National Security Council, me preguntó si era «normal» que el Rey visitara Estados Unidos antes que el presidente del Gobierno. Le contesté, seco, que el Rey era el jefe del Estado, y entonces ella se descubrió al inquirir si yo le estaba hablando en nombre del Gobierno, a lo que, muy molesto, le respondí que yo había ido a verla como embajador de España, y como tal le había hecho la solicitud. Salí de la reunión indignado como pocas veces lo he estado, pues sus cuestiones revelaban que alguien había hecho antes que yo una propuesta diferente a Washington, y eso sólo podía proceder de la Moncloa, que quería que Rodríguez Zapatero pisara la Casa Blanca antes que el Rey. Moratinos y Aza no se lo podían creer. Les dije a ambos que me estaba quemando, y que por eso era mejor que me cesaran y buscaran otro embajador. Pero mi presunción era correcta: mientras yo pedía que Obama recibiera al Rey, la Moncloa sugería por su cuenta, a espaldas de la propia Zarzuela —y por supuesto de la embajada—, que atendiera antes a Rodríguez Zapatero. Y yo en las nubes. ¡Vaya papelón! Somos expertos en pegarnos tiros en nuestros propios pies, como dicen los americanos.

Al final, Rodríguez Zapatero se llevó el gato al agua y fue el primero en plantarse en la Casa Blanca. Llevaba cinco años esperando ese momento. Él no se llevaba bien con Bush tras haber retirado de forma precipitada a nuestras tropas de Iraq y recomendar a otros que siguieran nuestro ejemplo. La guinda la puso al quedarse sentado al paso de la bandera estadounidense en el desfile del 12 de Octubre. A mí me confesó que no se le había pasado por la cabeza hacer un feo a los americanos; lo único que quiso fue expresar su rechazo a la invasión de Iraq al paso de las banderas de los países participantes, «y los demás no se molestaron». Pero no entendió que en Estados Unidos el respeto a la bandera es muy superior al que sentimos los europeos, pues allí los niños recitan todas las mañanas en el colegio su *pledge to the flag* (saludo a la bandera) con la mano derecha puesta sobre el corazón, mientras que en España hemos descentralizado hasta el



patriotismo y en vez de una bandera tenemos 1+17. En un capítulo de la magnífica serie televisiva *El ala oeste de la Casa Blanca*, de Aaron Sorkin, se organiza un escándalo mayúsculo cuando unos prestidigitadores que participan en la fiesta de cumpleaños de la hija del «presidente» Josiah Bartlett pretenden haber quemado una bandera americana como parte de un truco de magia... (A Bartlett le da vida televisiva Martin Sheen, que es un tipo encantador descendiente de gallegos y que tuvo la amabilidad de invitarme a una *preview* de su película *El camino*, sobre la peregrinación a Santiago de Compostela.)

## EL SUEÑO DE RODRÍGUEZ ZAPATERO

La visita oficial comenzó el 13 de octubre de 2009 yendo a ver a la *speaker* (presidenta) del Congreso, Nancy Pelosi, tercera en importancia en el protocolo del Estado. El encuentro fue muy cordial, pese a la rigidez que impone la presencia de intérpretes, y Rodríguez Zapatero no paró de hablar mientras ella lo miraba con aparente arrobó, así que los dos salieron muy contentos. De allí nos fuimos a la cancillería de la Embajada, donde el personal tuvo ocasión de saludar a Rodríguez Zapatero y de hacerse fotos con él, que es un hombre de trato personal extraordinariamente agradable. Ya a solas en mi despacho con el presidente y con el ministro Moratinos y Bernardino León, tuve ocasión de machacarle con mi habitual mensaje de que con los estadounidenses había que ser claro, directo y no irse por las ramas, pedirles lo que deseáramos y contestar sí o no a lo que ellos nos solicitasen, pero que nunca se debía decir una cosa y hacer luego otra porque dejaríamos de ser interlocutores aceptados. En Washington respetan que uno se niegue a lo que sea y defienda con firmeza sus intereses siempre que lo diga con claridad, pero no entienden ni toleran que se mienta para salir de un paso incómodo, y no son pocos los políticos que lo hacen. También tuve tiempo para explicarle que Obama le iba a pedir más guardias civiles para formar la policía de Afganistán y que acogiéramos en España a más detenidos de Guantánamo. Añadí que ésta me parecía una estupenda oportunidad para recordarle que Estados Unidos debería contar con España en la nueva gobernanza mundial que se estaba gestando para hacer frente a la crisis económica que había comenzado el año anterior. Le dije lo que creí que como embajador debía decirle a mi presidente y me quedé tranquilo tras cumplir con mi obligación. También aproveché ese descanso para organizarle un discreto encuentro con el nuevo embajador *in pectore* de Estados Unidos en España, Alan Solomont, que no estaba aún nombrado oficialmente, y con quien siempre mantuve una excelente relación durante el tiempo que él permaneció en Madrid y yo en Washington.

La reunión con Obama salió de cine; yo ya hubiera firmado por ella de antemano, pues a última hora conseguimos que la Casa Blanca invitara a almorzar a Rodríguez Zapatero, lo que suponía darle un trato más preferente que a Berlusconi y colocarnos casi al nivel de Sarkozy, Merkel y Brown, los tres grandes de la Unión Europea, de quienes sólo nos separaba no haber ofrecido la rueda de prensa conjunta en los jardines de la Casa Blanca, sino dentro del despacho Oval. Son los pequeños detalles que marcan las distancias protocolarias y que suelen estar muy medidos para transmitir los mensajes oportunos tanto al interlocutor como al resto del mundo. Por eso decía con humor el papa Francisco que la diferencia entre terrorismo y protocolo es que con

el primero se puede negociar. Se habló de lo previsto: Afganistán, América Latina (sobre todo Cuba), trenes de alta velocidad y energías renovables. Yo me pellizcaba. Cuando entré en la carrera diplomática exportábamos naranjas, y en este almuerzo, Obama, el hombre más poderoso del mundo, nos preguntaba por los trenes de alta velocidad y por nuestra política para fomentar las energías renovables... Al terminar se quedaron los dos solos treinta segundos, y ahí Obama le pidió a Rodríguez Zapatero, como favor personal, que aceptara recibir a más detenidos de Guantánamo, como yo le había adelantado que sucedería.

Luego continuamos disparándonos tiros en los pies, que es lo que de verdad hacemos bien. Moratinos se fue a Cuba y cuando le criticó la prensa conservadora americana, sobre todo *The Wall Street Journal*, llamándole el «hombre de Castro en Europa», él se defendió diciendo que había llevado a La Habana un mensaje de Estados Unidos y contó la conversación entre Rodríguez Zapatero y Obama al respecto, indicando con todo lujo de detalles que el segundo había comentado que necesitaba gestos de Cuba para seguir adelante con la política de acercamiento que había iniciado al llegar a la Casa Blanca. Moratinos añadió que Obama había dicho que los cambios no se producirían de la noche a la mañana, pero que en cinco o diez años «se dirá que éste fue el momento en que las cosas comenzaron a cambiar». Todo ello era cierto, pero no se esperaba que lo fuera a referir. La Casa Blanca se vio obligada a confirmar la veracidad de la información, aunque no les gustó nada que se hiciera pública.

También lo de Guantánamo se complicó porque el ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, no estaba por la labor de acoger a más presos en España, además de los dos ya previamente acordados, y, al parecer, el presidente no le había explicado el compromiso personal que había adquirido con Obama. O no se lo explicó con la claridad suficiente. El habitual deseo de quedar bien y de no pagar luego el precio, que tanto miedo me daba en nuestros políticos. Sin este dato, su oposición era del todo razonable, dado que se trataba de un asunto delicado que nos planteaba tres problemas principales: la catalogación jurídica en España a los detenidos que acogiéramos; los riesgos de seguridad interna y en el ámbito Schengen, y cuestiones relacionadas con su presentación a la opinión pública, pues no es fácil argumentar que pueden circular por las calles de Madrid o Barcelona tipos a los que no permiten pasear por Nueva York o Chicago.

## OBAMA NO VIENE A ESPAÑA

El desempeño de las labores de presidencia de la Unión Europea da mucho trabajo, aunque el magnífico y motivado equipo que yo tenía en la embajada, dirigido entonces por José Pascual Marco, me ayudó una barbaridad. En este aspecto concreto, Camilo Villarino realizó también una gran tarea. Nos estrenamos con un almuerzo en mi residencia con todos los jefes de misión de los veintisiete países de la Unión Europea, al que asistió Phil Gordon, que había sustituido a Dan Fried como *assistant secretary* para Europa del Departamento de Estado. El almuerzo tuvo lugar en el llamado «patio andaluz», un invernadero cuyas goteras había conseguido arreglar Teresa gracias a su insistencia con Moratinos y cuyos árboles repletos de naranjas contrastaban con la nieve que cubría el jardín exterior.

Mi segunda actuación fue con ocasión de la visita de la baronesa Catherine Ashton, la nueva alta representante de la Unión Europea para la Política Exterior y vicepresidenta de la Comisión Europea, que acababa de sustituir a Javier Solana tras la entrada en vigor del Tratado de Lisboa. Con Ashton organicé una reunión de trabajo con los embajadores de la Unión Europea y luego una cena en casa con *think-tanks* de la capital americana, a la que concurrieron personajes de la categoría de Zbigniew Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional con Carter; el teniente general Brent Scowcroft, consejero de Seguridad Nacional con Reagan; John Podesta, director del Center for American Progress y exjefe de gabinete de Bill Clinton; Fred Kempe, director del Atlantic Council; Dan Hamilton, del SAIS de Brookings, y Jeremy Shapiro, del departamento de Europa del Departamento de Estado. Invité también a Javier Sancho, nuestro embajador ante la Organización de Estados Americanos. Fue una cena con una apasionante discusión sobre las relaciones euroatlánticas, en la que Ashton expuso sus ideas y los demás dejaron claro, una vez más, el escepticismo con el que se ve a la Unión Europea desde Estados Unidos. Brzezinski era, a sus ochenta y dos años, la mente más brillante con la que yo me he topado: abogó por un mayor protagonismo europeo (en apoyo de Estados Unidos) en el conflicto israelí-palestino, diciendo que por sí solas las partes nunca llegarían a firmar la paz y que Estados Unidos mostraba un interés nacional en resolver el conflicto porque, en caso contrario, el antiamericanismo no dejaría de crecer en el mundo árabe. También comentó que si se le daba a Ucrania una opción europea, eso frustraría las apetencias imperialistas rusas, mientras que si ello no ocurría, el irredentismo imperial ruso concebiría esperanzas y sería más difícil de controlar (años más tarde hemos visto que el nacionalismo ruso está al alza y que Moscú no ha podido aceptar un acercamiento de Ucrania a la Unión Europea). Al final estaban todos encantados del nivel del debate, a pesar de lo verde que a todos nos pareció que aún estaba la baronesa en aquellos primeros días.

En ese ambiente, el día 27 de enero de 2010 *The Wall Street Journal* abrió con la noticia filtrada, como es evidente, de que Obama no iría a la Cumbre Unión Europea-Estados Unidos que pretendíamos celebrar en Madrid el día 25 de mayo, y en la que Rodríguez Zapatero había puesto todas sus esperanzas para rentabilizar políticamente la presidencia comunitaria en un período de vacas que ya se estaban poniendo muy flacas. Me dio muy mala espina, pero no me sorprendió, pues llevaba semanas advirtiendo a Curro Moratinos y a Bernardino León que eso podía perfectamente pasar. Pero en Madrid tienden a confundir deseos con realidades, y no se lo querían creer. Ese día pronunciaba yo una charla en el Senado para un grupo de políticos estadounidenses sobre la Unión Europea y las prioridades de nuestra presidencia. Al salir me encontré con el móvil rebosante de llamadas no atendidas. Al parecer, Phil Gordon había confirmado en rueda de prensa la información de *The Wall Street Journal*, a lo que añadió que la visita a Madrid «nunca había estado en la agenda de Obama». Lo llamé de inmediato para quejarme tanto del fondo como de la forma. Del fondo de la decisión porque enviaba una clara señal de poco interés por Europa, y de la forma porque hubiera debido telefonarme antes de difundir la noticia. Y lo mismo le dije a Liz Sherwood-Randall, la responsable de Europa en la Casa Blanca. Ambos me contestaron que no nos lo tomáramos como algo personal, pues la decisión no iba contra España, pero que Madrid se había precipitado al anunciar una reunión en la que ellos nunca habían confirmado su participación (lo que era cierto). Dicho esto, ambos reconocieron que deberían haberme llamado

antes de hacer pública su determinación. A la vista de que no había nada que hacer, les pedí que consideraran una visita de Obama a España cuando asistiera en otoño a la cumbre de la OTAN (ésta le interesaba y no la esquivaba), que tendría lugar en Lisboa, y que además hicieran una declaración clara de apoyo a nuestras pretensiones de entrar de una vez en el G-20. Ambos recibieron el mensaje, pero no se comprometieron a nada, pues eran asuntos que les sobrepasaban, y yo lo sabía. Cuando escribo estas líneas, años más tarde, Obama sigue sin poner los pies en España, por más que a mí me dijera personalmente en una ocasión que le apetecía venir, «pero no para trabajar, sino de vacaciones», y mencionara Barcelona. Riendo le contesté que a mí me gustaba más Mallorca, lo que le dejó un instante desorientado hasta que cayó en la broma y soltó una carcajada que sobresaltó a un marine que estaba allí cerca.

#### MICHELLE EN MALLORCA

Si Obama no ha puesto nunca los pies en España, sí que lo hicieron en momentos diferentes su mujer, Michelle, y su vicepresidente, Joe Biden. Este último vino en mayo de 2010 para compensar el desaire hacia la Unión Europea y con la excusa de agradecernos el esfuerzo que realizábamos en Afganistán, donde habíamos duplicado nuestra presencia militar. En Madrid fue recibido en la Zarzuela por el Rey, que estuvo como ausente durante toda la reunión; más tarde nos enteramos de que aquella misma tarde lo habían internado para extraerle un pólipo en el pulmón y que estaba muy asustado. En cuanto lo supe se lo conté a Biden para deshacer la mala impresión causada.

Michelle Obama pasó por Mallorca en agosto, tras unos días de descanso en Marbella con sus hijas. La recibí en el aeropuerto de Palma junto con las autoridades locales, y luego fuimos en caravana por una Vía de Cintura cerrada al tráfico por imposición de la seguridad estadounidense, siempre tan exagerada, hasta el palacio de Marivent, donde los Reyes ofrecieron un almuerzo en su honor. La señora Obama estaba algo desconcertada por las críticas que se le habían hecho debido al coste de su viaje (dos aviones grandes, doscientos agentes de seguridad), que eran las primeras que recibía desde la llegada de su marido a la Casa Blanca. Su visita había surgido de la forma más imprevista: la madre de una compañera de colegio de su hija pequeña la había llamado para invitar a la niña a unas vacaciones en Marbella, y Michelle decidió sobre la marcha apuntarse ella también con la otra hija. Sospecho que no tenía una idea muy concreta de dónde estaba Marbella. Pero una vez allí tuvo el bonito detalle de acercarse a Mallorca para saludar a los Reyes.

#### EL REY EN LA CASA BLANCA

Antes de eso y poco después de la visita de Rodríguez Zapatero a Obama, tuvo lugar la del Rey, que ya había estado previamente, en febrero de 2009, en Pensacola y Miami. El encuentro se fijó para el 17 de febrero de 2010 en Washington, y su preparación fue kafkiana por la habitual forma

de proceder de los estadounidenses, que en este caso se complicó por las inclemencias atmosféricas. A primeros de mes la Casa Blanca aún no me había dado un programa para enviar a Madrid, por increíble que pueda parecer. La agenda de Obama la llevaba en persona su jefe de Gabinete, el arrogante y provinciano Rahm Emanuel, que no la compartía con nadie por razones de seguridad. Mi trabajo consistía en recordarle que no se puede tener esperando de esta manera a un jefe de Estado extranjero, aunque eso no era algo que comprendiera ni que le interesara a la tribu de Chicago que rodeaba a Obama, que no entendía ni lo que era un rey, ni lo que hacía, ni que en el siglo XXI siguiera habiendo reyes en el mundo. La situación tampoco era fácil de explicar a Madrid, que pedía precisiones sobre cuestiones tan prosaicas como la hora de la entrevista con objeto de fijar la de llegada, los *slots*, los sobrevuelos, los itinerarios y otras pequeñeces.

Por si fuera poco, una gran tormenta de nieve sobre Washington lo complicó todo aún más. La llamaron *snowmageddon* y batió el récord, que hasta ese momento ostentaba la de 1898. Entonces habían caído en Washington 138,1 centímetros de nieve, y en esta ocasión, 139,4 centímetros. Ya se sabe que a los americanos les chiflan las estadísticas. Unos meses antes habíamos tenido otro récord cuando una invasión de luciérnagas, millones y millones de pequeñas lucecillas, llegó a Washington y convirtió las noches en los parques y jardines en un inolvidable espectáculo de cuento de hadas. El caso es que, como consecuencia de la gran nevada, el Gobierno Federal cerró desde el viernes 5 hasta el viernes 12 de febrero, lo que me dejó sin interlocutor para preparar el viaje real, fijado para apenas cinco días más tarde. Yo mismo me quedé encerrado sin poder salir de casa durante cuatro días.

Pues bien, al borde ya de un ataque de nervios digno de Almodóvar y tras realizar varias llamadas, incluso a casas particulares, al final me telefoneó Liz Sherwood-Randall el día 12 para decirme que «se había decidido» que el presidente Obama «ofrecería un té» a Su Majestad a una hora todavía no determinada (!). Le dije que aquello no era serio y le expresé mi decepción, aun sabiendo que no era ella quien podía decidir en este asunto; paralelamente, sugerí a Madrid que se considerase si manteníamos el viaje en esas condiciones, aprovechando como excusa la gran nevada y que la televisión anunciaba todavía más nieve para el lunes 15. El problema sería que perderíamos la oportunidad de que el Rey realizara esa visita, que él deseaba hacer, y que, cuando volvieran a ofrecérsela, no habría razón alguna para pensar que el trato iba a ser mejor. Y en ésas estábamos cuando, al día siguiente, sábado 13, cuatro días antes de la fecha acordada para viaje, recibí en mi móvil una llamada de la secretaria personal de Obama en la que me comunicaba que, al final, el presidente daría un almuerzo a Su Majestad en un formato reducido de 1+2, esto es, el Rey más dos personas. Añadió que a Obama lo acompañarían Hillary Clinton y el general Jim Jones. Por nuestra parte, se decidió que se unieran al Rey el ministro Moratinos y Alberto Aza, jefe de la Casa Real. Según me contaron, el encuentro fue muy grato: el Rey desplegó su inmensa capacidad de *charme*, que es considerable, y el almuerzo, que resultó excelente, lo preparó el chef español José Andrés, estupendo cocinero y gran amigo mío, con quien compartí muchos rabazos en golf y muchos partidos por televisión entre el Real Madrid y el Barça durante los años que viví en Washington.

## RELACIONES NORMALIZADAS

Cuando me despedí de Washington, la política nacional vivía un momento de gran polarización, que se trasladaba a un Congreso bloqueado y desprestigiado. Lo que se enfrentaban en Estados Unidos eran dos modelos de sociedad muy distintos entre sí; un setenta y cuatro por ciento de los estadounidenses pensaba que el país iba por mal camino, y eso auguraba muchas dificultades para Obama en el campo interior, donde sus esfuerzos se deberían centrar en bajar la tasa de desempleo, que todavía era del 8,6 por ciento, y en sacar adelante la reforma sanitaria como gran legado de su presidencia, mientras que en otros ámbitos de la política interna se encontraría con muchas complicaciones para avanzar.

En el plano bilateral habíamos entrado en una fase de normalidad y de estabilidad tras los sobresaltos de los últimos años, pues, aunque estoy convencido de que los países serios se mueven por intereses y no a impulsos del corazón, no cabe duda de que la buena química al más alto nivel siempre ayuda. Los estadounidenses valoran muy especialmente nuestro conocimiento de América Latina, de África del Norte y del Sahel, que es una zona que va a exigir mucha más atención por parte de todos en el futuro inmediato. La colaboración en materia antiterrorista constituye otra área de interés compartido y donde la colaboración es muy buena. Además, durante nuestra presidencia de la Unión Europea les ayudamos mucho para lograr que se consensuara entre ambos lados del Atlántico una primera Declaración Común sobre Terrorismo, y el apoyo de los eurodiputados españoles fue crucial para superar las batallas intracomunitarias entre el Consejo y el Parlamento sobre la cuestión SWIFT, que regula el intercambio de información sobre las transferencias bancarias internacionales y que es un instrumento muy importante para luchar contra el terrorismo.

En el plano económico, lo peor de la crisis financiera global, que había dañado mucho nuestra imagen como país, empezaba a pasar cuando dejé Washington. Tras mucho trabajo, parecía que habíamos salido del furgón de cola: nos reconocían que éramos serios y que estábamos controlando el déficit, aunque me expresaban con frecuencia la duda de si, con tanto apretarnos el cinturón, seríamos capaces de crecer o nos quedaríamos varios años «a la japonesa», con encefalograma plano. Estados Unidos era nuestro socio económico más importante fuera de la Unión Europea y el principal destino de nuestras exportaciones; se trataba de un país donde nuestras inversiones se habían multiplicado por siete en los últimos seis años, con una tasa de crecimiento sólo superada por Singapur, y los intercambios comerciales se habían incrementado un asombroso cincuenta y ocho por ciento, aunque aún estaban muy por debajo de nuestras respectivas potencialidades. Por eso lanzamos una campaña de *Made in/by Spain*, que procuraba mejorar nuestra imagen de marca y que se completaba con otra titulada *I need Spain* para atraer turistas a nuestro país. A mi juicio, en este campo se puede y se debe afinar más, pues si pensamos que la imagen de Francia está asociada a la sofisticación, la de Alemania a la calidad y la de Italia al diseño, nosotros no acabamos de encontrar nuestra idea fuerza, por mucho que se hable de la «marca España», que nunca he sabido muy bien lo que quiere decir.

Pero también teníamos serios problemas: la falta de estabilidad de las tarifas de las energías renovables en España, algo que se traducía en inseguridad jurídica e hizo que importantes

compañías americanas me pusieran alguna vez colorado («Esto sólo me ha ocurrido en Georgia y en Argentina») y terminaran llevándonos ante los tribunales de arbitraje internacionales; la piratería informática, muy extendida en España, donde les parecían insuficientes los progresos que habíamos hecho con la llamada «ley Sinde»; la pretensión americana de aplicar extraterritorialmente su normativa USA a nuestras relaciones con ciertos países como Irán, Cuba o Siria, y su creciente proteccionismo, fruto en parte de la crisis y del desempleo, traducido en la política del *Buy American*, que perjudicaba a nuestras empresas.

## GRAN POTENCIA CULTURAL

En el plano de la cultura somos una gran potencia. En Estados Unidos hay hoy más estudiantes de lengua española que de todos los demás idiomas del mundo juntos y no damos abasto (a pesar de los institutos Cervantes, las escuelas bilingües y mil doscientos profesores de apoyo), lo que con toda probabilidad exigirá cooperar en su difusión con países como México y vencer viejos prejuicios que están por completo fuera de lugar. Nuestro idioma ha dejado de ser la lengua de los inmigrantes sin educación (la «del jardinero») para convertirse en una herramienta de comunicación de primer orden deseada por las élites del país. En Estados Unidos lo hablan 48,5 millones de hispanos, un 16,5 por ciento de la población (serán 138 millones en 2050, un veinticinco por ciento), con un poder de compra estimado de 1.300 millones de dólares anuales. Asimismo, ésta constituye una comunidad que a corto plazo influirá en la política estadounidense sobre México, Colombia y otros países de la región con fuertes contingentes de inmigrantes y donde nuestros intereses son muy grandes. Ayudarles en su deseo de hacer en Washington un museo latino sería un buen principio, además de ofrecernos la ventaja de influir en su contenido.

Esta impronta cultural nos obligó a un esfuerzo importante: de lo que más orgulloso estoy es de la creación de una Casa de España como instrumento de diplomacia pública en el magnífico edificio de la calle 16 de Washington, que había sido en su día nuestra embajada, a pesar de las fuertes restricciones económicas que sufríamos entonces y tras haber evitado que se pusiera en venta como algunos en Madrid querían hacer. Hubiera sido un gran error. Mis compañeros Guillermo Corral y Felipe Díaz Suero trabajaron mucho en este proyecto junto con el abogado David Vidal-Cordero. En la National Gallery of Art, con cuyo director Rusty Powell forjé una buena relación, presentamos espectaculares exposiciones de bodegones (Luis Menéndez), armaduras (*The art of power*), arte religioso (*The sacred made real*) y tapices (los de la Colegiata de Pastrana), todas ellas con enorme éxito. También montamos exposiciones en otros lugares del país, como Dallas, donde está el museo Meadows con su sobresaliente colección de pintura española, y en enero de 2011 acompañé a la infanta Cristina a Saint Petersburg, en Florida, con ocasión de la inauguración del estupendo museo Dalí, que alberga el centenar de cuadros de la colección de A. Reynolds y Eleanor Morse. Cuando me pidieron que pronunciara unas palabras en la ceremonia inaugural, les conté una anécdota que había vivido con Salvador Dalí cuando yo era un joven agregado cultural en nuestro consulado de Nueva York, a fines de la década de 1970. Como sabía que se alojaba en el hotel Saint Regis, lo llamé para presentarme, y Dalí me sugirió

que lo invitara a comer, a lo que accedí de inmediato, como cabe suponer. Entonces él me dijo, todo esto por teléfono, que el único problema era que él sólo almorzaba en Le Cirque. Contesté que me parecía muy bien, pues, aunque estaba al tanto de que era un lugar muy caro, no iba yo a regatear con el maestro, y allí quedamos para la semana siguiente. Llegué al restaurante diez minutos antes de la hora fijada y me senté a la mesa que previamente había reservado para dos. Entonces apareció Dalí con seis amigos más. Como es natural, hubo que juntar varias mesas para que cupiéramos los ocho. Cuando acabó el almuerzo, que resultó muy divertido, se fueron todos tan contentos y me dejaron con la cuenta, que me pareció astronómica. En Le Cirque no aceptaban tarjetas de crédito, y yo no llevaba cheques ni suficiente dinero encima. Expliqué quién era y me ofrecí para regresar al día siguiente y pagarles la cuenta. Aceptaron mi propuesta, pero antes tuve que dejar mi reloj en prenda, pues supongo que no se fiaban demasiado de la tropa que solía acompañar al pintor de Cadaqués. Fue un almuerzo que desniveló mi presupuesto mensual de manera notable. Todos se rieron mucho con mis desventuras.

## LA DEFENSA

Pero no hay que engañarse, lo que a Estados Unidos les interesa más de España son los asuntos relacionados con la defensa. Tras el traspie de nuestra sorpresiva retirada de Kosovo, las relaciones habían recuperado un tono de normalidad cuando dejé Washington. El convenio de 1982, que renegoció Máximo Cajal en 1989 y que retocamos por última vez en 2011 para controlar mejor el paso de personas o explosivos, entre otras cosas, permite a Estados Unidos utilizar instalaciones de apoyo en las bases de Rota y Morón, fundamentales para su despliegue mundial y, en concreto, en África y Oriente Próximo. Durante mi estancia en Washington, a los estadounidenses les preocupaba de modo muy especial que los autorizáramos a estacionar en Rota cuatro fragatas dotadas del sistema antimisiles Aegis. Estos buques, que disponen de la tecnología antibalística más moderna y sofisticada, forman parte del escudo antimisiles dirigido, en teoría, contra Irán, pero que desborda con mucho ese propósito confesado. Desde el primer momento fui partidario de acceder a esa petición, aunque creo que no jugamos bien nuestras bazas negociadoras porque podríamos haber obtenido mayores contrapartidas... y reconozco que mi paso por Marruecos puede haberme dejado un cierto poso de mercader de alfombras. Y es que con excesiva frecuencia *they take us for granted* (ellos dan por sentado nuestro apoyo de antemano) porque, a mi juicio, ni somos críticos con decisiones estadounidenses que a veces merecen alguna objeción ni defendemos nuestros intereses con la debida firmeza, que es algo que ellos comprenden, aceptan y respetan. Viejos complejos y deseos de agradar que no entiendo bien. También autorizamos entonces la ubicación en la base de Morón de una fuerza de despliegue rápido de quinientos soldados que dependen del *Africa Command*, con base en Alemania y preparados para llevar a cabo acciones en el norte de África y en el Sahel, que es una zona en la que debería ser mayor el compromiso europeo (y español). Esta cooperación en el ámbito de la Defensa ha aumentado cuando escribo estas líneas y a mí me parece muy bien.

Por último, aunque no menos importante, estaban nuestras tropas en Afganistán, donde



teníamos mil quinientos soldados; habíamos anunciado que continuaríamos «hasta el final de la misión» en un momento en que otros — canadienses, polacos, holandeses— se planteaban salir, y los estadounidenses sabían bien que el apoyo popular a esa guerra era entonces en España justo la mitad que en Estados Unidos (veintisiete por ciento frente al cincuenta y cuatro por ciento). Sin olvidar la esencial participación de los buques de nuestra armada en la operación Atalanta contra la piratería en el océano Índico... y en otras operaciones de las Naciones Unidas en el Líbano o de la Unión Europea en la República Centroafricana.

#### FALTA UNA VISITA PRESIDENCIAL A ESPAÑA

Nuestras relaciones son hoy excelentes, pero es preciso que sean visibles por parte de la opinión pública y del mundo en general, algo que no hemos logrado durante los últimos años, y eso exige que el presidente de Estados Unidos realice un viaje oficial a España. No basta con ir nosotros allá. Se trata de una asignatura pendiente, pero para conseguirlo hay que dotar antes de contenido a la visita, y eso demanda mayor seguridad en nosotros mismos —que para eso somos un gran país— y en la defensa de nuestros intereses, una política exterior vigorosa y un mayor peso en las relaciones internacionales. Debemos admitir que son aspectos en los que hemos conocido tiempos mejores no hace mucho. En contra de lo que es habitual entre nuestros políticos, en Washington no comprenden que éstos viajen con el exclusivo propósito de hacerse una foto, y cuanto antes lo entendamos será mejor para nosotros. La obsesión de los ministros españoles que iban a Washington para salir en una foto con algún senador (con cualquiera, el nombre era lo de menos) que luego se pudiera publicar en algún periódico en España era tal que mi predecesor, Carlos Westendorp, me recomendó que contratara algunos figurantes para ese cometido, con lo que me quitaría así muchos problemas de encima. No lo llegué a hacer, pero siempre he pensado que era una excelente idea. ¡Y estoy convencido de que no se hubieran enterado!

Pocos días antes de terminar mi misión diplomática en Washington, viajé a la base aérea de MacDill, en Tampa (Florida) para recibir el tesoro de monedas y otros objetos del pecio *Nuestra Señora de las Mercedes*, hundido frente a las costas de Algarve en 1804 y que había sido objeto de una larga y dura batalla judicial con la empresa Odyssey en la que mi embajada desempeñó un destacado papel. Es una historia que cuento en otro lugar y que constituyó un bonito cierre a los cuatro años en que tuve el honor de representar a España como embajador en Estados Unidos.

## A MODO DE EPÍLOGO

Cuando uno se pone a redactar un libro como éste, es inevitable perderse en los recuerdos, y al hacerlo constato que me vienen a la mente más situaciones buenas que malas, muchas más, y que he tenido la suerte de disfrutar de una vida variada e interesante, una vida que me ha permitido divertirme mucho con mi trabajo, aunque eso suene ligero o frívolo, y es que nada hay de malo en tener un sentido lúdico de la propia existencia. Es más, creo que es una bendición de los dioses y estoy convencido de que mi casi paisano de Deià, pueblo muy cercano a Valldemossa, Robert Graves, que sabía más que nadie sobre mitología griega, hubiera estado de acuerdo conmigo.

Se ha dicho que los diplomáticos no son diferentes del resto de los seres humanos, con la salvedad de que ellos no lo saben, una frase ciertamente ingeniosa pero que no hace justicia al grupo de excelentes profesionales que integran la carrera diplomática española y que gozan de muy buena imagen entre los colegas de otros países. Por eso nunca me ha gustado cuando, a modo de elogio, la gente me decía: «Tú no pareces diplomático» porque yo quería parecerlo, me gusta mi profesión y me molestan los tópicos. Al fin y al cabo, fue Talleyrand quien devolvió a Francia unos límites que Napoleón había perdido guerreando y fueron diplomáticos portugueses los que consiguieron para su país en Tordesillas lo que un día sería Brasil. De igual manera que ningún viento es bueno para el velero que no sabe adónde va, no hay que olvidar que son los políticos los que dirigen la política exterior.

Y si me gusta el trabajo al que he dedicado mi vida profesional es porque me ha ofrecido mucho como contrapartida. Hay gente a la que respeto y que siempre ha vivido en la misma ciudad, que siempre saluda por las mañanas al mismo portero y compra el periódico en el mismo quiosco, lo que supone ciertas ventajas, como que te fían si un día olvidas el dinero en casa. Pero es una perspectiva que a mí, personalmente, me hubiera aterrorizado. Prefiero la trashumancia y cambiar con frecuencia de ciudad, de idioma, de paisaje, de clima, de gastronomía y de conocidos (los amigos son los de toda la vida... aunque puede haber sorpresas) y disponer de tiempo para profundizar en otros lugares, lejos de la superficialidad que dan el turismo o los viajes ocasionales, aunque a menudo se echen de menos sabores y olores de la patria lejana, como bien sabe cualquier expatriado. Y soy también muy consciente de lo dura que esta vida itinerante puede ser para nuestros cónyuges, forzados a abandonar su profesión siquiera sea temporalmente, y cuya ayuda es de enorme importancia en una actividad que obliga a una intensa vida social. Los países más desarrollados de nuestro entorno ya les asignan un sueldo para compensarles por su labor y otros inconvenientes; por el contrario, los países que no se los den se encontrarán, en un futuro no

lejano, con diplomáticos solos en el exterior, algo que no será bueno ni para ellos ni para el Gobierno que los envíe. Se trata de una vida también dura para nuestros hijos, que cambian de estudios, de amigos y de idioma con más asiduidad de la que desearían y que corren riesgos identitarios y de inadaptación. Las personas que refieren los fáciles tópicos diplomáticos desconocen estas realidades. Por eso hay que tener las prioridades claras y no olvidar nunca que la vida familiar es más importante que la profesional. Tiene mucha suerte el que logra conjugarlas de forma armónica, y en eso también he sido afortunado.

El trabajo diplomático presenta la ventaja de que permite pelear por encima de la propia categoría sin salir noqueado del *ring*, en la medida en que te codeas con quien quieres en el país donde estás destinado. A mucha gente le divierte frecuentar la vida de las embajadas, y los diplomáticos lo aprovechamos porque necesitamos esos contactos y esas relaciones sociales. En Roma me codeaba con astutos cardenales y con *principessas* propietarias de asombrosos palacios e insospechable capacidad de convocatoria; en Uruguay mis amigos estaban en la oposición política y en el mundo del arte, del que recelaban *los milicos* en el poder; en Polonia, mi primer destino, cuando todavía estaba soltero, me movía entre intelectuales marginados y las bellezas de la Moda Polska; como embajador en Marruecos sentí que formaba parte de una gran potencia, y los contactos políticos y empresariales ocuparon todo el tiempo que no destinaba al estudio de las joyas y de la cultura bereberes (sobre la que tengo una preciosa colección abierta al público en Mallorca); como agregado cultural en Nueva York me dediqué al mundo de la cultura y del espectáculo, pues todos querían triunfar donde, como canta Frank Sinatra, «*if you make it there, you can make it anywhere*» (en concreto, recuerdo a una cantante española muy conocida con quien «me equivoqué» al renovarle el pasaporte y le quité diez años de encima; me adoraba). Al final, en Washington, como embajador de España me codeé sin grandes esfuerzos con políticos, intelectuales, importantes empresarios, deportistas, premios Nobel y artistas de Hollywood. Gente con la que no hubiera coincidido de haberme quedado en Mallorca y que ha enriquecido mi vida. Y ya que estoy, confesaré que el personaje que más me ha impresionado de cuantos he tratado a lo largo de estos años ha sido Nelson Mandela por su trayectoria y porque su sola presencia y su elegancia natural llenaban el espacio entero en el que se encontraba.

Pero lo más bonito de mi vida ha sido poder contribuir a esa Transición española que asombró al mundo y nos volvió a ofrecer un lugar digno en el concierto de las naciones. Para un chico de provincias nacido en el franquismo, ver cómo España se ponía literalmente de moda en Nueva York al morir el dictador, recibir llamadas del Metropolitan y del MoMA para montar exposiciones con nuestra pintura o de la Cinemateca para organizar un ciclo de cine español en Manhattan era un sueño, pues eran puertas que antes no se nos abrían. O ser aceptado por colegas europeos como uno más en sus reuniones. ¿Y qué decir de nuestra entrada en el entonces Mercado Común? Pasé tres años como director general de Política Exterior (director político) en Exteriores, y como tal asistía a las reuniones del Comité Político, encargado de velar por la adecuación de las políticas nacionales de los doce (y luego quince) a las directrices emanadas de la PESC (Política Exterior y de Seguridad Común) y de preparar los consejos de jefes de Estado y Gobierno y de ministros de Asuntos Exteriores, y nuestras presidencias eran las mejores porque queríamos hacerlo tan bien que nos pasábamos varios pueblos. En Bruselas nos llamaban entonces

«los prusianos del sur», aunque nunca estuve seguro de que eso fuera un cumplido. Pero es que, después de una marginación demasiado larga, deseábamos demostrar a nuestros colegas, y sobre todo a nosotros mismos, que los españoles no éramos para nada diferentes, sino iguales o si acaso algo mejores que los demás. Fue una época de mucha ilusión, en la que nuestra política exterior intentó abarcar más de lo que en verdad era posible, lo que logramos a base de entrega, de mucho trabajo y de entusiasmo, que nos permitieron jugar por encima de nuestra liga. Por eso me duele ahora ver cómo nuestro peso internacional ha bajado y países recién llegados como la misma Polonia tienen más peso en Europa. Y es que nuestra clase política, particularmente monóglota y provinciana, sufre de ombliguismo: está centrada en la política interior y además le da miedo asomar la nariz fuera de casa; no se da cuenta de que el mundo no va como va por casualidad, sino gracias a que algunos países lo hacen avanzar en una dirección y no otra y están dispuestos a asumir los costes de su resolución, que luego recuperan con creces. En cierta ocasión, siendo yo director político de Exteriores, acompañé a Javier Solana, entonces ministro del ramo, a una reunión del G-7 en el restaurante Twenty-One, de Nueva York. Asistíamos porque desempeñábamos entonces la presidencia de la Unión Europea, y salimos ambos impresionados por las decisiones que allí se adoptaron y que luego confirmaron la ONU, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, etcétera, convertidos así en meras cajas de resonancia de acuerdos previos tomados entre los siete países más influyentes del mundo. Allí se decidió, por ejemplo, hasta dónde se iba a permitir subir el precio del petróleo o no enviar tropas al conflicto de los Grandes Lagos entre hutus y tutsis.

Cuando dejé la embajada de Washington unos pocos meses tras el triunfo del Partido Popular en las elecciones de noviembre de 2011, no esperaba que me dieran otra embajada, y tampoco la pedí. Después de la de Estados Unidos, que es la más importante, como me dijo Felipe González, las demás parecían menos atractivas. Pero tampoco me ofrecieron ninguna, y la verdad es que eché de menos una llamada telefónica de alguien para comentarme amablemente lo normal, que lo había hecho bien en Washington y todas esas cosas, que mi relevo era natural después de cuatro años allí y que, si bien no había nada para mí en ese momento, quizá dentro de un par de años pudieran concederme la embajada en Zimbabue, o alguna otra mentira piadosa de ese tenor. Como es natural, yo hubiera contestado que muchas gracias y no habría aceptado, pero se hubieran salvado las formas y me hubiera quedado tan contento, aunque confieso que cuando pienso en cuestiones de urbanidad y educación me siento un poco mayor, pues los tiempos no acompañan. Pero nadie me llamó, y es que se están perdiendo las formas hasta en Exteriores. No se dan cuenta de que ser amable y educado es más fácil y produce menos desgaste que ser borde. Al volver a Madrid y constatar que mi único futuro estaba en los pasillos del Ministerio con algún cargo tan rimbombante como carente de contenido, no gasté ni un minuto y solicité la jubilación anticipada, dado que aún me quedaban casi cuatro años de servicio activo. No era lo que había deseado, pero fue una magnífica decisión. Yo había pasado por la empresa privada durante un par de años al cesar como embajador en Roma tras la muerte de mi primera mujer, y sabía muy bien que hay vida después de la diplomacia y que es buena. No me equivocaba.

Pero es triste constatar que los políticos en España están todos cortados por el mismo patrón: quieren lealtades acriticas y les agrada rodearse de *yes-men*. El maniqueísmo es total, o está uno

con ellos en cuerpo y alma o consideran que estás con el rival, convertido automáticamente en enemigo. Los independientes no gustamos y no se fían de nosotros; prefieren a los que se ponen orejeras y aplauden cualesquiera que sean las ocurrencias que tienen los jefes de turno. Me he encontrado dos veces en mi vida sin destino. La primera ya la he contado, fue cuando me cesaron en el gabinete de Felipe González. Me fue bien porque para llegar a fin de mes y pagar la hipoteca me puse a dar clase a opositores a la carrera diplomática, y eso me refrescó los propios estudios y estimuló mis neuronas. Ya saben, la «pirámide normativa» de Kelsen, las campañas napoleónicas y esas cosas. Pero confieso que me ha dolido lo que José Bono cuenta en *Diario de un ministro* (Planeta, 2015) que le dijo Felipe González sobre mí: «Jorge Dezcallar no vale para el cargo del CNI (Centro Nacional de Inteligencia); pese a haber sido cargo de confianza del PSOE, fue uno de los diplomáticos que secundó la huelga general contra nuestro Gobierno». Me parece un argumento muy sectario para descalificarme cuando tengo sobrados defectos que podrían ser aducidos con mayor rigor. Eso, si es cierto lo que cuenta Bono, me parece mezquino; no me lo esperaba del expresidente González porque creo que es un hombre muy inteligente y porque también considero que cada uno debe poder pensar como quiera y publicar caricaturas de Mahoma, si es lo que le pide el cuerpo, sin tener que aguantar una condena por blasfemia. Pero es que además el expresidente se equivoca, ya que ni participé en aquella pequeña huelga ni tampoco lo hice en ninguna de las tres huelgas generales que a Felipe le montaron los sindicatos en 1985, 1988 y 1992. Es más, recuerdo haber regresado de Bruselas el día 14 de diciembre de 1988 con Fernández Ordóñez tras una reunión del Consejo de Asuntos Generales de la Comunidad Europea y haber dado con él una vuelta en su coche para comprobar los efectos de la huelga general organizada por UGT y CCOO contra la reforma laboral. Madrid estaba desierto.

La segunda vez que me han querido mandar al pasillo, pero ya soy mayor y no me he dejado, ha sido por decisión del Gobierno al terminar mi misión en Washington. Ellos sabrán la razón, si es que la hay, dado que a mí nadie se ha molestado en explicármela, y aunque se me ocurren algunas hipótesis, no tengo pruebas. En cierta ocasión, en diciembre de 1996, Felipe González presidió una delegación de la OSCE (Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa) en Serbia y pidió al ministro Abel Matutes que le prestara a un diplomático para hacer de secretario de la misión. Matutes me designó a mí, que era entonces director político; cuando me presenté ante González en su despacho en la calle de Gobelias de Madrid, éste me dijo con sorna: «Matutes me ha dicho que estaría contento porque me enviaba a uno de los míos». Me quedé perplejo. El Partido Popular me veía como alguien del PSOE, que, sin embargo y con motivo, no me consideraba como propio. Fue un viaje muy interesante porque pastorear a aquella variopinta delegación de gentes de diversos países con agendas contrapuestas no fue fácil, y además me permitió asistir en Belgrado a un fascinante encuentro, casi a solas, de Felipe González con Milosevic para convencerle de que democratizara el país —citando su propio ejemplo en España— con la finalidad de que Serbia pudiera desempeñar un papel importante en su región y así normalizar su relación con la Unión Europea; Milošević se resistía a ello porque, decía, «si abro la mano me llevan por delante». No la abrió, y a la vista están los resultados. Luego fui yo quien redactó el informe sobre el viaje, y Felipe me encargó ir a leerlo ante la asamblea de la OSCE un 3 de enero en Viena, donde hacía un frío pelón. Creo que tanto lo que cuenta Bono en su libro

como esta misma anécdota son reveladoras de cuanto afirmo: los políticos quieren al lado a quien les aplaude con las orejas, y yo nunca he deseado ni he sabido hacerlo. La consecuencia es que he trabajado profesionalmente y con lealtad con cinco presidentes diferentes, desde Suárez hasta Rodríguez Zapatero, que ha sido el último en darme trabajo, e imagino que todos me han considerado del otro lado debido a que he mantenido mi independencia por encima de todo; supongo que mi actuación tras los atentados del 11-M en Madrid les ha confirmado en esta apreciación. Por mi parte, me siento muy tranquilo y volvería a proceder como entonces lo hice, sabiendo que no iba a satisfacer ni a unos ni a otros porque he mantenido siempre mi conciencia y mi independencia, algo que al parecer molesta mucho a los que no la tienen. Me refiero a la independencia.

Ninguno de mis hijos ha optado por la profesión diplomática, aunque creo que lo harán mi hijastro Duarte, hijo de un embajador de Portugal y que lleva la diplomacia en las venas, y mi sobrina Mónica, hija de mi hermano Alonso, también diplomático. Hay mucho de genético en esta profesión porque es un oficio muy vocacional que o te gusta o no te gusta, sin términos medios. Respeto sus decisiones, como no podía ser de otra manera, aunque no puedo evitar pensar que la mejor época de la diplomacia se encuentra detrás de nosotros, y no delante. El mundo está cambiando muy deprisa como consecuencia del repliegue americano, la decadencia de Europa y la emergencia de nuevos actores, con China a la cabeza, que anhelan pisar el gran teatro del mundo con ambiciones de protagonista. Todo ello en un contexto caracterizado por la globalización y el cuestionamiento de las instituciones políticas y económicas derivadas de la Segunda Guerra Mundial, pues no tiene sentido que Francia o el Reino Unido sean hoy miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y no lo sean Japón o la India, o que Italia tenga tantos votos como China en el Banco Mundial; la decadencia del Estado-nación y el nacimiento de otros sujetos de derecho internacional como regiones o corporaciones; la aparición de nuevas tecnologías que facilitan la participación política de los individuos, a los que hacen a la vez más libres y más controlables; y, por último, la intromisión de la economía en el ámbito de la política como un elefante en una cacharrería, hasta el punto de que muchas decisiones de gran trascendencia se adoptan sin el necesario debate democrático, una tendencia muy preocupante y que va a más. Se trata de un momento confuso de transición, en los albores de una época nueva, que hace pensar en la famosa frase de Toynbee, que afirmaba que el polvo que levanta el galope de los caballos de la historia no nos permite ver con claridad lo que está ocurriendo en derredor. Y estamos ante cambios trascendentales.

Son transformaciones de enorme calado que exigen una necesaria adaptación de las formas y los usos de la diplomacia a las nuevas condiciones ambientales, en un proceso que no es nuevo, pues el cambio es tan consustancial a la vida como la muerte lo es al progreso. Lo primero lo dijo Darwin hace un par de siglos y lo segundo nos lo recordó Steve Jobs antes de fallecer, en 2011. Con la revolución de la información y de las comunicaciones, el diplomático ha perdido autonomía, pues las decisiones se toman en las respectivas capitales y los decisores políticos se reúnen constantemente (cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt y Churchill no se habían visto nunca), recortando su capacidad de decisión. Tampoco es capaz de competir en tiempo real con las agencias de noticias, aunque eso resulta menos grave, porque tan esencial

como la noticia es su análisis e interpretación, y ésta sigue siendo la parte importante de nuestro trabajo. Y por mucho que los jefes de Estado y ministros se comuniquen directamente entre ellos y que con frecuencia olviden informar de lo tratado a sus embajadores (en países mal organizados), siempre hará falta que alguien resida en el país de acreditación, conozca a quienes toman allí las decisiones, pueda influir sobre ellos, tenga un teléfono móvil para despertar al responsable de lo que sea a las tres de la mañana si es preciso, y, fundamental, que no sólo explique en el extranjero las razones de su Gobierno para actuar de cierta manera, sino que sea también capaz de ayudar a que en su propia capital entiendan, a su vez, los motivos que impulsan al Gobierno del país donde está acreditado. Ésta es una parte muy importante de la labor diplomática, y realizarla bien evita, según mi experiencia, infinidad de problemas.

Por eso, estoy convencido de que nuestra labor seguirá siendo necesaria, aunque diferente, quizá menos centrada en política y más en economía, en cooperación internacional, en temas de terrorismo y tráfico irregulares, en asuntos globales como el clima, la pobreza o la proliferación nuclear, mientras cobran creciente importancia los contactos en los medios parlamentarios, financieros y del mundo de la información —además de los políticos de toda la vida—. Todo esto exigirá una mayor especialización de los funcionarios dedicados a este trabajo, sin que por ello se pierda una conveniente visión del conjunto de las relaciones bilaterales, que es algo esencial en los jefes de misión. Estoy seguro de que los chicos y chicas que, llenos de entusiasmo, se preparan o dan ya los primeros pasos en la profesión serán capaces de adaptarla a estas exigencias y saldrán airoso de la tarea, pues siempre harán falta leales ejecutores de la política exterior que marque el Gobierno de turno.

Sólo me permitiría aconsejarles que no pierdan nunca la curiosidad por el maravilloso mundo que les rodea, que aunque la necesidad les convierta en lectores insaciables de información periodística nunca abandonen la buena literatura (en especial la clásica, que ayuda a hablar y a escribir bien), y que disfruten con su trabajo, pues si a esto se añade el tiempo que el diplomático tiene que destinar a la vida social, que también es trabajo (y con frecuencia el más pesado), éste acabará dedicando a la profesión muchas más horas al día que cualquier otro funcionario. Y sólo se vive una vez y la vida pasa muy deprisa. Como ya he señalado en otro lugar, también creo que sólo se puede hacer bien aquello que a uno le gusta, y que no hay nada como ir cada mañana contento al despacho. Aquél a quien eso le ocurre puede considerarse afortunado, y ése ha sido mi caso. Considero que ha valido la pena trabajar por un mundo mejor, ya que si algo creo que no ofrece discusión es que el que vivimos es ampliamente perfectible y no sobran los esfuerzos para conseguir que sea más habitable. A eso nos consagramos los diplomáticos, por encima de las dificultades existentes, con lo que demostramos así estar de acuerdo con Gramsci en preferir el optimismo de la voluntad sobre el pesimismo de la razón.

Por lo demás, tenía razón el papa Benedicto XVI cuando me despidió en el palacio Apostólico diciéndome que aprovechara, porque cuando me jubilara no tendría tiempo para nada. Es cierto: no paro de hacer cosas y me falta tiempo para todo lo que quiero abarcar, pero también disfruto de la deliciosa sensación de ser, por vez primera en mi vida, dueño de mi propia agenda, y eso es algo maravilloso, como lo son los tulipanes en Estambul en abril, la lavanda en Provenza en junio, o el otoño en la Toscana.

Y siempre Valldemossa y Lisboa. No se me ocurren mejores sitios para pasar estos años de ocio activo que me dejan el suficiente tiempo libre para recordar, porque creo que he vivido cosas que vale la pena contar y porque, como afirmaba Buñuel, «una vida sin memoria no sería vida...».

*Valldemossa-Lisboa,  
de abril de 2014 a junio de 2015*





La tarde del 23-F se celebró en la embajada española de Montevideo una recepción a los marinos del *Juan Sebastián Elcano* en la que se palpaba la tensión por lo que estaba ocurriendo en España. En la imagen, Rafael Gómez-Jordana, embajador de España en Uruguay, el duque de Veragua, Pilita y yo.



Algunos de los miembros del entonces reducidísimo equipo del Ministerio de Exteriores en 1982, posando junto al presidente Leopoldo Calvo-Sotelo y su esposa en la Moncloa. De derecha a izquierda aparecemos Antonio Pedayé, Luis Sánchez-Merlo, Antonio Fournier y yo mismo. © Lumifot



En Atar (Mauritania), en noviembre de 1984, durante mi etapa de subdirector general de África del Norte.



El 13 de agosto de 1985 juré mi cargo como director general de África y Oriente Medio en la residencia del embajador Raimundo Bassols (al fondo, en el centro de la imagen) en Rabat, ante el ministro Francisco Fernández Ordóñez y en presencia de Miguel Díaz-Pache. © Povedano





Con Chenco Arias en Mascate (Omán) en plena campaña para que los países árabes aceptaran lo que bautizamos como ERDEI (Establecimiento de Relaciones Diplomáticas entre España e Israel). Diciembre de 1985.



El 17 de enero de 1986 se firmó en La Haya el acuerdo de establecimiento de relaciones diplomáticas entre España e Israel. En la imagen, Máximo Cajal se dispone a firmar el documento que le muestro, ante la mirada de Yeshayahu Anug y Samuel Hadas, los representantes israelíes.



Lo que más me impresionó de mi primer viaje a Israel, en abril de 1986, fue la belleza del barrio musulmán de Jerusalén, con la maravillosa plataforma de Haram al-Sharif donde se encuentran las mezquitas de la Roca y de Al Aqsa.



Durante una visita de los reyes a Zimbabue en 1986, Checho Arias y yo nos perdimos en las cataratas Victoria. La anécdota se convirtió en motivo de broma recurrente.





La independencia de Namibia, en 1990, llenó las calles de la capital, Windhoek, de murales conmemorativos.



Junto el cráter que dejó en medio de la embajada española en el Líbano el proyectil de mortero que acabó con la vida del embajador Pedro Manuel de Arístegui, su suegro, su cuñada y un guardia de seguridad.



Tras un hercúleo esfuerzo organizativo de poco más de diez días, Madrid acogió en 1991 la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio, un motivo de orgullo para España y, en particular, para el ministro Fernández-Ordóñez. © Povedano





Con el presidente Felipe González y el primer ministro de Israel, Isaac Shamir, durante la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio de Madrid.



En Atenas, el 10 de julio de 1995, junto a Javier Solana, saludando al expresidente de Palestina Yasir Arafat, a quien el presidente de Israel Chaim Herzog me describió como alguien «a quien jamás le compraría un coche usado».



Mi mujer, Pilita, y yo con Curro Moratinos y Bernardino León, ambos grandes amigos y con los que he trabajado mucho, antes y después, en la embajada de Rabat, en 1999.



Presentando mis cartas credenciales como embajador de España en Marruecos a Hasán II, en el palacio real de Rabat, en 1997.





En 1999, Aznar acudió en visita oficial a Marruecos. La falta de sintonía entre Mohamed VI y el presidente español —el monarca marroquí lo acusó de trato «arrogante»— tendría consecuencias.





Toma de posesión en el Palacio de la Moncloa, en 2001, como director del CESID (luego CNI), con rango de secretario de Estado, en presencia de José María Aznar y Federico Trillo, ministro de Defensa. © J. L. Pino/EFE



Con Alberto Corazón, autor del monumento, que yo le encargué, en memoria de los siete agentes del CNI que murieron en una emboscada en Latifiya (Iraq) en noviembre de 2003, y que se instaló en la sede del centro en julio de 2004, cuando yo ya había cesado del cargo de director.



En junio 2004, durante la presentación de mis cartas credenciales como embajador al papa Juan Pablo II, por entonces ya muy disminuido físicamente. © EFE/epa/Vatican Pool





En el palacio de España, sede de la embajada española en el Vaticano, durante los funerales de Juan Pablo II en abril de 2005, con el rey Juan Carlos I y Mariano Rajoy, entonces jefe de la oposición.



Rodríguez Zapatero y el rey Juan Carlos I durante el almuerzo que se ofreció en la embajada tras los funerales de Juan Pablo II.



En septiembre de 2005 Benedicto XVI recibió a los Reyes. En uno de sus impulsos característicos, Juan Carlos I tomó del brazo a mi mujer, hizo que se acercara al Papa y le dijo a éste que rezara por ella porque estaba muy enferma y lo necesitaba.

© EFE/epa/Vatican Pool





En septiembre de 2008 presenté, acompañado de Teresa, mis cartas credenciales al presidente George W. Bush en el Despacho Oval de la Casa Blanca. © Eric Draper-Pool



Teresa y yo con Hillary Rodham Clinton, secretaria de Estado, en marzo de 2009.





Con Barack Obama en el Despacho Oval, que es bastante más pequeño de lo que había imaginado. © Povedano



El 26 de marzo de 2009, en Sky City, Nuevo México, tras hacer la paz con los indios ácoma en nombre del Reino de España, con cuatrocientos años de retraso.

*Valió la pena*  
Jorge Dezcallar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la portada, Nuno Sousa Dias

© Jorge Dezcallar de Mazarredo, 2015

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal del autor.

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2015  
Ediciones Península  
Av. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2015

ISBN: 978-84-9942-458-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S.L.  
[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)